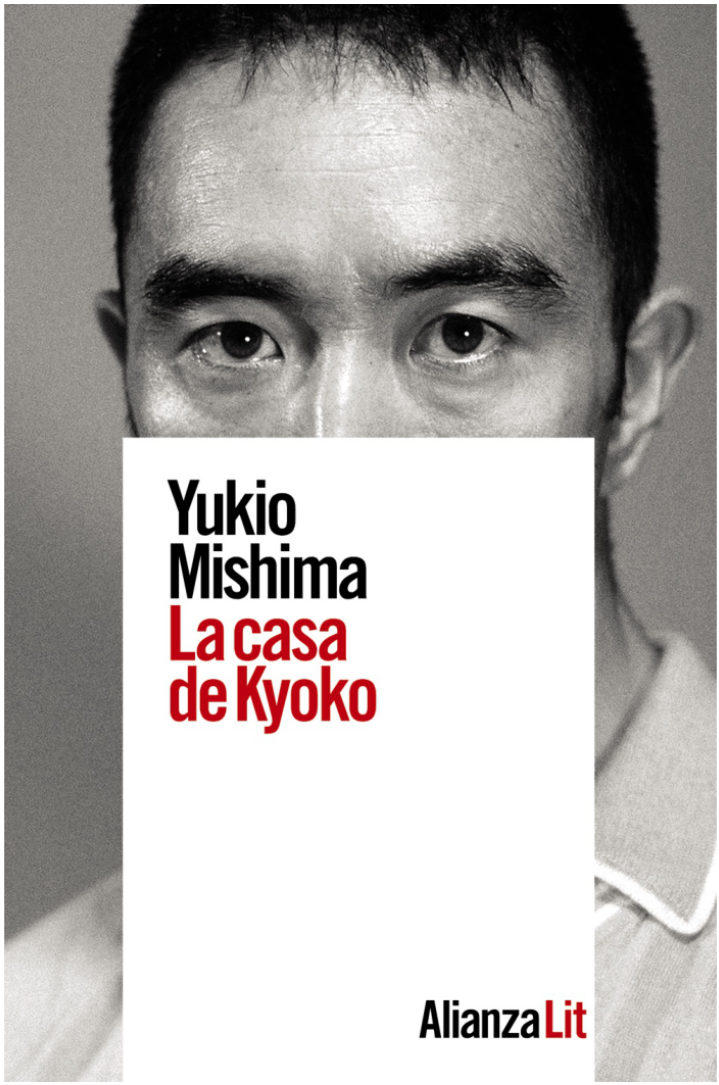

# Yukio Mishima
# La casa de Kyoko

Alianza Lit

Yukio Mishima

# La casa de Kyoko

Traducido del japonés
por Emilio Masiá López

**Alianza** editorial

# Primera parte
## Capítulo 1

Todos bostezaban.

—¿A dónde vamos? —dijo Shunkichi.

—¿Dónde vamos a ir a estas horas del mediodía?

—Nosotras bajamos aquí, iremos a la peluquería —dijeron Mitsuko y Tamiko, por lo visto aún de bastante buen ánimo.

Shunkichi y Osamu no objetaron nada. La única mujer que se quedó en el coche era Kyoko. A Mitsuko y Tamiko les pareció bien. Shunkichi y Osamu, cada uno a su manera, se despidieron de ellas como si nada. Ellas, en cambio, esperaban una despedida más atenta por parte de Natsuo, debido a su buen carácter y a que su relación nunca había ido más allá de la amistad. Natsuo, tal como se esperaba, cumplió las expectativas.

Eran cerca de las tres de una tarde a principios de abril de 1954. El coche de Natsuo, conducido por Shunkichi, giró por una calle de sentido único. ¿Dónde podríamos ir? Algún lugar poco concurrido sería ideal... Demasiada gente los dos días que pasaron junto al lago de Ashinoko. Y hoy, a su vuelta por el céntrico barrio de Ginza, otro tanto de lo mismo.

En momentos así convenía tener en cuenta la opinión de Natsuo:

—Hace tiempo fui a Tsukishima a pintar unos bocetos, ¿qué os parecen los terrenos ganados al mar de la bahía de Tokio?

Aceptada por todos la sugerencia, el coche se puso en marcha hacia aquella dirección.

Aunque aún lejos, en torno al puente de Kachidoki se divisaban muchos coches en un atasco de tráfico.

«¿Qué habrá pasado?, ¿un accidente?», dijo Osamu. Al fijarse mejor, se daba uno cuenta de que era el momento en que el puente levadizo se alzaba. Shunkichi chasqueó la

lengua. «Es desesperante, olvidémonos de ir a la bahía», dijo. Sin embargo, Natsuo y Kyoko no querían perderse la impresionante apertura del puente, que jamás habían presenciado; aparcaron el coche y, uno a uno, fueron cruzando por la pasarela metálica del puente. Shunkichi y Osamu parecían no tener el mínimo interés.

La parte central del puente era de acero. Ésa era la parte móvil del puente que se levantaba para dar paso al tráfico marítimo y se bajaba para reanudar la circulación terrestre. En ambos extremos los operarios ondeaban unas banderas rojas de señalización ante la fila de coches parados. En la pasarela lateral para peatones una cadena impedía el paso. Había mucha gente curiosa ante el espectáculo. Otros, como los repartidores de mercancía, se alegraban de la interrupción del tráfico que les proporcionaba un descanso en medio de su labor apresurada.

Las placas metálicas para las vías del tren en el carril central despedían un negro resplandor. En ambos extremos del puente, atasco de vehículos y aglomeración de mirones en silencio.

Chirriaron las láminas metálicas y la estructura alzó sus extremidades, la armadura al levantarse fue dejando una brecha de espacio abierto. Al mismo tiempo se levantó la barandilla lateral de hierro con la arcada protectora, apuntando hacia lo alto con sus bombillas levemente iluminadas. La gigantesca estructura articuló al unísono sus piezas. A Natsuo le emocionaba la belleza del tinglado mecánico en movimiento.

Cuando las partes metálicas del puente estaban a punto de alcanzar la verticalidad, desde los flancos del puente y la cavidad de las vías del tren un remolino de polvo se levantó formando una fina nube que luego iba lloviendo polvareda sobre el canal. La figura diminuta que dibujaban los numerosos remaches laterales a lo largo del puente iba, poco a poco, reduciéndose, a la vez que disminuía y desplazaba su ángulo la sombra proyectada por las barandas laterales. Finalmente, al alcanzar la posición casi vertical las placas de metal, la sombra se detuvo de nuevo. Natsuo alzó la vista extasiado ante el arco del puente, cuyos pilares ya se plegaron horizontalmente; en

ese momento cruzó por encima una gaviota en vuelo rasante.

Así fue como un gran muro metálico bloqueó inesperadamente el camino ante los cuatro jóvenes.

Daba la impresión de que habían tenido que esperar mucho. Cuando el puente volvió a su posición original, era como si se hubiera disipado el interés por cruzar hasta los alrededores de la zona reclamada al mar de Tsukishima. Una vez bajado el puente levadizo, sólo quedaba una sensación de obligatoriedad, de tener que cruzarlo sin más. En cualquier caso, cansados por el viaje, la falta de sueño y el calor húmedo del verano, no estaban de ánimo para pensar demasiado o hacer un cambio de planes. Como su destino era el mar, bastaba con ir hasta donde pudieran. Parcos en palabras y soltando algún que otro bostezo, volvieron lentamente hacia el coche.

El coche cruzó por el puente de Kachidoki en la localidad de Tsukishima, para después atravesar otro puente más, el puente de Reimei. Una llanura de campos verdes se extendía recortada en el horizonte por carreteras de asfalto trazadas rectilíneamente como sobre un tablero de *go*. Brisa marina y salitre en las mejillas. Shunkichi detuvo el coche ante el cartel de «prohibido el paso» colocado en un camino del perímetro de una pista de aterrizaje en unas instalaciones militares del ejército estadounidense. Junto al edificio del acuartelamiento, una alameda brillaba bajo los rayos del sol.

Natsuo se sintió feliz al bajar del coche y sentir la brisa marina. «Las ruinas y las tierras reclamadas al mar son lugares que me gustan», pensó. Sin embargo, debido a su carácter serio y reservado, no expresaba sus sentimientos, ni tampoco es que tuviese un carácter sombrío dominado por consideraciones estéticas; además esos temas de conversación no tenían cabida en este grupo, y eso era precisamente lo que le gustaba. Con todo, seguía empapándose del paisaje observando sin descanso sus matices.

Tras las llanuras de los terrenos artificiales ganados al mar se divisaba un buque blanco, un carguero de carbón que acaba de zarpar de los muelles del puerto de Toyosu. En la chimenea

se leía «pozo» inscrito en caracteres en blanco. Toda aquella ordenada configuración le parecía realmente bella. A ese paisaje se sumaban las llanuras de disposición geométrica de los terrenos artificiales rebosantes de espléndidos campos primaverales.

De repente, Shunkichi echó a correr. Corría sin parar. Su silueta se empequeñecía a medida que se adentraba en la distante llanura.

—A partir de mañana empieza a entrenar, qué fastidioso es verle tan entusiasmado. La verdad es que envidio a quienes tienen esa fortaleza y agilidad —dijo Osamu, que, aunque era actor, todavía no había recibido ningún papel de importancia.

—Cuando estuvimos en Hakone, todas las mañanas salía a correr, ¿te acuerdas? Pone mucho empeño en su entrenamiento —añadió Kyoko.

Shunkichi se había parado, a sus ojos la silueta de sus tres amigos en la distancia también parecía pequeña. Salir a correr se había convertido en una práctica indispensable para él; y los días de lluvia jamás se olvidaba de saltar a la cuerda durante veinte minutos seguidos en el pabellón deportivo.

Shunkichi era el más joven del grupo de amigos de Kyoko. Era capitán de un equipo de boxeo. El próximo año terminaría la carrera. Todos los demás del grupo de Kyoko, como poco, ya habían terminado la carrera. Osamu ya se había graduado hace tiempo. Natsuo también.

Shunkichi era despreocupado por naturaleza; Yanagimoto Seiichiro, aficionado al boxeo, y mayor que él, fue quien lo invitó por primera vez a casa de Kyoko. Desde aquel día, con su característico desapego, entró a formar parte del grupo. Aunque no tenía coche, conducía muy bien, motivo por el que también era muy apreciado. Además, que fuera boxeador le hacía ganarse la admiración entre aquel grupo de compañeros con los que no compartía ni edad, ni profesión ni procedencia. Suscitaba curiosidad por su profesión y atractivo por su persona. Todos lo trataban cariñosamente, como si fuese menor. Aunque muy joven, era de fuertes convicciones, que nunca quebrantaba. Una de ellas era no dar vueltas a las cosas

pensando. Al menos ésa era la forma en que él hacía gala de cultivarse a sí mismo.

Mucho antes, por la mañana de ese día, mientras corría solo por la carretera que bordea el lago Ashinoko, ya había olvidado lo sucedido la noche antes entre Tamiko y él. Era importante convertirse en un hombre sin recuerdos ni memoria.

El pasado... Él sólo conservaba en su memoria una parte mínima y necesaria de sus recuerdos, aquellos que suscitaban apego y habían dejado impronta en su memoria. Sólo recuerdos que suponían una motivación y apoyo en su vida presente. Por ejemplo, mantenía intacto en su memoria el recuerdo del día de su primer entrenamiento en el club de boxeo universitario tres años atrás; también cuando por primera vez hizo de contrincante en un entrenamiento con un compañero con más veteranía.

Al recordar cómo peleaba en sus inicios, se daba cuenta de lo mucho que había avanzado. Aquello fue al primer mes de entrar en los entrenamientos de boxeo. Todavía hoy percibía nítidamente la sensación del vendaje en sus manos ese día, aunque desde entonces ya se las hubiera lavado en infinidad de ocasiones. El tacto del grueso vendaje de algodón sobre el dorso de la mano y en la base de los nudillos, enrollado una y otra vez ceremonialmente sobre la mano al colocárselo. Él, ya de por sí, apreciaba sus manos recias. Unas manos imponentes y fuertes, que nunca traicionarían los sentimientos o nervios de su portador, como si fuesen un martillo de madera. Las líneas arrugadas sobre la palma de la mano formaban un diseño sencillo, sin complicadas líneas dignas de alegrar a un quiromántico. Las sencillas y definidas líneas marcadas sobre la piel con sólo apretar o relajar los puños resaltaban como cinceladas sobre la carne. Shunkichi se dejaba llevar por esos recuerdos. Rememora la imagen: tiene los brazos extendidos y sus dos compañeros veteranos le dan unos guantes raídos de 340 gramos para entrenar. Eran unos guantes de boxeo de cuero curtido realmente viejos, resquebrajados, y entre el color morado de las grietas parecía relucir a hilachos el cuero; más que guantes, parecían reliquias vivientes. Sin embargo, el

interior de aquellos desastrosos y grandes guantes resultaba cálido y de una textura suave. Le apretaron los cordones firmemente a sus muñecas.

—¿Aprieta?

—La mano derecha un poco.

Había soñado durante todo un mes con escuchar este tipo de frases al borde del cuadrilátero. Sus dos compañeros veteranos lo colmaban de atenciones, como cuando se alimenta y cría a un animal para luchar. El momento en que le ajustaban cuidadosamente los guantes a las muñecas constituía, en una palabra, una emoción inenarrable. Siempre había anhelado aquellos momentos de la rutina de la vida del boxeador, como cuando el ayudante durante el descanso del *round* le alcanzaba una lata de cerveza llena de agua para que se enjuagase.

¡Pelear, ése era el objetivo! Y cuidar con la máxima consideración a los hombres que viven peleando, una necesidad.

Después, su ayudante le colocó, por primera vez, el casco protector. Muy a menudo recordaba la impresión del tacto del viejo cuero del casco de entrenamiento como si se tratase de una ceremonia de coronación. La presión del cuero en los lóbulos enrojecidos y calientes de las orejas, la impresión de percibir el aire por los agujeros abiertos en el cuero a la altura de las orejas.

Lo primero que hizo fue probar los guantes dándose un golpecito flojo en la mandíbula, el tabique nasal y el entrecejo. Al principio se golpeaba suavemente, después con todas sus fuerzas. Una sombra ardiente y pesada parecía aplastarse contra su cara.

—Eso lo hacen todos la primera vez que juegan de *sparring* —le dijo su compañero veterano desde un lado.

... Shunkichi se ruborizó un poco con todos esos recuerdos. Era el momento de subir al cuadrilátero. ¡Fue sonar la campana de comienzo de ronda y no tardó en probar la dureza de la lucha! Una experiencia mucho más dolorosa que cualquier pelea anterior. Ninguno de sus puñetazos acertaba en el rival. En cambio, los golpes del rival llegaban por doquier, golpes directos y sin compasión contra la cara, el estómago y el

hígado. Parecía pelear con el legendario bodisatva Kannon de infinidad de ojos y brazos. En la segunda ronda, sintió debilitada y dolorida su mano izquierda, los puñetazos sin fuerza, suaves como algodón. Sin embargo, por un momento, le pareció escuchar el elogio del adversario, que exclamaba jadeante:

—¡Buen golpe de izquierda!

Shunkichi, al detectar aquella mínima debilidad del rival, sintió que recuperaba brío y alegría ante la pelea. Aquella alegría lo hizo fuerte de nuevo.

Shunkichi contempló el mar grisáceo y turbio de primavera. En alta mar había un carguero inmóvil de cinco mil toneladas habitual en la zona de Mishima. Una capa de nubes sin forma cubría el mar en calma. Bajo los brillantes reflejos del sol, las gaviotas se veían de un blanco nítido.

Shunkichi se puso en posición de pelea con los puños en alto ante el mar. Era como si su espíritu travieso lo estuviese observando en ese instante. De hecho, la primera vez que pensó en convertirse en boxeador profesional fue debido a la insistencia de aquel espíritu o diablillo travieso.

No se trataba de practicar una especie de movimientos de *shadow boxing* ante un rival imaginado. Su oponente era el mar inmenso y turbio de primavera; una sucesión de olas rompiendo suaves allá abajo contra la costa, un movimiento de olas de lejana marejada de alta mar descargando contra las rocas. Sin duda, aquél no era un enemigo contra el que luchar. Todo cuanto podía esperar era que se lo tragase en su inmensidad, era un enemigo que doblegaba con un arma de apaciguamiento horrorosa. Ahí se alzaba el mar, un enemigo libre con una leve y persistente sonrisa.

Los tres se habían sentado sobre unos bloques de piedra, restos de las obras de construcción cercanas, y fumaban mientras esperaban el regreso de Shunkichi. En momentos como ése, la figura que sobresalía entre todos era la de Osamu. En el perfil de su cuerpo se dibujaba nítidamente su postura de descanso; de hecho, parecía como si ni siquiera estuviese presente. Tanto Kyoko como Natsuo se habían percatado hace ya tiempo de ese rasgo peculiar del carácter de Osamu. Aunque

sólo se quedase callado un momento, era como si a su alrededor se levantase una pared invisible; allí brotaba su mundo exclusivo, un lugar cuyo acceso estaba vedado al resto de personas en este mundo. Por eso a veces la gente tildaba a Osamu de aburrido o de soñador ensimismado. Sin embargo, si uno se fijaba bien, comprendía que no tenía un ápice de soñador. Osamu no era ni soñador ni realista; quien había allí no era más que él mismo, Osamu. Kyoko, que ya se había acostumbrado a su carácter, no se preguntaba qué pensaría ni se hacía conjeturas de ese estilo.

Tampoco podía decirse que fuese solitario. Cuando estaba solo, apenas se encontraría un hombre como él que diese tan poco la impresión de no estar solo. Sin embargo, este joven estaba degustando continuamente, como quien mastica chicle, una inquietud placentera de su propia cosecha. Él vive aquí y ahora en cada momento. Ciertamente existe. Pero vive con una inquietud: la duda acerca de su propia existencia.

Ésta es una inquietud habitual entre los jóvenes, pero la peculiaridad de Osamu estriba en lo placentero de la inquietud no exenta de relación con la toma de conciencia de sus bellas facciones.

Shunkichi regresó corriendo. Su figura se agrandaba en el horizonte. La sombra de sus rodillas se proyectaba bajo los rayos oblicuos del sol. Al fin, su cara roja y bañada en sudor, aunque con la respiración pausada, se acercó a las de sus amigos.

—Di, ¿cómo olía el mar? —le preguntó Kyoko. Shunkichi contestó sin rodeos:

—Olía a amoniaco.

Natsuo contempló el horizonte. La línea de flotación del buque de carga estaba pintada en dos colores, la parte superior a la línea de flotación, en una franja negra, y la franja inferior, de un límpido tono rojo; la precisión y fuerza de sus líneas le daban que pensar. Además, parecía como si se entrecruzaran las infinitas líneas trazadas con exactitud matemática en el amplio horizonte. Sin embargo, en la calima marina parte de las líneas trazadas por el barco en el mar se difuminaban como algas elásticas flotantes.

Osamu, abstraído, empezó a recordar la noche de la primera representación del grupo de estudiantes de teatro. Como al empezar la función él estaba de pie sobre el escenario con atuendo de botones de hotel, sintió que la oscuridad del hemiciclo en sombra se alzaba ante las tablas emergiendo poco a poco desde la planta de sus pies. A la luz de los focos su figura se hacía visible ante los espectadores, y sin embargo el público era invisible para él. La incógnita de esta penumbra le inquietaba. Se estremecía al sentir que toda su existencia era absorbida por la mirada de un público desconocido y se trasponía en clave de existencias ajenas.

A Kyoko le gustaba dejar a sus anchas a aquellos jóvenes, incluso verlos distraídos o ausentes como ahora. Se notaba claramente que ya ninguno pensaba en la mujer con la que había pasado la noche anterior. Kyoko era consciente de que el viaje llegaba a su fin, el cansancio iba haciendo mella y, a la vez, despertándole nuevas emociones. Tan sólo le preocupaba que la brisa, ahora más fuerte, la despeinara. Se llevó las manos al pelo y al mirar hacia el coche vio a un grupo de cuatro o cinco hombres junto a él. Los miraban sonriendo.

Todos llevaban chaquetillas de trabajo manchadas de tierra, polainas y los típicos botines de obrero *jika-tabi*. Debían de ser trabajadores de alguna fábrica cercana. Alguno llevaba una cinta ceñida a la frente. Hasta hace un instante no se les oía, pero ahora sus carcajadas al ver a Kyoko darse la vuelta denotaban su estado de embriaguez. Uno de ellos cogió una piedra blanca y la lanzó contra el techo del coche. Impactó estrepitosamente y se echaron a reír.

Shunkichi se levantó. Kyoko hizo lo mismo tratando de controlarlo.

Osamu empezó a despertar, poco a poco, de su ensoñación, o mejor dicho de la vaga realidad en la que vivía. Con todo, ya antes de tener que actuar rápidamente parecía resignado. Jamás se había peleado. En cualquier caso, le costaba creer que estuviese sucediendo realmente algo tan imprevisto.

Natsuo, aunque consciente de su debilidad, sin pensárselo dos veces se dispuso a proteger a Kyoko. El coche, comprado por su padre hacía un mes escaso, y que por su inseguridad al

volante prefería que condujese Shunkichi, había sido rayado en un abrir y cerrar de ojos. A Natsuo se le vino a la cabeza la imagen del coche destrozado. Sin embargo, alguien como él, desde niño indiferente a las posesiones, contemplaba, casi ensimismado, el coche a punto de ser destrozado ante sus ojos.

Shunkichi ya se había colocado ante el coche y estaba rodeado por los cuatro hombres. «¿Qué estáis haciendo?», dijo en voz alta.

Osamu pensó, molesto: «Mira, encima protesta. No hay duda, se está quejando. Por qué lo hará, ni siquiera es su coche». Osamu, sin embargo, malinterpretaba las verdaderas intenciones de Shunkichi, que no tenían nada que ver con el deber de la justicia.

Los obreros con mala cara murmuraron algo entre sí. No había ápice de originalidad en ninguno de sus insultos. Shunkichi escuchó inmóvil. Distinguió algunas palabras groseras dirigidas hacia Kyoko. Que unos mozalbetes fueran paseándose por ahí a pleno mediodía por un sitio como ése tonteando con una mujer, al parecer, no les hizo gracia. El que había levantado la piedra, uno de los de más edad, debió de pensar, equivocadamente, que Shunkichi era el dueño del coche, y por eso lo llamó «señorito burgués»; a Shunkichi ese insulto, erróneamente dirigido contra él, lo envalentonó aún más. En ocasiones, este tipo de malentendidos son necesarios para pelear. La siguiente pedrada dio contra el cristal de la ventanilla. El cristal no se rompió, pero se resquebrajó formando una telaraña de rayaduras.

Shunkichi había sujetado por la muñeca al hombre que lanzaba la piedra y el impacto perdió la fuerza necesaria para romper en añicos el cristal. Al mismo tiempo, otro obrero intentó zancadillear con sus *jika-tabi* a Shunkichi, pero no logró darle de lleno. Shunkichi se dio la vuelta y le propinó un cabezazo. El tipo quedó tumbado bocarriba sobre el suelo.

Kyoko gritó al ver al mayor de los obreros a punto de arrojarle una piedra por la espalda a Shunkichi. Éste, que seguía inclinado tras haber pegado el cabezazo, esquivó al obrero fintando hacia un lado y provocando su caída. Shunkichi lo agarró de las solapas de su chaquetilla de trabajo

*happi* y le pegó un puñetazo en la mandíbula.

El grito de Kyoko llamó la atención de los dos hombres que quedaban en pie. Ellos se fijaron en el tipo enclenque que la protegía y el joven con aire despistado y ropa llamativa tras la pareja. Una manaza sucia aferró a Kyoko por el hombro cogiéndola del vestido.

Shunkichi se acercó por el lado, e inmediatamente apartó la mano de encima a Kyoko. Sin embargo, el hombre que había agarrado a Kyoko por el hombro le dio un golpe en el pecho a Shunkichi. Éste salió despedido dos o tres pasos, pero no llegó a caerse. Se fijó en la camisa del tipo a la altura de la barriga y la hebilla chapada en oro desgastado de su cinturón. La camisa blanca se hinchaba a la altura de la prominente barriga, y el latón de la base de su cinturón saltaba a la vista. Era verdaderamente un cinturón vulgar. Una gran flor de peonía plateada resaltaba en la hebilla. Shunkichi se dio cuenta de que la hebilla podría dañar fácilmente sus dedos. Sería imperdonable dañar sus valiosas manos con semejante ordinariez.

El tipo no dejaba de proferir palabras soeces que no hacían más que confirmar a Shunkichi que la victoria era suya. Golpeó con sucesivos ganchos el estómago del contrario, sus golpes no encontraban oposición ninguna, disfrutaba al percibir cómo la amplia superficie de carne recibía sus puñetazos. El espacio que confrontaba estaba completamente lleno, no era nada más que carne humana. El hombre estaba tan lastimado que se acuclilló en el suelo.

El otro salió corriendo.

En ese momento, Natsuo se metió de un salto en el coche y lo puso en marcha. Kyoko, Osamu y Shunkichi se subieron; el coche se puso en marcha, enseguida cruzaban ya el puente de Reimei adentrándose en las aglomeradas calles de Tsukishima. Natsuo mismo se sorprendió de su inesperada habilidad al volante aquel día.

Shunkichi luchó durante un rato con el mal sabor de boca que queda tras las peleas y la sensación de que el cuerpo se empequeñeciese. Finalmente, él, que bajo ningún concepto reflexionaba más que lo indispensable, recobró su

acostumbrado estoicismo.

Shunkichi se había prohibido el alcohol y el tabaco. No obstante, tanto las peleas como las mujeres eran ineludibles, no las elige uno sino que vienen a por ti sin remedio. Shunkichi no era el único estoico. El grupo de hombres que solía reunirse en la casa de Kyoko, aunque de profesiones y caracteres completamente diferentes, tenía algo en común: cada uno a su estilo vivía estoicamente. Osamu era así. Y Natsuo también. Qué decir de Yanagimoto Seiichiro, el más estoico de todos. Les daban vergüenza el sufrimiento y la impaciencia de la juventud actual. Ellos se habían acostumbrado a ocultar sus sentimientos, y vivían un estoicismo extremo mordiéndose la lengua. Mostraban un rostro alegre. Se sentían obligados a aparentar que no creían en la existencia del sufrimiento en este mundo. Debían negarse a sí mismos.

El coche se dirigió hacia la casa de Kyoko en Shinanomachi, al este de Yotsuya.

En aquella casa se reunía a pasar el rato un grupo de hombres. El ambiente era tan liberal que podía confundirse con una casa de citas. Allí se permitían todo tipo de bromas y hablar de cualquier disparate. Además, se podía beber gratis sin necesidad de pagar nada. Había botellas de alcohol a disposición, no pertenecían a nadie, eran botellas dejadas por los visitantes tras su marcha. También había un televisor y se podía jugar al *mahjong*. Venía uno cuando le apetecía y se marchaba cuando quería. Todo cuanto había en la casa era de todos y para todos; por ejemplo, si alguien venía en coche, todos los demás podían utilizarlo libremente sin problema.

Si el padre de Kyoko volviese un día como aparición fantasmal a esta casa, no hay duda de que se quedaría espantado al ojear la lista de nombres en el registro de invitados a la casa. Para Kyoko no existía el concepto de clases sociales, sólo juzgaba a las personas por su gracia, por su capacidad de seducción; a los visitantes de su casa los veía como si les hubiera despegado de la solapa la etiqueta de marca de la clase social correspondiente de manera que todos los invitados quedaban fuera del marco de cualquier clase social. Fuese cual fuese la procedencia de esa persona, nadie

igualaba a Kyoko a la hora de no ser fiel a su cuna y romper los esquemas de las normas sociales de la época. Aunque no leyese la prensa, su casa se había terminado por convertir en un recipiente de todas las corrientes de su tiempo. En el corazón de Kyoko no brotaba ningún prejuicio discriminador, por más que aguardase a ver si aparecían con el paso del tiempo. Pero ella lo interpretaba como una especie de enfermedad y desistía de considerarlo un problema. Igual que las personas que se han criado en el ambiente sano y límpido del campo son más proclives a los virus, ella había vivido expuesta sin defensas al ataque de todas las ideologías venenosas para las que la posguerra ha sido un buen caldo de cultivo, y aunque ya otras personas se hubiesen ido curando de la infección, ella seguía sin haberlo superado. Ella creía que lo habitual era que la anarquía durase indefinidamente. Cuando oía decir que la gente criticaba su inmoralidad, ella se reía de lo anticuado de esas calumnias, pero no se había dado cuenta de que en estos tiempos esas críticas maledicentes estarían en boca de personas que hoy presumirían de estar a la vanguardia.

Había heredado la flaqueza de su padre. Tenía un rostro de característica belleza oriental, y aunque a veces la finura de sus labios parecía expresar disgusto, en su parte interna se percibía una suave calidez que contrastaba con la imagen de frialdad expresada de puertas para afuera. Le quedaban bien los vestidos formales de estilo occidental, y con la llegada del verano se ponía vestidos ligeros dejando hombros y brazos al descubierto con estampados de llamativos diseños que le favorecían. No olvidaba vestir lo apropiado para cada estación del año, y sólo en cuanto a perfumes podía decirse que se saltaba lo establecido y probaba unos y otros.

Kyoko consentía al máximo la libertad de las demás personas, por eso amaba más que nadie el desorden, y pocas personas igualarían su estoicismo innato. Como un médico que sabe del propio poder de autoanálisis y que precisamente por eso rehúsa usarlo, conocedora de su propio encanto, había perdido el interés por saborear los frutos de su atractivo femenino. Le gustaba presumir, pero no pasaba de ahí. Cuando

la tildaban sin razón de inmoral, secretamente se alegraba, y gozaba más cuando los escuchaba equivocarse de plano y en lugar de considerarla una mujer con carácter propio pensaban que era una chica de alterne o bailarina. De todas esas cosas falsas, que no tenían que ver con la verdadera realidad, ella se enorgullecía. Podía pasarse el día entero hablando de temas sensuales al tiempo que se reía de sus propios sentimientos. La mayoría de los jóvenes invitados a la casa solían quedar fascinados por Kyoko, pero al final acababan por desistir y se quedaban con la primera chica resultona que encontraban. Contemplar este desarrollo habitual de las cosas era motivo de regocijo para Kyoko, que saboreaba en ello una especie de intensa felicidad.

Esta caprichosa heredera no amaba a los pájaros, tampoco a los perros ni los gatos; a cambio, había desarrollado un interés constante por las personas; sin embargo, tenía un marido amante de los perros. Los perros fueron el primer motivo de las peleas matrimoniales y, finalmente, la causa del divorcio; su hija Masako se quedó con ella, Kyoko echó de casa al marido y, con él, a los siete perros de raza, varios pastores alemanes y un gran danés, y la casa se liberó del olor canino que la inundaba hasta entonces.

Kyoko tenía una convicción clara; la experimentaba cuando se cruzaba por la calle a un matrimonio o pareja. El hombre, sin excepción, le daba un buen repaso. En esos momentos, Kyoko percibía de un modo tan claro, que casi le dolía, que ellos, aunque se reprimieran, en realidad la deseaban más a ella que a sus propias parejas. A Kyoko le gustaba la mirada de todos aquellos hombres tratando de reprimir sus sentimientos verdaderos. Su marido, en cambio, no la miraba de esa manera; aunque él también sintiese atracción por ella, su mirada era más contenida, tal vez de ahí su gran amor por los perros. ¡Pero sólo pensar en dichas conexiones mentales era para echarse a temblar! ¡Daba espanto tan sólo imaginarlo!

La casa de Kyoko fue construida sobre una ladera alta; nada más cruzar el portón de entrada, se divisaba el amplio panorama del jardín. Bajo la ladera se veía el trasiego de los trenes pasando por la estación de Shinanomachi, y en la

lejanía, el bosque alto de Meiji Kinenkan y los bosques del Palacio Imperial se superponían recortando su perfil arbolado en el horizonte. Aunque era época de floración, había pocos cerezos. En el bosque de intensos tonos verdes oscuros de Meiji Kinenkan sólo un gran cerezo había florecido espléndidamente. Al lado también sobresalían algunos árboles oscuros elevándose a lo alto, su ramaje denso y complicado se desplegaba como un abanico dejando traslucir la caída del sol entre sus intersticios.

Sobre el cielo del bosque a veces sobrevolaban bandadas de cuervos esparciendo un reguero de semillas negras de *goma* por el horizonte. Kyoko, desde niña, creció observando aquellas bandadas de cuervos volando en la lejanía. Cuervos en los jardines del templo sintoísta de Jingu Gaien en el Meiji Kinenkan, en el Palacio Imperial... Aquí abundaban los nidos de cuervos. También se dejaban ver en la terraza del salón. En un punto lejano aparecía una bandada de cuervos; de repente la bandada se disgregaba en pequeñas motas negras por el cielo, y aquel panorama dejaba un difuso y vago sentimiento de melancolía en el corazón de la pequeña Kyoko. En ocasiones, pasaba mucho tiempo observándolos. Cuando tenía la impresión de que ya se habían ido, volvían a aparecer. De repente, allí estaban graznando en los bosques bajo la casa, y la agudeza de sus graznidos resonaba por el cielo... A estas alturas, Kyoko ya se había olvidado de aquello; sin embargo, Masako, la hija de ocho años, que a menudo se quedaba sola, también observaba los cuervos asiduamente desde la terraza.

Como se dijo antes, frente a la entrada principal se extendía un jardín de estilo europeo en armonía con el paisaje. A la izquierda quedaba la mansión de estilo occidental, y siguiendo más a la izquierda, una pequeña casa de estilo japonés en la que vivió la familia durante el periodo en que fue requisada la mansión principal. Como el camino ante la puerta frontal era muy estrecho y los coches no podían detenerse allí, solían aparcar en el recinto interior ante la mansión.

Natsuo, nada más cruzar el umbral del portón de entrada, se quedó impresionado por el bello crepúsculo poniéndose en el horizonte más allá de las arboledas en los parques de allá

abajo; una vez que todos se bajaron ante la entrada, él se volvió para contemplar aquel atardecer.

Como todos sabían del carácter reservado pero agradable de Natsuo, la mayoría de las veces se libraba de intromisiones ajenas. Si se tratase de otra persona, sería necesario decir algo y excusarse de algún modo al no franquear la entrada de la casa y volverse al portón de entrada. De no hacerlo, no habría podido evitar un «oye, ¿pero adónde vas?», aunque no había nadie que pensase dirigirse en tales términos a Natsuo.

Era sorprendente que Natsuo no sintiese siquiera la leve desazón que se supondría en cualquier persona de gran sensibilidad. Entre su mundo interior y el mundo exterior, ya fuera con otras personas o la sociedad en general, jamás había experimentado ningún choque. Su sensibilidad era como la técnica habilidosa de un ladrón de guante blanco o prestidigitador capaz de captar la única imagen del mundo exterior que le interesaba sin que los demás se apercibiesen. Ni una sola vez había sufrido a causa de su riqueza de sentimientos, experimentaba en todo momento una escasez y vacío de luminosa lucidez.

Se hacía querer por su tranquilidad y carácter maduro y bondadoso. ¿Sería ésa tal vez la causa de su delicadeza y receptividad? ¿O sería más bien que para proteger su innata sensibilidad, que le hacía especialmente vulnerable, se había configurado ese carácter? Incluso a él le costaría responder a esta cuestión. Aunque no pretendía encontrar el equilibrio, lograba mantenerlo en sí mismo, y como no buscaba un significado especial en el mundo exterior, la naturaleza en su entorno transmitía serenamente belleza. Desde que se graduó en bellas artes, aunque llevaba dos años siendo galardonado por sus cuadros, este joven pintor japonés, bondadoso y despreocupado, jamás se molestaba en plantearse si era un genio o no.

Captaba visualmente una escena y la recreaba recortándola del mundo externo. Siempre miraba el mundo exterior inconscientemente.

Las nubes, como borrones de tinta china de oscuro rojizo, se alargaban al caer el sol, destellando en reflejos verdosos sobre

la parte alta de los bosques. Los cuervos sobrevolaban lentamente. El intenso azul oscuro del cielo preludiaba la amenazadora oscuridad en ciernes.

«Ya me olvidé por completo de la pelea. No fue más que un espectáculo, una mera distracción», pensó Natsuo.

Lo cierto es que fue un espectáculo peligroso, pero, al fin y al cabo, no dejaba de ser un espectáculo sin más. El incidente, más que a sí mismo, concernía a su coche. Natsuo lo percibía como algo ajeno. Lo característico de su vida era la ausencia de percances.

Precisamente hace un mes todo el mundo hablaba del suceso de las radiaciones atómicas del atolón Bikini. Unos pescadores japoneses, faenando cerca del atolón de las islas Bikini, fueron víctimas de una lluvia radiactiva provocada por un experimento con una bomba de hidrógeno. Los pescadores se vieron expuestos a la radiación. Toda la población de Tokio temía comer atún por la posible contaminación radioactiva. El precio del atún se desplomó en los mercados. En todo caso, para Natsuo, aunque él tampoco comió atún, no fue más que un accidente de repercusión social extraordinaria. Pero no se podría decir que le hubiese afectado personalmente. Como persona compasiva, por supuesto, lamentaba lo sucedido a las víctimas y simpatizaba con ellas, pero eso no significaba que el suceso le hubiese provocado una fuerte impresión que afectase a su propia vida.

Parecía como si a Natsuo le acompañase cierto fatalismo algo infantil que, por otra parte, coexistía inconscientemente con una fe igualmente infantil. Como si fuera la fe o confianza ingenua de quien se siente protegido de algún modo por una divinidad o un ángel de la guarda que lo saca del apuro. Por eso para Natsuo era lo más natural permanecer indiferente a cualquier modo de actuación.

Solamente lo miraba todo con ojos de pintor. Él era un espectador. No vivía el acontecimiento, sólo lo observaba. Siempre andaba buscando un pretexto que proporcionara un buen alimento a la vista para sus ojos de artista que contempla. Así es como él andaba siempre en busca de una ocasión para captar en un instante la imagen de algo atrayente, y así lo veía,

sin más. Lo así contemplado era indudablemente bello. Sin embargo, había ocasiones en que le brotaba desde lo hondo un velo de ansiedad. Era como si en ese momento se estuviese preguntando a sí mismo por su «otro yo», como si se dijera a sí mismo: «¿Cuando mis ojos ven algo como objeto amable o deseable, estará bien que yo me deje llevar por completo por ese objeto de deseo?».

En ese momento, alguien lo agarró del pantalón. Masako reía a carcajadas. Entre todos los visitantes a la casa, Natsuo era el preferido de Masako. La niña acababa de cumplir ocho años. Tenía una carita verdaderamente adorable, y, cosa rara en una niña de su edad, le gustaba mucho vestirse como una niña; como si no se relacionara con el mundo de los adultos, nunca trataba de imitar el comportamiento de los mayores. Soñaba, en cambio, con parecerse a una muñequita «tan adorable que uno se la comería». Desde otro punto de vista, podría decirse que tenía una capacidad de juicio crítico excepcional a su edad.

La niña permanecía pegada a Natsuo todo el tiempo que éste estaba en la casa. Lo agarraba por la manga, el pantalón o la corbata. Kyoko, de tanto en tanto, la reñía, y en esos momentos ella se apartaba, pero al poco volvía a las andadas. También a Kyoko se le olvidaba enseguida que la había reñido. Natsuo pensaba para sus adentros: «Si anoche hubiera hecho yo algo inapropiado, ahora no tendría coraje para mirar a la cara a la pequeña Masako». «Efectivamente, anoche mi comportamiento fue correcto», se dice a sí mismo. Esto es lo que pensaba este joven cándido mientras acariciaba los cabellos infantiles de Masako.

En el hotel de Hakone Shunkichi y Osamu compartieron habitación con sus acompañantes femeninas; sin embargo, Kyoko y Natsuo durmieron en habitaciones separadas. Fue por iniciativa de Kyoko, que, desde el principio, quiso dar muestra de su corrección. No obstante, fue ella la que a medianoche llamó a la puerta de Natsuo. «¿Tienes algo para leer? Es que no puedo dormir...», le dijo al entrar. Natsuo, que todavía estaba despierto leyendo, se limitó a prestarle una revista esbozando

una sonrisa. Aunque no la invitó a que se quedara, ella se sentó a su lado. En semejante situación, Natsuo habría tenido que titubear sin saber qué decir, pero no tuvo de qué preocuparse porque aquella noche Kyoko hablaba sin parar como poseída de la coquetería que durante el día tanto despreciaba.

Hasta ahora Natsuo siempre había sentido gratitud por la amistad de Kyoko. Tampoco en este viaje había ningún motivo para dudar de esa amistad. Pero aquella vez, aunque temeroso, trató de contemplarla por primera vez con otros ojos. El esfuerzo del intento lo ponía en un aprieto dificultoso.

A través del ancho cuello de la bata de noche se insinuaba su combinación interior a la luz demasiado brillante de la lámpara de noche; aquella blancura trazaba una suave línea descendente desde el cuello de Kyoko hacia su pecho con majestuosa belleza. Aunque hablaba incesantemente con aquellos labios finos tan suyos, sus ojos estaban fijos con firmeza y denotaban una cálida languidez. A ratos nerviosa, con sus uñas pintadas de rojo se tocaba el lóbulo de la oreja como si le picara. Como excusándose, dijo: «Cuando no llevo pendientes, a veces me siento como desnuda».

Esas palabras de Kyoko en ese contexto parecerían estar pidiendo como la cosa más normal una respuesta con cierto desenfado atrevido. Pero no ocurrió nada de eso. Natsuo conocía bien a Kyoko. Le parecería molesto apostar por entregarse a esa actuación desinhibida y tan poco natural. Le parecía mejor continuar como hasta ahora con la misma sensación de felicidad en su amistad. Además, Natsuo sabía que Kyoko era una mujer fuerte. Habría hecho falta mucho coraje para tener el atrevimiento de malinterpretar a Kyoko. Natsuo, ante la palabra «coraje», carecía por completo del ansia de aparentar propia de un joven.

El sentimiento, si se lo deja estar, no soporta mucho tiempo la ambigüedad de una situación. Los sentimientos se definen por sí mismos, resuelven la situación y se desvanecen. No es que Natsuo supiera esto por experiencia de dejar que se resolviesen las cosas así tan espontáneamente, no era algo que hubiera aprendido de alguien o pudiera imitar de los demás; simplemente lo tenía asimilado así, o tal vez no tenía tanta

experiencia como para ello, pero destacaba sin embargo por su original talento para confiarlo todo en manos de la naturaleza.

Al fin, Kyoko comprendió que las dudas de Natsuo se debían al respeto que sentía hacia ella. Creyó que efectivamente era así. Por eso de repente su expresión adquirió brillo y con voz clara y luminosa impropia de la media noche dijo:

—Buenas noches. —Y salió de la habitación.

Masako le dijo:

—¿Por qué se ha roto la ventana del coche? ¿Fue un golpe?

—Sí, fue un golpe.

Masako esbozó una ligera sonrisa:

—¿Cómo?

—Con una piedra.

—Ya.

Masako, a diferencia de otras niñas de su edad, no agotaba la paciencia de los mayores preguntando interminablemente «¿por qué?, ¿por qué?». Masako, en aquel punto de la conversación, dejó de hacer preguntas. Eso no significaba que lo hubiese entendido todo. Todavía quedaban enigmas que dilucidar. Pero esta niña, ya de ocho años, solía dejar de hacer preguntas llegado cierto momento.

Reunidos en torno a Kyoko, el grupo de jóvenes bebía una botella de fino *sherry* que alguien había traído. Shunkichi era el único que, testarudo, bebía zumo de naranja. Todos estaban acostumbrados a sus hábitos saludables y no se extrañaban.

Kyoko le pidió a Shunkichi y Osamu que le contaran detalladamente lo que pasó la noche anterior. Ambos admitieron como si tal cosa que dejaron que pagasen la estancia en el hotel sus acompañantes femeninas. En cuanto a Osamu, podía haber sido más atento, pero Shunkichi apenas tenía dinero y en cierto modo era normal. Puestos a recordar detalladamente cómo les había ido en la cama, la verdad es que Shunkichi apenas recordaba nada: Osamu, por el contrario, se acordaba bien y, aunque con cierta desgana, lo contó todo. Kyoko quería escuchar hasta el menor detalle. Mientras seguían enfrascados en ese tema de conversación, Masako los escuchaba con aire inocente dando vueltas

alrededor. Natsuo, como de costumbre, la observaba con preocupación.

—Increíble, es realmente increíble que Mitsuko haga eso.

—Pues no te miento —dijo Osamu. Nada más decirlo, tuvo la impresión de que todo cuanto decía era mentira, de que absolutamente nada era cierto.

Natsuo empezó a hablar con Shunkichi, que se había mantenido callado hasta ese momento:

—Tengo que darte las gracias. De no haber sido por ti, no sé lo que le habría pasado al coche.

Shunkichi estaba sentado cómodamente y con pose incluso algo altiva, tanto que se diría que él también estaba bebiendo alcohol, aunque sólo bebiese zumo de naranja; al escuchar sus palabras, sonrió con un poco de timidez y sin decir nada hizo un gesto con la mano como para quitarle importancia.

De todos modos, cabría preguntarse por qué siempre ocurrían accidentes en torno a Shunkichi, cuando seguro que no ocurriría nada en la misma situación si allí estuviese solo Natsuo. Shunkichi sólo recordaba anécdotas, que diesen para una conversación, relativas al boxeo o peleas imprevistas; en cambio, en cuanto a las mujeres, todo lo olvidaba enseguida.

Natsuo, como pintor que era, hacía tiempo que tenía interés en el rostro de Shunkichi. Tenía un rostro sencillo y viril; era indudable que su cara había sido moldeada a base de golpes, sin embargo, algunos de estos puñetazos habían imprimido más belleza a sus facciones. Entre los boxeadores hay dos tipos de rostros: espectacularmente bellos o todo lo contrario. Había un tipo de cara cuya belleza era realzada por los golpes; también se daba el caso contrario. La resistencia de la piel golpeada le daba un lustre peculiar. La cara de Shunkichi tenía una sencillez que además confería a sus facciones una impresión de fortaleza; su piel curtida por los golpes aumentaba esa impresión de sencillez, marcaba más sus facciones, y sus grandes y angulosos ojos, enmarcados por unas cejas rectas, sin señal de cortes ni golpes, todavía resultaban más vivaces. Resaltaban especialmente la profundidad y la frescura de su mirada. A diferencia de la cara de cualquier hombre, en su rostro terso como un balón de fútbol de cuero

sólo el brillo de sus grandes y angulosos ojos era lo que le daba una expresión total y característica.

—Entonces, después, ¿después qué pasó? —preguntó Kyoko bajando la voz, no por temor a que escuchasen Shunkichi y Natsuo, sino para suscitar en Osamu las ganas de contarlo.

—Después... —Osamu, de nuevo, volvió a dar detalles innecesarios sobre lo ocurrido con su pareja. A medida que contaba lo sucedido, aumentaba su impresión de irrealidad, de inexistencia propia aquella noche. La aspereza de las sábanas de almidón arrugadas, el sudor transpirando levemente, la sensación como de un barco flotando sobre una cama de muelles demasiado blandos... Todo aquello ciertamente existía en cuanto tal. También perduraba una sensación constante de alivio al percibir cómo el placer se alejaba de sí. Lo único que no podía afirmar con certeza era su propia existencia.

Ya había atardecido. Masako, sentada sobre las rodillas de Natsuo, hojeaba tranquilamente un manga.

Por un momento la idea de «felicidad» cruzó la mente de Natsuo y le asustó. «Si este lugar en el que me encuentro ahora fuese mi hogar y el de mi familia —pensó—, sería horrible.»

Como el ventanal de la terraza estaba abierto, se oía claramente el silbido de salida de los trenes. Una hilera de luz se iluminaba allá en la estación de Shinanomachi.

Eran las diez de la noche cuando sonó el timbre de la puerta de entrada. Era Yanagimoto Seiichiro. Kyoko, que tras el cansado viaje ya estaba a punto de irse a dormir, se arregló de nuevo ante el espejo; enseguida se le quitó el sueño. Masako ya estaba durmiendo. En la casa de Kyoko los invitados eran bien recibidos a cualquier hora que viniesen.

Seiichiro esperaba en el salón. Al ver a Kyoko, dijo algo descontento:

—Vaya, ¿ya se han marchado todos?

—Mitsuko y Tamiko se fueron solas al llegar a Ginza. Luego vine con los tres a casa, y Shunkichi y Natsuo se marcharon al poco. El que aguantó más fue Osamu, pero hace una media hora se fue. Ya estaba a punto de irme a dormir.

A Kyoko ni se le ocurrió decir: «Podías haber llamado antes de venir». Bien sabía que Seiichiro solía venir sin avisar.

Tampoco osaba mencionarle su estado de embriaguez diciendo frases del estilo: «¿Has bebido, ¿verdad?». Cuando Seiichiro venía tarde por la noche, solía ser después de haber estado de copas con alguien. Entre los hombres que iban a su casa, era con Seiichiro con quien mantenía amistad desde hacía más tiempo, desde que ella tenía diez años; él era como su hermano pequeño.

—¿Cómo fue el viaje? —preguntó Seiichiro. Como al preguntarle dejó entrever su falta de interés, Kyoko abrevió:

—Bien, sin novedad —dijo.

Seiichiro, cuando estaba en esta casa, tenía un semblante que traslucía descontento y calma extremos a un mismo tiempo, curiosa amalgama de matices de ánimo diferentes. Era una expresión similar a la de los asalariados que van a tomar unas copas a la vuelta del trabajo, pero esa expresión era traicionada por sus facciones; con aquella mandíbula fuerte y recia y ojos de mirada penetrante, de su rostro emanaba una fuerte voluntad. Con esa cara o, mejor dicho, protegido por ese semblante, él creía firmemente en el fin del mundo.

Kyoko, después de servirle una copa de sake, igual que se hace al traer a colación el golf en la conversación al hablar con aficionados a este deporte, aludió al tema de conversación del gusto de Seiichiro: el desmoronamiento del mundo.

—Hoy día nadie va a comprendernos o tomarnos en serio si hablamos del fin del mundo. Si fuese en tiempos de guerra, Seiichiro, durante los bombardeos, seguro que te darían la razón. O durante la posguerra, cuando los comunistas decían que en cualquier momento se podía producir una revolución, tendría pase. Tres o cuatro años atrás, cuando estalló la guerra con Corea, tal vez te habrían creído. Pero ¿ahora qué? Ahora, a diferencia de antes, vivimos rodeados de comodidades. ¿Quién va a creernos si decimos ahora que éste es el fin del mundo? Nosotros no íbamos en el pesquero Fukuryumaru, del que no sobrevivió ningún miembro de la tripulación.

—¿Qué tiene que ver lo que yo digo con la bomba atómica? —preguntó Seiichiro. Después, con un tono poéticamente exaltado por la embriaguez, le dio su opinión a Kyoko.

Según él, actualmente nada presagiaba decadencia, y ése era

el signo más claro de la indudable destrucción del mundo. Cuando hay disturbios sociales, se solucionan alcanzando acuerdos razonables, todo el mundo cree en la victoria de la paz y la razón, se restablece la autoridad, ya no se lucha ni se pelea, y en su lugar predomina siempre una mentalidad que tiende a perdonar al adversario... En la mayoría de hogares, hoy día, se permiten el lujo de criar un perro, y en vez de arriesgar los propios ahorros en operaciones especulativas, ahora el tema de conversación de los jóvenes es a cuánto ascenderá su pensión de jubilación ahorrada durante años... Y así florecen, tranquilos y rebosantes, los árboles de cerezo en la radiante primavera... Todo aquello era un signo manifiesto de la venidera destrucción del mundo.

A Seiichiro no le gustaba discutir sobre sus propias opiniones con los demás, y tampoco solía conversar de estos temas con mujeres. De hecho, los hombres evitaban el debate. Sin embargo, cuando estaba con Kyoko, sentía un vínculo con ella. Ella rechazaba obligaciones o normas morales, se dejaba llevar sin más abandonándose a la indolencia, y pese a que jamás vendería su cuerpo, tenía el detalle de maquillarse para recibir a una visita nocturna.

—No pega el collar con el vestido de estilo occidental —le dijo sin ninguna reserva mientras degustaba su copa de licor.

—Ah, ¿sí? —Kyoko enseguida fue a cambiarse el collar. Ella se fiaba de sus opiniones dada su larga amistad desde que eran niños.

«Últimamente, cuando está cansada, se le marcan unas leves arrugas en torno al ojo —pensó Seiichiro—. Tiene tres años más que yo, ya ha cumplido treinta. Es injusto que nosotros dos también debamos envejecer como los demás; además, nunca nos interesó esta época en la que vivimos.»

Kyoko volvió con otro collar. A decir verdad, combinaba mejor con el vestido que llevaba. Con ese mínimo cambio, el contorno de su piel blanca entre su cuello y su pecho en un espacio tan reducido parecía mitigar las asperezas con el mundo externo realzando levemente la armonía. Tal vez los efectos del alcohol exageraban la sensación producida a Seiichiro. En cualquier caso, él le dijo que ahora sí que le

quedaba bien. Ella se alegró por el comentario e intercambiaron una sonrisa. Eran conscientes de su entendimiento mutuo, y aquella alegría medio teatral entre los dos se transmitía al corazón.

Poco después de morir su padre, Kyoko echó a su marido de casa, y desde entonces Seiichiro se sentía más libre. El padre de Seiichiro en vida había sido un fiel colaborador del padre de Kyoko. Los domingos y días de fiesta solía venir a visitarlos con su esposa e hijo. Como el padre de Kyoko era lo que se dice «todo un demócrata», pudo ser compañero de juegos de Kyoko mientras aún eran niños, y bromear libremente con ella, además, se ganaba unos dulces como regalo al despedirse. Sin embargo, al llegar a la edad de casarse, Kyoko y Seiichiro se abstuvieron de verse, y su padre terminó por no traerlo durante sus visitas a la casa. Después, una vez que Kyoko se hubo casado, todavía en vida de su padre, Seiichiro, un muchacho ya joven universitario, recobró la costumbre de pasar en visita de cortesía un par de veces al año, y era recibido cordialmente tanto por el cabeza de familia, el padre de Kyoko, como por la joven pareja de recién casados... Pero ahora, cuando Seiichiro venía a esta casa, se diría que se comportaba como el cabeza de familia.

Pensándolo bien, dicho comportamiento resultaba algo sarcástico. Sin embargo, Seiichiro conocía bien a Kyoko y compartía su empeño por acabar con el clasismo, y además le parecía un ejemplo muy apropiado a seguir. Sus visitas intempestivas, su arrogancia sin reservas, su forma de presentarle a Kyoko a todos sus amigos sin hacer ninguna discriminación, esa forma de añadir admiradores a su lista... Todo aquello era cuanto habría podido desear Kyoko. Tal vez sería exagerado decir que Kyoko amaba a Seiichiro, pero en el preciso momento en que ella se quedaba sola, se daba cuenta de que no había mejor amigo que él. Kyoko no había cosa que aborreciese más en este mundo que el servilismo. En cambio, la altivez arrogante le parecía hasta bella. Tal vez por eso desde pequeños eran más parecidos el uno al otro de lo que habrían pensado.

Kyoko acogía con natural alegría el comportamiento

caprichoso de Seiichiro en esta casa. Él a veces afectaba una moderación sutil. Como responsable administrador de su propiedad, la asesoraba diligentemente. Por un lado, era conocedor de las finanzas y sabía cómo gestionar el patrimonio, pero su continuo nihilismo expresaba algo oscuro; entre todos los visitantes a la casa, él era el más detestado por Masako.

Como Seiichiro no dejaba de prever la destrucción del mundo, Kyoko le dijo:

—A mí se me hace insoportable pensar en todo ese derrumbamiento después de tantos esfuerzos de reconstrucción durante la posguerra. La semana pasada subí a la azotea del edificio M. Hacía mucho que no observaba el centro de Tokio desde las alturas. Al ver, con mis propios ojos, lo mucho que se ha avanzado en las tareas de reconstrucción, no dejo de asombrarme. No queda ya rastro de las ruinas de los edificios quemados. Todas las irregularidades del terreno quedaron aplanadas, igual que moldes de impresión de las hojas de un periódico. Apenas había espacios verdes, sólo gentío en la distancia como tallos de hierba azotados por la brisa.

Seiichiro le preguntó a Kyoko si aquel panorama la hacía feliz. Ella le dijo que no.

—Kyoko, en el fondo tú piensas como yo, el fin del mundo es una idea que te atrae. No puedes olvidar la claridad de los terrenos abrasados por las llamas. Hoy observas esta ciudad a la luz de un tiempo pasado. No me cabe duda. Cuando camines por esas frías aceras de hormigón completamente renovadas, sentirás añoranza del suelo quemado bajo tus pies y la sensación de andar sobre ascuas, te faltará algo, te entristecerá contemplar desde los acristalados edificios modernos un paisaje nuevo sin las flores de diente de león que germinaban tras los incendios.

»La destrucción que amabas es ya parte del pasado. Aquella destrucción contenía el orgullo que cultivaste y puliste de forma sublime, te enorgulleces de haber hecho todo eso idealizando la destrucción. Creo que es por tu inevitable aversión a todo cuanto evoca alzarse de las cenizas como el ave fénix, resurgir, volver a la senda correcta, ensalzar las

construcciones, mejorar, aspirar siempre a cosas mejores, querer a toda costa reconstruirlo todo, dar un paso más como ser humano... No, seguro que especialmente aborreces todo eso. Se te debe de hacer muy difícil vivir en esta época... no puedes negarlo.

—¿Y qué me dices de ti? Ni siquiera puede decirse que vivas realmente en esta época —le contestó Kyoko devolviéndole el golpe—. Siempre estás hablando de la inminente destrucción del mundo.

—Ciertamente —admitió el propio Seiichiro; poco a poco hablaba con la espontaneidad y entusiasmo lírico de un joven que está fuera de sí. Sin embargo, él sólo se permitía hablar de este modo en su casa; fuera de allí guardaba las apariencias y evitaba decir lo que se consideraba inapropiado.

»¿Cómo podría vivir si no tuviese la certeza de que se acerca el fin del mundo? Si pensara que el buzón rojo colocado en el camino a mi oficina por las obras de reconstrucción fuese a estar allí eternamente, ¿cómo iba a poder pasar por ese camino sin sentir náusea y horror? De estar allí para siempre el dichoso buzón rojo de grotesca abertura, ¿podría permitirle que siguiese ni un segundo más con esas fauces abiertas? ¿No crees que me liaría a patadas con el buzón rojo? ¿No crees que lucharía contra él hasta derribarlo y reventarlo a pedazos? Si puedo armarme de paciencia ante semejante buzón, si acepto y consiento su existencia, si cada mañana en la estación de tren trago con la cara de foca del jefe de estación y acepto su existencia, si trago con las paredes color de huevo en el interior del ascensor de la oficina, si cuando subo en el descanso del mediodía a la azotea trago con el globo inflable con promociones comerciales... Pues todo eso es gracias a que tengo la completa certeza del fin del mundo.

—Entonces, no haces más que tragar con todo. Todo lo toleras, todo te da lo mismo...

—Como al gato del cuento la única forma de luchar que le quedaba era tragárselo todo, esa era la única forma de vivir que tenía. El gato se tragaba todo cuanto encontraba por el camino: un carruaje de caballo, un perro, un edificio escolar. Si tenía sed, se tragaba un depósito de agua, incluso desfiles de

reyes, hasta una abuelita, o un carrito de la leche... Sí, me gustaría saber cómo vivió ese gato.

»Tú sueñas con la destrucción del pasado. Yo preveo la destrucción del futuro. Y mientras, entre esos dos mundos de destrucción, resistimos viviendo, bebiendo a pequeños sorbitos el vivir el día a día. Esa manera de sobrevivir es desconsiderada e insensible hasta un punto horroroso, vivimos sin cesar abrazando ese fantasma que sólo aspira a alargar su vida eternamente. Ese espectro va ganando terreno, sumiendo en la parálisis a millares de personas; ahora la frontera entre sueño y realidad ha desaparecido, o tal vez todos han acabado por creer real esta ilusión.

—Entonces debes de ser el único que sabe que se trata de una ilusión, por eso puedes tragar con todo como si nada.

—Pues sí, y eso es porque sé que la realidad auténtica es «la realidad de un mundo a punto de ser destruido».

—¿Por qué lo sabes?

—Lo veo sin más. Cualquiera puede captar el fundamento de sus acciones si se fija bien. Lo que pasa es que nadie quiere verlo. Yo tengo valor para mirar de frente esa realidad, no puedo evitar ver claramente lo que va a pasar. Percibo claramente el rápido avance de las agujas en la esfera de un reloj.

Seiichiro estaba cada vez más ebrio. La cara roja y la flojedad en sus extremidades relajadas denotaban lo poco consciente que era ya del hilo de sus pensamientos. Con su formal traje azul a juego con una corbata y calcetines sobrios, ese joven siempre preparado para perderse en el anonimato de la gente hacía desprenderse de sí un olor de vida colectiva, incluso hasta en la mancha de su camisa descuidada. No era una suciedad o una mancha natural; daba más la impresión de ser una mancha producto de su esfuerzo por resultar natural. Como una medusa lanzada y despedazada sobre la arenosa playa, cuando él estaba en casa de Kyoko, era la viva imagen de la contradicción, tanto sus ideas como sus sentimientos no eran más que una amalgama absurda que él no podía controlar.

De repente, Seiichiro cambió de tema de conversación.

—¿Qué tal estaba Shun antes del entrenamiento?

—Parece que estaba muy bien, volvió con mucha confianza.

Kyoko le contó parte de lo sucedido aquella tarde en la pelea.

Seiichiro se echó a reír. Aunque era muy improbable que él se viese envuelto en una, le gustaba mucho oír hablar de peleas ajenas. Elogió mucho a Kyoko por su serenidad durante la trifulca.

Seiichiro inspiró profundamente el aire de la noche y, sentado, estiró las extremidades. La pronunciada nuez de su garganta se movía teñida de rojo a la luz de la lámpara. De repente se levantó y estrechó las manos a Kyoko.

—Me voy. Estarás cansada por el viaje, ¿verdad? Buenas noches.

—Pero, ¿a qué has venido entonces?

Kyoko se lo preguntó sin levantarse de la silla, ni alzar la mirada hacia él; tan sólo observaba la punta de sus uñas rojas con un brillo más intenso a la luz de la noche.

—Eso me pregunto yo, ¿para qué he venido? —dijo mientras se tambaleaba un poco sujetando la cartera del trabajo.

Ante la entrada dio un par de pasos, después se volvió, observó complacido el movimiento de su sombra proyectada sobre la vetusta puerta de roble y al fin dijo:

—Me duele un poco la cabeza. Ah, sí... Hay algo sobre lo que quería pedirte opinión.

—¿De qué se trata?

—Creo que ha llegado el momento de casarme.

Kyoko, que había salido a despedirlo a la puerta, se quedó callada. Ya estaba cerrada la noche, y unas rachas de viento arreciaron de repente arremolinándose por el muro que circundaba el jardín y el puente de piedra. En un rincón iluminado en la oscuridad se observaban las bayas de una aucuba de brillantes tonos rojos. Las hojas nuevas de tonos verdosos vibraban agitadas por el viento. Los innumerables frutos rojos temblaban como coagulados en sus racimos.

—Vaya viento tan terrible —dijo Kyoko en el preciso momento de despedirse.

Seiichiro se dio la vuelta con una leve expresión de disgusto: intuía el sentido insinuante de sus palabras. Él era consciente de que a Kyoko no le pegaba hacer ese tipo de comentario insulso aludiendo al tiempo. Kyoko interpretó el momentáneo gesto de disgusto de Seiichiro como señal de su desinhibición. Al fin y al cabo, Kyoko no tenía nada contra él.

Masako, que dormía en su habitación de estilo occidental, se despertó al oír que se marchaba el invitado. Mientras observaba el reloj en la mesilla de noche, pensó que este último invitado del día se había ido bastante pronto. Después, se levantó sigilosamente y abrió el cajón de los juguetes. Era realmente hábil para abrir este cajón sin hacer el más mínimo ruido.

En el cajón había muchos vestidos de muñeca, y emanaba olor de alcanfor. A Masako le encantaba aquel aroma del alcanfor envuelto en celofán de colores y había llenado el cajón por completo de aquellas bolsitas. Además, cuando estaba sola, le encantaba asomar la nariz en aquel cajón y aspirar el intenso y místico aroma.

La débil luz que se filtraba por el cristal de la ventana coloreaba el vestuario de las muñecas con tonalidades de azul y rosa difuminados. Encajes baratos adornaban ondeantes las mangas. Estos vestidos que jamás se manchaban de sudor a Masako a veces le parecían aburridos.

Miró alrededor e hizo una mueca apretando la punta de la lengua, manteniéndola apretada contra los dientes; seguidamente, sacó una fotografía oculta bajo los vestidos. Se acercó a la ventana y bajo la luz que se filtraba del exterior observó la fotografía de su padre, el hombre al que Kyoko había echado de casa.

A juzgar por su apariencia, parecía un hombre débil de complexión delgada, aunque de rostro apuesto y joven; llevaba puestas unas gafas sin montura, el cabello corto peinado con raya al lado y una corbata anudada puntillosamente.

Masako observaba la fotografía del padre sin sentimentalismo reseñable, simplemente miraba continuamente como buscando algo. A continuación, como siempre hacía cuando se despertaba por la noche, susurraba

ritualmente las siguientes palabras:

«Padre, espera. Ya verás como Masako hará que vuelvas pronto a casa.»

La fotografía desprendía un aroma a alcanfor. Aquel aroma era para Masako el aroma de la noche, de los secretos y, también, el aroma que le recordaba a su padre; aspirándolo, Masako volvía a quedarse dormida. No era el olor canino que tanto disgustaba a Kyoko.

# Capítulo 2

—¡Vaya un imprudente Inukai! —dijo Saeki, su compañero de trabajo, a Seiichiro, durante el paseo del descanso a mediodía. Los dos se dirigieron al puente de Nijubashi para pasear por los jardines del recinto del Palacio Imperial.

»Más que Inukai, que significa "criador de perros", habría que llamarle "kai-inu", en el sentido de "perrito de compañía" —continuó diciendo Saeki.

Seiichiro asentía:

—Cierto, ha dejado pasar la oportunidad de ganarse una buena reputación, algo que no te ponen en bandeja más de una vez en la vida.

El primer ministro Yoshida era el vivo retrato del mantenimiento del orden y el desprecio por el cambio. Pero no era el único: había muchos, como él, con un espíritu de contradicción chapado a la antigua pero capaz de divertir a las personas. Sin embargo, Inukai era un comediante de la nueva ola. Sin entrar en temas de ideas o gusto personal, él de cara al público fue el primero de aquellos tipos a la última capaz de actuar con sorprendente torpeza para rendir servicios al orden establecido. Era tan torpe su actuación que parecía hecha adrede. Igual que un sombrero de copa sobre la cabeza de un bufón pierde prestancia, sin proponérselo desprestigiaba la dignidad de ese orden establecido. Como eso molestaba a gente, el enfado de la opinión pública se generalizaba.

El boletín matutino de ayer informaba de que el ministro de Justicia, apoyado por Inukai, había ejercido su derecho de movilizar al ejército, pero ese mismo día el boletín de la tarde daba la noticia de la dimisión de dicho ministro. Eso era una incongruencia patente para todo el mundo. Si realmente quería presentar su renuncia, no tenía sentido tomar dichas medidas. Una de dos: si tenía intención de renunciar, no debería haber asumido el poder; pero, una vez que había aceptado ejercer el

cargo, más le valdría no renunciar después. En clara contradicción, él quería quedar bien con los políticos y los ciudadanos al mismo tiempo. Era una caricatura cómica que enfadaba a la gente.

Se palpaba un malestar general en la opinión pública. La indignación, que al principio era compartida por diversas tendencias de la oposición, se fue generalizando después en toda la sociedad. Ya no era arriesgado sumarse a esa reacción de oposición. Obviamente, Seiichiro asintió. Tenían derecho a indignarse.

—Lo que ese tipo ha hecho es como los lamentos de las mujeres cuando quieren hacerse notar. ¿No te parece? —dijo de nuevo Saeki.

—Sí, es para cabrearse —asintió Seiichiro, que no perdía nunca la calma en público, y para no revelar sus verdaderas ideas se limitaba a expresar un monótono revisionismo como el publicitado por los periódicos conservadores.

Ambiente templado y nubes finas en el cielo de media tarde. Regueros de hombres y mujeres trabajadores paseaban durante el breve descanso de mediodía para hacer la digestión. Los dos se detuvieron junto al foso que rodeaba el perímetro del Palacio Imperial.

Los sauces verdeaban, y en el estrecho espacio de hierba a lo largo del foso brotaban dientes de león aquí y allí entre arbustos de hojas de mielga. El agua del foso tenía un tono verde y negro espeso como una sopa, y la suciedad se acumulaba en un recodo del canal como una alfombra manchada vuelta del revés.

Saeki y Seiichiro reanudaron la marcha, cruzando por una calle muy transitada. Cada árbol y cada tallo de hierba les resultaban tan familiares y conocidos como en el interior de su despacho. Apenas se diferenciaban los pinares de paseo tan trillado con el perchero de la oficina: ambos podría decirse que apenas existían.

Saeki, de repente, pareció acordarse de su derecho a hacer lo que le viniese en gana y propuso ir a algún sitio en el que todavía no hubieran estado. Seiichiro miró su reloj sugiriendo que no tenía mucho tiempo. Saeki ya echaba a andar

decididamente; al ver que se detenía un autobús turístico del que bajaban ordenadamente los turistas, se acordó de un lugar cercano por el que, sorprendentemente, solían pasar de largo. Había como una especie de sutil frontera entre los grupos de oficinistas y los turistas que se cruzaban sin mezclarse en aquella explanada.

El paseo de mediodía con el que oficinistas y secretarias agilizaban la digestión del almuerzo se asemejaba a un desfile en el que sus personajes, sacando pecho casi como en una ceremonia, parecían conscientes de hallarse en el marco de un cuadro costumbrista: la típica estampa del paisaje urbano por las aceras del centro financiero. Aspiraban a ejercitarse un poco bajo el suave y traslúcido sol, caminaban convencidos del efecto gimnástico para eliminar grasas. Tomar el aire fresco y el sol no entrañaba nada malo, y encima pasear veinte o treinta minutos era gratuito.

«Abrigar esas pequeñas consideraciones por la salud es hasta comprensible y natural... —pensaba Seiichiro—. Pero resulta grotesca la escena de la masa ejercitándose al unísono. Qué molesto es ver a toda esa gente aspirando gregariamente a la longevidad. Parece un verdadero sanatorio de enfermos mentales encerrados en un campo de concentración.»

Se acordó del corte que se había hecho en el labio esa mañana con la cuchilla de afeitar. Al pasar la punta de la lengua por el corte, percibió un sabor salado. Se acordó del placer que sintió ante aquel pequeño e insignificante corte cuando vio reflejarse en el espejo el hilillo de sangre en torno a sus labios. Puede que a veces no sea malo bajar la guardia, dejar de ser tan cuidadoso. Tal vez la cuchilla de afeitar había percibido su fugaz pensamiento al deslizarse cortante sobre su piel.

—Aquí seguro que no hemos estado aún —dijo jactándose Saeki al entrar sin hacer caso de un letrero que advertía de la prohibición de acceder.

—A decir verdad, estoy seguro de haber venido por aquí de pequeño...

—Eso no cuenta, cuando eras un niño era diferente.

Al adentrarse, pisaron unos trozos de papel desperdigados

bajo la sombra de un pino bajo y observaron la estatua de bronce ante ellos. Era la conocida estatua de Kusunoki Mashashige a caballo. Llevaba encasquetado el yelmo de dagas, con la mano derecha sujetaba con firmeza las riendas de un poderoso y musculoso corcel, el cuello erguido, la pata izquierda delantera alzada echando a galopar en el aire; la crin y la cola del caballo desafiaban el aire en contra y resaltaban vivamente en la escultura. Era verdaderamente enigmático que aquella estatua en bronce de una personalidad patriótica hubiera conseguido sobrevivir al periodo de la ocupación. Tal vez debido a que el caballo estaba mucho más logrado que el propio Mashashige, dejaba a éste en un segundo plano. Bajo la fina capa de bronce del caballo se percibía una enérgica y compacta musculatura como la de un joven jinete, se traslucían hasta sus venas; en suma, la estatua evocaba tal realismo y el brío del caballo parecía tan natural como si tuviera al enemigo ante él. Sin embargo, el contrincante ya había muerto; en un tiempo también habría sido visible, portentoso y con semejante armadura, pero ahora había desaparecido del horizonte, galopa invisible en la eternidad y encarna un enemigo astuto que ríe desde el confín de un cielo primaveral de nubes finas sobre las cabezas de los provincianos que, boquiabiertos, alzan la vista para contemplar la estatua del caballo guerrero.

La chica del autobús daba la siguiente explicación ante cinco o seis personas:

—Fíjense en la cola del caballo de bronce, los gorrioncillos hicieron de ella su nido y parece como si siguieran trinando hoy día con este patriota amante de su nación.

La voz juvenil de la mujer, transportada por el cortante viento vespertino, resultaba monocorde debido a la humedad al ensalivar cuando se resecaba su garganta en el ambiente primaveral polvoriento. Algunos de los turistas escuchaban su explicación impertérritos, sin dejar escapar ni una palabra, llevándose a las orejas las manos llenas de arrugas color de tierra.

Numerosos trozos de papel y palomas; éstas se detenían sobre el yelmo con forma de azada... El horroroso sonido de las pisadas de los cansados visitantes al aplastar los guijarros. En

una palabra, un paisaje de recesión económica y hastío cubría todo como polvo primaveral.

Escena de recesión... No es que hubiera cambiado nada de cuanto había allí. El año previo, tras la guerra de Corea, las inversiones se recuperaron regularmente, pero poco después la situación volvió a empeorar. La palabra «recesión» aparecía en la primera plana de los periódicos, se elevaba como una humareda de ceniza, después se expandía, enturbiaba la atmósfera, se adhería formando un poso sobre toda la realidad; eso es lo que cambió realmente el significado de todo. Enseguida los árboles se convierten en «árboles de la recesión»; la lluvia en «lluvia de la recesión», las estatuas de bronce, en «estatuas de bronce de la recesión», hasta las corbatas se convierten en «corbatas de la recesión». Igual que antes de la recesión las novelas sobre oficinistas de Sasaki Kuni eran muy bien acogidas, hoy en día la gente leía con gusto a Genji Keita. En estas novelas, aunque tenían su origen en tiempos oscuros, dicha palabra no aparecía citada jamás entre sus páginas.

Saeki y Seiichiro se sentaron sobre la cadena metálica que rodeaba la estatua de bronce. Resultaba agradable echar un pitillo con aire indiferente ante el monumento de un personaje ilustre rodeado de visitantes.

—Envidio a Kusunoki Masashige. Seguro que él jamás tuvo que pensar en la crisis económica.

—Nosotros somos como Masashige. Basta con estar imbuidos de patriotismo, lo demás sobra —sentenció Saeki superando en cinismo a Seiichiro.

—Y el caballo tan robusto sobre el que monta es capaz de lidiar con todo. Hoy día el nombre de nuestro caballo sería «consorcio financiero».

—Un caballo realmente poderoso.

—Un caballo que no muere jamás. Un ave fénix. Aunque cortes sus miembros y lo quemes, enseguida resucita, ahí lo tienes.

Saeki era cínico, pero no llegaba al punto de creer en la completa destrucción del mundo. Él era un creyente en la inmortal eternidad de lo cotidiano, rendía culto a la irrompible estatua de bronce. Pero a veces hablaba con un ardor tal que se

percibía por debajo de sus gafas el brillo de alegría de sus ojos.

—Por cierto, se me olvidó decírtelo —dijo improvisadamente Saeki con un tono de voz distante.

»En el periódico de esta mañana salió la noticia del suicidio de la dueña de una empresa de cosméticos en quiebra por la depresión económica. Pero como todo el mundo sabe, una mujer no se suicidaría por algo semejante. Está clarísimo: la causa fue un desengaño amoroso. Lo prueba su firme determinación, forjada años atrás cuando fue abandonada por un hombre en su juventud. Después, cuando triunfó en los negocios, aparentaba despreciar a los hombres, pero era todo lo contrario, devoraba uno tras otro. Finalmente, durante la quiebra económica, la dejaron y eso desencadenó su suicidio. ¿Quién crees que era ese primer amante que la desairó por su falta de atención y la convirtió en una impulsiva Kan'ichi femenina al romperle el corazón? No podía ser otro. Nada menos que nuestro jefe de departamento, el señor Sakada.

Seiichiro estaba muy al tanto de este rumor. Sin embargo, aparentó una ingenua sorpresa, sin olvidar añadir la siguiente estereotipada impresión:

—Ya ves, hasta nuestro jefe tuvo su época de amoríos románticos.

—Ya veo que tú también eres bien simple —dijo Saeki.

A Seiichiro, al oír lo de «simple», se le escapaba una inconsciente sonrisa de satisfacción, reprimida convenientemente para que el otro no se diese cuenta. Replicó Saeki:

—Eres bien simple. Qué tendrán que ver aquí los amoríos románticos. La realidad es que él se relacionaba con ella por interés porque le estaba pagando los estudios universitarios. Todo un ejemplo de utilitarismo. El jefe, antes de entrar en la compañía Yamagawa, ya tenía maneras de especulador.

—Nosotros también debemos aprender de él.

—Lo que está claro es que tú no sirves para eso. Un hombre bueno y sencillo como tú, al enamorarse, sería natural que lo viviera con toda pasión.

Seiichiro, además de sentirse satisfecho por esta valoración errónea de su personalidad, en cierta manera confiaba en

Saeki, que no tenía nada de simple. Era, sin duda, un tipo brillante, de piel clara y con gafas, alguien que disfrutaba de su propia complejidad. Con un gesto serio, en ocasiones se sinceraba con Seiichiro respecto a su descontento:

—Te envidio. Eres tal cual, has nacido con el don de saber estar. Eres una persona sin sufrimientos excesivos, ni te desequilibras por defender con demasiada seriedad tus opiniones.

Los dos siguieron paseando por el camino de vuelta que recorría el cruce de Hibiya; iban criticando los planes para la deflación tomados por los gobernantes. La reducción del flujo de capitales no contribuía más que a una organización irregular de los balances. Por tanto, volvería a repetirse la historia, igual que un excesivo entusiasmo amoroso acaba sin falta en desilusión; al aumentar la producción, las existencias de difícil salida se amontonaban empeorando el balance comercial y pulverizando las inyecciones de crédito del gobierno; de ahí el riesgo de inflación y una economía contraída tradicional que termina en medidas de deflación... Por cierto, para los trabajadores de las empresas comerciales, criticar a los políticos era una de las materias de conversación más seguras. El gobierno, desde tiempos de Meiji, no era para ellos más que un grupo de déspotas gorilas, y cada una de sus acciones vulgares desde siempre fue motivo de burla para los trabajadores.

Seiichiro se fijó en el cartel en la ventanilla de entradas del Teatro Imperial al otro lado de la calle. Era el cartel de la actuación de Josephine Baker. Kyoko le llamó por teléfono para invitarlo a la actuación, pero declinó. No le gustaba ir con Kyoko a sitios tan suntuosos. Prefería encontrarse con ella en su casa. Ella, que prefería la sencillez sin complicaciones, al escuchar aquella curiosa negativa, le dijo que no se preocupase, que iría con Osamu. Ciertamente, el apuesto y abstraído Osamu parecía el acompañante más adecuado para la ocasión. Un joven de cejas viriles y labios juveniles con un toque femenino, con una mirada cargada de romanticismo y una expresión misteriosa y hermética. Observados exteriormente, Seiichiro y Osamu no tenían ningún rasgo en

común, aunque Seiichiro a veces tenía la impresión de intuir los pensamientos de Osamu. En aquellos instantes era como si se superpusiesen las dos caras, la coraza de la vida inconsciente e ingenua de Osamu y el estilo vital más consciente de Seiichiro...

En una esquina del barrio de oficinas empezó a distinguirse el edificio sombrío de la empresa Yamakawa. Era la una menos cinco de la tarde. Kotani, un empleado nuevo del mismo departamento, que acababa de entrar ese año, pasó por delante de Seiichiro y Saeki, no se detuvo a saludarlos y, con respiración entrecortada y sus mofletes colorados, aunque no se echó a correr, se dirigió directamente a la entrada de personal con pasos mecánicos en el andar.

—Oye, no vayas tan deprisa.

Seiichiro lo dijo en voz baja pensando que no le oiría, y ciertamente no oyó lo que dijo.

—Por lo visto alguien le explicó que debe llegar a su mesa antes de que regresen a la oficina los más veteranos.

—Además, fíjate lo larguiruchos que son los nuevos empleados. Se les nota bien alimentados. Está claro que es una generación que no se crio desnutrida como nosotros a base de sucedáneos como el *mame kazu*.

Los empleados recién contratados tienen un brillo excesivo en la mirada, siempre queriendo parecer agradables, con una media sonrisa contenida, disimulando su adulación; cuando cometen un error en el trabajo, se rascan la cabeza y actúan estereotipadamente; se percibe tensión en toda su musculatura al esforzarse en actuar con decisión y claridad, toda esa energía y entrega para aprender... Sin duda, todo eso resultaba divertido, pero Seiichiro disfrutaba más al ver cómo sus rostros adquirían apariencia de aburrimiento e inquietud por la previsible desilusión que les carcomía al cabo de un par de meses. Seiichiro, por su parte, después de tres años en la empresa, se mostraba decidido y seguro, con gesto impasible, haciendo gala de una jovialidad atractiva y un oportuno saber callar cuando era necesario. Además, no daba muestras de mínimo cansancio respecto al trabajo.

Las oficinas ocupaban una parte del edificio gris de ocho

plantas; sobre una placa de bronce se leía: «Sociedad Yamakawa». En la empresa preferían edificios sobrios de este tipo. A primera vista, no había ningún elemento moderno, era una construcción de sencillos bloques de cemento que no llamaría la atención de nadie. El edificio de estilo moderno situado enfrente, al ser acristalado, reflejaba perfectamente el bloque de Yamakawa. Gracias a su apariencia austera, el contraste mitigaba el efecto de su modernidad aportándole la prestancia del otro edificio.

A principios de primavera, tras lograr la recuperación de la empresa de Yamakawa mediante la unión de tres sociedades, Seiichiro dejó las oficinas del edificio N, donde había trabajado tres años, y con todo el equipo de la empresa se trasladó al mítico edificio de Yamakawa. Allí se había restaurado todo cuanto evocaba los tiempos antiguos. Se acordó de que cuando se trasladó aquí por primera vez, al llegar a la puerta de entrada, repasó mentalmente de sus criterios de actuación como si se tratase de sentencias emblemáticas. Todavía hoy seguía respetando aquellos criterios escrupulosamente:

—Graba en tu mente que la desesperanza es el valor que debe cultivar el hombre práctico.

—Aparta el heroísmo de tu vida, que no tenga nada que ver contigo.

—Jura obedecer cuanto menosprecias, si menosprecias las costumbres, cúmplelas a rajatabla, si menosprecias la opinión pública, sigue la corriente.

—Precisamente en lo trivial se halla la máxima virtud.

Seiichiro dominaba muy bien los tópicos del haiku. Era el camino más corto para ganarse la confianza de la gente sin tener especialmente genio poético. Asistía a las reuniones de poesía a las que tan aficionado era el jefe de sección, y lograba doce puntos componiendo algún lamentable haiku con el mayor de los intereses. Sabía atenerse bien a la métrica de diecisiete caracteres, ni uno más, ni uno menos, todo un maestro de la prescripción de lo común y corriente.

—Anoche fuiste con Kyoko al espectáculo de Josephine Baker, ¿verdad? —le preguntó Mitsuko mientras Osamu la escuchaba con gesto abstraído.

—Sí.

Nada más contestarle, ella tomó sus brazos desnudos y los colocó en cruz junto a su torso, después dejó caer el peso de su cuerpo sobre su pecho y empezó a hacerle cosquillas con los labios en las axilas. Osamu se retorcía de cosquillas sin poder liberarse del cuerpo cálido y pesado de Mitsuko.

—Qué débil eres. Estás muy flacucho.

La chica dejó escapar de sus labios estas palabras que tanto irritaban a Osamu. Éste entornó los párpados resignado. El peso de la chica sobre su estómago y la humedad de la saliva en las axilas le produjo un turbio malestar; como si un lejano olor de hierba húmeda le diese náuseas. Presentía una continua sensación de cosquilleo por todo el cuerpo como cuando amaina la brisa y de repente se renueva vibrando entre las hojas. «Mitsuko dice que estoy flacucho. No sé qué haré si me toca un desnudo sobre el escenario. Hasta ahora pensaba mucho en mi cara y me fijaba menos en mi cuerpo... ¿Más peso corporal daría más peso a mi propia existencia? El cuerpo como tal tiene existencia y pesa, ¿tal vez aumentando de peso y volumen corporal tendría más conciencia de mí mismo, más solidez? ¿Me libraré por fin de mi existencia de indolente que se diluye en inercia? ¿La prueba única de mi existencia es pasarme todo el tiempo ante el espejo?»

Por fin, tras liberarse de las manos de Mistuko, lo primero que hizo fue buscar a tientas el espejo de mano bajo la almohada.

—¿Estás buscando el espejo?

Mitsuko conocía bien su manía. La luz de la lámpara, cubierta con una toalla de baño para tamizar su intensidad, brillaba débilmente formando sobre el brazo de Mitsuko unos sublimes círculos de luz humeante que contorneaban su figura. Alargó el brazo sobre la cara de Osamu. De sus axilas emanó un aroma a jazmines. Mitsuko no movió el brazo con intención de darle el espejo de bolsillo sobre el tatami a Osamu, sino para apartarlo de un rápido golpe.

—No hay espejo. Yo puedo mirarte en su lugar.

Mientras decía esto, Mitsuko sujetó fuertemente de ambas mejillas a Osamu. Como prácticamente no tenía vello en ellas,

las manos de Mitsuko sujetaban una piel lisa y fina. En primer lugar, Mitsuko rozó con sus labios el flequillo lustroso de Osamu: «Éste es tu cabello»; después, su frente blanca: «Ésta es tu frente», después los posó sobre sus pobladas cejas y dijo: «Éstas son tus cejas»... El tacto de sus labios sobre la piel fina de los párpados le recordaba a una mosca aleteando sin cesar en círculos. Con los párpados cerrados movía los ojos tratando de escapar de aquella mosca. En la fría desnudez de sus ojos percibió un halo caliente a través de la piel de los párpados.

—Aquí están tus ojos...

»¿Lo has visto, verdad?

Osamu seguía con los ojos cerrados y Mitsuko le dijo:

—Seguro que has visto mucho mejor que con el espejo, ¿a que sí?

»Ésta es tu nariz.

Mitsuko reemprendió su reconocimiento. En la punta de su bella nariz un poco fría en la noche, Osamu notó el vaho cálido y húmedo de su respiración recordándole el aroma de una ribera en un día de verano.

Osamu era como un enfermo grave sin fuerza siquiera para apartar de un manotazo una mosca revoloteando sobre su cabeza. Como un puerco revolcándose en el lodo a pleno día, sentía una repugnancia extrema en el cuerpo a la que, sin embargo, en cierto modo se resignó, en el momento en que se percató de lo apropiada que era para él dicha sensación. En cualquier caso, seguía siendo necesaria la claridad del espejo. Sin embargo, bajo la tenue luz, aun palpando con las manos sobre el tatami, no había rastro del él.

Mitsuko, separada de su marido, vivía en un apartamento, pero en sus encuentros secretos con Osamu no se citaba en él, sino que reservaba una habitación de hotel por el barrio de Shibuya. La primera vez que fue allí a Osamu le llamó la atención la frialdad de Mistuko con las chicas del servicio o la encargada, y su manera de comportarse sin ningún miramiento. Las habitaciones del alojamiento estaban construidas unas junto a otras separadas por una pequeña distancia por la que corría un arroyo formando un complicado entramado alrededor de un estanque, de modo que en plena

noche se podía oír el sonido de las carpas chapoteando en el agua. Desde la ventana se veían las inmediaciones de la estación de Shibuya y las luces de neón de los edificios altos y los centros comerciales del barrio, pero reinaba una tranquilidad profunda e insólita en el lugar.

Osamu se incorporó de golpe y se puso una camiseta de cuello redondo. Quería distanciarse un poco de Mitsuko y se fue al lavabo. Tras cerrar la puerta, por fin se sintió bien al mirarse en el espejo grande e iluminado del lavabo. Tenía el pelo revuelto; cogió un peine y empezó a peinarse cuidadosamente. Se puso tal cantidad de loción de aceite que su pelo enseguida recuperó un lustre brillante como de lacado.

«No me gusta. Querría que fuese más atractiva, menos insistente, con esa apariencia concreta de mi gusto...», pensó Osamu. Ya había conseguido que el espejo reflejase su rostro, capaz de gustar a cualquier mujer. Después, fantaseó con una relación con una chica joven; al quedarse embarazada, él la dejaría. Tendría numerosas y complicadas aventuras amorosas que la gente, sin embargo, vería con buenos ojos.

Mitsuko estaba algo rellenita, cabello de color negro, un poco claro, y, aunque no muy proporcionada, era una mujer bella; tenía unos ojos grandes, una nariz suavemente perfilada, el labio inferior un poco más grueso que el superior y orejas bien formadas. Si ahora volvía a la cama, estaba claro lo que le diría Mitsuko: «Perdona, he sido demasiado insistente, ¿verdad?». Mitsuko, cuando pasaban la noche juntos, en ocasiones se ponía celosa de un modo trivial; aunque a veces hacía cosas fuera de lo ordinario, el respeto por sí misma y la pasión armonizaban en su forma de ser. Si Osamu la dejase, no tenía ninguna intención de ir tras él. Sus encuentros secretos siempre eran de arrebato: podían verse durante diez días consecutivos y luego no verse durante dos meses seguidos. La primera vez que conoció a Mitsuko fue en casa de Kyoko. Osamu, como era habitual, dejó, indolentemente, que fuese ella la que lo eligiera y sedujera.

De noche, las bellas facciones de Osamu se reflejaban nítidamente en el espejo. «Aquí sí estoy seguro de existir», pensó. Sus ojos grandes bajo las recias cejas, las profundas

pupilas negras... No sería fácil encontrar un joven de belleza parecida. Comprobaba satisfecho que no quedaba ni el más leve indicio de lo sucedido hace escasos momentos que ensombreciese su luminoso rostro, había sido borrado como el rocío mañanero.

«Tendría que probar el levantamiento de pesas que me recomendó un amigo. Si me entrenase, mis músculos serían como una coraza, y todo mi cuerpo expresaría tanto como la cara», se decía. A diferencia del rostro, un cuerpo musculado no requiere espejos para ser observado. Podría cerciorarse de la existencia de los brazos, el pecho, el abdomen, los muslos; contemplar cómo surge continuamente de su cuerpo entero la voz del ser y la poesía de la existencia.

Osamu echó una ojeada al papel, colgado en la pared, de los ensayos del teatro de Gekisakuza con los repartos de la próxima representación. El antepenúltimo personaje, el joven D, iba a ser su papel. Era un papel con un poco de movimiento y sin diálogo en la parte de cabaret del último acto. Observaba el asesinato de la protagonista principal y, acto seguido, sorprendido, saldría de escena.

Sobre el escenario ya ensayaban el guion y la escenografía. La protagonista, encarnada por Toda Oriko, declamaba sobre el escenario:

—El cabaret que represento yo es diferente y único. En mi cabaret cada noche hay peleas a navajazos, tragedias, auténtica pasión y rivalidad amorosa, sí, hasta las pasiones más bajas e innobles, pero, en definitiva, hechos más elevados que vuestras caras de eruditos. Dicha pasión y odio son auténticos, lágrimas y sangre no fingidas, desangrándose de veras. En dos o tres días ya estará la invitación al pase nocturno. Les ruego su asistencia. Basta con que me hagan el favor de asistir sin rechistar hasta el final. Porque, a fin de cuentas, vosotros como público formáis parte de la representación.

Sobre la tarima polvorienta del escenario, Oriko, sin el menor maquillaje, llevaba una redecilla en el pelo, vestía una blusa y pantalones de colores que desentonaban y estaba de pie ante un sucio panel que iba ajustándose a las dimensiones del decorado. Miura, el director, dijo «un momento»,

interrumpiendo su representación. «Cuando dices "desangrándose de veras" baja y acércate dos o tres pasos al doctor Asami. Con aire un poco amenazador... Después, como ya te dije, en la parte de "Les ruego su asistencia" conviene expresar más altivez.»

Oriko, desde del escenario, asintió con la cabeza en silencio. Kusaka, el director de escena, en voz baja le pidió a Miura su opinión: «¿Repetimos la escena?». Éste, muy enfadado, dijo: «Empezamos de nuevo. Toda la parte del médico Asami antes de "el cabaret que represento yo"».

«Qué obra más aburrida», pensó Osamu, apoyado contra una pared de la sala de ensayos; era una crítica objetiva propia de un actor resentido y hambriento por que le diesen un papel. A decir verdad, realmente era una obra intrascendente. Aquella ingenua atracción por el papel de «genio turbulento» del personaje de Jean Giraudoux parecía empapar la cabeza del autor cual esponja mojada. Era la obra de un pobre diablillo incapaz de comprender el profundo sentido irónico de la imaginación. Asama Taro, el autor, había vivido en carne propia las amarguras de la vida, pero, como todo cuanto veía eran sueños tautológicos, no le servía de nada dicha experiencia. Lo más preocupante era que sus sueños carecían de fuerza necesaria para dominar la vida; todo quedaba reducido al rincón de un desván en el que se refugiaba un niño débil acosado por sus compañeros. Por más que acumulara sufrimientos, quien no puede contemplar más que sueños superficiales tiene que llevar una existencia volátil. Sin embargo, para disimular aquel punto débil de su arte recurría a hablar mucho de su experiencia vital, y debido al orgullo trivial que cultivaba, nunca se comportaba vulgarmente. Así conseguía sugerir una inocencia gracias a la cual se protegía ante los demás y que lo convertía en un ídolo para los jóvenes. Este tipo de farsantes constituía una tendencia cada vez más dominante en el mundo del arte.

Asama Taro, no obstante, era del gusto de Osamu por la sencilla razón de que en alguna ocasión había elogiado su interpretación en el grupo de estudiantes de teatro de Osamu; ocasión que aprovechó para pedirle algún breve papel de

reparto en sus próximas obras; por estúpidas que fuesen las obras que escribía, si alguien escribía obras con papeles románticos en la escena actual, ése era Asama Taro.

¿Cómo podía un actor apreciar en serio obras en las que no hubiera lugar para su papel, por mucho que las dirigiese un reputado director? Antiguamente el grupo de Tsukijiza se emocionó mucho al ver la representación de *Bajos fondos,* de Gor'kij, veían a sus actores como modelos de inspiración; obras de ese tipo se habían quedado grabadas en el corazón de Osamu. Él nunca fue un espectador ideal de los que se emocionan fácilmente. Él, que no se entusiasmaba con la representación de otros, soñaba con ser el único dotado de talento para dejar extasiados a los espectadores.

El escenario acababa por hacer de su vida algo irreal y etéreo. Se sentía siempre encerrado en un lugar en que sus visiones iban a caballo entre la lucidez y el sueño, y dentro, todo lo impregnaba un dulce descontento vital en el que quedaba atrapado. Haberse hecho actor era como confiar su vida a la gente, a los espectadores. No había ya elección posible, su vida estaba en una situación que los demás elegían. Recibía el papel que era elegido, hablaba según lo imponía el autor de la obra, vivía en el interior de las emociones del espectador; simplemente levantarse de una silla y dar dos pasos hacia un rincón debía cumplirse según la voluntad de otros. Además, en su vida diaria, donde era libre, no sentía la menor fascinación; siempre estaba decidido a apostar por una vida elegida por los demás, aunque fuera a costa de negar su propia libertad. En último término, confiaba en apoderarse de todo, como le ocurre a una mujer guapa que se deja elegir por los demás.

Sin embargo, por más tiempo que pasase cultivando ávida y alegremente su desprecio hacia la libertad, no lograba extinguir el fuego de anhelo apasionado por la indolencia. Osamu, en una mañana de esas en las que la sequedad del clima reseca la garganta, leyó un artículo en el periódico sobre el suicidio múltiple en una familia. La madre mezcló ácido cianhídrico con zumo y envenenó a sus hijos de seis y dos años. Cuando Osamu leyó «Un zumo envenenado» escrito en el

título, aquellos grandes caracteres le sugirieron una bebida indescriptiblemente apetecible. Aquel líquido soberbio refrescaría, ciertamente, sin igual. Con aquel potente veneno diluido en ella, era ideal para beberse involuntariamente, recibida de unas manos acogedoras en una mañana seca. Beber aquella bebida y trocarse el mundo en algo completamente diferente sería todo uno. Osamu, sin duda, ansiaba, tal vez, ingerir una bebida tan letalmente deliciosa.

No había certidumbres, sólo era un dejarse llevar, abandonarse a la tormenta de pasiones y sentimientos de las otras personas girando alrededor de uno. Pasada la tormenta, no quedaría nada, pero el mundo a su alrededor se transformaría por completo.

«Si representase el papel de Romeo... —pensaba Osamu con la respiración acelerada—. El mundo antes de representar a Romeo y el mundo después de representarlo sería completamente diferente. Al bajar del escenario, regresaría a un mundo en el que jamás habría vivido.»

Le preocupaba ponerse mallas por la excesiva delgadez de sus largas y flacas piernas, pero seguramente le quedarían bien las frías medias de seda ajustadas sobre las piernas sin vello. Una vez que se quitase las medias, no serían más que las piernas de un joven que representó a Romeo. Sus labios, también, no serían nada más que los labios de un joven que hizo el papel de Romeo. Cuando volviese al camerino entre los trastos de bastidores, todo aquello adquiriría un oscuro tinte mágico. Ahora, al subir al escenario, reluciría en las suelas de sus zapatos cada mota de polvo acumulada en las aceras, esparciendo fragmentos de fulgurante elogio... Todo cambiaría. Después, el recuerdo de aquella extraña transfiguración perduraría hasta que su rostro fuese completamente cubierto por las arrugas de la vejez.

Osamu, finalmente, pensó en el encanto y embelesamiento que debía provocar en el público; podía pensar en ello el tiempo que hiciese falta sin cansarse. En estos tiempos, el noble entusiasmo vivía en un rincón del olvido. Osamu creía que él era el único capaz de crear eso desde el escenario. Pero no dejaba de ser precisamente eso, «una impresión».

Es embriagador sentirse convertido en brisa cálida de llovizna impregnada de aroma forestal, arreciar con ella el rostro de los espectadores mojando sus ojos y sus mejillas. Qué soberbia sería la transformación de la existencia convertida en semejante brisa. Qué admirable ser como la densa brisa marina de salitre que besa la piel hiriéndola. Quién pudiera soplar así en el corazón del público. Para provocar tal encanto extático, tendría el actor que transformarse en puro viento, convertir en escenario el propio cuerpo, carne y sangre bellamente revestidas, alzarse como un santuario viviente ante la audiencia. Esta figura maravillosa, invisible a los ojos del protagonista, tampoco se refleja en la retina del espectador más emocionado, que solo percibe la vibración de esa brisa refulgente, más allá de la imagen del actor y la forma de su existencia. La solidez de la existencia corporal se hace paradójica... Quien ahí está habla y se mueve, como la instigación de las suaves alas de avispas, y se transmuta en una partitura de música de un arcoíris difuso, que algunos ojos ven y otros tal vez no... Osamu soñaba con la llegada de una situación como esa. Soñaba sin más, sin hacer nada. Contemplaba en sueños el instante de la transfiguración última, del anonadamiento brillante de su existencia. Sentía siempre en esos momentos horror ante la ambigüedad de su propia existencia, y le atenazaba el miedo a diluirse en aquella existencia en la nada. En tales ocasiones pasaba la noche con una mujer para dejar efímera muestra de su existencia. Ante todo eran ellas las que se sentían atraídas por su físico. Sin embargo, había algo más que lo acogía y le correspondía. Con una fidelidad mayor que la de las mujeres... el espejo.

La oficina del departamento de maquinaria del primer piso en la que trabajaba Seiichiro era de las menos vistosas de la empresa. Viejas mesas, viejas estanterías y viejas taquillas. Lo único nuevo era la capa de pintura aplicada a las paredes cuando la compañía recuperó el edificio.

La forma de las ventanas también iba a juego con la antigüedad del edificio. El paisaje que se contemplaba desde ellas se reducía a la pared de enfrente, con unas ventanas de forma idéntica dando a un sombrío patio. A media tarde los

rayos de sol se reflejaban sobre parte de los ventanales y la pared de enfrente y declinaban formando un haz inmóvil durante horas. Pero más que rayos de sol, diríase que eran simples manchas blancas como las que quedan en la pared al descolgar un cuadro. Así y todo, tenían cierta frescura tan diferente y poco natural como para atraer a la gente a las ventanas. Si uno se asomaba a mirar, se veía el cielo a lo lejos como la capa de agua de un pozo.

Parecía imposible hallar un paisaje más prosaico. Era un terreno sin el más mínimo verde. El tejado gris de la sala de calderas del sótano, las escaleras que bajaban hasta ahí, los tejados con ventiladores y gravilla, nada más. Los días lluviosos, en este patio desierto durante todo el día, el tono negro brillante de la humedecida gravilla creaba un contraste peculiar en el entorno de febril actividad de las oficinas colindantes. Aquella gravilla era consuelo para la vista. El jefe de departamento había recurrido a citar en más de una ocasión la gravilla en algunos de sus poco logrados haikus.

Los cables para encender los fluorescentes de la oficina que pendían del techo regularmente suspendidos sobre los escritorios permanecían inmóviles en medio de la actividad febril. Los cinco departamentos de maquinaria estaban configurados en el orden característico de las empresas comerciales, en hileras de mesas sin separaciones ni paredes entre medias que pudieran dificultar la comunicación entre departamentos. Cuando Seiichiro se trasladó a este edificio, había tantos compañeros de mayor veteranía que tuvo que ocupar una mesa de la última fila. No obstante, ya a primeros de abril, con ocasión del aumento de salario en su primera paga tras la fusión o reconstrucción de la compañía, logró excepcionalmente una subida de tres mil yenes. El salario por convenio de veintitrés mil doscientos yenes había pasado a veintiséis mil doscientos yenes.

Los empleados del departamento de Seiichiro sólo se veían a las nueve de la mañana al acudir a la oficina y en torno a las cinco de la tarde. La mayoría de los empleados cogían los catálogos o listas de presupuestos y salían apresurados a realizar visitas comerciales. Antiguamente era costumbre en

todas las empresas escribir en una pizarra el nombre y la dirección antes de cada salida; finalmente se dejó de hacer por la inconveniencia que suponía, ya que al recibir visitas de clientes en la oficina, estos podían ver el nombre de otros en la pizarra. Una vez que se habían marchado los empleados, a menos que la cara de alguno fuese descubierta ocupando un asiento durante un partido de béisbol retransmitido por televisión, no había manera de saber su destino.

El jefe era delgado y de pobre constitución física, un hombre talentoso perteneciente a la clase media burguesa; era todo un ejemplo de persona envejecida prematuramente por la vida urbana. Toda su enérgica vitalidad le daba un aire vulgar, y hablaba en un tono apenas audible. Como Seiichiro no quería que éste se enterase de su afición por el boxeo, no se lo comentó a nadie de la empresa. El jefe era completamente opuesto al subdirector Seki, un hombre despreocupado y vociferante. Seki, debido a una larga baja por enfermedad, no consiguió ascender, y tal vez a causa de esa fatalidad del destino se mostraba si cabe más enérgico. De carácter abierto y franco sabía que era querido por todos, sabía bien que eso era algo inusual entre los empleados, y enfatizaba dicho carácter aunque conllevase problemas para la vida laboral. Pero al mismo tiempo estaba orgulloso de su inadecuación social, haciendo de ella el secreto de su éxito. A Seiichiro le costaba dar con la clave para ser respetado o relacionarse de la misma manera con sus dos jefes de caracteres tan opuestos. Sin embargo, no tenía sentido querer agradar a los dos de la misma manera. Por lo que había visto, las opiniones expresadas por el subdirector influían bastante en su jefe. Además, había entendido que Seki, con el fin de salvaguardar su originalidad, estaba visiblemente orgulloso de sus propias carencias y por eso sabía que no convendría en ese caso adular a personas como él. Por ese motivo Seiichiro se esforzó por dar una imagen de persona flexible socialmente. No es que fuera tan aficionado a los deportes, pero trató de expresar esa sencillez que desprenden los deportistas y tranquiliza a la gente, de manera que incluso todavía hoy muchos pensaban que fue un deportista dotado durante sus años universitarios.

En la silla a espaldas de Seiichiro se sentaba Saeki. La hilera de mesas en la que está Saeki se ocupaba de asuntos diferentes. Como éste les resultaba bastante desagradable a sus compañeros, Seiichiro creía que convendría ser su amigo. Si se mostraba tranquilo al relacionarse con una persona desagradable a sus compañeros, lograría que los demás estuviesen menos pendientes de él. Además, Saeki no era visto como un tipo peligroso, simplemente les resultaba detestable; por eso a Seiichiro le parecía que su función era apropiada.

Curiosamente, aunque ya era tema de conversación la buena relación de Seiichiro con Saeki, éste, que nunca fue especialmente consciente de su aislamiento, no sentía un especial agradecimiento hacia Seiichiro. Como se consideraba un hombre de personalidad complicada y con encanto o capacidad para cautivar, no le parecía nada extraño resultar atrayente a una persona tan sencilla como Seiichiro. Del mismo modo en que los locos en cierto grado son conscientes de ello, él era la típica persona consciente de no agradar a los demás. Y como los locos, que no se molestan por ello, él tampoco se molestaba; he ahí una característica de las personas que no agradan a los demás.

Seiichiro, nada más volver del paseo del mediodía y sentarse a su escritorio, como de costumbre, lo primero que hizo fue encenderse un cigarrillo. Por lo pronto, no había nada que hacer. Tampoco ningún cliente.

Al lado del escritorio tenía colgada una toalla para secarse, y también un registro con los turnos de servicio de ese día, a los que echó un vistazo. Siempre colgaba una toalla limpia junto a su mesa. Aunque nadie comentaba nada sobre la impoluta toalla, naturalmente no pasaba desapercibido el detalle y daba una pista del carácter de Seiichiro. Aquella toalla... sugería sudor, un hombre joven deportista, sencillo, un ambiente claro, limpio, correr y saltar a toda velocidad, el verde de un campo deportivo, la línea blanca de una pista de atletismo... La toalla sugería todo eso: un joven desapegado de ideales, ciegamente fiel, con espíritu combativo inmaculado o inofensivo, sumisión juvenil, con un vigor floreciente; en una palabra, en ese símbolo se condensaban todos los valores de los

que se espera esté dotado un joven fácilmente manejable por la sociedad que así lo aprecia.

Seiichiro, aburrido, tomó el registro de turnos para echarle una ojeada. Mientras fumaba un cigarrillo, se puso a leer esa mañana lo que había escrito sobre sus salidas del día previo:

*Fecha: 21 de abril de 1954, miércoles.*

*Visita a la fábrica Sumida de maquinaria Kiyota.*

*Entrevista con... director Seida y el jefe de departamento Yamaguchi.*

*Compañero... Ingeniero Matsunami.*

*Asunto... Solicitud de productos eléctricos Oozawa en relación con* sinking machine, *visita para escuchar la explicación del ingeniero. En este momento, teniendo en cuenta la situación tecnológica actual, es muy factible que no vayan a la zaga respecto a los productos importados. Se prevé en adelante que no habrá pérdidas para nuestra empresa debido al aumento de las ventas y de las ganancias de nuestras filiales.*

Al otro lado del escritorio resonaba la voz altisonante de Seki.

—Yanagimoto, ¿a las dos vienes conmigo a Tōsan? Creo que hoy firmamos contrato.

—Sí —contestó con escueta claridad Seiichiro. Después volvió a ponerse la americana azul marino que acababa de quitarse hacía un instante.

Seki, como de costumbre, con los ojos enrojecidos, parecía resacoso. A pesar de su carácter despreocupado, era proclive a medicarse, y últimamente estaba probando una medicina nueva para la resaca y el dolor de cabeza. Sin preocuparse de leer el aburrido prospecto de indicaciones, se tomaba la medicina sin más.

Los dos franquearon la puerta de salida para empleados y alcanzaron el brillante exterior de la oficina. Seki, al salir y recibir los resplandecientes rayos solares en la cara, estornudó. Gracias al inesperado y alegre estornudo, sus ojos se humedecieron y su rostro ya entrado en años pareció contraerse. Seiichiro tenía constancia de los problemas familiares del subdirector.

Mientras Seiichiro acomodaba su paso al de Seki andando

hacia la estación, iba pensando en un tema adecuado de conversación entre ellos. Finalmente, fue el subdirector quien rompió el silencio:

—Perdona que te pregunte de improviso, pero, dime, ¿tienes pensado casarte?

Seiichiro contestó tranquilamente como si lo hubiese meditado a conciencia. De hecho, era una pregunta que llevaba tiempo anticipando, y por eso tenía preparada la respuesta:

—La verdad es que creo que ya va siendo hora de pensar en el matrimonio.

—¿Tienes novia?

—No, qué va.

—¿Alguna prometida que te haya buscado tu padre?

—No, mi padre ya murió.

—De acuerdo, está bien. Sólo te lo preguntaba para saber si tienes intenciones de casarte.

—¿Conoce a alguna mujer que sea buen partido?

—Esto que quede entre nosotros. La verdad es que me han pedido que le encuentre alguna propuesta de matrimonio a la hija del vicepresidente Kurasaki —dijo Seki.

Hacía tiempo que algún empleado del departamento que ya estaba al corriente había propagado ese rumor: como el vicepresidente quería casar a su hija con alguno de sus empleados más prometedores, se decía que había pedido al director de departamento que buscase al más idóneo. Sakada, el director del departamento de maquinaria, había estado bajo las órdenes del vicepresidente cuando éste era presidente de la corporación metalúrgica, y al parecer por eso el vicepresidente se había fijado en este departamento elegido entre varios para dicho objetivo.

Seiichiro evitó hacer el más mínimo gesto de disgusto al observar la reacción vulgar de parte de los empleados solteros de la empresa ante dicho rumor. En la sección vecina había un empleado de unos treinta años que al recibir la propuesta de matrimonio con la hija de un alto cargo respondió de malas maneras que no iba a someterse a ninguna mujer por fascinante que fuese. Esta manera de buscar el romance tan propia de la capital por otra parte no estaba tan lejos de la de

esos otros chicos de pueblo con talento y que se enamoraban, cayendo en la trampa de casarse con la hija de los dueños de una pensión, una mecanógrafa, una secretaria.

Seiichiro, en cuanto se enteró de estos rumores, enseguida intuyó que era el candidato apropiado. Sin tener especialmente en cuenta la situación presente, pocos había tan idóneos como él, una persona que creía en la destrucción del mundo, sin inconvenientes para casarse con el fin de asegurar su futuro, talento y posibilidades en el porvenir. Seguramente sería un yerno fatídicamente ideal. Como tenía que proteger a aquella mujer, la mejor manera de que ella no acabase con un hombre como aquellos otros candidatos ambiciosos con ganas de medrar era casarse con ella. Él iba a demostrarle la sencilla felicidad que se puede obtener en un matrimonio con un tipo tan nihilista como él... No había nada de malo en convertirse durante un tiempo en objeto de la envidia de los demás. Simplemente hurtar las ambiciones ajenas casi sin conciencia de ello ¡era de por sí algo bueno!

«Me casaré. No tardaré mucho en lograrlo»: de repente, él, que no amaba a nadie, empezó a pensar así. Y casi sin darse cuenta, estas palabras resonaron en su interior como un desbordante grito de deseo. Seiichiro mismo se sorprendía de que su personalidad de ideales nihilistas pudiera congeniar con esa ambición tan socialmente instaurada de llevar una vida de costumbres tan rigurosamente establecidas como las del matrimonio.

No bastaba con etiquetarse exactamente como los demás, ahora aspiraba a lograr una etiqueta adicional: la de «hombre casado». Aquello a lo que aspiraba no se trataba sólo de un «sello» singular: él quería obtener todos los sellos de mayor tirada; de hecho, se consideraba un filatélico singular. Al pensar que algún día se miraría en el espejo como un satisfecho hombre casado, se animaba al evocar ese bosquejo de su futura imagen.

Osamu durmió hasta bien entrada la mañana. No le aburría lo más mínimo la inactividad. Ya había dejado de llover. Se dio cuenta por la claridad reflejada en el cristal esmerilado de la ventana. Aunque abriese la ventana, no veía más que el tejado

de la casa de al lado y la parte trasera de un letrero de anuncios.

En noches de verano la luz de los focos de los partidos nocturnos de Korakuen centelleaba reflejada contra el cielo a través de los paneles publicitarios. Se oye el vocerío a lo lejos. Multitudinarios conciertos musicales que, regulados por la brisa, lanzan por los altavoces unos acordes, tal vez de Beethoven, llegando hasta sus oídos.

Justo el año pasado, al empezar la época de los partidos nocturnos, había decidido trasladarse expresamente a esta pensión en Masago a pesar de tener casa en Tokio. Osamu procuraba mantener en secreto la dirección de esta pensión. No era un lugar del que enorgullecerse ante la gente; aquí podía tenerlo todo completamente desordenado a sus anchas, aquí pensaba edificar su indolente espacio vital de inactividad. Aunque solía pernoctar fuera de casa, a esta pensión jamás llevó a una mujer. A pesar de su vida de rutina descontrolada, era bien visto por la dueña de la pensión.

Ya no llovía. Osamu, todavía acostado, alargó un brazo para encender la máquina de café. El aparato se lo regaló una mujer, pero en esta habitación de pensión en la que pasaba los días sin compañía femenina no era más que un utensilio empleado para abrir los ojos al despertarse. Enseguida el aroma de café llenó el ambiente de la habitación a primera hora de la tarde de un día de mayo.

En el espejo de mano junto a la almohada se reflejaba el rostro de Osamu. Pese a lo mucho que había dormido, no tenía la cara hinchada, y el espejo reflejaba un rostro definido, claro y joven. En una palabra, un rostro bello.

Su madre lo estaba pasando mal a cargo de los cuidados del vago de su marido, el padre de Osamu. Además, debido a la crisis económica, su tienda de ropa de señoras de Shinjuku atravesaba momentos de aprieto. Planeaba cambiar de negocio y abrir una cafetería, idea que pensaba consultar con su hijo.

Osamu contemplaba vagamente los retazos del día menguante, que para él estaba empezando. El día ante sus ojos no parecía sugerir el menor cambio, tan sólo el paso progresivo del tiempo sumergiéndose en el pasado; apenas vislumbraba

eso, nada más. Además, el porvenir, lo que estaba por llegar, eran brumas en su campo de visión, ni siquiera hacía el intento de ver más allá. ¿Qué necesidad habría? La oscuridad se cernía en torno al futuro, una oscuridad difusa como una bestia negra errante ocultando su campo de visión.

Mientras esperaba a un compañero más veterano de la universidad frente al pabellón deportivo N, Osamu observó el cielo repentinamente encapotado y percibió en la brisa un aroma como de granos de café chamuscados parecido a la taza que acababa de tomar un rato antes y todavía debía tener en el estómago. De repente, cuando iba a llevarse la mano a la cabeza al percibir un incipiente dolor, precedido de un ruido alrededor, se dio cuenta de que comenzaba a granizar.

Osamu se apresuró a resguardarse bajo el alero de la entrada. Una capa de granizo cubría la acera. La granizada descargaba desordenadamente, parecía que su única finalidad fuese inundar todo bajo una capa de granizo. El pavimento caliente por los rayos de sol de la tarde derretía en el acto el granizo. La infinidad de bolitas negras de granizo como pupilas se había convertido en simples gotas de lluvia.

Escuchó cómo pronunciaban su nombre por encima del hombro: «Funaki». Osamu se giró y vio a un joven algo más bajo que él. Era Takei, su compañero veterano. Hacía años que no se veían y lo encontró muy cambiado. De las mangas de la camisa remangada asomaban dos brazos fornidos de piel brillante y tensa. Los hombros se marcaban musculosos a través de su camisa. El pecho, tan amplio y robusto, que los botones de la camisa parecían a punto de salir disparados.

—Cuánto tiempo sin verte, qué fuerte te has puesto.

Takei contestó saludando como si tal cosa: «Sí, ya ves», y, sin más, empezó a tensar la musculatura de sus brazos y pectorales. Era una forma de responderle mediante su musculatura. El pecho bajo la camisa se movía como si la musculatura hubiera sido activada por una descarga...

—Así es, cualquiera que se lo proponga puede ponerse así de fuerte, pero requiere esfuerzo.

Takei, en ciertas cosas, se parecía a uno de esos maestros de nuevas ramas religiosas. Cuando oyó lo que comentaban de él,

Osamu se decidió a llamarle. Durante su conversación telefónica tuvo la impresión de que su amigo le contestaba como quien ensaliva al saborear una nueva presa. Terminada la carrera, Takei se puso a trabajar, aunque sin mucho empeño, en la fábrica de su padre a la vez que empezaba a interesarse por el levantamiento de pesas; y aunque no podría llegar a ser profesional, se centró en otras cuestiones de la halterofilia, empezó a leer numerosas revistas importadas de América para informarse bien y finalmente logró crear un método de entrenamiento muscular novedoso en Japón; comenzó a dar clases en la universidad donde había estudiado y logró implantar esta nueva modalidad en el departamento de halterofilia. Ahora no había nada que le interesase más allá de la musculación. Con el tiempo se había transformado radicalmente gracias a su devoción por el culturismo.

Ya había dejado de granizar, y mientras cruzaban la calle, la masa de nubes retrocedía en lo alto del cielo azul. Antes de mostrarle el gimnasio de halterofilia, Takei llevó a Osamu a una cafetería cercana, donde en primer lugar podría mentalizarse y escuchar sus explicaciones.

—Los desnudos de los actores de cine japonés dejan mucho que desear. Los actores están o demasiado delgados o demasiado gordos, y ofrecen un espectáculo lamentable. En cambio, mira las películas de cine americano, en particular las películas sobre la Biblia o de género antiguo. ¿No te parece que empezando hasta por los extras, todos tienen cuerpos definidos? —comenzó diciendo Takei.

Él veía todas las películas desde la perspectiva de la musculatura. Era como un zapatero que viese todas las películas desde el punto de vista del arte de la zapatería.

En palabras de Takei, por excelente que fuera un actor, no valía nada si no tenía un cuerpo convenientemente modelado. La técnica interpretativa de un actor semejante podía ser adecuada en una cultura cuya forma de expresividad es, de por sí, trivial, pero nunca podría expresar sobre el escenario el auténtico modelo y valor del ser humano. «¡Sobre un escenario sólo la musculatura puede mostrar con intensidad y realismo el valor total de la humanidad!»... La decadencia del mundo, la

fragmentación y la tendencia intelectiva del mundo tenían su origen en la admisión, en haber admitido en la cumbre de la jerarquía social dos ejemplares de seres humanos grotescos: los poseedores de musculaturas tristes, débiles, repugnantes, decaídos, degenerados, pálidos, finos, planos, desapasionados —Takei encadenaba interminables listas de adjetivos, como envejecidos, sin brillo, como un simple folio en blanco—, y tipos con musculatura de puerco, de flácidas barrigas temblorosas al andar, como gusanos grasientos, y sólo se reconocían estas dos clases de grotescos especímenes humanos, el delgaducho y el de mórbida gordura, convertidos en los modelos más elevados. A pesar de que el criterio evidente para juzgar al ser humano debía ser su musculatura, en el mundo actual se olvida y desprecia dicho criterio, y mediante una valoración más imprecisa acaba por emborronarse el valor moral, estético y social del hombre.

He ahí la decadencia de la musculatura, del cuerpo, todo cuanto corroía la musculatura era negativo para él. La mítica excelente de la cualidad de la musculatura y la virilidad hoy día no es más que ausencia de vigor y fuerza. Es el vivo retrato de un Prometeo encadenado y un Laocoonte aferrado por una serpiente, el espíritu trágico del hombre que se hacía admirablemente visible a los ojos a través de la musculatura hoy desprecia el cuerpo, y termina arrinconado de nuestra vida el valor corporal, haciendo de la tragedia del hombre algo completamente abstracto; el hombre visible a los ojos es hoy día una caricatura de existencia que invita a la risa. A pesar de que sólo la excelencia del cuerpo fuerte y musculoso debería ser el marco de su existencia trágica y marco de su verdadera dignidad en cuanto hombre, hoy en día lo único que parece contar son banalidades tales como la clase social, la riqueza, la inteligencia y la confección de trajes de calidad occidentales, corbatas con incrustaciones de diamante, coches de lujo o puros, todo eso es lo que hoy día se considera fundamento de la dignidad.

Por eso el desprestigio del cuerpo musculoso en nuestra sociedad repercute, a su vez, en la disminución de su utilidad social. Dicha disminución (aunque triste y lamentable) es una

realidad palmaria; de hecho, ya no tiene remedio el derrotero de una cultura que hace de la fuerza de la musculatura algo casi innecesario.

Takei, como buen adepto que era a las propiedades del limón, mientras tomaba zumo de limón para recuperarse del cansancio, se puso a recitar en voz alta unos versos de Whitman: «[...] Si existe aquí algún dios, ése es un cuerpo humano de carne y hueso. El refulgir de un joven que logra frescura y pureza vitales es el vivo retrato de la pureza viril. Porque tanto hombre como mujer son fuerza clara y cristalina, de fibra sólida sus cuerpos son más bellos que la más bella de las facciones».

Como la mayoría de los deportes ayudan a cultivar la eficiencia primigenia de la musculatura, se acentuó la importancia de esa función de cada músculo y se aprovechó su aplicación en determinados movimientos. Tan sólo en el mundo del deporte perduraba aún el recuerdo de los combates cuerpo a cuerpo de tiempos pasados. Toda la fuerza de la flexibilidad muscular necesaria en la práctica del judo, la admirable fuerza que despliegan en la musculatura de espalda, omoplatos, hombros, cuello y muslos los remeros en una carrera deslizándose a ras de agua, la fuerza del tronco y extremidades inferiores en jugadores de rugby o fútbol, la fuerza de los hombros necesaria para el lanzamiento de disco, la fuerza de los pectorales necesaria para nadar... Toda esa fuerza es como un resplandeciente rayo cruzando el cielo; pero al pensar en la alegría acorde con dichas prácticas deportivas y el placer de contemplarlas, se echa en falta el halo brillante y el honor que emanaban en la antigüedad. Por supuesto, proponerse superar un récord conlleva proyectar las expectativas en el tiempo futuro. Sin embargo, desde que los deportes, generalmente, no son más que un residuo de la caída en desgracia de la musculatura, quedan ya lejos los tiempos en los que naturalmente desprendían brillantez; los deportes, en general, se han convertido en una copia del honor, ya perdido, de los tiempos pasados, una reescritura del antiguo mundo mítico.

Lo que planteaba Takei no consistía en recuperar

efímeramente la función de la ejercitación de la musculatura. Tampoco un refinamiento de los deportes para restaurar su primitivo espíritu de lucha. A la vez que aspiraba a recuperar completamente la función de la musculatura del cuerpo en su máxima expresión, también quería extraer la utilidad residual que se daba socialmente a la musculatura, y eso debía llevarse a cabo mediante una «purificación de la musculatura»; a Takei le gustaban estos neologismos, a los que solía recurrir; como mediante ese método se expresaría lo auténtico de la musculatura, aspiraba a recuperar la importancia de una crítica estética de calidad sobre la musculatura.

Takei afirmó lo siguiente:

—En general, el deporte ya no tiene nada que ofrecer a la sociedad venidera. No aspira más que a la fuerza y la rapidez, y como no se considera ya el valor incondicional del cuerpo musculado en sí, perdió su sentido como cultura dinámica y creadora.

Los músculos del brazo son un buen ejemplo para ilustrar la naturaleza de la musculatura; utilizamos dichos músculos para levantar, lanzar, arrastrar y empujar objetos, y puestos a decir qué función del movimiento corporal es más eficaz y posee una forma más ideal, hay que admitir que la belleza humana en cuanto forma supera dicha función de la movilidad corporal de los deportes en general, y ese ámbito queda englobado en el de una estética con un valor propio independiente; en caso contrario, el concepto de escultura griega no habría podido darse a la luz. En ese caso, la consecución de su estatus independiente conlleva la necesidad de un entrenamiento sin una utilidad resaltable. Un entrenamiento cuya meta no sea mejorar la técnica del lanzamiento o el ataque. El fin de la musculatura no debe consistir en nada más que fortalecerse a sí misma.

Por supuesto, la belleza física del pueblo griego era fruto de su vida en una tierra soleada, las brisas del mar, el entrenamiento militar y alimentos como la miel, pero hoy en día dicha naturaleza está muerta. Para alcanzar la poética belleza metafísica del cuerpo de los griegos, convendría seguir un método opuesto al de la naturaleza, es decir, la única

manera posible sería concentrarse únicamente en la ejercitación artificial de la musculatura.

—Fíjate en la cara —dijo Takei, señalando su pequeña cara, de rasgos poco definidos y ojos prominentes sobre los pómulos —. Para los pueblos salvajes las facciones de un rostro solo determinaban su belleza o fealdad, no se paraban a considerar el problema funcional. Los orificios nasales sirven como conductos respiratorios, la boca sirve para comer, los ojos para ver, en fin, las orejas para oír; pues, bien, todas esas funciones o acciones por supuesto que son importantes, pero a la vista parecían secundarias. Sin embargo, existen diferencias sutiles en la colocación de los ojos, la nariz y la boca en la cara, diferencias que explican que un rostro sea más o menos bello y, por tanto, determinan la profundidad de su valor espiritual. También ha llegado, ahora, una época en que la musculatura es vista de esa manera.

»Es evidente que los rasgos que conforman el espíritu de un rostro, la función de los ojos, orejas, boca, nariz, etc., son simplemente pasivos. La única función de los órganos de la cara es la de expresar las emociones, razón por la cual los seres humanos han desarrollado a lo largo de la historia una capacidad y un hábito para descifrar las intuiciones y sentimientos en el rostro de los demás. Por otro lado, cuando se considera la corporalidad desde el punto de vista físico de la musculatura, se tiende a enfatizar su papel activo, dinámico y volcado al exterior, y acaba por considerarse la ejercitación física sin ningún vínculo con la expresión de los sentimientos.

»¡Pero no es sólo eso! ¡La musculatura jamás fue tan sólo eso! —Takei otra vez volvió a exhibir la fuerza de sus pectorales bajo la camisa—. No vendrá mal pensar más en dicha cuestión. ¿Por qué sólo deberían contar nuestro sentimiento y ánimo? ¿Por qué los sentimientos y el ánimo deben ser tan sutiles? ¡Es un poco extraño! ¡Nada tan sutil y difícil de captar en el ser humano que su corporalidad! Nuestros sentimientos y ánimo son tan sólo como una llama atravesando la musculatura, acentúan sólo cierto matiz de la musculatura; el enfado, las lágrimas, el amor o la risa, ninguna de estas pasiones podría contener una riqueza de matices como

la del cuerpo. Todo en la musculatura se expresa en formas diferentes y variadas, desde la tensión nerviosa al relajamiento, la alegría o los sutiles cambios de brillo en la piel y el sudor; como las gradaciones de luz en la mañana y al oscurecer crean matices de claros y sombras de fatiga; como las rocas de la montaña, se hallan desde angulosas rocas negras de minerales hasta rocas teñidas de tonos purpúreos de admirables arboledas de alta montaña. La musculatura, igualmente, cambia en sintonía con la variación de los rayos solares en incesante transformación durante el transcurso del día.

»Merece la pena contemplar la tristeza de una musculatura cansada. He ahí una tristeza más heroica o patética que el mero sentimiento de la tristeza. Conviene mirar de cerca el lamento de una musculatura que se revuelve en sí misma, mucho más real que el lamento del propio corazón. Así es, ya no importan los sentimientos. Tampoco los pensamientos, las ideas. ¡Qué importan los pensamientos que no podemos corroborar con la mirada!

»El pensamiento debería ser cristalino y claro como la musculatura. En lugar de la forma vaga que toma el pensamiento al quedar sepultado en la oscuridad del cuerpo, mejor sería que la musculatura ocupase su lugar y fuese su portavoz porque pertenece propiamente al individuo y tiene mayor universalidad que el sentimiento, y aunque en este punto la musculatura es comparable a las palabras, es mucho más clara que las meras palabras, conforma, de hecho, un "transmisor de pensamiento" mucho más excelente que las palabras...

Takei habló así de un tirón; después, se levantó y apremió a Osamu:

—Vamos. Te enseñaré el gimnasio.

Cruzaron la calle medio cubierta por las sombras del anochecer proyectadas en el contraluz de los edificios. El edificio del gimnasio, de un oscuro tono de hollín. Ya dentro, en la sala de halterofilia, reinaba un ambiente frío. La sala, polvorienta y cubierta de paredes de cemento carcelario; tras una puerta desvencijada y medio abierta se oían pequeños gemidos y respiraciones entrecortadas, jadeantes y sufrientes.

Al abrir la puerta, un olor de bestias encerradas inundó la nariz de Osamu. Una mezcla de sudor y hierro oxidado emanaba del ambiente, muy parecido al de una sala de torturas.

Como las antiguas canteras de la antigüedad, un lugar de sufrimiento y tortura para jóvenes esclavos... El lugar le evocaba cosas del mundo románico de un modo tan peculiar que le parecía estar en un gimnasio diferente a los habituales. Las espaldas fornidas de los jóvenes se retorcían con dolor, apretaban los dientes al levantar las pesas, vibrantes sus musculados muslos. En pleno silencio, no se oían gritos ni voces, no se percibía más que la carne joven bañada en sudor, sufrimiento y concentración.

Había acabado ya el entrenamiento de halterofilia. Sólo quedaba un grupo de estudiantes veteranos del grupo de adeptos a Takei. Uno de esos jóvenes se había atado las piernas a la parte superior de una plancha inclinada hacia arriba y con el cuerpo vuelto hacia arriba levantaba hasta los pectorales una barra con pesas a derecha e izquierda. Otro estaba tendido en una banqueta levantando una pesada pesa arriba y abajo a la altura de los pectorales. Otro se había colocado la pesa sobre los hombros y hacía sentadillas. Otro llevaba una gran pesa en cada mano mientras observaba la tensión al límite de sus dos brazos, que iba levantando alternativamente a la altura de los hombros. Otro, con unas pesadas pesas a derecha e izquierda e inclinado hacia abajo, abría las piernas agachándose hasta rozar el suelo y, forzando mucho los codos, volvía a levantar la pesa hasta que tocaba su pecho. A Osamu toda aquella escena le provocaba una extraña amalgama de extrañeza lúgubre, siniestra y casi cómica al mismo tiempo. Le parecía estar contemplando a un grupo de jóvenes sometiéndose a una variedad de castigos y torturas sin decir palabra.

Sin embargo, aquel ambiente de campo de concentración parecía fascinar a más de uno de esos jóvenes. En la musculatura de los jóvenes «esclavos» con el torso desnudo parecía habitar una resolución en el oscuro, mudo y desentrañable misterio de sus músculos. El techo con las luces apagadas al atardecer, el suelo polvoriento, las viejas pesas de metal, todo cernido de oscuridad, sólo brillaba la musculatura

en la sala. Al fijarse, destacaba nítido el perfil de sus músculos. Osamu jamás vio músculos tan vivaces. Uno de los jóvenes hacía estiramientos. En sus costados se marcaban sus músculos como un cordaje tenso. Incluso en el cuerpo de uno que estaba descansando del entrenamiento se podía observar, en sus músculos más relajados, la impresión de que estaban en guardia. Era como si los músculos de los brazos estuviesen pletóricos de una fuerza a punto de desbordarse. En aquel momento a Osamu le pareció todavía más cierto todo aquello de lo que le había hablado Takei.

—Primero quítate la camiseta, y te daré mi opinión sobre tu cuerpo —le dijo altivo Takei pese a su menor estatura. A Osamu, consciente de su delgadez, le dio cierto reparo. Takei, ajeno a ello, levantó los brazos de Osamu ya con el torso al aire y, sin muchos miramientos, lo puso ante el espejo. El espejo reflejaba, a su pesar, su propio cuerpo. No llegaba al extremo de resaltar sus costillas, pero éstas se intuían.

—Mira —dijo Takei—, tienes unos huesos gruesos, es un punto favorable de tu complexión, pero en conjunto, para decírtelo sin rodeos, te doy un cero. Se nota que prácticamente no has usado tus músculos en tu vida hasta ahora, salta a la vista; el lustre que debería tener tu piel joven brilla por su ausencia, y también la fuerza y vigor que corresponden a tu edad; sólo veo falta de vigor y consistencia, como un trozo blando de tofu.

Al oír a Takei valorando su cuerpo, dos o tres compañeros veteranos se acercaron a Osamu entre risas. Comparado con sus cuerpos muy musculados, el cuerpo de Osamu destacaba por su debilidad y su blanca delgadez.

—Más que tofu, yo diría delgadez patética o lastimosa de polluelo despellejado —prosiguió Taeki criticando ya sin ningún miramiento—. Los músculos, igual que los demás órganos, se atrofian si no los utilizas. Fíjate en tus deltoides, sí, la parte abultada en torno a los hombros. Compáralos con los de éstos. Como hasta ahora apenas has ejercitado los músculos, tienes los hombros huesudos, y tus débiles deltoides apenas se marcan.

Osamu anhelaba que le descubriese todas las carencias de su

cuerpo para saber qué hacía falta para lograr una elegancia a la altura de la belleza de su rostro. Su débil musculatura era lo más opuesto a la elegancia, una señal evidente de que carecía de la fortaleza necesaria para expresar elegancia masculina. Sus brazos delgados colgaban sin fuerza de sus hombros, parecía que la fuerza se le escapase por la punta de los dedos. «Quisiera tener cara de poeta y cuerpo de torero», se dijo muy convencido. Se dio cuenta de que en ese momento le era completamente imposible encontrar apoyo en la sencillez, la rudeza o lo salvaje. La auténtica belleza lírica tal vez no podía nacer más que de la peculiar identificación del poeta con su rostro y del torero con su cuerpo.

—Como hoy es tu primer entrenamiento, bastará con una barra de pesas ligera y que hagas dos series. Primero series de elevaciones ligeras verticales, *upright rowing motion*. Después, dos *curl*. Luego dos pesas de prensa para la nuca, *neck behind press*. Luego dos de prensa en banqueta, dos *bench press,* dos de *bent low,* y después flexiones profundas de rodillas, *deep knee bend*. Y para terminar, unas cuantas abdominales siempre van bien.

Takei le dijo a Osamu que se pusiese la camiseta y pantalones de entrenamiento. Éste se cambió de ropa. Con vergüenza y en un ambiente al que no estaba acostumbrado y en el que se sentía como aguijoneado todo el rato. Le parecía increíble que su cuerpo, tras una larga inactividad, pudiera ser capaz de esfuerzo proponiéndose un objetivo. Se movía con pasos vacilantes, como un temeroso animal de granja. Un pequeño animal de granja temeroso que se aleja de su lecho de paja, se despide de su propio olor y, vagando medio dormido y confuso, se pone en marcha... Osamu sentía como si a duras penas pudiese corroborar su propia existencia. La luz del atardecer bañaba el suelo de cemento, y la pequeña barra gris de pesas de principiante era como una carretilla que ha perdido una rueda sobre el suelo de guijarros a la sombra de los tallos de hierba del verano...

La cogió con ambos manos y la levantó a la altura del pecho. Era una barra realmente ligera.

Su madre se maquillaba de forma verdaderamente llamativa.

Sin embargo, no regentaba más que una pequeña tienda de ropa. Al verla maquillada así, a Osamu le gustaba fantasear con que su madre se dedicaba a algún negocio de dudosa reputación.

También le gustaba escuchar a su madre hablar exageradamente sobre las desgracias de su vida. Le gustaba escuchar cómo, con voz gastada, relataba las peripecias de su vida, como si se tratase de aquellas carteleras de películas de cine de Asakusa de chillones tintes dramático-trágicos.

—Hoy he ido a entrenar un poco —dijo Osamu.

Su madre, mientras observaba las volutas de humo de su cigarrillo, contestó con aspecto de estar interesada a partes iguales en el humo y en la conversación:

—¿Sí? Qué raro, eso de que te dé por los deportes...

—Quiero estar más fuerte.

—¿Más fuerte? Claro, eso le gusta a las chicas de hoy en día, ¿verdad? —dijo ella.

Osamu se sentía fresco tras haber sudado en el entrenamiento después de tanto tiempo inactivo. Todavía percibía en todo el cuerpo la fuerte tensión de los ejercicios realizados; era una amalgama singular de fuerza, cansancio y excitación física, y tal vez por eso ahora miraba a su madre con más soberbia de la acostumbrada. Hoy veía a su madre más empequeñecida que de costumbre. Vestía una ropa que no desentonaba, y una capa de intenso carmín parecía querer ocultar las arrugas, como si quisiera encorsetar la tensión y el cansancio en el reducto de su mente.

—Parece que tu padre se ha vuelto a enamorar de una de esas tontitas que tanto le atraen.

—¿Cómo sabes que es una mujer tonta?

—Es evidente, a tu padre le gustan esa clase de mujeres.

—Es verdad —dijo Osamu sonriendo divertido. Su padre, mísero y compasivo, atraía siempre a esta clase de mujeres, que se pegaban a él como la sarna.

Las calles empezaron a llenarse de gente al oscurecer. En los alrededores de la tienda de su madre había muchas tabernas y cafeterías, de modo que desentonaba algo en aquel entorno. Más que una tienda, diríase que era un sitio para dejar pasar el

tiempo sin hacer nada más que ver a la gente pasar frente al escaparate. En el escaparate se mostraban, algo desordenadamente, collares, broches, pulseras, pendientes, pañuelos y guantes. La cafetería de enfrente estaba iluminada con grandes luces de neón, que se reflejaban en el escaparate de la tienda de la madre alterando el color de sus productos, motivo por el que se quejaba. La culpa de la poca actividad comercial se atribuía a la crisis. La tienda misma proyectaba dichas sombras, pero por mucho que iluminase su oscuro ambiente lo único que conseguía era alejar aún más a los clientes.

Sorprendentemente, dos jóvenes oficinistas se pararon a mirar ante el escaparate. La madre, desde el fondo de la tienda, dijo: «Seguro que al final no comprarán nada». Tal vez confiaba tanto en su juicio porque en algún momento ya se había rendido y había perdido el interés por captar la atención de la clientela. En cuanto a la mala imagen que podía dar una señora sentada tras el mostrador con aspecto de adivina escrutando las intenciones de la clientela, era algo que le agradaba incluso en caso de acertar pronósticos desfavorables. Las jovencitas, menudas de cuerpo, y que no tenían aspecto de ser muy pudientes, observaban un collar en particular. Era bastante caro. «Estas dos no van a poder comprarse eso», dijo la madre en voz baja.

En la mirada de las chicas se notaba que iba aumentando el número o cantidad de objetos deseados. Eso que se reflejaba no era solo un collar.

Era el sueño de todas sus vidas, el conjunto de cosas necesarias para que fuese conjuntada su figura ideal, y, a su vez, contrastaba en oposición romántica con sus poco boyantes monederos... Pero no era eso solo, era como si se aunasen las fuerzas que las empujaban a algo parecido a lo que le pasa al que tiene un deseo de suicidarse.

Sin embargo, de repente la atención de las chicas parecía desviarse a otro punto. El deseo parecía esfumarse de sus miradas como si condescendieran a suprimirlo sin más. Parecían haberse reconciliado con el collar que hasta hace unos instantes veían como un rival. En una palabra, ahora

miraban el collar ya decididas a renunciar comprarlo. Las llamativas luces de neón de enfrente trazaban reflejos y dibujaban formas sobre sus caras cansadas tras una larga jornada laboral y sus labios pintados de rojo.

Osamu, sin pensarlo dos veces, se fue hacia la entrada. Las dos chicas, a punto de irse, al verlo se giraron mirándolo de refilón. El parpadeo y la tensión en el rabillo de los ojos revelaban atención. «Es como cuando miraban el collar. Ahora me miran a mí como si fuese el collar», pensó Osamu. Las chicas miraron de soslayo y entraron en la tienda fingiendo que miraban un poco, mientras que de vez en cuando echaban un vistazo a Osamu, irremediablemente atraídas.

—Adelante, pasen, por favor —dijo Osamu, y las dos chicas sonrieron al acto.

—Se han gastado el sueldo. ¿Has visto? —dijo satisfecho Osamu introduciendo el importe del collar vendido en la máquina registradora.

—Mientras lo envolvía, te dijeron algo, ¿verdad?

—Sin más preámbulos, me dijeron que me esperaban en la cafetería de enfrente. Las mujeres son así. Enseguida lo quieren todo.

—Si trabajases aquí, la tienda se pondría de moda, hasta podría abandonar la idea de abrir una cafetería.

—Hum, no sé quién vendría a esta tienda.

—Vender algo seduciendo con engaños no tendría que dejar de ser interesante para los hombres. —A la madre le gustaba hablarle a su hijo en tono licencioso. Para ella, el libertinaje de su hijo era una especie de venganza para resarcirse de la disipación del padre. En cualquier caso, era como una muestra de piedad filial hacia su hijo. Pasó después al tema de las quejas, y luego le enseñó a Osamu el presupuesto para abrir la nueva cafetería. Él le preguntó cómo pensaba obtener el dinero y la madre dijo que podía pedir un préstamo.

Los dos se quedaron un rato callados y ensimismados, como con la cabeza en otro lugar, pensando en el tema del dinero. En esos momentos, cuando la madre y el hijo pensaban abstraídamente en lo del préstamo, ya presentían vagamente la amenaza de una crisis. Ambos sentían ese momento crítico,

que se cernía constantemente amenazador y que, por otro lado, era como si flotase como un globo de evasión sobre sus cabezas; y, pensativos, tanto la madre como el hijo sentían que ese globo les curaba de esa ansiedad habitual en la que vivían a diario al verse abandonada la madre por sus clientes, y el hijo, al no lograr que le diesen un papel. Por muy oscuro que fuese, ellos sentían que habían sido elegidos por las tinieblas de ese futuro oscuro y lo afrontaban apáticos, indolentes y tomándoselo un poco a broma.

—Vete ya, no hagas esperar más a esas chicas —dijo la madre, como solía hacer habitualmente para que el chico se pusiese en marcha. Quería mucho a su hijo, pero cuando estaba demasiado tiempo con él, temía proyectarle su ansiedad, y eso le desagradaba.

—Así me hago de rogar un poco.

Mirándose al espejo de un estante, se peinó. A la luz del fluorescente reflejada desde abajo, su perfilada nariz se recortó pálidamente sugiriendo una forma alada.

La madre metió todo el dinero del collar recién vendido en el bolsillo de su hijo.

—Te lo has ganado.

El hijo, vuelto hacia el espejo, siguió en silencio sin darle las gracias. Ambos tendían a dejarse llevar por la imaginación; lo trágico de sus vidas también tenía ese punto abstraído y fantasioso. Además, Osamu era un actor; con su pose habitual de hijo rebelde y vividor, se alejó del estante y salió de la tienda con un rápido y algo teatral gesto.

Seiichiro no es que fuese un gran bebedor. Además, se emborrachaba fácilmente. En ocasiones como ésas, trataba de evadirse de la extraña inseguridad provocada por el alcohol. La casa de Kyoko era el lugar ideal, en el que no le importaba mostrarse tal como era.

Aunque no había bebido ese día, la noche le parecía imponente, dispuesta a tragárselo en sus fauces. En momentos así, solía ir, sin más preámbulos, a buscar la compañía de alguna prostituta, no sin antes dar un paseo a solas por las calles de la ciudad.

Era una noche nublada y cálida de mayo. La luz de las

farolas se reflejaba, difuminada, en sus ojos cansados. La sombra de los viandantes y los coches, todo se difuminaba por igual. La ciudad parecía conformada por elementos proclives a fundirse y desaparecer.

En horario de trabajo, cuando Seiichiro estaba en el interior de la sólida y uniforme realidad de la oficina, y se adentraba solo con esa impresión en las calles, le parecía que corría el riesgo de entrar en un mundo construido con una capa fina y brillante que al más leve roce pudiera desaparecer como una delicadísima obra de frágil cristal. Precisamente por eso, el paisaje le resultaba familiar. Alrededor, carteleras de anuncios y llamativas luces de neón competían por mantenerse fieles al dictado de una belleza artificial. Una de aquellas luces de neón destellaba con tres caracteres rojos escritos en estilo antiguo, *Fuyajo* (ciudad sin noche), pero la realidad es que había anochecido ya, y la oscuridad se filtraba por cada pequeño intersticio de los caracteres escritos en el neón. Seiichiro pensó que le gustaría convertirse en una de esas luces de neón luminosas. Así culminaría al máximo el engaño de su propia existencia. Si fuese una de esas luces de neón, viviendo un estoicismo libre de apegos y libre de objetivos, dejando de lado las propias reglas, la realidad cotidiana no sería nada más que una sucesión de acontecimientos que surgen sin más, tal cual, por la fuerza de la costumbre.

También soñaba con convertirse en el poso de una cerveza que tiembla imperceptiblemente en el fondo de un montón de botellas vacías apiladas en la puerta trasera de alguna taberna; un poso ya casi sin espuma ni cerveza al borde de una acera por donde transitan los coches ruidosos. Mañana no existe. Porque el escaso poso de cerveza permanece, ciertamente, en la botella, pero a la vez no es más que una «cerveza que ya fue inequívocamente apurada de un trago».

¡Quiero ser capitán! ¡Dignatario! ¡Gran inventor! ¡Benefactor de la humanidad! ¡Un gran empresario emprendedor!... ¡Sí! Por más que bucease en los pliegues de su memoria infantil, nunca encontraría aspiraciones como ésas. A diferencia de otros niños, nunca le atrajeron los pilotos, los soldados ni los bomberos. A simple vista, parecía un hombre

corriente con una placentera vida cotidiana libre de sobresaltos, pero en su interior había una cueva, un espacio vacío, un mundo en el que no había el más leve trazo que indicase su deseo por el ser o la existencia en determinada forma.

En la esquina de una calle trasera con mucha afluencia de personas se distinguía a lo lejos un gran *pachinko* con el bullicioso sonido metálico de sus máquinas de juego. El sonido de las campanillas y de las bolitas de metal no procedía solo de las máquinas de juego; parecía un desagüe de las pasiones humanas, un salón recreativo que terminaba por concentrar cada mínima decepción, satisfacción o alegría al caer ruidosamente las bolitas por el cajón de las máquinas de juego, un sonido que se mezclaba con la algarabía urbana e irrumpía ruidosamente en el aire, como piedras pisoteadas por los hombres.

Seiichiro se paró ante la entrada del local de *pachinko* sólo para echar un vistazo. Tras la entrada, una hilera de gestos serios y luces de brillos futuristas.

Una escalera subía al segundo piso. Al principio de las escaleras brillaba un panel de neón oscilando: «Sala recreativa», y de arriba llegaba una ruidosa orquesta de disparos y sirenas.

Seiichiro, atraído por el sonido, subió al segundo piso. Había máquinas diversas que el ejército de ocupación había vendido y de las que se había deshecho; también los antiguos y tradicionales juegos de *kingyo tsukui* para pescar pececitos en pequeñas cajas de madera con agua. En su interior nadaban tranquilamente los pececillos de colores entre la algarabía del salón de juego. Ametralladoras, monos, submarinos, cañones antiaéreos, máquinas de carreras, competiciones de motos, hockey, a veinte yenes la partida. Este desahogo de partidas a veinte yenes era una forma clara de despreciar todas las energías latentes en la sociedad, un desprecio más dulce que los propios dulces, un producto de consumo que satisfacía adulando a las personas más débiles de la sociedad y que podía ser ingerido hasta el hartazgo sin problemas.

Seiichiro buscó una máquina de juego libre. No importaba

cual, con sólo sentarse a una de estas máquinas lograría recobrar un mínimo de su identidad.

La máquina de carreras estaba libre. Detrás del artilugio la encargada tomó los veintes yenes que le dio; después se sentó ante un receptáculo con forma de caja de cristal y puso las manos sobre el gran volante.

Había una luz encendida dentro del receptáculo. Unos rayos de sol veraniegos se reflejaban sobre la calzada de una carretera. La carretera ascendía por una colina dibujada en el cilindro; a los lados, minuciosos dibujos de flores, y tras las vallas de una granja, el ganado pastaba tranquilamente. Un paisaje así no podía desagradar a nadie. En este cuadro poético de trivial estampa bucólica los seres humanos brillaban por su ausencia. Dentro del receptáculo de cristal decía que era domingo.

Por la carretera un descapotable rojo avanzaba en zigzag sobre un cilindro giratorio. Si sólo consistiese en eso, el coche podría mantenerse normalmente en su carril sin perder la trazada. Sin embargo, el cilindro se movía y giraba irregularmente hacia los lados y el coche acababa por salirse de la calzada. Seiichiro se emplea a fondo con el volante para mantener el coche sobre la calzada; a veces, se sale de pista y el coche da trompicones y bandazos por el borde de un precipicio o un pequeño arroyo dibujados en el escenario. A veces se sube al bordillo y entonces, en brillantes caracteres rojos, se ilumina la frase de alerta *On the road* dentro del cilindro. Sobre el fondo de un cielo azul se proyecta en colores llamativos la puntuación obtenida: 500, 1.000, 2.000.

Las cifras resaltaban nítidas en rojo, amarillo y morado sobre el cielo azul haciendo destacar aún más el color azul del cielo con un efecto visual incluso más poético. Preludia el final de la carrera el brillo en trazos más gruesos de las cifras 2.000, 3.000.

La partida ha terminado, y el movimiento del cilindro empieza a aminorar hasta detenerse finalmente. Igual que al principio, se detiene en la colina, el horizonte del paisaje y la carretera lo compone una simple lámina de hojalata. La mujer asoma la cabeza y sin decir palabra deja ante Seiichiro dos

paquetes de caramelos envueltos en un papel de cera polvoriento.

Se apaga la luz dentro del receptáculo. En la pantalla de cristal se refleja el rostro de dos o tres personas que han estado mirando cómo conducía Seiichiro. Entre esas personas está Osamu sonriendo.

—¡Hola! —dijo Seiichiro levantándose y dándole una palmadita en el hombro.

—No parece que se te dé muy bien; no pasar de 5.000 es poca cosa —dijo Osamu.

Como otro cliente ya se había sentado al volante, los dos se retiraron un poco para seguir hablando. Su conversación quedaba interrumpida por el ruido de los disparos de las ametralladoras. Se trataba de cuatro máquinas de ametralladoras colocadas en cada uno de los ángulos de un receptáculo de cristal de un juego de disparos antiaéreos, junto a la máquina de carreras; disparaban a dos aviones que se desplazaban por un rodillo, sobre un soporte en el centro, y cuyas alas, al recibir disparos, se encendían con luces rojas.

—¿Y ahora adónde vas? —preguntó Seiichiro.

—No sé, me aburría mucho con dos chicas con las que ligué. Aunque por fin me las quité de encima. Creo que iré a casa de Kyoko, puede que sea la compañía ideal para un día como hoy —contestó Osamu.

Aunque poco a poco algo iba cambiando en los jóvenes que frecuentaban su casa, Kyoko, como siempre, seguía a lo suyo, ajena a todo eso, viviendo al mismo ritmo y de la misma manera que siempre. Si los jóvenes eran como una función, ella era la constante. Tal como veía ella la vida, ella misma era la representación de una existencia sin cambios. Independientemente de la hora a la que uno fuese a la casa de Kyoko, ésta siempre era a todas horas su casa, la casa de Kyoko. Donde quiera que estuvieran ahora los jóvenes, podían imaginarse perfectamente lo que estaría sucediendo en la casa. Si había anochecido, las luces estarían ya encendidas, y ella, con vestido de noche, hablaría sobre dónde ir a tomar una copa, o tal vez habría vuelto ya de algún bar y se estaría sirviendo otra copa de algún licor extranjero.

Aunque estuvieran en alguna lejana esquina de la ciudad, cuando pensaban que la casa de Kyoko seguiría allí en Shinanomachi, donde siempre, se sentían tranquilos y seguros; hasta sentían un vínculo más estrecho con la propia ciudad. En la casa de Kyoko, ya fuera de día o de noche, como si se tratase de un molino de agua movido por la curiosidad hacia lo inmoral, se hablaba largo y tendido de mal de amores, traiciones, fidelidad, temores, quejas, sentimientos de confianza, promesa o vergüenza, sentimientos que estremecían el corazón, y a la vez se respetaban igualmente y se admitían venganzas, mentiras, infamias, engaños, desde seducciones descaradas hasta consultas sobre aborto, todo se aceptaba con respeto. Sólo pensar que existía un lugar así en el mundo alegraba. Allí no había temas de conversación prohibidos, uno podía consolarse hablando de un fracaso amoroso, o buscar consuelo tras haber abusado de alguna inocente jovencita. Kyoko, que era mujer hasta la médula de sus huesos, entendía bien la humillación y el sufrimiento de la víctima y podía compartir sus sentimientos poniéndose en su lugar.

Kyoko, que pretendía vivir a gusto con sus caprichos, sin casi saber cómo ni cuándo, empezó a darse cuenta de lo mucho que la necesitaban los visitantes de su casa. Entonces, llegaba a imitarse a sí misma o, mejor dicho, a responder a la imagen que tenían de ella los que la requerían. A veces llegaba al extremo de encarnar por sí misma dicho malentendido. En cierto momento llegó a sumergirse en dicha ilusión disparatada: «Seguro que influyó mucho el afecto maternal...».

Kyoko no temía la monotonía de la vida. Cuando se propone transgredir la moral, la gente se siente presionada por la necesidad de reinventarse continuamente, y se ve apremiada por la exigencia de creativa singularidad; esa crisis de originalidad es autodestructiva, pero Kyoko no la vivía en carne propia. Kyoko vivía tranquila, sin atisbos de ese apremio de excepcionalidad, que no necesitaba. La razón es que la mayoría de hombres que acudían a su casa iban con sus propios pecados y transgresiones, así que no tenía ninguna necesidad de inventarlos por sí misma.

¡Kyoko jamás padeció de insomnio! Y tras marcharse de

casa el último invitado, después de tantas conversaciones sobre temas eróticos, no había mejor somnífero para ella, que se sentía libre respecto a cualquier complicación y conservaba una impresión agradable al haberlo vivido todo desde un punto de vista distante, como el de un espectador; cuando apagaba la luz junto a la mesilla y confiaba su sueño a la almohada, se quedaba profundamente dormida en el acto.

Aquella noche Mitsuko y Tamiko habían ido a casa de Kyoko. Cuando se juntaban, la conversación fluía sin cesar. En ese momento, Osamu llamó por teléfono avisando de que pasaría a visitarlas con Seiichiro. Aunque no se trataba de desconocidos, el anuncio de su inminente visita las animó de golpe.

Tamiko era hija de un rico terrateniente del barrio de Omorisan'o, y, según decía, trabajaba por gusto en un bar, aunque se tomaba días libres con entera independencia. Era innegable que Tamiko no tenía muchas luces. Era crédula hasta un punto casi enfermizo: todo cuanto la gente decía lo interpretaba bienintencionadamente; sin embargo, insólitamente, gracias a una inexplicable virtud, nunca se la vio llorar ni sufrir por desengaño alguno. Realmente nadie podía engañarla. Ante tanta inocente credulidad hasta el más embaucador se desmotivaría. Su ingenuidad la protegía del engaño masculino y de mujeres de sospechosas intenciones; además, tenía la ventaja de no sentirse incómoda con los hombres.

Tamiko, ya fuera un ministro o el repartidor de la verdulería, enseguida hacía buenas amistades con todo el mundo, extranjeros incluidos, por poner otro ejemplo. En fin, hasta pensaba que por qué no podrían todas las personas del mundo cogerse de las manos y bailar juntas, prueba evidente de que era una partidaria sin igual del pacifismo. Aunque generosa, también le gustaba recibir por parte de los demás. Y en cuanto a las cosas recibidas, parecía no tener demasiado clara la diferencia entre regalos y dinero en efectivo.

Tamiko no tenía ningún tipo de hombre preferido. Ya fuera un hombre de sesenta años o un chico de dieciséis, valoraba lo positivo en cada uno, y solía decir que «no hay personas malas». He ahí la razón de muchos desencuentros entre ella y

Mitsuko. A Mistuko sólo le atraían los jóvenes, y sobre el encanto de la juventud tenía una teoría propia muy elaborada concerniente al tipo de pelo de los jóvenes, sus ojos, sus camisas, su pecho a la vista, su vocabulario, sus calcetines, el ángulo que forman los hombros al bajar la mirada... A Tamiko, en cambio, nada de eso le importaba.

En comparación con estas disputas, las cuestiones que interesaban a Kyoko eran muy diferentes. A ella, más que dejarse atraer por el encanto de una persona, como si fuese una coleccionista lo que le seducía era acumular información veraz sobre relaciones amorosas, y en lo referente a los encantos de otras personas, le bastaba con los de su propia cosecha. Aunque sólo fuera con la imaginación, le gustaba fantasear con los pensamientos libidinosos infernales que su atractivo cuerpo suscitaría en hombres desconocidos. Si podía desplazarse en coche, no tenía inconvenientes, y aunque le horrorizaba un tren lleno de gente, prefería este medio de transporte, y por eso lo utilizaba en horas de poca afluencia.

Sonó el timbre de la entrada. Ya están aquí, dijeron en voz alta Mitsuko y Tamiko. Acto seguido se pusieron de acuerdo en disimular el cansancio por la espera.

Los dos jóvenes entraron como si tal cosa, como si estuviesen en su propia casa. Las chicas llevaban cada una su perfume preferido. Seiichiro, al detectar la mezcla de perfumes en el aire, soltó con tono sombrío:

—Qué olor a humanidad —dijo, y se sentó en una silla que estaba libre ante la chimenea. Osamu se sentó en el sofá al lado de Mitsuko.

A Kyoko le llamó la atención el saludo grosero, casi caníbal, de Seiichiro y, con un inocente deseo de rivalizar, le dijo:

—De las tres, ¿cuál piensas comerte en primer lugar?

Pero Seiichiro no tenía hambre en esos momentos.

—¿De verdad vas a casarte? —dijo Mitsuko en un tono algo fuera de lugar. Pronunció la palabra «casarte» con una entonación que sugería la inmoralidad o indecencia asociada al término.

—Le he caído bien a su padre. Ya sabes, joven, alegre y con un futuro prometedor.

Las chicas se explayaron criticando la pobre perspicacia del suegro en ciernes. Aunque todas sentían curiosidad por saber cómo era la prometida, Seiichiro no dijo nada. Además, como no tenía nada que ver con el amor ni la pasión, no era un tema de conversación apropiado para este lugar.

Lo cierto es que el vicepresidente ya le había invitado a comer. Lo llevó al restaurante Tokyo Kaikan Grill Rossini, de interiores poco iluminados; tras las conversaciones típicas de empresarios del barrio de Marunouchi durante la comida, el vicepresidente le interrogó casualmente acerca de varias cuestiones y, al parecer, le cayó en gracia. Entre los atractivos de Seiichiro destacaba su capacidad para dar una imagen de hombre reservado, juicioso y de trato cordial. Era un joven consciente de la imagen que ofrecía a los demás, y al mismo tiempo tenía una buena dosis de intuición para saber que el medio más eficaz y rápido para conocer la esencia de la sociedad no estribaba en la adquisición de conocimientos prestados, sino en conocerse a sí mismo; y ése era un método esencialmente femenino. Además, lo que la sociedad exigía en estos momentos de los jóvenes no consistía más que en la masculinidad.

Osamu, poco después de llegar, empezó a sentir que tenía los músculos hinchados. Tras una larga inactividad física, el cuerpo acusaba el cansancio casi hasta el punto de hacerle soltar un quejido de dolor. La mañana del día siguiente seguro que le dolería todo el cuerpo. Ese temor, curiosamente, le produjo una agradable y refrescante alegría. Le parecía que en su cuerpo germinaba algo, igual que las semillas bajo tierra. La conciencia de sus propios músculos, en los que apenas había reparado ni pensado hasta hoy, empezaba a despertar, incluso con cierto engreimiento, tras el largo letargo. La semilla en su interior constaba de espíritu y cuerpo; era, claramente, una semilla de dos capas interpuestas. Al pensar así, sentía que empezaba a desprender de sí lo espiritual para transformarlo en corpórea musculatura. La idea era deshacerse del espíritu y transformarse en un cuerpo de pura musculatura. Aspiraba a construir completamente su exterioridad, quería ser una persona completamente encarnada en su corporalidad externa.

Quería convertirse en un ser humano sin espíritu ni pensamiento, sólo musculatura. Osamu tomó asiento con su habitual semblante abstraído; en ese momento imaginaba que algún día llegaría a ser un torero o un hombre muy fuerte.

«Cuando cumpla mi sueño, existiré plenamente. La existencia vaga que siento ahora dejará de circunscribirse a sombras o forma.»

—¿En qué piensas? —le dijo Mitsuko apoyando una mano sobre su rodilla.

A Mitsuko nunca le gustó dejarlo que se abstrajese. Además, confiaba en lo acertado de su capacidad de análisis para proporcionarle un modo de solucionar sus problemas.

—Sé lo que te pasa. Seguro que piensas en lo cautivada que ha quedado por tu atractivo rostro alguna chica desconocida con la que te has cruzado hace como una hora por alguna esquina de la ciudad. Por eso ahora estarás pensando en el posible romance futuro. Al poco, te aburrirás de tus propias ensoñaciones, y volverás a sumirte en un pensamiento trivial como todos. A juzgar por tu mirada, no parece que busques algo desconocido —le dijo, dándole un golpecito en la rodilla.

Osamu se limitó a fruncir levemente el ceño. No había acertado absolutamente nada, pero le gustaba que tratasen de conocerlo analizando su personalidad con tanto interés; era como si le dieran un masaje. Le gustaba incluso cuando se equivocaban. Lo malinterpretado por los demás, aunque no concordase con él, en cualquier caso corroboraba su existencia.

A Kyoko no le gustaba dedicarse a adivinar sentimientos ajenos. Esta casa era un lugar para que todo el mundo pudiese comportarse sincera y abiertamente; lo importante era liberarse del lastre de los celos o la vergüenza. A través de la ventana abierta resonó en mitad de la noche el silbido de un tren saliendo de andenes, lo que le hizo pensar en viajar.

—¿Por qué no nos vamos de viaje? ¿Qué os parece si volvemos a viajar a algún lado?

Por toda respuesta, todos se limitaron a una ambigua murmuración entre dientes sin quedar claro qué pensaban; en definitiva, no hubo respuesta. Sólo reverberó la voz cálida y húmeda de Kyoko en la nocturna atmósfera.

En ese momento, Tamiko comentó que había oído pasos en el jardín. Como ella siempre decía todo con buena intención, aunque nadie dudaba de la veracidad de su afirmación, no se tomaron en serio sus palabras.

Al cabo de un rato fue Mitsuko, esta vez, la que advirtió del ruido en el jardín. Como lo dijo algo teatralmente, tampoco le dieron mayor importancia.

Al fin, Kyoko se levantó:

—Es verdad, yo también acabo de oír los pasos. Seguro que hay alguien merodeando bajo el balcón... Creo que se ha parado, parece que se esconde.

Se miraron los unos a los otros. Con todo, Osamu parecía completamente desinteresado y Seiichiro, por su parte, no daba la impresión de estar por la labor de ayudar. Las tres mujeres, en cambio, no dejaban de observar por la ventana temerosas al intuir la presencia cercana de alguien que sigilosamente invadía su fortaleza. Había, sin embargo, un elemento peculiar que no casaba bien con la preocupación de las mujeres como un sombrero y un vestido de combinación poco acertada.

Desde el balcón no se veía nada. La luna nueva brillaba algo apartada del bosque de Meiji Kinenkan. En la casa de un terreno bajo ondeaba como olvidada una banderola de brillo sombrío de *koiboniri* con la tradicional carpa roja inscrita; en la brisa escasa, su torso se giraba levemente en el aire, tan sólo la cola se separaba de la pértiga.

Tamiko, sentada junto a las puertas del balcón abierto, de repente soltó un grito. Inmediatamente se oyó el sonido de la falleba al cerrarse de golpe. Una figura negra entró de repente por la terraza y un grito recorrió la habitación. ¿Quién podía ser? Pues nada menos que Shunkichi. Sonreía bajo la lámpara de araña vestido completamente de negro. En ese momento, parecía más alto de lo habitual.

Shunkichi sonreía con aire de satisfacción. A Seiichiro esa sonrisa le pareció una patente falta de educación. Esa noche parecía no haber nadie tan contento entre los presentes como el mismo Shunkichi.

Las mujeres, cuando terminaban de criticar la broma pesada, vieron emerger a Natsuo de la misma terraza. Él también se

había sumado a la broma de Shunkichi, y aunque no protagonizó una entrada en escena tan llamativa como la de este, su gesto apocado al sacudirse el polvo de la chaqueta tuvo un similar efecto aterrador en los demás.

Cuando fue cediendo el sobresalto, Shunkichi les contó que se había encontrado casualmente con Natsuo y lo había invitado a acompañarlo; por eso le sorprendía que Seiichiro y Osamu también se hubieran encontrado casualmente y hubiesen decidido ir hasta allí.

En ese momento se abrió la puerta del salón y apareció Masako en pijama. Llevaba cogida de una mano con mucha coquetería una inmensa muñeca... A continuación, en tono muy formal, dijo:

—Me habéis despertado con tanto ruido.

Dicho esto, Kyoko no tuvo más remedio que llevársela de nuevo a la cama. Masako, imitando al conejito de su cuento infantil, echó una carrerita para ir a esconderse entre las rodillas de Natsuo.

Estaban contentos, hacía un mes que no se veían. Shunkichi, preguntado por Seiichiro, habló sobre las próximas peleas del campeonato y el duro entrenamiento que realizaba. Después, dirigiéndose a Tamiko, hizo pronósticos sobre la pelea del veinticuatro de ese mes entre Shiroi y Espinoza. Shiroi podría defender el título como fuese; pero había pocas esperanzas de que fuese una buena pelea por el título. Tamiko, que desde entonces no lo había visto, se daba cuenta de que Shunkichi no parecía recordar nada de la noche que pasaron juntos en Hakone, de modo que haciendo frente a su desinterés le dijo con un sarcasmo lleno de buenas intenciones:

—Por qué será que el mundo del boxeo está vedado a las mujeres...

Propusieron tomar unas copas. Shunkichi era el único que no bebía. Enseguida dejaron de lado a las mujeres y los cuatro jóvenes se pusieron a hablar animadamente entre sí. Sin embargo, Natsuo mantuvo una discreta distancia sin decir palabra.

—A todo esto, me pregunto qué tendremos en común todos nosotros. —Le espetó Seiichiro a Kyoko invitándola a unirse a

la conversación.

—Tal vez que ninguno de nosotros busca la felicidad —contestó brevemente Kyoko desde lejos.

—No buscar la felicidad... no sé qué decirte, la idea me suena a sentimentalismo antiguo —dijo Seiichiro llevando la contraria—. Creo que no nos importaría nada ser felices; además la felicidad se adhiere al cuerpo como un musgo pegajoso y no entraña peligro. A veces, sin darnos cuenta, logramos ser felices por razones intranscendentes; el heroísmo patológico empeñado en huir de la felicidad como si fuese lepra es una costumbre anticuada de nobles indolentes y débiles de espíritu. Nosotros estamos inmunizados contra todo, daos cuenta, somos inmunes incluso a la felicidad.

Kyoko, algo intimidada por el tono tajante de Seiichiro, no dijo nada y retomó la conversación con sus amigas. En cambio, ninguno de los hombres sentía que tuviera nada más de lo que hablar. Les parecía estar sin más ante un muro.

No sabían si aquel muro era el muro del presente o el muro de la sociedad en la que les había tocado vivir. Sea como fuere, aquel muro se desmoronó en su adolescencia, ¿cuántos rayos de sol lograrían colarse entre las rendijas del derrumbe? El sol asciende por el horizonte en ruinas y después se hunde en el ocaso. Cada día, al alborear, el sol creaba bellos haces prístinos refulgiendo entre infinitos fragmentos de botellas de cristal hechas añicos. Desaparecieron ya la alegría y la libertad infinitas de la juventud que les impulsaban a creer en la belleza de aquel mundo compuesto de fragmentos de ruinas. Ahora sólo quedaba la certidumbre de un muro descomunal. Los cuatro pegan sus narices al muro; ahí es donde están, ante ese muro.

«Yo romperé el muro», pensó Shunkichi apretando los nudillos.

«Yo transformaré el muro en un espejo», imaginó con desidia Osamu.

«En todo caso, pintaré un cuadro. Transformaré el muro en un cuadro de paisaje natural y flores», pensó emocionado Natsuo.

Shunkichi, por último, se decía:

«Yo me convertiré en ese muro. Yo mismo seré el muro».

... Durante esos instantes de silencio todos sentían que dicho ánimo crecía en su interior; momentáneamente se convertían en jóvenes animados por un sentimiento que desbordaba. A Seiichiro, de los más jóvenes del grupo, le gustaba, sin embargo, ser el agitador:

—Ahora que estamos juntos me he dado cuenta —dijo Shunkichi como si se le ocurriese de repente—. En los próximos años, cada vez que nos juntemos, tenemos que poder hablar de cualquier cosa sin ninguna reserva. Lo importante es no dejar de vivir a nuestra manera. Por eso, bajo ningún concepto, debemos prestarnos ayuda. Ayudarnos mutuamente, aunque sólo fuera un poco, significaría una falta de respeto para el destino del otro. Si os parece, crearemos una alianza en la que nos comprometamos a no ayudarnos jamás por muy dolorosa que sea nuestra situación. Puede que jamás se haya creado en la historia una alianza semejante. Será la alianza más excelsa y estable de todos los tiempos. Hasta ahora la mayoría de alianzas terminó reducida a un estéril montón de papel usado, y para prueba, la historia.

—¿Es que no vais a sellar esa alianza con las mujeres? —dijo Mitsuko, que enseguida se aburría de la conversación con sus amigas.

—Ya está sellada, ¿no te parece?

—Tienes razón. Sellada sí que está. La condición ineludible para la alianza es no pasar la noche con ninguna de las mujeres del grupo. Aquí el único que cumple el requisito parece que eres tú, ¿verdad?

—Es que a mí sólo me gustan las prostitutas. De todos modos, yo no soy el único que no ha pasado la noche con ninguna de vosotras. Natsuo tampoco.

—Es que Natsuo todavía debe de ser virgen.

Natsuo se puso colorado como un tomate ante la precedente afirmación directa y sin rodeos, pero no se sintió herido en absoluto. No sentía ninguna vanidad respecto a dicha cuestión.

Kyoko se levantó.

—Vamos a tomar unas copas. ¿Qué os parece Manuela? Aunque, por supuesto, hay que ir con chaqueta y corbata.

Seiichiro y Shunkichi declinaron la oferta. A Seiichiro no le gustaban esa clase de locales tan pomposos y Shunkichi mañana tenía que correr y entrenar. En cuanto a Natsuo, llevaba traje, pero Osamu iba con una camiseta deportiva.

—Trae una chaqueta y una corbata de tu padre, se la prestaremos a Osamu —le dijo Kyoko a su hija. La ropa vieja que se había dejado su exmarido resultaba útil en estas ocasiones.

En cuanto a Kyoko, saltaba a la vista que estaba absolutamente preparada para salir. Llevaba un vestido de noche, pendientes y un collar de perlas y se había puesto su perfume. Estaba acicalada convenientemente para aparentar diez años menos en el ambiente oscuro de un club nocturno, pero bajo la iluminación brillante de las lámparas del salón, ese excesivo arreglo sugería más bien soledad.

Ella en lo que pensaba todo el rato era en el matrimonio de Seiichiro. Y la razón nada tenía que ver con celos o tristeza por el enlace. En ningún momento hubo nada entre los dos; sucedió así, sin más, y nada tuvieron que ver en ello el amor propio o la obstinación.

Su inquietud no tenía nada que ver con el ambiente en la casa esa noche, cargado de *affaires* y asuntos amorosos; era simplemente el dolor que se experimenta al sentir que perdemos el vínculo de amistad con un amigo. Puede que también le entristeciera perder a aquella alma gemela que, como ella, creía en el desorden y renegaba de las virtudes de la moral. Sin embargo, Seiichiro había dado la espalda a la idea del desorden anárquico, pero no es que la traicionase. Aunque pareciese la mayor de las paradojas, seguía creyendo en la destrucción, y precisamente porque no creía en el futuro decidía tranquilamente estrechar la mano de lo mundanal y someterse a las costumbres sociales como el que más. Pero, no obstante... pensaba Kyoko... Él también era de carne y hueso. Nunca hasta ahora lo había pensado: ¡él también era de carne y hueso! Aunque despreciaba las emociones y sentimientos, Kyoko no podía negar algo que estuviese moviéndose, de hecho, ante sus ojos. En alguna ocasión él le había dicho que ella era «incapaz de vivir en esta época», y ahora le daba la

impresión de estar ante dos realidades horrorosas, la existencia, el presente, y el remordimiento, y que debía elegir una de las dos.

«Pero yo no tengo por qué elegir», y por mucho que intentase mentalizarse y levantar la cabeza, pensaba: «Mi principio siempre fue no limitarme a elegir a una sola persona; tampoco tengo necesidad ninguna de elegir un momento, elegir supone ser elegido. Eso es inaceptable».

... Mitsuko dijo:

—Te iría bien un poco más de maquillaje bajo los ojos.

Kyoko aceptaba que se tomase esa confianza, pero que le hablasen de maquillaje no le hacía ninguna gracia.

—¿Insinúas que tengo ojeras? Imagino que tú no las tendrás, ¿cierto? —contestó Kyoko.

Masako regresó de su habitación; sus zapatillas emitían un sonido alegre al andar. Llevaba la chaqueta del padre, que le llegaba hasta las pantorrillas, y la corbata alrededor del cuello; todos se echaron a reír.

Sin embargo, ella no esbozó la más leve sonrisa cuando se acercó a Osamu con gesto muy digno. A continuación dijo:

—Osamu, te presto mi chaqueta y mi corbata, pero trátalas con cuidado.

En voz alta, Tamiko elogió el color de la chaqueta y la corbata.

Osamu se ajustó la corbata y se puso la chaqueta; en ese momento Masako se sentó sobre la alfombra con las piernas echadas hacia un lado y lo observó detenidamente. Como niña, veía todo aquello como si fuera una acción que o no está al alcance de los niños o no se les permite. Era realmente bella la inocencia de su mirada, no se percibía el más leve indicio de reproche. Masako estaba tan contenta que se quedó completamente embelesada.

# Capítulo 3

Hace un año Natsuo recibió la mención de honor por su obra; por eso en la exposición de otoño podría presentar un cuadro sin necesidad de pasar una prueba de selección. Sin embargo, no acababa de decidirse a elegir la obra con la que concurrir. Desde primavera no dejó de pensar en ello sin llegar a ninguna conclusión. Atesoraba un amplio repertorio de «trofeos de caza», posibles presas para sus lienzos. Las numerosas presas atravesadas por las flechas de su sensibilidad yacían en su mente apiladas como las osamentas de faisanes y palomas torcaces en los bodegones holandeses de naturalezas muertas, amontonados junto a frutas maduras bajo los rayos del atardecer. Era tan grande el acervo a su disposición que le costaba centrar su atención en una obra concreta.

Un día de julio Natsuo, apremiado por la inminencia del plazo, aunque con impresión melancólica, optó al fin por llevarse el cuaderno de bocetos y salió en coche hacia el templo de Jindaiji en Tama.

El sol ya declinaba y las arboledas proyectaban sombras alargadas. Al pasar por un camino junto a un viejo molino de agua, el río relució en la oscuridad bajo la densa umbría de los árboles. En lo profundo de una arboleda divisó el pórtico rojizo de la entrada y las escaleras de piedra del templo de Jindai, que se estimaba perteneciente al periodo de Momoyama. Natsuo detuvo allí el coche.

Un grupo de estudiantes de secundaria de pícnic charlaban animadamente sentados en unas piedras junto a un manantial cristalino. Había un conocido restaurante de *soba* y tiendas de cerámica en las que vendían ocarinas con forma de paloma y caballitos de estera de paja. Natsuo compró una ocarina y probó a soplarla. Al unísono, y para su sorpresa, el grupo de estudiantes también empezó a soplar sus ocarinas. La quietud en penumbra del pórtico del templo parecía emborronada por

una mezcla de colores discordantes que estropeaban su armonía.

Natsuo inclinó levemente la cabeza antes de cruzar el pórtico y se encaminó por un sendero de montaña. El camino bordeaba el estanque de Benten, cubierto de flores de loto y hierbas flotantes; cerca de un viejo puesto de té en el que vendían objetos labrados en madera, giró hacia la derecha por una empinada cuesta. Empezaba a cobrar conciencia de ser un pintor adentrándose en la naturaleza, cuaderno de pintura en mano. La cuesta, flanqueada por hileras de oscuros cedros *hotosugi,* se volvió abruptamente pronunciada, y a su alrededor no había más sombra que la suya. Mientras ascendía por el sendero de montaña, iba soplando la ocarina. El sonido se perdía en la espesura de cedros, y él se sentía como un pajarillo solitario en medio de la montaña.

En lo alto, la pendiente del sendero empezaba a suavizarse; entre un claro de pinos rojos reverberaban los rayos rojizos del sol poniente. De pronto, escuchó una ruidosa carcajada. Dos o tres jóvenes colegiales bajaban en bicicleta a toda velocidad por la cuesta haciendo arriesgadas maniobras entre los pinos. El grito y el resplandor plateado de las ruedas reflejando el sol vespertino se parecían. Natsuo pensó en sacar el cuaderno de bocetos, pero al fin desistió. Al poco, los jóvenes en bicicleta desaparecieron cuesta abajo por la pendiente.

A medida que Natsuo iba adentrándose en aquel paisaje visto por primera vez, percibió la misma extraña impresión que cuando pasaba las noches en vela saboreando una rápida sucesión de imágenes grabándose refrescantes en su corazón. Sin embargo, las imágenes no llegaban al punto de materializarse lo suficiente como para completar un lienzo. Fragmentos inconexos y carentes de sentido terminaban por desaparecer. De repente, un lienzo bien logrado reverberaba ante sus ojos, pero como estaba algo inclinado, antes de poder representarse los detalles, el lienzo se esfumaba de su vista. La mayoría de paisajes acababan por desintegrarse ante sus ojos en cadenas fragmentarias.

En cierto momento, el paisaje empezó a ampliarse como se desenvuelve un rollo de pintura desplegable *emaki;* ya tenía el

punto de comienzo y también el desenlace del cuadro. La disponibilidad interior para dejarse impresionar por el paisaje tropezaba con la misma dificultad que al preparar el ánimo antes de dormir. En su mente lúcida bullía caprichosamente un hervidero de imágenes que le desvelaban. Pero de pronto, en un instante inesperado, caía en brazos del sueño y se zambullía en el mar del paisaje. Anegado en el paisaje, asistía inesperadamente al nacimiento fugaz del cuadro presentido. «Ya lo tengo», se decía. Cuanto más pausadamente lo contemplaba, más se definía su claridad. Sin embargo, la claridad de esta visión alcanza el límite de su esplendor cuando nos vence de repente el sueño y, al cruzar el umbral del cese de la vigilia, nuestra vivencia del paisaje se difumina en ensoñación.

Natsuo avanzó por un calvero del pinar, consciente de que todavía no había llegado el momento.

Al salir del calvero, le encandiló la luminosidad de un amplio prado. Mientras ascendía adentrándose en la oscuridad a través de la profunda espesura, no habría imaginado dar con aquel paisaje amplio y plano en lo alto de la montaña. En pie sobre la pequeña pradera, entre el bosque oscuro que dejaba a su espalda y la serie de arboledas que ceñían el lejano horizonte, se divisaba el amplio panorama de los arrozales; solamente se interponía a la vista el tendido de cables de alta tensión. La luz del sol, que tan débilmente reverberaba en el bosque, todavía derramaba por los campos la claridad del atardecer. Los rayos del sol poniente caían oblicuos, reflejos de luz en matas y bancales parecían surgir de su interior. A excepción de dos o tres campesinos en un campo lejano, extrañaba no divisar figura humana alguna en todo el horizonte.

A pesar del emplazamiento, no muy alejado de la ciudad, parecía increíble disfrutar de la soledad del oscurecer veraniego entre forestas y arrozales bajo un cielo otoñal. Natsuo se siente absorto en la plenitud de aquella panorámica que se pierde en el horizonte a la vez que se deja poseer por ella en el más puro abrazo. El atardecer vertía tonalidades iridiscentes sobre los campos derramando pureza por doquier,

con claros destellos de sol poniente en cada tallo de hierba: lustre purificador por baño de luz.

Ahora Natsuo se liberaba de la mezcla excesiva de imágenes en su mente, se adentraba en el secreto del paisaje. Tomando un pequeño sendero de montaña a la izquierda de un campo de hierba, fue a parar a unos trigales y cultivos de mazorcas lindantes con el bosque recién atravesado. En el bosque a la izquierda del pequeño camino un pino centenario se elevaba profuso. Ya era prácticamente noche cerrada. A la derecha, en una verdura de trigales, el contorno de las hojas resaltaba nítido, pero la noche se cernía ya sobre el campo oscureciendo todo.

Natsuo oyó el ruido de una motocicleta en un extremo del camino. En un primer momento, le pareció que el ruido se iba acercando, pero finalmente su eco se perdió en la lejanía. La moto debía de haber cruzado por algún desvío el camino para después alejarse. Una luz trasera brillaba a lo lejos, al fondo del camino de montaña; ya había anochecido.

Al volver la vista atrás, el sol poniente se hundía en el horizonte al final del camino.

Los campos envueltos en las oscuras nubes del ocaso, la frontera entre tierra y cielo diluida en oscuridad. Era tal la densidad de las nubes que parecían extenderse horizontalmente en siluetas sucesivas perfectamente recortadas. Entre la nubosidad, como un ventanal abierto entre sus repliegues, aún se veía el cielo azul. Era una ventana con la forma de esas pequeñas tiras de papel para escribir poemas. Más allá de esas nubes el sol empezaba a hundirse en el ocaso.

Natsuo quedó preso en ese instante de una sensación profunda muy especial. Sintió que se había zambullido de repente en el núcleo central del paisaje. Al mismo tiempo que había llegado al culmen de la serenidad, le invadía una alegría desbordante, cegadora y vertiginosa; sin embargo, seguía viendo distintamente el paisaje.

El sol se pone. Cuando los últimos haces de luz anaranjada se ciernen sobre las nubes planas más altas, prende un resplandor solemne en las nubes dispersas. Oscurece y el resplandor palidece tiñendo de fulmíneo rojo el sol.

Aunque sobre el sol, a través de las nubes aún resplandecía un intenso anaranjado, impregnándose de carmesí.

En un instante el sol se ocultó proyectando infinitos haces en la fina nebulosidad. Después se dibujó una misteriosa ventana abierta en el centro de las densas y oscuras nubes que se infiltró en aquella otra con forma de tira de papel para escribir poemas. Arriba y abajo todo queda inmerso en las nubes negras, y sólo esa pequeña ventana atesora en su interior los rayos naranjas del crepúsculo. Natsuo acababa de contemplar un misterioso ocaso rectangular. Aquel rectángulo rojizo del ocaso siguió vislumbrándose unos instantes. La oscuridad inundaba el campo. Una brisa singular se levantó entre los trigales umbríos. Al fin, los haces de sol se estrechan, y Natsuo permanece inmóvil hasta que arde una última ascua de luz en el ocaso. Ni siquiera hizo falta abrir el cuaderno de pintura. En lo alto del cielo aún se percibía el reverbero después del ocaso.

«Ése es el cuadro que voy a pintar», pensó decidido Natsuo.

Había pasado ya una semana desde la celebración del campeonato de boxeo. El equipo universitario de Shunkichi logró la victoria y éste, como capitán, vio aumentada su reputación. Sin saber bien como dar rienda suelta a su alegría, se llevó a sus compañeros veteranos a una atracción de fantasmas que se celebraba entonces en un parque de atracciones inaugurado recientemente. Por lo visto, rompieron el brazo de un muñeco con forma de fantasma al tirar demasiado fuerte de él, y el rifirrafe con los trabajadores del espectáculo terminó en una pelea de grandes proporciones. Con la confusión de la trifulca, destrozaron también el escenario.

Seiichiro se enteró de lo sucedido. El hecho avivó su interés por la forma en que canalizaba su alegría. El desenlace fue absurdo; lo cierto es que lo que empezó como algo alegre terminó en destrucción. Shunkichi llevó sus impulsos destructivos precisamente a un espectáculo de fantasmas. El boxeador iba en busca de espíritus fantasmagóricos. Tenían por fuerza que existir para ser erradicados por él.

Aunque la universidad ya estaba de vacaciones, tras el fin

del campeonato de boxeo durante dos semanas continuaron los entrenamientos en Suginami. Los entrenamientos matinales en el exterior, suspendidos durante el campeonato, también se habían reanudado. Un grupo de jóvenes con pantalones deportivos grises había elegido un camino sin asfaltar para practicar movimientos de boxeo y saltar corriendo con los pies juntos por las cercanías a esas horas en que la ciudad seguía dormida.

Un sábado de principios de julio, como a partir de las tres estaba libre, Seiichiro se acercó al pabellón para verlos entrenar.

El lugar de entrenamiento se había construido en una vieja fábrica del pueblo. Los barracones de los obreros ahora servían de alojamiento para el grupo de universitarios del equipo de boxeo, y en la parte de la antigua fábrica instalaron su gimnasio particular. El gimnasio y el local quedaban unidos por un comedor y una cocina muy sencillos, las duchas, el baño y unos urinarios. El jardín frontal, sin árboles, servía para los ejercicios de calentamiento. Estos barracones, aunque destartalados, eran ideales para entrenar: no había mejor «recipiente» del esfuerzo de estos jóvenes llenos de vitalidad.

Seiichiro franqueó la puerta lateral que daba paso al patio delantero, donde los veraniegos rayos de poniente incidían sobre el suelo yermo y unas matas de musgo frente al baño. Se asomó a echar un vistazo al interior de la cocina. Había dos jóvenes a los que les tocaba pelar patatas. Entre los toscos dedos, las peladuras blancas de las patatas resaltaban apetitosas.

Al ver a Seiichiro, los dos jóvenes, con el pelo rapado al cero, le saludaron, con la deferencia debida a un veterano, inclinando la cabeza. Seiichiro tiró un paquete de ternera sobre la mesa.

—Que aproveche.

Los dos jóvenes se giraron al oír el peculiar golpe producido por el paquete de ternera al caer sobre la mesa y esbozaron una sonrisa.

Aquellos dos jóvenes desconocidos, de apariencia sencilla y provinciana, tal vez jamás echarían a perder su sencillez por

haber entrado en el equipo de boxeo, pensó Seiichiro. Salió por la cocina al patio delantero y tras subir al primer piso dio unos golpecitos en la única ventana.

—¿Shun, estás ahí?

—¡Oh!...

Mientras respondía con voz ronca y aún adormilado por la siesta, la figura desnuda de cintura para arriba de Shunkichi asomó por la ventana. Al darse cuenta de que el visitante no era otro que Seiichiro, lo saludó con aquel breve monosílabo mientras se rascaba el cogote.

—Todavía falta un poco para el entrenamiento, ¿por qué no entras?

Seiichiro subió —los peldaños de la escalera crujían ruidosamente—, llegó hasta la puerta de la habitación de Shunkichi y la abrió. Sobre el suelo de tatami dormían tendidos tres jóvenes en calzones. Por lo visto, a pesar del saludo en voz alta de Shunkichi, el sueño de los jóvenes seguía imperturbable. Aquellos tres torsos desnudos de los jóvenes durmiendo eran como los de unos escabeches amontonados; sobre sus cuerpos el sudor brillaba con un tono amarillo como de fruta.

Shunkichi aún llevaba unas tiritas en torno a los ojos a consecuencia de los golpes del reciente campeonato. Sin embargo, en aquel cuerpo, sin el más leve rasguño de hombros para abajo, tan solo se apreciaba la marca dejada por la estera de tatami en la que hasta ahora había dormido. Incluso en sus pómulos redondeados se apreciaban las marcas del tatami.

Por el suelo había dos o tres aburridas revistas de relatos ilustrados *kōdan*.

—Ya veo que tu lema sigue siendo no pensar en nada, ¡buena victoria!

—Sí, la verdad es que gané, y si me hubiera puesto a pensar, jamás habría podido dar un puñetazo tan certero.

Shunkichi era realmente un tipo sin dobleces, y, aunque libre de las ataduras del odio o el desprecio, había una sola cosa que despreciaba: concentrarse para pensar. Como boxeador, el pensamiento era su enemigo.

La acción o un puñetazo eficaz eran el centro de su mundo.

El pensamiento tan sólo era un simple artificio ornamental secundario, como la pringosa crema que decora una tarta; en una palabra, algo superfluo. El pensamiento era lo contrario de la sencillez, la simplicidad y la velocidad. Si con esas cualidades se conjuga la fuerza con la belleza, la conclusión será que el pensamiento representa toda la fealdad del mundo. Él no podía imaginar que hubiese pensamientos rápidos como flechas. ¿Cómo podía una idea ser más veloz que la explosión instantánea de un puñetazo directo?

A ojos de Shunkichi, aludir al crecimiento lento de los árboles comparándolo con el ritmo de las personas pensantes reflejaba un punto de vista vegetativo sobre la realidad digno de compasión. La perdurabilidad de lo que se pone por escrito era mucho más efímera que la acción. Porque no eran los valores en sí mismos los que aseguraban la perdurabilidad o inmortalidad, sino que era ésta la que garantizaba que surgieran los valores. Ahí no quedaba la cosa. Los pensadores no avanzarían un paso si no usasen la acción como metáfora. ¿Cómo podría encontrar el intelectual placer en su victoria dialéctica si no fuera porque recurría a la metáfora de imaginarse al adversario derrotado a sus pies en un charco de sangre?

¡Qué cosa más ambigua el pensamiento! Cuanto más transparente, más degeneraba en una sarta de banales disparates pronunciados por un inútil espectador de la realidad. Sólo un pensamiento opaco, por su misma falta de transparencia, resultaba útil para la acción. En la reciente pelea de boxeo por el campeonato, su decisivo y afortunado puñetazo surgió en realidad de un fondo oscuro lleno de fuerza como el resplandor luminoso del relámpago centelleante. Ese potente puñetazo fue un fogonazo surgido de la oscuridad de su alma.

Seiichiro, siempre que se encontraba con Shunkichi, caía más en la cuenta de lo inútil de las palabras. Alimentaba dicha impresión la peculiar relación de amistad entre ambos, en la que apenas podía decirse que entablaran conversaciones en el sentido propio de la palabra.

—¿Estás libre después del entrenamiento?

—Hum.

—¿Vamos a comer?

—Comeré aquí con los demás. ¿Por qué no comes con nosotros?

Seiichiro se alegró de no haberle mencionado nada del paquete de ternera a Shunkichi.

—Perfecto. Entonces, podemos ir a tomar algo después, ¿verdad?

Seiichiro le hizo un gesto con el dedo meñique para sugerirle que quería presentarle a una chica.

—Vaya, ¿una de esas mujeres con las que te puedes acostar enseguida?

—Otra vez con lo mismo. Shun, ya veo que las putas nunca fueron de tu gusto.

—En el caso de que se trate de prostitutas o mujeres pesadas, renuncio. Las primeras, por su suciedad, y las segundas, pues por pesadas...

A Shunkichi, como si pensara en dilemas engorrosos, le horrorizaba imaginar la negociación de los sentimientos en tales relaciones. Acababa hecho un lío por la mezcla confusa de sentimientos y pensamiento. Ambas cosas eran sus enemigos: pensamiento y sentimiento representaban para él lo negativo de la condición femenina.

«Pensar es cosa de mujeres», decía.

Shunkichi guiñó un ojo y esbozó media sonrisa.

—Además, he conocido a una chica prometedora. Luego te la presento, Yanagimoto.

—¿En qué sentido promete?

—En una palabra, es tranquila y natural, con un buen cuerpo... Y no es que destaque por su intelecto, pero todos dicen que es una belleza, y creo que no se equivocan.

—Tipo Tamiko, ¿verdad?

Sin embargo, Shunkichi apenas recordaba ya la cara de Tamiko.

Llegó Kawamata, el director del equipo. Siempre llegaba puntualmente quince minutos antes del entrenamiento y esperaba allí en el patio frontal. El entrenamiento empezaba a las cinco de la tarde. Como Seiichiro conocía bien a Kawamata,

se acercó a saludarle.

Éste le contestó con un escueto «Ah, tú por aquí». Como siempre solía tener cara de mala leche, era difícil aventurarse a decir si estaba o no realmente enfadado. Hacía veinte años que se había retirado, y nada en este mundo atraía su interés salvo el boxeo. A las órdenes de este reputado entrenador se habían forjado muchos famosos boxeadores.

Kawamata tenía los párpados caídos, el tabique nasal un poco hundido y las orejas con la característica deformación de los luchadores; un solo vistazo bastaba para darse cuenta por su cara, un monumento esculpido a base de golpes, de que era un boxeador. Tenía del rostro plagado de marcas con la solemnidad antigua de la proa de un barco llena de algas, moho y *funemushi*. Era un rostro carcomido por largos años dedicados al boxeo. Al observar su cara, la gente no debía de ver reflejada en ella más que lucha. Probablemente le ocurriría lo mismo a la mayoría de los que observasen el rostro curtido de un veterano pescador: todo en él les recordaría la mar.

Era tan callado que llegaba al punto de imponer su silencio; con su típica voz cascada de boxeador, las pocas palabras que se decidían a salir de su boca lo hacían como un salero que se derrama. Antes, después y durante el entrenamiento mostraba una verborrea insólita. Sin embargo, todo lo que decía parecía decirlo enfadado, y solía ser una retahíla de rápidas frases cortas lanzadas sin orden como troncos de leña. En lugar de palabras, sería más apropiado definirlas como el acompañamiento gestual a lo que expresaba tan rápidamente con sus manos.

—Voy a ver su entrenamiento —dijo Seiichiro.

—Muy bien.

Jóvenes en silencio y con el torso desnudo empezaron a reunirse en torno a ellos. Uno a uno fueron saludando en silencio y respetuosamente al entrenador Kawamata. Se enrollaban el vendaje blanco en los puños, moviéndose continuamente como calentando y yendo de un lado a otro. La musculatura de los hombros se movía tanto que de los omoplatos parecían desplegarse alas ocultas.

Se notaba que se preparaban para el intenso entrenamiento

que les esperaba. Alguno se movía como si estuviera sobre una carretera helada en invierno, otros daban fuertes y rápidos pasos como sobre el asfalto caliente de un atardecer veraniego. Otros mutuamente exhibían sus puños, ya con el vendaje anudado, frente a frente. Aunque iban sin nada de cintura para arriba, llevaban mallas bajo los calzones de boxeo algo desteñidos.

Shunkichi bajó al patio. Después le dijo al entrenador:

—Empezamos —inclinó la cabeza en reverencia y dio la orden de empezar el calentamiento.

Seiichiro, apoyado contra unos tablones de madera, observaba al grupo de entre quince y dieciséis jóvenes sin camiseta saltar descalzos. Después se llevaban las manos a la cintura y hacían estiramientos; muchos flexionaban las rodillas, y tras decirles que estirasen los tendones del talón de Aquiles, Shunkichi les indicaba el siguiente ejercicio a la orden de «patada». La voz aguda del joven gritando «¡patadaaa!» fue nítida y clara.

Al fin, empezó el entrenamiento en el barracón. Uno de los encargados hace sonar el gong.

En ese instante todos los jóvenes salen disparados como si corriesen hacia otro mundo dejando solo a Seiichiro.

Seiichiro aunque sólo estaba mirando, se sentía cada vez más lejos de aquellas frases hechas de oficina: «Ése es el problema...», «Convendrá reconsiderarlo», «Desde el punto de vista de nuestra empresa». Ahora se encuentra en un lugar alejado de esas frases estereotipadas y es como si hubieran desaparecido en un fondo negro de muerte. Ante sus ojos vibra un mundo diferente. Él, que pertenece a ese mundo de frases hechas, al menos por este momento se evade, y es cuando más cerca se encuentra de ese otro mundo con un ritmo y vibración diferentes al cotidiano. El movimiento que vibraba por los paneles de madera se transmitía a su propio cuerpo, un ímpetu que sentía directamente como rozando su cara, como si estuviese a orillas de la acción pura percibiendo su movimiento agradable.

«Este mundo se viene abajo, no hay duda, se desploma, pero antes de hacerlo, unos movimientos como éstos restallarán

fugaces antes de morir.»

Ese pensamiento le llevó al siguiente: sólo una acción como aquélla podía asegurar la inmortalidad. Sólo en el seno de la acción se puede encontrar algo que permanezca inmutable. Sin embargo, él mismo no hace por arrojarse en brazos de esos ejercicios deportivos. Se contenta con ser un espectador de la vida. Jamás practicará ningún deporte en especial... Si se decidiera a meterse en un papel, uno en el que brillase la eternidad e inmortalidad, sentiría desagrado. Más que convertirse en una persona bella y atractiva, anhelaba convertirse en lo que aborrecía.

Al mirar al grupo de jóvenes, la «acción» vibraba ante sus ojos. Incluidos los movimientos del entrenador abriéndose paso entre ellos, una potente ola parecía rodar entre todos. Sonó la campanilla. Había terminado el primer asalto y todos se detuvieron. El suelo, plagado de oscuras gotas de sudor.

Durante los treinta segundos del asalto, Shunkichi en ningún momento miró sonriendo a Seiichiro, pero a éste le agradaba mirar a su amigo, ahora con gesto serio vuelto hacia la ventana, mientras recuperaba el aliento. Él era un tipo que tenía que ser así.

Sonó de nuevo el agudo tintineo del gong. Todos otra vez en movimiento. Practicaban poses de boxeo, saltaban a la cuerda, golpeaban el saco de puñetazos, *punching bag,* el saco redondo de pera, o se empleaban a fondo con unos sacos colgados de gruesas gomas atadas en los extremos del techo y el suelo.

Una nueva ola de vibrante movimiento descargó como elevándose ante sus ojos. Sobre el suelo de la sala de entrenamientos vibraba una amalgama cada vez más rítmica. Olor a cuero y sudor en ese espacio de menos de veinte metros cuadrados; se oía el rápido sonido de las suelas de las zapatillas resbalando sobre el suelo, el sonido de brazos fuertes cortando el aire y el sonido sibilante de la respiración jadeante, como el siseo entre los dientes de la serpiente, al soltar un puñetazo directo.

Sin embargo, todos aquellos sonidos, el sonido de la respiración agitada o del aire cortado por puñetazos, cambiaban sin cesar de dirección, y como iban girando hacia la

izquierda, al final se solapaban desde todos los ángulos posibles. Se veía el cruce de las piernas con ágil rapidez, y brillaban los cordones blancos de las zapatillas.

Una cuerda golpeaba el suelo a latigazos rodeando el cuerpo de los que saltaban a la comba, y el saco de boxeo retumbaba con sonido de pesada carne golpeada; otro golpeaba el saco de puños con rítmico compás.

—¡Un minuto! —gritó el director.

Shunkichi estaba dándole al saco. Aquel objeto de materia pesada, como esos grandes bloques de carne de las carnicerías ensartados en ganchos, pendía colgando ante él. El saco estaba sucio, era un mero saco de cuero gris lleno de rajaduras, pero, visto por aquellos ojos que ardían golpe a golpe, era como un sanguinolento pedazo de carne. Reaccionaba fuertemente a los golpes, sus potentes puñetazos con toda el alma parecían impactar, desafiantes, con una intensidad de difícil control. Ciertamente, su propia fuerza surgía de la férrea resistencia del saco de cuero. Arqueaba el torso y soltaba un certero gancho. El saco se le echaba encima contratacando, y sin apenas cambiar de posición, de nuevo seguía colgando del aire.

¡El saco estaba vivo! Por más que lo golpease, parecía vivo. Shunkichi se giró a la izquierda y soltó un duro puñetazo doble. Sus guantes de boxeo parecían penetrar en el saco de cuero, aunque sólo era una visión. La fuerza del puñetazo estallaba sobre la superficie del saco y transmitía la potencia al brazo; finalmente el saco devolvía la ardiente fuerza del golpe a su origen, al boxeador ante él. Las gotas de sudor de su cuerpo saltaban rociadas alrededor.

Acabó la segunda tanda. En la tercera, dieron comienzo los combates de entrenamiento. Kawamata, al borde del cuadrilátero, profería monosilábicos mensajes, con una voz apenas audible por la reverberación junto al *ring*.

»Más pequeño. Más grande.

»¡No saques la barbilla!

»¡Adelante, adelante! No te compliques.

»¡Piernas, piernas, piernas!

»¡Entra!

»No tan pequeño.

»No golpees con la punta de los dedos. Fácil, entra fácil. No te eches hacia delante.

»¡No gires el cuerpo, no te gires!

»Levanta sin complicaciones la derecha, derechazo.

»Otro paso más y puñetazo.

»Bien, bien, así, así.

»Queda un minuto —gritó el entrenador.

Las luces del sol de poniente se filtraban por todo el barracón. En ese momento, Seiichiro se fijó en un círculo de luz que coronaba sus cabezas moviéndose. A uno de los jóvenes le chorreaban brillantes gotas sudor de la barbilla, el cabello corto mojado de sudor; cada una de las gotas de sudor sobre el cuero cabelludo relucía al atardecer.

Después de la cena, tras el entrenamiento, Seiichiro y Shunkichi salieron del pabellón de entrenamiento y se adentraron por las animadas calles con las profusas luces de neón habituales del verano. Era sábado por la noche y muchas familias paseaban en kimono de verano por los puestos de helados y polos.

—¿Qué te ha parecido el tipo con el que he entrenado hoy?

—Parecía bastante bueno, ¿verdad?

—¿A que sí? —dijo Shunkichi orgulloso—. Ese tipo ha sido un buen descubrimiento. Sus puñetazos no son demasiado fuertes, pero tiene ritmo, sabe cuándo soltarlos. Seguro que llegará lejos.

—Además, parece valiente.

—Como debe ser un hombre.

Por más que Seiichiro tratase de evitar el exceso de frases estereotipadas, seguía soltando alguna que otra. Sin embargo, a diferencia de Seiichiro, él no temía recurrir a este tipo de frases hechas.

«Tengo ganas de tomar un granizado», dijo Shunkichi. «Pues hay mucha gente en todos lados», contestó Seiichiro. Shunkichi, como conocía un local que no estaría lleno, se lo propuso a Seiichiro. Era una pequeña heladería. Nada más entrar, el boxeador pidió un granizado de fresa.

La chica, de rostro bello y rollizo, tomó nota. Enseguida Seiichiro se dio cuenta de que ella no podía ser otra que la

chica —«en una palabra, es tranquila y natural, con buen cuerpo»— de la que habló antes.

—Se nota que sabes adaptarte siempre a cada estación del año.

—¿Yo?

—Bueno, en verano la camarera de una heladería…

El boxeador se limitó a esbozar una sonrisa. La chica, mientras sacaba un recipiente de cristal para colocar debajo del rallador de hielo, puso en pompa su prominente trasero.

El granizado de fresa era una bebida de gran belleza. El rojo intenso del líquido mostraba un poso de fuerte colorido en la base del platillo de cristal. Poco a poco iba formándose una montañita de hielo rallado que se apilaba sobre el platillo con trazos de rojo y rosa en su interior helado. Ese color parecía un tinte emborronado diluyéndose en el hielo. Finalmente, el calor del verano le daba un toque especial al conjunto. No había bebida tan sensual como ésta, ni tan evocadora de un potencial peligro de envenenamiento a juzgar por sus vetas de puro rojo infiltradas en el hielo.

En una palabra, un placer para los sentidos.

Shunkichi tomaba el granizado tranquilamente mientras observaba el hielo sin quitarle los ojos de encima a la camarera. Antes de que se acabarse el granizado, llamó a la chica.

—Ponme otro granizado —después en voz baja añadió—. ¿Estás libre ahora?

—Ahora imposible. Cerramos a las diez. Hasta esa hora puedes ir a ver una película o algo así para hacer tiempo. A eso de las diez, podemos encontrarnos en el sitio que ya sabes.

La chica ya se esperaba la pregunta y contestó de carrerilla. Como a Seiichiro le pareció que Shunkichi se desanimaba, para que no dejase escapar la oportunidad le dijo:

—No pasa nada; si quieres, te acompaño y vamos a ver una película.

—No, no puedo esperar —dijo Shunkichi mordiéndose el labio.

Shunkichi quería calmar el fuerte deseo y ansia que suelen sentir los boxeadores después de una concentración. Era

sensato tratar de relajar la tensión acumulada, pero su plan para conseguirlo no tenía nada de sensato. Había logrado la victoria en el campeonato y se consideraba con pleno derecho a poseer libremente cualquier objeto de deseo que se pudiese ante sus ojos.

Este boxeador carecía de la cualidad para esperar pacientemente una vez alcanzado el punto culminante de deseo, Seiichiro lo sabía bien. Él, al igual que Seiichiro, no creía en absoluto en los beneficios del tiempo y el futuro. Si había algo que compartieran íntimamente los dos, era su poca fe en la virtud de la paciencia como imagen de lo provechoso en este mundo.

Seiichiro observó los ojos brillantes de vitalidad de su amigo boxeador, su rostro de contornos y piel definidos y su gesto duro. ¿Ahora la presa codiciada sería el deseo? Él, como hombre que era también, lo dudaba. ¿Sería, tal vez, una ansiedad impaciente y nerviosa? Shunkichi era lo más alejado de un tipo de carácter nervioso. Tal vez, debido a que no solía pararse a pensar demasiado, este momento presente suponía para él un arrebato o pulsión obstinada, terca, igual que la sensación y el deseo que le despertaba la imagen del refrescante granizado ante sus ojos sobre la mesa en ese mismo momento. Ahora la existencia de aquella muchacha, su chica, era igual que la del granizado de fresa sobre la mesa. Dentro de aquel sencillo esquema o representación de la situación, el boxeador quería beberse de un trago el granizado y, acto seguido, poseer a la mujer allí mismo. Si era posible, ¡quería poseerla ya! ¡Aquí y ahora! ¡Tumbados sobre la barra de la heladería! De no consumar su deseo inmediatamente, su existencia tal vez desembocaría en la nada.

Una tranquila familia tomaba su granizado de *azuki* mientras observaba discreta y temerosamente a Shunkichi. Las tiritas en torno a los ojos de Shunkichi parecían asustar a las niñas.

Es un humilde matrimonio de trabajadores con dos niñas, algo tristes, como concentradas en tomarse el granizado colocando las manos cuidadosamente en los bordes del plato para que no se caiga. El delgado padre de familia trata de

aparentar que está preparado para defender a su familia de cualquier acto violento mientras mira de reojo los tradicionales *geta* de madera de Shunkichi, sentado con las piernas abiertas al lado de la silla. Las niñas, en cambio, obedientes y quietecitas, concentradas en su granizado, no dejan de observar el brillo de la cucharilla metálica que se llevan a la boca, cuidadosas de que no se rompa.

Un nuevo cliente entra de malos modos. Es alto y corpulento; lleva una camisa que desentona con el cuello abierto y el pecho al aire, la cara de un enrojecido tono oscuro, sudorosa en los reflejos de la luz, y el pelo rapado. Aparenta unos cuarenta y cinco años. De sopetón y sin más miramiento, le preguntó en voz alta a la chica:

—¿Está el viejo?

—No, estoy sola.

—No mientas.

El hombre avanzó hacia el interior del local. La chica, sin perderle de vista, se abrió paso entre dos sillas empujándolas con el trasero y se acercó describiendo un zigzag a Shunkichi para decirle al oído:

—Es un usurero. Al dueño le dio por las apuestas de caballos y mira lo que pasa.

Enseguida se oyó una trifulca procedente del fondo. «No tengo nada, de verdad.» «¡Te reventaré el local!». Al escuchar con detalle toda la riña, Seiichiro y Shunkichi se miraron. La familia, tras pagar, se había marchado a toda prisa, y dentro sólo quedaban ellos.

La discusión y los insultos iban subiendo de tono, y como la habitación del fondo era estrecha, el viejo gordo, con su fajín de lana ciñendo la barriga y calzones largos, salió al mostrador con la idea de echar fuera al cobrador, y allí siguieron discutiendo acaloradamente. Al viejo se le habían subido los colores del enfado; cayeron los platos sin recoger de una mesa, y entonces la pagó con la chica. «O pagas o estás muerto», insistía el hombretón con su monserga de cobrador. Una vez más, lanzó una mirada de desprecio alrededor, y para vengarse del viejo arrancó un almanaque de bellezas colgado en la pared, lo hizo trizas y se marchó. El viejo resopló encogiéndose

de hombros.

—Por hoy ya está bien, vamos a cerrar, que me han dado el día. Señores, disculpen, pero cerramos ya.

La chica, tras recoger, salió rápidamente para guardar el cartel del exterior del establecimiento. Después, con un gesto, le indicó a Shunkichi que la esperara. Éste, a su vez, asintió con la cabeza. En cuanto los dos amigos salieron de la heladería, se dieron una palmada en los hombros entre carcajadas. Había sido realmente providencial. En no más de media hora Shunkichi estaría en la cama con ella.

Seiichiro, todavía riendo, se despidió frente a la estación.

—¿Y Natsuo?

El que preguntaba así era su padre a su regreso de la oficina.

—Otra vez se ha pasado el día encerrado en su estudio —contestó la madre.

En momentos como éste, el marido y la esposa, ya de cierta edad, intercambiaban una mirada entre emocionada y perpleja. Todavía hoy seguían sorprendidos y sin saber cómo encajar tener un hijo como él. Del resto de hermanos de Natsuo, uno era banquero y el otro ingeniero. Y en cuanto a su única hermana, se había casado con el hijo del presidente de un banco. En una familia tan convencional y burguesa como la de los Yamakawa, de repente, y sin aviso previo, hizo acto de presencia nada menos que un artista.

Natsuo no tenía por naturaleza una constitución fuerte, pero tampoco dio muestras nunca de la debilidad y propensión enfermiza de la familia. Para sus padres, Natsuo era lo más opuesto a la definición de artista indolente o la de aquellos otros artistas desafortunados que, en caso de no padecer de algún trastorno metal, intoxicación o invalidez hereditaria, quedaban marginados del resto sin derecho a entrar en el grupo de los bohemios, aquellos poetas vieneses de finales de siglo. Visto con ojos mundanos, él pertenecía más bien a la clase de «príncipes de la felicidad». Había crecido libre y sin preocupaciones, y respecto a su carácter, ningún médico especialista en psicología encontraría nada fuera de lo común en él.

Sin embargo, había algo que lo diferenciaba de sus hermanos. Sus padres, como no acababan de entender en qué consistía la diferencia sutil de su carácter, se mantenían atentos, temiéndose lo peor desde hacía mucho tiempo. Con todo, Natsuo era un hijo verdaderamente bondadoso, querido por sus padres y hermanos; además, lo educaron de manera que ni él mismo se diese cuenta de lo diferente que era. Como no podía ser de otra manera, he ahí el caldo de cultivo de un pintor sin ápice de conciencia de sí mismo. Era un trastorno que exigía precavida vigilancia, un problema como el de los afectados por enfermedades sin síntomas manifiestos.

Cabría preguntarse por qué de repente surgió un artista como él en una familia acomodada como la de los Yamakawa. Ciertamente, era misterioso. Era paradójico que entre tantas personas que se limitan a vivir en sociedad sin plantearse nada, ¡surgiera un tipo que se limita a observar, percibir y pintar! Era tan incomprensible que en la familia finalmente optaron por la cómoda salida de catalogarlo como genio para así encontrar una explicación racional.

La fabricación de artefactos mecánicos, la construcción de casas o la producción de alimentos de primera necesidad son hechos comprensibles, pero en una familia tan realista costaba entender la necesidad de recrear mediante la pintura objetos tales como una manzana, las flores, la luz del atardecer, un pajarillo o una chica, en fin, objetos, animales o personas que ya existían de por sí. No sólo suponía volver a reproducir sin sentido la existencia, sino que encima dichas creaciones reclamaban su valor como nuevas existencias, usurpando el de lo que ya existía de antemano. Si Natsuo fuese un enfermo, habría que perdonarle su afición a la pintura como mero pasatiempo. Sin embargo, Natsuo estaba en plena posesión de sus cinco sentidos. Ni estaba loco ni era un tísico.

Cuando se trata de detectar cierta oscura melancolía incurable, propia de los típicos artistas geniales, no es necio el olfato de profanos en la materia. El talento de los genios va acompañado por una especie de destino que tarde o temprano se convierte en enemigo de la vida burguesa. Además, no pueden gestionar la vida aprovechándose de su talento innato,

eso sólo está al alcance del género femenino o de la nobleza, algo, sin embargo, inalcanzable para una persona corriente.

Observar, sentir, pintar. Cuando el mundo viviente y moviente se transforma sólo en color y forma, se convierte simplemente en la representación pictórica de una imagen en pausa, y sin movimiento. Aquello, en cierta manera, resultaba estremecedor, pero Natsuo no percibía dicho horror; los padres, al principio, percibían por doquier ese horror, pero al final empezaron a usar palabras tranquilizadoras para referirse a la vida del hijo; interpretaban que era la carga que lleva el genio al soportar el peso de valoraciones mundanas. No obstante, aún les embargaba el miedo. Él observaba el mundo a su alrededor, ¿pero qué es lo que realmente veía?

Los demás lo veían como una persona muy diferente; en cambio, Natsuo, desde que era un niño, no percibía nada extraño respecto al mundo a su alrededor. Ni siquiera podía imaginar que el mundo pudiese verse distinto según los ojos del espectador. Lo cierto es que, debido a su carácter, se hacía querer, y suscitaba en las personas que lo rodeaban el anhelo de protegerlo. Cuando una adivina fisonomista lo vio en torno a los doce o trece años, dijo lo siguiente:

—Creo que posee un carácter peculiar, único entre miles de personas. Tratadlo bien, su fragilidad es como la del cristal. Qué bella es la mirada de sus ojos. Sería un pecado no tratarlo con la delicadeza debida al tomar un cristal con las manos. La belleza de su mirada lo salvará de su fragilidad. En caso contrario, a los cuatro o cinco años podría desaparecer de improviso como rocío mañanero. Podría decirse que es un ser celestial o un ángel, un ser que no parece de este mundo. En este mundo en el que vivimos él es una joya, protegedlo de su entorno, él mismo deberá aprender a cuidarse.

Sus predicciones, por un lado, puede que fueran excelentes, pero al mismo tiempo conllevaban algo de mal agüero. ¿El cristal, las gotas de rocío, ángeles y joyas eran acaso metáforas que tuvieran que ver con lo humano? Cuando era pequeño, una vez su padre lo llevó al mar con sus hermanos. Era un día de mar agitado con olas altas y rugientes. Sus hermanos disfrutaron del baño en el mar. Natsuo, en cambio, sintió tal

pánico que jamás quiso volver a bañarse en el mar. Puede que su firme creencia de que en su vida no habría sucesos ni accidentes reseñables viniese de entonces.

Natsuo instaló en su estudio de pintura un aparato de aire acondicionado de importación adquirido por su padre y podía trabajar a sus anchas de pie o sentado. Como ya había terminado el boceto, lo reprodujo en un gran lienzo que fue ampliando según las dimensiones de un tablero de *go,* de cerca de un metro y cincuenta de alto y un metro ochenta de largo.

Había dedicado bastante tiempo y esfuerzo a la composición y coloreado del boceto, pero cuando creía que lo tenía ya perfilado, al ponerse manos a la obra, le daba la impresión de que faltaba algo. Volvió a sentarse a la mesa, observando una y otra vez el boceto minucioso del tamaño de un cuaderno de apuntes de la universidad.

El boceto distaba de ser realista. El sol del crepúsculo cuadrangular brillaba en reflejos ardientes en el centro de un lienzo completamente oscuro produciendo un efecto muy particular.

Desde que había presenciado aquella puesta de sol y hasta que había ido tomando forma sobre el pequeño boceto a lápiz, el dibujo había cambiado mucho, y el paisaje recorrió su mente originando diversas escenas. El fragmento de naturaleza desgajado de la vida mostraba la armonía propia de las imitaciones. La razón estribaba en que el equilibrio pictórico parecía dejado en manos de una totalidad invisible. Al pintar, arrebató las proporciones del conjunto natural, y al tratar de ampliar la escena captada sobre el lienzo, en algún punto indeterminable del dibujo, aquel conjunto natural reaparecía influyendo en su entera composición. La tarea del pintor ante todo consiste en lo siguiente: fijarse bien en una porción del paisaje, y recortar esa escena del paisaje que ha sido arrebatada a la totalidad para buscar y desentrañar la proyección de la totalidad en ella; finalmente, a partir de esa parte que momentáneamente parecía muerta, gracias a la totalidad redescubierta, volver a crear la armonía del nuevo y pequeño cuadro. Ésa era la misión de la pintura; por acabada que sea una imagen fotográfica, jamás logrará escapar de la

proyección que brota de la naturaleza.

En aquel primer boceto del peculiar ocaso de rayos oblongos, el bosque al anochecer y los campos de labranza cercanos, todo aquel paisaje había quedado grabado con gran realismo en su corazón. Guardaba en su interior la escena tal como la había visto, y hasta escuchaba el ruido de la motocicleta alejándose y el sonido de las cigarras en el bosque. Sin embargo, ahora era necesario olvidarse de todo aquel marco para que brotase un recuerdo mucho más enérgico en su memoria que el inicial. Ese paisaje realista empezaba a actuar en la mente de Natsuo y a desmontarse rápidamente. Era una bella descomposición. Toda forma perdía definición, los perfiles se difuminaban. El contorno del bosque, perfilado por los rayos vespertinos, por ejemplo, perdía claridad, y los excesivos detalles del paisaje se difuminaban. Al empezar a pintar los trazos del arrebol reverberante, como un tenue oleaje arenoso, bosque y cielo acababan formando una sustancia única, como dos líquidos espesos fundiéndose. No sólo se descomponía el bosque. Los caminos, los huertos, los verdinegros trigales perdían volumen y color; incluso palabras como trigo, campo y huerto perdían, poco a poco, su significado. Tan sólo quedaba un espectacular y grandioso cielo al caer el sol. La silueta de las nubes, sus rayos de luz e intensos trazos de rojo y la oscuridad se desvanecen, el reverbero rojizo, al converger con el gradual ocaso, se pierde, y todos los tonos de color y todas las formas acababan igualándose.

Cuando Natsuo captó por primera vez en un instante con su mirada aquel sol poniente, plasmó con sus trazos en el cuaderno de bosquejos un conjunto de rasgos llamados a desaparecer con el tiempo. Luego, en el transcurso del proceso de descomposición, el factor tiempo depuró los detalles concretos y puso de manifiesto la impronta del paisaje en el corazón del pintor. Natsuo, en su manera de trabajar la obra, había imitado los efectos del paso del tiempo. Se requiere el esfuerzo de un largo proceso de recortar y añadir para lograr reducir a lo permanente e invariable todas las cosas. Se le imponía efectuar cambios velocísimos, tenía que perseguir

cada centelleante elemento temporal libre para descomponerlo y dejar al desnudo la vida del color y el secreto de las formas. Para alcanzar la manifestación del conjunto original, había que pasar por un proceso de descomposición y reconstrucción.

Manejando así el pincel, en aquel paisaje misterioso de puesta de sol, se interrumpiría por completo toda significación de las palabras, quedaría roto hasta el vínculo con la música, la imaginación o la escultura; tan sólo acumularía en sí un elemento puro e ideal. A partir de ese planteamiento ejecutó el primer boceto de la obra.

En el instante en que con el paso del tiempo se desmoronaba por completo el gran monumento o templo de la naturaleza hecho añicos en el cielo del ocaso, siempre sentía una profunda alegría. En ese momento el mundo quedaba destruido por completo, y sólo quedaba una hoja en blanco en el horizonte en la que tenía que esbozar el cuadro.

Había desaparecido el joven maduro y bondadoso que fue en su día. Ahora era un pintor consagrado, y para consumar su obra debía sumergirse en el nihilismo. Natsuo, al terminar aquella obra aterradora en la soledad de su estudio, tenía la cara de un niño entusiasmado por el duende de las travesuras infantiles.

¡Realmente era un espíritu burlón! Aceptaba que hubiese elementos carentes de sentido, y ante ese duendecillo que no temía en absoluto la falta de significado, empezaba a configurar su obra con total libertad, y daba rienda suelta al libertinaje creador de impresiones sensoriales y espirituales. El pintor mezclaba colores e imágenes y se movía de un lado a otro, se daba la vuelta, se ponía de lado... Observaba un orden de composición que ni él mismo conocía a ciencia cierta, ya que durante mucho tiempo había hecho del desorden su entretenimiento.

En esta labor artística, al saborear la alegría amarga de la creatividad, la embriaguez sensorial desenfrenada se conjugaba con el cuidado técnico exacto, y la fascinación emotiva se fusionaba con la inteligencia calculadora.

Volvió a observar una vez más el boceto dibujado. Se fijó en el color bermejo de los rayos del sol cuadrangular. Tras hacer

el boceto al carboncillo, bastarían unas pocas modificaciones; pero al percatarse de que no quedaba como quería, no podía dejar el boceto así sin más.

Sacó los óleos bermejos de un pequeño cajón de pinturas y los dejó sobre el suelo de tatami. Dentro del cajón había veinticuatro tonalidades diferentes en frascos de cristal con su nombre correspondiente. Como su padre no le escatimaba gastos en material de pintura, Natsuo, a pesar de su juventud, se había convertido ya en un coleccionista de óleos que casi igualaba a artistas renombrados.

Natsuo utilizó primero un bermejo luminoso para pintar los trazos de la luz aparecidos en la misteriosa ventana en la nube oscura de la puesta de sol. Al considerar las diferentes tonalidades de bermejo, el rojo con vetas amarillas, el rojo brillante, el rojo anaranjado, el rojo antiguo Corea, el rojo de «lengua de fénix», el bermellón intenso, el rojo «cabeza de grulla», las iba deshaciendo entre sus dedos; tras compararlos sobre el lienzo, finalmente empezó a seducirle el bermejo *hōzetsu,* «lengua de fénix». Puso un poco de este óleo en un platillo blanco y probó a mezclar el color con un pincel de cola de ciervo. El color rojizo se esparció por el platillo hundiéndose con el color de los siniestros haces del ocaso.

«Los rayos del atardecer se sedimentaron sobre el platillo», pensó Natsuo. Observó un buen rato el color comparándolo con el del boceto y le invadió una agradable sensación placentera cercana al éxtasis. El color parecía contener una sustancia peligrosa. Despertaba sus órganos sensoriales, como un efecto venenoso de hipnótico letargo. Cuanto más comparaba las diferentes tonalidades, más iban adquiriendo una belleza efímera y atrayente que, de repente, se desvanecía. «¿Cuál de los dos será el auténtico color de aquella puesta de sol? ¿No serán falsos los reflejos reales del sol poniente en el horizonte? ¿Este tono de color flotando sobre el plato no refulge como el ocaso real?»

Un día Shunkichi llamó por teléfono a Natsuo para pedirle que le hiciera el favor de prestarle su coche para llevar a su madre a visitar la tumba de su hijo, el hermano mayor de Shunkichi. Esto solía ser habitual entre ellos. Natsuo, de hecho, ni siquiera

tenía conciencia del coche como un objeto de su propiedad.

De lo que estaba seguro es de que Shunkichi jamás mentiría. Si el objetivo fuese salir con una chica, se lo diría, gracias a ello Shunkichi podía utilizar el coche de Natsuo.

Como se debía a una buena causa sacar el coche con esa finalidad, a Natsuo, que llevaba tiempo sin salir, le apeteció acompañarlos él mismo conduciendo. Así se lo dijo a Shunkichi, que dijo estar plenamente de acuerdo.

Llegado el día, Shunkichi y su madre subieron al coche de Natsuo frente a la estación de Shibuya.

La madre trabajaba como encargada en el comedor de unos modestos grandes almacenes. Como no era frecuente obtener días de permiso, quiso aprovechar para ir al cementerio en el que estaba enterrado su hijo mayor, fallecido en la guerra. De joven había trabajado al servicio de una familia acomodada, y aunque ahora ya había ganado peso, tenía muy buenas maneras, y formaba una pareja bastante singular con su hijo boxeador.

Llevaba un vestido sencillo y portaba en sus manos un pequeño ramo de flores e incienso para la plegaria. El veinticuatro del próximo mes sería el aniversario de la muerte de su hijo pero como ese día coincidía con la celebración de los ritos en memoria de los difuntos, le pidió con insistencia a Shunkichi que la acompañase durante las vacaciones del obon.

Al cabo de unos cuarenta y cinco minutos el coche llegaba a la estación del cementerio de Tama, y a partir de ahí doblaría descendiendo hacia el río. Como habían salido al caer el sol y no hacía demasiado calor, la mujer, ya antes de llegar, no dejaba de repetir lo agradecida que estaba por venir con la fresca al cementerio. Shunkichi, en esas ocasiones, se comportaba con clara timidez y, extrañamente, apenas decía palabra. Natsuo disfrutaba, sin más, de la conducción.

El misterioso y majestuoso pórtico de entrada *sanmon* se destacó al fondo del sendero. Coronaba una amplia escalera de piedras, y como estaba orientado al este, recibía de lleno a su espalda la luz de poniente, derramando una espesa sombra en sus pilares. Al levantar la vista, apenas se divisaba el reverbero entre los pilares del *sanmon* al caer el sol. El vetusto pórtico era

como una antiquísima reliquia del santuario, de evocación solemne y dramática. A Natsuo le impresionó hallar un pórtico semejante en un lugar que parecía ya olvidado por todos.

Hileras de pinos flanqueaban la escalera de piedra en un entorno solitario.

Bajaron del coche y subieron poco a poco por la escalera de piedra. El paisaje más allá del pórtico, lentamente, fue tomando forma. Al fondo, en lugar del habitual pabellón, se divisaba en lo alto un llano en el que un bosque distante filtraba la espléndida puesta de sol. El recinto del templo estaba sobre una amplia colina. En lo alto de la escalera había un gran promontorio lleno de innumerables lápidas. Las lápidas eran todas iguales y nuevas. Sobre ellas el sol de poniente trazaba claros reflejos en la soledad imponente del recinto.

Eran escasos los árboles del cementerio y el canto de las cigarras se perdía en la lejanía.

—Por fin también tiene una estupenda lápida la tumba de tu hermano —dijo la madre. Natsuo andaba entre las hileras de tumbas tras la madre y el hijo. Todas las tumbas pertenecían a jóvenes fallecidos en la guerra; no había nadie enterrado aquí que llegara a los treinta años, eran todos de veintitantos.

Natsuo jamás había estado antes en un cementerio como éste. Aquí no yacían para la eternidad enfermos o ancianos; era un cementerio de tumbas de jóvenes pletóricos de fuerza precozmente muertos en la guerra; era, podría decirse, un cementerio de la juventud. Por eso este cementerio, especialmente, parecía erigirse en monumento a la memoria del gran poder inefable de la muerte.

A pesar de las numerosas e idénticas tumbas, la madre enseguida localizó la lápida de su hijo. La inscripción decía así: «Muerto en combate a los veintidós años de edad en las Islas Salomón, 24 de agosto del año 17 de Showa (1942)».

La madre se arrodilló frente a la lápida depositando el ramo de flores y prendiendo una varilla de incienso en ofrenda, con el rosario budista sujeto entre sus rollizos dedos. Natsuo también juntó las manos en gesto de plegaria. Shunkichi permaneció de pie tras su madre, mirando fijamente con un

gesto adusto la lápida de su hermano difunto. Si estuviese vivo, ahora tendría treinta y cuatro años. Shunkichi se alegraba pensando que en lugar de tener un hermano convertido en un hombre discreto y juicioso, sumido en la mediocridad y digno de compasión, podía enorgullecerse de tener un hermano eternamente joven y luchador, que ahora volaba glorioso por los aires celestiales. Su hermano había sido un modelo de hombre de acción. Como hombre de acción, no le faltaba lo más indispensable para quien se precie de serlo: la motivación, obligaciones, imperativos y conciencia del honor, todo cuanto lo empujaba a actuar... Tenía el convencimiento varonil de la idea del deber, inseparable del destino; además, fue capaz de sacrificarse eficazmente por los demás, vivió la alegría de la lucha y logró una muerte concisa. Su hermano, entonces fuerte y joven, tenía un cuerpo muy parecido al de Shunkichi, capaz de reaccionar con agilidad física y mental, y su percepción tenía mucho en común con el Shunkichi actual... No le faltaba nada, ¿qué más podía pedir? Después de eso, ¿qué puede significar tener una vida larga, acostarse con mujeres o cobrar un sueldo a fin de mes?

Shunkichi, que no era de los que van por la vida envidiando a los demás, tan sólo envidiaba a su hermano.

«Qué listo fue. No temió aburrirse en esta vida; tampoco tuvo que preocuparse de largas cavilaciones pensativas, pasó por la vida siempre hacia delante impetuosamente», se decía Shunkichi. A diferencia de su hermano, Shunkichi ya conocía las brumas de lo cotidiano, las sombrías y triviales complicaciones de la vida. No actuaba por deber o una motivación particular; para derribar a su oponente, tan sólo tenía que percatarse de lo esencial para tumbarlo, estar con los ojos bien abiertos para actuar sin fijaciones. Su acción debía ser pura y sencilla para defenderse de aquellas complicaciones. Todo ello requería cada vez más simplicidad. Bastaba distanciarse por un instante de la conciencia de su propia corporalidad para que no quedase de sí mismo ni sombra ni figura.

La madre se incorporó y observó los arrozales abajo, en las riberas del río Tama. Le reconfortaba pensar que aquel bello

horizonte alegraría a su hijo en su sueño eterno. Después, como si Natsuo fuera el artífice del lugar para erigir la tumba de su hijo, volvió a darle las gracias.

Natsuo alzó la voz y señaló unos campos de arroz para llamarles la atención. Había visto algo.

Shunkichi y la madre observaron en esa dirección. Una garza volaba a ras de los arrozales bañados en la luz del sol declinante. Sus alas bajo la luz brillaron en tonos dorados. Los tres, impresionados por la escena, contemplaron cómo la figura de la garza en vuelo bajo se desvanecía sobre el distante y brumoso cauce del Tama.

Durante el regreso en coche, Natsuo buscó un buen lugar para tomar el fresco de la tarde. Decidió parar en Futakotamagawa, cerca del parque del río Tama. Como estaba lejos de la estación, había muchas flores blancas de mielga.

Ya había caído la tarde, pero al salir a la ribera todavía se veía la orilla opuesta. Por el malecón, dos madres empujaban sendos carricoches. El trinar de un pájaro a lo lejos se entremezclaba, como acompañamiento, con el soplido de la brisa. La red de un campo de béisbol se alzaba sobre el horizonte del malecón.

Los tres caminaron en fila por un sendero de cañas y gramíneas. La madre, que iba detrás, no dejaba de susurrarle a Natsuo:

—¿Cómo podría convencer a mi hijo de que deje la lucha? Por más que le diga, no hay manera de que me haga caso. ¿No habrá manera de conseguir que deje esa afición tan peligrosa?

Natsuo, entre el hijo y la madre, se sentía azorado por la situación. La madre, tras él, hablaba continuamente como si nada. Shunkichi enseguida se dio cuenta. Sin embargo, seguía andando dándoles la espalda sin decir nada. La madre empezó a levantar la voz. De pronto, al volverse Shunkichi con gesto de disgusto, la madre se calló de golpe, intimidada al percibir la mirada del hijo clavándose en ella y pasando junto al rostro de Natsuo.

Los tres cruzaron el río pasando sobre un par de tablones que alguien había puesto a modo de puente, hasta llegar a una isleta rodeada de altos cañaverales y gramíneas. La isleta

estaba desierta. Al salir a la orilla del río, había un manto de vegetación suave, y en una pequeña ensenada flotaba una solitaria zapatilla roja de fieltro. La brisa refrescaba, y al sentarse junto a la orilla el frescor no decepcionó sus expectativas. Natsuo y Shunkichi empezaron a hablar sobre el ausente Seiichiro.

—Le fascina el boxeo —dijo Shunkichi—. No entiendo por qué de repente se apasiona así y, en cambio, cuando está en casa de Kyoko, habla de manera tan escéptica y nihilista.

Natsuo era poco dado a hacer comentarios superficiales sobre otras personas. Se dispuso a echarle un cable a Seiichiro.

—Es un trabajador muy competente y capacitado. Con todo, reconociéndole el mérito, me parece que le hacemos un flaco favor al calificarlo de capaz o eficiente. Resulta chocante. De ti sí podemos decir que eres un boxeador competente y no suena raro. Es natural. Eres un boxeador de primera. Por eso él admira a los boxeadores como tú.

Aquel respeto por la dignidad del boxeo le alegró. Le dieron ganas de arrancar las hojas de las cañas a su lado, pero temió cortarse los dedos con los bordes afilados, con lo importantes que eran para él.

—Él me estima de verdad. Su aprecio por mí va mucho más allá del habitual entre veteranos y nuevos. Pero lo que yo realmente admiro de él es su pasión por el boxeo, mucho mayor de la que yo tengo.

—¡Qué cosas! ¡Mira que gustarle el boxeo!... Pero qué fresco hace, y qué brisa más agradable. No tengo palabras para agradecer por este inesperado paseo a la fresca —dijo la madre, dando de nuevo las gracias a Natsuo.

—De todos modos, sigo sin entender por qué se empeña en hablar con ese escepticismo nihilista.

Shunkichi, sin prestar demasiada atención a su madre, insistió de nuevo. Natsuo podía hacerse una idea de por qué Shunkichi siempre relacionaba ese comportamiento con el nihilismo. Shunkichi, en cambio, era una persona que no creía necesario analizarse a sí mismo; no tenía necesidad de percatarse o tomar conciencia del nihilismo que bullía a su alrededor. Ni siquiera necesitaba preguntarse quién era. La

respuesta estaba dada de antemano en su vida y en sus hechos. Solo había una respuesta. Él era un boxeador. Era algo ya determinado y decidido. Él era un «boxeador».

Natsuo intuía que tampoco el nihilismo era ajeno a él, con el que Seiichiro estaba tan familiarizado.

—Es un hombre de negocios —empezó a decir, poco a poco, Natsuo, con palabras algo vagas tratando de explicarse—. De nosotros cuatro, él es el que vive en un mundo más convencional y rutinario. Por eso tiene que esforzarse por mantener el equilibrio. Nunca ha estado la sociedad tan homogeneizada como ahora. Hubo un tiempo en que ese equilibrio se mantenía yendo de copas con los compañeros de oficina a las cervecerías. Eso servía de válvula de escape para desahogar el individualismo reprimido durante la rutina laboral. Cantar levantando la copa y el individualismo se aunaban y bastaban para hacer frente a la homogeneización de la sociedad. Equilibrio y contraste se mantenían a duras penas. Pero ahora las cosas ya no funcionan así. La sociedad se ha vuelto cada vez más prosaica, mecánica, artificial y uniforme, convirtiéndose en una gigantesca fábrica inhumana. Ahí ya no cabe resistirse echando mano del individualismo, ya es demasiado tarde. Por eso Seiichiro es tan nihilista. Él es como un inmenso rodillo, su nihilismo es exagerado y artificial, un nihilismo uniforme es un rodillo de oscuridad que percibe la destrucción del mundo, reduciéndolo todo, personas y objetos a una sombría igualdad... Tal vez es su forma de alcanzar un acuerdo para mantener un equilibrio con la sociedad, su último recurso de resistencia ante el mundo. Él solo ha creado esa conciencia, de la que es único representante, y en ese aspecto Yanagimoto merece recibir el apelativo de «trabajador excepcional».

Natsuo salía así en su defensa sin la más mínima ironía en sus palabras. La madre, que les escuchaba mientras se abría el cuello de la camisa para aprovechar la brisa, dijo de nuevo:

—Qué fresco tan agradable... Pero qué cosas, ¿cómo podrá amarse el escepticismo? Qué desagradable...

Shunkichi perdió el interés por las explicaciones de Natsuo y, como queriendo callar de una vez por todas a su madre, se

levantó descubriéndose el pecho ante al río. Empezaba a reflejarse la luz del anochecer sobre la superficie quieta del río. Brillaban algunas luces entre las sombras del bosque, al otro lado del río, y los insectos pululaban en grandes masas. Querría saltar. Le enervaba la distancia con la orilla opuesta creada por el cauce del río. Al dar una pisada fuerte con el pie izquierdo, los zapatos se hundieron un poco en el agua enlodada.

Se posicionó ante un rival invisible. Concentrado en su estómago, alargó el puño izquierdo en dirección a éste y se movió un poco. Era sólo un puñetazo para engañar al rival, un movimiento de finta. En el momento en que el rival trataba de esquivarle, soltaba un derechazo veloz a su cara. El rival practica una defensa alta. Deja al descubierto su cintura. Entonces, al instante, le descarga un descomunal puñetazo con la izquierda en el estómago. Era un tipo de puñetazo doble de los marines muy popular en boxeo, a lo *Spike Webb*.

Un movimiento así bastaría para tumbar al contrincante, pensó. Había cargado todo el peso del cuerpo en el izquierdazo. El fuerte puñetazo pegado con todo el cuerpo vibró a orillas del río, retumbando durante unos instantes, como sedimentándose en el aire de la ribera.

Shunkichi, orgulloso, se dio la vuelta hacia Natsuo.

—¿Sabes lo que se siente en un momento así? Nada como un buen gancho de izquierda...

Natsuo comprendía, con ciertas reservas, su alegría. Era un sentimiento muy ajeno a su mundo, y, aunque distante, lo percibía como el color y la forma definidos de una llama de fuego. Natsuo estuvo tentado de decir que sabía lo que era una alegría semejante; de hecho, cuando hacía progresos en un cuadro, se sentía tan agradecido como si recibiera un don. Era algo a lo que no cabía ofrecer resistencia, algo que te pillaba desprevenido y aparecía como *a posteriori,* agarrándote de la solapa. Momentos en los que se sentía rodeado por el vacío más dichoso de este mundo...

Sin embargo, Natsuo, siempre reservado, esbozó una ligera sonrisa y ladeó el cuello.

Desde hacía un rato se había empezado a divisar una figura

humana en una de las orillas. Shunkichi y Natsuo se volvieron para mirar. Era una chica joven.

En una orilla, sobre una zona de cañaverales, se distinguía la figura atractiva de una muchacha, su melena agitada por la brisa. Llevaba una blusa de rayas azul con las mangas remangadas y una ceñida falda azul marino. Su figura de espaldas, al contraluz vespertino, resaltaba bellamente. Bajo un brazo llevaba un voluminoso libro blanco.

De piel pálida, tan pálida que creaba reflejos de luna en el cielo del véspero. Tan sólo los labios rojos, la nariz y los pómulos se fusionaban con los tonos naranjas del entorno. Iba como ensimismada, tal vez dándole vueltas a algún verso en su cabeza, porque no se fijó en las tres personas que tomaban el fresco en la orilla. La brisa del río acariciaba su garganta blanca mientras gozaba de aquel placer entre lo espiritual y lo físico. ¿Sería una poeta tal vez? En tal caso, tampoco era cuestión de temerla, pues su lirismo femenino parecía apuntar a la sensualidad.

Rondaría los veinticuatro o veinticinco años. En todo caso, Shunkichi no solía prestar especial atención a la edad de las mujeres.

De repente, el boxeador dijo en voz baja:

—Perdona, ¿pero me harás el favor de acompañar a mi madre a casa?

—¿Qué vas a hacer?

—Me quedo aquí.

La madre los escuchaba disgustada; enseguida se disculpó con Natsuo por tener que acompañarla de vuelta. Natsuo se despidió de Shunkichi. Regresó con la madre cruzando el puentecillo de maderas. La ribera quedó atrás, inmersa en el oscurecer con un tono de calizas blancas.

—Señora, ¿se comporta así muy a menudo su hijo? —le preguntó el pintor como hijo atento mientras subían al coche.

—Sí, un mal rato tras otro, siempre así. Pero la verdad es que me comprende bien; por eso yo también hago por entenderle —dijo la madre de nuevo dándole las gracias nada más arrancar el coche.

Kyoko había heredado de su padre una casa en Karuizawa. Sin

embargo, desde que se separó, no iba por allí. Uno de los motivos se debía a que, en caso de ir durante el verano, podía encontrarse con su exmarido. Además, aprovechaba los altísimos precios de los alquileres en esa estación para aumentar sus ingresos y cubrir también los gastos de mantenimiento e impuestos, gracias al asesoramiento financiero de Seiichiro.

Como en verano Tamiko solía descansar de su trabajo en el bar de noche, aprovechaba para ir a casa de su padre en Atami Izusan. Allí, durante los inviernos, se refugiaba del frío su padre, y durante el verano la casa quedaba libre para su díscola hija, y no se le ocurría asomar por allí. De manera que, llegado el verano, Tamiko invitaba frecuentemente a sus amistades a aquella casa, que, sin embargo, estaba en un lugar más caluroso que Tokio.

Ya había terminado la estación veraniega. Aquel día vendrían Kyoko, Osamu y Shunkichi. Seiichiro estaba ocupado, y Natsuo, concentrado en uno de sus cuadros.

La casa del padre de Tamiko era de estilo japonés, de sobrios colores y una sola planta, pero como había sido construida en lo alto de una colina con vistas al mar aprovechando otra cimentación anterior, tenía una peculiar estructura que podría definirse tanto como de planta baja que como de tres plantas. Esta casa fue durante la infancia de Tamiko un lugar ideal para jugar al escondite, y ahora, también, seguía siendo terreno para sus diversiones de adulta.

Osamu llegó procedente de la casa de un amigo en Zushi donde se había refugiado de los rigores del verano. Más tarde llegaría Kyoko en el coche de Natsuo conducido por Shunkichi.

Tamiko sabía que Osamu, que había venido solo, nada más llegar se pondría el bañador y saldría al jardín. Fue al salón a por una bebida fría para él y salió al jardín a llamarlo. Más que un salón, era como una amplia sala entarimada entre el jardín y la entrada, con alguna tumbona colocada desordenadamente; por más que se esforzaran en limpiar, enseguida todos los rincones se llenaban de arena transportada por los pies de los visitantes. Cuando bailaban aquí los invitados, bautizaron el baile como «zara-zara», tal era el sonido de la arena crujiendo

sobre las tablas del suelo.

Osamu tenía una mano apoyada sobre un pino en un extremo del jardín y observaba el mar y las nubes de verano. Se volvió al escuchar a Tamiko llamarlo. Hasta entonces, en realidad no había estado mirando el mar ni las nubes. Lo que miraba era su pecho bronceado por el sol y sus pectorales recientemente musculados en los que se reflejaban mar y nubes.

Sus músculos recibían los rayos del sol. A pesar de lo pasivo que había sido hasta ahora, durante los últimos tres meses y medio había entrenado tres días por semana en el gimnasio. Seguía sin conseguir que le diesen un papel, pero durante este periodo había logrado un sutil cambio. Su musculatura corporal, poco a poco, había ido suprimiendo la delgadez de su físico. Por un tiempo había dejado de admirar tan sólo su rostro; ahora le apasionaba el culturismo, que tenía mucho que ver con la poda y el cultivo de los bonsáis.

Osamu, descalzo, entró en la sala del recibidor. Unos pocos granitos dorados de arena cayeron de la planta de sus pies esparciéndose sobre la tarima. Tamiko y Osamu se sentaron en unas tumbonas frente al mar. Tomaban un refresco y hablaban sobre Kyoko y Shunkichi, todavía ausentes. Osamu, no obstante, no tenía demasiado interés en dicha conversación. Le habría gustado que Tamiko hubiera comentado algo sobre el nuevo musculado, y casi irreconocible, de su cuerpo.

Sin embargo, ella no decía nada al respecto. Él seguía cabizbajo o mirando sus pronunciados pectorales. De su pecho bronceado de un tono ámbar de líneas definidas y firme elasticidad, emanaba su olor corporal. ¿Quién podría pensar que éste era el pecho que siempre tuvo Osamu?

No obstante, Tamiko seguía ajena a ello. Tal vez inconscientemente, o como un modo de atraer la atención, Osamu derramó el refresco de color de uva sobre su pecho. Un hilillo de líquido, como sangre misteriosa, fluía de la garganta al pecho. Tamiko seguía sin darse cuenta. Osamu, ya exasperado, de un manotazo se limpió el pecho manchado de refresco.

«¿Tal vez no estoy lo bastante musculado?» Seguro que ésa

era la razón. En sólo tres meses y medio un cambio tan claro a simple vista no resultaba tan evidente para los demás. Al pensar así, le parecía que sus pectorales se deshincharan perdiendo vigor; esa musculatura, que reflejaba tan portentosamente la luz del mar y las nubes sobre su piel, ¿dónde se había marchitado ahora? Su musculatura incapaz de llamar la atención quedaba neutralizada por una difusa ambigüedad.

Queriendo asir de algún modo, la arena que se escapa de entre los dedos, con mucha vergüenza, precitadamente, se decidió a hablar como si las palabras fueran una especie de brebaje mágico.

—Puede que no te hayas dado cuenta, pero desde mayo he aumentado mi volumen corporal y mis pectorales miden hasta diez centímetros más.

De nuevo la frase no pareció impresionarle demasiado. Tamiko, precisamente, se tenía que haber dado cuenta antes, ya que el verano pasado los dos se acostaron por primera vez en esta casa. Desde el verano pasado, de hecho, ella no había visto el cuerpo desnudo de Osamu...

Ella miró a Osamu, sorprendida por el tono de reproche de sus palabras. Sin embargo, le costaba percibir la diferencia en su cuerpo. Desde entonces, en el intervalo de un año, había visto a muchos hombres desnudos, y solo conservaba un vago recuerdo de su cuerpo. Además, inconstante hasta la perfección, ella no estaba acostumbrada a ese tipo de ideas de que cada hombre tiene un cuerpo diferente. ¿Decía algo de la individualidad personal que el cuerpo desnudo de un hombre fuese corpulento, delgado o grueso?

Durante unos instantes se quedó pensativa; con buena intención, trató de mostrarse sorprendida:

—Ahora que lo dices, es verdad. ¡Si casi no te reconozco de lo fuerte que te has puesto! ¡Qué musculatura! ¡Vaya cuerpazo!

Su respuesta educada hirió profundamente a Osamu.

Kyoko y Shunkichi llegaron juntos. ¡Ya ha llegado su excelencia! ¡Ya está aquí la señora Kyoko! Ella siempre llegaba así, elegante y distinguida, haciendo una entrada triunfal. Acorde con su estilo, Kyoko lucía una gran pamela.

Era la primera vez que Kyoko estaba aquí. Enseguida, mencionando el calor que hacía, salió al jardín para ver el mar.

—El otro día hubo un tifón. ¿Cómo fue? Con lo cerca que está el mar...

—El tifón número cinco, ¿verdad? Bueno, en la prefectura de Kagoshima hubo daños provocados por inundaciones —Tamiko sólo recordaba lo más reseñable comentado en las noticias aquellos días.

—No te preguntaba por Kagoshima precisamente.

—¿Te refieres a aquí? Hizo muy mal tiempo, una tormenta horrible. Durante todo el día rugía el mar y las grandes olas rompían contra la costa.

Por eso, el día siguiente al tifón hizo buen tiempo. Cúmulos de libélulas rojas pululaban por el aire y en el cielo se divisaban algunas nubes. Fue tan sólo un día que presagiaba el otoño, y después regresó el bochorno.

Kyoko observaba en alta mar la isla de Hatsushima, visible entre las ramas de pinos. Esta isla, que se erguía como un tejado perfecto, se divisaba desde cualquier ángulo de la península de Atami, haciendo honor a su nombre, y su figura evocaba, elegante, una impresionante y distante belleza. Sin embargo, Kyoko no se fijaba especialmente en eso. Lo que le impactaba eran las reminiscencias provocadas por el descubrimiento inicial de aquella isla al llegar por primera vez a esta casa y salir al jardín.

Kyoko, excitada por el cansancio del viaje en coche y el calor, enseguida quedó cautivada por las impresiones que le evocaba el paisaje isleño. Unos cúmulos de nubes de color damasco se cernían por un flanco de la isla, y sobraban las palabras para definir la impresionante belleza de su contorno en la inmensidad del océano.

—Me gustaría visitar la isla —dijo Kyoko.

—Pues se puede ir a nado, no hay mucha distancia, apenas cuatro kilómetros —dijo el boxeador como si nada, apoyado en una cerca mientras observaba el mar.

Kyoko, ajena al deslumbramiento del sol, miró fijamente la isla. De repente se acordó de las palabras de Seiichiro:

«Trabajo te cuesta, Kyoko, vivir en el presente».

La brisa marina acarició sus mejillas y, enredándose en sus cabellos, un mechón quedó suelto al aire. Aunque desordenados y casuales sus sentimientos de entonces, y difíciles de asimilar las impresiones que ahora estaba sintiendo, tenía la sensación de que aquellas palabras de Seiichiro se transformaban y conectaban de algún modo con el paisaje de la isla ante sus ojos.

La isla mostraba una falsa impresión de cercanía seductora, casi invitando a cogerla con las manos al destacar en medio de un mar radiante de luz, pero la brisa marina era el único lazo que la acercaba a Kyoko, dando una sensación de cercanía, acortando la distancia. Sin embargo, no era cierto que la distancia se acortase; en realidad Kyoko no podía coger con sus manos la copa de los árboles ni arrancar un tallo de hierba de la isla. La realidad de la isla no era una realidad presente. Su vínculo era con el pasado, o con el futuro.

La isla, envuelta en vagos matices grisáceos, parecía un enclave de la memoria o la esperanza. Era como si de ella a la vez emanasen pensamientos agradables por un lado e incertidumbres brumosas del futuro por otro. La fuerza que conectaba la isla con el lugar donde estaban Kyoko y los demás era muy parecida a la fuerza de la música, era el lugar donde el intervalo de la existencia se vuelve profundo como las rachas de viento huracanado de un tifón; había una sucesión de sentimientos que vibraban refulgentes trastocando esa distancia vital en el interior de cada uno. Subida en esas alas luminosas de la música, Kyoko sentía que al instante podía viajar a esa isla que le traía recuerdos del pasado y sueños de futuro. ¿Cómo será ir a esa isla?

Kyoko intuía que, cuando estaba en su casa de Tokio, veía todo objetivamente en medio de aquel ambiente de vidas embriagándose libremente del amor. A diferencia del firme caos adherido a su ser, allí palpaba una armonía de sentimientos de textura suave como la seda.

Cuando Shunkichi dijo «Pues se puede ir a nado, no hay mucha distancia, apenas cuatro kilómetros», Tamiko, ensimismada, siguió mirando para otro lado. Kyoko estaba enfrascada en un

sueño bajo el reflectante sol. Tamiko, en cambio, se acordó de repente de lo que llevaba planeando desde la noche anterior y todavía no había comentado a los demás. Como si lo que dijese no tuviera nada que ver con la conversación que se había entablado, dijo:

—Podéis descansar un poco y después podríamos ir a Hatsushima. En casa tenemos una barca, y ya cuento con unos marineros para que nos acompañen.

Todos la miraron, resignados a su habitual entusiasmo, pero ella no entendía bien por qué la estaban observando tan fijamente.

—Bienvenida. —Osamu le dio por primera vez la bienvenida a Kyoko, lo que resultaba chocante porque normalmente era al revés, era ella la que lo recibía a él.

—¿Tú por aquí? Qué cambiado estás. Así, sin ropa, pareces una estatua cincelada en bronce —dijo Kyoko como si tal cosa. Kyoko enseguida captaba la belleza y armonía físicas, y además siempre mostraba interés por el grupo de jóvenes amigos.

Los músculos de Osamu eran una gruesa coraza que, al trasluz de los rayos veraniegos, realzaba su atractivo como afilando sus rasgos, aunque en realidad no hacía más que perfilar nítidamente su aumento de volumen corporal.

Su percepción adquiere intensidad en contacto con la brisa marina, como activada por un resorte desconocido, y Kyoko escucha el continuo susurrar de su música al oído. Incluso ya dentro de la casa, mantenía apropiadamente la conversación con los demás, pero en realidad a lo que estaba atento su oído era a aquel rumor lejano colmando el soleado jardín frente a la isla. El rugido de las olas, el sonido de las cigarras, el zumbido de las abejas, el rumor de las arboledas mecidas por el viento, el ruido del autobús que enlaza las localidades de Izusan y Atami, la densa y continua diferencia de matices entre la atmósfera del mar y la montaña... Todo componía un conjunto armonioso, una melodía repetitiva resonando en plena tarde de verano. Si no prestaba uno atención, pasaría desapercibido al oído, pero escuchando atentamente, se descubría su existencia cierta. Sin embargo, era una música interior; en ese momento,

una música como aquélla llenaba por completo con su sonido el interior de Kyoko.

—Venga, vamos —añadió Tamiko.

Shunkichi, muy decidido, se coloca lanzando la toalla sobre el hombro. Llevaba en la mano unas gafas de buceo americanas que había en casa de Tamiko y un arpón con forma de fusil.

—Vamos.

Los cuatro descendieron en fila por un sinuoso camino particular que bordeaba el acantilado hasta el mar. Allí les esperaba con el motor encendido una embarcación de estilo japonés con capacidad para diez personas en una pequeña ensenada rodeada de rocas. Los dos marineros esperaban fumando un cigarrillo. Al ver cómo los marineros, empleados contratados por ella, trataban con poca cortesía a Tamiko, la hija del dueño de la casa, el grupo se sorprendió. Uno de los jóvenes marineros ayudó a Tamiko a subir al barco y aprovechó para poner la mano bajo su trasero. Tamiko soltó un pequeño gemido de satisfacción.

Kyoko, sorprendida por su actitud, no dejaba de mirar a Tamiko. El barquero, aprovechándose de su estilo de vida disoluto, mostraba un trato demasiado familiar con Tamiko, la hija del jefe, tras tantos años de servicio, pero a ella no parecía importarle lo más mínimo. A ojos del barquero, también debía Kyoko de parecer del gremio de mujeres disolutas profesionales de la noche, y aunque a ella solía alegrarle que la confundiesen con una bailarina o camarera, en esta ocasión le lanzó una fría sonrisa de desdén. Precisamente porque apreciaba la igualdad sin discriminación, no aguantaba ser discriminada de esa manera.

Cuando el fuerte oleaje retrocedía al romper contra las rocas, y éstas producían un estruendo arrastradas en el fondo del mar, las chicas se asustaban por el ruido, y los dos marineros apoyaban las pértigas firmemente contra las rocas manteniendo el control del barco y calculando el momento oportuno para partir mar adentro aprovechando el retroceso del oleaje. Cuando una ola especialmente fuerte rompió contra

las rocas, el barco aprovechó el retroceso ondulante de la ola para encaramarse a ella y navegar mar adentro. La proa se levantaba y comenzaba a surcar las olas, ya liberadas de su resistencia abrupta, y el barco avanzaba agradablemente sobre el oleaje atravesando la amplia extensión del mar.

Shunkichi se agarró a la barandilla, percibiendo la fuerza del barco al vencer la oposición de las olas, un movimiento muy parecido al que sentía al subirse al cuadrilátero. Por supuesto, en instantes como ése, la impresión de libertad era mayor, ya que se notaba liberado de la conciencia de su propia fuerza.

Apretó los nudillos y los observó. Ahí se ocultaba un puñetazo invencible. Sin embargo, aquel puño no era como el de los niños cuando atrapan y encierran en sus manos a los ágiles saltamontes verdes para no dejarlos escapar; dentro de aquel puño no se escondía nada. El puñetazo, ciertamente, contenía la presión de la fuerza que surge del exterior de los puños, y en el momento del golpe decisivo cristalizaba como una flor de escarcha del color de la sangre. Cuando más preciso era un puñetazo, más le daba la impresión de que aquel golpe no tenía nada que ver con su propia fuerza, era otra clase de fuerza.

—¿Has conocido alguna chica interesante últimamente? —le preguntó Kyoko.

Shunkichi trató de recordar. No rememoraba nada en especial. Se parecía a un mago capaz de desaparecer atravesando paredes, pero, en su caso, atravesando mujeres. Ya fuera papel de estuco o enlucido, en él no quedaban apenas huellas o recuerdos.

—Bueno, sí, hace unos cinco días lo dejamos. Una mujer bien pesada, una poeta. La conocí paseando por el río Tama. Estuvimos juntos algún tiempo. Llegó incluso a dedicarme una de sus raras poesías; «A un boxeador», puso en la dedicatoria. Tamiko y Osamu parecieron muy interesados. Tamiko enseguida dijo:

—¿Cómo era el poema? Recítalo, por favor.

—¿Y quién iba a acordarse de semejante cosa?

Tamiko se acordó de la poesía que le regaló un amor

juvenil, y al recitarla a todos les llamó la atención la inusual buena memoria de Tamiko y la delicadeza de los versos.

Kyoko le preguntó con todo detalle a Shunkichi sobre la relación, pero, como de costumbre, sus respuestas rudas no dejaban nada en claro. Sin embargo, se podía deducir entre dichas vaguedades que se cansó de ella, no tanto porque fuera poeta sino por los aires que se daba y su nervioso ímpetu sexual.

—Los poetas son todos así —dijo Tamiko con manifiesto desdén.

Tamiko, al exhibir ese desprecio, daba muestras del buen ojo que tenía en estas cuestiones. A ella su propia indiferencia y su falta de principios le resultaban similares a la actitud de Shunkichi, y todo eso, en resumidas cuentas, le parecía muy propio del estilo de los poetas. Y, de hecho, aquella relación de poetas no duró más que una efímera noche de primavera en un hotel Hakone.

El barco navegaba apaciblemente rumbo a la isla. Cúmulos de nubes se superponen y extienden sobre el mar, y por los recovecos se filtra una tenue refulgencia rosada. Aunque incidían con fuerza algunos rayos de sol, la brisa era refrescante. Kyoko, la única que temía que le diese demasiado el sol, se protegía la piel con una bata sobre el traje de baño. También llevaba gafas de sol y una gran pamela. La amplia ala de la pamela dejaba en sombra su boca, aumentando el encantador atractivo de sus labios. Así protegía su delgadísimo y blanco cuerpo, e incluso bajo los abrasadores rayos de sol no parecía incómoda ni sudaba, sino que parecía disfrutar, indiferente, de la travesía. A Kyoko le gustaba, además, el movimiento irregular del barco.

Osamu, que estaba apoyado en la barandilla del barco, metió una mano en el agua; la mano, cediendo rápidamente a la corriente de agua fría, poco a poco se le entumeció, y así quedó, ensimismado y con los sentidos entumecidos. Le parecía como si llevase guantes en las muñecas y la línea del mar marcada sobre ellas dibujara el corte de sus manos bajo el agua.

A Osamu, maestro en matar el tiempo, no le importaba que

el barco aumentase o disminuyese su velocidad. Miraba el sol. De repente una nube lo cubrió y al instante los rayos de sol horadaron la nube atravesándola con un brillante haz de luz. «Ése es mi papel sobre el escenario —pensó—. Llegará un día en que me caerá un papel de actor de la misma manera. No habrá un papel más idóneo que éste. Será un gran acierto; desde que se alce el telón hasta el final de la obra, será un papel resplandeciente.»

Sin embargo, por el momento no le había caído en suerte papel de ningún tipo. Entonces se acordó de una mujer. Osamu, herido por las palabras de Tamiko, se acordó de Mitsuko, de la que llevaba tiempo distanciado; tenía la impresión de que ella, con sus caricias, enseguida se daría cuenta de la musculatura que había ganado. Ella, que era como un espejo en sí misma... Pero, de repente, escuchó las despiadadas palabras que ella solía soltar de vez en cuando: «Debilucho y flacucho».

«No, es inútil. Ahora sólo conviene concentrarse en la mujer que encontraré a partir de ahora, a partir de mi nuevo cambio físico.»

En aquella isla tal vez esa mujer estaría esperando a Osamu. Discurriendo así, volvió a fijarse en el minucioso cambio de tonalidades de color de la isla en el horizonte. Aquella mujer podía estar esperándole en cualquier lugar. Osamu tenía un físico muy atractivo, sin lugar a dudas.

Sin embargo, a Osamu no solía fallarle la intuición; la mayoría de las mujeres no se esforzaban por adivinar cuál era su verdadera aspiración, sabía que se limitaban a dejarse embriagar en sus abrazos y, en perfecto acuerdo, todo aquel encanto desaparecería como un puñado de arena escurriéndose entre los dedos.

—Las islas sin duda son un buen recurso —dijo Shunkichi.

Se había puesto de pie en la proa y observaba a lo lejos como el capitán de un barco.

—Seguro que Otsu, el mafioso de la carabina, pudo ocultarse en alguna isla.

Nadie hizo caso a estas palabras infantiles dichas para sí, y a Shunkichi tampoco le importó. De pie con los brazos cruzados

la brisa le daba directamente en el pecho; sumado al vaivén del barco, sus piernas parecían a punto de perder el equilibrio, pero permanecía inalterable al balanceo; era una oportunidad ideal para probarse a sí mismo, estaba seguro de no perder el equilibrio.

Él se había propuesto no pensar y sabía que ese entrenamiento le impondría vivir sin ninguna capacidad para imaginar; no era más que un método para liberarse del miedo. En el horizonte empezaba a perfilarse la isla. Sin embargo, aún no se veía con claridad, y aunque el confuso colorido del paisaje y las casas comenzaba a definirse, todavía pertenecía al terreno de la imaginación. Por eso, todavía no sentía la isla como propia. Las aventuras, las peleas o los romances fugaces que pudiera vivir allí, nada de todo aquello le pertenecía aún. En este momento presente lo único que realmente existía en su vida era la brisa marina plena de sol rozando su rostro valeroso.

Kyoko contemplaba a través de las gafas de sol la isla acercándose cada vez más en el horizonte. Las gruesas lentes de color verde filtraban mitigada la belleza del panorama.

Se veía a hombres pescando, disfrutando silenciosamente en sus lanchas; uno de esos pescadores tal vez había llegado hasta aquí siguiendo los pasos de Kyoko, y ella misma embarcaría como su cliente en su barco para regresar de vuelta de la isla. Kyoko se dejó llevar un momento por estas fantasías de su imaginación. Y, al final, el perfil de Seiichiro tomó forma en su corazón. Toda aquella conversación tan elegante de esos señores pescando, los utensilios de pesca de importación, sus pantalones de pata de gallo o de *tweed* de confección inglesa, su pipa Matroos... Se dio cuenta de que jamás podría amar todos esos símbolos o iconos de una falsa «vida apacible», de una falsa estabilidad que representaban esos hombres. Todos esos artilugios, como los dibujos cómicos que tanto apreciaban sus padres.

Al contrario de lo que había pensado hace un rato, ahora le parecía que en la isla debían de reinar la destrucción y el desorden. Allí debía de reinar la calma de crueles matanzas y ocupaciones invasoras. Debía de haber allí una capacidad de

amar que apenas sobrevivía sobre la tierra quemada. De ser así, ella no rechazaría ciertas insinuaciones. Aunque fuera al lado de los cardos de verano que florecen entre cascotes abrasados... Encima de las redes deshilachadas sobre la acera del pueblo muerto de pescadores… precisamente en el contexto de un paisaje así, aquí, tal vez, Kyoko, se sentiría tranquila y se comportaría como las demás personas.

Ya estaban cada vez más cerca de la isla. Lo primero que llamaba la atención eran los puestos de té o bares y casas de veraneo con techos de vivos tonos rojos junto al atracadero. Aquellas manchas cuadriculadas de vívido rojo destacaban a lo largo de la línea de acantilados y, poco a poco, iban definiendo su silueta hasta que por fin se percata uno de que son tejados, igual que cuando abrimos los ojos y miramos alrededor en una habitación de tenue oscuridad: objetos inundados de un color, brillo y forma misteriosos van tomando cuerpo gradualmente. Se parecía al momento en que de repente los objetos a los que estamos acostumbrados como jarras de cristal, cristalería o cuadros colgantes adquieren un perfil definido y vuelven a caer en la mediocridad de lo cotidiano.

Empieza a divisarse una bandera, con el dibujo de una ola y un gran *kanji* con el carácter en rojo de «Hielo». Una torre pintada con colores llamativos da la bienvenida a los turistas. También hay letreros con indicativos que señalan el camino hacia la zona de las casas de veraneo. Cerca del muelle se ven hombres con ostentosas camisas hawaianas, y una mujer con bañador amarillo cruzando con paso temeroso por el malecón frente al mar. Finalmente, hasta sus rostros empiezan a discernirse, hasta el interior de sus cavidades bucales al reírse es visible.

En fin, así fue como quedaron destruidas por completo las ilusiones agradables que se hacían todos durante el trayecto en barco al ver por primera vez el paisaje de la isla.

# Capítulo 4

A principios de otoño empezó a difundirse por la empresa la noticia del compromiso matrimonial de Seiichiro, por supuesto antes de comunicarse públicamente; entre los jóvenes empleados su reputación quedaría parcialmente dañada. Además, hasta ahora, él nunca les había dado la impresión de ser un hombre de los que aspiran a un «matrimonio burgués de conveniencia».

Si se tratase de una empresa corriente, el grupo responsable de dichas críticas progresistas podría pertenecer al sindicato de izquierda radical, pero en la Sociedad Yamakawa no había tales sindicatos. La razón de que no los hubiera era que una huelga de un solo día bastaría para acabar con la empresa, de modo que aquí temían los movimientos sindicales como al mismo cianuro potásico. Con todo, como en cualquier lugar del mundo, a veces puede que surja alguien que lleve la contraria, y de vez en cuando, incluso en la Sociedad Yamagawa, aparecía algún empleado con dicho cianuro potásico en la mano. En tal caso, al día siguiente recibía una comunicación de traslado a nuevo destino, preferiblemente bien lejos, a la región de Hokkaido, donde las nevadas cubren en invierno hasta el alero de las casas.

Saeki calculó mal el efecto que produciría su defensa apasionada de Seiichiro y la llevó a cabo basándose en la presuposición de lo que habría hecho él mismo en lugar de Seiichiro, pero con ello lo único que logró fue convertirse en el hazmerreír de todos.

El vicepresidente Kurasaki era un hombre eficiente. Un empresario de la oleada de nuevos ricos que detestaba la idea de imponer un matrimonio a sus herederos por razones de estrategia; por eso prefirió elegir a una persona de valía para su querida hija. Él no solía equivocarse al juzgar la naturaleza de las personas. Con esa intuición suya, se fijó en Seiichiro.

El fraccionamiento de la corporación y los disturbios en Corea parecían no haber contribuido más que a aumentar la riqueza de Kurasaki. Sin cualquiera de dichos factores, no gozaría a día de hoy de su riqueza actual. Un hombre que había hecho fortuna así gustaba de considerarse un aventurero y respetaba, ante todo, el poderío físico y moral y la fuerza del destino.

Cuando se disolvió el consorcio, la Sociedad Yamakawa, que comerciaba a gran escala antes de la guerra, se disgregó en más de doscientas pequeñas empresas. Kurasaki, que hasta entonces había sido director de la sección comercial, se convirtió en presidente de una empresa de ventas del sector metalúrgico. La materia prima de los mercados se reducía a la chatarra y el hierro procedentes de bienes enajenados por el Estado, y la gente, medio en broma, como él mismo hacía, lo llamaba «el viejo chatarrero».

En esta situación tan desesperada tuvieron lugar las revueltas de Corea y se produjo una agitación generalizada en los mercados en la que todos tiraban la casa por la ventana. La empresa de Kurasaki creció rápidamente; con un capital de salida de 195.000 yenes de la sociedad central no dejó de acumular ganancias, y de la treintena de empleados iniciales pasó a convertirse en una empresa de varias decenas de trabajadores. Del resto de las doscientas empresas, la mayoría quedó rezagada o empequeñecida. Sin embargo, la empresa de Kurasaki, protegida bajo el paraguas de aquella circunstancia favorable, siguió acercándose a los primeros puestos en índices de competitividad.

Kurasaki, siempre cauto, evitó cometer acciones de prevaricación o fraudulentas; su enriquecimiento provenía de la acumulación de grandes ganancias y de la revalorización de sus acciones bursátiles.

Kurasaki, durante este periodo tan exitoso profesionalmente, no olvidaba su gran sueño de hacerse con un grupo industrial que expandiera mundialmente sus negocios. Sería como levantar un imperio, equivaldría a tener una marca insigne, un escudo emblema, de parentesco con la nobleza imperial.

De joven, durante su destino en una oficina en Calcuta, en

la India, recibió la visita del matrimonio Yamakawa, propietarios de la sociedad, y tuvo el privilegio de acompañarlos durante unas compras en las que adquirieron una gran cantidad de rubíes.

En aquellos tiempos, al lado de este matrimonio a cargo de la gran multinacional, hasta las mismísimas majestades imperiales habrían quedado en evidencia. El matrimonio Yamakawa encarnaba el buen gusto, la riqueza, el prestigio de la nobleza, la autoridad y la distinción. Tenían el poder de no temer parecer tacaños, y se mostraban tacaños sin reservas; tampoco temían ser tildados de vulgares, y utilizaban palabras soeces como si tal cosa. Al joven Kurasaki le impresionó su refinamiento; sin embargo, a día de hoy él seguía sin permitirse la menor muestra de esnobismo. No obstante, el esnobismo era una aspiración secreta para él que constituía la esencia del ideal abstracto de la empresa. El coraje y el destino, tan admirados por él, inspiraban sus esfuerzos en dicha dirección.

Aunque estuviesen cambiando los tiempos, la economía japonesa, por norma, no cambiaba, era una tendencia admirablemente curiosa. Cuando las cosas marchaban bien, el país se dejaba llevar por las buenas sensaciones; en cambio, si las cosas se ponían feas, el histerismo se propagaba en forma de reclamaciones de ayudas para el comercio. Pero la empresa de Kurasaki no era de las que se aprovechasen simplemente de la demanda coyuntural y el golpe de suerte. En todo caso, al reconstruirse la sociedad de Yamakawa, convendría lograr un posición ventajosa para afrontar en mejores condiciones la fusión. A su vez, debía esperar a las circunstancias convenientes para ella, y continuar insistiendo en la fusión.

La antigua legislación para evitar la concentración de bienes o descentralización ya hacía tiempo que resultaba insustancial, y pronto otro tanto iba a ocurrir con las leyes antimonopolio. Kurasaki estaba seguro de que la siguiente gran crisis sería el momento propicio para aumentar las exportaciones con el capital del monopolio empresarial. En una situación especial de demanda como en la que estaban inmersos, mientras aumentaba directamente sus ganancias, no había razón para

apegarse al nombre de esa empresa convencional. Él esperaba la oportunidad que podía presentarse en los momentos de crisis.

¡Recesión! ¡Recesión! Por fin terminaban las revueltas, y en las yermas montañas de la Corea asolada por los balazos ya resonaban los disparos finales; entonces se agrietarían los muros de contención anegándolo todo. Aunque los gobiernos elaboraban superficialmente previsiones con demasiado optimismo, «los hombres del sector productivo», igual que hormigas previsoras de la inundación, no se dejaban confundir y ya estaban con las antenas atentas al suceso en ciernes. Llegada la depresión económica, convendría realizar la fusión sin desperdiciar la ocasión propicia y reactivar el flujo del capital del monopolio empresarial. La razón era que en tiempos de crisis y recesión cobraba importancia disponer de un tejido empresarial unido para reactivar los mercados. El capital financiero basaba su principio en la seguridad absoluta con grandes cantidades de crédito, lo que entrañaba un riesgo para la pequeña y mediana empresa... Entonces daría comienzo lo que consideraban «su época y momento».

Ya había concluido la primera fusión empresarial. Como resultado, la Sociedad Metalúrgica ya había fusionado tres empresas. De entre las pocas que quedaban, con excepción de Oshio y Taiheiyo, no había ningún competidor temible. Él fue a visitar al anterior presidente de la Sociedad Yamakawa, que llevaba mucho tiempo descansando en Karuizawa convaleciente de tuberculosis. Yamakawa Kizaemon había envejecido y estaba muy deteriorado. Pero a su esposa le sobraba energía para sustituirle. Apoyándose en su hermano, que vivía en un barrio residencial en Nueva York, regresaba de un viaje de placer por Estados Unidos. La foto de recuerdo durante una fiesta en el jardín de su casa se la había enviado al anciano enfermo. La esposa de Yamakawa no había perdido ni un ápice de su habitual y deslumbrante encanto. De nariz afilada y mirada conspicua, destacaba por su aire noble entre los asistentes a la fiesta.

El matrimonio Yamakawa, tras la muerte de su hijo único, en tiempos de deshacerse de algunos grupos empresariales en

la posguerra, optó por pasar al anonimato y suprimir la línea genealógica; no adoptaron ningún heredero. Kizaemon era el segundo varón en una familia en la que durante generaciones los primogénitos habían muerto prematuramente en circunstancias misteriosas. El mayor de los Yamakawa, heredero del matrimonio Yamakawa, también pereció durante la guerra. En previsión de un posible desembarco extranjero, se encontraba en el refugio antiaéreo a medio construir en el jardín de su residencia en Hayama, cerca de Kamakura. Alguien lo empujó por detrás; cayó desde lo alto y se abrió la cabeza contra el suelo. Sin embargo, la noticia no salió en los periódicos. Aunque se buscó al responsable, no lo encontraron. Kizaemon, a pesar de tanto viaje por el extranjero, no creía en la medicina moderna, y para su tratamiento se fio de un peculiar maestro de shiatsu. Sobre este punto, Kurasaki no dijo palabra, sabía que su consejo sería inútil. Pero pensó que el deterioro del antiguo director no se debía solo a la tuberculosis, de lento avance en el caso de los mayores.

Kizaemon podía permitirse vivir en una casa lujosa de estilo clásico gracias a su colección de joyas y sus acciones bursátiles, así como a la liquidez que obtenía de las empresas bajo su control, todo esto cuidadosamente ahorrado a escondidas.

La pendiente de césped descendía desde la mansión estilo Tudor hacia un estanque orlado de iris en las orillas.

Le contó que el primer ministro Yoshida había ido a visitarle y habían rememorado sus tiempos de estancia en Londres.

Kizaemon, durante la conversación, mencionó a Kurasaki con familiaridad por su nombre propio. Todos estos detalles de estilo tradicional conmovieron a Kurasaki. Lo que son las cosas, no se había imaginado que iban a estar hablando de esta manera sobre la propia empresa.

De todos modos, Kurasaki mantuvo la corrección de quien venía en visita de cortesía y no tocó ningún tema de negocios. También Kizaemon pareció evitarlo. Su rostro elegante, evocador de tiempos pasados, se había oscurecido. Con cara de circunstancias, interrumpida a veces por la tos, apoyado en el respaldo del sillón con una manta escocesa en el regazo, daba

la impresión de haber perdido mucha energía, como un edificio viejo que se desmorona reflejándose sobre el estanque. Apenas conservaba reminiscencias de la antigua abundancia. «Qué pena dan los ricos de nacimiento», pensaba Kurasaki en el tren de vuelta, sumido en pensamientos juiciosos. «Este hombre no puede estar bien. Recibió una rica herencia de sus antepasados, y transmitirá a sus sucesores un regalo envenenado.» Mientras pensaba así, a Kurasaki le asaltaba una tranquilidad no experimentada antes; la existencia del antiguo presidente se había tornado, poco a poco, en una pequeña figura digna de compasión. Sin embargo, erraba en su observación de Kurasaki, como después se verá, y él mismo tuvo que arrepentirse.

La entrevista con Yamakawa Kizaemon sirvió para confirmar su proyecto de fusión. En junio de 1953 se produjo el alto el fuego en la guerra de Corea. Se pudieron mantener las buenas perspectivas de inversión gracias a los presupuestos positivos del gobierno. En agosto se llevó a cabo la segunda reforma de la ley que prohibía los monopolios. Se reconocieron las asociaciones de empresas por motivos de quiebra o de racionalización. Ahora era un momento propicio para las fusiones. La Sociedad Oshio era aún una fuerte competidora. Pero Taiheiyo había empeorado. Kurasaki pensaba que no había que preocuparse mucho de ella. Fue entonces cuando Yamakawa convocó en Karuizawa al director del banco Yamakawa, Muromachi Juzo, y le encargó que ofreciesen a Nagao Mitsuru el cargo de presidente para reflotar Taiheiyo.

Nagao era una de las primeras figuras entre los empresarios rehabilitados. Además, tenía vínculos con el antiguo grupo Yamakawa y se le daban bien los planes de reconstrucción empresarial. Se convirtió en director. A Kurasaki le disgustó tanto la noticia que estuvo un día entero sin hablar. Toda vez que alguien tan poderoso como Nagao lograba el cargo de director de Taiheiyo, estaba cantado que sería el presidente de la nueva empresa desde el día siguiente a la fusión. Finalmente, en febrero de 1954, se constituyó la fusión y renació la Sociedad Yamakawa con el nombre de la sociedad liquidadora. Nagao fue designado presidente, y como

vicepresidentes, Kurasaki y Minami, presidente de la Sociedad Oshio. De todos modos, Kurasaki, aun renunciando al nombre de la sociedad, ganó patrimonio. La proporción de las acciones en el momento de la fusión era más ventajosa para la Sociedad Metalúrgica en una relación de 1 a 1,5 con Oshio y de 1 a 2 con Taiheiyo, además de 1 a 5 con la grave crisis de los movimientos especuladores del siglo xx. Gracias a ello, las acciones de Kurasaki subieron un 3,4 por ciento, y además todos sus empleados mantuvieron su trabajo; él se limitó a permanecer sentado en su inmaculado sillón de su despacho de vicepresidente mientras contemplaba por la ventana el ajetreo del barrio financiero de Marunouchi, esperando a que se produjera un cambio de presidencia o la hemorragia cerebral de Yamakawa.

Fujiko Kurasaki era una muchacha esbelta y de una belleza elegante con cierto toque de cinismo; aun teniendo muchas amistades masculinas, se conservaba puramente casadera. Su índole no hacía dudar que ella correspondería al padre siendo digna de ofrecerse íntegramente para un futuro pretendiente.

A primera vista, desde el encuentro de propuesta matrimonial, a ella Seiichiro no le dio mala impresión, pero pensó: «Este hombre me huele que tiene, no sé por qué, algún resabio escondido, y eso me gusta». Era muy propio de la hija de Kurasaki Genzo sentirse muy emocionada ante la posibilidad de ser utilizada más que de ser amada. A Fujiko le gustó mucho que Seiichiro no hiciese gala de presumir lo más mínimo de amor romántico. Ése fue un primer cálculo equivocado. Confundió a Seiichiro con un ambicioso que aspiraba a hacer carrera.

Considerar a Seiichiro tan calculador encajaba en el romanticismo muy propio de la época; por eso Fujiko imaginó por sí sola cómo sería la vida con Seiichiro, sintiendo el encanto de una seducción peligrosa. No se encontraba apenas, entre sus amigos varones de familias ricas, esa clase de atractivo, y si se daba en alguna ocasión, resultaba algo exagerado y artificioso. Fujiko, además, despreciaba el enamoramiento romántico. Teniendo en cuenta todas estas características de Fujiko como una chica de hoy, no había nada

que le impidiera casarse con un pretendiente del gusto de su padre.

Por lo que respecta a Seiichiro, él ponía en juego toda su típica manera de aparentar ser un chico actual. Él representaba habitualmente este papel, no sin cierta dosis de tensión, para mantener la apariencia, pero, puliendo aún más su entrenamiento para el ejercicio de esa representación, hizo en presencia de su futura esposa un despliegue de esa apariencia de ligereza y desenfado indiscreto que no se permitía manifestar en público en la oficina.

En esta ocasión tenía que demostrar que no era víctima del estilo encorsetado de los jóvenes actuales, que parecían envejecidos prematuramente en sus formas. La primera vez que vio a Fujiko, Seiichiro juzgó que no era una chica que se pudiera valorar con una única vara de medir. Intuyó que ella ocultaba sus espinitas bajo la apariencia obvia de una rosa intacta...

Kyoko, en varios sentidos, fue para Seiichiro el criterio para decidir respecto a Fujiko. Kyoko seguía fiel a su desapego por las muestras de destreza social o sofisticación, que había olvidado por completo, y aunque Fujiko seguía dando importancia a dichas buenas maneras en sociedad, seguía siendo como su versión inmadura. Seiichiro, ante una Fujiko así, actuaba como un joven sencillo y cordial que careciese por completo de habilidades sociales y respeto por la sociedad; por otro lado, a Fujiko lo que le atrajo de él fue la oscuridad que, de tanto en tanto, se insinuaba bajo su mirada de hombre misterioso.

En este sentido, a ella como mujer le había bastado una mirada para descubrir admirablemente el verdadero carácter de un hombre que se fingía muy convencional; sin embargo, en algo erraba al captar su verdadero objetivo, como ya se dijo anteriormente: se equivocaba al tildarlo de ambicioso.

¡Un hombre con ambiciones! Seiichiro nunca pudo imaginar un papel menos apropiado para él y que jamás le hubiera gustado menos ejercer.

A Fujiko, a diferencia de la impresión que tenía su padre, lo que le atraía de él era su «calculada» indiferencia. «Este

hombre parece aspirar a satisfacer su afán por el dinero y el sexo conmigo; es como si me viese como un coche que contiene esos dos objetos de deseo al que aspiran los hombres. En una palabra, lo que me gusta de él es su mirada interesada», pensaba Fujiko con cierto romanticismo. Como le aburrían los jóvenes convencionalmente falsos que deambulaban a su alrededor, le parecía mucho más atractivo este joven, con una falsedad más chapada a la antigua.

Fujiko era bella en diversos sentidos: rostro ovalado, ojos grandes, nariz bonita, boca generosa y atractiva, además de bellos dientes. Como el carácter de la mujer suele reflejarse en su cuerpo, ella, consciente de su atractivo, tenía un carácter parejo a la refrescante y natural hermosura de su rostro.

Sakada, el jefe del departamento de maquinaria, y su esposa serían los intermediarios en el casamiento, y por eso se mostraban solícitos con Seiichiro; en un día con muy buen tiempo, propicio para el intercambio de regalos de esponsales, el matrimonio Sakada se presentó en casa de Seiichiro. Aunque no era demasiado pequeña, la visita a su casa, ya algo vieja, a Seiichiro le hizo sentirse como encerrado.

La madre y la hermana menor de Seiichiro recibieron al matrimonio en la entrada. La madre, aunque no procedía de una familia de clase demasiado elevada, mostró la debida cortesía y, cumpliendo la formalidad, se excusó por no tener más que el dinero para los esponsales preparado. Dicho esto, entregó el dinero que había ahorrado, poco a poco, gracias a los ingresos obtenidos por el alquiler de una casa, única herencia recibida de su marido. Aunque Seiichiro le insistió en que había necesidad de aparentar tener tanto dinero como la familia Kurasaki, no hubo manera de convencerla.

El matrimonio Sakada, en primer lugar, debía visitar la casa familiar de los Yanagimoto para recibir la suma de dinero para los esponsales y el catálogo de obsequios para el matrimonio; después lo envolverían con el sobre de seda *fukusa* rojo y blanco usado en estas ocasiones y lo llevarían a la casa de la familia Kurasaki. A continuación regresarían de nuevo a la casa de la familia Yanagimoto trayendo obsequios de oro como señal de agradecimiento, y finalmente se encargarían de

acompañar al propio Seiichiro a la casa de los Kurasaki para cumplir con la formalidad de un banquete de celebración del enlace matrimonial. Durante estas complicadas tres idas y venidas entre la casa de los prometidos, el jefe de departamento y su esposa representaron su papel eficazmente y sin dificultad alguna.

En cuanto a Seiichiro, estaba claro que le gustaban estas formalidades convencionales. Dichas convenciones, cómicamente insensatas, eran ideales para representar la parodia absurda de toda la sociedad. Ahí se revelaba bien la insistente estupidez del comportamiento cotidiano. Resulta inaudito que haya quienes no piensen que una máquina de fichar sea una estupidez ni sean capaces de tildar de necias estas tres idas y venidas que preceden a la celebración matrimonial.

Finalmente, el matrimonio Sakada acompañó a Seiichiro a la residencia de los Kurasaki. Al cruzar la puerta de la mansión en un anochecer de principios de otoño, le llamó la atención que todas las luces estuviesen encendidas; ya fuera en la verja de la entrada, en la propia entrada o en las ventanas de la casa, todas las luces estaban encendidas. La mansión, tan exageradamente iluminada en la tranquilidad nocturna, le causó extrañeza a Seiichiro, como si hubiera sucedido algo. Era como si desde dentro le estuvieran gritando «Te vas a casar»; aquellas palabras vacuas parecían destellar luminosas inundando los ventanales. A lo lejos, en mitad de la noche, resonaba invocadora aquella palabra tan de su gusto: «destrucción». En ese momento se oyó el canto de un gallo. Según le explicaría más tarde Fujiko, su vecino, el hijo mayor de un antiguo noble, se dedicaba a la cría de gallos desde que perdió la vista por no tratarse a tiempo de glaucoma.

Fujiko salió a recibirlo con un kimono de mangas largas. Sonrió con cierta calculada indiferencia pero con total corrección hacia los huéspedes, observando atentamente el momento en que su prometido fingiese perder la calma. Se suponía que lo convencional era que en ese momento el novio fingiese que estaba nervioso para que ella también lo ayudase. Cuando éste tropezó un poco nervioso al quitarse los zapatos,

ella lo sujetó. Hasta ahora todo se había desarrollado armoniosamente según el guion, y Seiichiro tenía la impresión de que todo esto no era más que un artificio para dar más visos de realidad a todo.

Mientras recorrían la larga galería, se acordó de los comentarios de sus compañeros de empresa. «Eso de casarse con la heredera del vicepresidente queda muy bien, pero a fin de cuentas será adoptado por esa familia. Cualquier hombre con algo de orgullo lo rechazaría, semejante propuesta de matrimonio sería una afrenta. Así es como será valorado entre sus compañeros de empresa. ¿Por qué no se dará cuenta?» «Al menos lo entenderá, digo yo, con lo sencillo que es.» Al recordarlo, Seiichiro no pudo evitar esbozar una sonrisa. Que los demás lo considerasen un hombre simplón no hería su amor propio. Al acordarse del comentario, le parecía que sus propias ideas habitaban siempre en una alta y oscura torre de hierro. Al observar desde esa torre, se veían claramente las innumerables luces de la ciudad desmoronándose. Desde la lejanía era evidente la destrucción; entonces ¿qué sentido tenía casarse con la hija del vicepresidente? «A partir de ahora empieza para mí una vida cotidiana que jamás he experimentado, una vida que no pareces vivir de verdad, una vida insulsa.»

Junto a su prometida, alzó el platillo de sake para brindar. Los platos y vasos de cristal resplandecían. Los hilos plateados y dorados de la manga del kimono de Fujiko brillaban. Después, recibieron las felicitaciones de rigor.

—Dime, ¿alguna vez te has considerado un fracasado? —dijo de repente Kurasaki Genzo.

Le gustaba hacer esa clase de preguntas típicas de personas de una alta jerarquía social. La esposa de Kurasaki trató, infructuosamente, de que su marido, en una ocasión como ésta, fuese más correcto y humilde:

—Dime, ¿de verdad que no has pensado nunca que no vales para nada?

Seiichiro, al lado de Fujiko, se dio cuenta de que ella aguardaba con interés su contestación. Éste percibía vivamente que en el pecho de Fujiko, realzado por el colorido cordón de

seda del *obi* del kimono, no había más que curiosidad intelectual por conocer su respuesta. Ahora, gracias a su padre, podría poner a prueba la agudeza intelectual de su futuro marido.

Sin embargo, Seiichiro contestó vulgarmente, con su habitual franqueza. Era una de esas respuestas hábiles que se dan en las entrevistas de trabajo.

—No, no lo he pensado nunca.

—¿De verdad?

—Sí.

—Entonces debes de ser más fuerte que yo.

A las personas de posición destacada a veces les gusta fingir que son heridos en su orgullo para llevar al contrario a su terreno acosándolo de manera indirecta.

—Dejando aparte que sea una persona más o menos fuerte, no creo que piense así —dijo el director de departamento Sakada intercediendo a su favor—; eso es muy propio de Yanagimoto. Yo tengo la misma impresión que usted de él. ¿No será que los jóvenes de hoy en día, y en especial los más capacitados, se comportan así? En ese aspecto, creo que se diferencian de los jóvenes con valía de nuestros tiempos.

Con estas palabras, parecía echar por tierra toda su intención de que se sincerase con él. En los ojos de Kurasaki parecía reflejarse un impulso de confesarle una lección espiritual a su futuro yerno, que no le respondía.

Fujiko no dijo nada. Era lo propio. Sin embargo, no estaba segura de que Seiichiro hubiera fingido así adrede para ahorrarse muestras de ingenio. Por eso le pareció una respuesta vulgar.

Kurasaki, de repente con orgullo y en un tono jovial, dijo:

—Así es. La clave de la vida consiste en que, pase lo que pase, no caigamos en el desánimo de pensar que no valemos nada. En la contrariedad, yo mismo fui proclive a pensar así, pero no pasó de ser más que un pensamiento interior, jamás exteriorizado ante los demás.

—Yanagimoto tampoco lo admitirá ante los demás, ¿verdad? —dijo Sakada, tratando de asegurarse de la actitud de su empleado. Y todos se echaron a reír sin saber muy bien

por qué.

Fujiko esperaba que Seiichiro diese muestras de su ambición precisamente durante la celebración de esponsales, pero él no respondió a sus expectativas. Al concluir la comida, la señora Kurasaki, atenta con el invitado, dijo:

—Creo que el señor Seiichiro todavía no ha podido ver tranquilamente el jardín de casa. Fujiko, aunque ya sea de noche, ¿por qué no se lo enseñas?

Sakada enseguida se mostró de acuerdo con la propuesta. «Buena idea», dijo, y la señora Kurasaki se ruborizó ligeramente, como una adolescente, ya que tal vez se tergiversaba el sentido insinuante de sus palabras.

—En cuanto bebo una copa de más, se me suben los colores, disculpen.

La esposa trató de obtener conformidad por parte de su hija. A Fujiko le desagradaba lo temerosas que eran las personas chapadas a la antigua en cuanto a temas relacionados con el sexo, y por eso no le gustaba que simulasen abordar el tema erótico como algo eludible y lo tratasen como si solo fuera un adorno añadido.

—No, madre. Su cara no se ha ruborizado lo más mínimo.

Finalmente, la pareja de prometidos salió al jardín a pasear bajo el cielo estrellado de otoño. Recorrieron el césped, moteado aquí y allí de luz, y subieron hasta un cenador en una colina artificial. Aunque era un cenador tradicional japonés, llamaban la atención una radio y una instalación de cocina para calentar comida disimulada entre la decoración. Fujiko enseguida encendió la radio y empezaron a sonar a gran volumen unos acordes de *Dixieland jazz*.

Desde allí se divisaba el recinto de la mansión de la familia Kurasaki. El salón donde se celebraba el banquete de esponsales no se veía, pero sí podía distinguirse con asombrosa claridad a las criadas de aquí para allí con los platos. Las farolas dibujaban círculos de luz sobre la hierba, alzándose como una neblinosa cortina en el horizonte.

—Mi padre pudo comprar esta casa gracias a la guerra de Corea. Yo puse la radio y el calentador en ese cenador, y también la tarima para bailar —dijo Fujiko, orgullosa de tales

excesos decorativos.

—A mí también me vino bien, fue una guerra muy oportuna —dijo Seiichiro. Con esas palabras parecía estar insinuando su creencia de que el mundo, su mundo, ya estaba a punto de derrumbarse hacia su definitivo final.

Fujiko, sin embargo, interpretó sus palabras como reflejo de su ambición. «Este hombre está convencido de su futuro», se dijo alegre. Ella nunca había conocido en su entorno a ningún joven tan decidido acerca de su futuro. La actitud vacilante que mostró durante el banquete ahora le parecía perdonable. Fujiko se puso de buen humor.

Seiichiro sabía que era el momento oportuno para besarla, y lo hizo. Enseguida los dos se dieron cuenta de que no era el primer beso para ninguno de ellos, y por supuesto no conllevó desengaño alguno. Fujiko le besó tranquilamente, abandonándose a la madurez del beso.

Mientras se besaban, se oyó el canto del gallo como una roja resquebrajadura en la noche; después otras gallinas se despertaron y durante unos instantes aquel cacarear arrogante y patético se hizo oír en el jardín.

Fue precisamente aquella noche cuando Fujiko le relató a Seiichiro la historia del dueño de los gallos.

La compañía teatral a la que pertenecía Osamu tenía previsto estrenar nueva obra hacia finales de noviembre. Habían encargado el guion al dramaturgo Mizushima Moriichi en primavera. Su trabajo avanzaba sin problemas; en septiembre terminó de escribir la obra y, siguiendo una práctica habitual en el teatro japonés algo curiosa, a principios de octubre se publicaría el guion en la revista *Bungei*. Por lo general, solían ser obras de cinco actos. Mizushima, como creyente acérrimo que era de los clásicos, siguió al dedillo las normas de la escuela francesa, y a una escena sencilla le podía dedicar más de veinticuatro horas, y si había ocho actores, no había más espacio disponible que para estos ocho actores.

Osamu sabía que Mizushima solía escribir obras con muy pocos personajes y por eso no le gustaban sus libretos. Asama Tarō, en cambio, escribía guiones que exigían treinta, incluso cincuenta actores, y se enorgullecía de conocer a sus actores y

de exprimir su talento; incluso le ponía nombre a cada actor secundario. Mizushima era diferente. Todos los personajes que describía eran inventados, nunca recurría a personajes reales.

Los actores más jóvenes enseguida compraban la revista para leer el guion, y pronto corrían rumores sobre el posible reparto de papeles. Se dijo que el nombre de la obra teatral sería *Otoño*. Como no era un nombre muy sugerente para el público, la sección de la compañía teatral se quejó, pero Mizushima rechazó modificarlo. Con cuarenta y dos años, este veterano de las obras de amor al estilo germanizado Porto-Riche se consideraba un genio en todo momento. Carecía de la menor jovialidad, pero siempre iba muy peripuesto al ser poseedor de una colección de cientos de corbatas diferentes.

Los diálogos de sus guiones eran largos. Si un actor recibía uno de los ocho papeles disponibles, dada la extensión del guion aquello era comparable a lograr un papel de protagonista en cualquier otra obra. En el mundo teatral tildaban dicho estilo de guiones «estilo Mizushima». Los actores poco experimentados se quedaban sin respiración cuando tenían que expresar enfado con un diálogo larguísimo, y al final, apremiados por la falta de oxigenación, alguno de los nuevos actores caía desplomado sobre las tablas por una bajada de tensión.

*Otoño* era una obra que narraba los conflictos de una familia residente en un vetusto balneario de estilo occidental construido en lo alto de un acantilado frente al mar. Los personajes eran verdaderamente complicados. El padre convivía con su tercera esposa, con la que no tenía hijos, y con dos hijos, cada uno de sus respectivas primera y segunda esposas. Los hijos, a pesar de tener diferentes madres, se llevaban insólitamente bien. En la casa también se hospedaba otra familia, y corría el rumor de que el padre de la bella hija de esa familia era, en realidad, el padre de la otra familia. Entonces surgía una historia de amor conflictiva entre la bella muchacha y el hermano mayor de la otra familia. Celos de la hermana menor y estratagemas. Finalmente, durante una tormenta de otoño, los dos amantes decidían suicidarse por amor.

El papel de hermano mayor era bueno, tenía que representarlo un joven atractivo y esbelto de entre veintidós y veintitrés años. Hasta el final no se abordaba la espiral trágica del suicidio y la obra se centraba más en cómo actuaba la esposa del cabeza de familia en el trasfondo de toda esta tragedia. No había duda, el papel sería para Oda Noriko. El papel de cabeza de familia, y también el del otro matrimonio que convivía en la misma casa, por supuesto debían ser representados por actores con veteranía.

De los tres restantes papeles a interpretar por jóvenes, todos se preguntaban sobre quién recaería el de hermano mayor, pero ninguna de las diversas opiniones parecía dar en el clavo. El favorito era el galán Sudō que llevaba siete años en la compañía teatral y durante dos obras seguidas había representado el papel de joven amante; por eso todos pensaban que el papel también sería para él esta vez. En las tabernas de Shinjuku los jóvenes actores de teatro hablaban sin cesar del tema. Uno de ellos dijo que Osamu encajaría bien en el papel, otro incluso afirmó que Osamu había nacido para ese papel. Osamu no pudo pegar ojo en toda la noche.

Osamu dejó toda la noche encendida la luz junto a la cama en la segunda planta de su habitación en Hongo Masago-cho, y con el libreto abierto de la pieza se pasó la noche leyendo y recitando el papel del hermano mayor.

Kyuichi:

«Qué mundo más aburrido. Estiro las piernas. Las piernas tropiezan contra la pared. Alargo los brazos. Los brazos tocan la ventana. El cielo estrellado tras la ventana, la oscuridad nocturna como el estuco de la pared. Todo se vuelve densa oscuridad. Presiona implacable mi existencia. No soy más que un destello de transparencia insólita en la oscuridad. Ah... Yoriko, pronto en este mundo ya no quedará lugar para que las personas se encuentren».

Osamu, ante el espejo de mano que guardaba junto a la almohada, declamaba con rapidez este papel, que tal vez le encargase Mizushima. Sus bellos labios y su lengua se movían con presteza pronunciando cada línea. Con el objetivo de transmitir serenidad, le parecía importante tratar de contener

la emoción al hablar y, en cambio, poner todo el énfasis en la palabra para realzar el sentimiento con la máxima intensidad.

A través de la ventana de la pensión se oía, de tanto en tanto, el sonido de los taxis al pasar por la calle. Había muchas vías de tranvía que daban un rodeo por una pendiente hacia abajo, y por eso en ese tramo los coches hacían más ruido al pasar; se oyó el ruido de una vieja furgoneta cargada con herramientas. Todo aquel traqueteo hacía vibrar débilmente la ventana.

Claridad lunar. Un borracho cantaba por la calle, sus zuecos de madera resonaban sobre la acera, reflejos de luna incidían por las viejas y solitarias calles. Resonaba en la distancia el silbato de un tren de mercancías atravesando la estación de Suidobashi. Todos los sonidos de la ciudad se escuchaban con claridad desde su habitación. Osamu, inquieto ante una expectativa incierta; el tiempo fluía como un caudal de agua, consumido por una espera entusiasmada y aterrorizada al mismo tiempo. Estaba completamente solo. Aunque llegase a hacerse realidad, todo cuanto sucedía sobre un escenario no era más que ficción, un sueño sin más. En estos momentos de completa soledad percibía la realidad como una plancha de acero candente sobre la piel. El flujo continuo del tiempo sobre el escenario, como un caudal de agua, fluía aquí también, en esta habitación, de la misma manera. Existía ciertamente la luna, invisible desde el interior de la habitación, resplandeciendo sobre el viejo tejado. La luna y un joven desvelado. No faltaba nada. «Soy un actor», pensaba Osamu.

Al día siguiente, al llegar al ensayo, la lista del reparto de *Otoño* estaba colgada en la pared. Su nombre no estaba en la lista. En su lugar, aparecía el de un joven actor que entró en la compañía el mismo año que él. Habían elegido a un actor novel y con menos atractivo físico.

Dolido en su amor propio, Osamu sintió una taquicardia como la que palpita en momentos de exultante alegría. Le invadía una ira indescriptible. Puesto a compararse con el otro actor para entender por qué la balanza se había inclinado hacia su lado, las diferencias le parecían innumerables. Consideraba el reparto una injusticia absoluta, pero, como en una derrota

en el campo de batalla, ya no había marcha atrás. El papel de hermano mayor debía ser interpretado por un actor joven, atractivo, con buena voz, y también con buenas dotes interpretativas. Era un papel que exigía un actor excelente y atractivo por la elegancia del gesto. Por supuesto, no es que Osamu reuniera cada una de esas condiciones. Sin embargo, estaba claro que el actor primerizo que le había quitado el papel carecía, «objetivamente», de los requisitos para ser elegido. Osamu nunca se había dado cuenta, como hasta hoy, de que el mundo del teatro desprecia la verdad objetiva. Por triste que parezca, mientras Osamu encarnara un modelo de objetividad, su actuación sobre el escenario tendría algo de imposible.

Debía mostrar cuanto antes su oposición. Subsanar un error manifiesto para cualquiera, reconducir todo a la senda correcta... Sin embargo, tras la decisión, ya no había marcha atrás, al final tendría que resignarse al oprobio. El honor, la reputación, la exaltación, la humillación, el desprecio... Al fin, resignarse a todo, bebérselo sin rechistar como un bebé tomando su dosis diaria de leche materna. En eso consistía ser actor.

Osamu permaneció inmóvil ante el anuncio del reparto de papeles, una fuerza oscura subterránea lo mantenía clavado al suelo. Como un abanico que se abre y cierra de golpe, toda la gloria saboreada la noche previa se transformó en oscuridad.

Frente al tablero de anuncios se proyectó la sombra de una larga cabellera de mujer. Osamu miró de refilón: era Toyama Chizuko. Hacía tiempo que habían sido pareja. Su nombre tampoco estaba en el reparto. Se había rumoreado que protagonizaría el papel de hermana menor, pero todo quedó en un mero rumor.

Chizuko llevaba un jersey de cuello cisne negro, combinado con unos pantalones de vívidos tonos amarillos, y el color tenue de su nariz y su boca confería a su rostro un aspecto anémico. Miró a Osamu con cierta frialdad. Sus ojos se encontraron. En los ojos de ella se traslució una mezcla de coqueteo seductor y burla. Habían entablado una rápida batalla por dirimir quién de los dos compadecía antes al otro,

compitiendo en lanzar una mirada extraña y rigurosamente formal; sin embargo, ninguno de los dos lograba expresar una mirada compasiva.

—¿Te apetece tomar un té? —propuso Chizuko.

Osamu, desanimado, aborrecía esas muestra de camaradería y era lo que menos le apetecía ahora.

—No puedo ahora, tengo que irme.

—Ya veo que sigues muy ocupado aunque no te hayan dado el papel —dijo ella, esta vez más intencionadamente.

Osamu se fue a toda prisa al gimnasio. Se subió al tranvía e hizo un transbordo. Tras las ventanillas del tranvía se proyectaba el claro cielo otoñal del atardecer. Un ama de casa contaba que aquella mañana de helada escarcha pudo ver el monte Fuji desde el tendedero de su apartamento.

Sentía un enfado mayúsculo y no sabía contra quién descargar su ira. Le incomodaba reconocer que su enfado era solamente personal y completamente injustificado. Los pasajeros del tranvía viajaban cada uno con sus preocupaciones, y aunque atormentados por el enfado o la insatisfacción, cargaban sobre los hombros el peso de una ira comprensible por cualquiera. Osamu sabía que al fin y al cabo su enfado no tenía sentido, y eso le disgustaba aún más si cabe.

¿Por qué aquel resplandeciente fulgor del cielo otoñal no recaía sobre él? A través de la ventanilla del tranvía, ante una droguería, se veía el anuncio de un nuevo dentífrico. La luz del sol de media tarde incidía en el tubo de pasta de dientes dorado; al retorcerlo, salía una pasta inmaculadamente blanca, el sabor a menta, la mañana, el brillo del agua al enjuagarse la boca, la vida de cada día, el monte Fuji visto desde el tendedero de la azotea... Osamu se sentía lejos de ese mundo, sentía hostilidad por la vida en su totalidad, ¿qué realidad era aquella que se obcecaba en no elegirlo, excluirlo y marginarlo siempre?

Osamu se mordía las uñas para contener la rabia al borde del grito. Al sacarse el dedo de la boca, la punta de su uña estaba un poco humedecida, y en un instante la parte blanca mordida se tiñó de rojo. Un rojo imperecedero, un rojo diferente a la sangre.

Pensó en sentarse, pero desistió de ocupar uno de los asientos libres y se apoyó contra la ventanilla, a salvo de las miradas de la gente. A través de la sucia ventanilla del tranvía apenas se reflejaban unas pocas caras en la zona iluminada del exterior. Se puso a hacer muecas ante las caras reflejadas en la ventana interpretando el enfado y odio de variadas formas; aquellas extrañas caras corrían sobreimpresas sobre los puestos de fruta a rebosar con productos de temporada, sucursales bancarias y tiendas de golosinas. Era un pasatiempo agradable, pero, con todo, no mitigaba su dolor. Sólo la pasión artificial del escenario era efectiva y podía salvar al hombre. Cuando el tranvía se paraba, temblaba ruidosamente con fuertes sacudidas. Al tropezar con un hombre de mediana edad a su lado, éste se reincorporó volviéndose hacia otro lado sin disculparse. Osamu no se molestó, simplemente miraba con la mente en blanco la espalda del hombre. Aquel traje sucio del hombre existía... Osamu, en cambio, no existía.

A primeras horas de la tarde el gimnasio estaba prácticamente vacío. Entró al vestuario y saludó a un estudiante con el que solía coincidir. Los dos se cambiaron de ropa frente a frente en el estrecho y polvoriento espacio entre las taquillas.

—Funaki, qué envidia, estás progresando mucho. Ya quisiera tener en tan poco tiempo unos brazos así —dijo el joven mientras se mostraban mutuamente los músculos en tensión.

—Por fin he logrado treinta y cinco centímetros —dijo Osamu.

—Yo, treinta y dos. Esos tres centímetros de más cuestan mucho realmente. Hace poco, como tuve exámenes, volví a perder peso.

—No creo. Lo que pasa es que siempre tenemos esa impresión en cuando descansamos de entrenar. —Osamu se sorprendió de la seguridad de sus palabras. En este gimnasio no había nadie que imaginase su desesperación.

Osamu, ya en pantalón corto, se dirigió a la sala de entrenamiento y se puso frente a un gran espejo colgado en la pared. En el acto se sintió alegre. Allí era él y, al mismo tiempo, alguien diferente, estaba apegado a su existencia y a la

vez se reflejaba algo cuya existencia sólo podía corroborarse por la vista: su cuerpo musculado y fuerte.

Durante los últimos seis meses tuvo bastante tiempo libre y lo había dedicado al gimnasio; progresó más que otros estudiantes o trabajadores que venían a entrenarse, y se había convertido en una celebridad en el gimnasio. Además, la exigente ejercitación de resistencia de su entrenamiento había tenido un resultado muy valioso. Como sus huesos eran de por sí gruesos, al reforzarlos con la musculatura había logrado que ésta tuviera formas definidas. Osamu, ante el espejo, tensaba los pectorales. Su pecho musculoso parecía una auténtica coraza.

En ese momento le vino a la memoria lo que dijo una vez uno de los estudiantes del gimnasio. Al discutir sobre qué cuerpo era más bello, el masculino o el femenino, decía lo siguiente:

—Muchos no se dan cuenta, pero el desnudo femenino tiene algo de obsceno. No hay duda de que el cuerpo masculino es mucho más bello.

El cuerpo de Osamu era, sin duda, inferior en volumen al de sus compañeros veteranos del gimnasio, pero en cuanto a lo bien proporcionado de sus formas y la belleza de su piel, no había comparación. Su piel no es que fuese blanca, destacaba por el bronceado voluptuoso liso y vigoroso de su musculatura, y carecía de la más mínima mancha o herida; sus músculos se tensaban vigorosamente, y como no tenía vello corporal, relucía con un tono de dorado ópalo definiendo el contorno de su cuerpo. Su abundante y negro cabello como un lacado reflejaba la desnudez de su piel; ese lustroso cabello, junto al brillo de la piel con gotas de sudor provocadas por el movimiento, creaba un contorno de luz definido entre la negrura del lacado y los tonos dorados.

¡Ahora! ¡Frente al espejo existía! Ya no quedaba rastro de la desesperación y el abandono previos. Sólo un cuerpo musculado y hermoso, testimonio palpable de su existencia. Ante el espejo existe verdaderamente, imagen y realidad configuradas por su propia mirada más aún, es él mismo...

Osamu, al fin, tuvo frío en aquella habitación de paredes de

cemento en la mañana de un día de octubre sin sol. Se alejó del espejo y junto la ventana comenzó a hacer ejercicios de calentamiento. Al mirar por la ventana, no se veían más que edificios altos de cemento. Hacia un rato había visto reflejado en el espejo, detrás de él, a un nuevo socio del gimnasio que no dejaba de mirarlo; ahora, siguiendo las indicaciones de Takei, estaba de pie junto a la ventana. Durante una pausa de los ejercicios, Osamu miró a Takei y le saludó con una leve inclinación de la cabeza.

—Enséñale un poco tu cuerpo —dijo Takei.

En el gimnasio era habitual presentarse a alguien mostrando el cuerpo antes que con el nombre propio.

Osamu se puso ante aquel primerizo chico delgado, tensó sus pectorales y después apretó con las manos sus costados. Surgieron unos imponentes pectorales y se marcaron sus dorsales como alas desplegadas.

Takei, sin ningún reparo, palpaba sus pectorales y músculos.

—Él empezó más tarde que yo, pero en apenas medio año mira qué cuerpo ha conseguido. Cuando vino por primera vez, su cuerpo era un desastre. Funaki se esfuerza de verdad. Nadie le iguala en pasión por mejorar y en tesón. Con un esfuerzo ordinario no se podría conseguir todo esto en apenas medio año. Ya sabes, la cuestión es esforzarse día a día.

El joven lo miraba directamente; en su mirada se traslucía cierto remordimiento, pero se resistía a seguir mirándolo de arriba abajo. Sus ojos bullían admirados por la fuerza y solidez del cuerpo de Osamu. Por una parte, era como la mirada de un niño al ver a un jugador de béisbol y, por otra, tenía un punto de travesura infantil. Osamu, al percibir esa mirada, se sintió como si fuese la «chica de reclamo» en el anuncio del gimnasio. Entonces, apretando de nuevo su ágil musculatura, levantó el brazo derecho y sus bíceps se perfilaron como brillantes limones.

La sensación de ser prometidos era extraña. Seiichiro había tenido hasta ahora diversas relaciones amorosas sin importancia, y en esas ocasiones había experimentado incertidumbre ante las expectativas creadas. Pero ahora estaba prometido y sabía lo que tenía, como si le hubiesen dado un

regalo y estuviese contemplándolo, pesándolo a ver qué contenía. Disponía de tanto tiempo que a veces hasta tenía la impresión de palparlo, de moldearlo en las manos hasta olvidarlo, y de no haber disfrutado nunca de ese tiempo tan especial, porque ahora estaba seguro de poseerla, sólo necesitaba esperar.

Sin embargo, todo esto encajaba muy bien con el carácter de Seiichiro, porque él detestaba preocuparse. Aquella inquietud tan propia de la posguerra dejó grabada en él una impresión desagradable de su adolescencia. La inquietud es hermana de la esperanza, y ambas tienen decididamente un rostro desagradable. Así pensaba el adolescente Seiichiro. En aquellos días decidió evitar todo sentimiento de preocupación angustiosa; le gustaba imaginar que así debía de sentirse un condenado a muerte en la mañana de su ejecución. Al subir los peldaños de la horca, sin duda al otro lado aguardaba la muerte, en la ventana de ese patíbulo seguro que ardían los arreboles del sol de la mañana.

A Seiichiro, cada vez que se encontraba con Fujiko, no le molestaba ver su rostro alegre, con aquel futuro ya decidido para los dos sin incertidumbre ni preocupaciones. El futuro ciertamente también se desmoronaría en algún momento, pero si antes contraía matrimonio, habría cumplido con su deber. En lugar de sentir inquietud o seducción, palpaba vagamente el choque contra el muro de la realidad, que le incitaba a la ensoñación, sobre todo cuando estaba con ella. Era todo como un descanso temporal antes del desenlace. Esta ficción conllevaba el placer de caminar durante un tiempo por el sendero decidido. Si Seiichiro fuera un artista, habría conocido desde mucho antes el sabor de este placer.

Como estaba ocupado con su trabajo en la empresa Yamakawa, los prometidos se encontraban a solas una vez por semana únicamente los sábados. Entre el gentío, en un atardecer en Ginza, se percató de algo. Todo el mundo andaba hablando de terceras personas. Hablaban sobre la muerte de Henri Matisse. Sobre la formación del partido político de Shinto fundado por Hatoyama Ichiro. Los otros eran siempre los que habían muerto, los que se habían corrompido, cometido adulterio,

matado, habían bebido demasiado *shiruko* o trabajaban para el partido político Shinto. «Y yo por aquí de paseo con mi prometida»... Estaba claramente viviendo en ese momento en un mundo completamente ajeno, y saboreaba una imprevista alegría, como si se hubiese transformado en una pieza de ajedrez. En su época de universitario, siempre había aborrecido el ambiente de las calles de la ciudad los sábados. Al andar entre multitudes de personas «felices» tenía la impresión de estar mezclándose entre ellas como un criminal o malhechor no invitado a la fiesta.

Fantasea con impulsos criminales y la ilusión de que el mundo se viene abajo. Era ésa una misión para la que se sentía cada vez más llamado. Ese heroísmo... Todo ese mundo ha de padecer una muerte prematura, al criminal le tocaba materializarla. Imaginar el derrumbamiento de los ideales resultaba desagradable. En este momento, aborrecía toda clase de revoluciones que hubiera en este mundo. Si fuese necesario echar una mano para que se produjese el derrumbamiento de este mundo, entonces sería dudoso el logro de dicha destrucción, sería lo peor que podría pasar, porque fomentaría más y más la angustia.

Fujiko consideraba el amor una cuestión psicológica; igual que el moho brota en cualquier lugar, no era extraño que pudiese surgir amor entre una pareja de prometidos. Ella observaba discretamente la cara su prometido con cierta emoción, en el corazón de aquel joven ambicioso imaginaba mucho moho. En una palabra, quería leer algún signo de preocupación en la mirada de Seiichiro.

Al pasear por las calles de la ciudad, solían detenerse frente a tiendas de telas y muebles. Frente a las tiendas de telas, intercambiaban opiniones sobre qué cortina sería más apropiada. En las tiendas de muebles criticaban el chapucero diseño de la confección de sillas y mesas. Estaba previsto que el padre de Fujiko se encargase de construirle una casa a la pareja.

Dicen que el color amarillo hace feliz a la gente, comentó Fujiko. Al parecer, ya estaba pensando en construirse su nido de amor con cortinas amarillas y las paredes empapeladas del

mismo color. Seiichiro se ríe de ella preguntándole si tiene la intención de llegar a la felicidad mediante cortinas y empapelados amarillos. Si hay algún sitio donde hallar la felicidad, tratándose del ser humano, ese lugar es el féretro. Y como ahí es cierta la felicidad, bastaría con que decores, le dice, las paredes con esas cortinillas de los funerales en blanco y negro. Estas palabras de amor tan vulgares la pusieron contenta.

La casa, sumamente moderna, pronto estaría construida. Las cortinillas funerarias probablemente encajarían a la perfección con la decoración de la casa. Fujiko tenía predilección por decorados de diseño. Le sorprendía que nadie hubiera inventado aún una cama doble circular.

Mientras tomaban un té o un aperitivo, no dejaban de hablar del futuro, sin saltarse nada de lo que es costumbre entre los prometidos. Seiichiro se acordó de las ocasiones en las que hablaba del futuro con Kyoko. Aunque, por supuesto, el contenido de la conversación era completamente diferente.

Seiichiro le hizo una pregunta poco original:

—Quería saber cómo te sientes ante un futuro marido elegido por tu padre. Yo no me lo imagino.

—Es como cuando a alguien le regalan un boleto premiado de lotería. Además, tampoco tienes responsabilidad de que te guste o no —respondió Fujiko muy apropiadamente diciendo lo que se esperaba. La respuesta no es que expresase su verdadero sentimiento.

»Es decir, no me gusta ni una cosa ni la otra —matizó ella.

A Seiichiro le aburría ponerse a divagar sobre el enamoramiento, así que no dijo nada.

En cualquier caso, quedaba claro que estos convencionalismos sobre el noviazgo tan hipócritas a ella le producían una cierta emoción físicamente seductora. Seiichiro, hablando con ella, se dio cuenta en distintas ocasiones. Fujiko despreciaba a las muchachitas románticas de ahora, ya desde mucho antes ella abrigaba esta convicción, según había dicho en distintas ocasiones. Estaba segura, decía, de que no hay nada más obsceno que lo que es muy sagrado; por eso, más que el amor, el matrimonio era especialmente obsceno.

La situación económica de los dos era, evidentemente, muy diferente. Hacía falta mucha delicadeza en lo referente al tema de los pagos. En ese sentido, el padre de Fujiko ya había ideado una estratagema. Cuando fuesen a comer a un restaurante donde la familia Kurasaki tuviese cuenta abierta, Seiichiro firmaría la cuenta como «Yanagimoto» pero el padre se encargaría del pago. De esa manera, Seiichiro no se sentiría herido en su dignidad.

La pareja, ya cansada de andar, fue a comer a uno de esos restaurantes. La encargada del local, que ya estaba al corriente del tema de los pagos, hizo que les atendiese una camarera madura más experimentada. A Fujiko le parecía una obra de beneficencia gastar así el dinero de su padre.

De vez en cuando, a Seiichiro le venían a la memoria imágenes de la casa de Kyoko, lo veía todo como muy lejano y pequeño, aunque no había pasado tanto tiempo como para convertirse en recuerdo. Los ventanales del balcón, iluminados. Cinco o seis pequeñas siluetas sentadas o de pie. Kyoko con vestido de noche sentada en una butaca. A su alrededor, voces y risas. Ve la cara de cada uno de ellos. Están Shunkichu. Osamu. Natsuo. Alguien riendo comentaba:

—Dice que se va a casar.

—Vaya una idea tonta que le ha poseído; al parecer, afortunadamente, esto no sólo les pasa a las mujeres.

En ese momento se convertía en chiste hablar de boda. En la casa de Kyoko no se tomaban en serio los matrimonios, las clases sociales, los prejuicios ni el orden. Mitsuko contaba una anécdota subida de tono de dos hermanas gemelas que en el baño competían por el número de pelos caídos. Todos los presentes vivían como aislados en una isla desierta en medio de la sociedad, pero a la vez, casi sin darse cuenta, empezaban, poco a poco, a buscar un pensamiento que no fuera a derrumbarse, un asidero, tal vez, de sus propias vidas. En el caso de Seiichiro, no se sabía claramente cuál sería su pensamiento, si tendría esa misma idea.

—Antes de casarse, son muchas las cosas en las que hay que pensar —soltó de repente, Fujiko.

A Fujiko no le pegaba preguntar «¿Qué piensas?». Seiichiro

contestó descuidadamente:

—Sí, es verdad que hay que mentalizarse.

Fujiko, en ese momento, pensó que ya hablaban como esas parejas que llevaban mucho tiempo juntas, y se sintió orgullosa.

Decidieron celebrar la boda un martes siete de diciembre. Nadie del grupo de amigos que se reunía en casa de Kyoko fue invitado. El motivo no era la indiferencia de Seiichiro por sus amigos; la única razón es que él quería a toda costa proteger al grupo de la casa de Kyoko manteniéndolo en un mundo aparte. Como invitados por parte de Seiichiro, sólo acudieron antiguos compañeros de estudios y profesores a los que actualmente apenas veía y con los que no tenía un vínculo destacable. Todo esto no era más que una forma deliberada de sugerir a todos que en el fondo este matrimonio no tenía nada que ver con él. Sin embargo, la madre de Seiichiro no paraba de quejarse, decía que era exagerada la exhibición, por parte de la familia de Kurasaki, con la que preparaban el banquete de bodas, y que de ese modo iba a dar más la impresión de que él era adoptado por la otra familia; se lamentaba diciendo que en la familia Yanagimoto, ahora venida a menos, hubo parientes suyos que habrían podido rivalizar en estatus social con el abuelo de Fujiko. Seiichiro no se esforzaba especialmente por convencer a la madre de que más bien debía sentirse satisfecha de que se encargasen de organizar el banquete de ese matrimonio acordado. ¡Hasta el chaqué que vestiría en la boda lo había pagado con una factura a nombre de los Kurasaki en una tienda de moda occidental! Él no ponía ninguna pega a nada, y al suegro le alegraba sobremanera que Seiichiro no diese ninguna importancia a estas cuestiones.

La ceremonia se celebraría en el Meiji Kinenkan, y el banquete, en la sala Pavo Real, Kujaku, del Hotel Imperial. Siguiendo las indicaciones de Fujiko, sería un banquete estilo bufé con cóctel y la asistencia de quinientos invitados. De entre el total, unos cuatrocientos cincuenta eran invitados de la familia Kurasaki; con unas cifras así, no iba a ser una ceremonia sencilla. Como testigo asistiría Ogakiya Yashichi, un compañero mayor de estudios de Kurasaki, ex primer ministro

y miembro de la comisión para la formación del partido político Shindo, junto con su esposa.

Hubo preocupación debido a la persistencia de la lluvia la mañana del día previo, pero el día siete amaneció despejado y las señoras no tuvieron que preocuparse de que la lluvia estropease sus vestidos de gala. La madre de Seiichiro se mostraba muy sobria y tranquila. El busto, que lucía más realzado que de costumbre, subrayaba su viudez.

Cuando el coche con chófer de la familia Yanagimoto cruzó la entrada de Meiji Kinenkan, Seiichiro, que nunca había estado allí antes, se acordó de haber observado distraídamente este bosque desde la terraza de la casa de Kyoko. El bosque plagado de cuervos como motas negras de semilla de *goma* esparciéndose por el cielo al oscurecer. Aquel bosque inmerso en la quietud de la noche, bañado por los reflejos lunares, aquel bosque en cuyo extremo bullía siempre la animación de bodas con numerosos invitados, lo habría divisado sin emoción especial desde la terraza de casa de Kyoko en alguna de sus visitas nocturnas. Más allá del verde del Meiji Kinenkan que separaba los barrios del valle, era notable el contraste. Allí estaba él solo, en la terraza de aquella casa, contemplando el fondo de este bosque, al que había saltado desde aquel entonces hasta estar aquí hoy.

En esos mismos momentos, como el día era soleado, Kyoko desayunaba sola junto a los ventanales del balcón. Masako estaba en el colegio y la criada andaba lejos sin hacer ruido, y el sonido del teléfono tampoco la molestaba. La alfombra bajo el alféizar parecía ya algo descolorida bajo los rayos del sol.

A propósito de teléfonos, una semana atrás recibió una llamada de Seiichiro, que llevaba bastante tiempo sin visitarla, para disculparse por no haberla invitado. Le dijo que asistirían muchas personas de la alta sociedad que ni él mismo conocía. Kyoko le preguntó el horario y el lugar donde tendrían lugar la ceremonia matrimonial y el banquete. Cuando le dijo que sería en el Meiji Kinenkan, ella estuvo a punto de decirle «Vaya, si es justo aquí al lado», pero como Seiichiro, con la cabeza en las nubes, no parecía darse cuenta, desistió de decir nada.

Kyoko sabía bien por qué Seiichiro había decidido no invitarla. Era lo más apropiado teniendo en cuenta el distanciamiento de Kyoko con la sociedad más prosaica. Ella se había alejado de la mundanal vida de sociedad por elección propia, no porque hubiese sido rechazada.

Kyoko tomaba una tostada con mermelada —era alrededor de la una de la tarde—, mientras echaba alguna ojeada que otra hacia el bosque. Aquí estaba el aroma humeante que desprende una taza de café, aquí estaba la soledad; allí, los chaqués y los peinados a lo takashimada y las flautas de *hichiriki*. Desde aquí no se veía nada de aquello. No se veía y, sin embargo, el bosque adquiría, con tintes algo irrisorios, cierta atmósfera de obscenidad.

Seiichiro, a partir de ese momento, cumpliría con algo decidido de antemano. Kyoko, en cambio, no había decidido absolutamente nada de lo que haría a partir de ese momento. Tal vez iría a la peluquería. Aunque, con el frío que hacía, quizá lo pospondría. También tenía que ir a probarse un vestido occidental que se había hecho confeccionar a medida. No, no, porque tendrían que ajustarle el talle. También pospondría esta visita. Ya sin compromisos pendientes, probablemente recibiría alguna llamada. Quizá una invitación al cine o a un concierto. Tal vez alguien llegase de repente y sentándose sobre sus rodillas rompiese a llorar por algún mal de amores. Quizás la visitase algún joven de esos que cada semana intentan seducir a mujeres casadas y cuyo único sueño parecía ser perder la vida a manos de un marido muy celoso y no dejar tras de sí más que su fama de seductor. Tal vez la llamaría el ginecólogo, al que ella le había llegado a presentar hasta a cinco nuevas clientas. «¿No tiene a ninguna nueva clienta a la que presentarme? Ya sabe que estoy disponible. Ninguna se tuvo que lamentar de nada jamás. No hay doctor más eficientemente seguro que servidor.»

Ah... Para los invitados de la boda, al otro lado del bosque, no había más que una vida. En cambio, alrededor de Kyoko circulaban muchas vidas diferentes, todas, sin embargo, susceptibles de purificarse.

Cuando estaba sola, no solía ver la televisión ni escuchar la

radio. En el silencio de la ociosa tarde en casa, sentada junto al alféizar, al calor del sol filtrándose por la ventana, se dejaba llevar por fantasías sensuales.

Kyoko también sabía por experiencia cómo era una noche de bodas. El recuerdo que tenía de aquella noche era más bien ridículo. Sin embargo, esos recuerdos le servían para imaginar mejor la vida matrimonial ajena. En su imaginación, era más importante la vivencia de los otros que la suya propia.

Para ser un día de invierno, el sol brillaba radiante. Además, en un rincón de la habitación había una estufa de gas encendida. Aunque llevaba un camisón morado de estilo griego, combinado con una bata violeta oscuro de raso, su pecho transpiraba de sudor. Kyoko percibía el olor del sudor tal vez mezclado en el ambiente con el del perfume, con la impresión de que el café iba diluyendo poco a poco su pereza de recién levantada.

Volvió a echar un vistazo al bosque más allá del mirador. Los altos árboles de hoja caduca en la parte superior del parque formaban un delicado entramado de ramas secas. «Allí estará teniendo lugar todo, y aquí, estas gotas de sudor por mi escote...» No sería extraño que aquella mezcla de sudor y perfume evaporándose llegase hasta la nariz de Seiichiro al escuchar la oración sintoísta del rito matrimonial. Al imaginar esa situación, saboreó plácidamente en secreto aquella profanación.

Al fijarse en la muñeca que Masako se había dejado olvidada sobre una silla en un rincón antes de ir al colegio, Kyoko, inusualmente, se encargó ella misma de llevarla a la habitación de su hija. Llevaba mucho tiempo sin entrar en ella.

En aquella pequeña estancia llena de decoraciones infantiles, destacaba la cubierta del edredón rosa con bordados de ositos. Kyoko pensó que iba siendo hora de darle a la habitación otra decoración, acorde con la edad de la niña, ya más crecida.

Cuando estaba dejando la muñeca en el estante con diferentes objetos decorativos y juguetes, Kyoko, de repente, se fijó en la casa de muñecas. Era de fabricación alemana, de diseño elaborado con luces que se encendían en las ventanitas,

y reproducía admirablemente la atmósfera de una velada nocturna. La puerta de la entrada estaba ligeramente entreabierta. Kyoko, sin ninguna intención particular, empujó un poco con la uña roja de su dedo índice la puerta: el interior estaba lleno de papeles.

«Está usando esto como papelera. ¿Qué habrá hecho con la papelera?», pensaba Kyoko. Sacó uno de los papelillos cuidadosamente hecho una bolita y lo alisó; en trazos infantiles, había escrito a lápiz: «Papá, papá, papá».

Kyoko se molestó mucho, no sabía contra quién dirigir su indignación. No había duda de que se había dedicado a meter en la casa de muñecas trocitos de papeles escritos como los papelitos de conjuro de los templos. A Kyoko, impetuosamente, se le pasó por la cabeza sacar todos los papelitos y prenderles fuego; finalmente lo reconsideró y, desistiendo, volvió a meterlos dentro y cerrar la puerta.

—¿Es que no has invitado a la esposa de Tominaga?

Mientras recorrían una oscura galería, con suelo de tarimas que crujían, hacia la sala de espera, la madre, acompañada por la hermana, le preguntó así de repente. Seiichiro no se esperaba esa pregunta.

—¿Te refieres a Kyoko? Hace mucho que no la veo. —Seiichiro le ocultó a la madre sus recientes encuentros.

—Hace mucho tiempo se portó muy bien contigo, mucho; imagino que lo habrá pasado mal al perder el apellido de su marido.

—No, fue Kyoko la que se divorció del marido que adoptó en su familia, y después lo echó de casa.

La madre se mostró decepcionada:

—Vaya, lo había olvidado.

La sala de espera estaba dividida por una cortina; en aquel lugar se podrían reunir las familias de los contrayentes antes de la ceremonia. Se parecía un poco a la sala de espera de un dentista. Tras las ventanas cerradas, unos arbustos en un sobrio jardín interior cubiertos de polvareda, y más allá del jardín, una galería que conducía a otra sala de ceremonia donde se celebraba la boda anterior.

Aunque los parientes de la familia Yanagimoto ya estaban

en la sala, el matrimonio que iba a hacer de testigo y la familia Kurasaki no habían aparecido aún. La madre se impacientaba cada vez más. Al fin, abrieron la cortina que separaba el espacio entre las dos familias. Así, cuando llegase la familia Kurasaki, vería lo cansada de esperar que estaba la otra familia.

Finalmente, la familia Kurasaki al completo entró silenciosa en la sala. Fujiko llevaba un vestido y un velo blancos, estaba realmente bella, y dirigió una mirada directa sonriendo a Seiichiro.

Kurasaki Genzo apartó a la prometida pasando por delante de ella; su aspecto era diferente al acostumbrado. Sin hacer ningún saludo, con un gesto con el guante gris que llevaba en la mano indicó a Seiichiro que lo siguiera al pasillo de fuera.

—¿Ocurre algo? —A Seiichiro, al ver en el pasillo a Genzo con una actitud tan airada, le parecía estar viendo más a su jefe el vicepresidente de la compañía que a su futuro suegro, y eso le preocupó.

—Ha sucedido algo realmente molesto. El gabinete de Yoshida ha dimitido en bloque.

—Ah.

—Veo que no te das cuenta de nada. No entiendes que él hoy no está con el ánimo para ceremonias.

—Ya entiendo lo complicado de la situación.

—Sí, un verdadero apuro. Sin embargo, dicen que hará un hueco para venir corriendo al banquete. A mí me preocupa si él va a tener un hueco para venir justo en el momento de la ceremonia. Si por cualquier circunstancia, en el peor de los casos, se retrasara, el maestro de ceremonias puede adelantar o retrasar el ritmo de la ceremonia para ajustarse a su llegada.

—¿Y su esposa, la señora Ogaki?

—Se supone que está a punto de llegar. En todo caso, hoy puede que le toque hacer el papel de los dos... Ahora te tienes que encargar de explicárselo a tu familia y rogarles comprensión.

La familia de Seiichiro se preguntó qué estaría pasando al ver que este regresaba junto a ellos. Cuando les contó lo sucedido, todos pusieron una expresión que daba a entender

que no les parecía para tanto. La madre, en cambio, se volvió hacia la ventana y con una voz tal vez inaudible para Seiichiro dijo: «Ya decía yo que picabas demasiado alto tú». Le disgustaba que Kurasaki le hubiera encargado a su hijo resolver el problema pidiendo la comprensión de su familia. Genzo, al comprobar que todos habían asumido la situación, recuperó su actitud cordial, se acercó a ellos y dijo solemnemente:

—En cualquier caso, es innegable que es un contratiempo, pero hoy estamos de enhorabuena. Que el enemigo político del testigo se haya derrumbado en un día así es algo que trae buena suerte.

En el sitio de la ceremonia el celebrante entonaba larguísimos rezos sintoístas para bendecir el enlace. Seiichiro se imaginó, en esos momentos, que la comidilla de los invitados a la boda esa noche serían los rumores sobre el gabinete de Yoshida, que había estado siete años manejando la política y había llegado a su ocaso, y quiénes le iban a suceder; eso daría para mucho. Un banquete en el que el tema de conversación de todos los invitados gire en torno a un fracaso político es admirable. Realmente nada más apropiado para una ceremonia como ésta que las maledicencias políticas... Y en medio de todo este alboroto, aparecerá el testigo, que se suponía que no iba a venir; de repente, en pleno remolino político, aparece un personaje como él, con su aura de solemnidad resplandeciente reflejada en su cara y con sus propias palabras al decir: «He hecho un esfuerzo para venir aquí». En el momento en que ese saludo resuene entre todos, seguro que provocará una sorpresa fresca de admiración natural entre la concurrencia.

Se oyen los acordes largos, en un tono sombrío y suave, de un koto anunciando el principio de la ceremonia. Seiichiro observó a la sacerdotisa *miko* con *hakama* roja deslizándose con pasos cortos y portando un jarro dorado de sake. En la oscuridad del mediodía destacaban la blancura cruda de su maquillaje y el tono de sus labios gruesos. Le sorprendió ver por primera vez una sacerdotisa con ese maquillaje en una ceremonia de boda. Era exactamente como el de una chica de compañía.

«No recuerdo qué local era, sería en Shinjuku nichome, y tampoco me acuerdo del nombre de la chica que trabajaba allí, pero se parecía mucho a ésta», pensó Seiichiro. En ese momento él tuvo la impresión de atisbar un círculo difuminado que hilvana a lo lejos a todos los mundos, desde el mundo de la casa de citas hasta el mundo trillado de una familia corriente.

La madre parecía animada. Las luces violetas de neón iluminaban su cara hablando en voz alta delante de la tienda.

—Qué tranquilidad conseguir finalmente el préstamo.

—Sí, qué bien.

Osamu no le hizo demasiadas preguntas. En cualquier sentido, no le pegaba tener tanta seguridad; por eso extrañaba verla exhibiendo esa seguridad con un extraño placer o complacencia.

—¿Hoy también vas a hacer ejercicio? Admirable, con lo perezoso que eras.

Ciertamente lo era porque le encontraba gusto hasta al esfuerzo físico, era algo que necesitaba hacer cada día. Más que pasar tiempo en el teatro o en bares, lo pasaba en el gimnasio. Si descansaba del gimnasio dos días, su única preocupación era su musculatura, tenía la impresión de que cuarenta y ocho horas sin ejercitarla la echarían a perder.

Especialmente, al día siguiente de un gran esfuerzo, sentía el dolor de las agujetas y a la vez una oculta alegría. Aquel dolor muscular le ayudaba a tomar conciencia de lo reales que eran sus músculos.

Independientemente de que ya hubiese terminado el verano, aquel esfuerzo y aquel sudor se habían hecho indispensables para él. Se acordaba de la sensación extraña del primer día que visitó el gimnasio, cuando conoció el significado de aquella respiración entrecortada, dolor y esfuerzo escapando sin pretender de los labios de los jóvenes. Le parecía placentero. A veces se imponía a sí mismo ese esfuerzo, y al sentir un calambre gritaba de dolor al percibir la frialdad de las pesas negruzcas y enmohecidas; sin todo eso, la vida perdía sentido.

—Apenas en medio año tu cuerpo ha cambiado tanto que ya no te puedes poner la chaqueta. No importa, enseguida

conocerás a una mujer rica que te haga los trajes.

—Sí, de hecho, ya la he conocido.

Osamu estaba pensando en Honma, la señora de la alta sociedad a la que conoció en los camerinos durante la representación de *Otoño*.

—Qué bien. Aprovecha y cásate, ¿no? Así también podrás mantener a tu madre.

—Sí, qué fácil. Lamentablemente, está casada.

—Vaya, vaya.

—Pues si es verdad que has encontrado a alguien que te preste dinero, podrías empezar pronto la conversión de la tienda en cafetería.

—Dentro de cuatro o cinco días empezaremos. Ya he dado un anticipo. Se tarda un mes en las obras, así que no nos va a dar tiempo para celebrar navidades. Dicen que el próximo año se prevé recuperación económica para los negocios de esta zona, así que pueden ser unas navidades provechosas para todos.

Por acá y por allá, realmente ya habían empezado las baratas decoraciones de navidad. El gabinete del primer ministro Hatoyama, con voz dulzona de acariciar un gato, anunciaba la interrupción de las medidas para la deflación; la gente, al oír estas noticias, experimentará cierta compasión hacia este primer ministro medio enfermo. Cuando llegase la navidad, como si fuera un anciano de una residencia de mayores, el primer ministro anunciaría a los nietecitos entonando cantos navideños.

En la tienda de su madre sólo estaba un poco decorado el escaparate, porque en pocos días empezaban la reforma, o, mejor dicho, por la dejadez de su madre, razón por la que ni siquiera había árbol de navidad. Había algunos accesorios polvorientos, y como había despedido a la señora de la limpieza, ya ni siquiera había una persona encargada de eso. Así y todo, durante el medio año transcurrido desde que la madre empezó a decir que iba a reformar la tienda, los planos estaban tristemente tirados en un rincón cubiertos de polvo. ¿De dónde iba a recibir el dinero?

Se escapaba «Jingle bells, jingle bells» desde múltiples

gramófonos. Un Santa Claus repartía octavillas en la calle. En un escaparate había un cojín viejo roto y habían sacado la borra para hacer unas bolitas de algodón como si fuera nieve, unas bolitas que habían perdido el color original, y había también, esparcidas, unas bolitas de cristal pintadas con colores de oro y plata. Papel de envolver con diseños de acebo, cintas, lazos dorados y plateados, y varias artesanías de papel plateadas imitaban una campana cubierta de nieve. Todo esto resplandecía sin ningún sentido estético.

Se le coló por la nuca una racha de frío; encogiendo el cuello, la madre le dijo al hijo que entrasen.

—Pasa adentro y te calientas, que hace mucho frío.

En la trastienda había una pequeña habitación con un brasero eléctrico. Pasaron un rato sin hacer nada ante el brasero tomando la comida que habían pedido en un restaurante. Últimamente ella ya estaba acostumbrada a lo mucho que comía ahora su hijo.

Las conversaciones entre los dos eran de todo menos normales. Osamu, muy concentrado y sin esbozar ni media sonrisa, leía tumbado la historieta por entregas de una vieja revista de manga.

La mayoría eran historias para público infantil de héroes de dudosa intrepidez.

—¡Ah, *issa chipappa!* —decía el personaje, con la espada al hombro, escapando.

Estos momentos no eran ni de tranquilidad ni de aburrimiento. En el fondo de un cuenco vacío quedaban restos de condimentos de las sobras de una sopa, y un continuo rumor de villancicos navideños «jingle bells, jingle bells», sonaba sin descanso colándose por el intersticio de la puerta de cristal. La madre también leía el número semanal de una revista, haciendo comentarios, de vez en cuando, como los siguientes: «Oh, en la región de Shikoku un perro crio a un bebé», etc., pero sin ninguna intención de llamar la atención de Osamu. Al cabo de un rato el humo de los cigarrillos que fumaban madre e hijo formó una humareda en la pequeña habitación que apenas dejaba ver con claridad el almanaque colgado en la pared.

¡Hasta ese punto era trágica la decadencia de ambos! Madre e hijo la sentían en carne viva, a su manera, y este sentimiento les empapaba el cuerpo; por eso enseguida les entró sueño. Sin embargo, como Osamu se había dormido primero, la madre evitó dormirse.

Durante la breve siesta, soñó con una actriz de renombre en el cine occidental; ya era la tercera actriz con la que soñaba. Como de por sí no le gustaban las actrices de cine, ese desprecio se reflejaba incluso en los sueños, era de lo más normal, y apenas se diferenciaba de las dos estrellas del cine con las que había soñado antes.

Al despertarse, se le habían dormido las mejillas, y cuando se puso de pie ante el espejo se dio cuenta de que se le habían quedado las marcas del suelo de tatami en la cara. Osamu miró el reloj. Quedaban menos de cinco minutos para su cita. Se apresuró a peinarse y masajearse la cara, pero no había manera de quitarse las marcas.

—No estás en nada, ya me podías haber dado una almohada al menos.

—Es que se te veía tan a gusto durmiendo que no quise despertarte. Vaya genio, mira que enfadarte por eso. Con el cuidado con el que cerré las puertas de la tienda para no despertarte, no es justo que me hables así.

A decir verdad, una vez cerrada la tienda, había permanecido a oscuras. Pensaba que se quedaría a pasar la noche, pero al ver a Osamu empezar a arreglarse, supo que esa noche debía de tener una cita con aquella mujer con la que acababa de empezar a salir. Madre e hijo eran capaces de comentar idealmente entre ellos sus asuntos amorosos, y hasta les gustaba hacerlo, pero sienten un pudor extraño que les hacía ponerse tensos y les impedía revelar en concreto los detalles de su situación personal.

La madre, que era puro instinto y detestaba apegos y normas, no puso pegas al ver marcharse a su hijo Osamu.

Osamu salió vistiendo un único jersey de cuello alto, que le daba un aspecto de actor de arte y ensayo. El jersey le quedaba bien sobre los hombros más anchos que antes, perfilaba perfectamente su proporcionado torso en forma de V. El joven

no podía evitar dar una imagen algo cómica de acróbata de circo.

—Voy al *night-club* —dijo directamente Osamu, de una manera que no solía ser frecuente en él a menos que le preguntasen antes.

—¿Así vas a ir?

—Voy a Shinjuku. Así seguro que me dejan entrar —dijo Osamu, una vez más preocupado por las marcas de la siesta sobre la cara. Cuando se marchó, no dio la menor muestra de simpatía, sino más bien de mal humor.

Andaba aceleradamente. Se preguntaba de dónde habría sacado su madre el dinero. Aquella pregunta no dejaba de acosarle en el interior de su mente.

«Si llevaba desde el verano hasta el otoño refunfuñando porque nadie le prestaba dinero...»

Ya casi era navidad, y en torno a las diez de la noche las tiendas de las calles comerciales iban echando el cierre, a la vez que cafés y bares encendían sus tenues luces nocturnas. Osamu, embutido en su jersey de cuello cisne sobre el cuerpo musculado, acudía con cierto retraso a su cita en el club de baile. No estaba nada mal... a falta de quitarse las marcas de la estera de tatami impresas en sus mejillas durante la siesta.

«Al bailar con la mujer, cuando en la distancia corta se dé cuenta, se reirá de mí. La clave es no salir a bailar hasta que me hayan desaparecido de la cara las marcas.»

Las calles estaban llenas de maleantes y aprendices de maleantes. Aunque hacía mucho frío, alguno que otro se remangaba las mangas de la ostentosa camisa hawaiana bajo la chaqueta. Al cruzarse con una mujer de la calle, ella le soltó un piropo. Osamu pensó que las prostitutas son las más honestas entre las mujeres. Jamás se había acostado con una.

Era un pequeño *night-club* en Sanko, en el barrio de Shinjuku, y más que a clientes locales, atraía a personas que venían de Shibuya buscando un local abierto hasta las doce.

La señora Honma estaba sentada en una silla, en cuyo respaldo había dejado un chal de visón plateado, y un collar de perlas relucía sobre su vestido negro. Estaba sentada en un oscuro rincón de la sala.

Había un árbol navideño enorme y la luz de sus adornos brillaba lánguidamente proyectándose sobre ella y filtrándose, tamizada y densa, por el collar de perlas.

Era una de esas mujeres acaudaladas que pululan en torno al mundillo de los actores de teatro y que gustaban de vivir el mismo ambiente en el que vivían estos cuando se bajaban del escenario.

Que la compañía del teatro Gekisakuza no tuviera nada que ver con el movimiento político contribuía a que, sobre todo en los años recientes, cada vez fuesen más las mujeres de esta clase entre su público. Les gustaba presumir de ser amantes de la literatura; algo diletantes y dándoselas de intelectuales, resultaban bastante insoportables, y entre ellas, sólo Mariko Honma se diferenciaba un poco.

Mariko, de acuerdo con la tradición gloriosa del mundo teatral japonés, pensaba que lo más importante para un intérprete era su belleza exterior. Mariko, por un lado, disfrutaba porque su marido le permitiese todas las libertades imaginables siempre que no se tratase de actos públicos, pero, por otro, se sentía hastiada de esta libertad convencional y maldecía aquella elegante permisividad que estropeaba hasta la alegría de sentirse desgraciada.

Mariko había estado interesado en el actor Suto, que solía hacer de galán, y había ido a bailar con él dos o tres veces, pero éste estaba casado y, lo que es peor, como estaba enamorado de ella, se dio por vencida y salió a bailar unas pocas veces con otros actores. Por ese motivo no gustaba, como si fuese un peligroso escorpión o serpiente, entre las jóvenes actrices del teatro. Una noche visitó, con intenciones de envolver a algún joven actor en sus redes, los camerinos de *Otoño*. Mariko se fijó en un joven que casi nunca había visto al pasar éste por el pasillo.

—¿Ése quién es? —le preguntó a un hombre que estaba a su lado.

—Funaki Osamu, un vago que se las da de galán.

—¿Es que no es guapo de verdad?

—Es un estudiante de teatro de los vagos de verdad. Apenas se le ve por los camerinos.

Aquella misma noche logró que se lo presentasen por todos los medios y lo invitó a salir. En mitad del baile, acordaron una cita para esa noche.

Tras intercambiar apenas unas pocas palabras, a Osamu le pareció la mujer más bella entre las mujeres que había tratado hasta ese momento, y además le sorprendió de Mariko su forma de hablar, no muy propia de una mujer de su clase. En cuanto hablaban a solas, ella cambiaba por completo y le piropeaba sin reservas.

—Los jóvenes guapos y con un cuerpo rudo son los que más me gustan. Se dice que las caras bellas se avergüenzan de la rudeza de su cuerpo, o a la inversa, que los cuerpos toscos se avergüenzan de la belleza de su rostro, ¿no te parece gracioso? Tú eres exactamente así —dijo Mariko.

Ella tenía el hábito de observar muy de frente a la gente. Sus ojos eran de un negro intenso. Osamu pensó que por primera vez había encontrado a su tipo de mujer.

Mariko olvidaba su propia belleza, no le daba importancia, y era la primera vez que Osamu encontraba a una mujer así. A pesar de eso, su belleza era innegable. Él había estado buscando siempre a una mujer así.

Mariko llevaba un peinado estilo retro que suavizaba su rostro; tenía una esbelta nariz, labios sensuales, una mirada profunda y una mezcla de belleza y poder, un estilo inusual en estos tiempos. Dientes grandes y perfilados, con un toque de ferocidad animal. Las luces de los adornos del árbol de navidad creaban sobre las perlas de su collar reflejos cambiantes que se tornaban en tenues rojizos, azulados y amarillos.

Mientras bailaban, ella no dejaba de decirle:

—Qué hombros más fuertes.

»Qué pectorales tienes.

»Vaya brazos tienes.

Cada una de estas palabras embriagaba a Osamu al escuchar las alabanzas que hacía ella de su cuerpo. En la oscuridad, sus palabras eran como un espejo que sacaba a relucir los rasgos de su musculatura bajo la penumbra. Lo que era totalmente indispensable para suscitar el amor de Osamu eran esas palabras. Al escuchar hablar así, en su corazón brotaban

sintonía y atracción por ella. Cada una de esas palabras daba en el centro de la diana. Era realmente una mujer inusual. Aquellas palabras no estaban dichas adrede, o porque dominase la técnica seductora, sino que le salían de dentro. Para Osamu era fundamental que ella dijese esas palabras alabándolo a propósito, él lo necesitaba. Cada una de esas palabras elevaba la caricia al nivel de idea, llevaba la vivencia a la expresión, realzaba el valor propio de los músculos de Osamu, y a través de esas palabras como mediación, se configuraba ante los ojos del propio Osamu la imagen real de su cuerpo, atestiguando su propia existencia.

Lamentablemente, en esas palabras, en las que la señora Honma no escatimaba alabanzas, se echaba de menos el vuelo de la imaginación. A través de ellas le habría gustado imaginarse un Romeo, un torero o un joven marinero, es decir, alguien diferente a él. Pero no aludían más que a su yo actual, un joven pletórico de músculos.

Cualquiera se habría echado a reír si hubieran dicho de Osamu que era inteligente. Con todo, destacaba por su capacidad ilimitada para distanciarse de lo intelectual gracias a su acentuada autoconciencia.

Bailaban sin cesar y después volvían a sentarse deshaciéndose en felices ademanes de pareja. Él apoyaba su mano sobre los hombros de ella, y ella apoyaba la cabeza contra su pecho; como esos gestos eran mucho más indolentes que sobre el escenario, mucho más cotidianos, tal vez no podían tildarse de nada más que simple felicidad. No había armonía en la pareja: ella, bella, con un vestido de fiesta, y él, joven con su jersey blanco de cuello alto; pero por eso sugería mucho deseo sensual. Unas copas bastaron para reemplazar conversaciones elegantes. Mariko se volvió hacia él y le decía cosas del estilo «Me gustan tus muslos». Eso era lo que decía Mariko cuando quería invitar a su compañero, como las mujeres de su entorno, a que le acariciase las piernas. Sin embargo, como Osamu no se enorgullecía de sentirse un hombre inteligente, no tenía motivos para sentirse humillado.

Cuando ella se sintió ya más tranquila, poco antes de las diez, empezó a sugerir ir a otro sitio. En aquel local no había

más que señores mayores, y más de la mitad, extranjeros. Había hablado hacía un rato con un americano ya entrado en años y una cara algo rechoncha e inexpresiva al conversar; a veces se le dislocaba la mandíbula, y de repente sonreía dejando ver su blanca dentadura. Hacía ese gesto para enfatizar la broma que acababa de soltar. También había un alemán mayor al que, cómo hablaba en inglés y pronunciaba «war» como «waa», no le entendía nada de lo que decía. Su marido, que jamás le había pellizcado el culo en la cama, en mitad de aquella aburrida fiesta se haría el despistado aprovechando a pellizcar el trasero de Mariko para distraerla.

Según Mariko, su marido era un adefesio de carnes fofas.

—Al parecer, a vosotras poco os importa que un hombre esté fofo o no tenga más que piel y huesos —dijo Osamu.

—Sí, puede que haya personas así, pero a mí no me gustan nada los hombres de hombros estrechos o con mucha tripa —dijo Mariko.

Si ella tuviera que formar un consejo de ministros, todos los miembros tendrían menos de treinta años y serían apuestos y fornidos. Mariko, siendo de esa manera, no era como las demás mujeres corrientes, propensas a decir «Ámame». Por suerte, a Osamu le bastaba con estar sentado y ensimismado en su propio mundo, o en otras palabras, de brazos cruzados.

Naturalmente esa noche fueron a un hotel. Una gran cama con cabecera dorada sobre una alfombra escarlata decoraba la habitación. Al otro lado de la alfombra, un pequeño jardín interior imitaba el jardín de piedras del templo de Ryoanji, sobre un lecho de arena, guijarros blancos y rocas. En aquella espeluznante habitación de hotel la señora Honma enseguida propuso a Osamu que se quitase la ropa. Él se desvistió rodeado de la vulgar decoración. Honma no dejaba de mirarlo complacida, y le dijo que su cuerpo era realmente escultural. Después se acercó y, como si estuviese en una tienda de visones, acarició su pecho, examinándolo; a continuación pellizcó suavemente sus pezones, de un leve tono bronceado. Mariko todavía estaba vestida.

Sin embargo, no es que Mariko se las diese de escultora. Observaba y acariciaba su cuerpo con un sentido puramente

estético; para ella aquello no tenía nada de vergonzoso o pecaminoso.

El hecho de que todavía no se hubiese desnudado se debía al simple exceso de luz en la habitación; además a ella, y en esto no era una excepción respecto al resto de mujeres, no le gustaba desnudarse más que en la oscuridad. Finalmente se metieron en la cama y Mariko apagó todas las luces. Ella era la personificación de la timidez. A decir verdad, era una mujer muy normal, leal y sincera; no tenía nada de frívola o interesada, ni era de las de buscar diversión sin más. El hecho es que Mariko, simplemente, tenía un carácter más directo que las demás personas.

Por otro lado, Osamu estaba algo desencantado. Que sólo percibiese atenuadamente dicho desencanto se debía a que era algo que más bien tenía que ver consigo mismo. Tenía ahora la impresión de que aquélla no era la mujer que siempre había deseado encontrar. Sin embargo, se quedaba sin palabras cuando trataba de definir con palabras a esa mujer ideal.

En pleno acto sexual, su existencia se difuminaba. Se fundía. Dejaba de atestiguarla. Entonces le brotaba un sentimiento de soledad, y tenía la impresión de quedar relegado a un segundo plano borroso en el trasfondo del acto sexual.

Aquella misma mujer que hasta hacía bien poco había alabado su cuerpo atlético y que había logrado sacar a relucir distintamente su existencia, como flotando ante sus ojos, ahora los cerraba y se sumía extasiada en su propio placer; era como si ya no hubiese el más mínimo vínculo con la existencia de Osamu, y así, con los ojos cerrados y sin oídos para nada más, se alejaba profundamente, cada vez más lejos.

A Osamu le parecía que algo así no debería suceder, pero en la vida siempre acababa sucediendo «algo así». Qué se podía hacer cuando las cosas no salían como uno esperaba; por más que prestases atención o te preparases, o por más que intentases arreglar las cosas, no había manera; para aquel joven actor no había cosa más desagradable que estar en la cama así, como viendo a otras personas actuar sobre el escenario. Si tenía que presenciar esa escena, era preferible morir.

El bello cuerpo de Mariko se correspondía con su rostro en cuanto a digna majestuosidad. Sus pechos voluminosos y erguidos realzaban un tenue tono bronceado, y también la fragilidad que se insinuaba en otras partes no producía una impresión de dureza, sino más bien de una intensa elegancia. Su piel era de una tersura suave, firme y cálida.

Al acabar, Osamu encendió la luz de la cabecera de la cama y Mariko le preguntó si la amaba con esa complacencia que se posee cuando uno cree haber proporcionado satisfacción a la pareja, como si fuese un regalo darle placer; a pesar de que era una pregunta natural en ese momento, a Osamu le molestó, pues lo traía de nuevo a la realidad presente. «¿De verdad crees que puedo amarte ahora?», pensó, callando lo poco acertada que le parecía ella al considerar su satisfacción. Por supuesto, antes de sumirse en el silencio, dio una respuesta trivial cumpliendo con lo que se esperaba en esas situaciones.

El silencio de la habitación, con aquella decoración vulgar y fuera de lugar, era horrible. El color dorado de las paredes, la alfombra roja, los guijarros blancos del jardín: todo brillaba con excesivo colorido en la noche. De repente se oyó el estruendo de las cañerías del baño de la habitación contigua y de la caldera con un quejido ensordecedor. Luego, de nuevo, silencio. Era para Osamu una noche sin más trascendencia que las demás.

Osamu era un maestro de la indolencia. Un especialista en matar el tiempo. Le daba lo mismo estar solo que acompañado, y aunque no estuviese especialmente interesado por ella, en cierto modo, se podía decir que lo estaba. Que alguien como él, pese a su desidia, manifestase interés impresionaba a las mujeres, y suscitaba atracción, lo que explica que la relación con Honma continuase por más de un año.

Estaba sorprendido de los cuantiosos regalos que le hacía Mariko. Tal como predijo su madre, en un solo invierno recibió hasta cinco trajes y abrigos. De John Cooper o Domille Flayer, de las mejores marcas.

Un día muy frío de enero, mientras paseaba con uno de esos trajes y abrigos a medida, se cruzó con Kyoko, su nariz algo rosada por el frío le daba el aire de una estudiante

universitaria.

—No hay manera de vernos —le dijo, y se quedó observando detenidamente su ropa—. Ya veo que te van bien las cosas.

Ésta era una ironía algo vulgar que no le pegaba mucho decir a Kyoko, pero a Osamu la broma no le pareció fuera de lugar. Entraron a tomar un té a una pequeña cafetería. Había muchos clientes.

—Mi madre ha abierto una cafetería en Shinjuku.

—¿Y qué tal le va?

—Aunque apenas ha empezado el negocio, curiosamente vienen bastantes clientes. Por primera vez, algo le sale bien. —Osamu se rio de su propia broma.

Después hablaron de Seiichiro. Al parecer, vivía en una casa nueva modernísima y llevaba una vida de casado al más puro estilo americano. No dejaba de ser curioso que un carácter tan complicado como el suyo ahora estuviese lavando los platos en casa.

El pasado fin de semana Kyoko había ido con un grupo de aficionados al golf a un hotel Kawana; al parecer, ella, en lugar de jugar al golf, se pasó todo el tiempo jugando al póker. El dueño del hotel (el señor X) estaba muy interesado en ella. Cuando Kyoko se aburría y pasaba sola por el *lobby,* haciendo un gesto con la mano como si empuñase un palo de golf le decía: «¿Hoy no vas a jugar?», y cuando se sentaba en una butaca de cuero, le comentaba: «Ahí sentada se te enfriarán las piernas». A Kyoko le hacían mucha gracia estas expresiones chapadas a la antigua de hombre de antes de la guerra como este señor, dirigiéndose a ella como si fuera una mujer tradicional de las de antes a las que no les habría extrañado nada esta forma de hablar. Sin embargo, Osamu no acababa de entender muy bien la alusión a la incoherencia anacrónica de esa época. En la época en la que él había crecido, no existía ya dicha galantería.

Decidieron ir al cine a ver *El egipcio*. La película era tan aburrida que los dos se dejaron vagar por la amplia pantalla de cinemascopio absortos en sus pensamientos. Osamu pensaba en su relación con esta bella mujer tan ociosa y con la que «no

tenía nada». Kyoko también pensaba en su relación con este atractivo joven con el que «no tenía nada».

La palabra «amistad» conlleva hipocresía. El vínculo entre los dos era más bien el de su desinterés sexual. Dicho más exactamente, los dos eran muy parecidos en lo que respectaba a su necesidad de suscitar continuamente el interés sexual del otro. El vínculo entre los dos era disfrutar de una tregua en esos momentos. A Kyoko le atraía la pasión ajena; en cambio Osamu estaba hambriento de la propia.

Al terminar la película, pasearon cogidos del brazo por las calles heladas. «Qué felicidad no estar enamorados, qué felicidad tener una relación que sea como la de la amistad familiar —pensó Osamu—. Delante de esta mujer no tengo necesidad de hacer poses adrede poniendo cara de español»; estaba tan feliz que le dijo:

—Oye, qué te parece si nos casamos cuando lleguemos a los ochenta.

Sintiendo el frío en la cara, Kyoko también adoptó un semblante que podría confundirse con el de la felicidad.

—Sí, a los ochenta, cuando los cumpla, me casaré contigo.

Era un invierno sin nieve, aunque mientras paseaban parecía, aunque sin decidirse, a punto de nevar. Kyoko invitó a Osamu a cenar porque éste le dijo que le explicaría detalladamente su relación con Mariko Honma. Al entrar en el restaurante, a Kyoko le picaron las orejas debido a la calefacción del local. Era como la señal del dolor que produce el frío en la piel, y también del entusiasmo al escuchar hablar de los asuntos amorosos de otras personas.

Antes de los entrantes, Kyoko pidió a Osamu que le contase lo prometido:

—Entonces, ¿cómo fue? ¿Dónde os conocisteis?

—Nos conocimos en el camerino del teatro.

Por supuesto a Osamu no le desagradaba hablar de sí mismo. Sin embargo, revivir lo sucedido al contarlo sólo incrementaba la sensación de vaguedad. Era como uno de esos tejidos baratos teñidos de varios colores que al meterlo en el agua enseguida se diluyen en una vaga turbiedad. Pero para muchas

personas es al revés: la memoria les sirve para cerciorarse de la vivencia al revivir la experiencia pasada y así profundizan en el sentido de esa existencia; para Osamu era justamente lo contrario. Él carecía de ese mecanismo de la memoria; sin darse cuenta, iba acumulando suciedad en su interior, produciéndole desagrado y envolviéndolo en un mal olor. Le dio miedo ver la cara de satisfacción de Kyoko al escuchar un relato que a él le daba náuseas. Entre todos los semblantes de Kyoko, que era tan rica en expresiones, aquél era para él un enigma.

Sin embargo, no era un enigma indescifrable, Kyoko tenía una capacidad de escucha sorprendente.

Mientras estaba escuchando hasta el más mínimo detalle, era capaz de compartir cómodamente la memoria del narrador como si lo viviese; al final, le arrebataba su memoria, hasta el punto casi de apropiársela. Actuando así, Kyoko se apropiaba de su memoria pero la despojaba de la sensación de pérdida, desilusión o mal sabor de boca, configurando otra experiencia distinta. Además, esas fantasías constituían el material de su propia existencia.

Cuando lo escuchaba atentamente, pendiente con todo su ser de las palabras de este chico apuesto hacia el que normalmente no sentía nada, empezaba a sentir algo, incluso como si se enamorase de él. Sólo en ese momento la flor artificial parecía natural. La idea que se representaba era como la de estar acostada con él al ponerse en su lugar.

Como resultado de todo eso, Kyoko comprendía algo sobre sí misma, captaba lo que era para ella vivir. La vida, la experiencia, todas esas complicaciones no tenían relación con ella, pero no era por falta de valor; gracias a eso, Kyoko tenía un carácter que no la llevaba a retirarse de la vida, dando marcha atrás; en su caso no se había cumplido la regla de que «en la vida hay cosas que sólo se saborean una vez, no vas a poder vivir lo mismo en otro lugar o con otra persona, esto no se repite, pues no hay más que una vida». La memoria que ella había cosechado de numerosas personas conservaba un perfil más definido y con más erotismo que las vivencias que ella misma había experimentado en carne propia. Aquella noche

dormiría plena de satisfacción. Mientras que para Osamu el relato del recuerdo no era más que una mera reminiscencia, en el interior de la memoria de Kyoko todo se sedimentaba y permanecía asentado en el fondo. ¿Qué diferencia habría entre la experiencia de ambos? ¿No cargaban ambos con un carácter muy parecido en lo que respectaba a la experiencia de la vida de Osamu? Entonces, ¿qué sentido tenía decir que Osamu «había vivido algo»?

Al acabar los postres, Kyoko, después de escuchar la detallada explicación de Osamu, se fijó en la cara abstraída de éste.

Tras compartir sus recuerdos, los dos se sentían más unidos. Como tenían ganas de permanecer juntos, después de la cena siguieron paseando cogidos del brazo por las calles desiertas. La gente, tras gastar dinero en compras, ya había vuelto a casa, y las calles estaban desiertas. Los escaparates de ropa y las tiendas de productos occidentales, vacíos, sin clientes. Brillaban pendientes y collares en un escaparate que sería empañado por el rocío durante la noche.

—¿Es que no eres actor? ¿No puedes fingir mejor que eres mi amante? —le dijo vivamente Kyoko.

—Yo sólo represento ese papel sobre un escenario.

Osamu tuvo ganas de que Kyoko se metiese con él en broma por no conseguir el papel que no le habían dado. Sin embargo, ella, muy educada, no quería herir a nadie.

—De acuerdo, pues cuando tengamos más de ochenta años, muéstrame esa cara —le dijo modestamente Kyoko.

Entre los edificios chisporroteaban las vías al paso de un tren.

«Llegará un día en que envejeceremos, sí —pensó Osamu tal vez por primera vez en su vida—. Me convertiré en un viejo de esos que presumen de la fuerza y agilidad que tenían de jóvenes.»

Se acercó insistente una colegiala que vendía flores; llevaba un ramo mojado de flores envuelto en celofán e insistía en vendérselos. Osamu se paró y se lo compró. La chiquita le dio el ramo, y el color rojizo de sus pulgares destacó de los guantes.

—¿Son para mí? —dijo ella.

—No —contestó secamente él.

Con sus guantes Hermès, regalo de Mariko, Osamu, mientras andaba, desmenuzaba sobre la acera el burdo ramillete de crisantemos, narcisos y rosas de invierno. Kyoko también le ayudaba. Andaban arrojando los pétalos sobre la acera.

—Parece que hayamos bebido, ¿verdad? —dijo Kyoko.

Los dos, ya sin ningún rubor, se alegraron; se presentía que iban a perder la vergüenza, pero de repente todo acabó con el ramillete desmenuzado sobre la acera.

# Capítulo 5

Según una ley no escrita de la universidad, Fukai Shunkichi dejó de ejercer de capitán desde el año pasado. Con el comienzo del año, los exámenes de carrera se acercaban, pero él no faltaba ningún día a los entrenamientos. Estudiaba lo mínimo. En realidad, más como si fuera un amuleto, se llevaba los libros de economía al lugar del entrenamiento. Sin embargo, de los ciento veintiséis créditos, todavía le quedaban noventa por estudiar.

Como los exámenes ya estaban cerca, en el pabellón de Suginami los entrenamientos eran libres, y era menor el número de participantes.

Los más jóvenes, por supuesto, y también el nuevo capitán Tsuchida, seguían tratando a Shunkichi con el debido respeto hacia un capitán. Al entrenar, él era, de hecho, el responsable a nivel técnico. Tsuchida, en cambio, les daba las órdenes durante el calentamiento.

A pesar de estar a finales de enero, hacía buen tiempo y calor. Ese día el director de equipo Kawamata no estaba porque le habían pedido ejercer de árbitro en una pelea en Yokohama. Los miembros del equipo de boxeo, como siempre, eran poco expresivos, pero momentos antes de empezar el entrenamiento se les veía ya más cómodos con el atuendo de boxeo mientras se colocaban los guantes.

Shunkichi llevaba unas mallas viejas de color azul a juego con unos pantalones cortos con la insignia de la universidad, y observaba a los miembros más noveles del equipo. Entre ellos había alguno con la cabeza completamente rapada y aspecto de pasar frío. Era una regla del equipo que los más veteranos cortasen el pelo al cero a los novatos al entrar al equipo.

Los jóvenes de este grupo de novatos apenas sonreían. El origen de la juventud, la fortaleza y la velocidad brotaban desde dentro de aquellas cabezas peladas como tocones y

estaban grabadas en la ruda frescura y la decidida llaneza de sus rostros. Su sistema nervioso reaccionaba ante el menor contacto, como un resorte que saltase para devolver el golpe, y alertaba a sus cuerpos para salir de su sopor, inmovilidad y oscuridad. Shunkichi siempre había sido así también...

Pero ahora él era un veterano, a punto de graduarse; al fin había logrado dar un paso adelante. Mientras ejercía de capitán, había engrandecido su palmarés universitario con nuevos triunfos. Ya había conseguido ganar en la final de la liga universitaria Este-Oeste. Los diplomas de honor de aquellas recientes victorias ondeaban colgados en las paredes llenas de hollín del pabellón.

Los jóvenes querían seguir los pasos de Shunkichi, pensaban que podrían superarlo, como el empuje de aquellas nuevas oleadas... No se trataba de emoción o sensiblería, era una mezcla de brutalidad envuelta en cierta timidez, como la que se trasluce en la manera de saludar de aquellos jóvenes universitarios frente a aquellos ribetes dorados de las medallas, trofeos y diplomas de honor.

Se sentía satisfecho de todo eso. Tiró de dos largos cordones dorados, como si fuesen unas riendas, alargándolos hacia el pecho y se calzó las zapatillas de boxeo. En ese momento, a través de la ventana, vio la figura de dos personas entrando por la puerta hacia el patio.

Uno de ellos era Matsukata, boxeador del equipo de boxeo Hachidai, compañero veterano de la misma universidad de Shunkichi y que el año pasado había perdido el título de peso pluma. El otro era Hanaoka, presidente de una empresa de termos y apasionado del boxeo.

Nada más verlos aparecer, Shunkichi supo el porqué de su visita. El presidente era un apasionado del boxeo, y su empresa de termos Toyo Seibin era una de las dos compañías que le habían ofrecido un contrato a Shunkichi. Hanaoka tenía buena relación con Hachidai Mitsugi, el director del equipo de Hachidai, y a través de Matsukata trataba de perfilar los detalles de la entrada en el boxeo profesional de Shunkichi. Entraría en el equipo profesional de Hachidai y a la vez sería contratado por Toyo Seibin, pero como la relación entre el

director del equipo y el presidente era cercana, tendría un trato preferencial como empleado y podría eludir el trabajo todo lo que quisiese en caso de tener entrenamiento o una pelea. Los clubes profesionales preparaban unos contratos con dichas condiciones con el objetivo de contratar a los deportistas.

No obstante, se sorprendió al ver que el presidente en persona había venido al entrenamiento. Aquel hombre de talla diminuta y mediana edad, con aspecto de comercial nervioso, no tenía nada que ver con el mundo del boxeo, pero a partir de este año, ya en la segunda mitad de su vida, quiso disipar su imagen modesta tratando de suscitar una admiración a su alrededor que resultase más masculina. Para ejercer de patrón de luchadores de sumo no bastaba con sus propios recursos para la inversión. Aconsejado por otros, en primavera del año pasado vio por primera vez un combate de boxeo y desde entonces le excitó la idea de hacerse patrón de uno de aquellos jóvenes y brutos boxeadores; además, no era tan costoso como el sumo. Así con esa tranquilidad, soltó una frase estereotipada que se apresuraba a decirle a todo aquel que se encontraba:

—¡En comparación con las mujeres, enamorarse de un hombre sale mucho más caro!

Hanaoka, de vez en cuando, se dejaba ver por una esquina del cuadrilátero en los combates patrocinados de Hachidai, pero todavía entendía poco de boxeo, hasta el punto de apostar como favorito por un boxeador que estaba a punto de desplomarse sobre la lona y no tenía ninguna pinta de recuperarse. «Ése va a ganar», decía. Hanaoka ansiaba que llegase el día de ir al gimnasio a ver a un boxeador patrocinado por él y darle toda clase de instrucciones. No sería un boxeador ya hecho; aunque fuese profesional, debía ser alguien nuevo en los cuadriláteros y aspirante al título. Como Hachidai Mitsugi estaba muy interesado en Shunkichi, enseguida le hizo esta propuesta difícil de rechazar.

—Eh.

Matsukata se puso de puntillas asomándose por la ventana. ¡Hola!, dijo con un tono muy suyo. Con ese modo de sonreír, magnánimo y a la vez descuidado, mostraba un aire autoritario

y acogedor, muy típico del veterano del club deportivo que no prodiga esta actitud con todo el mundo, sino solo con inferiores como Shunkichi. A éste le resultó algo sombrío, pero lo cierto es que no le dio importancia ni le dio más vueltas. Shunkichi, por lo general, no era una persona que necesitara de especiales mimos.

Hanaoka, que por mediación de Matsukata ya se había visto con Shunkichi en dos o tres ocasiones, trató de mostrarse más decidido, menos modesto:

—He venido a ver cómo te entrenas.

—Con lo ocupado que está el señor presidente, algún motivo tendrá, ¿no crees? —añadió Matsukata con su típica voz cascada y ronca de boxeador.

Shunkichi se apresuró a atarse los cordones; después se dirigió al patio y saludó a Hanaoka con una inclinación de cabeza. Afortunadamente, Shunkichi no abrió la boca. Es decir, tal vez era más efectivo simplemente mostrar su lustroso cuerpo, la complexión flexible de los hombros, su movimiento de piernas y la fuerza de su puño al golpear el saco. No obstante, bastó su natural parquedad en palabras para impresionarle.

Tsuchida se puso al lado de Shunkichi y le dijo:

—Ya empezáis a calentar, ¿no?

—Sí.

En el patio ya había algunos jóvenes del equipo calentando, ensayando posturas suaves, girando a los lados el cuello, moviendo los hombros o haciendo estiramientos. Todo indicaba lo duro que iba a ser el entrenamiento.

Hanaoka dio un traspié tropezando con el borde del desagüe de desperdicios de verduras de invierno de la cocina. Matsukata lo sostuvo justo a tiempo.

Tras el entrenamiento, Matsukata y el presidente le dijeron que lo esperarían en una cafetería frente a la estación y se fueron antes. Shunkichi se duchó.

Después de cambiarse en el pabellón de entrenamiento y ver que el *fusuma* de la habitación para los miembros nuevos del equipo estaba abierto, en el futón parecía que había alguien durmiendo. Pensó que sería alguno de los nuevos

escaqueándose del entrenamiento y Shunkichi dijo en voz alta:

—¿Hay alguien?

El futón se movió levemente dejando asomar un brazo desnudo. El sujeto que estaba durmiendo lo miró fijamente.

—Pero si eres tú, Haraguchi.

Haraguchi era compañero de Shunkichi, miembro del mismo equipo de boxeo. Shunkichi, de pie, le preguntó:

—¿Cómo va tu úlcera? ¿Te recuperaste ya?

—¿La úlcera? Ya estoy bien.

—Vaya, no sabía que eso se curase tan pronto.

—Venga, siéntate.

Haraguchi se levantó todavía con el sucio futón de algodón cubriéndole, sacó un kimono de algodón grueso que tenía bajo la almohada y fue a sentarse con él, y en esa posición metió los brazos en las mangas del kimono. Debajo no llevaba más que los calzoncillos.

Shunkichi se puso un jersey sobre la camiseta de entrenamiento y se sentó.

Uno de los chicos nuevos, cuando al volver a la habitación vio a los dos veteranos conversando, cogió la ropa que tenía colgada en una percha y salió inmediatamente.

Shunkichi durante todo el año no había visto a Haraguchi más que de dos maneras: con unos simples calzones de boxeo o con una sencilla chaquetilla gruesa de kimono sobre los calzones. Cuando le enviaban dinero desde su pueblo, Haraguchi no podía evitar gastárselo todo en una sola noche, aunque usaba una parte para desempeñar su traje y su reloj, de manera que cuando salía apenas era reconocible; al volver otra vez se enfundaba en sus calzones de siempre por toda vestimenta.

Haraguchi al principio comenzó con mucho empuje y afán heroico, como en un sueño, al entrar en el equipo de boxeo; gracias a dicho heroísmo no dejaba de lesionarse.

—Otra vez han venido de Hachidaiken para hacerte una oferta, ¿verdad?

Sin esbozar la más mínima sonrisa, le habló así mirándole fijamente; aunque su palmarés era bastante inferior al de Shunkichi, tenía la cara mucho más estropeada por los golpes.

—Sí, ¿cómo lo sabes si estabas durmiendo?

—Hace un rato los vi por la ventana.

Shunkichi cambió de tema de conversación:

—De vez en cuando te iría bien entrenar. Seguro que le va bien a tu estómago.

—¿Para qué? ¿Quién va a venir a verme entrenar?

Shunkichi se quedó callado. Él no había nacido para ayudar a consolar a los demás.

Haraguchi tenía unas marcas negras en los ojos debido a los golpes, y su nariz pequeña carecía de perfil definido. La cara solía ser un reflejo de la forma de pensar. Los pensamientos de Haraguchi giraban en torno a la idea del «fracaso heroico», y su cara era un fiel reflejo de ellos.

Por así decirlo, él era como el parásito del pabellón de entrenamiento de los boxeadores. Lo único que realmente temía era la mirada del director de equipo Kawamata, del que siempre se escondía. Llevaba medio año sin participar en ninguna pelea. Como había sufrido tres derrotas consecutivas, había dejado de competir y no hacía más que faltar al entrenamiento; por las noches bebía, y de ahí sus problemas de úlcera, y durante un tiempo había regresado a su pueblo natal. Asistía a la universidad con mucha menos frecuencia que Shunkichi y le quedaban pendientes ciento tres créditos.

Ocurría en muchos ámbitos sociales: personas aparentemente incompetentes no cesaban en su cargo, condenadas por el destino a eternizarse en el puesto. En potencia y rapidez, Haraguchi no superaba el nivel corriente. Pero carecía del tesón y la paciencia requeridos para ser un buen atleta. Sin duda comenzó a boxear para compensar su incurable carencia de energía y su debilidad. Pero a medida que pasaba el tiempo, cada día se daba más cuenta de cuánto le faltaba para crecer. No lograba salvar la honda brecha abierta entre lo agresivo de este deporte y su ánimo deprimido, sin señales de mejora. Atascado entre la presión que imponía este deporte tan intenso y la dificultad de corregir los síntomas enfermizos de su ánimo depresivo, sentía la dificultad de entregarse de lleno a la faena. Aunque procurase mostrarse indiferente ante la victoria o la derrota, no lo conseguía.

Cuando era derrotado, la brecha se percibía más claramente. Bajo la superficie de su cuerpo empeñado en el ejercicio y su voluntad de ganar, se notaba lo arraigada que estaba su pusilanimidad.

Un tipo cuya existencia se definía por el dinero que se le esfumaba de las manos en un santiamén y que por toda vestimenta lucía una chaquetilla de kimono de estar por casa y calzoncillos... Era una caricatura del boxeador. Por más que se esforzase, de repente sobre el cuadrilátero la capacidad de actuar se desvanecía; desnudo ante el peligro, el solo calzón de deporte que lo cubría, en vez de protegerlo, parecía destinado a atraparlo como dentro de una red de pesca sanguinolenta. En realidad, Haraguchi dejó de ser capaz de distinguir las dos caras de su carácter contradictorio: el empuje y el desánimo. En el fondo de la acción, veía el reflejo de dicha incapacidad, y en cada una de aquellas debilidades y fracasos veía la fuerza de la acción. Fuera una cosa u otra, todo se convertía en material para su propia autojustificación; eso le proporcionaba valor, si es que podemos darle ese nombre.

Todo cuanto desmejoraba la condición física, el alcohol y las mujeres, el tabú de los boxeadores, el blanco borroso que reflejaban las farolas de las calles con un color que impresionaba en días de resaca... Todo eso, si él no fuese boxeador, no le causaría dolor ni sentimientos encontrados, simplemente disfrutaría de ese placer trivial. Con el único fin de saborear el trágico colorido de su trivial desorden, Haraguchi necesitaba ser boxeador.

Haraguchi dejaba sus deudas sin pagar, resultaba desagradable para todos y se fastidiaba el estómago. Antes del examen de graduación, como de todos modos estaba seguro de que suspendería, empezó a ver claramente que debía tomar una decisión capaz de consumar con un resultado soberbio la carrera hacia una meta heroica a la que se había apuntado casi sin pretenderlo.

Sería una mezcla de brillo y oscuridad, la gloria al revés. En ese momento, el fracaso y su debilidad para él tan cercanos tal vez serían coronados con el resplandor de una brillante luz.

Haraguchi se equivocaba cuando envidiaba a Shunkichi. Era

extraño, si lo envidiaba, al menos debería ver correctamente los defectos de Shunkichi. Haraguchi no veía a este amigo, hombre de acción, sencillo y honesto, del mismo modo que al resto de las personas, como por ejemplo a Hanaoka o Matsukata.

A decir verdad, delante de Haraguchi, Shunkichi sentía cierto remordimiento complacido, ya que veía en la soledad de Haraguchi el reflejo y el símbolo de su propia soledad. Ante este amigo al que no había manera de salvar, se sentía libre. Le bastaba brillar con su propia vida.

—Es un buen gimnasio, como el mío no hay otro, te lo puedo garantizar —dijo Matsukata.

Shunkichi también conocía bien el gimnasio de Hachida. Era el club en el que estaba su compañero veterano Matsukata, y había ido ahí a hacer de *sparring*. El director de Hachidai ya entonces se fijó en Shunkichi.

Por la ventana de la cafetería nueva se veía la calle animada frente a la estación a primeras horas del atardecer. Hanaoka bebía cerveza, Matsukata y Shunkichi, zumo de naranja.

—Seguro que enseguida podrás pelear en combates de seis rondas. Como *amateur,* ya estás acostumbrado a los de tres asaltos; tal vez te preocupa tu condición, todo el mundo suele decirlo, pero a seis rondas los *amateurs* pueden ser fuertes. De todos modos, si te preocupa, puedes hacer entrenamientos especiales de seis rondas. En tu caso, basta con que pelees un par de veces o tres en combates de seis rondas y ya estarás listo para los de ocho rondas. Pero bueno, no se convierte uno en estrella así como así.

Matsukata hablaba solo. Hanaoka observaba en silencio con gesto complacido.

—Además, aunque aquí está el presidente —Matsukata, en tono gracioso, lo dijo con una voz para que lo oyera él—. Yo no debería decirte esto delante de él. La empresa te pagará una nómina fija, además del dinero de las peleas, de manera que puedes ya hacer cuentas con optimismo.

Shunkichi se enrolló en el dedo la pajita de papel al terminarse la bebida. Unas gotas blancas se deslizaron, transparentes, por su dedo. Estaba siendo objeto de atención,

lo seducían con proposiciones para que entrara en su club, sentía que rebosaba de juventud y fuerza, no era malo del todo sentirse como un tomate maduro sobre la mesa. Después del entrenamiento, su circulación sanguínea se aceleraba, y todo cuanto veía o escuchaba se intensificaba. El ruido de los platos, el ir y venir de la gente, la música del tocadiscos: lo percibía todo lejano, brillando en la oscuridad difícil de captar. Era como la impresión del recuerdo vago que queda del instante de lograr el honor y gloria. La voz del público, los aplausos. No había nada de malo en ello. «Voy a darme un baño de gloria hasta el cuello.»

Pero, al fin, sería la hora de salir del baño. Tal vez Matsukata, que estaba ante él, vería su cuerpo salir del baño de gloria, chorreando en ella, secándose y saliendo desnudo del baño.

Shunkichi de repente abrió los ojos como despertándose. Él era de poco pensar. Sólo veía el espacio ante sus ojos y puños ante sus ojos, sólo una masa de carne humana que aguardaba recibir el golpe. Un ángulo y distancia cambiantes que se extendían y replegaban como una fina lámina de papel, el cuerpo del enemigo como un grueso biombo de carne necia. Las gotas frescas de sangre dispersándose como polvo de polen ante sus guantes y la guardia baja de su oponente como un fino papel en blanco ante sus ojos. Lo importante en aquellos movimientos era aquella realidad golpeable, algo obvio. El resto no importaba.

—Acepto —dijo Shunkichi de repente. El diente de oro de Hanaoka brilló en su boca, mirando a Matsukata con una risa silenciosa. Matsukata, un poco nervioso:

—¿Tu madre no pondrá problemas? ¿No decías que estaba en contra?

—No hay problema —dijo categórico Shunkichi sin pensar en nada.

—Estupendo, estupendo, en Hachidai se alegrarán. Desde hoy Shunkichi Fukai es nuestro empleado. Esto hay que celebrarlo. Matsukata, llama enseguida a tu jefe, nos reuniremos para el banquete en el «Torigen» de Shinjuku.

Hanaoka se levantó mientras hablaba y cogió delicadamente

con la punta del dedo la cuenta de la mesa algo pringosa de grasa.

Al día siguiente a Shunkichi se le olvidó comentárselo al entrenador Kawamata. De todos modos, no era infrecuente este comportamiento entre jóvenes que se hacían profesionales y obtenían más tarde el consentimiento de sus entrenadores. Kawamata entrenaba como siempre sin esbozar ni media sonrisa, simplemente daba órdenes; aquella cara malhumorada era en realidad señal de su buen humor en el entrenamiento, terminado el cual se fue sin decir nada.

Empezaron los exámenes de graduación. El libro de la universidad que Shunkichi siempre llevaba consigo como si se tratase de un amuleto apenas lo había leído.

Hay que decir que Shunkichi carecía de creatividad individual. Ésa era la razón de que tampoco tuviese maldad.

Tenía que aprobar asignaturas que sumasen noventa créditos de una vez. Para ello debería administrar muy bien su tiempo. En una sola hora tendría que haber hecho la difícil proeza de contestar a toda prisa las respuestas de tres asignaturas de doce créditos en total. Por ejemplo, debería pasar los exámenes de historia de la economía, contabilidad y estadística, que coincidían en el turno de primera hora.

Nada más entrar al examen de estadística, Shunkichi se puso a buscar a Haraguchi. Entre los ciento tres créditos que no había hecho aún Haraguchi estaba seguro de que en esta asignatura tenía cuatro créditos; por eso lo más probable es que se presentase a este examen. Sin embargo, Haraguchi no aparecía. Los ventanales de la clase estaban empañados a causa de la calefacción; tras los cristales, el plomizo cielo invernal, y dentro, el sonido de los folios al distribuirse entre los alumnos y alguna esporádica tos.

Shunkichi, con la punta afilada del lápiz en el mentón, observaba distraído cómo iban escribiendo las preguntas del examen sobre la pizarra negra. La penca del lápiz le producía un ligero dolor en la barbilla. ¿No era extraño que aquel mentón fuerte y recio como una piedra fuese tan sensible? Se acordó de que su entrenador dijo en una ocasión que entre todas las técnicas de entrenamiento del boxeo todavía no se

había descubierto la manera de fortalecer la barbilla.

«Compare y analice los datos estadísticos sobre grupos sociales naturales cotejándolos con los grupos configurados artificialmente.»

Aquel problema no tenía nada que ver con él. Absolutamente nada. Se colocaban en una balanza toda clase de conceptos generales surgidos de cálculos abstractos y se pesaban solemnemente, medidos por una mano blanca intelectual que levantaba de la nada un mosaico semejante a un vetusto y decadente monasterio. Era un procedimiento de maneras siempre predeterminadas, el crimen de compendiar la realidad y confinarla en un cajón; después, había que quedarse todo el día sentado ante dicho cajón amenazando al hombre que debe darnos la clave para abrir su cerradura.

Shunkichi no se sentía obligado en lo más mínimo a resolver aquellas preguntas. Entre él y las preguntas del examen, si no había puntos en común, era como si no hubiera necesidad de lucha. No tenía relación con el cuerpo, tampoco tenía nada que ver con un movimiento ágil ni con una cara ensangrentada. Tan sólo la difuminada presencia de un espectro intelectual le había lanzado los problemas del examen retándolo; llevaba un extraño sombrero calado, y los rayos de sol en la claridad de la mañana invernal, sentado ahí con un letrero colgado al cuello que decía: «Sé comprensivo».

Shunkichi escribió en el folio del examen:

«Me llamo Shunkichi Fukai y soy del equipo de boxeo universitario. Llevo cuatro años en el club dando lo mejor de mí; también me esfuerzo en mis estudios, y ya he sido contratado por una empresa. Una vez que me gradúe en esta universidad, me comprometo a no manchar su reputación. Les ruego comprensión».

Escribió rápidamente esas líneas y entregó el examen; después dio media vuelta y salió de la sala dando la espalda al examinador, que se quedó mirándolo dubitativo. Salió corriendo a toda prisa por el pasillo para no llegar tarde tratando de hacer el menor ruido posible y se dirigió a la sala en la que se celebraba el examen de historia de la economía.

En el siguiente examen, de historia de la economía, como

antes había escrito con excesiva brevedad, se puso a escribir de memoria lo que se leía en el reverso del carnet de estudiante sobre el ideario de la universidad: «El espíritu de esta universidad privada es desplegar los valores democráticos de la individualidad, la autonomía de los alumnos, buscadores de la verdad, con una educación práctica, pulir su personalidad y su capacidad de discernir; a ese tipo de personas queremos enviar a la sociedad»; después, como no recordaba nada más, volvió a repetir el saludo escrito del examen anterior.

En el siguiente examen, como no tenía nada más que escribir, se limitó a poner unas palabras cordiales de saludo como en el anterior examen de estadística.

Entregados los tres exámenes, salió fuera. Allí, en un lugar soleado tras unos árboles sin hojas por los rigores del invierno, unos estudiantes fumaban apoyados contra la pared. Como no fumaba, el descanso se le hacía muy largo. El humo de los cigarrillos se mezclaba nítido en la atmósfera fría de la mañana, y en el jardín estrecho y urbano se veían marcadas sobre la tierra las huellas de haber pasado el rastrillo.

Se sentía bien, liberado del peso de los exámenes, pero como apenas se había esforzado, le quedaba el regusto de haber hecho algo inapropiado. Sin embargo, no cabía duda de que resultaba agradable dar por concluido el esfuerzo que suponían los exámenes. ¡Noventa créditos en un abrir y cerrar de ojos!

Un día, tras los exámenes de graduación, Shunkichi fue llamado al despacho del jefe de estudios. Preocupado por lo que pudiera pasar, decidió contar con el apoyo de su entrenador Kawamata, y se fue a buscarlo. No lo encontró por ningún lado. Al abrir la pesada puerta de la sala de investigación se sorprendió al encontrarse al otro lado de la mesa al jefe de estudios y al entrenador Kawamata sentados uno junto a otro. Ambos eran de la misma promoción universitaria. Le daba la impresión de que Kawamata estaba allí sentado con el fin de apaciguar los ánimos. Sin embargo, el primero en manifestar su enfado fue Kawamata, que a voz en cuello, sujetando en la mano el folio con el saludo de presentación que Shunkichi había escrito en el examen, le dijo:

—¿Qué es eso de que ya has encontrado trabajo? ¿Por qué no me lo has dicho? ¿Dónde vas a trabajar?

—En Toyo Seibin.

—Pedazo de idiota. Entonces, piensas irte a Hachidai, ¿verdad? ¿Cómo no me dijiste que vas a hacerte profesional? ¿Por qué no me pediste consejo? Los jóvenes de hoy en día no sabéis lo que es el respeto ni el deber, es preocupante.

—Me olvidé —dijo Shunkichi, mintiendo con cierta malicia.

—¿Olvidado? ¡Vaya aires que te das ahora, Shun! Aún no tienes derecho a excusarte por desmemoriado. Cuando hayas ganado un premio unas diez veces, entonces podrás permitirte el lujo de fingirte olvidadizo. No vengas a decirme ahora que una pequeña magulladura te dejó amnésico. El susto que le vas a dar a tu madre va a ser todo un golpe, y con lo propenso que eres a la amnesia, mejor no hacerte profesional.

El jefe de estudios, serio, daba vueltas por la sala; tras la enérgica reprimenda del entrenador, la suya carecería de autoridad. Tras unos veinte minutos quejándose y adoctrinándole sobre la poca seriedad de escribir así en un examen, arrancó a Shunkichi el compromiso de que se sometería a un nuevo examen de reválida.

El examen tuvo lugar a mediados de febrero. Shunkichi volvió a escribir en las hojas de examen exactamente el mismo saludo de presentación que la vez pasada.

Por la mañana, al día siguiente del examen, Shunkichi recibió una llamada de teléfono inesperada. Corriendo, con sólo una chaquetilla de kimono encima, bajó hasta el teléfono de una verdulería cercana. Haraguchi había muerto.

Se cambió de ropa y salió a toda prisa hacia el pabellón de entrenamientos de Suginami. El camino todavía estaba helado de escarcha. Corrió sin parar hasta la estación. Después siguió corriendo hasta el pabellón de entrenamiento. Cuando corría en los entrenamientos, siempre lo hacía tomando un desvío por un camino de tierra; hoy era la primera vez que corría desde la estación hasta el pabellón.

Mientras corría a toda velocidad, se sentía francamente a gusto. Simplemente correr, correr sin más, incluso por esas calles trilladas, proporcionaba un placer que desplazaba otros

sentimientos. Era un mecanismo parecido al conocimiento intelectual, que tanto despreciaba. La mañana invernal emanaba olor de alcanfor, le llegaba el sonido nítido de una radio a mucho volumen, le acariciaba un sol puro y limpio... En el culmen del grato placer provocado por el sudor del ejercicio físico, en todo este conjunto de sensaciones iba a colocar la muerte del amigo antes de ver la cara del finado. Se acordó de la visita en verano a la tumba de su hermano mayor. Entonces le impresionó que la muerte acogiese a su hermano como consecuencia de una acción firmemente decidida. Shunkichi estaba preparándose para asumir la incomprensible muerte de Haraguchi.

Abrió la vieja puertecilla lateral del pabellón. Dentro, el suelo del jardín del patio frontal estaba helado, y de la escarcha pulverizada bajo las suelas de sus zapatos surgió un sutil reflejo cristalino. Nadie lo esperaba. Subió por una escalera oscura. En ese mismo instante, Tsuchida bajaba por la escalera.

—Lo siento. Fue mi culpa, no me di cuenta hasta esta misma mañana.

—No diga eso, por favor. ¿Se lo han dicho ya a Kawamata?

—No contesta al teléfono. Le envié un telegrama.

—Hasta que no llegue él, conviene no apresurarse. ¿Ha venido algún periodista?

—No, sólo el repartidor de prensa.

—Idiota...

Al ver lo conmocionado que estaba, Shunkichi sintió lástima por Tsuchida. Shunkichi sentía una pesada y, en cierto sentido, agradable responsabilidad.

Subió al primer piso y abrió la puerta corredera del *fusuma*. Haraguchi yacía sobre el futón con un pañuelo cubriendo su cara. Había un grupo de cinco o seis estudiantes con gesto serio sentados en torno al cadáver, algunos llorando entrecortadamente. A la altura de los hombros, sobre el futón, se apreciaba la ropa de Haraguchi, vestido con su mejor traje.

Uno de los jóvenes retiró el pañuelo de la cara de Haraguchi para que Shunkichi pudiese verlo. Tenía la cara hinchada y amoratada. La lengua asomaba un poco entre los labios

gruesos. A la altura de la garganta se veía una marca blanquecina, profunda señal del ahorcamiento. Seguro que su muerte fue como la de un habilidoso boxeador negro. La muerte reina en el alma felina de los negros, y suena como el estridente siseo de la cobra venenosa. No cabía duda: la muerte le había sorprendido con un fulminante y definitivo izquierdazo.... Por toda su cara hinchada se marcaban las huellas violentas de los guantes de la muerte. A Shunkichi, a diferencia del común de los mortales, no le impactaba ver el rostro de un muerto. Sabía de sobra que los perdedores siempre acaban con la cara destrozada.

—En el pabellón sólo se quedan los estudiantes de las afueras. Por eso ayer Haraguchi se quedó solo en una habitación; parece que se fue pronto a dormir. Esta mañana, al despertarse, un miembro del equipo entró en la habitación de Haraguchi para recoger una camisa que se dejó olvidada. Había una soga colgada del dintel de la puerta y a un lado, sobre el suelo, yacía muerto Haraguchi. Junto al cadáver había una jarrita de sake derramada por el suelo. No dejó ninguna carta de despedida —le contó Tsuchida. Después, añadió—: ¿Por qué tuvo que morir? Sé que no se iba a licenciar, que lo estaba pasando mal, pero no logro entenderlo.

—Quería morir como un boxeador, estoy seguro. Como no pudo morir sobre el *ring,* al menos lo hizo aquí —dijo Shunkichi.

Shunkichi percibía un profundo e indescriptible malestar cuando sin darse cuenta comparaba su historial de peleas con el de Haraguchi, plagado de derrotas. Estuvo a punto de dejar escapar unas lágrimas, pero por su sencillez le parecía una descortesía imperdonable llorar ante un perdedor. Lo apropiado era limitarse a tocar sus guantes de boxeo y despedirse brevemente. El pesado reproche que se haría eternamente por sus victorias envolvía la muerte de Haraguchi y lo empujaba a reprimir el llanto.

En la ventana colgaba una sencilla cortina, pero como era demasiado pequeña para el marco, filtraba despiadadamente los rayos del sol de la mañana invernal sobre la cara sin vida de Haraguchi. Un diente de plata brillaba en su boca. Como si

fugazmente empezasen a tocar campanas fúnebres, Shunkichi dio un suave puñetazo directo a la mandíbula del amigo muerto.

El grupo de jóvenes, estupefactos, miró al compañero veterano. De repente, su rostro estaba bañado en lágrimas.

En el certamen de pintura de otoño el cuadro *Sol poniente* de Natsuo cosechó críticas excelentes. Cuando se enteró el suegro de su hermana, presidente de un gran banco, decidió adquirir la obra para decorar la sala de visitas de la entidad. Era el primer cuadro que vendía Natsuo. Enseguida numerosos marchantes se apresuraron a comprar otras primeras pinturas. Acordaban un precio y después revendían las obras a otras empresas y bancos interesados en adquirirlas con el fin de regalarlas para fin de año o donarlas. El precio del cuadro fue de treinta mil yenes.

Nada más empezar el año, el cuadro *Sol poniente* había recibido el premio del periódico *N,* y eso no hizo más que confirmar la fama adquirida por Natsuo. Ahora eran cada vez más numerosas las ocasiones de frecuentar y hablar con gente, cosa de la que enseguida comenzó a sentirse hastiado.

No es que le resultase duro llevar ese tipo de vida, ni tampoco es que se llevase mal o no congeniase con otras personas o la sociedad en general. Tampoco es que fuera un hombre de campo; comprendía, y aceptaba, que diez personas produjesen mucho más bullicio a su alrededor que una sola. Cuando ya no podía más, a aquella gran persona, de maneras elegantes, a la que no le gustaba dañar a los demás, y que caía bien a todos, le bastaba con esbozar un media sonrisa bondadosa y melancólica, con cierto aire infantil, para que lo dejasen irse.

Natsuo vivía ajeno por completo a su fama. Aunque evitaba las relaciones sociales, siempre sonreía con distanciamiento sin un ápice de frialdad, sin sentir necesidad de amoldarse. Apenas sentía que tuviese nada que ver con él cuanto ocurría a su alrededor. Por así decirlo, en su vida parecía imposible que «ocurriese algo». Natsuo no tenía ojos más que para aquello que le atraía o considerase bello. Todo lo demás se esfumaba de su vista.

Sin tener especialmente seguridad en sí ni ambición, simplemente pintaba con la espontaneidad con que trinan los pájaros, lo cual le sorprendía si se paraba a reflexionar. Nada más terminar un cuadro, enseguida se esfumaba la pasión creativa. No quedaba ningún rescoldo en el fondo de su corazón. Al verse como flotando sin haber recibido ninguna herida en la vida, no le disgustaba que no le surgiese ese típico romanticismo de joven. Se daba cuenta de que se estaba haciendo famoso, pero no estaba sediento de gloria; al contrario, se distanciaba de ella. El origen de la gloria habitaba en su infancia, y mientras crecía, la fue dejando de lado. Le gustaba pensar y verse así.

También, cuando le asaltaba una extraña emoción ante aquel paisaje de la puesta de sol cuadrangular, sentía que con el ocaso se derretía su infancia en ese crisol para caer en la sima del pasado. Su infancia no había sido distinta de las de los demás, ni especialmente lujosa ni agradable, pero evocaba el aura de una felicidad indescriptible, una música interminable, una ópera en la que no bajaba el telón. Era la certidumbre de una felicidad apenas soñada, que brotaba del reconocimiento que el mundo visto por los demás era distinto del mundo visto por uno mismo. A veces le rezumaba desde un rincón de su corazón como una nube que lo envuelve, una vivencia arraigada en el pasado de su infancia, eco de aquellos días en que sentía que apretaba la felicidad entre sus manos. La felicidad que vivía en este momento era un reflejo lejano de aquélla, recuerdo de lo que fue y añoranza de lo que ya no era.

Natsuo, en aquella felicidad absoluta de su niñez, de todos los paisajes bellos que luego habría de ver a lo largo de su vida, pájaros, animales o rostros de personas, tenía la impresión de haberles pasado ya revista, como un catálogo ya desplegado ante sus ojos. El resto de descubrimientos refrescantes en su vida no eran más que reflejos de aquel álbum de vivencias de belleza durante su infancia. Los paisajes de su niñez relumbraban dentro de aquel ocaso eterno: el lago resplandecía brillante, el bosque de las riberas se sumergía en meditación, las montañas se revestían variopintas de tonos azules y violados, el horizonte se expandían sin fin, se veían

brotar nítidamente hierbas y florecillas, hasta las piedras en el borde del camino se percibían nítidamente. Únicamente no había la menor señal de presencia humana.

«¿Por qué no hay personas?», se preguntaría extrañado sin duda cuando era niño.

«¿Cómo puede ser tan perfecto este mundo deshabitado?»

Ya desde mucho antes de que surgiera el mínimo interés por las relaciones humanas, el afán por la belleza se apoderó de este niño. Mucho antes de aprender las palabras y las reglas sociales, había algo que arrebataba por completo su corazón y transfiguraba el mundo contemplado en un escenario desierto de humanidad donde sólo moraban las formas y los colores.

Tal vez sucedió antes de empezar la educación primaria, pensaba; él recordaba vivamente lo que contó un tío suyo a su regreso de un viaje a Europa. Aunque apenas recordaba nada de aquella época, aquella conversación sí había quedado grabada en su memoria.

Su por aquel entonces joven tío tomó un coche para viajar desde Madrid, la capital de España, hasta Toledo en un viaje de ida y vuelta en un solo día, y lo que se le quedó grabado fueron sus comentarios acerca de los colores del paisaje vistos durante el trayecto. El coche avanzaba por la carretera al atardecer, una hora más tarde deberían llegar a Madrid, ya en plena noche. El trayecto, de unas cuarenta millas entre Toledo y Madrid, atravesaba tierras desiertas y rocosas. Apenas se veían coches por el camino.

Su tío observaba las llanuras en las primeras horas de la puesta de sol. Estrellas relucientes en el cielo. En el horizonte, a poniente, bajo unas nubes anaranjadas, le pareció distinguir unos tonos de gris azulado. No obstante, un color muy intenso brillaba en un punto del horizonte. Sobre unas bajas breñas más allá de la llanura refulgía con intensos rojos llameantes el cielo.

Pensó que sería un incendio, y se asomó a la ventanilla del coche. A medida que avanzaba el coche, se dio cuenta de que no se trataba de un incendio: la luz procedía del resplandor de la chimenea de una fábrica en las faldas de una montaña. Las llamas del horno resplandecían vivaces en la distante llanura, y

sobre los tejados de la fábrica se veían los reflejos llameantes del cielo. A su tío aquel paisaje le pareció idéntico al cuadro del *Infierno* visto el día anterior en el Museo del Prado. Ciertamente, aquel paisaje reproducía fielmente el infierno de El Bosco con la escena de una ciudad ardiendo en el horizonte.

Aquella anécdota contada por su tío se le quedó grabada. Desde entonces tuvo la ilusión de ver aquel paisaje algún día con sus propios ojos. En su cuaderno de notas intentó reproducir dicho paisaje por medio de la imaginación. A través de los ojos de la imaginación podía verlo todo. Y él ya había visto el infierno con esos ojos.

Cuando estaba molesto por algún motivo, Natsuo se iba de viaje en coche. Su destino no eran aldeas remotas ni lugares solitarios. Por una razón meramente práctica, detestaba las carreteras poco acondicionadas para conducir.

Un día lluvioso de marzo salió en coche. Al poco, empezaron a clarear las nubes del cielo. Como llevaba tiempo sin ir, pensó viajar a Hakone a principios de primavera. Su último viaje fue, precisamente, la pasada primavera, cuando visitó Hakone con el grupo de amigos de Kyoko. Si hacía buen tiempo, pasaría la noche en Hakone, o tal vez en Atami. En un día entre semana, seguro que habría habitaciones libres.

A su paso por Yokohama el cielo ya estaba completamente despejado. A esas horas de la tarde en un día laborable no había demasiado tráfico y Natsuo conducía tranquilamente.

El cielo de la tarde corría sobre el cristal frontal del coche; atrás quedaba la ciudad. Se recreaba percibiendo la gama de tonos claros en el paisaje. No es que le inspirase propiamente, pero la albura del horizonte facilitaba que le llegase dicha inspiración. No era ni alegre ni triste. Puestos a definirlo, era simplemente felicidad.

Aquella visionaria quiromántica le dijo de pequeño que parecía un ángel, pero le auguró un futuro vulnerable. Lo adivinó así, sin duda porque presentía la expresión que ahora mostraba Natsuo en medio de un vacío de emoción. Efectivamente, el Natsuo de hoy, ya joven adulto, carecía de aquellos rasgos típicos de los chicos enamorados, con su escasa habilidad para conjugar razón y sentimientos y su

indescriptible falta de transparencia y torpeza de expresión. Natsuo tenía un carácter acogedor, pero esa amabilidad distaba mucho del enamoramiento.

Con un sencillo traje nuevo de entretiempo, al volante de su coche nuevo, se adentraba en el paisaje proyectándose tras los cristales del coche. Sentía despejado su ánimo, pero aquello tampoco tenía nada que ver con el amor. Si le atormentara la soledad, tal vez el amor habría brotado en su vida. Pero para Natsuo la soledad era su íntima amiga. Todas las personas en su vida, junto con la naturaleza, no eran más que queridas amistades.

A pesar de su juventud, Natsuo a veces se sentía con total libertad de espíritu. Ahora era una de esas ocasiones. Era como si hubiera desaparecido la parte orgánica de su cuerpo, como si consistiese en un mineral de cristalización transparente.

El coche se introdujo por una carretera que cruzaba los montes por el puerto de Jikkokutoge. En las alturas todavía era lento el florecimiento de la primavera. A lo lejos, en la cresta, alzaban sus astas los postes eléctricos construidos recientemente, que al atardecer hincaban su negra cornamenta sobre la espalda color caqui de la montaña.

Como en los alrededores del mirador de Jikkokutoge habría demasiada gente, aparcó con antelación y, cuaderno de bocetos en mano, se bajó del coche. Apenas había nadie a excepción de los coches que pasaban por la carretera.

A Natsuo le impresionaba ver cómo desde cualquier ángulo del amplio paisaje emanaba intensa la primavera en todo su vigor. Al borde del camino florecían brotes de *fuki* con sus pétalos verdiblancos.

Los rasgos del paisaje de principios de primavera, más que colores diferenciados, reflejaban tonalidades saturadas de turbiedad, presagio de la próxima floración. El sabor abstracto de este aire puro de montaña, el sabor de la atmósfera a comienzos de primavera. Esta amalgama naciente de colores estropeaba el sabor de la atmósfera primaveral, como si el aroma abstracto del límpido ambiente alpino se transformase en un aire respirado con dificultad por el paseante montañero. Como si el caminante avanzara inmerso en una composición

invisible y transparente aunque con minuciosos destellos inquietantes...

En una de las colinas que formaban la cadena destacaba un tono verdoso de brotes incipientes. Cerca había una colina de color rojizo pardo de *azuki,* y más allá, otra de las colinas estaba cubierta desde la falda hasta la cima de hojas rojizas de ajedrea.

Resaltaba más bien la belleza de las lomas cercanas, cuya hierba parecía empezar a marchitarse; sin embargo, por todas partes sobresalían los matices verdes de la primavera.

En la base de las cañas de bambú, aunque de tonos ocres amarillentos, también se apreciaba el verde suave, solapándose ambos tonos en la base del tronco. En los rectilíneos bosques de cedro el verde oscuro perenne se combinaba virtuosamente con el verde azulado de los nuevos brotes, contrastando con matices glaucos y amarillos acá y allá en la foresta.

Natsuo saboreó un cierto desencanto al contemplar el panorama, aunque no se debía a un nublado de la visión que difuminara el paisaje. Persistía la transparencia con que su mirada captó el paisaje al alcanzar por primera vez la altura del desfiladero. Pero ahora sus ojos comenzaban a crear, tras la maravilla aparente, otra clase de belleza en gestación que empezaba a desvelarse. Como palparía un escultor el material en bruto de la futura estatua, Natsuo tocaba con la creatividad de su vista los trazos y matices del cuadro que daría a luz. Sentía como si hubiera visto lo que no se debe ver y una voz invisible avisara: «prohibido tocar». Quién era él para contemplar así lo bello de la naturaleza al desnudo. Sublimarla forzadamente sería como violarla, lo cual contradecía la manera de ser y pensar de Natsuo.

Cerró el cuaderno de bocetos y volvió al coche. Por una carretera llana y poco transitada iba pensando:

«Yo nunca me vengo abajo; en caso de no lograr el dibujo apropiado, será culpa de la naturaleza». Al pensar así, no había en Natsuo el menor rastro de estar molesto con la naturaleza. Como era evidente que él no se venía abajo por no lograr la obra, era obvio también que la responsabilidad del fallo recayese en la naturaleza.

En ese momento, se cruzó con un coche que circulaba despacio, en su interior, un hombre delgado sentado entre dos geishas. El hombre, de semblante triste, tenía las manos metidas bajo el kimono de una de ellas. Las dos jóvenes miraban en derredor embelesadas irguiendo el cuello como flotando en una cumbre.

Natsuo observó alejarse a aquel coche tan evocador del deseo sexual sin ninguna emoción, mas no por eso se enorgullecía en absoluto de estar por encima de todo con su excelsa capacidad creativa.

«Yo apenas me desanimo. Porque tengo algo de ángel», pensaba volviendo en sí. Aquella idea recurrente era como un susurro en sus oídos. La vidente no falló en absoluto al tildarlo de ángel durante su infancia. Cuando en la clase de primaria el profesor lo amonestaba por alguna travesura, pensaba: «Cómo puede regañarme, si soy un ángel...». «Si el maestro me pegase, enseguida desplegaría dos alas a mis espaldas y se quedaría pasmado al verme salir volando por la ventana.»

Natsuo conducía esbozando una sonrisa ante estos recuerdos azarosos. Le parecía que llevaba pegada a los labios aquella sonrisa infantil.

No pensaba así por vanidad o presunción, lo sentía así desde que tuvo uso de razón. Estaba convencido de que nada podría destruir su pureza. Aunque existiera, como dice la gente, una realidad verdaderamente aborrecible, desde un principio carecería de cualquier poder contra él. En efecto, por mucho que se propusiese descubrir la fealdad del mundo, no hallaba allí más que algo irreal.

Ese día primaveral Natsuo conducía sonriendo al mundo sin pretensiones vanidosas; simplemente pensaba que jamás habría de recibir una sonrisa en respuesta por parte de ese mundo. En este sentido, sensibilidad y voluntad conectaban. Aquella sonrisa acogiendo el paisaje montañoso ante el horizonte de nubes distantes evocaba su permanente sentimiento de oposición al mundo.

Sin embargo, se contentaba con interrumpir ahí sus pensamientos sin profundizar mucho más.

En la región de Mishima y Numazu, a la luz clara del

atardecer, se perfilaban imponentes promontorios rocosos, y tras verdes campos de trigo e hileras de gramíneas amarillas se dibujaba el horizonte del mar. En las llanuras ya era primavera. Salió de la autopista y durante un rato condujo por una carretera mal asfaltada. A lo lejos se divisaban los cerezos en flor de Uomizaki en Atami, que como copos de nieve aún sin derretir se esparcían por los acantilados.

Natsuo decidió pernoctar en Atami. En ese lugar detuvo el coche para tomar unos bocetos de los cerezos.

Un grupo de cuatro o cinco chicos subían por el mismo sendero. Llevaban cuadernos de pintura en la mano o colgados del hombro. Natsuo enseguida se dio cuenta de que probablemente serían estudiantes de bellas artes.

Pisando ruidosamente la gravilla adrede, pasaron junto a Natsuo. Sobre la página de su cuaderno se dibujó la sombra de sus perfiles. Saltaba a la vista que tenían pretensiones artísticas; por otro lado, se les notaba orgullosos y conscientes de la fortaleza de su juventud. Sin decir nada, de forma poco natural, uno de los jóvenes se puso a silbar. Cuando Natsuo pensaba que el ruido de pasos se alejaba, de repente, tal vez debido a la repercusión diáfana del ambiente de montaña, escuchó a sus espaldas una desagradable voz femenina.

—Vaya, pero si tenemos aquí a Yamakawa Natsuo. Menudos aires se da ahora que es tan popular.

Natsuo no daba crédito. Era la primera vez que le hablaban así. Más que sentirse ofendido, lo que le impresionó de dichas palabras fue darse cuenta de que su trivial fama, aunque de por sí no constituía ningún mal, fuese motivo para herir los sentimientos de unos jóvenes cualesquiera.

Por decirlo exageradamente, pensar que no gustaba a aquellos jóvenes le parecía una auténtica desgracia.

«¡Hay personas a las que no gusto!»... Era casi impensable. Pero, a decir verdad, le sorprendía otra cosa. Eso lo tenía asumido ya desde hacía tiempo. Lo que le causaba estupefacción era que, pese a haber experimentado desprecios semejantes en el pasado, ahora le impresionara tanto o más que antes. Aquellas palabras pronunciadas tibiamente por la chica en la atmósfera de montaña echaban por tierra la

armonía de su relación con el mundo exterior.

Desde el hostal de Atami, más allá de un pequeño jardín rodeado de bambú, se divisaba un invernadero de tejados altos bajo la claridad lunar. En kimono, tras darse un baño, contemplaba el invernadero y la luna a través de una ventana circular.

La luz lunar empañaba de niebla los cristales del invernadero con un tenue blanco lechoso, y la alta construcción deshabitada todavía presentaba un aspecto más desolado. Seguro que dentro dormitarían apretados y atestados pavos, raras palmas tropicales y árboles de hoja ancha de Atami. Aglomeradas, las plantas bañadas en la oscuridad por los reflejos lunares exhalarían el denso calor acumulado durante el día. Vista desde el exterior, la construcción de ventanas acristaladas semejaba configurar un mundo interior de otra dimensión.

«De pequeño vi una central eléctrica con una forma tan extraña como ésta —pensó Osamu—. Una armazón misteriosa en cuyo interior hay un pasillo subterráneo que desciende hacia otro mundo.»

En ese momento se oyó un golpe, como si hiciese añicos uno de los cristales, y en el extremo de una de las ventanas de cristal en lo alto del tejado vio un agujero con forma de estrella negra en su superficie.

Después silencio. Nadie parece despertarse. No hay nadie. Tal vez algún gamberro lanzó una piedra desde lejos.

Natsuo se quedó unos instantes en silencio. Pasó el tiempo. Nadie más parecía percatarse del extraño suceso. Empezaba a refrescar. Finalmente, no sin antes volver a echar una ojeada a la ventana rota del tejado, cerró la ventana de forma esférica dispuesto a dormir. A decir verdad, lo que veía no tenía nada de particular. La ordenada realidad del cristal antes de quebrarse pronto volvería a recobrar su estado previo. Todo habría sido obra de una invisible y ubicua mano más rápida que una mano al borrar el carboncillo de una línea equivocada sobre el papel... Natsuo, pensando así, se sintió por fin más tranquilo.

Al volver a Tokio, había llegado una carta escrita con trazos

femeninos y de remitente desconocido. Leyó la carta. Decía que le gustaban sus cuadros. Desde la pasada exposición de otoño solía recibir este tipo de cartas de personas desconocidas.

Dos o tres días más tarde volvió a recibir una carta parecida de la misma persona. La mujer se llamaba Nakahashi Fusae. Natsuo le escribió una cortés carta de agradecimiento. Sin embargo, no obtuvo respuesta.

Osamu empezó a pasar su tiempo libre en la cafetería «Acacia» de su madre. Solía llevar a amigos de la compañía de teatro, y también a su grupo de amigos culturistas del gimnasio. Allí, por supuesto, les invitaba a té y podían estar todo el tiempo que quisiesen.

Las cafeterías estaban de moda por entonces. Aunque los ingresos eran en efectivo, tampoco es que se ganase tanto. La economía se estaba recuperando. En general, reinaba una visión pesimista; a comienzos del año la situación no variaba mucho, pero hacia finales de año las cosas empeoraban. Los clientes de Acacia, sin embargo, parecían disfrutar de una mejor situación económica que el año pasado.

El día antes un cliente, que también trabajaba en una cafetería, le contó cómo iban las cosas en el establecimiento «Música de cámara», recientemente abierto en Ginza.

En dicho local cada día tenían unas ganancias medias de más de 120.000 yenes, y aunque al mes acumulaban beneficios por un valor de 3.600.000, gastaban en pagos de personal unos 40.000, y como el coste de un café de 100 yenes era de 23 yenes, y el coste del té de 80 yenes era 20 yenes, y además todo era dinero en efectivo, sólo con esas ventas ya podrían amortizar pronto los gastos de la construcción del local.

La cafetería Acacia, en comparación, era mucho más pequeña, pero con un trasiego de clientes constante. La madre de Osamu, siempre alegre y dadivosa, le daba dinero al hijo como si fuera un querido mantenido. Osamu, a la vuelta del gimnasio, se pasaba por la cafetería acompañado de Takei y otros compañeros más jóvenes. Mientras el resto de la gente todavía no renunciaba a bufandas y abrigos de invierno, sus amigos vestían polos con el cuello bien abierto con una simple

chaqueta por encima de los hombros o con un suéter ajustado de malla para marcar mejor la forma triangular de sus pectorales. Cuando entraban tres o cuatro chicos de este grupo, enseguida aumentaba la clientela femenina. En el grupo sonreían contentos.

Takei, como de costumbre, elogiaba a su ídolo Leo Robert, proclamado Míster Universo en 1954. Takei, mostrando una foto de cuerpo entero de la que nunca se separaba, les dijo:

—En cualquier caso, Leo es una obra maestra en la historia de la humanidad; cualquier político eminente, emperador, importante filósofo, millonario o genial compositor, al contemplar el cuerpo de este joven, se vería obligado a venerarle.

Como siempre, tomaba una gaseosa de limón que, por consideración de Osamu, llevaba tres veces más limón del habitual.

—Cuando uno llega hasta este nivel, el esfuerzo es importante, por supuesto, pero también hay que tener un don especial. La forma definida de sus músculos está determinada por su innata estructura ósea.

»Cada uno de los huesos de Leo Robert tiene una constitución perfecta, son bellos y grandes, rebosantes de armonía. A su vez, su musculatura posee una forma bella natural, sin la menor imitación. ¡Mirad! —decía señalando con el dedo los vigorosos pectorales de aquel brillante cuerpo desnudo como una estatua de bronce—. Fijaos cómo se extienden los músculos del pecho. Son de una hermosura indescriptible, ¿verdad? El tórax se divide en esternón, pecho y abdomen. Normalmente, el abdomen visto desde fuera sobresale hacia abajo. Por desgracia, eso es lo que me pasa. A ti también... —dijo alargando la mano sobre la mesa y colocando el dedo sin ningún miramiento sobre el polo de uno de los jóvenes a la altura del abdomen.

—Pero Leo Robert es diferente. Esa parte queda bien realzada, la estructura del pecho está proporcionada y luce. Es vigoroso, elegante y romántico, con un cuerpo poético; es un tipo ideal, como un caballero de las cruzadas.

Después siguieron hablando con mucho interés sobre temas

especializados tales como los efectos de los ejercicios de pesas con máquinas, añadir peso en la banqueta de levantamiento o los supuestos resultados más rápidos de sostener el peso sobre el pecho menos veces o mantener un ritmo constante con menor peso. Ya podían pasar varias horas que no se cansaban de hablar sobre musculación.

Osamu, con sus compañeros del gimnasio, se sentía realmente bien. Tampoco sentía necesidad de compadecerse de que no le diesen papeles en el teatro. Los músculos reemplazaban cualquier ambición.

Distraídamente, se puso a pensar en Mariko. Todavía estaban juntos. Osamu no era de lo que se aburren de estar con una sola mujer. Él, hasta que la mujer se cansaba de su indolencia habitual, aunque con cierto disgusto en el semblante, continuaba con la relación.

—Malenkov dimitió, puede que tenga que ver con su fracaso en la ofensiva de paz —de repente uno de ellos cambió de tema de conversación. Se refería a una antigua noticia sucedida hacía más de un mes y medio.

—¿A qué viene eso ahora?

Sin embargo, pronto entendieron por qué sacaba ese tema ahora. Frente al joven que lo había dicho, en una mesa contigua, un estudiante universitario había dejado descuidadamente un libro forrado con el papel de un periódico donde aparecía el artículo con la noticia.

—¡Esa noticia ya es antigua! No me extraña tu fama de tener pocas luces. —El que hablaba así parecía no estar enterado de la noticia, y enseguida cambió de tema de conversación preguntándose si existiría un Míster Unión Soviética. Takei dijo que en ese país serían capaces de colocar una máquina industrial en una barra de pesas y, gracias al trabajo en cadena de cien personas, fabricar un tractor en una hora como si tal cosa.

—¿Por qué no vamos a algún sitio? ¿Qué os parece si vamos al centro comercial M? —dijo un joven robusto de cara aniñada. A él, más que comprar, lo que le gustaban eran las pequeñas pajarerías—. Venga, vamos a ver los pajarillos del centro comercial M, ¡me encantan!

—Si voy yo, los pájaros se van a escapar. Y no podremos asarlos.

Todos se echaron a reír con el aire inocente de un grupo de niños.

A través de la ventana se filtraban haces polvorientos de luz del atardecer. Los jóvenes, rebosantes de energía, fumando sin parar, en cierto momento se quedaron callados observando el gentío en la calle.

Su corpulenta musculatura no tenía nada que ver con ese paisaje urbano, y eso les hacía felices; su vitalidad se volcaba exclusivamente en el estado de su musculatura. Sin ninguna finalidad más, sin pedir nada, se bastaban a sí mismos. La vitalidad, por más que se cultivase, acababa por desgastarse, igual que se reduce o aumenta la musculatura del cuerpo.

Con los músculos se lograba una apariencia amenazante ante los demás. Ese aspecto imponente era interesante. Sin embargo, solamente ellos, los propios interesados, entendían la naturaleza de la musculatura, suave y carente de objetivos como un tejido de seda o flores.

Un joven con polo de verano y el brazo apoyado en la ventana, al darse cuenta de la marca morada y redonda de unos treinta centímetros que se le había hecho en el brazo, como la de un muerto por asfixia, cambió de posición. Las luces de neón azules de la tienda de enfrente brillaban iluminándolo todo en derredor.

—Tu brazo está muerto —dijo otro del grupo.

Osamu se sintió aludido, y se palpó por encima de las mangas los dos brazos. Aquellos brazos no habían muerto aún. Estaban calientes, duros, con el espesor de la agradable existencia de su cuerpo. Sí... ciertamente existía, estaba vivo.

En ese momento Natsuo entró en la cafetería. Tratando de pasar desapercibido, fue hacia el fondo, pero Osamu, al verlo, le dio un tirón a su gabardina de entretiempo para avisarle de su presencia.

—Hola —saludó con un poco de vergüenza Natsuo. Un poco cohibido, observó a los jóvenes orgullosos de sus músculos alrededor de Osamu.

Osamu dijo:

—Recibiste mi invitación, ¿verdad?, gracias por venir.

—Sí.

Osamu había enviado a sus amigos una carta de invitación con una consumición gratis a la cafetería, en la que adjuntaba un mapa del emplazamiento del local.

Natsuo sabía que le convenía encontrarse de vez en cuando con amigos que no tuviesen nada que ver con el mundo de la pintura. Si se trataba de algún amigo de la casa de Kyoko, cualquiera bastaba para ese propósito. Osamu presentó a Natsuo a los demás. Ellos, al ver lo cohibido que estaba, sintieron reafirmarse en lo imponente de sus músculos. Natsuo, por su parte, enseguida se tranquilizó al entender que no había razón para sentirse fuera de lugar. No obstante, comenzó con un comentario algo insulso:

—Ya veo que te está yendo bien.

—Sí.

Osamu observó con aire magnánimo el local. Osamu no parecía consciente de los aires de propietario que se daba, y a juicio de Natsuo, precisamente eso revelaba su bondad innata.

—Shun terminó la carrera —dijo Osamu—. Increíble, ¿verdad?

—¿Realmente hizo los exámenes?

—Sí, se presentó a los exámenes y, encima, aprobó.

—Qué bien, entonces por fin va a ser boxeador profesional, ¿no?

—Enseguida tendrá su primer combate como profesional. Dice que nos invitará a todos los del grupo de Kyoko. A ti también te dará una entrada, seguro.

En cierto momento, Takei empezó a soltarle a Natsuo un discurso de argumentos desordenados sobre su perspectiva de la musculatura; mencionaba a Laocoonte y otros escultores griegos, Miguel Ángel o *El pensador* de Rodin.

—Que sepas que estás hablando con un pintor japonés... —le advirtió Osamu.

Sin embargo, Takei hizo oídos sordos y siguió afirmando que la fuente de la belleza que debían descubrir y expresar los pintores se encontraba realmente en la escultura. Basaba su argumento en que tanto la belleza natural como la muerta

eran, en realidad, una alegoría de la belleza del cuerpo musculado del ser humano. Su discurso era todo un disparate dialéctico sin el mínimo rigor lógico.

No era la primera vez que Natsuo se encontraba con tipos así, aficionados a hablar despreocupadamente sobre especialidades ajenas que no eran de su dominio, capaces de sermonear a un experto sobre el campo de su especialización haciendo gala de sus propias opiniones. Muchos mecenas de pintores pertenecían a este tipo. Lo sorprendente era que las personas que carecían del mínimo sentido artístico eran propensas a pensar que su vida tenía muchos puntos en común con los fundamentos del arte. Ciertos banqueros, por ejemplo, tendían a creer que su intuición a la hora de conceder préstamos era similar a la intuición artística y la comparaban absurdamente con la intuición del pintor al elegir los colores de su obra; y como colofón, aquellas palabras complacientes que casi todos soltaban como si tal cosa:

«Sí, al fin y al cabo, nuestro camino es parecido. Nuestro trabajo prosaico tiene mucho en común con la dedicación de los artistas».

Natsuo había escuchado a menudo las palabras aduladoras que usaban cierto tipo de pintores para contentar a los empresarios a punto de decidirse a comprar alguna de sus obras. Consistía en apropiarse del mismo discurso. Había que decirlo de una manera muy objetiva, como un espectador imparcial, y con tono halagador.

«Cuando le escucho hablar sobre su trabajo, caigo en la cuenta de que en el fondo tiene mucho que ver con la creación artística.»

«¿Sí? ¿En qué sentido?»

Como en ese caso el interesado se sentiría rebosante de felicidad y mostraría su interés, no hacía falta más que exponer de manera apropiada dichos puntos en común, pero, a decir verdad, ¡¿qué semejanza podía haber entre las máquinas industriales y los pavos, la luna y los coches, la industria naval y los mondadientes, las mandarinas y los teléfonos?! Por tanto, bastaba con esas referencias para ganarse el interés de la otra persona. Por ejemplo, se podía aludir a una de esas

generalizaciones vagas que solían usarse a menudo del estilo: «Compartimos la alegría de crear».

«Pues yo la verdad es que no tengo nada de sensibilidad artística.»

«No diga eso. Créame, la tiene.»

Sin embargo, no se trataba más que de vana adulación. En realidad, habría que decir:

«Pues la verdad es que lleva razón. No cualquiera puede tener sensibilidad artística; en manos de una persona que no sea un artista, aunque tuviese dicha sensibilidad, la obra de arte se echaría a perder. El verdadero punto en común entre un artista y una persona que carece por completo de sentido artístico se produce cuando ésta se concentra en su propio trabajo y de esa dedicación y esfuerzo surge algo valioso, lo que realmente le iguala al artista. En ese sentido, usted ha comprendido la esencia del arte mejor que cualquier diletante superficial».

Cualquier hombre de negocios se tragaría dicho discurso. En el fondo, querrían convertirse en artistas y, además, parecerse a ellos todo lo posible. Por eso, con una argumentación desabrida, trataban de satisfacer ambas aspiraciones.

Lo que no convenía olvidar nunca es que, cuando estos solventes y reputados hombres se mostraban deliberadamente modestos rebajándose ante un artista aludiendo a su falta de sensibilidad artística, en realidad no son sinceros, pues ocultaban en su interior una gran satisfacción. Dicha modestia era, por regla general, una falsedad pura que, de ninguna manera, debían darse por veraz.

Pocos se negarían a renunciar a la alegría de ser el primer ganador del concurso de haiku o *tankan* de la oficina a cambio de sentarse en la silla con el cargo de jefe; por otro lado, según los especialistas en estética, el placer que encontraba un viejo poderoso y acaudalado en el arte era una forma de evadirse de la fuerza de voluntad indispensable en el mundo. Además, las personas que habían triunfado y se sentían satisfechas consigo mismas se alegraban más si su éxito práctico era reconocido por la perspectiva ideal del arte antes que por la ley realista de la sociedad.

Natsuo no era dado a adular a los demás, pero era algo que incluso él sobreentendía.

Sin embargo, la forma de entrometerse de Takei le resultaba peculiar. Respecto a la belleza, él consideraba que el cuerpo musculado constituía el material para plasmar la obra de arte sin necesidad de la mediación del artista; «en la belleza originalmente no es necesaria la mano del artista». Los artistas no eran para él más que agentes de bolsa, y en caso de querer plasmar en una obra de arte el espíritu del ser humano, Leo Robert sería un ejemplo muy pertinente, y la razón de ser del arte se debilitaría.

Sin embargo, Natsuo se veía obligado a reconocer que la idea de la belleza de Takei estaba claramente influenciada por la estética de determinado periodo histórico. Su «inspiración» no surgía simplemente de la situación anatómica de los músculos del cuerpo, no había duda de que la idea provenía del estilo barroco que exageraba la cultura griega. Él no tenía interés por el clasicismo. En el cuerpo de Apolo se apreciaba falta de entrenamiento, era demasiado humano y natural. Takei creía que la musculatura, al igual que la inteligencia, mediante la voluntad podía fortalecerse hasta niveles sobrehumanos.

Natsuo percibió en la polémica un peligro infantil. En primer lugar, en la obra de arte, a diferencia de la belleza que se veía con los ojos, se sugería lo bello en un trasfondo; por eso realmente no se veía la belleza misma, se limitaba tan sólo a asegurar su capacidad de resistencia en el tiempo. La esencia de la obra de arte residía exclusivamente en su atemporalidad. Aunque quisiéramos convertir el cuerpo humano en obra de arte, no podríamos impedir su deterioro consumido por el paso del tiempo. Si, a pesar de todo, manteníamos esta hipótesis y queríamos hacer de ese cuerpo una obra artística, la salvación de su deterioro sería la consumación del suicidio en el momento de su mayor esplendor. También las obras de arte estaban expuestas a sufrir el destino de su desaparición, por ejemplo, a causa de un incendio. Por eso, aunque un joven de bella musculatura, sin recurrir a la mediación de ningún escultor, quisiera convertirse a sí mismo en obra de arte, no

tendría más remedio que planear su propia destrucción. Así es como conseguiría asegurar la trascendencia de la temporalidad en su propio cuerpo al surgir desde su interior el artista que esculpiendo su obra la destruyese. Ejercitar y cultivar el cuerpo requería el empleo de la musculatura, pero al mismo tiempo la ley del tiempo y la ley de la decadencia encerradas tercamente dentro del cuerpo dejaban claro que no había ahí obra de arte que valiese. A menos que se recurriese al suicidio, ese cuerpo bello no reunía las condiciones necesarias para llegar a ser una obra de arte.

Natsuo, a punto de perder la paciencia, dijo:

—Si tanto aprecias tus músculos, te recomiendo que te suicides cuando aún conserves tu esplendor físico.

Natsuo, casi sin darse cuenta, había perdido la compostura sacando a relucir su enfado. Todos se quedaron callados y estupefactos, sobre todo Osamu, que nunca antes lo había visto así.

—Todos vosotros también envejeceréis. Vuestro cuerpo no es más que una ilusión —dijo Natsuo dejándose llevar por el ímpetu del momento. Takei no se dio por vencido:

—Sí, eso nos pasará a todos, incluido alguien digno de lástima como tú, que ya desde joven parece un vejestorio. Al ser un pobre y débil pintor sin fuerza en los brazos, te da lo mismo que desaparezca del mundo la fuerza de los músculos, ¿verdad?

Natsuo se fue molesto y algo decaído. Como no había ido en coche, tendría que andar hasta la estación. Osamu salió tras él. Se disculpó. Lamentaba que hubiese pasado un mal rato encima de que había tenido el detalle de ir a la cafetería. A Natsuo le impresionó su bondad. En ese momento Osamu le pareció un animal tan grande, imponentemente fuerte y bello, que llegó a envidiar parecerse un poco a él. De repente, Osamu dijo:

—No le des importancia. Takei siempre trata de ocultarlo, pero ten en cuenta que es coreano.

Aquélla era una revelación sorprendente. Natsuo se acordó de un corredor de maratones coreano oriundo de Haijima que hacía años había participado en una competición internacional

corriendo con el equipo japonés. Ése era el apego exacerbado al cuerpo musculado que tienen los pueblos oprimidos, y derivaba en un ímpetu digno de admiración.

—Vaya, no lo sabía.

Nastuo recobró su apacible sonrisa y se quedó más tranquilo. En tal caso, las ideas de Takei verdaderamente no tenían nada que ver con él. Takei era un coreano, y él, un ángel.

Por cierto, Osamu entendía de otra manera el hecho de que Takei fuera coreano. Pensaba que ésa era la razón de su escasa capacidad para expresarse. ¡Pero Takei de lo que no estaba desprovisto era precisamente de lengua!

—¿Te vas a casa ya?

—Sí, tengo trabajo.

—Pues yo no tengo nada que hacer —dijo Osamu orgullosamente y sin afectación.

—Seguro que alguna mujer te espera.

—Tal vez. Si te soy sincero, no tengo tanto interés en las mujeres. —Las palabras de Osamu sonaron apasionadas, como influenciadas por algo inevitable—. Creo que hay que sentirse un poco vacío para que a uno le gusten realmente las mujeres, pero a mí me da miedo.

—A mí, en cambio, me gusta. —Natsuo se acordó de cuando pintaba. Después le preguntó:

—Entonces, ¿qué buscas en la vida?

La belleza de la mirada de Osamu se intensificó:

—Antes soñaba con ser actor. Cómo decirlo, quería afirmar mi humanidad. Haciéndolo apropiadamente, podría confirmar mi existencia. Una vez logrado, no me importaría dejar de ser actor. De hecho, ya he conseguido algo. Incluso puedo decir que he triunfado. Mira estos músculos.

Levantó el brazo para mostrar a través del suéter de lana sus musculosos bíceps. Natsuo, atento con su amigo, mostró una calculada sorpresa.

Los dos llegaron a la altura de un puesto que vendía periódicos vespertinos frente a la estación. Hoy también habría habido algún nuevo crimen o caso de desfalco. Osamu compró varios ejemplares y se despidió de Natsuo para regresar a la

cafetería Acacia.

Días después, Natsuo volvió a recibir una carta de Nakahashi Fusae.

Decía lo siguiente: «Sé que quieres verme cuanto antes. Te espero el martes cinco de abril a las tres delante de la Residencia Imperial de Akasaka. Me reconocerás enseguida por el kimono y los guantes de primavera con lazo negro».

Natsuo enseguida pensó en romper la carta, pero, sin decidirse, la guardó durante todo el día, hasta que por fin la rompió y la tiró a la papelera antes de irse a dormir. El día cinco ya se había olvidado de la carta.

El día siete recibió una carta urgente. Venía a decir lo mismo, pero le reprochaba no haber acudido a la cita previa; de nuevo le proponía un encuentro el día ocho a las tres de la tarde, le esperaría en el parque de Chidorigafuchi, ante la Embajada inglesa. Natsuo no fue a la cita; no obstante, como esta vez no acudió intencionadamente no dejó de pensar en la carta durante todo el día.

La tercera carta llegó al cabo de veinte días. Le indicaba como lugar de encuentro el parque de Onshi, en el recinto imperial de Shiba, junto a la estación de Hamamatsucho, el próximo día veinticuatro. Por casualidad ese día tenía previsto ir a ver el combate de Shunkichi. Natsuo pensó en ir al parque para buscar material para sus cuadros y después acudir al combate de boxeo.

En esos momentos no sentía necesidad de ver a nadie. Al amparo de sus padres y sus hermanos, disfrutaba del afecto en un entorno familiar agradable. Además, así podía vivir libre, sin ataduras, y su familia no se interponía.

Natsuo, simplemente con el ánimo de salir para quitarse de encima el malhumor, tomó su cuaderno de bocetos y se dispuso a coger el coche. Las ramas rebosantes de cerezos en flor oscilaban sobre los muros de la casa de Natsuo. Como faltaba poco para las elecciones del distrito, ante el muro solía parar a menudo un triciclo motorizado que soltaba su estridente publicidad electoral por los altavoces. Al salir del garaje, oyó los gritos de una persona en el triciclo con una bandera con los caracteres del candidato inscritos en gran

tamaño:

—¡Atrás! ¡Atrás! ¡Un poco más! ¡Ahí justo, debajo de ese cerezo!

Natsuo pensó en el reparo que le daría exponer ante los demás el gesto de su cara concentrada cuando trabajaba, y le costaba entender el ánimo de las personas que dejaban ver su rostro tan ensimismada trabajando en público como aquel hombre de la camioneta. En determinados momentos, además de la falta de sentido de la sociedad, que oprimía pesadamente el ánimo del joven, también se transparentaba claramente, y de semejante manera, el absurdo en el interior de su propia vida. No se trataba de ningún enigma de difícil resolución.

Se alejó del triciclo de propaganda electoral tomando una amplia curva para enfilar una amplia avenida.

Aunque pensaba que comprendía perfectamente el mundo y a las personas de la misma manera que el funcionamiento del motor de su coche, no podía dejar de sentirse herido tras las palabras de los jóvenes estudiantes de pintura en Hakone o el ataque del coreano fanático de los músculos. Cada vez que pensaba que estaba mejor y olvidaba lo acontecido, volvía a reaparecer el dolor. La claridad con la que percibía todo a su alrededor no se veía alterada, pero no lograba librarse del escepticismo respecto al mundo. Hasta hacía bien poco había pensado que su sensibilidad constituía un punto fuerte del que enorgullecerse ante los demás.

Condujo hasta el parque del recinto imperial de Shiba. En la destartalada y sucia entrada había un cartel clavado que advertía de la prohibición de entrar en automóvil. Tras echar una ojeada alrededor, le pareció un parque tranquilo y solitario.

En la entrada había un vigilante uniformado, ya entrado en años, fumando con aire distraído. Natsuo, al verlo, como no veía muy justificada su visita, algo avergonzado preguntó por preguntar:

—Perdone, ¿el otro lado del parque sale al mar?

—No —respondió escuetamente el vigilante; después, fijándose en su cuaderno de pintura, añadió—: ¿Es usted pintor?

—Sí.

—Pues lo siento, pero ni siquiera los pintores pueden ir hasta el mar, hay un muro —dijo en tono un poco bromista.

Natsuo inclinó levemente la cabeza y siguió su camino. Ahora entendía por qué había preguntado eso inconscientemente. Al cruzar la destartalada y sucia entrada, había percibido el olor a salitre. Ya entrada la primavera, era un aroma penetrante. En la carta le decía que estaría esperándole sentada en un banco bajo la pérgola de lilas junto al estanque. Efectivamente, tal como decía la carta, había un estanque en el centro del parque, y también la pérgola de lilas. Las ramas estaban a rebosar de lilas en flor.

En el parque tan sólo había algunos niños y vagabundos, apenas se veían parejas, y no destacaban por su vestimenta.

Natsuo se sentó en un banco y abrió el cuaderno apoyándolo en sus rodillas. Al lado estaba sentado un señor mayor con un cuadernillo de notas que, con aire abstraído, parecía escribir haikus.

El mar quedaba al otro lado de un promontorio de tierra artificial; hacia la derecha sobresalía el extremo de una grúa negra, y el humo oscuro de la chimenea de un barco; a la izquierda se divisaban los tejados de un almacén frigorífico del muelle de Takebashi.

Nastuo se quedó esperando inmóvil. De repente cesó la voz de los niños que jugaban sobre un terreno con muchos desniveles, y se discernía claramente el zumbido de las abejas revoloteando en torno a las lilas.

Los relucientes pinos de la isleta del estanque quedaron sombreados por las nubes.

La atmósfera del mar en la lejanía inundaba el parque. Una sirena estridente en la cercanía quebró la tranquilidad del entorno. Después, el brillante vacío volvió a tomar posesión del terreno, de la tranquila isleta, del embarcadero del estanque y de las inmensas linternas de piedra. Natsuo sabía que no eran jardines tranquilos los de este parque por su cercanía al mar, en cada uno de sus rincones se percibía una mezcla de intranquilidad y expectativa. Los claroscuros de la luz cambiaban precipitadamente sobre las nubes y el viento

soplaba con fuerza provocando un rumor molesto y artificial entre las lilas.

En lugar de hundirse en el paisaje, le parecía estar siendo rechazado continuamente por él. De un estado semejante no podía brotar un cuadro. En lugar de la agradable sensación de estar sumergiéndose y ahogándose en aquel entorno, notaba sus cinco sentidos aprisionados en el tiempo, congelado tanto física como mentalmente. Al final, pensó que su estado se debía al hecho de estar esperando a alguien. Estando dominado por la existencia de otra persona, no podría dar con el color ni las formas apropiadas. El mundo a su alrededor flotaba como una grotesca medusa. Se acordó, entonces, de los caóticos e indefinibles matices de color que había visto a principios de primavera en Hakone.

Se esfumaba la visión dichosa que el mundo exterior le había ofrecido como un don o regalo. Aquel ambiente puro e inmaculado que lo atraía sin herirle en lo más mínimo, aquel mundo prístino había sido destruido por completo. Ahora lo que quedaba de ese mundo no era más que un cuerpo extraño metido entre los dientes.

Nakahasi Fusae no apareció. Ya habían pasado treinta minutos del tiempo fijado para el encuentro. Entre las personas recién llegadas al parque, ninguna podía ser ella. A su alrededor soplaba la brisa templada y húmeda de salitre.

Un haz de sol refulgía entre nubes negras. «He ahí mi enemigo», se dijo Natsuo sintiéndose así por primera vez ante el ocaso. Sin embargo, no es que estuviese renunciando al mundo y aislándose, tenía más bien la impresión de ser marginado por el mundo, y eso era una nuevo para él, como una dolorosa medicina inyectada con placer punzante en su corazón. «Puede que sea por mi fealdad —pensó de repente—. Tengo la cara lustrosa de un pastor o un sacerdote, la apacible fealdad de un hombre viejo de nacimiento.»

Natsuo se levantó y regresó a la entrada del parque. Un fuerte viento le empujaba por la espalda, levantando en una polvareda los papeles esparcidos por el suelo. El cielo se oscureció súbitamente amenazando lluvia. Andando hacia el coche, se sentía agotado, con las rodillas dobladas, casi sin

poder mantenerse en pie.

Antes de las diez de la mañana debería haberse pesado; la hora de salir de casa ese día coincidiría con el momento en que su madre iba a trabajar en unos grandes almacenes, y eso no le hacía ninguna gracia. La madre, sin embargo, había decidido salir un poco más tarde para encender una vela y orar por su hijo en el altarcillo familiar.

Nada más levantarse, Shunkichi fue al baño público del barrio, donde era muy conocido, y allí pudo pesarse: 55 kilos y medio. Para la categoría de peso pluma debía pesar entre 55 y 57 kilos. No necesitaría perder peso y se quedó más tranquilo.

Era una mañana luminosa y despejada. Shunkichi tomó el baño que le había preparado el viejo del *furoya*. Después, se puso los *geta,* haciendo resonar por las calles, de vuelta a casa, los tradicionales zuecos de madera. La oronda madre estaba rezando ante el altarcillo sintoísta familiar.

Seguía sin agradarle que su hijo se dedicase al boxeo. Shunkichi sabía bien que, más que por su victoria en el combate, ella oraba para que todo saliese bien y no lo lesionaran. Llevaba el pelo recogido en un moño, y de la nuca sobresalían unos mechones de oscuro pelo rojizo horriblemente arremolinados. Su contorno arrodillado ante el altar tenía algo de animalidad robusta y poco limpia que le desagradaba.

La madre, como optimista que era, expresaba su preocupación sin reservas. Aunque Shunkichi probase a darle explicaciones y aclararle todo, ella estaba segura de su incapacidad para comprenderle, y eso, por un lado, era una cualidad, ya que así no sentía el disgusto de una madre culta al no verse comprendida por su hijo.

Cuando, al fin, Shunkichi iba a salir de casa, la madre, de espaldas, frotó la piedra ígnea por encima del hombro; entonces, al ver una chispa brillar momentáneamente y apagarse, pensó: «Me iré sin darme la vuelta. Saldré así, no dándole más que la espalda sin volver la vista atrás». No había alegría comparable a la de salir a la despejada y luminosa mañana, y dirigirse despreocupadamente a un lugar distante, lejos de todo cuanto representaba su madre. Con todo, como hijo único, no es que sintiese una irremediable complicación

en su entorno familiar.

Los rayos de sol de la despejada mañana incidían sobre su cara, y se sentía pletórico. Las tiendas de los soportales comerciales ya estaban abiertas; una tienda de reparación de bicicletas, la oficina de correos, saludos de «buenos días» al cruzarse con conocidos, pescados brillantes y verdura fresca en los estantes recién llegados del mercado... Sin embargo, él tenía en su mano algo diferente y lejano de aquella realidad cotidiana a su alrededor. Le parecía elevarse entre la muchedumbre que andaba apiñada hacia la estación camino del trabajo.

«Estoy seguro de que un criminal político siente una alegría parecida al salir de casa por la mañana.»

Tras tres semanas de abstinencia sexual, hoy, por fin, estaba tranquilo. La segunda semana fue la más dura, y achacó a la abstinencia su nerviosismo e inquietud. La noche antes de empezar su periodo de abstinencia Matsukata, que le había hecho de *sparring,* con una toalla le dio unos golpecitos en el hombro y le dijo:

—¡Venga, pega fuerte ese *jab!* Que a partir de mañana te esperan tres semanas a pan y agua.

Shunkichi obedeció inmediatamente a su *sparring*.

Mientras esperaba al tren en la estación, le sorprendió un poco ver que nadie lo reconocía pese a que había salido en varias ocasiones en portada de la prensa deportiva: con ocasión de la conferencia celebrada durante la firma de su contrato, al dar a los periodistas su pronóstico de la pelea sobre el cuadrilátero, o durante alguna presentación pomposa ante el público...

«¿AGUANTARÁ SU FÍSICO?»

Durante las últimas dos o tres semanas había peleado unas cuarenta rondas con *sparring*. Como *amateur* estaba acostumbrado a peleas de sólo tres rondas, y con el fin de ir adquiriendo confianza en combates a seis rondas, había entrenado, especialmente con Matsukata, peleas de este formato profesional, pero como sólo le aguantaba una ronda, estaba preocupado y dudaba si realmente resistiría en un combate a seis.

«Esas dudas las tiene cualquiera al pasar a la categoría profesional. Es algo que nos pasa a todos, después se olvida. Además, mi virtud es no pensar en cosas innecesarias.»

El tren iba atestado. Cuando un empleado de mediana edad bajó dificultosamente su cartera del portaequipajes, estuvo a punto de darle con el borde a la altura de los ojos. Rápido de reflejos, Shunkichi lo esquivó, y con un fuerte codazo apartó al empleado. El hombre, a punto de caerse, sostenido por los viajeros que bajaban, consiguió salir del tren.

Al boxeador le molestó la falta de respeto de aquel viejo bolso hacia la importancia de su cuerpo a la espera de saltar al cuadrilátero. El cuero de la cartera se veía estropeado por una esquina; deformado como estaba, probablemente contendría montones de documentos de evaluaciones, pero allí depositado, constituía un objeto raído e inservible de la sociedad abandonado a la deriva...

«Ahora estoy aquí solo», pensó de repente. El pesaje había ido bien, observaba las hojas polvorientas de *fatsia* a través de la ventana del tren. Se sentía rebosante de fuerza.

Nada más llegar por la tarde al edificio donde tendría lugar la pelea, advirtió la presencia de Kawamata, con la cara de malas pulgas que solía tener cuando estaba de muy buen humor, y eso le proporcionó todavía más determinación. Aquélla era sin duda una buena señal. Kawamata, sin decir nada, le dio unas palmaditas en la espalda y lo siguió hasta los vestuarios.

Kyoko y sus amigos llegaron hacia las seis y media. Se habían citado a las cinco, y habían llegado con tiempo. Tanto los hombres como Mitsuko y Tamiko ya habían presenciado alguna de sus peleas en la categoría *amateur,* pero para Kyoko hoy sería la primera vez que veía un combate de boxeo. Kyoko temía desmayarse al ver sangre durante la pelea. Seiichiro le dijo que si hubiera asistido desde el principio a los combates de cuatro rondas, ya se habría acostumbrado. Después, sentado todo el rato a su lado, se encargó de explicarle los pormenores de la pelea.

La verdad es que hacía bastante tiempo que no estaban juntos los dos. Sin embargo, en cuanto se veían e

intercambiaban unas pocas palabras, parecía como si fuesen un par de amigos que llevan poco tiempo sin verse, a lo sumo dos o tres días.

—El día de tu boda estuve todo el rato mirando desde casa el bosque tras el cual se celebraba la ceremonia, ¿no te diste cuenta? —le dijo Kyoko mirándole a la cara.

—Sí, lo intuí —respondió, confirmando su entendimiento mutuo.

Vinieron Osamu, y también Natsuo. Con un poco de retraso llegaron Tamiko y Mitsuko. Seiichiro le dijo a Kyoko que habría sido mejor para ella primero ver con calma una pelea de cuatro rondas y entender la dinámica y después presenciar una pelea completa de Shunkichi; una vez todos reunidos, se apresuraron hacia el edificio donde tendría lugar la pelea y ya no tuvieron tiempo de hablar pausadamente. En cualquier caso, tendrían tiempo para hablar tranquilamente en torno a Shunkichi, acompañándole, una vez terminada la pelea.

Kyoko, como siempre, destacaba por su elegancia; sin importarle el tiempo lluvioso, llevaba un sombrero grande, aunque Seiichiro la advirtió de que podría estorbar la visión de algún espectador y que, además, alguno con malas pulgas podría hasta sacárselo de un manotazo. Kyoko, preocupada, se lamentó de no poder plegar el sombrero como si fuese un paraguas.

Durante el trayecto en coche, todos preguntaron a Seiichiro sobre el rival de Shunkichi esa noche. Al parecer, se trataba de un boxeador que había sido bastante famoso, pero aun así, su nombre no les decía nada.

Se llamaba Minami Takeo. En sus inicios representó al Club Jiyu, y había sido ganador del título nacional de peso pluma, aunque actualmente había caído a la novena posición del *ranking,* y corrían rumores sobre su retirada. Era práctica habitual en el boxeo profesional programar este tipo de peleas entre un primerizo en la categoría y un antiguo campeón para presentarlo al público.

—Entonces, seguro que ganará Shun —dijo Kyoko.

—Es probable, pero Minami sigue siendo fuerte. No es que sea muy rápido, pero si aguanta el ritmo, suelta unos

puñetazos muy duros. El único pero es su técnica poco variada; si logras esquivar sus golpes, es un boxeador que puede ser fácil de manejar incluso por un boxeador *amateur*. Tampoco puede decirse que sea muy fuerte, además de los ocho años de diferencia de edad.

El combate de boxeo se iba a celebrar en un viejo y lúgubre edificio municipal para actos y reuniones del distrito S. Pasaron en coche por delante de un gentío que se resguardaba de la lluvia tras la oscura puerta de entrada. Al bajar del coche, un grupo de hombres con mala pinta se les acercó. «Todavía hay entradas», «¡Si les sobran, se las compro!», «¡Asientos de primera categoría, princesa!».

Seiichiro iba cerca de Kyoko, intimidada por los vendedores de reventa, para protegerla al cruzar la entrada. Eran jóvenes que trabajaban para los promotores de la velada, todos con sus mejores trajes vigilando que no se colase nadie sin pagar.

Kyoko se sentía atemorizada y contenta al mismo tiempo. No estaba familiarizada con la desfachatez de la gente maleducada, y creía que lo temible de sus miradas penetrantes delataba paradójicamente su carencia de altivez.

—Qué mala pinta tienen —le dijo en voz baja Kyoko a Seiichiro.

—Calla, ahora no conviene que hables así.

El aliento caliente de los jóvenes maleantes le parecía a Kyoko provenir de una época de desorden y caos. Simbolizaban a la perfección la fuerza de tiempos pasados y una oscura energía que los empujaba hacia un futuro tenebroso. La atmósfera al entrar era bien distinta de la que se crearía en una sala de teatro. Al entrar en aquel lugar inundado por una espesa niebla de tabaco y luces, a pesar de ser la primera vez, ella se sentía como en casa.

Al otro lado del pasillo Shunkichi salió a recibirlos con los brazos abiertos. Ya iba vestido para la pelea, y acompañó a los seis amigos hasta la segunda fila al lado del *ring*.

—¿Por qué no os pasáis luego por el vestuario? Podéis venir durante la pelea de cuatro rondas, dos peleas antes de la mía, si os parece...

Él quería presumir de fans femeninas tan atractivas delante

de sus compañeros de club.

—Después de la pelea resérvate la noche para estar con nosotros —dijo Kyoko.

Shunkichi, tras bromear un poco con ellos, se fue; su manera cordial de tratarlos reflejaba lo tranquilo que estaba momentos antes de la pelea.

«No siento ningún temor», pensó Shunkichi entre la algarabía. Sin embargo, habría que matizar su tranquilidad.

Antes de su pelea, se celebrarían cuatro combates a cuatro rondas, es decir, faltaba aún una hora para saltar al *ring*. Al volver al vestuario, la espera se le hacía interminable mientras escuchaba la voz del *speaker* narrando el desenlace de las peleas. Desde el pesaje de esta mañana hasta ahora, las horas de espera se le hacían interminables. Sin embargo, a medida que se acercaba la hora de la pelea, el tiempo comenzaba a adquirir una espesura y densidad especiales, como si fuera un extracto negro y amargo de difícil digestión.

Tal vez lo mejor sería pensar en algo para pasar el tiempo en una situación semejante, pero él se había disciplinado para no pensar en nada, y el resultado de ese cultivarse a sí mismo había forjado su personalidad casi de un modo innato.

La fidelidad a sus propios valores no era algo que hubiese moldeado su carácter. «Si me diese por pensar, no sería yo mismo, equivaldría a cortar todos los hilos que me sustentan»... La tensión que sentía ante el peligro de anularse a sí mismo era realmente la prueba de lo que podía denominarse «su carácter». Sí, podía decirse que Shunkichi tenía, con todo, una personalidad.

En una esquina del vestuario, que normalmente se utilizaba como sala de ponencias, habían colocado una plataforma de tatami que quedaba en alto. Su rival estaba en otra habitación. En el suelo había sillas plegables colocadas desordenadamente, y sobre una de ellas estaba sentado un boxeador *amateur* que acababa de perder su combate y al que le estaban curando una herida en los párpados.

Shunkichi no pensaba en absoluto en su inminente rival, Minami Takeo. Por supuesto, había analizado sus puntos débiles y su táctica, pero desde sus combates amateur sabía,

por experiencia, lo peligroso que era concentrarse demasiado en los puntos débiles del rival.

Shunsuke subió a la tarima de tatami, se quitó todo lo que llevaba puesto y se sentó apoyando la espalda contra la pared. Matsukata, su segundo ayudante, apareció en el vestuario; llevaba una camiseta deportiva con los caracteres *Boxing club 8dai* impresos en la espalda.

—Antes de que te pongas los vendajes, tengo que ponerte esparadrapo —le dijo. Esto era algo que no se hacía en las peleas *amateur*.

Hanaoka y Kawamata, mientras hablaban con el director del Hachidai, entraron también en el vestuario. Shunkichi se levantó para recibirles y escuchar sus palabras de ánimo. Hanaoka bromeó largo y tendido. Kawamata, en cambio, fue muy conciso y, simulando un gancho de izquierda, le dijo:

—Métele un buen gancho, así.

Inmediatamente, al ver que Shunkichi apoyaba su mano en el dintel de la puerta, le advirtió con su habitual falta de claridad:

—¿Qué haces? Ya sabes que eso no está bien.

Shunkichi, ya acostumbrado a su forma de hablar, retiró inmediatamente el brazo. Kawamata tenía prohibido a sus boxeadores que hiciesen el mínimo esfuerzo antes de saltar al *ring*.

Hanaoka, un poco animado, de buen humor y a la vez algo preocupado, no apartaba los ojos de Shunkichi. Observando sus hombros bajo la luz, decía como para sí mismo:

—Hum, está bien fuerte. —Después continuaba incomodando con sus palabras al jefe del equipo Hachidai—. Está claro que ganará Fukai, no hay duda del vencedor.

El director, con su pose soberbia y la sombría impresión que causaba en la gente, no dejaba de esbozar una ligera e irónica sonrisa por toda respuesta y siempre repetía lo mismo:

—Sí, eso creo. Es muy fuerte, pero prohibido bajar la guardia. El rival no es una simple rata.

Ya listo para subir al *ring,* Shunkichi bajó del tatami. Varios hombres en traje observaban su torso desnudo y joven pensando cuál sería el derrotero del combate. Matsukata

expuso la palma abierta de su mano ante el boxeador, que soltó un directo de izquierdas.

La gruesa palma de la mano recibió el puñetazo y el golpe retumbó, claro y vibrante, en el aire.

—¿De izquierda bajé el golpe?

—No, está bien así. Venga, otro más.

Hanaoka agregó un comentario en voz alta:

—Ya no tiene el vicio de bajar el brazo después de golpear.

Kawamata, herido en su orgullo, se quedó callado. Shunkichi tampoco tuvo ese defecto en el pasado. De hecho, aquel defecto empezó a tenerlo al entrenar en Hachidai, hasta que finalmente se lo corrigieron.

En ese momento entró el grupo de Kyoko. Los miembros de la organización se quedaron estupefactos al verlos entrar en el vestuario; un ayudante joven silbó, y el jefe de equipo le lanzó una mirada reprobatoria.

A Kyoko no le importaba encontrarse fuera de lugar; se acercó a Shunkichi pasando entre unas sillas manchadas con los restos de gasas para cortar hemorragias nasales. Con sus guantes con lazo, le estrechó la mano ya con el vendaje anudado. Después le dijo las siguientes palabras como si su amigo estuviese a punto de entrar a quirófano:

—¡Ánimo! ¡No dejes de luchar en ningún momento, por favor!

Ante aquel heroísmo del boxeador, que ella observaba con mirada sinceramente maternal, los ojos de Kyoko se tiñeron de un velo de tristeza. Como los hombres que había alrededor le parecían realmente brutos, se le olvidó tratar de animarlo infundiéndole valor sin más. Shunkichi, sin embargo, sintió que sus palabras le llegaban y mientras olía el vendaje de su mano, le dijo:

—Esta noche dirán que mis puñetazos huelen a perfume.

—¿Es que ya te has lesionado? —fue decir eso Kyoko en voz alta al darse cuenta por primera vez del vendaje, y todos los hombres en el vestuario se echaron a reír.

Kyoko no temía llamar la atención con su vestuario o debido a su carácter. En este vestuario prosaico de vulgar iluminación, ella, en cambio, creía respirar una atmósfera

poética. Era la de la oscuridad del alba cuando de repente quienes parten son despertados del sueño y con una precipitada desnudez por toda vestimenta inician el viaje. Los que partían, igual que quienes se dispusieran a viajar a un lugar remoto, debían despedirse claramente de quienes dejaban atrás. En cualquier caso, en breves instantes Shunkichi se hallaría bajo el foco deslumbrante del *ring,* exactamente igual que el viajero que se dispusiera a tomar el sol en el ecuador, pero mientras estuviera ahí arriba, él no sería un habitante de este mundo.

Seiichiro, en voz baja, le hizo una pregunta de entendido:

—Empezarás con una serie de puñetazos y un buen gancho de izquierda, ¿verdad?

Shunkichi, complacido, esbozó una ligera sonrisa.

Mitsuko y Tamiko le saludaron breve y jovialmente. Osamu y Natsuo fueron concisos, a su vez, en sus palabras de ánimo. Tras la marcha de este alegre grupo de amigos, sólo quedó la tétrica, brillante y desnuda iluminación del vestuario.

—No te me arrincones, ¡eh! —le dijo el director intentando bromear; tal vez por ser una persona con poco tacto, no era muy dado a expresiones motivadoras.

Matsukata, que se había hecho la idea de que ella era una actriz de cine o una camarera, no creía a Shunkichi cuando este le decía que era una respetable mujer casada.

—No me vengas con tonterías. No es la primera vez que veo a una mujer así.

Hanaoka era el único que tenía un semblante sombrío. Aquellos visitantes superficiales y tan ostentosos le habían dado impresión de mal augurio. Sin embargo, tras esa extraña e indefinible mala impresión se ocultaba cierta envidia, aunque no se apercibiese de ello.

—Quinta pelea al mejor de seis rondas.

Mientras el presentador anunciaba el comienzo de la pelea, Shunkichi, con una bata nueva de impecable blanco, restregaba la suela de sus botas sobre una caja con polvo blanco de trementina colocada bajo el *ring* a la altura de sus ojos. El cuadrilátero emergía envuelto en una majestuosa neblina brillante.

El polvo blanco de la resina crujía bajo las suelas de sus botas. El público congregado era muy diferente del que solía asistir a los encuentros *amateur*. Era realmente una congregación de devotos al boxeo que venían con el único fin de olvidarse de sus vidas, sedientos de presenciar un espectáculo brutal y trágico. No obstante, por la cabeza de Shunkichi, cuando golpeaba o lo golpeaban, o cuando derramaba sangre del rival, o este derramaba la suya, no pasaban palabras tales como «brutalidad» o «tragedia». Ante los espectadores de un incendio, él sería como el fuego, un fuego sereno y preciso. Esa forma de actuar siempre le hacía superar sus límites. En el momento en que se convertía en esa llama de fuego, su vida se convertía en un acontecimiento. El público aguardaba ese instante.

—En la esquina roja... —dijo el presentador.

En ese momento Matsukata, el ayudante jefe, le dio unas palmaditas en el hombro y subió al *ring*.

—En la esquina roja, ¡Fukai Shunkichi! 55 kilos, Club Hachidai.

Siguiendo las indicaciones, se situó en el centro del *ring* e inclinó la cabeza con una leve reverencia. Tuvo la impresión de no estar muy acostumbrado, por su inexperiencia, a estos gestos ceremoniosos. Aplausos y gritos entusiastas entre el público. Tras volver a la esquina roja del *ring,* le pareció que la luz de los focos envolvía su cuerpo. Era una luz que parecía fundirse con su cuerpo.

Minami Takeo, con bata azul, procedente de la esquina azul del *ring* a oscuras, avanzó hasta el centro bajo la luz de los focos. Los ojos pequeños, como si hubiesen sido cosidos en el rostro, brillaban con ingenuidad, pero su frente, pómulos y barbilla achatados por los golpes expresaban una fuerza latente. Tenía la piel morena y con mucho vello.

—En la esquina azul... ¡Minami Takeo! 56 kilos, Club Jiyu...Arbitrará el señor Yamaguchi Junzaburo.

El árbitro, con una corbata con estampado de mariposas, llamó a los boxeadores. Ambos se quitaron la bata, exhibiendo sus brillantes calzones de seda artificial ante el público, rojo el de Shunkichi y negro el de Minami.

«Mientras presentan a Minami y él saluda al público, puedo fijarme en sus caras. Estoy tranquilo»... Este tipo de pensamientos cruzaban como estrellas fugaces por su cabeza. El árbitro les indicó volver cada uno a su lado. Sonó la campana. El mundo claro y ordenado desapareció en un segundo; en su lugar, un fondo de nubloso rojo sobre el *ring*.

Ahora Shunkichi estaba en un mundo desierto y mudo. En ese mundo no había nadie más. Sin embargo, su rival podía verlo. De altura similar, le miraba a los ojos. No obstante, estaba muy lejos y no podría responder a su llamada; tan sólo su cuerpo y sus relucientes puños parecían cercanos. Al acercársele, asomaba de la boca, de vez en cuando, su lengua brillante.

El rival soltó unos cortos golpes moviéndose de un lado a otro, y él hizo lo mismo. «¿Por qué imito sus movimientos? No debo hacer eso», pensó. Sin embargo, sus piernas no dejaban de moverse rápidamente. Daba un paso veloz hacia la izquierda con el pie izquierdo y el pie derecho acompañaba el movimiento con ligereza.

Tan sepulcral era la calma alrededor, que parecía haberse detenido el mundo. Minami soltó una combinación de golpes, su respiración sonaba como seda resquebrajada.

Shunkichi encaró a su rival. Atravesó con la mirada su cuerpo como si observara una estrella distante en el cielo. Quería acortar la distancia infinita entre los dos. Lanzó un directo de izquierdas certero al entrecejo del rival. Cuando pensaba que había golpeado con todo el cuerpo, encajó un golpe del adversario en la sien derecha. Fintó rápidamente a la izquierda. Sin pensarlo, soltó un gancho de izquierda, que tenía reservado, doblando la cintura del oponente. Aprovechó, entonces, para propinar un golpe directo en la boca del estómago.

Minami trató de reaccionar al golpe con un gancho de izquierda, pero falló. En ese momento, como si se le descubriese un importante punto secreto, vio la figura de su rival golpeando el aire como tambaleándose en el vacío.

Parecía un muñeco contra el fondo de una cartulina negra. Errado su golpe, se había desequilibrado y sus extremidades habían perdido momentáneamente la fuerza, como las alas de

un pájaro al ser alcanzado por una bala. Con los ojos ingenuamente abiertos, miraba al vacío.

Todo sucedió en un intervalo de tiempo muy corto. Minami recuperó de nuevo su postura y Shunkichi, a su vez, recuperaba la función de sus ojos y oídos. Aquel mundo desmoronado contra un turbio fondo rojo del inicio recobraba su nítida estructura cristalizada. Por primera vez se dio cuenta de que no estaba solo.

El público rodeaba el *ring,* era como si a su alrededor estuviera presente la sociedad entera. La oscuridad se derramaba sobre las graderías, y tras las innumerables caras difuminadas en una neblina brillante bajo los focos sólo destacaba Shunkichi. Aquí, sin lugar a dudas, él era el centro. Lo que estaba pasando aquí constituía la fuente de un poder y fortaleza que moraban en la noche. Precisamente por eso, sobre el cuadrilátero las innumerables gotas de sudor y la piel enrojecida por los golpes de sus cuerpos desnudos de boxeadores se reflejaban aún con más intensidad bajo los focos.

El público se desgañitaba gritando:

—¡Minami! *¡Jab, jab!*

—¡Fukai, no pares de pegar! ¡Suave, así, así!

—¡Muy bien, Fukai!

—¡Eso es! ¡Vamos, vamos!

—¡Avanza, éntrale!

—¡No esquives! ¡A por él!

—¡No pares!

—¡Así, así, *jab, jab!*

Shunkichi sabía cuál era su posición y mantenía abiertos los ojos. En esa posición de su cuerpo de sencilla composición y estructura había, sin embargo, vitalidad, agitación y vibración.

Golpeaba, avanzaba, golpeaba o era golpeado. Sonó el gong justo cuando se lanzaban mutuos y directos golpes de izquierda a la cara.

Los tres asistentes de Shunkichi subieron a la esquina del *ring* con una pequeña silla, un cubo y una lata de cerveza llena de agua para los enjuagues. Matsukata le aflojó el cordón del calzón para que respirase mejor y acercándose a su oreja le

dijo:

—Sigue así, el golpe al estómago anterior le dio de pleno. Sigue entrando hasta el fondo, golpea directo a su cuerpo. No te adornes demasiado.

Estos consejos le motivaron bastante. Sus ojos se fijaron en la cuerda blanca del *ring* delimitando nítidamente la oscuridad alrededor. La cuerda aún vibraba tras los compases de la primera ronda, comunicando a su vez más vibración aún al pulso de su corazón. La cuerda formaba un perímetro de vibrante y continuo movimiento blanco inconsciente. De sus peleas *amateur* Shunkichi sabía bien que si a mitad de combate la cuerda se veía en diagonal, como si cayera torcida sobre el suelo del *ring,* eso significaba que su fuerza disminuía. Hasta ahora jamás había percibido esa inclinación de las cuerdas del *ring.*

Por los altavoces anunciaron el aumento de premios de recompensa por la victoria:

—Nuevas recompensas ofrecidas a Fukai por su combate por parte de Kizu de Asakusa, Hayashi Kenjiro de Nagano y Tomonaga Kyoko de Shinanomachi.

Shunkichi escuchó el nombre de Kyoko por los altavoces a la vez que sonaba la campana del *ring:*

—Segunda ronda, comienza la segunda ronda.

Segunda ronda:

«Entra con fuerza»: las palabras de arenga de Matsukata resonaban en su cabeza animándolo. Ante sus ojos, el pecho oscuro y ralo de Minami. Tenía que golpear de lleno aquel pecho, pero Minami se protegía con los puños fintando sin parar.

Se fijó en los músculos de sus pectorales: sobre la piel caliente, en un instante cubierta de gotas de sudor, le parecía distinguir lejana y vibrante la existencia del boxeador rival brillante como una estrella. La estrella era su objetivo. Era la meta que alcanzar. Debía atravesar y romper aquella masa de carne que ante sus ojos respondía a sus golpes con un sonido sordo saliéndole al paso. El cuerpo del adversario frágilmente protegido soltaba centelleantes puñetazos cubierto de sudor y sangre. El brillo de la musculatura angulosa y sudorosa

deslumbraba como el mundo del más allá, en la otra vida. Algarabía de la noche en torno al *ring*. Bullicio ensordecedor. El rival ahí lejos como una estrella distante y lejana centelleando en la noche... Ése era el universo del boxeo.

Shunkichi enlazó un gancho de izquierda, un derechazo directo y de nuevo un gancho de izquierda a la cara. El rival se tambaleó, y él se dispuso a seguir golpeando su cuerpo. En ese momento una polvareda roja pareció dispersarse ante sus ojos. Minami tenía una herida en los párpados.

El chorro de sangre se vertía continuo y con ritmo pausado, y acompasado con los movimientos velocísimos del boxeador, producía un efecto trágico. El flujo de sangre y los movimientos rapidísimos de la pelea eran la viva imagen de la decadencia inevitable del cuerpo humano.

La sangre de los párpados de Minami se derramaba por los pómulos en un caudal silencioso. Con el siguiente puñetazo de Shunkichi, la sangre le salpicó manchando toda su cara, pero después volvió a manar en un fluido reguero de savia roja.

En cierto momento, Shunkichi no logró esquivar un puñetazo directo de Minami que le dio duro en el tabique nasal. Notó que los cartílagos de la nariz se le hundían en la cara, y un temblor que parecía socavar profundamente su rostro. Se agarró rápidamente a su rival para bloquearlo. Sintió el resoplar agitado de la respiración de Minami pegado a sus orejas. Con ese breve descanso, Shunkichi logró recuperarse del golpe. El árbitro dio una palmada para indicar que debían separarse. Sus pantalones grises brillaron un instante en su campo visual.

Acercarse y agarrar al rival era una táctica sorprendente. Después de haberla llevado a cabo, Shunkichi no sentía enemistad u odio hacia el rival, le parecía recobrar una temeridad y valentía alegres. Su cuerpo ardía. Como un pequeño cachorro liberado por fin de su cadena tras mucho tiempo, sentía una sensación agradable agitándole por dentro.

Minami erró un poco el alcance del golpe con un gancho algo alejado, dejando por un momento un flanco descubierto entre sus codos.

Shunkichi no se fijó en ese flanco al descubierto. Aquel

punto era como una carta lanzada de repente al aire. El que aspiraba a acertar en el blanco no debía mirar aquella carta.

El puñetazo directo de Shunkichi penetró en el intersticio sin cubrir del rival, golpeando directamente su barbilla. Seguidamente, le descargó un gancho de izquierda en el estómago. Minami se tambaleó sobre la lona. Shunkichi había enlazado varios ganchos de izquierda y derecha, y bajo sus puñetazos el estómago pareció de repente abrirse como una pesada puerta. Su cuerpo cedió. Sin embargo, no lo suficiente como para derribarlo. Las cuerdas del *ring* blancas vibrando se acercaban a la espalda del rival. Al oír redoblarse la algarabía y el rumor del público, a Shunkichi le pareció como si hubieran soltado de improviso una bandada de pájaros piando intensamente en dirección a ellos. Shunkichi se abalanzó sobre Minami, ya contra las cuerdas. Entonces se dio cuenta del fallo. Durante ese momento en que estaban quietos agarrándose mutuamente, el rumor del griterío se intensificaba. El árbitro separó a la fuerza aquellos hombros relucientes de sangre y sudor como cuando se separa violentamente un fruto de la rama.

Minami, ya separado de su rival y con el borde del ojo sangrando, trató de ganar tiempo limitándose a defenderse, pero continuó encajando precisos y sucesivos ganchos. No había duda: ya sólo estaba esperando oír la campana. Shunkichi golpeó de nuevo su pecho. No fueron más que unos pocos golpes no demasiado fuertes, al menos tuvo esa impresión. Sin embargo, el cuerpo del oponente se derrumbó sin el más leve ruido.

«¡No se levanta!» Shunkichi, apoyado contra las cuerdas observaba con la respiración dificultosa el torso desnudo con calzones negros de su rival derrumbado sobre la lona.

—¡Uno, dos, tres, cuatro...! —El árbitro empezó a contar agitando el brazo.

«Espero que no se levante», se decía a sí mismo Shunkichi. Él conocía bien el desaliento y el cansancio que producía ver levantarse de la lona a un rival una vez derribado ya en la cuenta atrás. Notó un sabor salado en la punta de sus labios. Le sangraba la nariz.

—¡Seis, siete, ocho...!

Los pequeños ojos de mirada ingenua de Minami se abrieron. Parecían dos pequeñas piedras brillantes tiradas por el suelo.

«Ya está, ya está», pensó Shunkichi en ese momento. Minami se irguió un poco y después dejó caer su cabeza sobre el pecho.

«¡Gané!»; en esos momentos siempre le inundaba una refrescante, nueva y excitante alegría.

—¡¡Diez!! —gritó el árbitro, y se acercó a Shunkichi para levantar su brazo. Su corbata con estampado de mariposas estaba un poco torcida.

Si Shunkichi ganaba, celebrarían un banquete, y si perdía, una celebración de consolación, de manera que en casa de Kyoko ya estaba todo preparado. A Masako ya la habían acostado hacía un rato. Como había una previsión de fuertes rachas de viento de quince metros por segundo, la chica de servicio se quedó en casa constantemente pendiente por lo que pudiera ocurrir. Soplaba el viento contras los ventanales del balcón del salón y entre las bisagras se reflejaba la sombra de las gotas oscuras de lluvia como impresas sobre una columna.

Kyoko les dijo que había dejado preparadas unas habitaciones por si acaso en la casa de estilo japonés contigua. Habría que decir que no era frecuente esta hospitalidad. Al parecer, era en previsión de que la lluvia y el viento arreciasen demasiado.

Pasadas las nueve, llegaron a la casa al este de Shinanomachi en el coche de Natsuo y el alquilado por Kyoko con los siete del grupo repartidos entre los vehículos. A la excitación por la victoria se sumaba la fuerza del viento y la lluvia; todos tenían las mejillas coloreadas y los ojos llorosos, y no acababan de tranquilizarse. Rodeando al boxeador, arropado por ellos, pasaron adentro como una avalancha. Querían brindar cuanto antes. Sin embargo, Shunkichi no cedió en su costumbre de tomar sólo zumo de naranja. Como solía ocurrir siempre que ganaba, Shunkichi no sentía el menor cansancio. En la cabeza golpeada sentía buena circulación sanguínea, como encendida, además de un ligero pero

agradable dolor.

Le pidieron a Shunkichi que hiciese el saludo del brindis. Le dio las gracias a Kyoko por el obsequio por su victoria. Todo el grupo se sorprendió de que hubiera tenido suficiente calma como para escuchar el anuncio cuando estaba en el *ring*. Seiichiro, desvergonzadamente, le preguntó a Shunkichi cuánto le había pagado por la victoria. Seiichiro dijo que le parecía suficiente la cifra de 10.000 yenes, pero tal vez no estarían de acuerdo las mujeres más dadas a los lujos, de más clase. Las chicas, aun sin decirlo, pensaban qué cifra pedirían ellas en dicha situación. Seiichiro enseguida se dio cuenta y dijo con ironía:

—Veo que tenéis prejuicios económicos. ¿Por qué no ha de bastar con diez mil yenes? Antiguamente bastaba con una barata tarjeta postal de reclutamiento para la guerra para comprar la sangre de un hombre; tradicionalmente siempre fue más barata la sangre de un hombre que el coste de pasar la noche con una mujer. Incluso una mujer noble, al oír el precio que le ponían a un hombre, lo comparaba con el valor de venta que imaginaba que tendría su cuerpo. Esto pasa porque os ponéis a vomitar opiniones como éstas, comparando si esto es caro o aquello es barato. Más aún, no es que exista un precio propio por ser mujer.

—Tú siempre imaginándote cosas extrañas —dijo Mitsuko, enfadada, como sintiéndose señalada o aludida.

—Pues yo no recuerdo haberlo dicho con esa intención.

—Sin embargo, no hay más remedio que aceptarlo, pues no hay otro estándar de precio. Los hombres siempre ganaron dinero derramando su sangre, y las mujeres se ganan la vida vendiendo su cuerpo. Ambos son dos trabajos admirables y respetables. Shun, ¿qué opinas? ¿Te molesta la comparación?

Shunkichi esbozó una ligera sonrisa y ladeó el cuello. El boxeo para él era el principio de la acción directa, carecía de valoraciones; por eso, pusiesen la comparación que pusiesen, le daba lo mismo.

La lluvia y el viento golpeaban el cristal de los ventanales del balcón cubiertos con cortinas; una de las ventanas chirriaba estridentemente mezclándose con el disco de música extranjera

de *Dixieland jazz* de Eddy Condon que había puesto Tamiko.

—Venga, vamos a bailar. Bailemos —propuso Tamiko, poco amiga de las discusiones.

Como nadie le hizo caso, Natsuo, atento con ella, la sacó a bailar. Cumplió durante dos o tres canciones pero luego, viendo que nadie se animaba, volvió a sentarse. Todos bebían abundantemente. Shunkichi, que siempre tenía buen apetito, apenas había probado algún canapé acompañado de zumo de naranja; tal vez no le importaba quedarse con hambre, o simplemente no le entraba nada por la excitación de su primera pelea profesional.

Seiichiro insistió en reavivar el fuego de la discusión anterior:

—¿Sabéis de dónde viene el dinero que gana un boxeador? De su representante, que se embolsa el dinero que le saca a los espectadores pobres del público, que viven a duras penas, codiciosos de fortaleza de ahí hace el reparto su jefe con la parte correspondiente, lo mismo que hace el chulo con sus chicas. Tanto el boxeador como la prostituta se ganan la vida con un espíritu sin doblez, pero ambos dependen de un jefe, y no te puedes citar con ellos a menos que sea a través de la red que les ha puesto su jefe. Hombres puros que viven como hombres de verdad y mujeres puras que viven siendo muy mujeres. Y no los podemos encontrar más que en esa red, ¿no es la mayor de las sinrazones? Por cierto, aquí, en casa de Kyoko, no hay dicha red ni mallas. Lo que hay aquí es un joven y admirable boxeador; por tanto, necesitamos también una prostituta muy pura que sea una auténtica mujer.

Las mujeres se miraron entre sí al escucharle. Sin embargo, Seiichiro no se inmutó. Vestía sobriamente de traje y corbata, como cualquiera de esos trabajadores que se podría encontrar en cualquier rincón del barrio financiero de Marunouchi; cuando el alcohol corría por sus venas, en casa de Kyoko él se comportaba con una desinhibición diferente a la acostumbrada con compañeros de trabajo.

Sobre la mesa, en un jarrón ribeteado con una cenefa violeta oscuro de *cloisonné,* habían insertado precipitadamente unas ramas de cerezo con abundante floración. El disco se había

terminado y en el silencio volvió a escucharse el sonido de la lluvia y el viento. Natsuo se daba cuenta de que aquellas flores de cerezo en el jarrón serían las únicas que conservasen sus pétalos esta noche; las flores de cerezo que habían florecido tardíamente en Shinanomachi o los cerezos en la hilera del muro en torno a su casa se habrían caído ya, marchitadas a estas alturas. En cambio, las ramas de cerezo en el jarrón oscilarían orgullosas de su belleza inalterada bajo el reflejo de la luz con un siniestro fulgor.

—Entonces, ¿en qué emplearías esos diez mil yenes? —Seiichiro, cada vez más animado por el alcohol, le habló a Shunkichi con tono altivo pero a la vez cariñoso—. Pues, como no bebes, en mujeres, ¿no? ¿O se lo darías a tu madre?

Shunkichi se acordó de su madre prendiendo un incienso para orar ante el altar familiar. Pero aquél era un mundo muy pequeño que dejó muy atrás, a sus espaldas, hace mucho.

—Tal vez, la verdad es que no tengo otra mujer a la que llevárselo ahora —dijo un poco descuidadamente.

Natsuo, al escuchar esta conversación, no pensaba que fuese desagradable en absoluto. Aquella conversación no estaba influida por la embriaguez; le daba la impresión de que influían la tormenta, el viento y la lluvia arreciando contra las ramas de los árboles y las hojas arrancadas por la tormenta y la lluvia transmitiendo ese ánimo, más encendido de lo habitual, a todos los que estaban dentro de la casa. «Una conversación que ha nacido en esa atmósfera», era la impresión que le daba al pintor. Las flores rosadas de cerezo en el interior de la casa eran en cambio diferentes, en ellas se ocultaba el alma sombría de las plantas.

—Entonces lo único que nos falta aquí es una prostituta que sea pura. ¿A cuál de las tres comprarías? —dijo en voz alta Seiichiro.

Tamiko puso una excusa de mal gusto:

—Yo, como ya lo he hecho, no cuento.

Shunkichi, tras los combates, siempre sentía que se avivaba su deseo. Debido al cansancio, lo sentía encenderse aún más impulsivamente. En su cabeza golpeada ardía el deseo, y la respuesta sin ningún reparo de Tamiko le provocó una ilusión

ante los ojos. Necesitaba liberarse inmediatamente de esa pulsión física. Normalmente este joven no se sentía apegado al deseo sexual, pero después de una larga abstinencia y la victoria en el combate, se sentía completamente subyugado por el deseo.

Comparó a Kyoko y Mitsuko. «¿Podría realmente comprar a Kyoko...?» Al pensarlo, le surgían dudas y temor al mismo tiempo. Él entendía bien el significado de las palabras de Seiichiro. A Shunkichi, por su lado, con tal de que fuera una mujer, no le preocupaba nada más, y podía, si quería, comprar sus servicios. Sin embargo, tuvo la impresión de que Kyoko se resistiría. Ella era muy bella, pero en aquella belleza se percibía frialdad, y cierto disgusto, hacia los hombres.

¿Y Mitsuko? A estas alturas la miraba incluso con cierta nostalgia. Llevaba un vestido gris y un fular con estampado de flores y fuego que le trajeron de regalo de Sudamérica, con un gran broche de ópalo anudado a la altura del pecho. Iba maquillada a la moda, con un matiz de carmín negro en los labios. Si Shunkichi todavía no se había acostado con ella, era simplemente porque hasta ahora no se había presentado la ocasión.

Kyoko miró de reojo a Mitsuko. Ella había pensado que la broma de Seiichiro no iba a llegar a tales extremos.

En esta casa, toda clase de bromas era permitida, prácticamente cualquier cosa imaginable por el hombre en esta casa no estaba prohibida. No obstante, no le gustaba convertirse en el objeto de la idea de otra persona o en una víctima de dicho planteamiento. Ella tenía una tolerancia ilimitada incluso para la idea más deleznable posible, pero aspiraba a una equidad desinteresada, y como resultado de haberse apartado de cualquier forma de discriminación o prejuicio, se enorgullecía mucho de no discriminar nada en absoluto.

«Todo es tal como ha dicho Sei. Hay que dejar a un lado los prejuicios, sean de la clase que sean. Uno que es todo un hombre ha de acostarse con la que es toda una mujer; el símbolo del hombre es el boxeador, y el de la mujer, la prostituta, estoy totalmente de acuerdo con el planteamiento.

Sin embargo, cuando Shun me ha echado una rápida mirada, me ha dado la impresión de que se resignaba. Eso es porque sabe cómo soy. Soy una prostituta que no está en venta, porque ése es el camino que he elegido. Ése es el placer que yo tengo en la vida. Todas las cosas, todos los hombres, todas las miradas nutren ese ideal en mí, me acicalo con joyas que no dejan ver mi verdadero yo, ¡me he transformado para vivir en el desorden!»

Mitsuko se rindió ante el silencio sereno de Kyoko. Y precisamente perdió al decir las siguientes palabras:

—A mí me gusta Shun, además tiene un encanto especial; yo misma, al verle ganar hoy, pensé que merecía una recompensa, pero me desagrada sentirme comprada. Si es gratis, yo me ofrezco a complacerle como quiera.

Seiichiro, incrementando su maliciosa ironía:

—Shun, saca los billetes, ya has visto que ella dice que no le importa.

Shunkichi se puso serio y palideció un poco. Sacó del bolsillo superior de su chaqueta el sobre con los billetes, contó diez billetes de mil yenes y los dejó sin decir nada sobre la mesa.

Mitsuko hacía ya rato que estaba ebria. No parecía que nadie fuera a parar este juego, así que de repente, al darse cuenta de que la dejaban sola, sintió que descubría la excitación de deslizarse por la abrupta pendiente del cariz que estaban tomando las cosas. Mitsuko se echó a reír. Después, con una consideración maternal, tomó sólo un billete de mil yenes, se lo guardó en el bolso y trató por todos los medios de que Shunkichi aceptase quedarse con los nueve mil yenes restantes.

—Sólo tienes que pagarme mil yenes, no hace falta más.

Mitsuko, ebria, le dio un beso en la mejilla a Osamu, gesto que le molestó. Natsuo, en cambio, se libró del peligro que conllevaba tal beso.

—Yo sólo valgo mil yenes.

Mientras repetía esas palabras en voz alta, a todos los presentes les sonaban como si fuesen una estratagema para crear un hechizo que le permitiese desobedecer

determinadamente los valores de la sociedad. Como si todo cuanto estuviese sucediendo aquí fuese el comportamiento aislado de una sola persona. Mitsuko se tumbó en un sofá y delante de todos se quitó las medias. Seiichiro se acercó y, con gesto de prestidigitador, tomando las medias entre sus dedos índice y anular, las mostró ante todos, las hizo un ovillo, las metió en un vaso de cristal y vertió whisky y soda para después ofrecer la bebida a los hombres del grupo.

Tamiko rompió a reír a carcajadas:

—¡Qué desagradable! ¡Qué falta de gusto!

Tamiko, al utilizar la expresión tan femenina de «desagradable», aumentó sin embargo la carga erótica del juego.

Kyoko observaba a Natsuo, Osamu y Shunkichi para ver cuál de ellos aceptaba beber la copa de aquella salvaje ceremonia de iniciación.

Shunkichi, que no bebía alcohol, agarró el vaso que le ofrecía Seiichiro. Aunque se echó a reír, el evidente enfado en su mirada alegró a Seiichiro. «Éste no se enfadó ni un pelo durante la pelea. Ahora se ha enfadado por primera vez. Con una cólera así, podría ganar a cualquiera.»

Todos se sorprendieron al ver a Shunkichi bebiendo el whisky con soda. En el vaso asido en puño brillaban las medias mojadas como oscuras algas.

Kyoko, con un aire calmado de anfitriona, se acercó a él:

—Venga, ahora tienes que ocuparte de Mitsuko, la habitación está allí.

Kyoko abrió la puerta y le indicó una habitación de estilo japonés, al fondo del oscuro pasillo, por cuyo *shoji* se filtraba la luz. Shunkichi esbozó una espontánea sonrisa. Tomó entre sus brazos a Mitsuko, sin medias, y se dirigió hacia el pasillo no sin antes dedicar un saludo marinero a todos los presentes.

Todos en la sala de estar se quedaron algo incómodos por lo sucedido. Sólo Seiichiro aparentaba estar tranquilo. Había organizado un juego depravado y ahora se refugiaba ensimismado en un lugar donde no ser herido ni juzgado, con la copa entre sus manos, una expresión dura y el aire desencantado que solía mostrar durante el día.

—¿Ésta es tu manera de distraerte de la monotonía de la vida matrimonial? —le dijo Kyoko.

—En serio, no bromeo. Me siento satisfecho. Soy un perfecto marido ideal —dijo Seiichiro sin la más leve ironía.

—Me pregunto qué necesidad tenías de plantear este juego miserable el día en que Shun gana su primer combate —dijo Osamu.

—Ha sido una muestra de amabilidad.

Natsuo, hasta ese momento callado, de repente, abriendo mucho sus ojos de mirada acuosa, expresó su sintonía con Seiichiro:

—Sí, yo también creo que lo ha hecho por amabilidad.

Para cubrir un hueco vacío no había nada como provocar otro vacío. ¿Quién debería hacerlo? En caso de hacerlo, estaba claro que debía ser por una cuestión de amabilidad. Natsuo, por primera vez, veía ante sí la dignidad que entrañaba ayudar a los otros. Si estuviera solo, no tendría más que buscar su satisfacción en el vacío existencial que lo rodeaba.

—Venga, bailemos. Lo mejor que podemos hacer es bailar —dijo Tamiko, que acabó bostezando de aburrimiento al ver que nadie respondía a su propuesta.

Poco después, insistió una vez más:

—Se me ha ocurrido una buena idea. ¿Por qué no vamos los cinco a un *night-club?*

A todos les llamó la atención la total falta de originalidad de su propuesta.

La conversación se desató entre los hombres, que se pusieron a hablar sobre lo que habían hecho desde que no se veían. En cuanto en dicha conversación salió el nombre de una mujer de la que antes no había oído hablar, enseguida Kyoko, como solía hacer, quiso saber hasta el mínimo detalle. En conclusión, Kyoko dijo lo siguiente:

—Ya veo que todos estáis teniendo éxito y os están saliendo las cosas bien. Shun ha ganado su combate de boxeo, Natsuo ya es un pintor afamado, Sei se ha casado con un muy buen partido y Osamu ha logrado un cuerpo musculoso. Es como si os nutrieseis del aire como si tal cosa. Sois admirables. Es como si lograseis plasmar algo de donde no hay nada.

Mientras, ¡nosotras estábamos sin hacer nada! Espero que sigáis dando importancia a esos logros alimentándolos...

A los hombres su planteamiento con resabios de sermón no les sentó bien. Seiichiro, frunciendo los labios, dijo:

—Mientras hacemos todo eso, más cerca estamos del fin del mundo.

—Y el sonido de dicha destrucción será apoteósico —apostilló Kyoko, añadiendo—: Vosotros no sólo estáis triunfando, sino que además tenéis aspiraciones.

Tamiko, finalmente, logró llevar a los hombres a donde quería. Osamu y Natsuo decidieron acompañarla al *night-club*. Kyoko y Seiichiro no se unieron al grupo. Seiichiro dijo que llegaría tarde a casa si los acompañaba al *night-club,* y sobre todo, todavía quería hablar un poco más con Kyoko antes de volver. Como eso era muy comprensible, Tamiko, sin más, se marchó acompañada del pintor y el robusto joven. Kyoko y Seiichiro, se quedaron solos en el salón rodeados de la bebida y los aperitivos sobrantes de la celebración. Los dos sonrieron al mirarse mutuamente. Durante unos instantes disfrutaron en silencio la agradable tranquilidad que afloraba de la complicidad y la atracción física. No había nada que temer. Ni tampoco nada de lo que avergonzarse.

—¿Encendemos la chimenea? —propuso Kyoko.

—Yo detesto eso de la atmósfera del fuego al crepitar y esas cosas... —contestó secamente él. A continuación, se levantó para servirse una copa y añadió—: Probablemente, en breve tendré que irme al extranjero.

Kyoko alzó la cabeza con un gesto de obediencia canina:

—¿Adónde?

—Nueva York.

—Un nuevo destino, ¿verdad?

—Sí.

Seguidamente, Seiichiro le devolvió la pregunta:

—Nunca me preguntas nada sobre mi vida matrimonial, ¿verdad? ¿Tan detestable te parece?

Kyoko no supo cómo responderle. Seguidamente, echó un rápido vistazo a la puerta que daba a la habitación contigua de estilo tradicional.

—Estoy seguro de que lo que haga no ensuciará su reputación, pero eso es algo que sólo él puede permitirse —dijo Seiichiro haciendo un comentario que dejaba entrever sus velados celos.

Su pronosticado fin del mundo era el principio más puro de Seiichiro.

—Ayer fui al barbero —dijo de repente—. El empleado se olvidó de ponerse mascarilla de celuloide. Además, mientras percibía su mal aliento todo el rato sobre mi nariz mientras me afeitaba... Encima, ayer sentí una desagradable felicidad durante todo el día. ¿A qué se deberá? Creo que la razón estriba en que pude comprobar claramente cómo huele el mal aliento ajeno. En cambio, en el trabajo mis compañeros están en guardia ante mí y no dejan que los huela. El gran secreto que guardo ante la sociedad es que yo solo no tengo ni olor ni sabor.

Cuando empezaba a soltar una de sus típicas digresiones marca de la casa, su piel, que tras haberse recobrado de los efectos del alcohol parecía ajada por el cansancio, de repente recobraba de nuevo todo su lustre vital. No amainaba el ruido de la tormenta en el exterior. Se escuchaba nítidamente el sonido de las pequeñas ramas desgajadas al caer sobre el suelo de piedra de la terraza.

—Tú dices que no haces nada y estás como viviendo fragmentada, a pedazos. A mí lo que me parece es que estoy viendo los restos mortales desmembrados de una mujer que en otro tiempo fue muy bella. Hoy sólo veo sus piernas. Mañana, sólo sus manos: lleva guantes y se precipita en la oscuridad.

—Tú también eres alguien fragmentado —dijo Kyoko.

—Eso lo sabes de sobra.

—Cada vez que nos vemos, parece que siempre estamos repitiéndonos, aunque, poco a poco, vamos compenetrándonos.

—Es verdad, al menos un poco, pero no te confundas, tan sólo un poco. Y mañana por la mañana los dos volveremos a nuestras vidas fragmentadas en pedazos.

Kyoko le hizo un gesto insinuante; a Seiichiro le resultaba difícil tomarlo en serio. Como una persona que hubiese estado mirando un detallado mapa y al fin encontrase el punto que

buscaba, Seiichiro ladeó la cabeza, con semejante insinuación, todavía entre la ebriedad y la lucidez; finalmente iba convenciéndose.

Seiichiro abrazó por los hombros a Kyoko. Juntos se encaminaron hacia la entrada empujando la vieja puerta de madera de roble de la entrada, andando despacio hacia el dormitorio de Kyoko en el fondo del pasillo. Andaban despacio los dos como queriendo saborear el momento.

Kyoko encendió desde fuera la luz de la habitación y abrió la puerta. A la débil luz destacaba la colcha pulcramente colocada sobre la cama. Oculta tras la cama, percibieron la sombra de una silueta, conteniendo la respiración en silencio, que de repente les dejó paralizados a los dos.

Kyoko apenas levantó la voz. Ahí estaba Masako, con su pijama de niña puesto, mirándolos a la cara con gesto algo fingido ladeando el cuello.

—¿Pero qué haces aquí? —le preguntó Kyoko con voz entrecortada y sin poder contener las palpitaciones. Mientras escuchaba a Kyoko regañar insistentemente a la niña, Seiichiro salió de la habitación, tomó su sobria chaqueta de entretiempo del perchero del zaguán y se marchó.

# Segunda parte
## Capítulo 6

El negocio de la cafetería Acacia marchaba bien. Osamu, como de costumbre, seguía trayendo clientes, y la madre se lo agradecía con una asignación mensual.

—No hace falta que me des tanto —le dijo él en una ocasión —. Ya sabes que tengo un buen partido.

—Entonces alguna vez podrías invitarme a una buena cena.

Osamu, sin rechistar, la invitó a un restaurante de comida occidental en el barrio céntrico de Ginza. Aunque la madre ahora vestía mejor, su forma de maquillarse seguía siendo espantosa. Con todo, no le disgustaba tener que ir con ella a primeras horas de una noche de mayo a un lujoso restaurante de Ginza a cenar. Él nunca había estado en el extranjero, pero imaginaba que la dueña de un restaurante francés se parecería mucho a un tipo de mujer como su madre. La mujer, complacida, observó los reflejos de sus uñas rojas sobre el cuchillo y después aguzó todavía más la vista en la hoja como si fuera un espejo con el que arreglarse el flequillo.

Como era habitual, los dos solían hablar sobre temas de amoríos. Primero él, después la madre. La madre no dejaba de hablar de cómo había huido siempre del engaño de los hombres. Probablemente le daba vergüenza, como madre, seguir contando algunas cosas de lo sucedido ante su hijo.

Osamu pensaba así cuando la madre, desde el otro lado de la mesa, se inclinó para susurrarle al oído:

—Seguro que no parecemos madre e hijo. Ese grupo de señoras sentadas ahí creo que está hablando mal de mí, pero lo que pasa, en realidad, es que me tienen envidia.

—Si la gente quiere pensar mal, dejémosles que piensen lo que quieran.

La madre miraba embelesada el bello rostro de su hijo. Su marido, aunque sólo lo fuese de nombre, en su tiempo también

fue atractivo, pero no tenía la fortaleza y lozanía del hijo. Aquellos ojos negros bajo las pobladas cejas, una nariz proporcionada, labios sensuales y estilizados, su buena planta de hombros recios y fuertes pectorales para lucir trajes de primavera... Sin embargo, al igual que su padre, todo aquel porte no expresaba habitualmente la mínima energía y agilidad, sugería más bien un carácter recluido en sí mismo, como si estuviese permanentemente tras una ventana cerrada. La madre apoyaba la nariz por el lado externo de esa ventana, queriendo vislumbrar mejor su interior en penumbra. Sin embargo, dentro todo estaba desierto, desamueblado y deshabitado.

—Últimamente no te quejas tanto de que no te den papeles. ¿Sigues yendo a la compañía Gekisakuza?

—Sí.

La madre fumaba compulsivamente mientras esperaban la llegada de los entrantes. Se distraía apretando entre sus uñas rojas las flores de alverjilla envueltas en humo de tabaco que decoraban la mesa.

—Incluso en un restaurante de tanto postín, recurren a florecillas tan baratas como éstas —comentó.

Sin ningún motivo en particular, madre e hijo estaban felices. Ella fantaseaba con ser una madre de buena familia cenando con su hijo vestido con un traje a medida; él, por su lado, fantaseaba con ser un hijo de poco fiar que ganaba mucho dinero a costa de las mujeres, incluida la madre, dedicada a turbios negocios. Fantaseaba con tener vínculos con el mundo del crimen y disfrutar a todo lujo de sus ganancias.

—Últimamente mi prestamista está muy generoso.

—¿Sí?

—Es que ya no viene a exigirme los intereses. Es más generoso que los de Hacienda.

—¿No será más bien que tienes que ir a pagar tú?

—No digas tonterías, ¿cómo iba yo a tener que ir a pagar los intereses? Yo soy la clienta, ellos son los que tienen que venir a cobrar. Además, el próximo mes se acaba el plazo del préstamo, y he pensado pedir que me lo alarguen dos o tres meses más.

—¿Cuántos intereses pagas al mes?

—El 9%, o sea, 90.000 yenes. De todos modos, ya me descontaron los intereses de los dos primeros meses. Tomando prestado un millón de yenes, he pagado 180.000 yenes, además de 50.000 para pagar la inspección que me han hecho, así que al final apenas he recibido 770.000; vamos, que la toman a una por tonta, qué manera de aprovecharse...

—Noventa mil al mes... Imagino que no tendrás problema para pagar eso, ¿verdad?

—Por supuesto que no. Lo que pasa es que en estos dos meses anteriores no vino el cobrador y he ido gastándome el dinero pendiente de devolver.

—¿No será con eso con lo que me estás pagando?

—No, no, qué va —respondió la madre, molesta.

Osamu presentía un futuro negro. Con una madre que desde antiguo solía hacer un ovillo con la ropa sucia acumulándola en el fondo del armario porque no le gustaba lavarla, resultaba difícil calificar de vida real el estilo de vida de madre e hijo. Incluso en los momentos de mayores apuros económicos, no dejaban de albergar sueños de grandeza en medio de su pobreza, y bien lejos estaban de lo que se suele llamar una vida mísera, llevada con honradez y dignidad. El futuro negro quedaba enterrado en un montón de trapos sucios con poso blanquecino, y en la negritud que se derramaba por el horizonte, brillando como constelaciones, se entreveían profusas heridas sentimentales.

En el postre, Osamu, dejando el sorbete a medias, le dijo:

—¿Seguro que todo va bien?

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a lo del préstamo.

—No hay ningún problema. De eso me encargo yo... Además, deja de pensar en esas cosas. ¿Qué te parece si vamos al cine? Hace mucho que no voy a ver una película, siempre me da mucho trabajo la cafetería.

Tras la cena, Osamu debería acompañar a su madre a ver una de esas películas japonesas de espadachines que tanto le gustaban y en la que actuaba un actor joven de labios protuberantes. A Osamu le molestó la insistencia de la madre,

que no dejaba de aludir a las bellas facciones del actor.

La tarde del día siguiente, Osamu volvió a pasarse por la cafetería Acacia. Su cita con Mariko sería bastante más tarde. Todavía tenía mucho tiempo libre. Sus fornidos amigos se habían marchado, cada uno con sus quehaceres, y lo habían dejado solo.

En la cafetería había una revista extranjera antigua que le había regalado una clienta apasionada del teatro moderno. No podía leer ni una sola palabra de escandinavo, pero había muchas fotografías tomadas en los escenarios. Osamu observaba la fotografía de un joven rubio de puntillas con el cuerpo arqueándose hacia dentro: llevaba tejanos y una camisa de rayas de manga corta. Quizás le acabasen de disparar. A la vez que se doblaba sobre las tablas, alzaba una mano asiendo un halo luminoso.

Osamu se quedó un buen rato fascinado por aquella pose tan bella. Quedaban ya lejos semejantes momentos trágicos vividos sobre el escenario. En el clímax de una representación teatral, tanto la muerte como su perpetrador aparecían envueltos en un halo mistérico que transformaba la escena en un rito sagrado. El cabello rubio del joven herido se fundía con el resplandor del haz dorado que lo abrazaba iluminando su entorno. Además, llamaba la atención la completa ausencia de sufrimiento en la figura del joven moribundo. La figura de un espíritu humano implicado en un cierto incidente, que la cámara captó en su más exacta expresión, y plasmado en esta instantánea, daba la impresión de estar dejando reposar su cuerpo al caer suavemente relajado. ¿Cuál sería ese «cierto incidente»? ¿La muerte tal vez? ¿O quizá el vacío? ¿O un momento crítico? Fuera lo que fuera, Osamu no concebía en absoluto que la mente fuese algo que se cultivaba en nuestra interioridad. La mente siempre se dejaba arrastrar flotando como un globo por el mundo externo, se apoderaba del actor sobre el escenario como si fuera algo que se le había adherido y en un momento dado tomaba prestada su figura humana para proferir el discurso.

No se sabe exactamente qué sentido podía tener la figura instantánea tenuemente iluminada del joven rubio herido por

el disparo... Aunque sus ojos estuviesen vivos hasta el punto de encandilar, en ese instante en que la mente dejaba descansar al cuerpo dentro de la existencia, la persona solo daba de sí para existir, se le iba toda la energía solamente en vivir. Sobre las tablas del escenario se daban esta clase de milagros. Osamu observaba así la imagen con cierta tristeza, tal vez por no haber experimentado en carne propia dicha experiencia.

Justo en ese momento entró un joven con mala pinta en la cafetería. Llevaba el pelo tan engominado que parecía portar un casco sobre la cabeza, y tenía los pulgares metidos en los bolsillos de su cazadora de nailon verde. Se acercó a la chica de la caja y le preguntó algo. La chica lanzó una rápida mirada a Osamu.

Hizo sonar la campanilla que comunicaba con el interior de la cafetería y la madre salió para atender al joven, al que indicó que la acompañase al fondo de la cafetería, al almacén. El joven, que llevaba gruesos anillos de oro, se quitó de la boca el cigarrillo a medio fumar y, tras una rápida ojeada a su alrededor, se dispuso a acompañarla.

—¿Quieres que me encargue yo? —dijo Osamu de repente detrás de su madre.

—No te preocupes, tú quédate ahí, no pasa nada —dijo ella sin apenas volverse. Vista así, desde atrás, con su vestido de cuadros negros, parecía una pequeña cajita de cerillas.

A Osamu se le hizo larga la espera. En más de una ocasión estuvo tentado de entrar en el almacén. Durante esos instantes, tuvo la impresión de que se hacía añicos su, hasta entonces, tranquila existencia. Todo el sustento de su vida indolente de repente se volvía incertidumbre. El mundo a su alrededor, personas y cosas existían al amparo de dicha indolencia apoyándolo como súbditos a un soberano, y ahora, de repente, ya no había más razón que justificase dicho entramado.

Se abrió la puerta del almacén, el joven salió y, volviéndose hacia la madre, le dijo en voz alta:

—Mañana a las cinco. Más vale que no lo olvides.

Su tono insistente y arrogante llamó la atención de toda la clientela, que se giró para ver qué pasaba. La madre, mientras lo acompañaba a la salida, le decía:

—Por favor, no levante demasiado la voz.

El hombre se marchó sin decir nada.

Antes de que a Osamu le diera tiempo a levantarse, la madre se acercó y le dijo al oído:

—Ha venido a cobrar. Le tengo que pagar tres meses de intereses. Le he dicho que mañana le pagaré lo que pueda, por eso se ha ido.

—¿No crees que no tienes por qué hacer cuanto diga? —dijo Osamu—. ¿Es de verdad el cobrador del préstamo? ¿No deberías comprobarlo antes?

—Tienes razón, ahí se nota la perspicacia masculina.

La madre aparentaba aplomo, pero estaba realmente asustada. Osamu se acercó a la caja registradora a la vista de toda la clientela, tomó el teléfono supletorio que servía para pasarle las llamadas al almacén, y desde el almacén llamó, tras preguntarle a la madre el nombre del jefe de la empresa prestamista y del cobrador.

—¿Hablo con la empresa Koshu? ¿Está el jefe?

No obstante, la voz al otro lado del teléfono era la de una mujer:

—Perdone, quisiera hablar con su jefe.

—La jefa soy yo.

—¿Es usted la señora Akita?

—Sí, soy Akita Kiyomi. ¿Quién es usted?

—Funaki, querría confirmar si un tal señor Kokura trabaja para usted, ya que ha venido hoy aquí para requerir un pago.

—¿Kokura? Sí, es uno de nuestros jóvenes empleados. Sí, le confirmo que yo le he encargado que fuese a su establecimiento. Por cierto, ¿usted quién es? Es usted el hijo de la señora Funaki, el actor de teatro, ¿verdad?

Osamu balbuceó sin saber qué decir.

—Si nuestro joven empleado se ha comportado mal, le ruego lo disculpe ante su madre. Salúdela de mi parte.

Tras esas palabras, colgó. Todavía resonaba en su oído la voz grave e insistente de la mujer.

—¿La dueña de la empresa es una mujer?

—Así es. Debe de tener entre treinta y siete o treinta y ocho años. Es un poco fea, pero es una persona agradable. Gracias a

la persona que me la presentó, me hizo el préstamo sin intermediarios, directamente. Además, a un plazo largo de seis meses.

A Osamu la mención de la fealdad hizo que se le disparase la imaginación. Él incluía en la categoría de fealdad todo un conjunto de atributos que definían el estilo de vida de esa mujer. Rechazada por el mundo, con su fealdad se ganaba la vida, despreciaba todo infortunio excepto el de la fealdad, porque gracias a su fealdad disfrutaba de un estado espiritual que la satisfacía.

—Algún día me gustaría tener una casa bonita —dijo inesperadamente la madre—. Una casa entre bosques de abedules plateados, con una terraza hecha de madera de abedul, con un amplio salón en el que reunir a los amigos para tomar una copa; tú tendrías tu propia habitación para pasar la noche con la acompañante femenina que trajeras ese día.

A Osamu, por un momento, le vino a la memoria la casa de Kyoko y le entraron ganas de reírse al imaginar a su madre en semejante casa: era indudable que la transformaría en un mero burdel en un abrir de ojos.

—Podrías alquilar una casa para pasar los veranos.

—No, tiene que ser mi propia casa... Así podría tener loros y monos. A los monos basta con darles cacahuetes, aunque no estoy segura de qué comen los loros.

Al día siguiente, con intención de proteger a su madre, a partir de las cinco Osamu ya estaba en la cafetería, pero el mismo cobrador del día anterior llegó a las cinco muy comedido, la madre se disculpó, y cuando le entregó los 90.000 yenes de intereses correspondientes a un mes se fue sin mediar palabra.

Después Osamu estuvo dos o tres días sin pasarse por Acacia. Dedicó el tiempo sin más a holgazanear en su apartamento o, como habitualmente solía hacer, a pasar la noche en un hotel con Mariko. La realidad quedaba lejos, y no tenerla ante los ojos equivalía a que no existiera. Un día de mayo empezaron a resplandecer rayos de sol veraniegos. Osamu, ante el espejo del gimnasio, observó su cuerpo brillando bajo la luz dorada. Se sentía satisfecho consigo mismo, feliz.

Cuatro días después, una tarde, tras pasar la noche fuera, Osamu volvió a su apartamento y se encontró con un mensaje de su madre pidiéndole que llamase cuanto antes. Cuando la llamó, su madre al otro lado del teléfono lloraba.

Como ella no quería hablar desde la cafetería, Osamu le dijo que fuese a su apartamento y allí escuchó los detalles de lo que le ocurría. El día antes la jefa Akita Kiyomi la había visitado en persona y se había mostrado cordial, pero cuando le habló de los intereses pagados el día previo, la mujer enseguida le dijo:

—¿Intereses? Yo no he recibido ningún pago de intereses.

Según le dijo, Kokura sólo le había entregado una pequeña cantidad por los desplazamientos en coche, pero nada del pago de los intereses; por eso venía ella a cobrarlos.

Esto le sentó muy mal a su madre, que protestó, pero la mujer insistió:

—Si es así, enséñeme el recibo del pago.

La madre reconoció que no tenía recibo.

Akita la hizo sacar un folio y, ábaco en mano, se puso a calcular y le mostró la cifra de dinero que le debía. La cifra era apabullante.

La deuda contraída de intereses prorrogados del tercer al quinto mes se había acumulado, y lo que no había pagado en el tercer mes se añadía al montante del préstamo inicial; por eso los meses siguientes había que añadir 98.100 yenes de intereses a la suma inicial de 1.090.000 yenes. A partir de ahora, cada mes los intereses calculados de un total de 1.188.100 yenes ascendían a 106.929 yenes. De manera que lo que debería pagar al término del préstamo era más de 1.500.000 yenes, el doble de los 770.000 yenes recibidos al principio.

—¡Pero si no me habían solicitado ningún pago de intereses hasta ahora! —Naturalmente la madre trató de objetar, pero la empresaria Akita le advirtió de que todo estaba claramente indicado en el contrato y que por tanto, aunque no le hubieran dicho nada hasta entonces, era evidente que su obligación era pagar la deuda contraída y los intereses. En ese momento la madre se vio en un verdadero aprieto.

Cuando acabó la conversación, la madre dejó escapar

inopinadamente un comentario como quitando importancia al asunto.

—Bueno, Osamu, creo que a nosotros nos hace falta un poco de distracción.

Osamu se sorprendió mucho cuando la madre, inesperadamente, puso punto y aparte. Por lo visto, no parecía muy preocupada por buscar una solución. Parecía que le bastaba con saber que ambos, madre e hijo, tenían un problema y con eso zanjaba el tema de conversación.

A Osamu, a su vez, mientras la escuchaba hablar, no se le ocurrió nada que aconsejarle, y por otro lado se tranquilizó al escuchar aquellas palabras finales por parte de su madre.

El cielo del atardecer veraniego se tornó parcialmente luminoso de repente. Brillaban los focos de un encuentro nocturno de béisbol en Korakuen. Transportado por el viento, llegaba a la ventana el fragor rumoroso del público en las gradas.

—Qué suerte tiene esa gente de vivir sin preocupaciones.

—No seas tonto. ¿Te crees que toda esa gente no tiene problemas en su vida?

Osamu soñaba con un teatro, un teatro soberbio al caer el sol de una tarde de principios de verano. Un bullicio atronador de vítores de aclamación ante una tragedia que estaba teniendo lugar de verdad; el actor hacía ondear su vestimenta ante un público de miles de espectadores bajo la apacible brisa de la noche. Entonaba versos de íncubo demoniaco, rasgaban la oscuridad trazos de luz y manaba sobre el escenario el reguero de sangre de un crimen real. Si se contemplara desde el punto más alto del anfiteatro, la sangre se extendería junto a la persona yaciente por la alfombra como si no fuera más que un borrón de tinta negra que se hubiera derramado sobre ella.

—Cada día habría una pelea a navajazos, tragedia, rivalidad amorosa, pasión real. Sí, cualquiera de estas pasiones vulgares sería más trascendental que vuestras caras de entendidos. Pasión, odio, lágrimas y sangre auténtica y real; tiene que haber pasión de verdad, odio de verdad, lágrimas y sangre de verdad, sin trampa ni cartón.

Éste era el papel que había recitado Ota Noriko en un drama

el año pasado y ahora le venía a la memoria. Según soplaba el viento, el griterío se acercaba o alejaba, como cuando de pronto emergía de un rincón del cielo extrañamente grande una luna nueva despidiendo un reguero de luz; tuvo la impresión de que allí en medio estaba su otro yo, protegido por millares de testigos; se imaginó que estaban contemplando el momento en que iba a ejecutar una acción muy decisiva. Era una acción que daba testimonio de su existencia, atestiguaba que él vive, y a la vez era certificada por los espectadores... Una acción de ultimidades, en el límite... Obligando a ese numeroso público a negar su existencia, ésta era una acción que por primera vez abría la entrada a la afirmación de su existencia... Es decir, una acción tan infantil y absurda como cuando de repente un espontáneo se lanzaba al ruedo y el toro lo mataba... ¿Cuándo llegaría el momento de que Osamu tuviera un papel semejante? Alcanzando una acción tal, ya no tendría necesidad de luchar por ese papel tan deseado. Osamu, con esa acción, iría mucho más allá del «papel».

Ésta era la «distracción» de Osamu, y era un entretenimiento sin sentido; con el único fin de disfrutar de un pasatiempo, el pasatiempo mismo engendraba una ficción, le hacía soñar. En ese momento, brevemente, se olvidaba de las desgracias de su madre.

—Ya veo, ésta es la habitación que decías necesitar para memorizar y ensayar tus papeles. Bueno, hasta ahora no es que hayas tenido un papel de tal calibre como para tener que memorizarlo —dijo la madre, que había empezado a alargar el brazo para coger uno de los guiones tirados por la desordenada estancia sin intención de ayudar a ordenarla.

—Entonces lo que quieres decir es que ya no podrás pagarme esta habitación.

—Bueno, una cantidad como ésa no creo que haya problemas.

—Me lo pagará Mariko.

—Pues si es así, búscate a una mujer que al mismo tiempo me mantenga a mí —dijo ella.

Al día siguiente empezaron a asomar por Acacia jóvenes cada vez más agresivos pidiendo dinero de malas maneras; cuando

le insistían mucho, les daba una pequeña cantidad exigiéndoles un recibo. Debido a la crisis en los *pachinko,* estos chicos ganaban menos, y por eso cada vez exigían más al detalle y un tanto por ciento de ese dinero se lo quedaban como gastos, y la cantidad del recibo incluía un diez por ciento menos. En vista de la situación, decidió ir ella directamente a pagar a la prestamista. Le pidió que no le enviase a los cobradores. Sin embargo, ésta, riéndose, rechazó la propuesta.

Poco a poco, con la llegada de esa ralea de gente que hablaba a gritos, los clientes del Acacia empezaron a irse. Osamu, dado a presumir, ya no traía a sus compañeros del gimnasio. La madre estaba cada día más demacrada.

Un día, entrada ya la noche, de repente Mariko le dijo que quería separarse y Osamu no supo qué decir. Pese a todo, se esforzó por aparentar una tranquilidad propia de su vanidad, pero se le hacía muy difícil, dadas las circunstancias. Mariko, con gesto serio, no le daba ninguna explicación, y por eso Osamu se vio obligado a preguntarle. Mariko respondió como si nada. Le habló sobre una propuesta que ya venía de tiempo atrás; al parecer, ahora se veía con Sudo, el actor de Gekisakuza de papeles de galán, y no daba abasto para mantener dos relaciones al mismo tiempo.

Como era de esperar, nada más decir esto, Mariko rompió a llorar con sentimiento, pero Osamu en lo único en que se sentía herido era en su amor propio. Sin embargo, era un amor propio del que ya estaba empezando a cansarse; la sensación de sentirse querido, embriagado, hacía mucho tiempo que se le había pasado. Dicho orgullo y satisfacción, en su caso, dicho con exactitud, se reducían sólo a sus músculos y cara, aunque conllevaban cierta debilidad. Osamu se distinguía por no necesitar tomar la decisión de decir «ya me he cansado de ti», se limitaba a observar simplemente a la mujer complacida, sin estar siempre disfrutando, sin hacer nada, como si tomase el sol.

Osamu, ya sea porque no perdía nada o porque apenas lo lamentaba, observaba llorar a Mariko como si fuera un estridente papel arrugado que se le hubiera caído al suelo.

Se podía interpretar esta realidad libremente de la manera

que quisiera. En cualquier caso, había dos hipótesis posibles. En el primer caso, se supondría que Osamu no existía realmente durante el tiempo que mantuvo esta relación tan convencional, que no la había vivido realmente; en ese caso Mariko no desearía separarse más que de la sombra de una sombra. En el segundo caso, habría que suponer que Osamu existiera verdaderamente, que lo había vivido muy de veras. Entonces, aunque pareciese que ella dejaba al hombre, en realidad sería lo contrario, es decir, que él la abandonaba. No sería más que desgajar una rama de su sólida existencia. Sin embargo, a Osamu lo que le preocupaba era la vaguedad de ambas suposiciones.

Tanto para una completa renuncia de sí mismo como para una completa posesión del otro, el acto de unión carnal era insuficiente; era un vínculo demasiado débil y superficial. Era algo que no pasaba de ser una imitación infantil de una posesión terrible y estrictamente cierta. El cuerpo de la mujer era muy ligero y suave. Eso equivaldría a una burda copia, una imitación. Aunque Mariko había alabado, de palabra, su cuerpo robusto como una armadura, su cuerpo femenino no había logrado cosechar el mismo éxito e idénticas alabanzas por parte de él. ¡Era una mujer mediocre! ¡Absolutamente mediocre! Al igual que la genialidad masculina no era comprensible para las mujeres, éstas tampoco eran capaces de captar la genialidad del cuerpo masculino, pensaba Osamu.

De repente, a Osamu se le ocurrió una idea. Le lanzó una mirada llena de desprecio y, haciendo acopio de aplomo, le dijo:

—De acuerdo, nos separamos, pero tendrás que recompensarme económicamente.

Mariko, al principio, pensó que bromeaba. Levantó su rostro, hasta hace poco bañado en lágrimas, y miró incrédula a Osamu. Era un chantaje, pero no tenía miedo. Los hombros y pectorales pletóricos de fuerza juvenil de Osamu carecían de una fuerza propia capaz de resistencia. Su cuerpo, como si se tratara de una mariposa, un bordado o un gatito, no parecía tener más fin que el de ser adorado.

—Es horrible. Se nota que dices lo primero que se te ocurre.

No te pega nada decir tales cosas —dijo amargamente Mariko con una sonrisa forzada. Después, al acordarse de que Osamu era un actor secundario, añadió—. Además, interpretaste penosamente tu papel.

Osamu era capaz de soportar grandes humillaciones, pero esta vez se sorprendió bastante. Sin embargo, no tenía nada que ver con la humillación que sentía cuando no le daban un papel y no veía su nombre en el reparto de una obra. Por eso se sentía ya inmunizado frente a cualquier forma de desprecio.

Todavía no alboreaba la mañana, pero su presencia se presentía en la lejanía. Chirriaban los primeros trenes del día saliendo de cocheras. Sobre la cama se hacía irrespirable el ambiente saturado de humo del tabaco. Por fin se colaron los primeros rayos matinales en la neblinosa nube de tabaco de la estancia, puntos luminosos en un crematorio más que en una habitación.

Finalmente, cuando Mariko le preguntó cuánto dinero quería, él, sin más explicaciones, le pidió «un millón y medio de yenes». La suma era tan irreal que Mariko, a pesar de las recientes lágrimas, se echó a reír.

—¿Necesitas toda esa cantidad para vivir? ¿Tanto vales? ¿O tal vez piensas gastarte un millón y medio de yenes en huevos, leche, carne de vacuno y queso con los que engrosar aún más tus inútiles musculitos?

A continuación, ella se puso a calcular a cuánto ascendía el cuantioso valor de lo que le había regalado hasta ahora en trajes a la moda occidental, etcétera. Le dijo que no tenía ninguna intención de pedirle que la recompensara. Simplemente, era una mujer incapaz de dejar de decir lo que pensaba.

—Me bastaban tus fuertes abrazos y tu fornido pecho. Así que no pienso decirte, a estas alturas, que me parecieses insulso. Así es: tal como tú mismo piensas, y puesto que vives como una estatua viviente, no hay ningún defecto que achacarte. Así que puedes estar tranquilo y seguro. Hasta ahora me he acostado con una estatua; ahora me alejo dejándote en tu pedestal, y cuando me entren ganas de abrazarte, contemplaré tu cuerpo desde la distancia. ¿Pero es que vale

tanto separarse de una estatua de bronce? Jamás hiciste el menor esfuerzo por hacerme entender qué es lo que piensas, eres realmente aburrido, pero se nota que tú mismo no te aburres en absoluto siendo así. A decir verdad, de sólo pensar en la razón de que sea así me produce malestar.

La perspicacia de Mariko le bajó los ánimos, pero no se sentía amenazado. En efecto, él no tenía ningún secreto que temiese que quedara al descubierto.

—En cualquier caso, vuelve a la realidad. Deja ya de pensar infantilmente —dijo Mariko mientras aplastaba una colilla de cigarrillo en el cenicero con aire de retomar un tono más conciliador. Como el cenicero estaba algo alejado, los rayos de sol filtrados por la ventana cubrieron sus brazos de una tonalidad blanca. Aquella blancura destilaba tranquila frialdad.

—Imagino que algún día lograrás querer a alguien de verdad.

Esa mañana no se veía con ganas de ir al gimnasio por la falta de sueño, y al llegar a una esquina se despidió como si nada de Mariko y se fue a la cafetería de su madre.

La cafetería Acacia estaba desierta. Percibió un aroma de café inútilmente preparado. La madre, sentada en una de las mesas para la clientela, tomaba a media mañana un desayuno tardío de café y tostada.

—Buenos días —la saludó como de costumbre Osamu sentándose ante ella.

La madre, en voz apenas audible, le devolvió el saludo. Se tomaba la tostada con desgana, sin comerse el borde del pan, y jugueteaba haciendo bolitas con el pan sobrante. No dejaba de contemplar el cielo nublado tras la puerta, pero lo que realmente circulaba por las finillas venas de sus ojos enrojecidos era una suciedad pardusca parecida a la nicotina del tabaco. Las arrugas bajo los ojos y la piel endurecida le daban un aspecto de amianto.

—Tampoco he podido dormir esta noche. Y el desayuno, ya ves, casi no lo he tocado —dijo la madre dejando de tomar café.

A espaldas de Osamu, se abrió la puerta y entró un cliente

saludando en voz alta:

—Buenos días, señora, ¿cómo está?

Osamu se iba a dar la vuelta, pero antes de hacerlo la madre le guiñó el ojo. Era uno de los jóvenes cobradores que solía venir, esta vez acompañado de una chica. Se sentaron a espaldas de Osamu. No podía verlos, pero por la voz podía hacerse una idea de la ralea del personaje.

—Señora, sírvanos algo de desayuno —dijo el hombre.

—Pues no tengo nada especial que ofrecerles.

—¿Y qué es lo que comes tú entonces? Tráenos lo que haya.

La madre se levantó de mala gana. Osamu alcanzó un periódico y se puso a hojearlo como si nada. Sin embargo, no podía leer palabra. Hasta las viñetas del sencillo cómic que solía leer le resultaban incomprensibles. Además, se estaba empezando a sentir presa de un ligero e incipiente temblor de manos.

El joven daba detalles de la situación a la chica con intención de que Osamu lo oyera. Solía venir a la cafetería porque le habían encargado el cobro de un préstamo, pero como la vieja tozuda se empeñaba en no pagarle y el local acabaría siendo traspasado, hasta que eso sucediese él tenía derecho a beber y comer gratis. Por eso, aunque se trataba de una cafetería con una oferta más bien exigua, le dijo a la chica que pidiese lo más caro del menú que quisiese... La chica asentía sonriendo continuamente mientras le daba la razón repitiendo, una y otra vez, la misma coletilla:

—Es verdad, qué razón tienes.

Al fin, acompañada de la camarera, llegó la madre para servirles café, tostadas y algunos dulces y fruta sobrantes del día anterior. Una vez servido el desayuno, la camarera enseguida se escondió. Después, el joven llamó a la madre e, indicándole en voz alta que se pusiese a su lado, le contó detalladamente cómo había pasado la noche con su acompañante femenina.

Osamu, a sus espaldas, oyó a la madre comentar con desgana:

—Ya veo que lo pasaron bien.

—Y aquí donde la ve, después empezó a morderme el cuello

y a decirme «Eisan, no se te ocurra dejarme nunca».

—No te rías de mí. Yo no recuerdo nada de eso —dijo la chica.

—Cállate. No te des ahora tantos aires de señorita.

De repente la chica, tan risueña hasta ahora, se echó a llorar. La madre no pudo evitar interceder. El joven se volvió hacia ella y a voz en cuello soltó una retahíla de improperios. Cuando la madre estaba a punto de decir algo, él le tiró el café por la cara. Osamu se giró al oír el grito y vio a su madre con un espeso reguero de café chorreando por su boca y nariz y un gesto de atónita sorpresa.

Osamu se abalanzó sobre el joven. El hombre cogió un vaso y trató de rompérselo en la cabeza, pero Osamu logró esquivarlo por los pelos y el vaso se hizo añicos contra la pared. El cobrador era más pequeño y delgado que Osamu, pero sabía moverse y poseía una agilidad felina. Cuando Osamu lo sujetó por los hombros, éste le pegó un puñetazo en la mandíbula, luego le dio una patada en las espinillas y, cuando Osamu bajó la cabeza, le soltó dos guantazos.

Su robusto pero lento cuerpo no le sirvió para nada: Osamu se retorcía acuclillado sobre el suelo. Notó que el hombre le ponía los zapatos llenos de barro contra la espalda para pegarle una patada y tirarlo hacia delante. Cuando se recompuso de los golpes, tanto el chico como la chica se habían esfumado.

Arrodillada sobre el suelo con la cara llena de café, la madre lloraba aferrándose a las piernas de su hijo.

Tras el incidente, lo primero que le pidió Osamu a su madre fue un espejo.

Osamu, llevándose las manos a las mejillas inflamadas, se fue al médico. En la sala de espera del consultorio había una reproducción extraída de algún libro de arte de un famoso cuadro occidental. Se trataba de la obra *Venus y Adonis*. Venus no aparecía en la imagen, y en cuanto al jabalí, ciertamente atacaba a Adonis, pero sin intención de matarlo. Entre el intenso olor a desinfectante, la reproducción, enmarcada en un marco barato, despedía tonos verdes y dorados. Al parecer era un anuncio de un producto de tratamientos hormonales: «Si no

cree que sea cierto, pruebe este producto. Al instante, las mujeres se convertirán en auténticas Venus, y los hombres, en todos un Adonis».

Osamu, al recordar amargamente los veloces movimientos del hombre que le golpeó, se acordó de los combates de Shunkichi. Tras la cura en el ambulatorio, llamó por teléfono al club de boxeo Hachidai.

Shunkichi sintió rabia y enfado al escuchar a Osamu contarle los detalles de lo sucedido.

—¿El tipo ese va todos los días?

—Sí, como si tal cosa. Al día siguiente de la pelea, cuando me vio con los vendajes me dijo con descaro y desprecio «Lo siento, chico».

—¿A qué hora suele ir?

—Que viniese esta mañana fue una excepción. Normalmente suele venir a eso de las ocho de la tarde.

—Bien, esta noche tengo que asistir a la pelea de un compañero veterano para hacer de segundo y no podré ir, pero mañana después de entrenar me presentaré allí sin falta, deja que me encargue yo.

Ya quedaban sólo diez días para su próxima pelea. Shunkichi se preocupó un poco al pensar en la posibilidad de dañarse las manos. Sin embargo, sentía muy de cerca la humillación sufrida por su amigo y eso le alentaba a seguir adelante; con sólo pensar en mañana por la noche se sentía con el cuerpo en forma y el espíritu en tensión: «No se lo perdonaré, se va a enterar», se decía a sí mismo, hasta llegar a repetírselo en voz baja: «No se lo perdonaré, se va a enterar».

Empezó a imaginar como agarraba por los hombros y empujaba a aquel hombre desconocido. Preveía controlar totalmente sus movimientos mediante la fuerza.

«No se lo perdonaré, se va a enterar», su fuerza física le servía para controlar e imponer orden. La fuerza era necesaria para que todo estuviese en su lugar, y para ver claramente el mundo exterior y el contorno preciso de la realidad. Todo cuanto es ambiguo, caótico o incomprensible es para el boxeador una afrenta a su propia fuerza.

«No se lo perdonaré, se va a enterar.»

Cada vez que Shunkichi se repetía la frase para sus adentros, sentía que brotaba dentro de sí un enorme orgullo.

Al día siguiente, tras el entrenamiento, Shunkichi fue a Acacia. Tomó un cuenco de arroz con *unagi* que le trajo Osamu. Esa noche había cuatro o cinco clientes. Como las visitas de los cobradores eran cada vez más problemáticas, la madre subía mucho el volumen de la música del tocadiscos, y los clientes, incluso compartiendo mesa, tenían que hablar en voz alta.

Shunkichi, con el fin de animar a su amigo, le hablaba a gritos sobre temas superficiales con su característica voz cascada. Osamu, para sus adentros, se preguntaba desde cuándo su amigo tenía una voz así de ronca. Al elevar el tono, se le resquebrajaba la voz y costaba todavía más entender qué estaba diciendo.

—¿Viste el eclipse solar de anteayer?

—No tenía yo el día para eso —respondió Osamu tras hacerle repetir la pregunta varias veces.

—Fue muy pequeño —dijo Shunkichi describiendo torpemente la forma con sus manos, parecidas a mazas de madera—. Realmente pequeñísimo, era como un *sembei* con un pequeño mordisco.

Después comentaron la noticia que venía ese día en el periódico sobre la sentencia de muerte para Takeuchi, acusado de estar involucrado en el caso de Mikata. Los dos, como jóvenes que eran, simplemente se sentían interesados por el tema de la pena de muerte, pero su interés no iba más allá.

—Ya ha pasado mucho tiempo desde aquello. Además, ya quedó atrás la época de los casos enigmáticos sin resolver —dijo Shunkichi categóricamente y con tono serio.

Sin embargo, sus ojos, que destacaban en dulce contraste con el cutis, liso como cuero, dejaban perderse la mirada más allá del umbral, como si a través del fragor de la tarde rechazaran con decisión lo enigmático de la realidad exterior. Osamu apreció la belleza en la mirada de su amigo.

A pesar del ventilador, en la cafetería hacía un calor insoportable. Era uno de esos días tan calurosos de junio, a principios de la estación de lluvias, en que el bochorno parecía incendiar las paredes, y no se aliviaba ni siquiera con una brisa

fresca por la noche.

Osamu empezó a sentirse contento y tranquilo. No se trataba sólo de que Shunkichi hubiera ido a estar con él. Ya se había olvidado de las heridas del otro día, y los dos disfrutaban como amigos del colegio esperando ocultos tras la maleza la llegada del enemigo para atacarlo, comiendo silenciosamente los caramelos que habían traído para entretenerse y matar el tiempo libre. Una sensación de cercanía compartida ante la aventura por vivir. Una noche juvenil... A Osamu le parecía que hacía mucho tiempo que no disfrutaba de una incertidumbre expectante como la de esos momentos.

—Ya son más de las ocho —dijo Shunkichi.

—Seguro que llega hacia las ocho y media —contestó Osamu.

Dieron las ocho y veinte. Se abrió la puerta y entró una mujer. Llevaba gafas y vestía una blusa blanca de oficinista y una falda de estampado floreado, y colgada de un brazo portaba una cartera de nailon. Llamaba la atención su pelo. No había duda de que se había hecho una permanente, pero no lograba domar sus rizos, que salían disparados en derredor, y la profusa cabellera negra como la noche contorneaba la palidez de su cara.

Aunque no desmerecía su boca, su pequeña nariz le daba una apariencia de enfado al rostro que estropeaba el conjunto. Era de estatura media y cuerpo proporcionado, pero sus piernas eran gruesas y sus zapatos planos sin tacón resaltaban si cabe más dicha característica. En cuanto a sus movimientos, había en ellos algo que transmitía rigidez.

Osamu le echó una ojeada: le pareció fea, con algo de pájaro de mal agüero. Se le hacía difícil imaginarse cómo podía disfrutar de la vida una mujer así.

Cuando vio a la muchacha de la caja registradora dirigirse al almacén para avisar de su llegada, Osamu se dio cuenta de que la mujer en cuestión era la prestamista Akita Kiyomi. Salió la madre y, tras hacerle un gesto al hijo, acompañó a Kiyomi a una mesa del fondo para hablar. Por fin, ante el evidente malestar de Kiyomi, la madre bajó el volumen del tocadiscos. A partir de ese momento, aunque entrecortadamente, se

podían escuchar fragmentos de la conversación entre ambas. En el tono insistente y grave de su voz reconoció a la mujer con la que había hablado días antes por teléfono.

Shunkichi, tras la explicación de Osamu, dijo:

—Vaya, con una mujer no podré liarme a guantazos.

De todos modos, por lo que estaba escuchando de la conversación entre ambas, a Osamu no le daba la impresión de que ésta estuviera siendo tensa.

Al poco, la madre se acercó a su hijo con un sobre blanco en la mano.

—¿Qué piensas que es? Pues mira, hoy no ha venido a cobrar, sino a disculparse. Hoy, cuando se ha enterado de las lesiones que te provocó su cobrador, vino sin dilación a disculparse. Ha despedido inmediatamente al tipo y quiere pagarte los gastos por la atención médica recibida para tus heridas.

Osamu le dijo que no tenía intención de aceptar ese dinero, pero la madre no sólo le instó a reconsiderar su posición sino que le suplicó que se acercara a saludarla.

Shunkichi bostezó. Cuando tenía ante los ojos asuntos cotidianos de este tipo, se le fruncía el entrecejo dibujando una expresión de disgusto. Aquello era para él como un molesto sarpullido. Una vez contraído, no había manera de quitárselo.

—Bueno, creo que por esta noche es suficiente. Me voy.

—Oye, de verdad lo siento. Parece que hoy las cosas han tomado otro cariz... ¿Vas a ver a Mitsuko ahora?

—No, no la he vuelto a ver.

Shunkichi se sorprendió al escuchar el nombre de una mujer que ya había olvidado. Se puso en pie y volvió a bostezar. Sentía su cuerpo liberado, era como si su fuerte y flexible musculatura estuviera revestida de plumas. Shunkichi, de repente, se acordó del consejo de su entrenador y al salir de la cafetería empezó a caminar cargando el peso sobre la punta de sus pies. Al pisar el ardiente asfalto tras un día muy caluroso, daba la impresión de estar pisando carne blanda más que asfalto. Percibió de dónde procedía aquel sentimiento de liberación. Aunque durante la primera parte de su vida jamás había experimentado ese estado, recientemente se sentía más

tranquilo si evitaba las peleas para resolver algo.

Osamu se acercó con su madre hasta la mesa en la que estaba Kiyomi. Charlar con aquella mujer poco agraciada le resultó agradable. A través de su camiseta celeste relucían con un matiz ámbar sus definidos pectorales.

—Tiene unos músculos fabulosos —dijo de repente Kiyomi —. Es evidente que Eiko se comportó vilmente.

Eran cumplidos que alegraban el corazón y bastaban para que Osamu aguardase sus siguientes palabras.

—Muchas gracias por haber comprendido mis sentimientos. Siento verdaderamente lo que sucedió... Aunque, sinceramente, debo decirle que el fuerte carácter de su madre me está poniendo en apuros. No quiero seguir presionando a su madre, pero en dos o tres días el local tendrá que ser transferido para liquidar las deudas.

—¿Tan rápido? —dijo la madre con espontánea y nerviosa sinceridad.

—Con el estupendo hijo que tiene, es usted la que debería hacer algo por remediarlo. Se llama Osamu, ¿verdad? Creo que le convendría hacerse con una apuesta ganadora en el velódromo y así ayudar a su madre... Sin embargo, la cifra de un millón y medio de yenes tal vez sea demasiado alta, ¿verdad?

Osamu percibía, de vez en cuando, cómo Kiyomi fijaba sus ojos en su rostro mirando a hurtadillas a través de sus gafas. Osamu desviaba la mirada adrede para que ella pudiese observarlo cómodamente. De repente le pareció que la mirada de la mujer, como las alas de una mariposa, se posaba silenciosa en sus mejillas. Osamu pensó: «Su mirada es muy modesta, pobre, completamente carente de orgullo». «Si fuera una mujer bella, no miraría de esa manera. Parezco uno de esos panes dulces observados a través del cristal del escaparate por una joven vendedora ambulante de cerillas.»

Osamu, instalado en su indolencia, tenía un cierto presentimiento de estar asistiendo pasivamente a un cambio de la realidad. En esos momentos, él era observado claramente y en cambio no podía percibir lo que ella tenía ante sí al mirarlo. La realidad se oculta transfigurándose tras un velo

transparente. Ésa era la única realidad capaz de ofrecerle algún favor.

Por otro lado, el teatro que debería haberle aportado mayores beneficios seguía rechazándolo fríamente, mostrando nada más que silencio de su parte. Aquello era un teatro invisible. Brillaba en la lejanía de la noche, aislado del público; era un teatro invisible como una constelación anclada en el firmamento. Por eso era una realidad completamente imprevisible.

En cuanto a todo lo demás, no había para él nada que pudiera considerarse una realidad impredecible. La sentencia de muerte del acusado del caso de Mitaka, la recuperación del mercado de Wall Street... Todo quedaba detenido, congelado o fosilizado. Lo que la gente llama «realidad vivida» no era para él más que una momia.

Tras la afluencia de gente en las noches de verano, tras sus caras sudorosas, tras los parados desocupados y tras el rostro de su madre a punto de arruinarse por un préstamo abusivo, no había más que una realidad resuelta, decidida por contrato e inamovible por decreto oficial.

Tan sólo una realidad oscura a la que parecía que hubiesen lanzado un esparavel desde una profunda y secreta oscuridad pero que apenas calmaba su ansiedad, promesa de una efímera transfiguración. Él nunca tuvo un ánimo combativo; si era aceptablemente soportable, veía más deseable sentir asco. El asco, antes que el espíritu de lucha, le ayudaba a atestiguar su existencia. O tal vez no. El asco no destruía la realidad detenida y fija en torno a sí, sino que más bien la transformaba en repugnante, fangosa e indeterminada. En cambio, a diferencia de los jóvenes de su generación, jamás había sentido repugnancia por sí mismo.

Al fin, Kiyomi, sonriendo, miró a Osamu y le dijo:

—Le ruego que me disculpe, pero con su madre no hay manera de arreglarlo; creo que sería mejor si usted y yo pudiéramos hablarlo tranquilamente una noche. Así podríamos llegar a un acuerdo en el que ninguno saliese perjudicado. ¿Qué le parece encontrarnos mañana para ir a cenar?

Kiyomi, tras concertar su cita con Osamu a las seis de la

tarde del día siguiente en un pequeño restaurante cercano, se marchó.

La madre recobró un buen humor poco habitual en ella estos últimos días.

—Por fin empiezo a ver la luz —dijo con tono de agente comercial—. Esta noche creo que dormiré tranquila, creo. Te pidió muy claramente ir a cenar mañana, ¿verdad?

Seguidamente pellizcó los fornidos brazos de moreno ámbar del hijo.

—Qué duros. No hay manera de darles un pellizco.

El día siguiente estaba despejado y hacía mucho calor. Osamu se puso un polo amarillo que dejaba entrever su pecho y unos pantalones color crema ceñidos. «Sé que a ellas les atrae mi trasero. Es calcado al de los marineros extranjeros. Recuerdo que una vez dos estudiantes universitarias vinieron detrás de mí por eso piropeándome».

Osamu no usaba colonia de mujer ni desodorantes masculinos. No quería echar a perder el aroma dulce y viril de su cuerpo. Prefería desprender un olor de animal joven y astuto.

Antes de las seis, todavía había luz. La gente ya vestía ropa ligera con el comienzo del verano impregnando las calles de una atmósfera sensual. Una sensibilidad nerviosa empapaba el ambiente. Pronto un lírico ocaso tintaría las ventanas de cristal de los edificios. Los sufrimientos lejanos se consumían como un fuego en la distancia y, sin embargo, cosa extraña, el bochorno que se sedimentaba aquí no se parecía en nada a aquellos sufrimientos o lejanas preocupaciones. Nada hacía pensar en dicho sufrimiento al ver el cabello con motas de polvo de la gente andando por la calle, ni sus miradas de soslayo, sus manos tendidas, los pies desnudos calzados con *geta* o sus vívidos brazos con marcas de vacunas.

Osamu, al prender su cigarrillo con una cerilla, miró en el hueco de su mano el resplandor naranja que se fundía con la luz del atardecer; aquellas manos, al igual que las de los demás viandantes, vivían completamente ajenas al sufrimiento. No eran manos encallecidas por pesares. Solamente se reflejaba en ellas un no sé qué pegajoso del sol en el ocaso, pero no

transmitían la impresión de la pesantez del mundo o el cansancio de la vida, como mucho una cierta imagen erótica insinuada en la puesta de sol. Simplemente la sensación de ser aplastado. No obstante, no era una situación del todo desagradable.

En una esquina de la calle, flanqueado por una valla negra, se veía el restaurante propuesto para la cita por Akita Kiyomi, y habían regado la entrada para refrescar. Osamu, al entrar, dio el nombre de Akita y subió a un reservado del primer piso. Kiyomi esperaba sentada en el alféizar de una ventana que daba a un jardín para que circulase la corriente; al igual que el día previo, vestía con poco gusto. A través de sus gafas, observó a Osamu al entrar. Después sacó un voluminoso paquete de cigarrillos extranjeros de una bolsa de plástico y lo tiró sobre la mesa.

—Fumas, ¿verdad? Adelante —le dijo.

Realmente no parecía acostumbrada a tratar con hombres, pensó Osamu.

Akita Fuyomi, ni siquiera con los primeros signos de embriaguez por la cerveza, mencionó nada sobre la deuda de su madre. Su tono parecía pausado, pero por debajo su voz sugería una constancia impetuosa y cálida; además, hablaba solo ella. No hablaba sobre sí, sino de un modo meramente abstracto.

Osamu no comprendía bien qué extraño sentimiento de desesperanza la atenazaba. No tenía nada que ver con su profesión; al contrario, se enorgullecía de su trabajo, bien distinto del ejercido por una matrona. De hecho, había provocado el suicidio de una familia entera y el de siete personas. Se sentía especialmente orgullosa de haber contribuido al suicidio de una familia entera.

—El padre murió abrazado a su hijo de dos años —dijo Kiyomi—. El bebé no querría morir, daba patadas muy fuertes contra el delgado pecho de su padre. Estaba en la postura habitual de los niños al excitarse mucho jugando.

Aunque ella no había intervenido directamente, pensaba que haber contribuido, en cierta manera, a este suicidio reportaba un bien a la sociedad. Ella no había hecho nada más

que intervenir en un proceso que también ocurriría en la naturaleza con idéntico resultado. A su modesto entender, ella lo único que podía hacer era sustituir a la naturaleza o ayudar un poco para que ésta completara su proceso natural.

—La gente suele decirme que si hubiera sido más sensible, más conciliadora en el cobro de intereses, o si hubiera cancelado en lo posible la deuda, aquella familia tal vez no se habría suicidado. ¡Qué estupidez!

Kiyomi no podía admitir la idea de que el hombre debe ayudar a su prójimo. La recompensa por los sentimientos, los pequeños acuerdos, arreglar las cosas con unas lágrimas, transgredir la ley... Todo eso equivalía a transgredir el orden natural.

—¿Quién ha determinado que sea un bien vivir en este mundo? ¿Que sea un bien ayudar a los otros y evitar el suicidio? Lo que yo hice no es más que una eutanasia un poco bruta. De haber ayudado a esa familia en aquel difícil momento, igualmente en el futuro no habrían tenido ninguna esperanza, ha sido mejor así para el niño asesinado por su padre.

»Es un pensamiento miserable llevar una vida horrenda y pensar que vivir meramente es razón suficiente para ser felices.

»Además, pensar que se es feliz al vivir ordinariamente y sin sobresaltos nos equipara con los animales. Es la ceguera de no querer sentir ni pensar realmente como un ser humano.

»La gente vaga ante una pared de completa oscuridad, y los sueños se reducen a comprar una lavadora eléctrica o un televisor. Aunque no haya nada que puedan esperar del mañana, se regocijan pensando en el día siguiente. Es ahí donde yo aparezco, y con sólo hacerles ver la realidad desnuda ante ellos, se quedan atónitos y crean un gran revuelo cometiendo suicidio o doble suicidio. Al igual que los pagos por mensualidades o los seguros, yo no hago más que mostrarles exactamente la realidad del tiempo. Verdaderamente soy yo la que me comporto bien con ellos. El tiempo, que se va rodando, la pendiente y la aceleración del tiempo... Y a pesar de que el tiempo es real, lo que les muestran los vendedores de pagos por mensualidades es un

tiempo falso, uniforme y edulcorado.

Kiyomi aspiraba a mostrar la auténtica realidad a las personas. Ésa era la verdadera realidad del mundo para ella.

Así era como comenzaba a hablar de su propia desesperación. Kiyomi conocía la auténtica realidad de este mundo. Y como garante de esa verdad, la desesperación era para ella la realidad ordinaria. Osamu al menos comprendía que, a diferencia del desorden en el que creía Kyoko, Kiyomi creía en una existencia ordenada y de un vacío completamente transparente, como un hogar helado en el que el ser humano no podía vivir aislado.

«Sin embargo, la vida desesperanzada de Kiyomi tiene algo de inocente, como el sueño de una mujer virgen y joven que no conoce el mundo.» Puede que estas ideas la hubieran acompañado desde su época de adolescente poco agraciada. A Osamu le sorprendía que la idea de no ser amada pudiera preservarse con tal pureza. Ella supo del caso de una chica poco agraciada físicamente y rica heredera de su vecindario que, al parecer, fue engañada por un hombre ávido de su dinero, de manera que desde pequeña supo que una mujer fea, por rica que fuera, no podía comprar con dinero la fidelidad de un hombre, y decidió hacerse rica para no ser nunca amada.

Por regla general, las personas que no eran amadas tenían razones para perseverar en seguir sin ser amadas. La razón era escapar lo más lejos posible del motivo por el cual no eran amadas.

En el caso de Kiyomi, era diferente. Ella no tenía la menor intención de distanciarse de la causa principal, es decir, la fealdad de su rostro. Aunque su fealdad era resultado de la naturaleza, Kiyomi seguía siendo devota de ella. Después, a partir de cierto momento, empezó a pensar que lo poco agraciado de su rostro era una prueba de la autenticidad de la naturaleza mostrándose en su rostro. Un rostro como las rocas negras y moradas que exponen al desnudo una figura arisca en medio de las montañas, o en primavera la proliferación de los microbios sobre el mar esbozando un dibujo, y provocando un color nauseabundo, de una cara gigantesca sobre el agua, o una cara oscura conformada por cortezas del material que se

acumula en cavidades de hongos. Era una cara idéntica a todo aquello. La fealdad era el papel y la máscara de Kiyomi. Como los bailarines con máscaras danzando de un lugar a otro en los festivales populares, a Kiyomi le bastaba mostrar su feo rostro. Entonces ya quedaba asegurada ciertamente la muerte de los deudores.

—Demuestro a la gente que no tiene valor vivir en este mundo —continuó diciendo Kiyomi—. Sin embargo, aunque yo misma soy quien mejor lo sabe, te preguntarás por qué me empeño en algo tan absurdo como aspirar a la riqueza. Puede que la razón de que siga viviendo así actualmente sea el fuerte sentido de cumplir una misión o deber, pues ya con lo logrado a estas alturas, no habría problema en morir en cualquier momento; pero no quiero que sea la muerte la que me alcance a mí, y aunque no necesito planear cuándo poner fin a mi vida, no tengo intención de vivir ya mucho más.

—Con dinero podemos comprar lo que deseemos, ¿no crees? Quienes piensan que no todo se puede comprar con dinero son sólo ricos sentimentales.

—Sí, con dinero podemos comprar cuanto deseemos —dijo Kiyomi con una mueca de sonrisa que todavía la hacía parecer más fea—. Los placeres más excelsos de este mundo, sí.

Kiyomi volvió a retomar el tema de la muerte. Aquel tiempo real, en pendiente, precipitándose acelerado, lo tenía dominado en su mano, empuñando las riendas para controlar su carrera, transformado en un tiempo uniforme y diferente del que ya estaba hastiada; a partir de ahora, ella también sentía el deseo de deslizarse por esa pendiente resbaladiza de descenso. Ya no le bastaba con asegurar la autenticidad de la caída, ¡quería ella misma ser su personificación encarnada!

—Seguro que sería muy placentero poder deslizarse por la pendiente más larga y abrupta de este mundo. Debe de ser maravilloso.

—Sí, ciertamente —dijo Osamu, acordándose de la cara demacrada de su madre.

Ya había pasado un buen rato y empezaban a oírse en el pasillo las voces de clientes ebrios abandonando el restaurante. Osamu, tras escuchar aquel discurso algo insustancial, dijo:

—¿Puede decirme por qué quería hablar conmigo esta noche?

—Quería hablar contigo tranquilamente.

—No creo que eso tenga nada de interesante.

—Lo pensé nada más verte. Quiero hablar con él, me dije.

Kiyomi hablaba como para sí misma, como si estuviese sola.

Osamu, hábilmente, trató de abordar el meollo de la cuestión.

—Al parecer yo provoco eso en algunas mujeres.

Kiyomi lo interrumpió bruscamente.

—No sigas por ahí. No pretendas hacer ver que te atraigo. Hombres así hay muchos.

Osamu no reculaba y apoyó sobre la pared su brazo sobresaliendo del polo amarillo.

—Dime, entonces, ¿por qué?

—Porque eres un hombre atractivo. Tienes buen cuerpo, eres joven, aunque parece que te falta seguridad y sueles hacer lo que la gente te dice, estás sumido tú mismo en la ambigüedad. Has intentado ser más directo pero te cuesta, traicionas tus aspiraciones, y sin saber muy bien lo que quieres, te cansas de vivir. Pero te lo diré una vez más: la única razón es que me gusta tu cara.

Osamu seguía callado, con aire molesto, cuando Kiyomi sacó del bolso el contrato del préstamo contraído por su madre y lo dejó sobre la mesa.

—Mira, he venido aquí porque quiero comprarte, como consta en esta declaración. Si haces esta declaración y la firmas con el dedo, romperé el documento de la deuda de tu madre. También podré entregarte un documento sobre la cancelación de la hipoteca y si quieres mañana mismo podemos ir al registro para tramitar su anulación. En cuanto a ti, lo único que tienes que hacer es escribir esta declaración —dijo Kiyomi sacando un grueso bloque de papel de cartas.

—Quitando los 120.000 yenes que ya me pagó tu madre, deberías escribir algo así como: «A partir de ahora, la señora Kiyomi tendrá potestad sobre mí a cambio de 1.420.000 yenes. Estoy plenamente de acuerdo en que mi vida y cuerpo pertenezcan de ahora en adelante a la señora Kiyomi». Basta

con que escribas tu nombre y firmes. Si no lo ves claro, déjalo. Te doy cinco minutos; mientras, puedes tomarte una cerveza y pensar si quieres redactar el escrito... No pongas esa cara. Desde siempre me gustaron estas cosas tan propias de los niños.

Natsuo llevaba tiempo queriendo pintar las extensas arboledas al pie del monte Fuji, pero no había tenido ocasión. El diez de julio la temperatura había rebasado los 32 grados, y estaba claro que ya había terminado la estación lluviosa. Sin más dilación, se dispuso a reservar un hotel. Por suerte, quedaba una habitación libre. Enseguida comenzó los preparativos para el viaje en coche.

De cara a la próxima exposición otoñal de este año, había decidido pintar aquel bosque que jamás había visto.

No tenía grandes conocimientos sobre aquel paisaje. Tampoco había escuchado a otras personas hablar sobre el lugar. No obstante, una vez que se decidía por un momento a hacer algo, ya sentía irremediablemente que su sino era pintarlo. Le satisfizo aquel paisaje que contemplaba por primera vez, tenía la impresión de haber estado allí antes.

Cuando observó desde el mirador la extensa arboleda, encontró apropiada para su cuadro aquella composición apaisada, tan de su gusto. Hileras muy juntas se superponían horizontalmente, y aunque de por sí no deberían mostrarse cambiantes, tenían algo de incierto y oculto que le agradaba. Por qué le gustaba, era difícil saberlo. Los tejados planos, la línea de profundidad de los barcos, las nubes alargadas del atardecer, las colinas planas... Aquel extraño gusto por dichos paisajes tal vez brotaba de su carácter, ajeno a temores respecto al amplio mundo exterior. Las líneas planas simbolizaban el horizonte de la tierra y el mar, y eran una clara imagen del mundo divido en cuadros visibles. Tranquilizaba la ausencia de picos elevados, arboledas o pináculos que recordaran cuanto pudiese simbolizar la voluntad.

Como ya había anochecido al llegar al hotel a orillas del lago Kawaguchi, cenó en un gran comedor abarrotado de ruidosos huéspedes de vacaciones estivales. Natsuo estaba

habituado al aburrimiento de comer solo un menú completo de hotel en sus viajes. Mataba el tiempo de espera resistiendo la tentación de ponerse a pintar con lápices de color sobre los manteles blancos. Normalmente solía esbozar una media sonrisa al oír a los huéspedes en sus viajes familiares, o las conversaciones en voz alta de provincianos americanos, pero aquella noche no le resultaba agradable la algarabía de turno.

«Ojalá se quedasen mudos todos —pensaba para sus adentros—. Uno tras otro hablando de banalidades. Me alegraría que les pusiesen una mordaza en la boca.»

El sentimiento de intimidad, edulcorado como miel, que lo unía con las demás personas se había esfumado. Mientras, comía un plato de pollo asado con la expresión de un ángel malhumorado. Era una situación que oscilaba entre lo absolutamente cómico y lo absolutamente trágico. En el transcurso de la copiosa cena, Natsuo reflexionaba sobre las razones de que la existencia, la vida, se le hiciese tan dura. Huelga decir que masticaba concienzudamente.

Natsuo tenía un presentimiento. Del mismo modo que durante la primera mitad de su vida hasta ese momento no había tenido razones para sentir lo difícil que era vivir, de ahora en adelante, por más que se empeñase en buscar las razones por las que se le hacía penoso vivir a diario, no las encontraría.

Aquella noche, tumbado en la cama, le dio por pensar en «la angustia existencial de los artistas», cuestión en la que, por cierto, jamás había reparado hasta ahora. Aquella expresión tenía algo de máscara secreta ligada al gremio de los artistas, como una oscura felicidad, aunque muy parecida a un sufrimiento muy claro. Cuando el objeto se desvanecía reduciéndose a la nada, se rendía sorprendentemente ante los matices de color y forma. Hasta ahora él sólo había visto en ello un gozo, pero este gozo no era nada corriente, y si lo hubiera saboreado una persona normal, le habría parecido más bien sufrimiento que otra cosa. Según Natsuo, la genialidad consistía en percibir la belleza, apropiarse de dicha sensibilidad, el genio era quien reproducía tal belleza. Precisamente en este recurso residía el verdadero goce

artístico; la pérdida del mundo no conllevaba dolor desde el punto de vista de la belleza, no había nada doliente en aquello que nos faltaba en la vida, en el mundo, era más bien un himno a su nacimiento. Era ahí donde lo bello, con mano dócil y suave, hacía apartarse a un lado a una existencia determinada y no tenía el menor reparo en ocupar el asiento que había quedado vacío. Dicho con otras palabras, la sensibilidad del genio, por sencilla que pudiera parecer a la mirada de la gente, cargaba con el peso de una cualidad que de ningún modo alcanzaba lo trágico.

¡La vida trágica de los artistas no era más que un vulgar lugar común! Nadie se daba cuenta en realidad de que los artistas tenían la capacidad de disfrutar ilimitadamente de una sucesión de placeres melancólicos y oscuros. Si se tratase de una vida estoica, pobre y sin altibajos, una vida de desgraciada locura, y el que llevase esa vida fuera un genio, ahí también estarían latentes muchos placeres a los que no alcanzaría cualquier vida libertina.

Al pensar así, Natsuo fue acumulando coraje y decidió despojarse de aquel manto de inquietudes que tampoco iba con su forma de ser. En cuanto a la soledad, era un vulgar lugar común. Tal vez se había visto influido por el hecho de haber estado cenando solo esa noche.

Al fin se durmió. Su sueño se colmó de infinitas capas de colores. Sin embargo, según la naturaleza del sueño, así era el color; si se trataba de un morado o un gris, un tono verde sobre rocas, o diferentes tonalidades de blanco, un verde granate, un verde de crisantemos celeste, color de mica, oro, un blanco tamizado, cuarzo, rojo carmín: todas esas tonalidades de materiales para pintar sobre piedra y la infinita variedad de tonos de cosméticos ciertamente no era que los estuviese viendo con sus propios ojos, sino que era la imagen del color en cuanto tal la que se le metía por los ojos acosándolo. Durante el sueño él podía distinguir un color del otro, pero apenas si afloraba a sus labios el nombre del color, éste se situaba en otro plano distinto de su discernir y nombrar: el color, con su propia fuerza, se extendía y coloreaba el mundo. Sin duda el color se movía a su aire

dentro del sueño como si fuese un animal vivo. Volaban con sus alas y galopaban con sus patas.

Por la mañana Natsuo abrió la ventana que daba a una loma iluminada por los rayos del sol. El monte Fuji aparecía majestuoso justo delante de la habitación. Mientras tomaba el desayuno al lado de la ventana, a Natsuo le parecía mentira estar viendo una copia así como si nada de aquella mítica montaña mostrándose en el paisaje tras la ventana. Huelga decir que si el monte Fuji había llegado a parecer una copia hoy en día, era debido al enorme poder del arte que lo había reproducido, mientras que nos parecía real el pequeño monte Fuji visto en la lejanía del horizonte desde el cielo de Tokio precisamente porque dejaba espacio a la imaginación. Natsuo nunca había subido al Fuji, pero sin duda el Fuji que pisase bajo las suelas de sus zapatos al ascender a su cumbre sería una montaña muy diferente a la contemplada. Así era como el arte había acabado por robarnos y apropiarse de todas las imágenes del monte Fuji que se contemplaban desde determinados ángulos y distancias convenientes. En una palabra, el monte Fuji escalado de cerca y el monte Fuji contemplado desde lejos eran distintos, pero se había perdido para siempre la distancia del intervalo que enlazaba esas dos perspectivas. Y la gente se quedaba satisfecha salvando esa distancia con la ayuda del arte establecido. Para la gente corriente la diferencia entre lo real en cuanto tal y lo imaginado no tenía importancia.

En cualquier caso, Natsuo tampoco tenía particular interés en esta montaña. La ventana del hotel proporcionaba el marco para componer el cuadro con el monte Fuji irguiéndose al fondo, y hasta a juego con los pinos del jardín en primer plano, justo como en algunas de las estampas típicamente divulgadas.

El zumo de tomate con cubitos de hielo le refrescaba la garganta, seca por el calor. Se afeitó la escasa barba y se puso una camiseta deportiva no sin antes cerciorarse de que llevaba las llaves del coche en el llavero.

Como era una mañana de un día entre semana, apenas había coches en la carretera. Los rayos de sol en la colina

saturaban suavemente la brisa. Apenas se levantaba polvareda, como si tan solo pasase un pequeño a lomos de un becerrillo. Un perro jugaba en el patio desierto de la escuela elemental de Narusawa durante las vacaciones de verano... Aquellas imágenes se adherían a las montañas agostadas. Una brisa cálida acariciaba bosques y alrededores, mientras el panorama corría como escenas superpuestas en dirección contraria vistas desde la ventanilla del vehículo, y al doblar cada curva, por ambos lados del camino, el mismo Fuji te vigilaba.

Natsuo, a quien hasta el día de hoy el paisaje nunca le había provocado una emoción poética, hoy percibía ese matiz lírico en todo, en los sonidos, en los colores, como escuchándolos, y hasta en el aroma percibido por la nariz. La mayoría de los poemas eran malos. Eran como el hollín que ensucia el color, que quiebra las líneas haciendo humear las formas. Como esa leve tristeza que tiñe de gris trastocando el cielo radiante. La tristeza del poeta no daba derecho a reemplazar un cielo radiante por nubarrones. En comparación con la tristeza, el gozo era más universal y se adaptaba a todas las épocas y paisajes. Pero aquella mañana Natsuo no podía sumergirse del todo en la felicidad como se empapaba el pescado adobado en aceites aromáticos.

Durante un rato siguió un camino cubierto de pinares bajos que se alzaban sobre terrenos de lava hasta que la parada de autobús llamada «loma de los arces otoñales» se hizo visible. Allí estaba a unos mil metros sobre el nivel del mar. Detuvo el coche poco después de rebasar la loma de los arces otoñales. Sabía que el entorno recibía el nombre de Colina de las Alondras, pero lo que se escuchaba en los alrededores era el trinar de gorriones.

Natsuo siguió la indicación de un letrero ascendiendo por un sendero abrupto de arcilla roja entre un claro de pinos y arbustos, pero no daba la impresión de ser propiamente un camino por el que estuviese andando. Empezó a sudar bastante y a respirar entrecortadamente. De repente percibió en la cara bañada en sudor como un latigazo y un gran revoloteo de alas, todo oscuro, ante sus ojos. Oculto entre la arboleda se alzaba un faisán.

En ese momento sintió la brisa del sur del monte Fuji soplando fuerte contra su espalda. Si él fuese una vela, aquel viento tan intenso sin duda la habría henchido. Acuclillado, ante sus ojos el suelo de arcilla rojiza. Una vez que el faisán echó a volar, él no había seguido demasiado con la mirada al ave alejándose, pero en su corazón permanecía la fuerte impresión dejada por aquellas grandes alas al abrirse de repente y el fuerte impulso de sus patas al apoyarse en las ramas al lanzarse a volar.

«Es como si hubiese salido volando de mi interior —pensó mientras se encaminaba jadeando por la abrupta pendiente—. ¿De dónde habrá salido ese pájaro? Es como si hubiera salido de mi cuerpo y, rompiendo la timidez, se hubiera lanzado audaz a cielo abierto. ¿No habrá sido mi alma la que ha echado a volar?»

Natsuo, al llegar a la loma de los arces otoñales, se sentó en un taburete de un puesto de té del mirador a secarse el sudor y recuperar el aliento. Como estaba en la vertiente norte, soplaba el viento del sur descendiendo del monte Fuji. No se escuchaba más que el estridente e hiriente canto de las cigarras, y no había nadie más, ningún cliente en los alrededores. Tomó el cuaderno de bocetos que llevaba a la espalda y lo apoyó sobre la barandilla del mirador. Se encontraba a 1.162 metros sobre el nivel del mar.

El paisaje ante él lo conformaba el vasto Senoumi, que antiguamente se extendía por la parte norte del Fuji y que se había ido transformando por el fraccionamiento causado por la erosión de las erupciones volcánicas. Mirando hacia el norte se divisaba el lago Saiko, que antiguamente estaba conectado con el Mototsuko, hacia el lejano oeste, y con el Shojiko, oculto por las montañas pero las erupciones volcánicas habían ido creando un enorme espacio intermedio y configurando una vasta llanura de rocas gigantescas, y los bosques surgidos sobre dicha llanura formaban el gran parque natural de Aokigahara, con decenas de acres de bosques vírgenes extendiéndose en todas direcciones.

Por el norte se perfilaban nítidamente las siluetas de una cadena de colinas. Empezando por Junigaoka, seguidamente,

aparecerían las curvas de las cumbres de Settogaoka y Ogaoka; más lejos, hacia el lejano cielo del oeste, brillaban enhiestos los picos de la vertiente sur alpina.

En la extremidad meridional del lago Saiko se divisaba una ensenada de gran calado, pero sin el más mínimo indicio de embarcaciones, los reflejos verdes azulados del agua reverberaban sobre el bosque como si lo inundaran. Al fondo de la bahía se distinguía el pueblo de Nenba, con unas treinta o cuarenta casas apiñadas una contra otra. Las hileras de tejados rojos daban idea de la espesura de la vida humana que evocaba el entorno.

Además del panorama de las montañas y el lago, alrededor no se divisaba más que la monotonía de un mar de bosques y arboledas. De entre la fronda surgía el penetrante canto de las cigarras. Aunque los rayos del sol al sureste resplandecían en la espesura, iban siendo absorbidos sobre cada ramaje verde, y sobre ellos se posó una neblina de capas superpuestas de niebla blanca como puliendo su contorno. Tal difuminación se extendía por todo el contorno, y, más que una zona de bosques, parecía una enorme forma irregular de claros verdes de profusos tonos.

Por supuesto, en su interior se divisaban gamas de verdes luminosos. También diferentes colores. Verdes que despedían haces luminosos y verdes de tono apagado. Verdes húmedos y otros de tono pardo del año pasado. Verdes sobrios y verdes de sutiles matices. Aunque la forma y el color de los troncos eran diversos, en el lago Saiko, justo ante sus ojos, aquellos troncos de abedul profusamente apiñados destacaban sus ramajes blancos como calaveras. El verde común de los cipreses, el ciprés japonés, los arces y los pinos... la variedad era muy grande: desde la lejanía mirando allá abajo todo se difuminaba en un solo fondo. Los lejanos contornos de la montaña apenas si daban la impresión de un ondulante y terso manto de musgo.

Aquella vasta extensión de bosques, más que un mar, diríase que se parecía al tenue verde de una masa densa formando un pantano de posos químicos. Aquel ilimitado espacio de sustancia venenosa había atacado las faldas montañosas

erosionando todo el lugar. Un estacionamiento eterno. Sedimentación. Los rayos de sol se reflejaban en el verde, que los absorbía en destellos de variados reflejos densos, y finalmente eran engullidos y quedaban difuminados en una masa tenue de luz polvorosa. El ciclo vital se renovaba continuamente, las hojas yermas rebrotaban, y los árboles secos renacían, surgían con infinidad de colores y formas más allá del tiempo en matices poco pronunciados y sutiles creciendo por toda la tierra.

Una falsa ondulación, una falsa marea y oleaje creados por los continuos e inmóviles rayos del sol. Ciertamente se distinguía un colorido; el verde era mitad real y mitad falso, como un verde carcomido, era un verde irregular y como a medio hacer.

Natsuo no dejaba de contemplar aquel paisaje abajo a lo lejos.

En un momento dado se acordó del templo Kokedera, templo del musgo, de Kioto; aquel jardín de musgo reproducido a gran escala no sería como este paisaje, pensaba para sus adentros. Y, al contrario, cuanto más miraba aquella arboleda, más le parecía poder aferrarla en la palma de su mano. Luego se extendía y volvía a reducirse una vez más. Era como si una extraña brisa soplase siendo capaz de extenderlo gigantescamente o reducirlo a dimensiones fuera de lo normal.

Había allí frente a él una interrelación minuciosa de cada parte de aquel conjunto natural, y tenía aquí el pintor ante sí un lienzo blanco en el que aún no se puede pintar nada; había ahí un inmenso espacio en blanco vacío, era una invitación al vacío nihilista. La estructura peculiar del mundo del pintor había desaparecido del corazón de Natsuo. Que los colores, las líneas y las formas perdieran hasta tal punto su sentido, se contemplaran como algo sin sentido era algo que hasta ahora no había ocurrido. Además, a él le daba miedo ese sinsentido.

Natsuo tembló estremecido.

Aquellos vastos bosques comenzaban a desparecer del entorno como la bolita de pan que borra los dibujos hechos a carboncillo; el contorno de las inmensas frondas se desvanecía, sólo quedaba un manto verde y plano, sin brillo, y todo el

entorno perdía el color... Natsuo, que pensaba que aquello no podía estar sucediendo, no dejaba de mirar, pero cuanto más miraba, más parecía desvanecerse aquel entramado de bosques, convirtiendo en certeza aquella imposibilidad difícil de creer.

No es que hubiera niebla en el aire, ni tampoco que las nubes fueran ahora más densas. No obstante, era impensable que todo fuese una invención de su mente. Tenía completa lucidez, y ante sus ojos estaba sucediendo algo fuera de lo normal. Era como el repliegue de las mareas: lo que hasta ahora se veía claramente de improviso se hundía en un territorio más allá del campo de visión. Al tiempo que la espesura perdía su último matiz de verde difuminado, se desvanecieron por completo las arboledas. En ese momento, al menos tendría que haber sido visible el suelo... pero no quedaba nada, absolutamente nada.

Natsuo, aterrorizado, echó a correr por la abrupta pendiente de arcilla rojiza. Cuando parecía que finalmente unos arbustos iban a impedir su descenso, saltaba y seguía corriendo cuesta abajo sin parar. La pendiente suave de la Colina del Faisán no había cambiado nada desde que pasó por ahí en el camino de subida. Los tallos de hierba estival crecían sobre las rocas de lava y los pájaros trinaban. En una esquina estaba su coche estacionado bajo la luz como si tal cosa.

«Si ya no soy capaz de ver con los ojos, ¿cómo puedo estar viendo mi coche?»

Tomó asiento y con mano temblorosa encendió el motor del coche. Se asomó por la ventanilla, girando la cabeza hacia atrás para dar la vuelta, y en ese momento vio el monte Fuji en la distancia.

«Ahí está el monte Fuji. ¿Cómo puede seguir estando ahí?»

Le parecía que todo había perdido la prueba de su existencia. Veía claramente el monte Fuji, pero había desaparecido todo cuanto pudiera calificarse de base de esa existencia. Se había producido una misteriosa transfiguración encarnada en aquel monte Fuji, ahora diferente.

Natsuo condujo a toda velocidad de vuelta al hotel. Todo permanecía igual y, sin embargo, era totalmente distinto. La

silueta de los pinos que parecían inclinarse al borde de la carretera ahora estaba envuelta en los rayos del sol acrecentados con el discurrir de la mañana y que dejaban al descubierto de su radiante luz su alma.

No quedaba más que belleza muerta sobre la colina seca e inundada de una anaranjada atmósfera bochornosa.

Natsuo, sin comer nada, se encerró en la habitación del hotel sin refrigeración. Una vez dentro, al ver el esbelto y a la vez insensible monte Fuji tras la ventana, se sintió obligado a cerrarla. Bajó la cortina de varillas de bambú y sin encender el ventilador, echado sobre la cama, se quedó un largo rato tumbado completamente bañado en sudor como si estuviese cubierto de su propia sangre.

Cuánta razón llevaba Seiichiro en lo que dijo. El mundo había comenzado a desmoronarse. Él lo acababa de ver con sus propios ojos.

Sin embargo, Natsuo no había visto todo eso, los pájaros, las flores, las nubes del atardecer o los barcos, del mismo modo en que las había visto hasta entonces. Por así decirlo, había captado todo eso con unos ojos que lo veían de otro modo: desaparecía el objeto o la forma y se manifestaba el vacío. Se sorprendió al descubrir que estaba dotado de esa capacidad de ver así el mundo. Los ojos que desde pequeño intentaban verlo todo fijándose solo en la belleza en realidad estaban sustentados por otros ojos; quizás se podría decir que estaban siendo manipulados por esa otra mirada. Aquella otra mirada que había hecho desaparecer el mar de arboledas ante sus ojos probablemente desde pequeño era lo que lo había familiarizado con aquel quedarse boquiabierto ante la vacuidad del mundo.

Natsuo de repente pensó en el cuadro. También en la exposición de otoño. Había venido aquí para buscar material para su obra. Tenía en mente pintar ese cuadro. Le impresionaba, le aterrorizaba percibir la completa falta de significado de todo aquello ahora. La composición de un pequeño universo sobre el lienzo no era más que un castillo de cerillas construido por un preso. Si aquella belleza no fuera

más que un espejismo creado por su sensibilidad, habría que reconocer que su sensibilidad se había arrogado hacer algo que no le estaba permitido. Porque la belleza se presentaba ante los ojos del pintor obligada a desplegarse según el dictado de la sensibilidad del artista y de ese modo la sensibilidad, que era originalmente una humildemente receptiva actividad para percibir lo bello, se convertía en creatividad.

Natsuo se encontraba en una encrucijada. Tras ver esfumarse ante su mirada las arboledas, cabía la posibilidad o bien de creer haber padecido ceguera o bien de creer que había comenzado a desmoronarse el mundo, y se sentía empujado a elegir entre una y otra... A decir verdad, no tenía duda, eligió la segunda hipótesis. De esa manera, se sentía mucho mejor. Eso creía. Tras la destrucción del bosque, se avecinaba la completa destrucción del mundo. La voluntad dejaba de tener sentido; incluso un análisis profundo no habría bastado para elegir entre aquello o el placer de los sentidos. Del mismo modo la acción perdía todo significado, nuestras manos podían asir lo sublime o lo impuro, el valor de la especie humana ya no era nada, la muerte había aniquilado la belleza... Y aquella belleza radiante de esos días acabaría siendo algo muy humano, no más que recuerdos banales. Ahora la belleza no sería más que el arcoíris que brillaba momentáneamente en las lágrimas de un niño. La cara de un niño llorando en su memoria no tenía nada de angelical, sino que más bien producía una impresión fea, desagradable y vulgar.

Al caer el sol, Natsuo se puso en pie de repente, se vistió y bajó a la recepción para avisar de que dejaba la habitación. Mientras pagaba la factura, le pareció que el recepcionista lo miraba con actitud sospechosa, y como estaba acostumbrado a que lo considerasen una persona de bien, tuvo la impresión de que la oscuridad se había cernido sobre él.

Mientras conducía apresuradamente de vuelta a Tokio, ni él mismo podía explicar a qué obedecían esas prisas. Intuía que había algo esperándolo a la vuelta. En la oscuridad cerrada de una noche de verano las luciérnagas brillaban iluminando un sendero junto a un estanque como invitándolo a seguirlas.

Volvió a casa. Se encerró en su habitación y repasó el correo

llegado esa mañana durante su ausencia. Había una carta de Nakahashi Fusae:

«... Aunque en la sombra, siempre quise ayudarte y, sin embargo aún no he tenido ocasión de hacerlo. Cuando leas esta carta, es probable que estés entre los límites de la vida y la muerte. Siento ganas de llorar cuando pienso que una persona pura e inocente como tú esté viviendo todo eso. Cuando recibas esta carta, por causa de tus existencias pasadas, ya habrás visto las tierras del infierno. Debes venir a verme cuanto antes. Esta vez por fin te ayudaré. Te detallo el lugar para encontrarnos. Por si acaso, adjunto un mapa».

Era una calurosa noche de verano. Kyoko, de pie, se apoyaba con el brazo desnudo, como le gustaba hacer, sobre la repisa de mármol negro. Shunkichi repetía el gesto al otro lado de la repisa.

—Así parecemos como dos de esas estatuas de leones guardianes en los pórticos de los santuarios sintoístas que estuvieran hablando entre sí —dijo Kyoko.

—Ya, pero es refrescante —dijo el joven invitado, vestido como un administrativo tras beberse la limonada de un trago.

Esa noche la casa de Kyoko estaba en profundo silencio.

—Además de los de nuestro grupo, ¿vienen a visitarte otras personas? —le preguntó Shunkichi.

—Sí, claro. Actores de cine, compositores; el otro día vino el hijo díscolo del dueño de una clínica ortopédica, y como atropelló a una persona, tiene que pagar un millón de yenes; también un cubano, un modelo, también un estudioso de la quiromancia... También toda clase de mujeres, todas con bastante tiempo libre, esos grupos vienen a menudo. Pero el auténtico «grupo de la casa de Kyoko» sois vosotros, ya lo sabes. Con los demás no tengo tanta confianza.

—¿Por qué?

Kyoko no sabía cómo responder. Ellos eran jóvenes con un espejo roto en pequeños fragmentos de cristal en su interior. A Kyoko le gustaba el reflejo del periodo de la posguerra, y en cambio los invitados que venían últimamente sólo vivían el día a día sin ningún especial interés. ¡Y ella compartía aquellas «conversaciones de buen gusto»! A Kyoko en esos momentos de

conversación se le hacía muy difícil disimular que fruncía el ceño. Aquellas conversaciones elegantes no eran más que una penosa réplica de las que ya escuchó en la época anterior a la guerra. La inteligencia, la sofisticación, el humor con matices eróticos: en todo ello se detectaba una insulsa cotidianidad.

—No sé por qué, pero cuando estoy con vosotros, es cuando mejor me siento. Tal vez se deba a que tanto vosotros como yo no nos necesitamos mutuamente.

A Shunkichi le quedaban algo lejos aquellas digresiones. El boxeador ladeaba ligeramente la cabeza tratando de eludir la conversación.

—Mira, sé que no me estás escuchando. Detesto que me escuches sólo por cortesía.

—Cuánto me pides —dijo Shunkichi de pronto.

Kyoko le preguntó a Shunkichi cómo le iba últimamente a Osamu y éste le explicó todo tal cual. No sabía demasiado, según dijo, pero al parecer ahora estaba con una prestamista, por lo visto bastante fea, y se echó a reír:

—Creo que al fin encontró a su pareja ideal. A él no le basta, no le ofrece nada nuevo una mujer bella sin más. Ahora sí ha encontrado al tipo de mujer que le atrae.

Shunkichi le dijo que él no podría acostarse con una mujer así, y que en caso de que fuese necesario, dudaba de que pudiese hacerlo. Kyoko se sorprendió de la claridad con la que Shunkichi utilizó el vocablo «necesario». Lo había pronunciado con firmeza de rey en el tono.

Era una noche bochornosa. No entraba ni una pizca de brisa por la ventana abierta de par en par. Los dos salieron a la terraza llevando las sillas de rejilla y una lámpara de pie. Como el suelo de la terraza estaba fresco, Kyoko salió descalza.

—¿No te quitas los calcetines? —preguntó ella.

—¿Seguro que no habrá fragmentos de cristal de las ventanas?

Shunkichi, por precaución, no se quitó las zapatillas.

—Los boxeadores cuidáis vuestro cuerpo como las jovencitas antes del matrimonio, ¿verdad? Pues muy al contrario, si te digo la verdad, a mí me preocupa poco cortarme con algún pequeño cristal los pies.

—Lo que pasa es que tú tienes tiempo tanto para ir al médico como para pasar unos días ingresada en una clínica.

Con estas palabras Shunkichi quería dar por zanjado el tema, pero no convenció a Kyoko. Le encantaba disfrutar de la frescura de la noche en sus pies blancos descalzos, de manera que pidió a Shunkichi que trajese un quemador antimosquitos.

En la estación de Shinamomachi un tren que venía de las afueras pasó por la vía desierta, las luces de las ventanillas y la algarabía de los pasajeros trajeron un halo de cotidiana vitalidad. Tras las ventanillas y bajo la luz se apreciarían las camisas blancas de los pasajeros apretujados. Tras pasar el tren, el andén quedó de nuevo inmerso en la oscuridad. Las luces de los barrios del valle que quedaban entre la estación y la terraza de la casa de Kyoko en la que estaban ahora se reflejaban en las hojas de su jardín como un árbol de Navidad fuera de temporada.

Shunkichi regresó habiendo prendido el repelente de insectos en espiral y le preguntó de repente:

—¿Dónde está la carta?

Kyoko, sentada sobre la silla de rejilla, se dio la vuelta y le indicó una mesilla en una esquina de la habitación.

Shunkichi tomó el voluminoso paquete de correo aéreo y se sentó junto a la lámpara de pie.

—Viniste volando en cuanto te dije que había carta de Sei; en cambio, cuando te invito a venir a casa, nunca vienes —le dijo Kyoko.

—Es que estoy ocupado —contestó Shunkichi.

—Por el día trabajas en la empresa de termos y por la noche entrenas; me pregunto cuándo tienes tiempo para disfrutar sin más.

Shunkichi, ya concentrado leyendo la carta a la luz de lámpara mientras apartaba los mosquitos, no contestó.

—¿Puedo leer la carta entera?

—Sí, incluso la parte dirigida a mí, si quieres.

Kyoko intuía que a su amigo boxeador le iba a llevar un buen rato la carta. Daba comienzo una pausa para volar libremente con su imaginación. A su lado se encontraba un joven, del que no había nada que temer, absorto en leer

carácter a carácter la carta, así que ella podía escapar de la soledad y, dejándose llevar, abandonarse al goce de los sentidos.

Se echó unas gotas de agua de colonia en el lóbulo de la oreja, como acostumbraba a hacer en verano. Todavía no llegaba la esperada brisa fresca de la noche, y en ese momento el silbato del tren de mercancías de rigor sonó estridente rasgando el aire y su corazón se vació de sentimientos de tristeza.

Kyoko permaneció inmóvil. El tibio aire nocturno parecía definir el contorno sinuoso de su cuerpo delgado imprimiendo una capa suave de gelatina sobre él.

«Es importante que una mujer que vive sola no se deje llevar por los sentimientos», se dijo Kyoko alabándose a sí misma. Ella se había liberado de toda clase de ataduras, cargas emocionales y apegos por amor... Por efecto del calor fantaseaba que amaba a toda la humanidad, ¡qué erotismo más iluso y obsceno!

Shunkichi empezó a leer la parte dirigida a él. Se trataba de unas breves palabras de ánimo en las que le daba algunos consejos técnicos que se le ocurrieron al verlo, antes de su viaje, en su primer combate profesional. Tenía que usar con más decisión su movimiento de rodillas al golpear, había errado algunos ganchos que se habían quedado un poco alejados, y como técnica de combate, no debía olvidar nunca mantener una posición ventajosa al recurrir al abrazo de bloqueo con el rival.

Éstos no eran consejos que el boxeador hubiera escuchado por primera vez. Sin embargo, le alegraba que, pese a estar en el lejano Nueva York, Seiichiro se acordase así de él, ya sólo por eso merecía la pena haber venido aquí esta noche. A diferencia de su época de universitario, Seiichiro era la única persona con la que podía hablar con franqueza, y mira por dónde, ahora se había marchado a América.

La carta dirigida a Kyoko estaba escrita en un papel fino de correo aéreo con profusión de minuciosos caracteres en los que le contaba su vida detalladamente.

«Hasta ahora no he tenido tiempo de contarte los detalles de

mi decisión de venir a Nueva York. En una palabra, no es más que porque valgo y soy obediente, no es que yo haya recurrido a un procedimiento sucio para venir aquí. Como tú también sabes, yo soy sencillo y de pocas palabras, de los pocos que hay. Además, no se me da mal hablar inglés. Poder hablar una lengua extranjera suele considerarse un talento superficial, hay que ser capaz de cierta ligereza y frivolidad, y yo soy una excepción. En una ocasión leí en unas "Máximas" algo que me hizo daño: "Aquel que aparenta sencillez urde elaborados engaños".

»Hay dos clases de personas poderosas: las que aprecian a los jóvenes y las que los detestan. Mi suegro pertenece al grupo de los que aprecian a los jóvenes, por eso me ha querido como yerno; otro tanto de lo mismo respecto al administrador delegado que me llevó al Hotel Imperial para hablar de temas de negocios con un cliente americano. Había elogiado mucho mi dominio del inglés con otros directivos, y al parecer un colaborador de la oficina del cliente de reparto de maquinaria le había dicho: "Si envías a alguien al extranjero, debe ser él". Mi suegro, el vicepresidente, permaneció en silencio adrede. Por eso desde arriba decidieron rápidamente mi traslado a Nueva York.

»Al poco empezó a haber operaciones a mi alrededor para dañarme. Alguno de mi propio departamento hablaba mal de mí diciendo a los de otra sección de al lado que me gustaba aparentar. Incluso habían llegado a advertir al grupo de Reparto de Maquinaria al que iría yo diciendo cosas del estilo: "Tened mucho cuidado con él. Es un hombre realmente frío. Si hay algún error en vuestros presupuestos, él se hará el desentendido; ya se trate de 50.000 o 100.000 yenes, no querrá echaros una mano, será vuestra responsabilidad". Finalmente hubo una persona que llegó a mandar un escrito al jefe de personal acusándome de aceptar sobornos regularmente. Por supuesto, la carta era anónima. El director estaba resabiado porque, aunque había empezado en el mismo periodo que el director gerente, siempre había tenido que ocupar posiciones bajas en el escalafón como simple gestor, y para llevar la contraria al director gerente, que tenía la última

palabra sobre mi traslado repentino al extranjero, se opuso a dar credibilidad a esas cartas y acusaciones anónimas... En situaciones semejantes por supuesto sale alguno que de manera muy artificial trata de hacerse amigo mío poniéndose de mi lado. Como en cualquier empresa, estos tipos son los más peligrosos. A mi alrededor no había más que enemigos, ocultos a la sombra o a plena luz, pero lo asumo como algo normal y no me sorprendo por ello.

»Como podrás imaginarte bien, yo he seguido paseándome de aquí para allá como si nada. La empresa había eliminado todo aroma desodorante y esparcía el auténtico tufo de sus pensamientos. Kyoko, al igual que a ti te gusta el perfume, dicho olor, el olor del odio, los celos, la hostilidad, es el olor que a mí me gusta. Además, como sabes, a mí, que soy objeto de todo ese odio y envidia, poco me importa todo eso. Yo me limito a representar el papel ajeno de "joven triunfador" objeto de los celos de los demás.

»Esa manía de pensar en la catástrofe de la destrucción del mundo ya me rondaba en la cabeza cuando te comentaba hace tiempo el cambio experimentado al habituarme al trabajo de la empresa. Me estaba transformando en una persona transparente. Dichas ideas liberan de cargas de responsabilidad al que las piensa, son las que me hacen convertirme a la par en alguien transparente. Para mí supone un placer aspirar a llegar a lo más alto en la sociedad, lo cual va acompañado de un robustecimiento extraño de la autoestima. El orgullo de sentir que yo soy el único en un mundo tan vasto que aspira a triunfar en un entorno como el mío. Esa satisfacción de amor propio...; gracias a ello puedo apretar en mi puño la semilla del deseo de los hombres y conocer mejor que nadie lo absurdo y falto de valor que es forjar esperanzas en el deseo.

»A ti puedo decírtelo, pero si yo confesase esto a mis compañeros de trabajo, pensarían sin duda que estoy siendo un hipócrita y que lo hago para ocultar a mis propios ojos mi ambición y vulgar deseo materialista por triunfar. Pero yo no creo en el psicoanálisis, no tiene sentido para mí. Los "deseos de la gente" sin valor que yo siempre tengo entre los puños son un hecho tan claro como que este mundo existe ante mis ojos.

Esta verdad objetiva no tiene nada que ver con mi interior o inconsciente. No soy una persona sentimental. Hasta el día de hoy, y al menos desde que tenía cinco años, nunca he tenido enamoramientos ni ambiciones inconscientes.

»A ti te interesan "las pasiones ajenas", y a mí, "las esperanzas de otros". En ambos casos, los dos nos sacrificamos. Cabría preguntarse por qué tenemos tanto interés en los otros y les damos tanta importancia. Así como los salvajes devoraban la carne de sus enemigos más valerosos en la creencia de que se apropiaban de su coraje, yo devoro el deseo ajeno. Al hacerlo así, acabo por convencerme de transformarlo en mi deseo propio. Sí, es cierto que supone un sacrificio, porque los otros son existencias únicas, cada uno posee un valor intransferible. Al lograr un destino internacional de esos a los que los demás aspiran con tanto anhelo, al sentir, desear lo que ellos sienten, pude experimentar la alegría que sienten en mí mismo. He ahí todas las motivaciones de mi comportamiento. Soy un sutil impostor... Como tú sabes, yo aspiro a simular que estoy revestido del mismo interés mundano y albergo los mismos deseos que todo el mundo. El resultado de hacer ver que hay algo donde no lo hay realmente no ha sido nada especialmente valioso, es sin más lo que he simulado "poseer" hasta el día de hoy, y dudo de haber logrado apoderarme de ello realmente. Entonces ambiciono con más fuerza materializar deseos ajenos, y como tú ya sabes, soy "sencillo y sobresaliente" a partes iguales, y por eso aspiro sin duda a triunfar.

»A mí me hace falta practicar actividades que se repiten mecánicamente. Creo que a ti también. Siempre observamos desde nuestro interior mirando hacia abajo la destrucción, hemos limpiado nuestro interior ahora vacío, y por eso tenemos que activar cadenas de ambición y deseos absurdos sin cesar; ¿lo mediocre y vulgar no será una inspiración continua? Nuestro ideario de "avanzar de prestado" debe basarse en tomar algo prestado de manera uniforme. No asumimos préstamos congelados o artísticos. Son nocivos. Soy socialmente sobresaliente solo porque llevo a cabo un proceso de higiene biológico gracias al cual no queda ni un milígramo

de residuos tóxicos en mi interior, y en realidad no puede existir una persona libre por completo de dicha toxicidad, pero el secreto es vivir creyendo en la destrucción del mundo.

»A ti te toman equivocadamente por una mujer ambiciosa y a mí por un hombre ambicioso. La verdad es que puede que sea una muy acertada mala interpretación. Tenemos un punto de vista determinista de la realidad, y nuestro interior, limpiamente vacío, pero nuestras mentes no pueden dejar de moverse como amebas libres de intereses. Si me permites decirlo, somos la personificación de la mente como simple movilidad. Aunque nuestro corazón permanece inmóvil, psicológicamente seguimos activos, movientes como células comestibles.

»Al final, mientras todo esto iba sucediendo, recibí la orden de traslado a nuestra filial en Nueva York.

»Fujiko estaba contenta de ir al extranjero. Según el reglamento de la compañía, en primer lugar iría yo solo, y hasta pasado al menos medio año no podría pedirle a mi esposa que viniese, pero su majestad, mi suegro, ha dispuesto todo para que ella viniese conmigo, con sus propios gastos pagados en viaje privado, con el pretexto de unos estudios de interiorismo que realizaría en América. Pasados los seis meses estipulados, ya podría ser contratada por la compañía. Más adelante te escribiré con calma y detalladamente sobre mi vida con Fujiko aquí en América.

»Acabamos de llegar a San Francisco en pleno verano. Tras dos noches aquí, viajaremos a Nueva York. San Francisco es una bella ciudad de tonos blancos, y como sabrás tiene un relieve muy acusado. Con los tranvías nos desplazamos por esas pendientes, y los provincianos cuando el tranvía pasa por una cuesta muy pronunciada gritan.

»Al atardecer salí a pasear un poco. No puedes imaginar lo feliz que me he sentido al pasear por un lugar sin los habituales buzones e indicaciones que siempre veía de camino a la oficina, ya extinguidos por los siglos de los siglos. El color característico de la ciudad de San Francisco en el atardecer se filtra por todas las esquinas; pasado el crepúsculo, todas esas luces parecen reposar como mariposas que plegasen sus alas al

sueño en la lejanía dando paso a brillantes luces de neón.

»Aunque el viaje en avión fue cansado, al día siguiente me levanté muy pronto. Al abrir la ventana de la habitación del hotel oigo los ruidos típicos del despertar de la gran ciudad por la mañana, pero sobre todo se oía el trinar de los gorriones en Square Garden. Después nos han pasado a recoger y hemos ido a desayunar tortitas danesas al restaurante Shares.

»Te escribo esta larga carta mientras vuelo a Nueva York. Tengo sueño, volveré a escribirte en otra ocasión.»

—Al fin la leíste —dijo Kyoko.

—Te has dormido, ¿verdad?

—Yo no soy de las que se duermen nada más cerrar los ojos como tú.

Shunkichi estiró los brazos y dio un gran bostezo. La carta había sido muy larga, últimamente apenas leía tanto.

—Este hombre sabe manejarse bien allá donde va.

—Sí, podría caer en el infierno y le saldría todo bien —dijo Shunkichi esbozando una vaga sonrisa.

—Espero que en Nueva York pueda ver buenos combates y después me los cuente en una larga carta.

De repente Kyoko miró hacia arriba fijándose en una ventana abierta en el primer piso.

—¿Pasa algo?

—No, es que... Me pareció que algo se movía tras la cortina de la habitación de Masako. A lo mejor está despierta aún y nos está escuchando... Esta niña, como todos los niños, tiene facilidad para despertarse a medianoche. —Kyoko hablaba en voz muy baja.

—Si estás hablando de tu propia hija, ¿por qué pareces tener tanto miedo hablando así en susurros? —dijo Shunkichi espontáneamente entre risas.

—Es terrorífica, de verdad. Últimamente después del colegio me dice que va a casa de sus amigas a jugar, pero en realidad va a ver mi exmarido, su padre. Seguro que él la espera delante del colegio o de cualquier parte para llevársela a algún sitio y ganársela. El otro día me di cuenta de que de repente tiene muchas muñecas nuevas. Muñecas alemanas muy caras. Estoy segura de que se las compra su padre y las trae en secreto

dentro de su mochila. No me las enseña nunca.

Shunkichi enseguida se desentendió de estos complicados sentimientos, yendo a buscar un buen disco al gramófono.

—No lo pongas muy alto. Si se levanta Masako, resulta molesto —volvió a decir Kyoko. Shunkichi, al oírla, perdió definitivamente el interés por el disco, cerró la tapa del gramófono de malas maneras y apoyó la espalda contra la pared, cabizbajo; la mitad de su cara quedaba en sombra y la luz sólo incidía sobre los ojos:

—Pero, bueno, ¿qué es lo que temes tanto?

Al preguntarle directamente, Kyoko se quedó sin saber qué responder. Temía, por supuesto, a Masako, pero también parecía que hubiese alguna otra persona a la que temer. Tal vez se quedaba así a la espera porque tenía miedo. Finalmente logró dar una explicación sencilla:

—Mi hija sólo tiene nueve años, pero últimamente me da una impresión femenina, como de mujer adulta, y eso me produce miedo.

—Y esta noche de nuevo estás comportándote como una madre tonta.

—Perdona que te esté aburriendo esta noche... Es que de repente me pareció ver como en una alucinación que un hombre había entrado en su habitación para pasar la noche con ella.

El boxeador frunció las cejas con cierta ambigüedad.

—¿Me estás sugiriendo que vaya a la habitación de tu hija de nueve años?

Kyoko de repente soltó una carcajada algo basta. Con la risotada, tembló la piel blanca alrededor de su pecho normalmente austero.

—Ahora entiendo por qué morirse de risa debe de ser una de las muertes más dolorosas —dijo seriamente Kyoko una vez recuperada del ataque de risa.

Después abrió una vez más el frasco de perfume para acercárselo a la nariz y olvidarse así del melancólico aroma de los mosquitos.

—Pues es muy raro que tú no mueras de aburrimiento. —dijo Shunkichi como tratando de reprimir sus sentimientos.

—Morir de aburrimiento, ésa sería la peor muerte para ti, ¿verdad? Claro... Cada uno tenemos una idea diferente de la muerte más terrible o temida para nosotros —dijo Kyoko.

Desde el primer momento que lo vio pelear, a ella le intrigó la capacidad del boxeador para aguantar los golpes. Si un cuerpo golpeado y ensangrentado permanecía impasible ante el dolor, cabía imaginar cómo sería el espíritu del combatiente.

—Buenas noches. Mañana madrugas, ¿verdad? Es mejor que vuelvas pronto —dijo de repente Kyoko poniéndose en pie, sonriendo y tendiendo la mano.

Con un poco de paciencia Kyoko había comprendido bastante. Pasase lo que pasase, era totalmente absurdo tratar de provocar dolor a este joven o hacer que lo experimentase.

—Adiós —dijo al despedirse, como si tal cosa, el amigo boxeador—. Por cierto, ¿qué harás cuando me vaya?

—Me quedaré un rato tomando el fresco. Seguro que en ese rato tengo ocasión de ver un par de estrellas fugaces sobre el bosque de Meiji Kinenkan. Es conmovedor. Así poco a poco me irá entrando sueño —dijo Kyoko con voz débil y seca.

# Capítulo 7

Un día, en pleno bochorno veraniego, Kiyomi llamó urgentemente a Osamu. Al llegar, no tenía nada particular que decirle. Según le dijo, tan sólo sintió unas repentinas ganas de verle.

En días como ése, Kiyomi daba instrucciones a sus empleados para que informasen de que no estaría disponible para atender clientes ni llamadas telefónicas. Después, sin importarle qué dirían, subía con Osamu al segundo piso.

Allí había dos habitaciones de ocho y seis tatamis respectivamente, un baño y una cocina con una pequeña nevera eléctrica. Kiyomi sacó una toalla humedecida de las que se usan para refrescarse y quitó cuidadosamente el sudor del cuerpo de Osamu. Se filtraba por la cortina de la ventana el sol de verano dibujando nítidas tiras rectilíneas sobre el tatami. A Kiyomi no le gustaban las atmósferas emotivas y por eso no colocaba en las ventanas persianas de bambú o campanillas para hacer sonar la brisa.

—Sólo con haber caminado un poco para venir aquí has sudado mucho. Tiéndete bocarriba, te quitaré el sudor.

Osamu, obediente, se acostó desnudo sobre el tatami como si fuese a recibir un masaje. Los rayos de sol que penetraban por el alero de la ventana rozaban sólo por el exterior su brazo izquierdo. Tenía la impresión de que su brazo caliente y dorado por la luz hubiera sido cercenado y yaciese junto a él rozándolo.

Osamu lanzó una rápida mirada al rostro poco agraciado de Kiyomi con su pequeña nariz que la hacía parecer enfadada; después volvió a entornar los ojos. Kiyomi contemplaba su cuerpo con mucha calma, como si estuviese ante el cuerpo, aún caliente, de un joven muerto. La mujer no habría contemplado de la misma manera un cuerpo vivo. Aquella serenidad en sus ojos contenía al mismo tiempo una fiereza salvaje en su

interior.

El tacto rugoso de la toalla mojada y fría sobre la piel caliente despertaba sus sentidos excitando la piel aletargada. En comparación con las caricias de Mitsuko, como brillantes cenagales, a Osamu le complacían más estas caricias limpias de la mujer fea. En ese momento, sintió un temblor de acero brillante junto a su cuerpo. Percibió una súbita frialdad, como si un cubito de hielo rozase su cuerpo, y casi no le dio tiempo a sentir dolor. Osamu se irguió un poco y miró su costado. Un hilo de sangre se derramaba por el costado sinuoso de su cuerpo juvenil, de piel clara y tersa. El hilo de sangre brillaba reflejando los rayos de sol.

—Es solo un pequeño corte —le dijo Kiyomi con toda calma adelantándose a su pregunta.

—¿Por qué lo has hecho?

Osamu, sin tener que buscar demasiado, enseguida se percató de la brillante hoja de la cuchilla a su lado sobre el tatami. Pero lo que sus ojos veían sobre el quieto, pequeño e insignificante objeto era apenas como el reflejo de un trozo de un cristal tirado en la calzada en un día de verano. Aquella cuchilla no tenía nada que ver con ellos. Era un objeto que brillaba solitario en un lugar completamente diferente.

—Tienes una piel tan bella que... Al contemplarla fijamente, me entraron ganas de cortarla.

El rostro serio e inexpresivo de Kiyomi exponía aún más cómo había cercenado sus propios sentimientos. Osamu se fijaba en el tabique de su naricilla de mujer enfadada y en el brillo acusado de su maquillaje corrido.

De repente Kiyomi abrazó a Osamu por su costado rodeando con sus brazos el pecho y chupó la sangre de la pequeña herida. Una sensación placentera invadía a Osamu nublándole la vista. Después, olvidó hasta el paso del tiempo.

Tras dormir un rato, Osamu y Kiyomi se despertaron al oscurecer. La brisa empezaba a refrescar, pero la piel retenía un calor sofocante de sudor seco. Luces de neón se filtraban intermitentes en la habitación. Osamu, medio dormido, no dejaba de pensar: «Ésta es la mujer que tanto tiempo llevaba buscando, al fin la encontré».

A Osamu no le satisfacían los intereses triviales de la vida, lo que buscaba era una muestra violenta y ardiente de interés por él. No le bastaba con ser acariciado, anhelaba convertirse en objeto de un interés corrosivo. Hasta ahora tan sólo le habían rozado la piel, no había sido como ese instante doloroso gracias al cual había corroborado plenamente su existencia. Necesitaba sentir dolor.

Cuando vio el hilillo de sangre corriendo por su costado, pudo corroborar su existencia, una existencia que nunca había sentido como propia. Pero ahora la existencia de su cuerpo joven era real y se percibía realmente el interés de otra persona con una pasión incontrolable por herir su piel; alguien lo amaba desesperadamente, y al fin una punzada de dolor momentáneo y refrescante y la sangre manando certeramente de su cuerpo: todo ello era real... Era el drama de la vida puesto en escena por primera vez, la sangre y el dolor como prueba total de su existencia; eran el mirador desde el que contemplar unas vistas perfectas de su vida. «La manera más cierta de corroborar mi existencia en el mundo —pensó Osamu —. Acabo de alcanzar la meta a la que tanto aspiraba, la frontera última de mi existencia», un reguero suave e incitante de sangre. La sangre, al verterse fuera del cuerpo, es la suprema señal de la unión del interior y el exterior. No bastaba la coraza de su musculatura en torno a su bello cuerpo para confirmar su existencia. Faltaba la sangre... No obstante, el dolor y la sangre que habían atestiguado su existencia ¿no serían a fin de cuentas los causantes de su propia destrucción?

Kiyomi ya se había puesto un *yukata* y, a la luz de la cocina, él vio cómo cortaba un melón que había en la nevera. La soledad arrogante de mujer soltera se percibía en sus prominentes hombros bajo el *yukata*.

Kiyomi trajo dos rodajas de melón y encendió la luz de la habitación. Osamu se levantó para evitar la luz directa. Atravesando la oscuridad de la habitación de seis tatamis, se reflejaba en las gafas de Kiyomi al traer el plato el brillo de largas cucharas. Era una escena de vida cotidiana. Osamu, algo molesto, se quejó:

—Al menos podrías poner un ventilador.

—No me gusta, me resulta desagradable esa brisa artificial. Además, en la casa del hielo no hacen falta esos inventos de refrigeración.

Mientras Osamu comía melón, Kiyomi dijo, como medio en broma, que le gustaría morir junto a él. Ella, tras verlo morir bañado en sangre, ingeriría un veneno mortal.

Desde aquel día Osamu no podía quitarse de la cabeza la idea del suicidio en pareja. De día y de noche no dejaba de rondarle por los circuitos de su cerebro este pensamiento ni un instante. Sin embargo, aunque él suspirase por el dolor físico, aquel ligero roce del filo de la cuchilla cortando la piel era lo único que afloraba a su imaginación como sensación placentera en medio del dolor. La muerte, a su vez, se concebía como una muerte en escena. La índole irrepetible de la muerte estimulaba la fantasía de Osamu. En la fantasía, por muy ligera que fuera, no importaba que las sensaciones imaginadas se distanciasen mucho de la realidad. Si la conclusión del cúmulo de imaginaciones era por fin lograr la muerte, la acción avanzaría inexorable: la muerte se manifestaba ante los ojos y era algo irrepetible, no se daba más que una vez.

La sangre en la que pensaba Osamu le bastaba que fuese de una ficción teatral, el dolor de la muerte que soñaba era como el dolor de la obra teatral. No obstante, la imaginación terminaba por atrofiarse. Lo mismo que ocurría cuando soñaba con ese papel que jamás lograría, el sentido de su existencia acababa así por volverse vago, y de nuevo pensaba que no había otra posibilidad que provocar un derramamiento de sangre real. De esa manera la idea de una muerte sentimental escindida entre realidad y ficción regresaba una y otra vez como un reloj de péndulo marcando un compás regular.

Él aún no había probado ninguna de las dos, la muerte real o escenificada. Ambas ocupaban el mismo lugar en la clasificación. A veces, en sus ensoñaciones, imaginaba una muerte sangrienta pero placentera, y se preguntaba si lo que estaba soñando era una muerte real o una muerte escenificada.

En caso de morir de verdad, sinceramente, por vanidad, querría morir al lado de una mujer bella. Pero en la realidad, una mujer bella no querría acompañarle en la muerte. No

debería pensar en el rostro de Kiyomi. Tan sólo en su espíritu. Un alma melancólica que había forjado su desencanto y la desgracia ajena, una mujer que inundaba de fuerza el interior de Osamu soñando con su cuerpo joven ensangrentado. Aquellos ojos lo contemplarían desde el mundo exterior, abrazando firmemente su temblorosa y vacilante existencia transfigurada en un oscuro enlucido, serían su testigo vital... Además, ella deseaba su cuerpo y sangre.

Esos ideales se convirtieron en un instante en su visión del mundo. Los grandes edificios se convertían en papel cartón, en simples instrumentos los trenes o los coches, la política y la economía en palabras, en crucigramas para pasar el tiempo. Nunca tuvo interés por todo eso, eran y terminaban siendo una realidad ajena.

El partido comunista japonés había decidido una nueva directriz para lograr un «partido comunista amado por el pueblo japonés». Al mismo tiempo, se anunció la muerte de Tokuda Kyūichi. La conferencia de los cuatro grandes países se celebraba en Ginebra, y se había establecido la nueva organización y disposición de las Fuerzas de Autodefensa con 150.000 soldados. Dos hermanos pequeños se habían suicidado arrojándose a las vías del tren de la línea Jōban...

Sucesos así eran innumerables. Sin embargo, todo eso le parecía producto de la fantasía. El mundo entero era un escenario repleto día y noche de grandes artefactos de cartón piedra, un mundo muy iluminado y revestido de realidad sólo por fuera.

«Me requieren. Me han dado un papel.»

A Osamu le gustaba pensar así como si se tratara de una metáfora. Entonces ese mundo ilusorio a su alrededor empezaba a girar como una peonza. Era deseado con una pasión brutal. Deseado como zumo exprimido al colocar el limón sobre la exprimidora. Deseado hasta el punto de ser reducido a polvo.

Osamu no dejaba de imaginar un gran charco de sangre derramada sobre el escenario. Un día estaría él yaciendo sobre las tablas. La sangre todavía templada empaparía el perfil de su bello rostro... Aquella imaginación de la realidad estaba

sostenida desde el principio al fin por la persistencia de la sensación de morir en escena. «Tal vez estaré ya inmóvil. Moriré. Sin poder abrir más los ojos. Tratando de respirar lo menos posible. De respirar aunque sea un poco, el público se apercibiría. Hasta que baje el telón bastará con abandonar mi pensamiento a cualquier trivialidad. Al fin bajará el telón. Ya podré levantarme.»

Sin embargo, en su caso, no bajaría el telón, los aplausos quedarían para la eternidad, esa idea atrapaba el corazón de Osamu abocándole a una alegría al borde de la locura.

«Si el telón no bajase jamás, la obra no tendría fin.» Aquélla era tal vez la obra de teatro ideal para cualquier actor que se preciase.

No obstante, Osamu apenas iba por el teatro de Gekisakuza. Por el gimnasio tampoco iba apenas. Cada vez que se encontraba con Kiyomi, tras sus horribles juegos sádicos en pareja, le quedaban durante dos o tres días moratones en el pecho y marcas en los brazos dejadas por cuerdas atadas fuertemente y ligeras cicatrices por todo el cuerpo.

Su madre no habría imaginado ni en sueños que su bello hijo se entregaba a juegos tan infernales. Después de que Kiyomi hubiera roto el documento del préstamo y cancelado la deuda, la madre instaló un aparato de aire acondicionado en la cafetería con el dinero que había conservado en secreto. En la puerta del establecimiento se anunciaba ya que el local era refrigerado. En unos pocos días llegaron nuevos clientes y se recuperó la afluencia habitual de público.

Un bochornoso día de verano Osamu compró unas entradas para invitar a su madre a una obra de *shinpa,* algo que no solía hacer a menudo. La ópera programada era *La villa del dios del mar,* de Izumi Kyoka, *¿Quién es el heredero?,* de Nakano Minoru, y *Madame Butterfly,* de Velasco, interpretada por la actriz Mizutani Yaeko. La temporada de verano de kabuki llegaba a su fin. La madre aceptó contenta la invitación, le pareció que era la manera que su hijo tenía de celebrar que por fin todo se calmaba y volvía a la normalidad.

No obstante, se quedó algo sorprendida al verlo vestido con una camisa hawaiana con estampado de flores blancas sobre

un fondo rojo escarlata:

—¿No te parece un poco chillona la camisa?, el color es como de sangre.

Osamu se quedó callado, su expresión oculta tras las gruesas lentes verdes de sus gafas de sol.

Los rayos de sol que entraban por la ventana del taxi incidían sobre un extremo del asiento ya áspero y poco mullido. La madre subió la ventanilla para evitar que el viento la despeinase, y se refrescaba con un abanico de estampado chillón.

Últimamente, el hijo apenas hablaba, y ella aludió a Kiyomi tratando de romper el silencio:

—A ti por supuesto, pero también le estoy muy agradecida a ella. Cierto que, como suele decirse, el amor es el amor, pero el negocio es el negocio. De todos modos, si os va bien a los dos el enamoramiento, ¿qué más queremos?

Osamu siguió callado de brazos cruzados con su camisa hawaiana. Al ver así a su hijo, ella temió que él hubiera empezado a cansarse de Kiyomi y el tema de conversación no le alegrase particularmente. Con aquella inquietud, empezó a prever con pesimismo posibles complicaciones: el rencor de Kiyomi al verse abandonada, las represalias económicas, tormentos más crueles incluso que antes en su trato con ella... Y en cuanto al certificado del préstamo y la hipoteca, empezaba a dudar si todavía seguiría existiendo, y todo eran nubes de preocupaciones que se cernían sobre su cabeza. La madre, que no se veía con valor para expresar todas estas preocupaciones, dijo esforzándose en asumir un tono moralizante:

—No seas demasiado puntilloso y hazme el favor de tratarla bien. Aunque no sea muy bella, piensa que ella es diferente a otras mujeres.

Osamu, por fin, secándose unas gotas de sudor de la nariz, dijo:

—Eso ya lo sé. No te preocupes, con ella voy hasta el final.

Al oír esas palabras, la madre estuvo a punto de llorar de felicidad. Después de haberse sentido tan amenazada, poder llevar una vida tranquila era como una joya para ella.

—¿Te vas a quitar las gafas de sol? No estarás pensando entrar así al teatro, ¿verdad? —dijo de repente ella con un tono de voz alegre, satisfecha de retomar comentarios banales propios de madres.

*La villa del dios del mar* era una obra complicada y aburrida, por otro lado, *¿Quién es el heredero?,* con una gran escenografía que cambiaba a toda velocidad, resultaba divertida sin tanta argumentación lógica; finalmente, *Madame Butterfly,* con Yaeko, en la que la protagonista se obstinaba en esperar en vano a un indiferente marido o amante, por lo conmovedor hizo llorar un poco a la madre. No obstante, aquella fidelidad le parecía vulgar y sin sentido.

Pasadas las seis terminó la representación, y a propuesta de la madre, fueron a cenar a un restaurante lujoso donde habían ido tiempo atrás en momentos más alegres. Aquel restaurante les había traído suerte, a la vista de la feliz situación actual, mucho mejor que la de antes.

Sin embargo, la cena lujosa no hizo tan feliz como esperaba a la madre.

«Está claro que últimamente está raro», pensaba ella mientras observaba a su hijo al otro lado del mantel blanco utilizando torpemente los cubiertos. De repente le pareció intuir que algo siniestro se cernía sobre él. «¿Hasta cuándo seguirá viendo negro nuestro futuro este chico? ¿De dónde le brota ese sentimiento?»

Sin embargo, para Osamu, su madre ya pertenecía a otra realidad igual que el vacío de su existencia, una realidad ficticia como su propia existencia. Era como una antigua estatua de arcilla modelada para hacer el papel de madre, sus palabras y rígidos movimientos mecánicos como los de un robot. Los intereses, las intenciones de la sociedad, sus lugares comunes, el banal amor materno: todo aquello había tomado prestado el cuerpo de su madre para esparcir nada más que palabras al viento. Osamu se había prohibido a sí mismo mostrarse afectuoso con su madre, estaba seguro de que ella no podría comprender el camino por el que se adentraba. Si aquella madre tan vulgar pudiese comprender el mundo en el que habitaban ahora Osamu y Kiyomi, dicho mundo se

volvería de golpe repugnante.

«Nosotros tan sólo queremos suicidarnos juntos de un modo diferente. No necesito que nadie comprenda cuál es mi forma de placer. Y, al fin, ya acabará el verano —pensaba Osamu mientras contemplaba las calles iluminadas del atardecer veraniego—. Cuando muera, ya no veré más estas luces de neón mezcladas en el atardecer de verano.»

En cualquier caso, lo importante era que no acabase todavía el verano. El ambiente bochornoso que se pegaba como niebla a la nuca y el viento fresco de la tarde rozando su piel eran un acompañamiento ideal a la muerte que imaginaba; al término de esa estación esos pensamientos que lo atormentaban quedarían extinguidos. Caminando bajo el sol abrasador con aquella camisa hawaiana, el sudor se le pegó a las heridas más recientes de su cuerpo. ¡Era una sensación de dolor nueva y fresca! Era un lazo que conectaba el mundo con su interior y que, además, los transfiguraría a los dos en drama viviente de la imaginación.

Las miradas de las chicas que se cruzaba por la calle no podían alcanzar hasta sus heridas abiertas. Aquellas heridas invisibles a los demás lo habían expulsado de la sociedad como una estrella fugaz. «Pero ya no soy una sombra. Jamás lo volveré a ser. Soy un cuerpo herido, un cuerpo dolorido, un cuerpo en descomposición.» Al fin su cuerpo sería enterrado en heridas. Antes de morir junto a Kiyomi, le gustaría llevarse a una de esas chicas y dejarla pasmada al exponer desnudo ante ella su cuerpo plagado de heridas.

Osamu se acordó de una ocasión en la que debatió en una taberna con unos jóvenes melenudos sobre sus traumas psicológicos. Osamu los despreciaba. Si hubieran visto su cuerpo lleno de llagas y heridas, se habrían quedado mudos esos jóvenes que tanto alardeaban de tormentos psicológicos. En realidad, ellos no existían, sus mentes no eran más que la sombra de una sombra, y ni siquiera se daban cuenta.

Todo tenía que terminar este verano. El brillo de la sangre al sol y el zumbido de las moscas orquestan la sinfonía en torno a la muerte. Melodías flotantes alrededor de un cadáver arrojado como un ramo de flores mustias en mitad de una calle

solitaria en pleno mediodía estival. ¿Quién querría escuchar dicha sintonía en un atardecer de otoño?

El mundo ya estaba dispuesto a sus intenciones. Un mantel de puro blanco... Él agarró con fuerza ese mantel blanco sobre la mesa. Le parecía ilógico que aquel mantel no recibiese el chorro de su sangre roja.

—¿En qué piensas? Últimamente apenas dices nada. Tampoco comes como antes —le dijo al fin la madre empezándose a preocupar.

—No te preocupes —le dijo afectuosamente él—. Nos pasa a todos durante el verano.

Sin embargo, Osamu no resistía la tentación de compartir con alguien su placer secreto.

Esa noche, después de despedirse de su madre, fue a casa de Kyoko.

La casa de Kyoko estaba muy iluminada esa noche y había muchos desconocidos entre los numerosos invitados. Ella lo recibió alegremente, pero como no dejaba de atender a los invitados, no hallaba la oportunidad de hablar con ella. Y, por lo visto, tendría que esperar un buen rato a esa ocasión propicia.

Osamu aprovechó esos momentos para deleitarse, como siempre, pensando en la muerte. Alejado de las animadas conversaciones, se apoyó contra un escritorio en un rincón de la habitación, alzó ligeramente el hombro izquierdo y se subió un poco la manga de la camisa hawaiana roja. Ahí estaba la cicatriz de intenso violeta de una herida hecha hace bastante tiempo. Remojó con un poco de alcohol la cicatriz y después la acercó a sus labios para besarla.

En la terraza también había muchos invitados. Kyoko, con su vestido en tonos glicina, iba de aquí para allí entre el salón y la terraza, y cuando se cruzaba con Osamu, esbozaba una ligera sonrisa y continuaba su ir y venir. En aquella ligera sonrisa se dibujaba claramente su aburrimiento, y a Osamu le sorprendió que ella buscase complacida dicho tedio. La Kyoko que él conocía jamás se habría comportado así.

Por medio de las presentaciones de Kyoko, algunas señoras elegantes y maduras se acercaron a hablar con Osamu, que con

su camisa hawaiana llamaba la atención. Como Osamu no les contestaba siquiera, lo tomaban por un imbécil y se iban.

Kyoko estaba aguantado una conversación como de rigor. Aquella noche no estaban allí Shunkichi, Natsuo, tampoco Mitsuko ni Tamiko. En su lugar, conversaciones intelectuales y elegantes de aquellas que antiguamente detestaba Kyoko de personas que pululaban como Pedro por su casa. Había hasta cuatro o cinco extranjeros. Cerca de Osamu un grupo de ellos hablaban vanidosos de su predilección por Béla Bartók o César Franck. Una mujer que había regresado recientemente de París explicaba que en la Francia de posguerra se empezaba a redescubrir el pensamiento místico oriental. Un vividor de tez estropeada presumía altivamente de haber descubierto una posición que no se hallaba ni en los textos más antiguos, modernos ni más raros ejemplares. Como en ese momento todos mostraban interés por ese tema de conversación, éste lo retomó diciendo que dicha postura era realizable pero poco práctica y tal vez sólo merecía la pena realizarla sin más.

Bajo las espirales del humo del tabaco, las plumas que decoraban los peinados de las señoras y las narices de los hombres en las que brillaban gotas de sudor, Osamu advirtió unos candelabros antiguos con relieves de ramas muy conocidas por él. Las velas de falso y grueso cristal grisáceo por el polvo y el humo del tabaco desprendían una luz difuminada en los techos. A Osamu le parecía como si más arriba de esos techos los ojos de Kiyomi le observaran fijamente desde un lugar fuera del mundo, vigilándole. Aquellos ojos de mirada húmeda y cálida, siempre un poco rojos y con un toque de locura. La mirada oscura y penetrante descendía como las flechas envenenadas de salvajes disparando escondidos tras el follaje, transformando en cadáver cuanto rozaban. Las conversaciones banales, los hombros de las mujeres con el polvo de maquillaje cubierto de sudor, las risas estridentes: todo le recordaba al olor de la muerte. De repente Osamu se acordó claramente, como si se tratase de un deber, de algo que había olvidado.

Encerrado en su interior, no se abandonó a la brisa refrescante que soplaba en la terraza, se quedó bajo las

abrasadoras luces, disfrutando de la sensación placentera del sudor vibrando sobre sus heridas más recientes, retomando de nuevo sus elucubraciones sobre la muerte. Una mujer de mediana edad con la que había hablado antes y cuyo nombre no recordaba se acercó con las pinzas de servir hielo y le puso un cubito en el vaso. Osamu, absorto, se olvidó de darle las gracias. El líquido templado de repente se enfrió, el vaso frío de cristal se parecía a un cuchillo. Pensaba de nuevo en la muerte. La muerte no tenía milenarias alas para lanzarse al vuelo, era más bien como unos suaves y delicados dedos que se colaban entre las mangas de su camisa hawaiana acariciando por completo las heridas de su cuerpo joven. «Ayer acompañé a Shigemitsu al aeropuerto, pero siempre viaja con el ánimo melancólico, viajaba a América y en cambio parecía que estuviese yendo de vuelta a Sugamo», decía alguien a su lado. «El señor R lo acompaña. El tipo conoce bien a R. Ese tipo ya desde el momento de partir de viaje tiene cara de estar cansado y a un paso de sufrir un debilitamiento por crisis nerviosa.»

«Voy a morir. ¿Hasta dónde subirán los chorros de sangre? ¿Podré ver claramente el manantial de mi sangre fluyendo?»

«En la base americana de Sunagawa hubo un gran altercado. Fue como ver una reproducción de la guerra civil tras mucho tiempo. Ciertamente, realizar mediciones es un trabajo técnico bastante duro, pero al fin a todo el mundo le llega su momento de gloria y, de repente, ese día la cinta métrica del topógrafo se convirtió en valiosa aliada de los políticos. Y, luego, todo quedará de nuevo olvidado. No dudo de que el bigote que me afeito cada mañana acabe siendo un comportamiento político algún día. Siempre pienso así al afeitarme. A mí no me gustan las máquinas de afeitar eléctricas. Carecen de las características adecuadas para realizar un trabajo preciso. Les falta la cualidad esencial propia de la política.»

«Se derramará la sangre de mi boca, y cuando expire mi último aliento, Kiyomi, fuera de sí, me abrazará y besará. Sin embargo, no quiero que me bese mientras me quede el más mínimo aliento. Una vez que exhale por completo, sí podrá besar mi boca entreabierta. Sé que a ella le parecerá

divinamente bello mi rostro sin vida. Ella estará impaciente por besar mis labios ya fríos e inertes.»

«Que hayan encontrado arsénico en la leche en polvo es un descubrimiento excelente. Seguro que los bebés que hayan bebido y criado esa leche en unos diez años se convertirán en el tipo de hombre que me gusta a mí. Me pregunto qué encanto puede tener un hombre que no tenga algo de arsénico en su cuerpo.»

«Espero que la muerte acepte acogerme en la cúspide del placer. Como un bebé por fin rendido al sueño y llevado de la cuna a la cama. Pero si en plena agonía de la muerte algo me despertase, ¿no acabaría por mostrarme todos los detalles de un prosaico suceso?»

Kyoko, a su lado, tocó ligeramente su brazo:

—¿En qué piensas? Disculpa que no pudiese hacerte caso.

Osamu, temiendo que descubriese los cortes del brazo, lo retiró rápidamente.

—Vamos a la terraza, aquí hace mucho calor.

Kyoko acompañó al joven de camisa hawaiana de intenso rojo a una esquina de la terraza alejada de las luces. De espaldas a la gente que hablaba y reía animadamente, se apoyaron en la barandilla que daba al jardín; al atardecer, entre la arboleda, se divisaban las hileras de luces de la estación de Shinanomachi. De repente Osamu percibió el aroma del vestido de Kyoko color de glicina, un aroma de vacío y melancolía, mezclado con el denso olor de la hierba cuyos tallos aún retenían el calor del día.

—Son todas caras desconocidas para mí.

—Así es. Les cobro una entrada por venir.

El comentario trivial de Kyoko afectó a Osamu:

—Entonces debería haber pagado yo también.

—No, no. Tú eres diferente. Al contrario, eres un invitado especial para mí. Con invitados como los de hoy, si no es pagando, no podría aguantar su presencia aquí.

Kyoko hablaba en voz baja, ella que nunca había tenido que hablar así en su propia casa, y eso daba idea de su difícil situación actual. A Osamu le impresionó darse cuenta de que Kyoko ya no era la mujer rica que conoció antaño.

—Entonces, disculpa que haya venido hoy.

—No digas eso. Las señoras esas que te presenté antes estaban muy interesadas en ti. Tal vez se habrán pensado que hay algo entre nosotros. ¿Acaso no lo parece?

Kyoko, con su brazo descubierto, tomó del brazo, también descubierto, a Osamu. El brazo de Kyoko estaba tan frío como la piel de un animal muerto.

—Qué estupenda almohada debe de ser un brazo tan frío como el tuyo.

—Por eso lo hago —dijo Kyoko sin retirar el brazo, su rostro cabizbajo vuelto hacia la oscura espesura tras la barandilla. Debían mostrarse así para poder hablar sin que la gente los molestase.

—¿De qué querías hablarme? —dijo Kyoko sin poder reprimir más su innata curiosidad, tomando ella la iniciativa.

El bello rostro de Osamu resaltaba en la oscuridad con un brillo blanco recibiendo un halo lejano de luz. Las largas cejas sobre sus ojos trazaban una sombra en el aire. Sufría, pero a la vez su cuerpo parecía deleitarse en un recuerdo placentero que Kyoko todavía no había conocido. Kyoko intuía claramente que había una mujer tras aquel joven, una mujer que lo amaba y sin embargo lo hacía sufrir vanamente a diario.

—Entonces, ¿de qué es lo querías hablar conmigo con tanta urgencia?

—No es nada —contestó Osamu, reluctante y dubitativo—. Es que muy probablemente dentro de poco me suicide con mi amante.

Kyoko pensó preguntarle sobre aquella mujer poco agraciada físicamente y prestamista de profesión, pero desistió. Se limitó a asentir dando a entender que se disponía a escucharle.

—Vaya, por lo que parece, estáis muy enamorados.

—¿Enamorados? ¿Eso te parece? —dijo Osamu secamente, frunciendo la boca, y prosiguió—: Lo explique como lo explique, no me vas a entender. Si te digo la verdad, no se trata de un suicidio, ni de un crimen, ni de un suicidio pasional de pareja, y en cierto modo es una forma de morir que tiene algo en común con todo eso.

Kyoko no titubeó. No era ni mucho menos la primera vez que escuchaba a un joven hablar del suicidio, y nunca se lo tomaba en serio. De hecho, jamás hubo ninguno de esos jóvenes que llevara a la práctica dicha idea.

—Sé que no me crees —dijo Osamu esbozando una ligera sonrisa sin ninguna intención de convencerla—. Estarás pensando sin duda en lo que se requiere para un suicidio amoroso al unísono, por ejemplo, una resolución firme, un remordimiento, una situación extrema, un atolladero, un sentimentalismo o cualquier cosa semejante. Tú sabes de sobra que ninguno de esos rasgos es propio de mí. Yo no he nacido para tomar decisiones con firme determinación... Pero mi muerte será diferente. Será como precipitarse fácilmente por una pendiente... No, no exactamente así. Para tirarse por una pendiente, primero hay que subir. Yo no tendré que tomarme la molestia. Me bastará con mover un poco la mano casi entre sueños y correrá sangre de verdad allí donde flirteaban la fantasía y el drama... ¿Lo entiendes? Será como estar actuando sobre un escenario, se desvanecerá el límite entre ficción y realidad, y mientras sigo representando mi papel, me sumergiré en la muerte sin darme ni cuenta. No habrá más separación entre esos dos mundos. Cuando vaya a darme cuenta, ya estaré muerto.

—¿Quién hará todo eso? —preguntó Kyoko, diciendo lo primero que se le vino a la cabeza, sorprendida de la locuacidad de Osamu.

—¿Quién?... Ella y yo. Tal vez sea ella o tal vez sea yo; en fin, bastará con golpear levemente mi hombro para lanzarme de cabeza a la muerte. El límite o frontera se hará más estrecho, como una oblea muy fina; en el fondo no creo que haya mucha diferencia entre la ficción y la realidad, entre la vida y la muerte. Afortunadamente, ya he logrado un cuerpo escultural de los que todo el mundo alaba, soy joven, no me entretengo en pensar o actuar, pero he logrado percatarme de que existo realmente, aquí y ahora, en este preciso momento y lugar.

Pronunciaba sus palabras en voz baja como dirigidas a sí mismo, consciente de su incomprensión para los demás. Osamu

se veía a sí mismo tal como siempre había soñado en el pasado, en un ángulo de la terraza en un atardecer veraniego, lejos de la luz, en la oscuridad, contemplando las luces de la estación impregnadas del aroma del musgo. Aquel joven con el cuerpo plagado de heridas y un rostro entre poeta y torero ¡vivía, existía ciertamente! Mañana lo visitaría una muerte heroica y sangrienta y sin lucha alguna. Como unas bellas flores cultivadas con un mal fertilizante, obligada mescolanza de productos grotescos y modernos, lograría tal vez crear su propio mito cristalino y resplandeciente. Al fin, todo lo grotesco de este mundo no podría rozar ni siquiera con un dedo su existencia, su vida.

Kyoko estaba bastante alejada del profundo apasionamiento de Osamu. Había algo en todo lo dicho por Osamu que le daba una impresión poco seria. Sin embargo, ella no estaba en una posición que le permitiese criticar esa falta de seriedad.

No podía compartir la pasión por el suicidio de Osamu y, no obstante, se sentía mucho más cerca de él, vivían en la misma ribera de la desidia, lejos de todos aquellos invitados elegantes e inteligentes. Ella, por un instante, vio reflejarse fugazmente en la cara de Osamu aquella época de ciudades devoradas por las llamas volviendo a emerger, el sol del verano iluminando los recovecos de aquella época sin futuro ni mañana, haciendo brillar los escombros del derrumbe. Ella tenía la impresión de que los jóvenes de su entorno se movían a una velocidad siniestra hacia cualquier conclusión. Se acordó de Seiichiro, ahora en Nueva York, de Shunkichi, de Natsuo; veía sus caras.

—Para hablar de estas cosas, ¿no crees que lo ideal sería hacerlo con alguien tan amable, adulto y serio como Natsuo? Natsuo podría ser la persona ideal para escucharte. ¿Lo has visto últimamente?

—No, no nos vemos —dijo Osamu irguiéndose sobre la barandilla—. Hace mucho que no lo veo... Sí, creo que fue aquel día que fuimos todos a ver el combate de Shunkichi. Antes de eso, un día se pasó por la cafetería de mi madre. Como todos mis amigos no hablaban más que de culturismo, acabó perdiendo un poco los nervios y dijo lo siguiente. Me acuerdo bien. Fruncía las cejas, y con ojos llenos de rabia y el

tono de voz sofocado de tanta tensión en su interior, dijo esto:

—Si son tan importantes vuestros cuerpos musculosos, no sería mala idea suicidaros en pleno apogeo de la belleza antes de que vuestros cuerpos empiecen a envejecer.

Justo cuando Kyoko estaba a punto de echarse a reír, se oyó el estridente silbato del tren de mercancías al pasar por la estación de Shinanomachi. La sombra negra del tren pasando a trepidante velocidad oscureció la luz de los andenes; estremecía tanto aquel sonido en el fondo del corazón de quien lo escuchaba que quedaba vibrante por un rato alterando la atmósfera nocturna. El titubeante y lánguido traqueteo del convoy se repetía en un eco monótono dejándoles sin palabras.

De repente, a Osamu le brotaron de dentro unas palabras que nunca había pronunciado antes:

—Ver tu propia sangre derramada debe de ser realmente placentero. —Después, para tranquilizar a Kyoko, añadió—: Aunque tú no tengas necesidad de comprenderlo.

Kyoko no cayó en la cuenta de que aquellas palabras tenían mucho que ver con el «placer ajeno» del que ella disfrutaba tanto. Kyoko lo interpretó como una divagación filosófica más de Osamu.

Carta de Kyoko enviada a Seiichiro en su estancia en Nueva York:

«Me imagino tu cara de sorpresa al leer el recorte de periódico que te envío con esta carta. El titular alude al raro suicidio pasional de una pareja. Osamu resulta ser un actor desconocido e inconstante de *shingeki,* y ese pobre actor de segunda se enamora de una fea mujer usurera y se ve arrastrado por ella a un suicidio doble sin sentido, viene a decir la nota. El artículo de prensa, en sí, no es que falte a la verdad. Algún periódico sensacionalista describe la escena muy macabramente. Me ahorré la molestia de enviártelo.

»Días antes de que ocurriese esto, él vino a casa a pasar un rato. Ciertamente anhelaba morir. Sin embargo, no vinieron a preguntarme de ningún periódico, y yo tampoco es que tenga especial interés en conocer la causa real del suicidio. Ya sea un crimen o un doble suicidio, lo cierto es que él ha muerto.

»A pesar del interés que siempre despiertan en mí las

pasiones ajenas, y aunque diga que no me interesa saber la verdad en torno a su muerte, no tengo dudas de que seguro que estarás esbozando tu irónica sonrisa de rigor pensando que lo que digo es mentira. Lo cierto es que desde ese momento se produjo un extraño cambio en mí: he perdido la certeza pasada con la que podía vivir asimilando pasiones ajenas y llevando mi propia vida. Tengo miedo. No sé hasta cuándo podré tener seguridad o calma en mi hogar y en mi propia vida. No sé cuándo llegará el momento en que una ola se trague y destruya nuestro ideal de desorden, el puerto de nuestra fuerza de la imaginación. Y si pensase en pedirte ayuda, debo asumir que estás muy lejos, en Nueva York...

»En primer lugar, desde el punto de vista económico, dudo que pueda seguir viviendo como hasta ahora. Lamento no haber aprovechado la ocasión a principios de verano para vender la villa de Karuizawa, pero este año ya he perdido la oportunidad de hacerlo. Tendré que esperar al año que viene. Lo que se me ocurrió es hacer fiestas en la terraza de casa: abro las puertas de casa a mis invitados; por supuesto yo me encargo de todo, cobro una cuota, y mis antiguos conocidos se han hechos socios. Como sabes, es gente bastante aburrida, pero como la casa está lejos del centro, les gusta venir aquí. En fin, que mi casa, en lugar de hogar del desorden, se ha convertido en morada de un falso desorden, una anarquía creada con fines turísticos, un pequeño desorden comercial. A pesar de todo, parece que la idea tiene buena acogida, estoy mejorando mis ingresos, y dispongo de una mejor situación ahora. Seguro que te reirás al oírme hablar de esta manera de la "situación económica".

»... Pero nuestro amigo Osamu ha muerto y su vida ha quedado reducida a varios artículos de periódico. Al leerlos, se viene abajo la seguridad que yo tenía de conocerlo bien. ¿Será quizá, irás a decir tú, porque no podemos conocernos mutuamente como presumen los lectores irresponsables de dichos periódicos? Pues incluso entre tú y yo puede que ocurra lo mismo. Aunque nuestro pequeño y oculto vínculo en este mundo sea como un lugar de confrontación ciega y sorda. Ciertamente, creo que llevas razón, como tú dices: nunca

seremos personas caritativas.

»Como decías, yo amo las “pasiones ajenas” y tú las “ambiciones ajenas”. Sueles decir que yo no puedo vivir en el presente, sólo en el pasado, y los demás de cara al futuro. Escucho hablar sobre los encuentros pasionales de los demás, filtro esa experiencia a través de mis oídos como si yo la hubiera experimentado en carne propia, y todos esos futuros inciertos quedan transferidos así al almacén seguro de mi propio pasado, como tú dices.

»Pero eso es peligroso. ¡Muy peligroso! Ya sea por la pasión o por las esperanzas, resulta peligroso interesarse demasiado por los demás. Nosotros, sin pensar, hasta un punto que no nos imaginamos, vamos arrastrando algo, y al final, en lugar de las esperanzas de los otros, no tenemos más alternativa que cargar con el destino de los demás. Más vale aguantar con el poder de la imaginación y la fantasía, ¿verdad? Lo que venga después pertenecerá al dominio del destino. El porvenir está dominado por la fatalidad del destino... Permíteme que con todo cariño te ponga en guardia solamente sobre este punto.

»Dejando a un lado a los extraños, estoy teniendo también problemas con mi hija Masako. Creo que ella está tramando un plan para que su padre vuelva a casa. Tal vez son imaginaciones mías, pero cuando salgo de compras, tengo la impresión de que alguien me vigila, probablemente un detective privado.»

Respuesta de Seiichiro:

«¡Quién lo habría dicho! ¿Es que te has vuelto miedosa de repente? ¡Y luego te da por hablar de la “fatalidad del destino”! Eso son invenciones del todo inexistentes, ¿acaso no era desde el principio el punto en común más fuerte entre nosotros el no creer en esas cosas? Si existiese algo semejante al destino o la fatalidad, ya hace mucho que tú y yo nos habríamos acostado.

»Aunque sea un artículo de prensa poco afortunado, he podido hacerme una idea: la muerte de Osamu no tiene nada que ver con una predestinación fatal. Aquel joven falto de voluntad que era Osamu albergaba, sin embargo, ese único deseo, al que aspiraba decididamente. Él tomó una decisión y

la siguió, y dibujando una línea recta como quien salta desde un trampolín para lanzarse a una piscina, él se precipitó en el seno de la muerte. Abstengámonos de discusiones que no conducen a nada sobre si fue una resolución inconsciente y si se puede decir que estuviese predestinado a ello. *A posteriori,* incluso nosotros tenemos que admitir que él no aspiraba a nada más, una línea recta en su horizonte a la muerte. La muerte tiene diferentes máscaras, y con una de ellas se plantó ante él. Osamu fue quitando esas máscaras sucesivas hasta colocar una definitiva sobre su cabeza. En aquella última máscara que quitó a la muerte vislumbró su horripilante faz tal como es, pero es dudoso hasta qué punto para él resultaba horrorosa. Hasta aquel momento había deseado tanto la muerte que debió de tomar aquella máscara entre sus manos con verdadera pasión. Con la máscara puesta, se abandonaría a su propia belleza. Tú deberías saberlo bien: la voluntad del hombre que aspira a la belleza, a diferencia de la voluntad femenina, conlleva, sin falta, "anhelo por la muerte". Este ideal atrae a los jóvenes, pero la mayoría lo guarda en su interior sin atreverse a revelarlo. Sólo desvelarían esa verdad durante la guerra.

»Siento no poder asesorarte mejor sobre la gestión de tu patrimonio en estos momentos. Pero, por favor, mantenme informado por carta cada vez que pienses embarcarte en algún nuevo proyecto. Lo de celebrar fiestas en tu casa me parece un negocio vulgar muy poco acorde con alguien como tú. Ahora estoy muy ocupado, seguiré escribiéndote con más detalle más adelante».

Desde el verano la familia de Natsuo estaba preocupada por él; además, les inquietaba no saber cómo tratarlo. Natsuo había dejado de pintar, últimamente tenía insomnio y apenas comía. La familia acomodada lo atribuía a una «crisis artística» aunque no sabía muy bien en qué consistía semejante crisis. Era sorprendente la creencia común de la burguesía, que siempre relacionaba al artista con el sufrimiento. Puediera ser que tal pensamiento se debiese a una mezcla confusa de antiguas creencias sobre el dolor o mitos asociados al arte. Un hombre burgués, al perder a un hijo o a su esposa, aunque

sufriera, tendía a no considerar esas experiencias vitales como sufrimiento. Prefería dejar en manos de otros el verdadero sufrimiento, no quería guardar para sí perpetuamente hechos tan ingratos. Que fuera, en tal caso, un banco del sufrimiento, o un director general del sufrimiento o algún especialista del ramo quien lo hiciera. Antiguamente eran los santos los que se encargaban de asumir los hechos terribles de la vida, y en cierto momento esa función pareció recaer en los artistas.

Desde antiguo los artistas se distinguían por su notable capacidad para sufrir inútilmente por menudencias sin importancia; por eso ejercían con sus obras una función pacificadora en el fondo de las almas de la gente. La falta de valor social del sufrimiento, la idea abstracta de tal sufrimiento, aliviaba el horror al sufrimiento que la gente sentía en la vida. Los artistas tomaban uno de esos destinos dolorosos y lo ponían en escena, y era como observar la rara enfermedad, jamás contagiosa, de una persona; así evitaban los burgueses experimentar lo que más temían de dicho sufrimiento, es decir, aquella mala suerte revestida de universalidad.

Los burgueses adoraban el sufrimiento de los artistas que se salía de las reglas convencionales, el que no tenía ninguna relación con la vida de la gente corriente. Reemplazaron «sufrimiento» por «genialidad», lo que nos incitó a desviar la mirada de los principios generales de la existencia. El arte de esa manera nos reconfortaba frecuentemente con sus obras, que eran como un premio al valor o esfuerzo de la sociedad. Este mecanismo del arte era entonces capaz de consolar; y procurar serenidad mediante sus obras.

Cuando dio comienzo la extraña tristeza de Natsuo, toda la familia pensó lo mismo: «Esto ya se veía venir». De hecho, al fin, la crisis llegó. Una crisis temida y, a la vez, esperada secretamente, en cierto modo era como recibir una atribución de poder, sobre todo para su madre, que ahora tenía la ocasión de mostrarse orgullosa del sufrimiento de su propio hijo ante la sociedad. Ella anhelaba inconscientemente la exigencia de «piedad» que conllevaba dicha crisis.

«La gente enseguida mima a las personas con talento, pero

yo no creo que la genialidad tenga nada amable, como suele pensarse. Entiendo de sobra a Natsuo, él ahora choca contra un muro. En estos momentos debemos estar unidos en casa para protegerlo de este viento cambiante de la sociedad y animarlo para que pueda superar con sus propias fuerzas el muro ante el que se encuentra. Todos debemos cuidarlo, y evitar decir la menor estupidez que malogre su talento. Lo más importante para mi hijo es que sienta que estamos con él más que nunca apoyándolo a su lado.»

La madre advertía así a sus hermanos y hermanas cuando regresaban a pasar unos días a casa, pero era un comportamiento parecido al que se tendría con un hijo enfermo, y por eso le dolía más, como una flecha en pleno centro de la diana. Blanco. Sin embargo, si realmente el sufrimiento de Natsuo lo era por razón del arte, esta farsa burguesa de protección familiar era la más desacertada que cupiera imaginar.

El simbólico objeto de dicho afán protector se encontraba siempre colocado en una esquina de su estudio de pintor. Se trataba de un aparato de refrigeración importado. Durante el verano, le había sido de mucha ayuda para poder mantener cerradas las ventanas y preservar la intimidad del estudio. Y ahí estaba Natsuo, solo, sentado en la habitación esperando la llegada de un poder sobrenatural que lo redimiese.

Durante aquel estado meditativo le vino a la memoria el día siguiente a su regreso del lago de Kawaguchi. Todo lo sucedido anteriormente había desaparecido de su memoria, sólo ese recuerdo permanecía nítido en su mente.

Fue una tarde deslumbrante de verano. Como persona educada, había elegido una hora adecuada de la tarde para la cita, y llevaba unos dulces de obsequio. Vestía una sencilla camisa blanca, y adrede, no había utilizado el coche, sino que había seguido las indicaciones del plano hecho por Nakahashi Fusae. No conocía bien la zona de Wakabayashi, en el barrio de Setagaya. El camino estaba enrevesado de curvas y solitario. Mientras andaba junto a una desvencijada cerca y un muro de cemento negro y sucio, iba imaginando la apariencia de Nakahashi Fusae, a la que todavía no había visto nunca.

El rostro de Kyoko siempre acababa por sobreponerse al de todas las mujeres que evocaba. Hasta ahora nunca había tenido confianza con ninguna otra mujer más que con Kyoko, y su rostro no le desagradaba en absoluto.

Un rostro frío de belleza oriental china, de labios finos y sugerentes al mismo tiempo. No había la más leve ambigüedad en sus facciones, y en el interior de esa claridad parecía ocultar cierto misticismo. De carácter alegre, reía frecuentemente, mantenía siempre una pose digna sin caer nunca en el ridículo; un rostro que, tal vez, había olvidado reír o llorar desde el fondo del alma… Tal vez todo cuanto imaginaba Natsuo de Fusae no era más que su retrato ideal.

Mientras seguía caminando bajo el cielo de verano, recordó las sugerentes cartas de Fusae, y la cita fallida de la Residencia Imperial de Shiba. Fusae, aquella mujer, siempre estuvo a su espalda, pero al parecer él no se daba cuenta. Desde que el día antes, durante el viaje, viese la oscuridad bañando la espesura de los bosques a pleno día, era como si hubiese perdido su capacidad de observación y en su lugar ahora le parecía recobrar una capacidad para percibir cosas que antes se le escapaban.

De repente desde un ángulo de un pequeño camino, se oyó una estridente campana. Junto a una vieja cerca tras la que se divisaba una arboleda, en lo alto apareció una bandera roja. En el cielo azul de verano cúmulos de nubes ocultaban el sol, y en derredor, nadie a la vista.

En un instante, Natsuo podía comprender lo que captaba en ese momento. Antes sólo se hubiera percatado de las bellas formas ante su vista; ahora, en cambio, el vívido rojo de la bandera, el verde de la arboleda y el azul del cielo y las nubes blancas conformaban un cuadro de armonía desagradable; su pincel y su corazón de pintor negaban el cuadro, ya que tenía la impresión de hallarse ante un cuadro terminado.

«¿Qué es todo esto?», se preguntaba perplejo.

Ciertamente, no tenía nada que ver con el color. Para él lo bello siempre se expresaba en las tonalidades del color, era como si su mundo ya no tuviese significado, y, como resultado, ya ninguna banalidad podría amenazar su sensibilidad. Sin

embargo, el rojo, el verde, el azul y el blanco que ahora veía no eran colores propiamente. No eran como los colores que él antes contemplaba. En esa confusión, cada uno de ellos adquiría un sentido preciso y el cuadro que brotaba ante sí se dotaba de un simbolismo con un llamativo carácter alegórico.

No dejaba de decirse: «¿Qué es todo esto?».

Le acosó de repente un horror misterioso. El rojo evocaba rabia; el verde, el rumor de las enormes espesuras de bosque expandiéndose en el pasado; el azul, una promesa pura y misteriosa, y el blanco, un fondo de color que captaba los rayos de la luz sobre una escalera de piedra en la biblioteca.

Aquello podía indicar que había comprendido algo o bien era un indicio de que había dado un paso más en esa dirección. Pensó con total concentración en dicho significado. El sonido estridente de la campana pasó de largo a su lado.

La rabia, la vida pasada, el bosque, la promesa y la escalera de piedra de la biblioteca eran elementos desordenados y sin ninguna conexión entre sí; él, con su mente de pintor, estaba acostumbrado a la falta de significado, pero al pensar que la realidad exterior recuperase su significado de golpe, dudaba de que se mezclase con la apariencia de un lirismo simbólico como aquél. Él nunca había tenido una sensibilidad especial por lo literario. Cabía la posibilidad de que tuviera que ver con sus recuerdos infantiles de un mundo inhabitado carente de significado y desbordado de colores.

En todo caso, había desaparecido el amplio vacío nihilista que le envolvía cuando se disponía a pintar un cuadro; le parecía que todos los sentidos del mundo se ponían de relieve, y todas las cosas adquirían plenitud por el sentido. Sin embargo, cosa horrible, el orden tan sobrio y simple de la totalidad del mundo sin sentido desaparecía, y el mundo en el que por un momento había surgido el sentido se sumía en un caos incontrolable.

«Tal vez he empezado a ver la realidad misma», pensaba Natsuo persiguiendo aquel persistente simbolismo ante sus ojos. Por más que eso fuese la realidad, era una realidad en la que no había reparto de periódicos, trenes parados y asambleas parlamentarias que no se celebraban. Un simple pulular de

extraños y horribles significados como insectos desplegaban sus alas en el atardecer del verano.

De nuevo, bajo los fuertes rayos de luz de la tarde, volvió a escuchar una confusa mezcla de sonidos, vocerío de niños, el golpe de una piedra lanzada de una patada contra un muro. Cuando estaba a punto de doblar una esquina, se volvió hacia atrás. De repente advirtió un puesto de helados callejero y en torno a él un grupo de niños comprando animadamente. En el puesto de helados ondeaba una banderilla roja. En caracteres blancos ponía «Helados». La bandera roja que antes había visto era ésta…

Dobló la esquina. Un portón sencillo de madera con sus batientes cerrados, sobre el portón, una tablilla de madera en la que se leía en caracteres claros el nombre de Nakahasi Fusae.

«Entonces, abrí la puerta. A muy poca distancia estaba la puerta de cristal de la entrada. He buscado luego el llamador de campanilla.»

Natsuo conservaba grabado en la memoria cada instante de lo sucedido.

«Antes de mi viaje al lago de Kawaguchi, nunca temí el absurdo de la vida. Era un presupuesto obvio. Pero de repente desde aquel día tengo miedo, es el origen del terror que me invade ahora. He llegado a desear que el mundo estuviese pletórico de sentido como un cesto rebosante de pequeños guijarros… Entonces, conocí a esa persona.

»Primero apareció una anciana, vestía un vestido veraniego de estar por casa, le comuniqué el motivo de mi visita. Después le pregunté si se encontraba en casa Nakahashi Fusae. Esbozando una media sonrisa, la anciana me confirmó que estaba en casa y me esperaba con impaciencia. Después me acompañó hasta una habitación de sobrio estilo occidental junto a la entrada. Un aroma de incienso emanaba en la habitación vacía…»

Natsuo, mientras se secaba el sudor, miró alrededor; en una esquina de la habitación, un altarcillo doméstico en cuyo interior se reproducía un pequeño santuario de madera que no destacaba por su originalidad. En la pared opuesta de la

habitación había un óleo con un paisaje de mar. Natsuo frunció el entrecejo ante la vulgaridad del cuadro. Bajo el marco, una barata mesita para tomar el té, y al lado, un quemador de bronce que emitía un hilillo de incienso; a pesar del incienso encendido, las ventanas estaban abiertas de par en par.

La habitación daba a un jardín desangelado, peonías de varios colores y bambúes resecos por el sol de color de tierra.

Giró suavemente el pomo de la puerta. Apareció un hombre delgado de unos cuarenta años. Vestía *yukata* blanco con estampado negro. Saludó educadamente a Natsuo y le dio una tarjeta de visita que llevaba guardada en la manga. En la tarjeta se leía «Nakahashi Fusae». Al leer la tarjeta, Natsuo, estupefacto, no dejaba de mirar a su anfitrión:

—¿Usted es Fusae?

—Así es. A menudo confunden mi nombre con el de una mujer. Sin embargo, también es un nombre masculino.

Las facciones de su cara eran muy corrientes; los labios, un poco hinchados. El contorno de sus ojos, como los de las estatuas budistas, inmóviles bajo los pesados y melancólicos párpados. Aunque había esbozado una ligera sonrisa al saludarle, sus ojos permanecían inmutables, como la bola de un nivelador de aire; parecían inmersos en otro lugar.

Fusae se sentó en una silla y siguió hablando de un tirón sin dejar espacio a que lo interrumpiesen.

—Debo disculparme cuanto antes por el malentendido ocasionado con mi nombre y haberle hecho pensar que yo era una mujer, y también por haberle escrito cartas como lo habría hecho una mujer, pero pensé que, dada su juventud, usted no habría venido a no ser que se tratase de una mujer. No tengo segundas intenciones, así que espero que me crea… ¿Cuándo debí enviarle la primera carta? Ahora me acuerdo, fue después de ver su cuadro *Ocaso* en la exposición de otoño. Sabe, realmente me gustó mucho aquel cuadro. Mire, yo no soy un entendido en estos temas. Simplemente me regalaron una entrada para la exposición y de repente me vi delante de su cuadro; tuve la impresión de quedarme clavado en ese lugar, de pie ante el lienzo. No sé cómo explicarlo, pero el cuadro me cautivó singularmente. Tuve la impresión de que no había sido

pintado simplemente por un ser humano. Su cuadro, en comparación con los demás allí expuestos, carecía de atmósfera u olor humanos. Tomé nota de su nombre y después volví a casa y estuve reflexionando largamente. De repente, visualicé ante mí su rostro pese a no haberle visto nunca.

»¿Tiene calor? Por favor, utilice este abanico.

Natsuo dudaba si utilizarlo o no cuando se abrió la puerta y apareció la anciana portando dos vasos de zumo de fresa con un desagradable color rojizo; asomó las manos y sin entrar en la habitación dejó la bebida sobre la mesita del té. Por lo visto, la señora debía de tener prohibida la entrada a esta habitación. Ciertamente, poco antes, cuando ella lo guio hasta aquí, no llegó a entrar en la habitación.

Nakahashi se levantó para tomar las bebidas y las dejó sobre una mesa ante Natsuo. En el interior de los vasos los cubitos de hielo apenas colisionaban entre sí, y el denso líquido del zumo recién preparado se diluía como un reguero de tinta roja.

—Adelante. Ah, ya veo que no se decide a probarlo. El color como de sangre le parecerá siniestro.

Natsuo, sorprendido, fijó la vista. Realmente parecía como si una brumosa capa de sangre se hubiese diluido en el agua dentro del vaso.

—Usted ya ha visto la sangre —prosiguió Fusae—. Pienso que tal vez haya visto la sangre que pronto derramará un amigo suyo… Pero no se inquiete demasiado. Usted no tiene nada que ver en ello.

Natsuo, para disminuir el ánimo tétrico y angustioso del momento, trató de pensar que se trataría de la sangre del fuerte Shunkichi e intentó persuadirse a sí mismo. No sería nada extraño que un boxeador derramara un poco de sangre… Sin embargo, no se decidió a probar el zumo.

Natsuo de repente sintió ganas de preguntarle. Le preguntó a su anfitrión sobre el significado que podrían tener los colores que había visto en su camino hacia aquí. Nakahashi enseguida respondió. No tenían ningún significado, era como un sueño en pleno mediodía, algo que todavía carece de sentido. «Finalmente, algún día verás algo con un significado claro; yo, en una ocasión, llegué a ver un dragón emergiendo del fondo

de un lago», le dijo Fusae.

«Para ser exactos, el lago donde tuve la visión en realidad no era un lago. Fue hace cinco años, a principios de una primavera que no olvidaría. De repente me entraron muchas ganas de viajar; estaba paseando por el campo en la prefectura de Ibaraki, en Shimotsuma en Makabe, cerca del estanque de Taiho. Estaba de pie junto al pantano cuando de repente vibró la superficie turbia del agua y del fondo de las aguas empezó a vislumbrarse la cabeza de un dragón en postura amenazante.

»Tenía una larga cola, pero contrariamente a las leyendas que atribuían su forma a la de una gran serpiente, era más parecido a un gran toro de torpes y lentos movimientos. Era pequeño, de metro y medio, pero hay otros ejemplares grandes de entre tres y hasta treinta metros. Tan sólo la cabeza era idéntica a la de las ilustraciones, de los cuernos le brotaba musgo, ojos brillantes y verdosos, la parte superior de los dientes cubierta de bigotes. En una palabra, un aspecto imponente… Aunque hasta entonces, sólo había visto ejemplares de los pequeños, algún día me gustaría tener la satisfacción de ver uno bien grande», dijo en tono calmado Fusae.

En ese momento, Natsuo se decidió a contarle lo sucedido el día anterior en las grandes arboledas. Le contó detalladamente que su campo de visión quedó oscurecido. Esta vez Fusae fue quien le escuchó atentamente sin interrumpirle.

Mientras explicaba lo ocurrido, Natsuo revivía el horror experimentado y sentía calor en todo el cuerpo. Ni siquiera la mosca de tonos plateados que revoloteaba entre ellos molestaba a Natsuo. La mosca se posaba en el borde del vaso de zumo rojo y después, ahuyentada, reemprendía el vuelo con su molesto zumbido. Finalmente, Fusae la aplastó contra el reposabrazos de la silla con su abanico, el zumbido se silenció de golpe y, sin prestar mucha atención, dejó el abanico con una pequeña mota de un tono marrón rojizo sobre la mesa. El jardín en pleno silencio sin apenas una brisa de aire.

—Era un dragón. No me cabe la menor duda —dijo Fusae al escuchar el relato. Después prosiguió—. Es usted muy afortunado, tuvo la suerte de ver al rey dragón la primera vez

que contemplaba uno de estos ejemplares. Tengo constancia de rumores que hablan sobre un dragón que vive en Saiko; al parecer, el propio sentido etimológico de Saiko alude a «morada de los dragones».

»Los dragones emergen del lago para descansar en el bosque. Ciertamente, eso es lo que presenció ayer.

»Con todo, es una lástima que usted aún no sea un médium. Por esa razón no puede captar el significado del dragón ni de la forma de sus espirales, pero pudo ver el bosque desaparecer de su campo de visión. Sin embargo, comparado con las personas corrientes que jamás verán algo así, usted ya ha visto mucho. Me estoy haciendo una idea. Por eso tuve el presentimiento de que un hecho grave se cernía sobre usted, tal como le advertí por carta… Ciertamente, es usted una persona en la que merecía la pena fijarse. Por favor, muéstreme la palma de su mano.

Natsuo extendió las dos palmas de sus manos. Los nudillos de la mano brillaban como una capa neblinosa de sudor. Los delgados dedos de Fusae fueron recorriendo los dedos de Natsuo a la luz de la ventana.

—Ciertamente, las personas con una predestinación especial tienen unas líneas de la palma muy particulares —dijo Fusae.

Aunque la ventana de la habitación estaba abierta, la voz de Fusae retumbaba por la estancia como si estuvieran en una cueva.

Aquella tarde Natsuo, invitado a cenar por Fusae, se quedó escuchando su conversación hasta pasadas las nueve. Desde aquel día el esoterismo captó vivamente su interés. Aquel mundo desconocido se manifestaba inabarcable ante él dominando toda la realidad. Comenzó a leer a Hirata Atsutane y le interesó una obra suya en la que narraba la historia de Torakichi, un niño que se hizo ayudante de un sabio eremita. De pequeño, cuando jugaba a las orillas del santuario Gojo ante el monte Eizan, vio a un curandero vendedor de medicinas; éste, cuando al atardecer ya se disponía a cerrar su tienda, empezó a disolver en un frasco de unos diez centímetros de diámetro diversas sustancias que le habían sobrado, además de un pequeño cesto y esterilla. Finalmente él

mismo se metió en el frasco y echó a volar. Al día siguiente Torakichi fue invitado por el viejo a entrar en el frasco y en el acto salió, volando hacia la cumbre de Sandaijo, la montaña de los inmortales en la provincia de Hitachi. Este libro de Hirata revelaba los secretos de la montaña de los eremitas a través de las respuestas que Torakichi, capaz de trasladarse entre este mundo y el de Sandaijo, había dado al autor.

Natsuo leía de un tirón cuantos libros le prestaba Fusae. Relatos muy esotéricos, como las leyendas del maestro Kawazura Bonji o las crónicas de los eremitas japoneses de Miyachi Izuo. Este último mencionaba a Kono Shido, un eremita del siglo xix. Kono, tras concluir el viaje de su práctica ascética bañándose en una cascada, en agosto de 1875, gracias a la guía de un ciervo, encontró en la cumbre del monte Katsuragi, en la provincia de Yamato, a un eremita que lo condujo hasta una montaña sagrada en los profundos y altos valles de Yoshino, donde le reveló misterios ocultos al común de los mortales. A su regreso a Osaka, Kono no descuidó su ejercitación espiritual, pero murió en el verano de 1887. Según los sabios eremitas, existían tres formas de morir: la primera consistía en volar elevándose a las alturas; en el sentido literal de la palabra, equivalía a la ascensión, a elevarse, abandonándose, al cielo. En segundo lugar, morir retirándose a montañas míticas. Finalmente, en tercer lugar, se moría al lograr la inmortalidad del alma; el cuerpo permanecía intacto, era una muerte como la del común de los mortales, coronada por la inmortalidad. El destino final de Kono parecía pertenecer a esta categoría. Atestiguaba lo dicho una persona que en mayo de 1901 visitó Miyachi. En la provincia de Bizen, sobre el monte Kuma, en la localidad de Wake, decían que se hallaba el lago de los sabios inmortales, pero el hombre que habló con Miyachi había salido de la cumbre con un médium ciego y decía haber escuchado en la espesura de altos cedros una música que brotaba de un mundo de magia mística. La música era, extrañamente, pésima. Ante el ciego médium y el eremita la divinidad de la montaña respondió así:

«Esta música desmañada es la de un eremita que partió del mundo recientemente y todavía no domina el arte. Su nombre

es Kono Shido y llegó hace catorce o quince años a nuestro mundo espectral».

A su vez, la leyenda del maestro Karuzawa constituía la relación del encuentro en 1925 entre Kawazura y el famoso profeta australiano Frank Hyette. El maestro decía haber nacido en una estrella roja perteneciente a la Pléyade, mientras que el australiano había nacido en una estrella verde; de tanto en tanto se habían encontrado siendo adolescentes, y ahora por primera vez se veían sobre la tierra y su compromiso con las estrellas seguía manando ahora en su pecho. Hyette lloró con esas palabras.

Natsuo, que nunca fue muy proclive a interesarse por divagaciones filosóficas teóricas, leía en cambio estos libros más bien sin dificultad. Ni siquiera dudaba de lo allí escrito. Ya que «esos hechos» podían existir, aunque no hubiera pruebas definitivas de ello, y tales «hechos» o «acontecimientos» ocurrían a menudo, se podía decir que cualquier acontecimiento, por incomprensible que pareciera, era posible. Lo más misterioso de esos fenómenos espirituales, y del espiritismo en sí, era que, aunque nunca tuvieron la fuerza decisiva para demostrarse a sí mismos, hasta el punto de lograr dar la vuelta al sentido común de la realidad de la sociedad, Natsuo no dudaba en absoluto de la presencia misteriosa que había contemplado en las faldas del monte Fuji, pero al mismo tiempo renunciaba a ejercer la misma fuerza persuasiva ante los demás. La idea de una existencia sin capacidad para convencer le impresionaba por su honesta llanura, como una amistad que surgiese en cautividad.

Sin embargo, en el fondo de sí, de un modo natural, Natsuo, de tanto en tanto, no dejaba de pensar en los peligros que conllevaba para él recorrer los caminos del esoterismo. Aunque la experiencia artística al principio tenía muchos puntos de incomprensión, poseía la capacidad de convencer antes o después a muchas personas, capacidad de la que carecía por completo el esoterismo. No obstante, si el artista renunciaba por un momento a expresar su arte, ahí brotaba como en el esoterismo una oscuridad eterna sin resolución. No se diferenciaba del ámbito metafísico y permanecía siempre en el

vacío del misticismo. En ese sentido, ¿la esencia del arte no era como la de la representación? ¿No se hallaría la verdadera existencia en el esoterismo?

Al cabo de unos días Natsuo, aprovechando que iba a casa de Fusae para devolverle los libros, pudo expresarle sus opiniones y a su vez escucharle de nuevo. Cuando estaba con él, Natsuo notaba que se mitigaba la sensación de alienación y volvía a recobrar su carácter sincero y cordial tan apreciado por todos. Se daba cuenta de lo atento que Fusae se mostraba con él. Prueba de ello era que le había enseñado un truco de magia oculta. Natsuo se despidió de Fusae para salir en coche a las orillas del río Tamagawa, donde pensaba recoger la piedra necesaria para realizar el truco.

Se acordó de cuando vino a esta ribera con Shunkichi y su madre el año pasado, también en verano.

No había casi nadie en la ribera bajo el cálido sol aún distante del atardecer. Las piedras a sus pies despedían calor, y los rayos declinantes del sol trazaban distintos reflejos sobre ellas, pero como no cambiaba la intensidad de los reflejos, todo parecía plano pese a estar a la sombra, la ribera recordaba a una lámina pintada de blanco y negro de manera irregular despidiendo reflejos iridiscentes.

La atención de Natsuo no se dirigía ni al río ni a los cañaverales, todo su mundo se reducía a los guijarros amontonados sobre el suelo. Bajando la mirada, tocó uno de los guijarros. El calor de la piedra era abrasador al tacto. En ese momento, tras la sombra de una piedra grande en la distancia, una pequeña lagartija, por su apariencia nacida recientemente, se distinguía fugazmente sobre la grieta de una piedra negra para desaparecer al instante.

«¿Qué significará?»

Sin embargo, esta vez no se dedicó a buscar el significado y no le dio más vueltas. Sentía pesados los rayos del sol poniente sobre la frente, y la brisa del río había cesado por completo. Lo único que quería encontrar era la piedra adecuada.

«Debe encontrar la piedra del alma —le había dicho Fusae —. Tiene que tener un diámetro de un centímetro y medio aproximadamente, una piedra natural, y lo ideal es que sea

redonda, pero si resulta difícil encontrarla, basta con que tenga esa forma aproximada. Es importante que sea una piedra antigua, pesada y dura. Originalmente se utilizaban piedras prodigiosas del mundo divino, pero como piedra para tu ejercitación espiritual, bastará que sea un guijarro tomado de un claro arroyo de montaña o del recinto de un santuario. En la ciudad le resultará difícil, pero creo que en lugares como el río de Tama podrá encontrar una piedra apropiada para usted.»

Fusae había enseñado a Natsuo el «método de la piedra del alma», usando la palabra escrita por Ban Nobutomo en *Ensayo sobre el despertar y la activación del alma:* «El alma despierta debe ser venerada en el cuerpo interior, pero si cualquier divinidad, en un momento dado, estimulara el alma para que se separase del cuerpo, la capacidad espiritual del cuerpo y tu mente serían proclives a debilitarse; en tal caso, evita distracciones, y contén tu alma en el cuerpo con serenidad venerándola sin descanso, el "control del alma" es la práctica para afrontar esa situación».

Después de estar buscando durante una hora, Nastuo al fin encontró una piedra: aunque algo irregular, era redonda y de una tonalidad blanca casi transparente. En cuanto al diámetro, rebasaba un poco el centímetro y medio. La lavó en el río y la envolvió en un pañuelo limpio. Después, regresó al coche.

Estaba sudando abundantemente y sediento. Recorrió la carretera junto al río hasta llegar a una pradera junto a este, poblada de sombrillas; era un lugar de descanso y refrigerio para la gente que venía a bañarse al río. Decidió parar allí. Pidió una soda y bajó por la pendiente del prado para resguardarse a la sombra de alguna sombrilla. El sol del atardecer ya bajo dispersaba la sombra bajo las sombrillas. Grupos de jóvenes en trajes de baño tomaban bebidas frías a la sombra de las sombrillas. Sin embargo, aquí tampoco llegaba ni un soplo de la brisa del río.

Mientras esperaba la soda, tocó el bolsillo de la camisa a la altura del pecho donde guardaba la piedra envuelta en un pañuelo. Sentía vivamente el peso de la piedra sobre su pecho. Imaginó que era un ser especial que andaba portando así su

corazón como hacía con la piedra.

En la sombrilla contigua había una pareja joven charlando; a juzgar por su vestimenta, debían de haber venido en bicicleta. Tanto ella como él llevaban pantalón corto, camisas y mallas americanas chillonas con mangas remangadas. Hablaban sobre música de moda, cine y de que justo en una semana todo el mundo se iría de vacaciones de verano... Eran jóvenes que disfrutaban refrescándose los pies en el cauce poco profundo del río, disfrutando satisfechos del simple placer de refrescarse los pies. A la vez, era casi insolente y arrogante la manera en que se profesaban tanta atracción sensual recíproca.

Natsuo se dio cuenta de que de nuevo podía ver todas esas cosas con cierta simpatía y naturalidad. La cordialidad y la generosidad eran dos cualidades que no armonizaban demasiado en la juventud, y ahora, en el corazón de Natsuo, recobraban la armonía. Se percibía a sí mismo como alguien transparente, y en los momentos agradables, cuando amaba a todo el mundo, desde su alta atalaya pensaba sin pretensiones: «soy un ángel».

Sin embargo, cayó en la cuenta de repente, no se debía a ninguna cura que él recobrara su estado habitual, sino al mérito misterioso de aquella pequeña piedra envuelta en un pañuelo sobre el pecho, la piedra le había devuelto a la normalidad.

Llevando oculta en su pecho aquella perla, era como si anduviera portando su propio corazón, recobrando la armonía con el mundo, ya liberado del miedo y alienación que experimentó en su último viaje. No obstante, él nunca volvería a ser como antes. El esoterismo se había convertido en su medicina para mantener la salud en la vida diaria.

En la sombrilla de al lado se escucharon unas carcajadas espumeantes. Las sombras del oscurecer se acrecentaban. No acababa de llegar la soda. Se escuchaba en la cercanía el traqueteo de los trenes de la periferia atravesando un gran puente de hierro bajo las nubes. La alegría de disfrutar de aquel cuadro prosaico de verano al caer el sol le liberó de la obligación de pintar. «Allí, refrescantes nubes de ocaso, y aquí, un amuleto mágico en mi pecho. ¿Por qué iba a necesitar de

puentes?»

Tras regresar a casa, Natsuo lavó abundantemente la «piedra del alma» en el lavabo de su taller. Quitó las impurezas con sal y después la colocó en un altarcillo budista de madera blanca que compró en el camino de vuelta.

Llamaron a la puerta para avisarle de que la cena ya estaba preparada. Natsuo, sin abrir la puerta, pidió que la dejaran en su estudio. Cuanto entró la chica a la habitación, Natsuo escondió el altarcillo *sambo* debajo del escritorio.

En cuanto se quedada solo de nuevo, contemplaba la piedra de prístina blancura a la luz de una lámpara de doscientos vatios. Aquel objeto no se parecía nada a los materiales de pintura con los que estaba tan familiarizado, el sugerente color de la madera blanca y el veteado del *sambo* budista parecían de otro mundo.

Natsuo se sentaba sobre los talones ante el altarcillo, tal como le enseñó Fusae. Era como la postura de *seiza* común, pero con los pies uno sobre el otro ejerciendo una ligera presión sobre el dedo gordo del pie derecho. Había que mantener el cuerpo relajado, según le adoctrinó Fusae; la clave era sentarse de manera natural sin preocuparse por el físico. A continuación, elevaba las manos a la altura del pecho. Aquí también había un procedimiento conciso: dedos corazón, anular y meñique recogidos en la palma de la mano izquierda, y el índice, extendido y un poco elevado. El pulgar izquierdo sobre la uña del pulgar derecho. Según Fusae, aunque ésta era una posición de manos muy empleada, también usada en caso de posesiones, era un símbolo parecido al de la divinidad del cielo y del mar del budismo esotérico.

Después, en esta posición, había que concentrarse en la piedra del alma durante veinte minutos, repitiendo la práctica varias veces al día.

A fin de comprobar si la práctica había surtido algo de efecto, se podía pesar la piedra después de la ejercitación. Una piedra de unos siete gramos y medio aumentaba entre tres o cuatro gramos o disminuía un par de gramos. Si se lograban resultados así, podía uno darse por satisfecho, dijo Fusae.

Natsuo, sentado en postura *seiza,* sobre las piernas plegadas,

y con las manos unidas contemplaba la piedra del alma en concentración meditativa.

Apenas si se oía el débil sonido del aire acondicionado. Una sucesión de recuerdos fluía por su mente. Una tarde de primavera, aburrido en clase de secundaria, mientras miraba por la ventana, captó el resplandor de una hoja de camelia mecida por el viento, la luz parecía haberse concentrado en ese punto para alumbrar un sortilegio mágico. Cuando era niño, le parecía oír el sonido de alas batiendo en el techo de su habitación y no podía conciliar el sueño. Una noche estaba tan aterrorizado que gritó, y entonces oyó como si revoloteasen centenares de pájaros echando a volar. Desde entonces, no volvió a oír más el revoloteo de alas. También durante su adolescencia soñaba recurrentemente con una niña vestida de blanco, cuya falda se abría al viento al precipitarse del columpio. Durante un tiempo se interesó mucho por el estudio de las constelaciones, hasta ahora le había aburrido la visión convencional, pero ahora se dedicaba a unir sus líneas a su gusto creando constelaciones tales como la constelación del coche, del boxeador, de la pipa, de la rosa, hasta la constelación del tren suburbano y el esquí había creado. Era el joven revolucionario del cielo cósmico...

Recuerdos fraccionados fluían y se desvanecían. Ante sus ojos, la «piedra del alma» en la penumbra iba empezando a revelar su aspecto único. Este momento era parecido y a la vez completamente diferente al estado de concentración en el que se sumía al pintar un cuadro. Desde el mismo principio, la piedra no guardaba ningún vínculo con la naturaleza, era simplemente un objeto totalmente aislado, un objeto colocado sin más finalidad que su ser, una piedra casi esférica y pulida, colocada ahí desde su origen fuera del mundo. La actividad del pintor que invitaba a la nada extrayendo al objeto mismo de su naturaleza habría sido inútil y larga en este caso. Esta pequeña piedra esférica de un centímetro y medio de diámetro no podía llegar a ser el tema de un cuadro, y no guardaba ninguna relación con la vida, la belleza o las pasiones del mundo, era una cosa que rehusaba ser objeto de representación.

Y con todo, esa prerrogativa constituía el umbral de una

puerta que comunicaba con el otro mundo. Se hallaba en el límite del más allá y la realidad mundana, y precisamente por haber sido expulsada de la naturaleza terrestre, tenía que haber contenido en sí todas las sombras del otro mundo.

Mientras contemplaba la piedra, la visión se quedaba desenfocada. Como si de una pequeña llama blanca saliese humo. Cuando inspiraba hondo, daba la impresión de que la piedra aumentase de tamaño. En esos momentos la piedra parecía viva.

Natsuo no estaba acostumbrado a fijar la mirada, así sin ninguna pretensión, sobre la realidad aparente, y se sorprendió de que al contemplar así, el objeto pareciese cobrar vida. Aquella pequeña piedra recogida en el banco del río multiplicaba sus apariencias por dos, por tres y por cinco, a veces parecía aumentar de tamaño y otras empequeñecerse, giraba vertiginosamente, era como si quisiera embaucar la mirada de Natsuo, pero de repente, en un instante extraordinario, se esfumaba, y su estado de quietismo se identificaba con el de la piedra y ésta aparecía nítidamente tallada. En esos momentos, parecía como si una preciada joya hubiera sido arrancada de las tinieblas por una mano que ahora la colocaba ante sus ojos.

«Desde entonces han pasado cerca de dos meses. Ya es otoño —pensaba Natsuo comenzando a recordar—. Por más días que pasara concentrado en la contemplación, no lograba la experiencia anhelada. Fui a hablar con Nakahashi, que me recomendó ayuno y reducir las horas de sueño. Como bastaba con reducir cierta cantidad de comida y sueño solamente, no se trataba de un ayuno total y penoso, de manera que seguí sus indicaciones. Enseguida empecé a perder peso, me parecía como si sólo mis ojos creciesen de un modo extraño; continué durmiendo poco a diario, y cuando tuve la impresión de que las paredes de repente se derrumbaban y la habitación quedaba en penumbra, el mundo resplandeció súbitamente como si estuviera en la otra vida. Sin embargo, tenía la impresión de seguir sin lograr el efecto anhelado y me torturaba a mí mismo.

»Un día hacia finales de verano mi madre, muy atenta

conmigo por entonces, me trajo un recorte de periódico y sin decir nada se marchó. Era el recorte de la noticia que mencionaba la muerte de Osamu. Aparecía la foto de un joven muy atractivo junto a la fea usurera. Enseguida me acordé de las enigmáticas palabras de Nakahashi durante nuestro primer encuentro: “Creo que lo que has visto es la sangre que va a derramar un amigo tuyo dentro de poco”.

»Sentí una extraña alegría que mitigó la tristeza. Me sorprendió que mi corazón estuviese alejado de emociones de alegría y rabia de este mundo, ajeno a la melancolía por la pérdida de un amigo; experimentaba, en cambio, un lúcido y claro éxtasis que no podía menos que definir como felicidad. El alivio por la previsión acertada se asemejaba a la satisfacción de ganar una apuesta. Era como si el mundo al que pertenecía Osamu se disolviese del brillo de su propia vida individual liberándose, quedando legado a una cadena de anillos como el mundo en el que habitaba yo en ese momento.

»Sin embargo, pasado cierto tiempo, no sabía cómo interpretar la frialdad de mi corazón, ajeno a la tristeza que no acababa de llegar. Había entre mis recuerdos de Osamu varias situaciones que conmovían al rememorar, por ejemplo cuando después de discutir ambos en la cafetería de su madre, me acompañó hasta la estación de Shinjuku; con aquel jersey que llevaba tenía un porte bello, mezcla de juventud y animalidad gigantesca. Aquella imagen de ese joven insoportablemente vanidoso era la que prefería de él. Esa tarde, mientras sus músculos destacaban de su jersey, recuerdo sus palabras: “Cómo decirlo con palabras, me gustaría lanzarme por una pendiente a la humanidad. Si lo lograse, no importaría ya dejar de actuar”.

»Entre las palabras que escuché a Osamu en vida, éstas fueron las que dejaron una impresión más fuerte en mi corazón.

»Sin embargo, no acababa de sentirme triste. Y en tal intervalo, no era que mi fría emotividad fuese la recompensa por una particular felicidad espiritual que hubiese alcanzado, era un sentimiento que surgía de un equívoco: aunque siempre fui apreciado por los demás, fue un error considerarme una

persona amable. Probablemente, entre los jóvenes del grupo de la casa de Kyoko yo fuera el más frío de todos. En mi vida, o, mejor dicho, en este momento en que me hallaba con la cabeza medio vuelta hacia el otro mundo, yo, que no tenía motivos para hacer brotar en mí sentimientos humanos, ¿acaso no estaba tan vacío como la pared de piedra de un sepulcro?

»Deseaba al menos que el espectro de Osamu se materializase, que apareciese mientras medito ante la piedra sagrada, con la voz o con un olor indefinible. Esperé días y noches enteras. Con la llegada de septiembre, el sol y el tiempo comenzaron a ser inestables, días con treinta grados de calor y días lluviosos y nublados.

»El espíritu de Osamu jamás se me apareció. La senda al mundo de las tinieblas permanecía cerrada. Desde el principio el acierto en la predicción del derramamiento de sangre de Osamu se debía a la capacidad como médium de Nakahashi, no tenía nada que ver con mis facultades espirituales».

... Una tarde Natsuo apagó el aire acondicionado y abrió la ventana de su estudio con la idea de dejar pasar la brisa mezclada con lluvia que sopla como cuando se acerca un tifón. Telas y cartas japonesas estaban a merced del viento, y un valioso rollo de seda para pintar salió volando hacia un rincón. Un pincel de pluma de oca empleado para borrar el carboncillo en un vaso de bambú agitaba frenéticamente sus hilillos.

Pasado el desorden de semejante vendaval, al aguzar el oído, se escuchaba el canto de los grillos.

Al ver al mismo tiempo los objetos tan familiares que le circundaban zarandeados y desplazados por la fuerza de la naturaleza, se sintió reconfortado del cansancio de concentrarse en vano en la piedra inmóvil ante él. Natsuo se levantó, cerró la ventana, sacó un chubasquero y, mientras se lo ponía, miró su rostro en un espejo.

Aquélla ya no era la cara de un joven. «Un pobre hombre que ha empezado a envejecer», delgado y débil, sin lustre en la piel, sólo destacaba el rojo sanguinolento de su mirada, ya no relucía su nariz de juventud, sus antaño rollizos pómulos ahora afilados, el color blanco de sus orejas destacaba decadentemente. Ciertamente, hace años, en clase, un amigo

talentoso había tallado yeso con un pequeño cuchillo perfilando unas orejas y una nariz que se parecían mucho a las suyas.

La muchacha se sorprendió al ver salir de repente a Natsuo. Hacía mucho tiempo que no salía a pasear fuera, y tampoco lavaba el coche que antes tanto le gustaba. Antes de que su madre se diera cuenta, Natsuo, remangándose el chubasquero, echó a correr bajo la brisa lloviznosa.

Sin ningún motivo en particular, quiso adentrarse en el mundo de los hombres.

Las calles comerciales ante la estación se dispersaban luminosas abajo, a lo largo del barrio residencial inmerso en la oscuridad. A lo lejos se divisaban las numerosas cabinas de teléfono públicas de fuerte color rojo bajo la lluvia, artefactos que simbolizaban el intercambio de comunicación del mundo. El corazón de Natsuo, en cambio, carecía de conexión telefónica. Ya fuese para este mundo o para el mundo del más allá.

Había mucha gente esperando a la salida de la estación en la hora punta. Mujeres con las botas blancas de goma que se estilaban por entonces. Hombres con gorra charlando y cerrando los paraguas fuertemente con las dos manos, y sus acompañantes femeninas hablando con profusión de movimientos y contoneo. Los accesorios coloreados para la lluvia de las mujeres... Natsuo compró un billete. Voz balbuceante en la ventanilla de billetes. En vez de la estación de destino «Yurakucho», estuvo tentado por decir destino al «Más allá». Rozando con la yema el borde del papel duro del billete recién cortado, pasó por el torno de acceso de modo totalmente inconsciente, y empezó a cortarse el dedo con la parte afilada del billete, recién cortada con tijera, sintiendo un dolor duradero que lo despertaba.

Aquel débil y continuo dolor en la punta del dedo era una forma de percibir este mundo ante él, pensaba Natsuo mientras iba en el tren directo hacia la ciudad. El tren no iba muy lleno. Las caras de los pasajeros eran variadas: un hombre de mediana edad tratando de convencerse de algo, una mujer con gafas de montura roja y nariz mórbida como cera, rostros que

Natsuo hacía mucho que no veía y le sugerían una impresión difícil de explicar. Un hombre ya entrado en años y apariencia cansada, la cara de una joven asistenta de hogar pulcra y agradablemente maquillada... Por muy pulcras y aseadas que estuviesen esas caras, había en ellas algo de corrupta humanidad, era como si hubieran olvidado su alma sobre el vacío portaequipajes al bajarse del tren. Natsuo tenía la impresión de que con cada estación que recorría el tren aumentaba la montaña de almas olvidadas sobre la rejilla del portaequipajes. Objetos olvidados que seguro que no llegarían jamás a la oficina de objetos perdidos... A través de la ventana, vio un fugaz y bello reflejo. Pero no era nada bello realmente. Era la luz roja de los faros de un coche reflejados sobre el asfalto mojado.

Se abrió paso entre el gentío en el andén de Yurakucho. Soplaba una brisa cálida. Un chico caminaba a paso ligero; otro hombre portaba un gran *furoshiki,* una chica, que llevaba un gran bolso rojo, andaba cogida del brazo de un chico con boina, un señor con cazadora de cuero: todas estas personas que se agolpaban en el andén producían un extraño sonido del contacto que surge al rozarse y chocar las carteras de mano de cuero, los paquetes postales o el tejido de sus chubasqueros. Aquel débil sonido se escuchaba incluso mezclado con la lluvia y, como un murmullo, aumentaba gradualmente formando un bullicio de onda continua del mundo de los hombres mucho más molesto a los oídos de Natsuo que el ruido de la gente vociferando.

Las luces de neón rojas anunciaban en grandes *kanjis* locales de bares de copas; otro neón servía de publicidad a un anuncio de suplementos vitamínicos y ocupaba la pared trasera del teatro; luces de neón moradas intermitentes en torno a paneles grandes de publicidad de películas no dejaban apreciar las vistas de la ciudad, y entre medias, más neones rojos anunciando máquinas de coser... El cielo lluvioso estaba plagado de luces de neón. Almas numerosas atravesando el cielo, almas brillando, con tantos matices de color que fulguran temblorosas... Almas de pura publicidad.

Bajó por las escaleras y salió de la estación. En una esquina

de la calle mojada y concurrida una vieja vendía lotería y él tuvo ganas de comprar un boleto. La vieja alzó la vista entre sus arrugas mirando a Natsuo con gesto casi atemorizado. «Esta anciana es la única que realmente intuye quién soy», pensó Natsuo, que al fin se sentía consolado en ese momento, allí, tras la insatisfacción que había sentido cuando nadie había prestado atención a su rostro envejecido y delgado, un rostro sombrío que no era fácil discernir si se trataba del de un joven o de un anciano. «El primer premio es de dos millones de yenes, luego hay dos premios de consolación de cincuenta mil yenes, luego un único segundo premio de cincuenta mil yenes... Y el octavo, noveno y décimo; en total, 133.677 premios.» El boleto comprado por Natsuo sería sin duda el del primer premio.

Al levantar la mirada, vio el anuncio de un termo eléctrico en el periódico. Almas en movimiento. Almas de la política: «Crisis por el descubrimiento de que tropas americanas en una base militar de la prefectura de Miyagi habrían estado haciendo prácticas para oficiales del gobierno de Taiwán (Agencia AP). La Unión Soviética ha inaugurado la Conferencia de (Moscú) con el primer ministro de Alemania Occidental, Adenauer». En el mundo se hablaba vociferando con palabras que imposibilitaban la comunicación entre personas. Mientras, los espíritus seguían corriendo y riendo a carcajadas en la cúspide del cielo.

# Capítulo 8

«Soy fuerte», pensó Shunkichi. Era una realidad tan indudable que a estas alturas ya ni hacía falta pensar en ella.

Por supuesto, en caso de plantearse metas superiores, aún quedaba mucho por mejorar. Para lograr el título mundial, tendría que ascender por los escalafones del mundo del boxeo hasta una altura distante en el cielo. Sin embargo, el peldaño en el que se encontraba Shunkichi era claramente más sólido que el de otros jóvenes más ociosos, un progreso notable, y más que el de la mayoría de hombres débiles de vida urbana sólo fuertes de boquilla. Su fortaleza era reconocida por todos. Era valorado tanto por los boxeadores del *ranking* como por la afición. En el nivel en que se encontraba ahora, Shunkichi sabía que la sencilla alegría y frescura de pelear se desvanecía pronto, lo único que permanecía eran los fastidiosos aplausos del público y el engorroso problema de mantener su propia dignidad ante todos.

Ahora era un boxeador de verdad, un experto en «ser fuerte». No se trataba de una fuerza ordinaria de aplicación práctica, era más bien como un tipo de fortaleza abstracta. No era la fuerza del que carga sacos de paja de arroz o transporta troncos de leña, era una fuerza no perceptible a simple vista, como la del matemático que resuelve un problema o el físico que dilucida la estructura del átomo. Una fuerza equiparable a la fuerza intelectual.

Shunkichi no había seguido este recorrido de manera consciente, y él mismo se sorprendía al darse cuenta de que ahora no disfrutaba tanto de pelear como antes.

Los jóvenes de las pandillas callejeras también se interesaban por aprender las técnicas del boxeo. Sin embargo, ninguno era capaz de aguantar la dureza de un mes de entrenamientos. De haber tenido dicha capacidad y aguante, más les valdría salir del mundo de las mafias *yakuza*. Ellos

necesitaban una fortaleza útil para prolongar su diversión y su vagancia. De ninguna manera debía parecerse a aquella fuerza abstracta e inútil. Sin embargo, para esos jóvenes de vida disoluta, controlar un combate de boxeo y disfrutar de verlo no sólo era una forma de ganar dinero sino que constituía su único «placer intelectual». Este tipo de pelea pura era distinto a su manera de luchar; era, al menos, un ideal para ellos, una ceremonia que se basaba en este principio, además de ser una buena ocasión de ponerse sus mejores galas y pavonearse.

Cuando Shunkichi leyó la noticia referente a la muerte de Osamu, no entendió nada. Aquel lirismo que sugería un doble suicidio pasional quedaba muy lejos de su comprensión. Era un joven que no necesitaba el afecto o lo poético para entender una relación entre hombre y mujer. En cambio, recordaba tras los combates la emoción de haber atinado con un puñetazo y ver cómo la sangre de su rival salpicaba su cara y se esparcía por sus guantes; no se borraba de su memoria la impresión ante aquel rostro ensangrentado, que abría los ojos impactado. Saboreaba tras el combate la emoción incomparable de haber dado en el blanco, con una impresión que era distinta de la felicidad satisfecha o la tristeza frustrada. Por eso, no podía comprender que Osamu hubiera podido morir ahogado en emociones parecidas a ésas. Los jóvenes son proclives a pensar que las emociones de los demás son vulgares en comparación con las suyas.

Shunkichi no sabía si atenerse a la indiferencia al confrontar la mediocridad de Osamu o al sentimiento profundo y natural de amistad, y como siempre en estos casos, no era capaz de llegar a una conclusión clara.

«Se echó una novia y murió con ella». Aunque lo obligaran a cometer un doble suicidio pasional, Shunkichi consideraba prosaico suicidarse con una mujer. La muerte, siempre en el punto de mira del boxeador, era para él una muerte solitaria como la de su hermano, hundiéndose solo en un océano tropical. Aquélla era la única muerte verdadera de un hombre. ¡Nunca morir con una mujer al lado! Esa teoría de que el placer, al igual que las mujeres, debía abandonarse en cualquier momento era producto de la ignorancia en temas

sexuales de un joven que se las daba de conocedor del género femenino.

Suicidio en pareja. La frase misma conllevaba una mezcla de dulzura y tristeza decadentes de cara a una muerte elegida, cuya corrupción anticipaba. El vínculo entre la opción de morir y el contexto sentimental amenazaba con contaminar la limpieza abstracta de la idea misma de muerte. Aquello a lo que se aferraba la mano del hombre en la agonía última no era el firmamento plagado de estrellas o un majestuoso océano de mar salada, sino un obi, la larga prenda interior *juban* del kimono, cabellos enredados y delicadas medias femeninas, elementos que estropeaban los recuerdos de la lucha de la vida de un hombre en soledad. Shunkichi iba por otro lado, detestaba el revestimiento edulcorado de la muerte de Osamu. Por eso ni se le pasaba por la cabeza dudar de la versión dada por la prensa.

Ya cada vez estaba más cerca el combate por el título que se celebraría en octubre. Apenas había pasado medio año desde su entrada en la competición profesional y ya parecía con posibilidades de disputar el título nacional de peso pluma.

El Club Hachidai tenía pocos boxeadores que sobresaliesen y por eso hicieron debutar rápidamente a Shunkichi. Hasta este verano, él ya había ganado dos peleas al mejor de ocho asaltos y por eso podía desafiar al campeón. Desde su primera pelea como boxeador profesional, había disputado cada mes dos combates a seis asaltos ganando siempre y obteniendo diez mil yenes de bolsa por victoria; al pasar a combates de ocho rondas, aumentó sus ingresos a quince mil yenes por victoria. Además, desde su primera paga, ganaba quince mil yenes en la empresa de Toyo Seibin, por eso sus ganancias mensuales no habían bajado nunca de los 40.000 yenes. Sus compañeros de universidad, que eran simples comerciales, comentaban con envidia:

«En medio año desde que se graduó en la universidad ya está ganando el doble que nosotros. Eso sí, para lograrlo tiene que dejarse partir la nariz echando sangre por ella y acabar bien dolorido, y puede que incluso acabe lesionado algún día».

Era natural que unas ganancias semejantes hicieran que

Shunkichi se sintiera fuerte y superior. Él, que nunca titubeaba, no se sentía nada halagado por ser considerado más digno o respetable a nivel social, lo que sentía sobre todo era que estaba siendo adecuadamente recompensado. Hasta ahora, siempre había desdeñado la sociedad y la desidia de manada gregaria representada por la urbe, despreciaba aquel susurrar de descontento como en oleadas; los espectadores del boxeo eran iguales.

La economía estaba mejorando, y gracias a los días soleados del verano, según decían, habría una cosecha mejor de la prevista; también, según otros, se estimaba que esta vez la situación favorable sería más duradera. Sin embargo, las personas que ya habían experimentado una vez la fuerza de la inercia habían optado por pensar que estos momentos propicios darían ganancias a algunos, pero para ellos nada cambiaría.

¡Nada cambiaría! Cada día se alzaría un sol tiznado de hollín, cada día el tren repleto de personas y olor corporal. La gente adoraba tanto esta cotidianidad que no podía evitar entonar como en un *sutra* sus lamentos e insatisfacciones de nacimiento, el sueño de una vida bella como el rencor de una mujer, el convencimiento de que en la sociedad algo fallaba...

Desde hacía tiempo Shunkichi interpretaba con ese sentido el clamor del público en sus combates. La masa observaba desde la oscuridad el cuadrilátero, sobre el cual tan sólo brillaban él y su rival; bajo el contorno nítido de la iluminación, él era el elegido. Ésa era la única verdad.

Algunos periodistas deportivos jóvenes tenían predilección por Shunkichi y lo trataban muy bien. Le hablaban en tono informal: «Eh, Shun», como su mánager Hanaoka. A veces, delante de la gente, le llamaban adrede por su apellido: «Eh, Fukai».

A veces ese grupo de periodistas lo invitaba a algún lugar de copas y él se tomaba una gaseosa mientras los observaba emborracharse. Ellos no practicaban deporte, pero como si estuvieran poseídos por la grandeza del deporte, presumían exageradamente de imitar los gestos del atleta y trataban de remedar la figura de Shunkichi para toda clase de personas. Sin

embargo, conforme aumentaba su grado de embriaguez, se volvían pesados repitiendo el tema del bajo salario.

A pesar de todo, eran buenos jóvenes llenos de fuerza. Lo que ocurría es que, a diferencia de los demás trabajadores corrientes de empresa, su infortunio era estar obsesionados con sus idealizados héroes, ya fueran visibles o no. La deprimente combinación de heroísmo y salario bajo hacía que de vez en cuando les diera por apelar inútilmente al romanticismo de su pobre salario. Por eso bebían y derrochaban tanto quejándose y saboreando sus penurias. Cuando se encontraba con ellos, Shunkichi pensaba que, de no haberse suicidado, su amigo Haraguchi habría hecho buenas migas con este grupo.

Hanaoka, en cambio, era muy diferente a ellos. Hanaoka ahora estaba en plena ascensión. La empresa Toyo Seibin estaba aumentado mucho su capital.

La condición económica favorable parecía hecha a su medida. Ponía mucho empeño en las exportaciones al sudeste asiático y a menudo tenía que visitar por trabajo la Sociedad Yamakawa. Fue uno de los motivos de orgullo más grandes en su vida que una empresa de tal calibre utilizase sus productos.

—Nunca hemos recibido ninguna reclamación sobre nuestros productos. Antes que las ganancias, lo importante es ganarse una buena reputación. Antes que pura técnica, la clave es tener un gancho certero.

Solía emplear símiles pugilísticos cuando daba una charla de formación a sus empleados, aunque a veces entremezclaba palabras poco comprensibles para su explicación, y Shunkichi se veía en un aprieto cuando sus compañeros le pedían una aclaración.

Shunkichi sentía cierta vergüenza cada vez que se encontraba con Hanaoka porque éste parecía su propia caricatura. Aunque Hanaoka no tenía fuerza, se comportaba ante los demás como si él fuese el fundamento de la fuerza de Shunkichi. Si así fuese, la carne de ternera, los huevos y las vitaminas también podrían tener el derecho de atribuirse parte del mérito de su fuerza.

Si por una parte Hanaoka mostraba esta afectación como su jefe, cuando iba a las dependencias del gobierno, a los bancos

o al Comercial Yamakawa le satisfacía comportarse de un modo respetuoso muy natural en él. Sólo cuando se inclinaba hacia delante y bajaba apenas la cabeza en reverencia con el gesto típico de elegancia castiza, el mundo se reflejaba con realismo en su mirada. Al contemplar así el mundo daba gusto verlo. No sólo tonificaba la vista, le parecía vislumbrarlo todo como fruto maduro y al alcance de la mano.

El tacaño mánager Hanaoka no solía dar ninguna paga extra a Shunkichi, pero le otorgaba el derecho a descuidar su trabajo en la oficina siempre que fuese para dedicarlo a entrenar, y eso le bastaba como la mejor de las pagas. Shunkichi a veces tenía la impresión de que carecía de sentido ir a trabajar porque en la oficina no hacía nada que pudiera llamarse trabajo. A pesar de ello se mantenía bastante ocupado, porque su jefe inmediato le tenía de recaredo.

Ahora que ya era fuerte y había logrado situarse, no tenía motivos para rehuir a su madre. Los días de paga, para contentarla, iba sin dilación a visitarla y cenar con ella, y la mujer le servía comidas que, como responsable del restaurante de los grandes almacenes, estaba autorizada a llevarse a casa. Nada más recibirle, la madre colocaba el sobre de la paga en el altarcillo familiar en memoria de su marido e hijo fallecidos.

Como solía hacer, Shunkichi observaba la nuca de su madre de cabello rojizo y algo rizado, ondulado, mientras ella prendía una varita de incienso. En presencia de la divinidad del altarcillo, percibía esa atmósfera revistiendo aquella escena de vida privada.

Pese a la insistencia de la madre, él no juntaba las manos en plegaria, tan sólo observaba la tablilla mortuoria budista sobre la que brillaban reflejos dorados. En lugar de devoción, experimentaba cierto resentimiento. «Aquí estoy vivo, de vez en cuando me acuesto con mujeres, y traigo a casa la paga»... Si se comparaba con su hermano, que parecía todavía seguir volando en su avión, le parecía casi increíble, como un sueño irreal, el lugar donde se encontraba. Sin percatarse, se había transformado en un pequeño animal pequeño y maloliente de los que tanto detestaba.

Se tranquilizó al pensar «Sin embargo, yo soy fuerte». Con

todo, su fuerza estaba unida sutilmente al mecanismo del mundo, no era una energía que lo hiciera ascender veloz contra el cielo como su hermano. Era solamente la clase de fortaleza que bastaba para vivir duraderamente, poder abrazar a mujeres o llevar una paga a casa... Con el fin de evadirse de la sombra viscosa de la realidad cotidiana, y de la complicación de elementos heterogéneos de la vida, se refugiaba en su propia fuerza, y si hacía así, su fuerza, en cambio, lo constreñía cada vez más en los límites de una vida ordinaria.

Por supuesto, en el corazón de Shunkichi dicha percepción no tenía propiamente un significado profundo. Su entrenamiento habitual para no dejarse arrastrar por pensamientos ociosos ni por un momento hacía ya tiempo que le había robado la capacidad de pensar que se opusiera a este entrenamiento. Ahora, por ejemplo, incluso aunque pensara, ello no suponía un obstáculo para su capacidad de actuar. De ahí surgió una nueva costumbre para él. De vez en cuando, por divertimento, se dedicaba a pensar en cosas como si estuviese jugando al *go*. En esta partida estaba decidido de antemano el pensamiento ganador, ganaba sin falta el pensamiento que fuera ventajoso para la acción; el pensamiento que obstaculizase la acción o no le fuera ventajoso, perdía siempre la partida. Es decir, el pensamiento «yo soy fuerte» resultaba siempre ganador.

—El cocinero jefe sabía que hoy es el día de tu paga y que cenaríamos los dos solos en casa, y por eso tuvo el detalle de meter en mi caja de *bento* estos filetes rebozados, verdura y ensalada. Es una muy buena persona, todo el mundo lo aprecia mucho; además, es un gran aficionado al boxeo, así que suele preguntarme mucho por ti. Y sobre todo al día siguiente de la retransmisión de una pelea tuya por televisión no deja de hablarme de eso —decía la madre mientras sacaba los filetes rebozados de la cajita de *bento*.

Desde que todo el mundo hablaba tanto de él, su cara salía tan a menudo en televisión y prensa deportiva y especialmente el mánager Hanaoka le había explicado lo referente a la profesión de su hijo, la madre había acabado por aceptar que

éste fuese boxeador sin atenerse a razones de interés práctico. Shunkichi se sorprendía de un cambio radical tan sencillo, pero había mucho más en común entre la madre y el hijo de lo que él mismo imaginaba. La madre solía tener en cuenta el qué dirán, y él, como copia de su madre, tampoco se quejaba del trato recibido.

Como si se tragara una medicina amarga de golpe, la madre había pensado que finalmente debería aceptar ver la nariz rota de su hijo, los párpados hinchados de moratones. La cara de su hijo inclinada sobre la mesa mientras comía se recortaba a la luz sombreada delineando un perfil profundo, extraño e irregular; era un rostro cada vez más diferente del que siempre había tenido su hijo.

—Come, puedes comerte mi parte, yo no quiero. —Ésas eran las habituales y banales palabras de la madre. Como si aquellos estupendos filetes y la ensalada fueran un nutriente que saliera del cuerpo de la madre para ir a alimentar al hijo.

Ya casi había terminado la cena. La madre estaba calentando un cuenco de setas para servirlo junto al *ochazuke* al final de la cena, como en los restaurantes. Cuando lo estaba disponiendo todo en un cuenco para llevarlo a la mesa, soltó un inesperado grito:

—Ah, me olvidé. Había pensado echarle unas hojas de pimienta *sansho*. Y eso que las planto en el jardín de casa.

—Iré a cogerlas —dijo Shunkichi poniéndose de pie enseguida. La madre no tuvo valor para rechazar aquel inusual gesto atento del hijo. De repente tuvo ganas de saborear tranquilamente aquellas hojas de pimienta cogidas directamente por él.

—¿Sabes cuáles son? Llévate la linterna. Están plantadas justo debajo de las hortensias.

Desde el amanecer de ese día, el tifón n.º 22, tras su paso por la costa de Kyushu, había recorrido la costa de Genkainada. A mediodía sopló una brisa de aire templado y húmedo, descargando ocasionales lloviznas. La alerta por fuertes vientos para esta noche había vuelto a ser activada. Sin embargo, cuando Shunkichi, linterna en mano, salió al pequeño jardín de apenas dieciséis metros cuadrados, había

dejado de llover y no soplaba viento, tan sólo se oía el intenso sonido de los insectos en el jardín.

Además de que justo hubiera cesado la lluvia, como el jardín siempre estaba húmedo por la falta de sol debido a su orientación, en la estación lluviosa se convertía en morada predilecta de grandes caracoles. Los árboles poco crecidos olían mal por la cercanía del retrete de la casa vecina, y hasta las hojas más jóvenes habían sido impregnadas de ese hedor.

Shunkichi levantó un poco la linterna y tras su haz se vislumbró la ventana de la casa contigua. El fino haz de luz circular se movía de un lado a otro como una gran e inquieta mariposa nocturna describiendo trazados inverosímiles bajo la luz. Las hojas de las hortensias, inundadas y goteando agua, se le aparecieron como si fueran seres vivientes. De repente Shunkichi se fijó en el suelo que pisaba bajo sus *geta,* enfocó hacia sus pies la linterna y se acuclilló. Tras el olor a humedad de la hierba y el silencio repentino de los insectos, halló ante sí las hojas de ajedrea y pimienta que emanaban sombríamente su aroma.

Él no se solía impresionar por cosas tan pequeñas, pero esta vez percibió algo que le emocionó. Él siempre, con ánimo brioso, iba ligero contemplando la realidad a vista de pájaro y, abarcándola con esa perspectiva, captaba el aroma sombrío de las ajedreas y pimienta esperando a ser recogidas mientras las calaba la lluvia. Este ambiente nocturno del diminuto jardincillo casero evocaba para Shunkichi un no sé qué de pequeños secretos y reminiscencias de infancia.

«¿Qué hago yo ahora aquí, qué ha sido esta regresión a otro tiempo?», se preguntó de repente como si estuviera soñando. Al pensar: «he venido a coger unas hojas de pimienta para la sopa de miso», le dio tanta vergüenza que se le pusieron rojas hasta las orejas. Shunkichi no es que se avergonzase de la pobreza. Presentía, más bien, que le acechaba un error importante: se había olvidado completamente de lo que debería estar haciendo en este momento, y tenía la impresión de que se estaba alejando adrede; de ahí su repentino rubor.

Las luces del extrarradio resplandecían más allá del alero de la casa contigua, pero la ciudad estaba inmersa en el silencio.

No había el más leve signo de la fuerza inigualable a la que aspiraba y daba tanta importancia.

Sin embargo, en otro lugar estaría prendiendo el fuego desencadenado por alguna situación crítica y sin duda peligrosa. El cuadrilátero bajo la luz deslumbrante era como una estructura simbólica de aquel importante suceso. La impresión al golpear el cuerpo de un rival, o un pequeño reguero de sangre, transmitían al boxeador profesional una sensación de realidad; en cambio, cuando se «golpeaba de bruces» contra el mundo no percibía nada de eso.

Lejos, muy lejos de este jardincillo húmedo y plagado de insectos, mucho más allá de esta plácida noche otoñal, debía de haber una zona de impacto con el mundo que afrontaría con el mayor de los empujes. Allí su fuerza derivaría en algo, habría evitado definitivamente un peligro y contribuido con algo «importante» al mundo.

«Allí debe de estar mi enemigo real. Si salgo sin dilación para allí, lo encontraré. Puedo derribarlo. ¡Voy!»

En su cabeza no había ni un ápice de fantasía en ese momento y su cuerpo no estaba inquieto por ninguna idea; se sentía cargado de energía, impelido hacia una acción que jamás retrocedería como corriente de reflujo a la vida monótona, un incesante fulgurar como el de los altos hornos sobre el telón de fondo de la noche en la llanura. En alguna parte tenía que existir el lugar destinado para tal acción. Él tenía que correr de frente y sin dudar hacia esa meta: un lugar donde dicha acción iluminase el mundo. ¡Corre! ¡Como una jauría de perros salvaje!, pensaba Shunkichi.

Con los *geta* puestos, abrió la puertecilla de madera húmeda por la lluvia y salió a un callejón. La madre en la habitación oyó el ruido de la puerta corrediza al cerrarse. Por fin llegaría su hijo con un manojo de hojas de pimientas, pensó. Qué buen aroma le dará a la sopa de miso, se decía. Ella seguía escuchando atentamente, en espera de su hijo, pero Shunkichi no regresó.

Shunkichi echó a correr hacia la estación del barrio. En la calle casi desierta resonaba el sonido de sus zuecos de madera. Varias personas le llamaron por su nombre propio. Los jóvenes

tenderos se enorgullecían de llamar al boxeador por su apellido sin más. Shunkichi hizo oídos sordos y siguió corriendo hasta la estación.

Comenzaron a vislumbrarse las luces del andén de la estación y a grupos de personas que se apresuraban por la calle paralela a las vías. A su espalda, la insignificante vida cotidiana de madre e hijo parecía cerrarse como se pliega un abanico.

Shunkichi compró un periódico deportivo que quedaba sin vender y, al abrir sus páginas bajo la farola de la entrada a la estación, como ya imaginaba, no había ninguna noticia reseñable sobre boxeo. En la sección dedicada a la farsa política aparecía una foto del primer ministro Hatoyama en estado de aparente modorra.

En la cara de este hombre enfermizo, digno de compasión y llorón, con el labio inferior medio caído, se percibía sólo una buena voluntad malgastada y polvorienta. Una cara como de sopa de judías tibia que encubría por completo el severo engranaje mecánico de la política desplegando una neblina de sensiblería por toda la sociedad.

«Si Hatoyama fuera un legítimo y directo rival mío —fantaseaba Shunkichi—, bastaría un leve puñetazo para derribarlo, y, llorando sobre la lona, no tardaría más de cinco minutos en morir.»

Pero aquella figura de autoridad enclenque no le suscitaba interés como contrincante. El poder que Shunkichi debería derribar de forma brutal tenía que ser carnalmente perceptible, con un tufo más característicamente humano, a la vez que llamado a la inmortalidad. Los poderes que hasta ahora habían derribado los revolucionarios no eran más que imitaciones del poder en forma de lazos sutiles y delicados.

Shunkichi subió al tren con ganas de apearse en alguna estación en la que nunca hubiera bajado. Echó una mirada a los pasajeros a su alrededor. Todos de una altura uniforme, con la misma mirada amable en los ojos y manifiesta debilidad. Parecían estar esperando a que les golpeasen en las mejillas o les hiciesen volar las gafas de un guantazo.

«¡Intelectuales idiotas —se decía Shunkichi—. Ninguno de

estos tipos tiene ideas realmente sombrías.» ¿Para Shunkichi la «fortaleza» consistiría precisamente en esas ideas oscuras?

Los intelectuales que amaban el boxeo, cosa extraña, pasaban por alto su debilidad física y además presumían ante las mujeres de dicha afición. Uno de esos tipos, al ver a Shunkichi junto al asidero, susurró al oído de su compañera femenina el nombre del boxeador.

Shunkichi, al cabo de una parada, se bajó del tren casi sin darse cuenta de lo que hacía y al ver que la parada era la de Shinanomachi, se sorprendió. ¿Tan fuerte era la fuerza de la costumbre? ¿Tal vez realmente donde quería ir esta noche era a casa de Kyoko? No sabría qué contestar. Al salir de la estación se encaminó hacia el parque de Meiji Jingu Gaien, justo en dirección opuesta a la casa de Kyoko. El viento había agitado las copas de los árboles. En contraposición a la tranquilidad de las aceras y el discurrir del tráfico, se percibía una ansiedad maquinal en el amplio espacio nocturno del parque. Aunque a primera vista parecía que no había casi nadie en las inmediaciones, aquí y allá se ocultaban parejas de amantes al resguardo de los árboles, y también muchas otras acurrucadas en el interior de coches que circulaban con las luces apagadas.

Entre el día y la noche se alternaban las personas y las plantas. Durante el día alborotadores, de noche se convertían en un silencioso caudal de agua que se iba sedimentando. Las arboledas, tranquilas durante el día, ahora vibraban de vitalidad.

En el rumor del bosque se percibía la nostalgia por el cálido verano, y la templada brisa soplaba agitando las ramas inmensas de los árboles. Era como una fiebre pasada, ocasionada meramente por la memoria. Todo aquello había dejado de ser posible. No quedaba ya rastro de verano en ninguna parte.

Los árboles, al agitar sus ramas violentamente, y el rumor de las hojas hacían pensar en un hombre víctima de alucinaciones.

De repente cesaron de circular los coches. La amplia área de tono gris claro del asfalto surgió de la oscuridad circundante.

Era como si algo que hasta entonces no se había manifestado se mostrase de repente.

Shunkichi cruzó la avenida. En ese momento, un gran coche pasó a su lado a gran velocidad; con un movimiento rápido, lo esquivó. Aquello le desagradó:

«Estoy a la defensiva incluso en un momento como éste».

Al darse cuenta de que su rápida reacción surgía de un pensamiento al que no estaba acostumbrado, se sintió mal como boxeador que era.

«Si luchara contra un coche, tal vez perdería el combate.»

Shunkichi caminaba cruzándose, de vez en cuando, con alguna pareja, y los zuecos de madera que llevaba hacían resonar sus pasos en el suelo. «Yo aspiro a mantenerme seguro», pensó de nuevo. Las estrellas de la noche se reirían de él entonces. Una de esas estrellas tal vez pertenecía a algún boxeador famoso que hubiera enloquecido tras su retirada y que en plena noche, sobre un puente de hierro, se hubiera dejado atropellar por una locomotora a toda velocidad saltando a la vía.

Shunkichi se adentró bajo unas ramas por un pequeño sendero donde se encontraban las parejas. Al avanzar por el bosque de noche, había en derredor un rumor mudo de quietud insólita, y la baja y húmeda maleza apenas agitada por una tenue brisa. De repente, el sonido de los insectos.

Shunkichi se imaginó que era como un arma, pequeña y afilada, incrustada en la vasta noche de la gran ciudad, un arma fulgurante incluso en plena oscuridad. La superioridad perfecta de aquella hoja cortante y su perfecta inutilidad pertenecían acopladas al joven andando con sus tradicionales *geta*. Con todo, por más que caminase, su enemigo permanecía oculto, no se mostraba claramente. Al fin rompería el alba. Su enemigo regresaría a mezclarse en la vulgar masa, con un gesto de inocente indiferencia.

Tras la hierba aparecía aquí y allí el rostro de los amantes; una vez que veían a Shunkichi andando con sus zuecos se quedaban tranquilos, chasqueando la lengua; de nuevo volvía la tranquilidad. Luces de cigarrillos brillando aquí y allí en la oscuridad. Continuamente los faros de los coches destellaban

en el horizonte del parque, extinguiéndose en la distancia, y el rumor de los cláxones producía un eco contra el muro de piedra de una galería de arte.

Shunkichi se fijó en una extraña pareja tendida sobre unas matas al inicio de una vereda de grava. Las luces de los coches de vez en cuando se reflejaban a la altura del pecho del hombre, que vestía una camisa blanca, al que no le importaba recibir la luz. La mujer a su lado llevaba un vestido en tonos azul claro y ocultaba su cara bajo el brazo del hombre. Los dos estaban tendidos sobre un chubasquero para guarecerse de la hierba mojada. Aquella noche, cuando Shunkichi pasó al lado de varios amantes o hizo crujir la gravilla bajo sus zuecos, ésta fue la única pareja que no mostró la más mínima reacción.

Shunkichi, por supuesto, no se dio la vuelta, pero al dejarlos atrás, tal vez debido al continuo reflejo de la luz que incidía distante sobre el pecho de la camisa blanca del hombre, seguía con los ojos abiertos al recibir el haz, pensó:

«¿Habrá pestañeado?». Estaba claro que no le había visto ni parpadear. De repente tuvo la impresión de que tal vez no estuvieran vivos. Le parecía estar viendo claramente la escena del suicidio pasional de Osamu y su pareja. Siguió andando acechado por el sonido de la grava bajo sus propios pies. Sin embargo, la escena del suicidio que acababa de presenciar no le turbaba en absoluto; al contrario: lo que le causaba malestar era haber observado en la brisa cargada de humedad tras la lluvia una especie de atrayente presencia espiritual.

El boxeador, nada más salir del recinto del bosque, echó a correr en dirección al viento. El exagerado ruido de los zuecos de madera sonaba por todo el bosque.

Una vez fuera, se encaminó hacia la casa de Kyoko. El barrio residencial sepultado bajo el silencio. Le abrió la puerta una criada a la que nunca había visto. Kyoko no estaba en casa.

Aquella noche Kyoko había ido al bar donde trabajaba Tamiko.

Una hora antes, un desconocido se había presentado en el bar y le estuvo haciendo preguntas sobre Kyoko. Como Tamiko no se dejaba sonsacar, finalmente él le mostró su tarjeta de detective privado. En cuanto el hombre se marchó, ella

telefoneó a Kyoko, que, preocupada, enseguida se presentó en el bar.

El lugar estaba muy lleno. Como Tamiko trabajaba cuando le apetecía y no solía venir mucho por el local, era muy popular entre la clientela. Cuando espontáneamente decía que si fuera todos los días los clientes enseguida se aburrirían de ella, a los clientes les parecía que insinuaba con ello algo oculto, quizás debido a una relación con algún cliente. A los clientes más necios les fascinaba su falta de esnobismo. Ella nunca presumía de haber estado de vacaciones de verano en Karuizawa, y su forma de hablar incluso algo vulgar les hacía pensar en posibles vínculos con la aristocracia.

Kyoko disfrutaba viendo a Tamiko atareada en el bar, inmersa en la música y el humo de los cigarrillos. Tamiko siempre actuaba, no se mostraba tal como era. Aunque no lograra realmente convencer, simplemente seguía la corriente y contestaba sin ton ni son sin adular a nadie, y como parecía estar en otro lugar, realmente no se aburría.

Kyoko siempre se sentaba en la barra. Le gustaba jugar a hacer el papel de mujer cínica que viene a tomar unas copas. No solían gustarle los hombres que frecuentaban el lugar, en cambio ella sí generaba mucha atracción entre ellos. Algún cliente, por mediación de una camarera, le proponía tomar una copa. Ella enseguida lo rechazaba fríamente, disfrutando más por herir el orgullo ajeno que por amor propio. En todo caso, indudablemente cuando salía por la noche a un local de copas, se vestía muy elegantemente, y en invierno siempre llevaba visón.

Si aquella noche había tanta clientela, sin duda se debía a que era día de paga. Por fin, Tamiko, liberada de sus ocupaciones, pudo acercarse a ella. Pero tras intercambiar unas breves palabras, volvía a irse. Después regresaba y de nuevo se iba al poco. Kyoko empezó a perder la calma y el buen humor.

Kyoko se bebió dos *frappé* de crema de menta. El joven barman, cortésmente, entabló un poco de conversación, pero ella rehusó contestarle. La enervaba pensar que el barman creyese que era la típica mujer que sufría mal de amores.

—¿Qué cara tenía?

—Hum... —dijo Tamiko pensándose la respuesta.

Su memoria solía ser confusa, y como no tenía una gran capacidad de discernimiento o para quedarse con los detalles, dar una descripción del hombre que acababa de ver suponía bastante tiempo.

—Bueno... Era delgado. Y hablaba educadamente, tanto que resultaba algo ridículo.

En ese momento la llamaron y tuvo que irse. Kyoko estaba completamente sobria. Comenzó a observar las botellas de alcohol alineadas en el mueble bar. Había una botella de licor morado claro con forma de Torre Eiffel y otra de ron en cuya etiqueta se apreciaba la estampa de una mujer negra bailando a la sombra de unos árboles tropicales. Kyoko buscó alguna botella que fuese de Nueva York; en una noche como aquélla, pensó, Seiichiro tendría que estar ahí con ella.

Sabía bien quién había contratado al detective privado. Estaba claro, no podía ser otro más que su exmarido. No tenía la menor intención de volver a llamarlo a casa y retomar la relación, pero por otro lado tenía el presentimiento de que no podría continuar llevando su actual estilo de vida. En ocasiones, con cierta exageración, le daba por pensar que había llegado el fin de una época. Una época que no debía haber finalizado. En sus tiempos de estudiante, cuando acababan las vacaciones, solía sentirse así. No deberían concluir nunca de aquel modo satisfactorio. Las vacaciones, sin duda, terminaban siempre en fracaso y desilusión.

Retornaba una época de seriedad. Un periodo triste de absoluta compostura, estudiantes ejemplares que sólo aspiraban a sacar la mejor nota en todo. De nuevo una época de completo acuerdo con las opiniones de la gente en el mundo. El restablecimiento de valores diversos y anticuados, el ser humano, el amor, la esperanza, los ideales... Una completa conversión. Y lo más duro: tener que negar las ruinas y la decadencia que tanto había deseado. ¡Las ruinas tanto visibles como invisibles!

... Kyoko observó el vaso de licor verde entre los abundantes cubitos de hielo. Al introducir la pajita corta en el líquido verde, lo derramaba como si usase una jeringuilla, haciéndolo

gotear varias veces. Sin embargo, el verde del licor se diluía sobre el negro de la barra del bar.

Kyoko pensó: «Estoy haciendo las mismas tonterías o travesuras que hacen los hombres cuando se aburren. Bromas abstractas. Cosas que no debería hacer una mujer. Sin embargo, desde que me separé de mi marido, tengo la impresión de estar siempre comportándome así. Y, sin embargo, nunca me he sentido insatisfecha por ello».

Finalmente, dos o tres grupos de clientes se marcharon del local y por fin, ya libre, regresó Tamiko.

—Rápido, déjame el espejo —le dijo Tamiko.

Kyoko sacó el espejo de su bolsito de maquillaje, lo abrió y se lo dio. Tamiko lo acercó a sus ojos y, con sus uñas rojas, se pellizcó suavemente el párpado derecho.

—Ah, bien, es que me parecía que se me había bajado el párpado. Como si estuviera pegado con cola. Pero parece que no es nada. Seguro que es por falta de sueño.

Entonces Tamiko empezó a contarle con mucho interés una historia sobre fantasmas que salen por las noches de otoño tal como se la acababa de oír narrar a un cliente. Sucedió en torno a las tres de la madrugada por las vacías calles de Ginza. No había ni un rumor, ni siquiera la sombra de un gato. En ese momento pasó un tranvía de otros tiempos iluminado y con una vieja de pelo blanco como única pasajera.

Kyoko quería retomar el tema del detective privado, pero primero le dijo que le devolviera el espejito de mano. Ella sabía muy bien lo vago que era el concepto de propiedad para Tamiko.

—Entonces, ¿qué es lo que te estuvo preguntando?

—Tu relación con los hombres.

—No contestarías nada raro, ¿verdad?

—Sólo le dije la verdad. Le dije que la señora Kyoko tiene muchos amigos, pero que detesta profundamente a los hombres.

—Bueno, como es la verdad, ¿qué más podías haberle dicho, verdad? —repuso Kyoko con una media sonrisa. El leve brillo de su pintalabios resplandeció a lo largo de sus labios finos.

—Y después, ¿qué más te preguntó?

—Me preguntó mucho sobre tu forma de vida. Yo le dije que no conocía tantos detalles sobre ti, sólo que estabas celebrando fiestas en tu casa previo pago.

Kyoko se quedó callada.

—¿Hice mal en decirlo? Ahora que lo pienso, en una ocasión dijiste que no convendría que se enterasen de esos ingresos en la agencia tributaria, ¿verdad?

—No pasa nada. No creo que el detective tenga ningún interés particular en informar a la agencia tributaria. Por ese lado, no te preocupes —dijo Kyoko mientras reflexionaba. Había oído rumores de que su exmarido había abandonado su vida apática y se había enriquecido mucho con el *boom* posterior a la guerra de Corea. Por tal motivo, no habrían sido malas noticias que se hubiese enterado de las dificultades financieras de Kyoko. Así, gracias a su poderío económico, tendría posibilidad de mostrarse magnánimo ante la hija heredera en apuros. De repente a Kyoko le vino a la memoria aquel olor de sus perros llenando todos los rincones de la casa.

—¿Sabes que Shun peleará por el título de campeón? —le preguntó Tamiko.

Kyoko le contestó que no lo sabía. Si les regalaba una entrada, las dos quedaron en ir juntas a ver la pelea. Sin embargo, en caso de no recibir una entrada, era probable que Kyoko no fuese. Aquel mundo de fuerza incandescente estaba ahora muy distante del ánimo de Kyoko. Además, lo que a ella más le gustaba no era la pelea de boxeo en sí, sino las marcas que la pelea dejaba en la cara de Shunkichi. Era una impresión como la de cuando contemplaba el color de la tierra negra y fresca tras una hoguera que siempre apreciaba en el rostro de Shunkichi. Aquellos restos ruinosos frescos tras recibir la lluvia... Pensándolo bien, a ella le gustaba más el joven cuando no luchaba. Es decir, le gustaba más la ruina posterior al combate.

—Me voy ya —dijo de repente Kyoko.

—Por favor, quédate un poco más. No tienes que quedarte hasta que cierre, ya sólo tengo que hablar con un cliente, deja que me deshaga de él. Después, ¿qué te parece si vamos a tomar una copa tranquilamente? O, si no, invitar a dos o tres

jóvenes para ir a un *night-club*. En Manuela ayer comenzó un espectáculo de prestidigitación de un indio que dicen que es muy interesante.

Kyoko declinó la propuesta sin ni siquiera esperarse a escuchar el final de la proposición.

Cuando Tamiko salió con Kyoko para acompañarla fuera del local, de repente se oyó un fuerte ruido. El cartel del cabaret contiguo había sido derribado por una racha de viento. En el suelo entre sus pies revoloteaban al viento trozos de papel blancos y envoltorios de caramelos. Tamiko propuso acompañar durante un trecho a Kyoko en su camino de vuelta, pero ella se negó rotundamente:

—Pero ¿y si no consigues ningún taxi?

Kyoko, por toda respuesta, se limitó a esbozar media sonrisa desde la distancia. Se sentía alegre de caminar de noche bajo aquellas fuertes rachas de viento.

... Con el cinturón de campeón todavía puesto, Shunkichi se dirigió al vestuario.

Mientras anunciaban su proclamamiento como campeón nacional, el público ya comenzaba a dar la espalda al cuadrilátero y dispersarse hacia la salida. No es que no tuviesen simpatía por Shunkichi, simplemente querían volver cuanto antes a la quietud de sus hogares una vez que el ganador de la pelea y campeón estaba confirmado. Eran frívolos clientes asiduos al espectáculo de un burdel de fuerza bruta que tras la función se iban sin volverse atrás ni para decir adiós.

Shunkichi todavía no había podido contemplar tranquilamente el cinturón de campeón. Brillaba intensamente, y apenas percibía más que la impresión del peso ligero en torno a su cintura. Cuando destelleaban las fuertes luces de los *flashes* al retratarlo con él en su cintura, él no dejaba de pensar en el cinturón de campeón. Aquel cinturón era la idea más cercana a su cuerpo. Mientras se dirigía al vestuario, sentía la mirada de los más incondicionales. «Mira, lleva el cinturón de campeón», decían a su paso, y no tenía valor para esconder el cinturón con la bata que llevaba al hombro o de quitárselo para mirarlo. Sólo lo llevaba puesto, incorporado a él

sintiéndose en un éxtasis que aunaba dolor, resplandor y ensimismamiento. La parte superior de la hebilla le transmitía una sensación de frescura al estómago. Era la sensación metálica de la palabra «gloria»... Además, aunque adherido a su cuerpo, no parecía formar parte de él sino ser, en su lugar, una idea dura y extraña.

«Cuando vuelva al vestuario, me quitaré el cinturón y lo veré despacio», pensaba Shunkichi.

Hanaoka esperaba impaciente su llegada al vestuario, y en cuanto Shunkichi apareció, llevó las manos a su cintura para arrancarle el cinturón. La excitación de Hanaoka había llegado a la cúspide y no podía controlarse.

—¡Lo lograste! ¡Lo lograste! ¡Al fin! —gritaba Hanaoka.

Sin importarle nadie, insistía así para resaltar su propio acierto y buen ojo para descubrir a quién convenía patrocinar. Delante de todos se probó el cinturón y se puso al lado de Shunkichi diciendo que quería una foto con él; de su pequeño y enclenque cuerpo sólo sobresalía la barriga, y como el cinturón de Shunkichi no era de su talla, Matsukata le ayudó a alargarlo. En sus manos la gloria del cinturón quedaba zarandeada de mano en mano, y a Shunkichi le pareció como si la gran hebilla dorada del cinturón se moviese reluciendo traviesa en aquellas manos.

Al fin, Hanaoka pareció calmarse tras la confusión provocada por él, se quitó el cinturón y se lo dio a Matsukata. Éste no dejaba de contemplarlo.

—Hacía un año que no veía esto —dijo Matsukata—. Shun, un año entero sin él, ¿verdad?; finalmente ha vuelto a nuestras manos.

Sus palabras viriles, al decir «Ha vuelto a nuestras manos» emocionaron a Shunkichi. Mastukata había perdido ese mismo título el año pasado, y lo decía con la emoción de un compañero que observaba a Shunkichi, quien había recuperado el título, como no queriendo ya jamás alejarse de él.

El cinturón de campeón era un pájaro de oro caprichoso. Volaba a brazos del vencedor olvidando enseguida a su precedente poseedor. No obstante, al igual que cierto tipo de mujeres que nos parecen más bellas cuanto más ingratas, la

belleza de ese pájaro dorado era totalmente desconocedora de méritos de agradecimiento.

Shunkichi no tenía manera de evitar las oleadas de gente en el vestuario. Los periodistas deportivos, los patrocinadores de club, los aficionados más acérrimos, los jóvenes amigos del presidente del Hachidai con su traje a la moda... Sobre todo los periodistas más jóvenes y con más confianza no paraban de estrecharle pesadamente la mano sin darse cuenta de que otro periodista más reservado fruncía el ceño. Para él, ellos deberían mostrar agradecimiento al esfuerzo del boxeador con superioridad, imparcialidad, dignidad y desprendimiento.

Kawamata merodeaba con aire de inspector entre la algarabía que festejaba, oliendo aquel desorden que tanto detestaba. Él era realmente el único representante de las reglas severas del deporte, y tenía asumido que su función era la de controlar el exceso de pasiones que tan típicamente se desataban en este deporte. En ese momento, se acercó a Shunkichi y le habló en voz baja tratando de que los demás integrantes del club no lo tomasen como una interferencia:

—¿Qué haces? Cámbiate rápido o te vas a enfriar.

Shunkichi, feliz de zafarse del esfuerzo de estar dando cabezadas de agradecimiento a las continuas felicitaciones de los periodistas, patrocinadores y aficionados, enseguida se fue al vestuario para cambiarse de ropa.

Sin embargo, el presidente del Hachidai se lo impidió. Era un hombre atractivo de tez oscura, con porte recio en su elegante traje a medida y con una larga boquilla de tabaco entre sus dedos, en uno de los cuales lucía un anillo de esmeralda.

—Eh, yo te guardaré el cinturón de campeón hasta que vuelvas a casa. Y que sepas que esta noche vendrás a tomar algo conmigo y Hanaoka. Mañana tendrás que participar en diferentes actos protocolarios, y por la noche habrá también un banquete de celebración.

A continuación, él mismo enrolló el cinturón. Después mientras daba unas palmaditas en el hombro de Shunkichi cubierto con la bata, se dirigió a todos los allí reunidos:

—El banquete de celebración será mañana por la noche.

Esta noche yo me ocuparé de Shun.

Los jóvenes del grupo del presidente hicieron un pasillo en señal de respeto a Shunkichi, ahora ya vestido con traje. Éste fue pasando entre ellos haciendo numerosas reverencias.

—Ha sido increíble lo que has hecho.

—Muchas gracias.

—Ánimo. Lo siguiente tiene que ser algo grande de verdad, puede traernos el título mundial, ¿de acuerdo?

—Muchas gracias.

Afuera le esperaban el presidente y Hanaoka en un coche; normalmente Shunkichi solía sentarse junto al conductor, pero esta vez le cedieron el asiento trasero. Lo trataban adrede con mucha deferencia para impresionarlo. La bolsa de Shunkichi era incluso llevada por uno de los jóvenes del club, que lo seguía por orden del presidente. Cuando el coche se puso en marcha, el presidente metió cuidadosamente la bolsa con el cinturón de campeón en la bolsa de Shunkichi, que guardó él mismo sobre su regazo.

—Esta noche yo te llevaré el equipaje. —Aunque no le hacía mucha gracia, Shunkichi se vio obligado a agradecer el gesto.

Hanaoka y el presidente llevaron a Shunkichi a beber a un local de copas y cabaret y lo presentaron a las mujeres del local como el vigente campeón nacional de boxeo. Entre la clientela había algún que otro aficionado que acababa de asistir a la velada de boxeo de esa tarde y quería estrechar su mano y sentarse a su lado. Hanaoka se alegraba mucho de la presencia de aficionados, pero el presidente parecía molesto y guardaba silencio. Cuando alguno de ellos, por bebido que estuviera, se daba cuenta de su gesto frío y contenido, se levantaba de golpe de su asiento como atacado por un repentino escalofrío.

—Para mí los aficionados son importantes —dijo el presidente a Shunkichi—, pero no soporto a los tipos ruidosos, aunque no te recomiendo seguir mi ejemplo.

En ese momento, al hablar así, en sus ojos se traslució una mezcla de fiereza y cordialidad. Por supuesto, no había ninguna expresión de afecto, pero a Shunkichi no le desagradaba su comportamiento. En comparación, la

permisividad de Hanaoka con la expresión de las emociones le parecía detestable, como si desprendiese un rancio olor a mantequilla. La simpatía de las mujeres hacia Shunkichi se podía atribuir a la extendida adoración por la figura del héroe, porque la primera impresión que él transmitía era de virilidad. Además, en la admiración femenina por su ídolo había también rasgos de camaradería, como la confianza que se produce entre colegas. Quizás adivinaban con sutil intuición una mutua complicidad al dejarse seducir.

El presidente a menudo le decía con un tono entre jocoso y serio:

—¿Qué te parecen esa mujer? ¿Y aquella otra?... ¿Qué me dices? Si te gusta alguna, ve a por ella. O si lo prefieres, voy yo primero a hablarle. Pero que sepas que los juegos bonitos sólo se admitirán esta noche.

Shunkichi le escuchó y aunque normalmente solía experimentar deseo tras los combates, esta noche era diferente. Esta vez prefería hablar de boxeo.

—En cualquier caso, has progresado mucho con ese movimiento rápido de cambio de posición —dijo Hanaoka repitiendo el comentario de un periodista.

—No imaginaba que el rival iba a ser tan lento de piernas.

—Era cuestión de buscar el momento del declive. Como la gente sabía que estaba en declive, buscaron un rival lento. Eso lo intuyó el promotor. Y los periodistas pensaban que era prematuro para ti pelear por el título, y criticaron mucho tu elección, pero ahora que ha salido bien y has ganado, todos te apoyan.

Las chicas no dejaban de pedirle a Shunkichi que las sacase a bailar. Él no estaba para muchos bailes esa noche. En su cabeza no dejaba de reflejarse la imagen nítida de la forma del cinturón de campeón. Ahí estaba, a su lado, dentro de la bolsa de viaje y respirando en silencio el cinturón, como un meteorito aún candente tras atravesar el firmamento.

Poco a poco le iba venciendo la tentación de quedarse solo contemplando tranquilamente el cinturón.

—Disculpen, debo marcharme ya, mañana por la mañana tengo que participar en los saludos protocolarios.

—De acuerdo, date un buen baño y descansa. Y vete directo a casa sin dar ningún rodeo por el camino, eh. Toma tu preciado cinturón —dijo el presidente mientras le entregaba la bolsa de viaje con el cinturón.

Shunkichi salió del cabaret y caminó solo por las calles de Shinjuku. En cuanto volviese a casa y le mostrase el cinturón de campeón a su madre, estaba seguro de que ella lo ofrecería en reverencia ante el altarcillo familiar. Miró su reloj. Ya era más de la una de la madrugada. Las tabernas ya estaban a media luz. Apenas unas pocas luces de neón encendidas. El cielo estaba cuajado de estrellas, y aunque no había viento, el frío de la noche de octubre se notaba en la nuca. Shunkichi se sentía ebrio pese a las pocas copas que había bebido.

Llevaba en sus manos el verdadero honor, una estrella real, una forma cristalina que a duras penas se conservarían tras una acción que se desvaneciese fugaz. Preocupado por perder su trofeo, metió la mano en el bolso para cerciorarse de que seguía ahí. Ahí estaba, ciertamente. Quería contemplarlo sin descanso cuanto antes... Ahora era el poseedor de un poder reconocido, admitido, él transportaba una luz fulgurante, el título de campeón. Mientras caminaba, Shunkichi tenía la extraña impresión de que de la bolsa de viaje sujeta por su mano surgía un rumor estridente, como si contuviese algo capaz de explotar saltando por los aires. Resultaba extraño que aquel emblema de fuerza y peligro permaneciese tranquilo y silencioso dentro de la sencilla bolsa de viaje.

Como Shunkichi no tenía costumbre de beber solo, no conocía ningún bar en particular. Simplemente siguió deambulando. De repente, como en un sueño, se acordó de un lugar bien conocido, y todo cuanto había a su alrededor adquirió un aspecto familiar. Tenía la impresión de ser arrastrado hacia un lugar con los ojos vendados. Estaba al lado de la cafetería Acacia, el local de la madre de Osamu.

Dobló por una esquina para dirigirse hacia Acacia. Sin embargo, no encontraba la cafetería. Desanduvo el camino varias veces buscándola. Solo al final se dio cuenta de que la cafetería que él conocía ahora se llamaba Liebe, el exterior había sido reformado por completo y ahora era un oscuro bar

de copas.

Shunkichi abrió la puerta y entró. Había algunos clientes en la barra; tras la barra, una camarera le saludó. Bajo la débil luz destacaba blanca y brillante como una vela la piel del escote de la camarera, que vestía un kimono de manera informal. No podía distinguir bien su cara. La madre de Osamu no estaba.

Shunkichi se sentó en la barra, pidió un *highball* y solicitó que le acercaran una lámpara de luz violeta que había cerca. En ese momento oyó que alguien, inmerso en la oscuridad, chasqueaba la lengua, pero enseguida dejó de escucharse el más mínimo ruido. Shunkichi colocó bajo la luz el objeto que había sacado de un papel de estraza. Junto al cinturón a rayas rojas y amarillas, se hallaba la hebilla gruesa dorada de quince centímetros de altura y diez de longitud.

En realidad aquel cinturón debería estar brillando alrededor de su cintura. El hecho de que el cinturón de campeón se hallase ahí, ante el campeón, confrontándolo, resultaba extraño. Al fijarse en el cinturón, el águila daba la impresión de mostrar sin reservas una innata deslealtad.

La placa dorada de la hebilla estaba desconchada en algunas partes, con un color cobrizo en el fondo y el relieve del molde ennegrecido. Sobre las grandes alas desplegadas de una gran águila estaba impresa en caracteres germánicos la palabra BOXING. El águila se aferraba con las garras a lo alto de una corona con diversas incrustaciones de piedras preciosas y diseños de tréboles. A la izquierda de la corona, una rama de laurel. A la derecha, una rama de roble. Sobre la corona se inscribía a cincel el nombre del primer campeón con la fecha de la victoria. La extremidad de las alas del águila se desplegaba ampliamente resaltando la forma del escudo.

Shunkichi se quedó completamente abstraído contemplando el cinturón. No había probado todavía siquiera el *highball* que le acaban de servir.

El tono dorado se difuminaba, luego recuperaba nitidez y de nuevo se desenfocaba. El águila, por momentos, parecía echarse a volar para después recobrar su aspecto disecado en oro. Aquel sereno cinturón tallado a cincel atesoraba violentas acciones en numerosas peleas de boxeo, salpicaduras de

sangre, vertiginoso mareo, la vacía sensación de la victoria y el dolor de la derrota.

Shunkichi no pensaba en nada. Por eso no sabría decir si se sentía contento o vacío. En todo caso, en los sentimientos no había lugar para el dinamismo de la acción; al disciplinarse en la acción, sus sentimientos habían muerto.

—¿Qué estás mirando? Qué joya más bonita —dijo la mujer tras la barra inclinando la cabeza. En su época de universitario Shunkichi le habría enseñado el cinturón de campeón, pero ahora, ya fuera por pudor o por recelo profesional, no quería que la camarera le estropease su momento de éxtasis individual, sabía bien por experiencia que a veces un sentimiento de gloria como aquélla no podía comprenderlo fácilmente una mujer.

—No es nada, no tiene valor —contestó mientras guardaba el cinturón en el bolso; el sencillo papel de estraza hizo ruido al realizar la acción. Le costó mucho meterlo bien en el bolso.

—Eres boxeador, ¿verdad? Estoy segura. Venga, enséñamelo —dijo la mujer.

Su cara no era de las que le gustaban a Shunkichi. Guardó la bolsa de viaje con aire molesto.

Alguien a su lado dijo:

—Oye, no seas tan tacaño. ¿Por qué no se lo enseñas?

A su lado había un grupo de jóvenes bebiendo en la barra. Uno de ellos es el que había dicho tales palabras.

Shunkichi echó un rápido vistazo. Era un grupo de jóvenes corrientes de barrio. Llevaban tejanos y cazadoras de nailon rojas y azules. El pelo largo hasta la nuca y el flequillo engominado alto y rígido como una torre.

Los jóvenes de este barrio que no bajaban la cabeza en señal de respeto eran simples maleantes que no podían ser tildados más que de delincuentes de poca monta. Jóvenes que habían fracasado en los estudios, no eran más que aficionados a maleantes. Jóvenes que vivían ese periodo difícil entre los diecinueve y veinte años con un notable malestar, y cuyo único placer consistía en violar en grupo a una sola mujer o conducir motos a toda velocidad. Uno de los jóvenes tenía los mofletes gorditos como una jovencita, y otro de ellos siempre fruncía la

boca con un labio caído en señal de disgusto.

Shunkichi comprendía que se comportaran así. Sin embargo, les separaba una gran distancia.

Hacía años, tipos como éstos simplemente le habrían parecido sacos de boxeo vivientes. Pero su manera irracional de estar en contra de todo los convertía en objetos sin más. Así era, su sarcasmo, la agresividad en su mirada, su típica jerga de *yakuza,* la manera de moverse, sus poses, la musculatura... Nada de todo aquello poseía características humanas, participaba más de una cualidad material, como sacos de boxeo sin ojos ni nariz, un movimiento siempre ondulante y burlón. La carne de sus cuerpos era falsa, una imitación de la real. Un saco de cáñamo lleno de papeles rotos. Parecía que su marca característica era ser sacos de arena.

... No obstante, ahora lo único que estaban haciendo era una demostración de su «debilidad». Una debilidad bajo sus cazadoras de nailon que se transparentaba claramente como a través de una radiografía. Cada uno de ellos era portador de un diferente tipo de debilidad, dentro de ellos había una de esas frágiles cajitas para atrapar insectos. Una poética cajita delicada, poco resistente, miserable, llena de malestar. Aquella debilidad era como el reverso del reflejo de la fortaleza de Shunkichi, sólida como una estrella proyectándose sobre un lejano pantano terrestre. Jamás se había oído que una estrella pudiese ser golpeada por su propio reflejo.

Shunkichi, a diferencia de antes, no experimentaba ningún enfado ni indignación. Simplemente confiaba en su fortaleza. No iba a perder la calma ni dejarse provocar, su fortaleza era clara como un astro en el firmamento.

Sin embargo, los tipos no dejaban de buscar pelea, como niños que patalean al no poder rascarse la espalda cuando les pica.

—Vaya un tipo más tacaño.

—Al parecer, la chica no es del agrado del señor.

—Eiko, aléjate, parece que no le atrae tu delantera.

—Este mundo se ha llenado de pedantes amanerados.

Shunkichi no les prestaba atención. La mujer le guiñó un ojo amistosamente, pero uno de ellos, al darse cuenta, le lanzó una

furibunda mirada que la dejó petrificada.

En esos momentos el tiempo se aceleraba trágicamente, parecía adquirir una textura pegajosa, y después se congestionaba, pero en realidad era un tiempo rápido y apresurado. Abandonado a su velocidad, pareciera que el tiempo se detuviese. Shunkichi conocía bien esa sensación especial que adquiría el tiempo antes de que fuese a ocurrir algo. Él siempre tuvo un reloj preciso y sin igual para percibir ese tempo.

Finalmente uno de los jóvenes se levantó y se acercó a Shunkichi. Era muy alto y olía como un retoño de aucuba. Con gesto avieso, torcía la boca todavía más frívolamente al sonreír falsamente. Se agachó un poco adrede para ponerse a la altura de Shunkichi y, acercándose a su cara, dijo:

—Tío, ¿me dejas ver ese objeto brillante que guardas como si fuese un tesoro?

Shunkichi movió ligeramente la mano derecha. Fue un movimiento espontáneo. El joven fue a dar de espaldas contra la pared y cayó derribado, quedando con la barbilla bocarriba y las piernas abiertas.

El resto del grupo enseguida se puso en posición de pelea, pero uno de ellos que estaba al fondo los contuvo. Lanzaron varias invectivas y después de insultarle sin parar se escabulleron todos por la puerta.

Shunkichi se quedó solo en el bar.

—Qué fuerte eres —le dijo ella.

Shunkichi no dijo nada. Él no sabía por qué se quedó callado, pero la cuestión es que no dijo nada.

Shunkichi se acabó el *highball* y, tras pagar la cuenta, salió del bar llevando en la mano izquierda la bolsa de viaje. Nada más salir, lo zancadillearon. No fue sólo una zancadilla: acto y seguido se dio cuenta de que le golpearon con un objeto parecido a un bate en las piernas. Al caer de bruces, protegió la bolsa contra su pecho, y al caer sobre ella, tuvo que apoyar, naturalmente, la mano derecha contra el suelo. Una sombra negra se acercó rápidamente, notó que le lanzaban algo blanco y pesado contra la mano derecha, apoyada en el suelo. Se oyó nítidamente el sonido que se producía al romperse algo. La

sensación era como la de ser golpeado por un gran martillo, pero no se trataba más que de una piedra.

El bolso y el cinturón de campeón quedaron intactos. Sin embargo, le habían destrozado las articulaciones de la mano derecha. Al ingresar en el hospital, primero le curaron las heridas y al cabo de un par de días, al reducirse la inflamación, le operaron los huesos de la mano. Consiguieron recomponerle los huesos, prácticamente machacados, devolviéndole la forma, y le enyesaron la mano. Pasadas tres semanas, le quitaron el yeso y comenzaron los masajes de rehabilitación. Como no bastaba con un solo rehabilitador, Kawamata venía cada día a ayudar con los masajes con pertinaz dedicación. Tenía una expresión difícil y sombría; no decía nada, tan sólo se concentraba en los masajes, con gotas de sudor bañándole la cara. Finalmente, la mano derecha dejó de dolerle, pero Shunkichi ya no podía mantener cerrados los dedos en puño.

El cirujano comunicó al Club Hachidai que su boxeador ya nunca más podría pelear. El Club Hachidai esperó a que él presentase su renuncia. No hizo falta más de un día. Como a Shunkichi le disgustaba que se compadeciesen de él, también envió una carta de renuncia a la empresa de Hanaoka. Éste, al principio, la rechazó y trató de hacerle desistir, pero finalmente terminó aceptándola. Tras las palabras compungidas de Hanaoka, Shunkichi percibía cierto odio y resentimiento. Como si de repente se hubiera convertido en una persona capaz de interpretar el lenguaje de los pájaros, de repente Shunkichi podía captar claramente los sentimientos de las personas ajenas. Y aunque constituía una visión o paisaje horrible, gracias a ello también había llegado a admitir el valor de la gente corriente.

—Ya no hace falta que siga viniendo. Usted se ha podido recuperar mucho más rápido que la gente normal —le dijo el cirujano.

Como Shunkichi permanecía en silencio, el doctor hizo gala de su profesionalidad y, dándole unas palmaditas en el hombro, le dijo:

—No se preocupe demasiado. Esto es una oportunidad para

dar un cambio a su vida, tal vez le espera un próspero futuro que jamás habría imaginado en su vida como boxeador. Todo está a la espera de su decisión... Por el momento, le iría bien encontrar una buena mujer. Tal vez no necesite mis consejos, pero que esto le lleve a hacer alguna estupidez no sería propio de un hombre.

Tras las ventanas del hospital se extendía en el horizonte el cielo de otoño. Un cielo límpido, como pulido por desinfectante. Un olor fresco, inorgánico y patético. Sobre el instrumental plateado y brillantemente pulido de la habitación de hospital se reflejaba la ventana, el cielo otoñal y alguna que otra nube.

«¿Mi vida? —pensó Shunkichi—. Habla de mi vida como si fuese una pitillera de tabaco en su mano.»

La cordialidad del cirujano le había dolido. Era el mismo médico que le curaba las heridas después de los combates como si tal cosa, como si reparase una simple radio, sin ofrecerle jamás palabras de ánimo.

Estaba ingresado en el hospital de su universidad, por eso, nada más salir por la rotonda de estacionamiento de los automóviles, vio frente a sí al otro lado de la calle el edificio donde estudiaba. A estas horas, en un lugar del sombrío edificio, Kawamata debería de estar en el gimnasio. A la salida del hospital, él solía ir frecuentemente por allí, pero hoy no tuvo ánimos.

Kawamata era la única persona que no cambió su comportamiento a raíz de su percance en el bar. No se compadeció de él ni hizo por consolarle —aquello no encajaba con su escasa capacidad retórica—, y tampoco le recriminó nada. Como de costumbre, permanecía en silencio si no había nada de lo que hablar, y aunque llegase Shunkichi, ni se alegraba ni ponía cara de fastidio. Habían aceptado su dimisión en la empresa de Hanaoka, pero Kawamata le prometió ayudarle a buscar un nuevo empleo cuando se viese con ganas. Sin embargo, le advirtió de que en el mundo actual, incluso para ser peón albañil, había que estar preparado. Shunkichi se había enterado de que fue Kawamata quien hizo pagar al Club Hachidai los gastos sanitarios y varias

contribuciones para manutención.

Shunkichi caminaba solo. Ningún destino concreto. Aquella situación, andando solo bajo el límpido cielo de otoño sin nada que hacer, la habían experimentado todos los jóvenes. Shunkichi, a diferencia del resto, nunca había estado en una situación semejante. Deambulando, percibió una tensión mínima en la musculatura que le recordó las peleas de boxeo; sentía que sus pies se movían como siempre, decididos, hacia un objetivo invisible.

Ahora, en cambio, sentía simplemente que le llegaba hasta el cuello el agua de un mar de indolencia y que con un mínimo aumento del nivel del agua se ahogaría. La línea del horizonte estaba justo a la altura de sus ojos. La masa de agua de la indolencia que se expandía ante él y le obstaculizaba inundaba todas las calles del barrio, el buzón, la oficina de correos, los cafés, un pequeño jardín, el tranvía, una librería, una verdulería y una tienda de ropa y accesorios. Antes él siempre había navegado por ese mar sin remojarse.

Durante estas últimas semanas, Shunkichi se había dado cuenta de la naturaleza cínica del pensamiento, que hasta ahora había sido algo desconocido y que no temía. Él siempre había creído que no pensar en nada era sólo una estratagema para evitar el miedo, no era fruto de su esfuerzo, tenía simplemente la suerte de haberlo corroborado por sí mismo. ¡Ahora en cambio el no pensar en nada le costaba un esfuerzo increíble! Y dicho esfuerzo era en este momento la prueba única de su coraje.

«¿Ahora voy a ser un hombre reflexivo? La finalidad de no pensar eran los combates de boxeo, pero ya que el boxeo ha desaparecido de mi vida, ¡tendría que dejar de ser así!»

Por otro lado, Shunkichi detestaba esas soluciones sabias consistentes en cambiar de opinión según lo desafortunado o desgraciado de la situación, es decir, enfocar la energía en un lugar diferente al que se había fallado. Era necesario convertirse en un hombre que no se lamentase. Si se comprometiese a albergar pequeñas esperanzas y forjar su visión del mundo de esa manera, aquello sería su fin.

Con la impresión de impotencia llegándole hasta el mismo

cuello, su forma de ver este mundo siempre seguiría siendo la misma, no cambiaría. Jamás se daría a descubrir nuevos significados donde nunca los encontró... Sin embargo, el eje de su mundo se había venido abajo. Lo que él intentaba era negar todo sueño. En una palabra, admitir con claridad que el eje de su vida se había roto. Y, por eso mismo, no reconocer una realidad que había cambiado.

Como resultado de su actitud, el mundo que se extendía ante sus ojos era enteramente permeado de una sensación de irrealidad. Todo era como antes. El eco del repique de campanas sumergidas resonaba desde el fondo de un gran templo budista, como si se infiltrase por las grietas de los muros, constante y sin significado. Que lo reconociese a él o no daba igual, nada tenía la misma carencia de significado de antes... En este momento, la desesperación era una gran ayuda. Pero Shunkichi detestaba tanto la esperanza como la desesperanza.

Desde que supo que no podría apretar los nudillos para cerrar los puños nunca más, empezó a fumar. Poco a poco, el sabor del tabaco empezó a agradarle.

... Una vez rebasado el edificio de la universidad, rebuscó en su bolsillo y sacó un cigarrillo del paquete de tabaco. Se lo puso en la comisura de los labios y con una mano encendió la cerilla... En ese intervalo se le quitaron las ganas de fumar. Andar deambulando sin rumbo y encenderse un cigarrillo le pareció absurdo. La ausencia de significado era como el fulgor del puñetazo transparente y lejano de un boxeador invisible. Con la mano con la que se había llevado el cigarrillo a la boca lo tiró sobre la acera. Últimamente le pasaban cosas de este estilo. A partir de ahora, todavía mucho más. En el cielo azul matinal de otoño se arremolinaban boxeadores transparentes que lo tenían todo el rato bajo su punto de mira, púgiles cuyo nombre era «falta de significado».

Un grupo de cuatro o cinco estudiantes con el uniforme de la universidad venía por la calle del tranvía; había alguno que formaba parte del equipo de boxeo y al reconocer a Shunkichi le saludó quitándose el sombrero. Era un estudiante nuevo, de aspecto inteligente, al que había visto anteriormente en dos o

tres ocasiones. Shunkichi le devolvió el saludo. En la solapa de su uniforme resaltaba la insignia roja del equipo de boxeo. A Shunkichi le agradó la expresión huraña de los estudiantes más veteranos que no le devolvieron el saludo. Durante un momento experimentó la idea del deshonor. Un deshonor que no tenía nada que ver con el boxeo. Se esforzó en no pensar demasiado en dicha humillación.

«Tengo autoridad para caminar orgullosamente»... En otros tiempos, habría abrigado esa autoridad en momentos como ése. Ahora, en cambio, tenía la impresión de tener que compartir dicha autoridad con miles de personas. Las expresiones típicas de la sociedad tales como «Cualquier hombre», «Porque ha nacido en cuanto ser humano», «Incluso un insecto», «En tanto pueda llamarse hombre», se arremolinaban en el reverso de su «identidad». Aquellos débiles que tanto había despreciado eran todos indistintamente aliados suyos, lo sostenían, alababan la debilidad humana y andaban el mismo camino que él.

Cuando llegó a la calle del tranvía bajo la intensa luz de mediodía, empezó a andar con confianza al cruzarse con la gente, pero tenía la impresión de que todos hacían lo mismo y se dio cuenta de lo absurdo de dicho intento. La clave de su fortaleza y originalidad había desaparecido por completo.

De una librería de libros antiguos vio salir a un profesor de literatura inglesa entrado en años; había asistido a sus clases durante un par de lecciones, e iba acompañado de dos estudiantes enclenques. Era un viejo profesor ya desmejorado, estudioso de poca fama, que quince años antes había sido transferido desde una universidad estatal a la de Shunkichi. En sus lecciones hablaba con tono mendicante. Tenía la cara llena de marcas, la boca no se le cerraba bien y temblaba continuamente haciendo oscilar los puentes de sus dientes postizos.

Aquel anciano había vivido hasta hoy en un mundo de certidumbres firmes y seguras. Desde siempre fue un anciano, su especialidad era un destino reservado a quienes no temen la vejez. Un destino como el de aquellos que se vestían a la moda inglesa hace treinta años... El anciano observó brevemente a

través de sus lentes de vista cansada a Shunkichi. Por supuesto, no sabía quién era. Los pálidos estudiantes le susurraron algo al oído. Shunkichi sabía lo que le dirían. Le habría gustado patear a esos estudiantes. Por eso se dio la vuelta para mirarlos cuando pasó de largo. En el rostro lleno de arrugas del viejo profesor se destacaron dos ojos cobrizos observándolo fijamente con curiosidad.

«Viejo chocho», pensó Shunkichi. Al pensar así, se horrorizó ante la figura de aquel viejo. Observando al anciano por primera vez, experimentó un profundo disgusto.

«Cierra los ojos, conviene apresurarse y mantener la mente en blanco, hay que vivir. Aunque mi destino en breve sea el mismo.»

En su mente empezaba a surgir la fuerza de la imaginación.

Las calles plenas de sol otoñal se llenaron de trabajadores y estudiantes para el descanso del mediodía. Irían a comer a cualquier restaurante barato. Sin embargo, todo aquello era absurdo. Seguro que los palillos se le caerían de las manos.

La gente paseaba tranquilamente disfrutando del descanso del mediodía. A Shunkichi aquel descanso se le hacía eterno, un tiempo libre sin fin. Tal vez procedentes de algún evento deportivo, en el cielo claro sonaban fuegos artificiales, que retumbaban sin parar aunque no podía verlos. La gente parecía festejar alegremente con tracas de pólvora que ya nunca más saltaría a un cuadrilátero.

«Como no podré volver a pelear nunca, tendría que haber un gran accidente. ¡Esos fuegos artificiales tendrían que ser disparos!»

Para la gente que caminaba pensando en la comida del mediodía no había razones para pensar que se tratase de disparos. Los alfileres de las corbatas en las solapas de los oficinistas, los botones dorados de los uniformes de los estudiantes y los broches de las secretarias de oficina brillaban bajo los rayos el sol.

Frente a las librerías de antiguo había muchas series de novelas policiacas americanas en versión *paper-back* de colores chillones reflejando la luz. Senos sobresaliendo de lencería rosa, camisas llenas de sangre, manos peludas aferrándose al

vacío, pistolas, sombreros, espaldas de hombres dobladas por golpes.

El mundo irreal ante sus ojos le parecía como un globo demasiado inflado, una superficie tan fina y tensa que sorprendía que no explotase.

Bajo el cielo despejado, las vías del tranvía se alargaban en la distancia hasta el centro de la ciudad, la sombra del guardarraíl se proyectaba aún más lejana, parcialmente brillante. Le sorprendía que el mundo fuera tan transparente. Un mundo y una sociedad tan transparentes que reflejaban a través de una lente su falta de objetivos y sentido con tanta segura futilidad. Probó a tocarse la nariz y los pómulos. Como la mano derecha le recordaba su incapacidad, utilizó la mano sana, la izquierda... Tocó la nariz blanda y un poco húmeda que surgía sobre la piel dura de tantos golpes. Bajo la luz del sol destellaba un poco grasienta.

Una mano se posó sobre el hombro de Shunkichi.

—Oiga, Fukai Shunkichi, no debería andar con ese aire melancólico. —La voz pausada y firme al mismo tiempo.

El joven apartó la mano de su hombro y al darse la vuelta vio a un hombre con traje azul.

Se trataba de Masaki, compañero suyo, líder del grupo de animadores.

Masaki, por cierto, era lo más alejado de la imagen que suele asociarse a los líderes de un grupo de animación universitaria. No tenía barba, no vestía el *hakama* tradicional ni calzaba *geta*. Tampoco tenía un gran cuerpo robusto, ni era obeso. No era exageradamente eufórico ni optimista. Al contrario, cabría más bien decir que daba el aire de un enfermo tuberculoso, no tenía buen color de cara ni se distinguía por un buen físico. Sin embargo, poseía una voz baja, poderosa, nunca se quedaba ronco o afónico. Gracias a lo atrayente de su voz, lograba mantener unido al grupo de animadores y motivaba a todo el mundo con el entusiasmo que desbordaba de su cuerpo delgado. Normalmente, a pesar de su aspecto taciturno, era locuaz. Masaki, en cuanto líder del grupo, tal como decían, era como una bola de fuego. Daba órdenes con más eficacia que un militar de rango a sus

soldados, de manera que la gente le obedecía casi sin reflexionar con entusiasmo masoquista. Masaki, ajeno a su apariencia física, parecía ostentar un poder sobrenatural de autoconocimiento. Shunkichi temía en su fuero interno a Masaki y por eso nunca había hablado con él con demasiada confianza.

—¿Todavía no has comido? Yo iba a comer ahora, ¿qué te parece si vamos juntos? —Sin atender a la respuesta de Shunkichi, como hablando para sí mientras caminaba, añadió:

—Sé todo lo que te sucedió desde aquel percance.

Masaki evitó los restaurantes baratos de la calle principal, a rebosar de empleados y estudiantes, y, adentrándose por un callejón, se dirigió a un local de comida china con una cortinilla, que más parecía un sucio delantal, en la entrada. Sin preguntarle nada a Shunkichi, pidió dos *ramen*. Se sentaron en una esquina en dos taburetes parecidos a los del cuadrilátero de boxeo. Sobre la mesa había un contenedor lleno de palillos desechables, restos de sopa de algún cliente previo y las marcas dejadas por el agua derramada de un vaso.

Se encendió un cigarrillo y, ofreciéndole uno, le dijo:

—Tú ahora también fumas, ¿verdad?

Shunkichi se quedó sorprendido.

—Hacía mucho que no nos veíamos —dijo Masaki esbozando por primera vez una sonrisa tras su cigarrillo.

—Sí, tal vez medio año. O incluso más.

—Es mentira eso de que el tiempo vuela. Mira esto —dijo Masaki mientras sacaba de su bolsillo un viejo y tosco cronómetro.

—Se lo compré el otro día a uno más joven que yo, por dos mil yenes; podrás decir que está medio roto, pero hay muy pocos como éste. Además, funciona muy bien.

Pulsó la ruedecilla. La aguja empezó a hacer tictac bajo los detallados números del cuadrante.

—¿Cronometramos cuántos minutos tarda en llegar el *ramen*? Dirás que es una estupidez, pero hasta ahora todos calcularon de esta manera tus victorias sobre el *ring*. Una ronda, tres minutos. Sería aburrido si no se hiciese así.

—¿Me has traído a comer para hablar de eso?

—No te pongas así. Tengo una cosa más importante de la que hablarte. ¿De acuerdo? El *ramen* al fin llegará. De eso no hay duda. Nosotros daremos cuenta de él. De eso, tal vez tampoco quepa duda. ¿Después qué queda?

—Pues nos despediremos y cada uno por su lado —dijo Shunkichi con la voz cálida y vivaz que ponía cuando no temía hablar sinceramente—. Te lo diré sin rodeos: ahora no tengo ganas de ver a nadie.

—Tienes razón. Nos despediremos y después te quedarás solo de nuevo. ¿Y luego qué harás?

—No insistas. ¿Quién te dice que no tengo por ahí alguna mujer esperándome?

—Acostarse con una mujer es aburrido. Ellas también llevan cronómetro incorporado. Con ellas se puede aguantar el aburrimiento durante una ronda de tres minutos. Sólo eso.

—No sé qué tratas de decirme.

Trajeron el *ramen*. Al percibir el vapor caliente de la sopa en la cara, sintió sus mejillas heladas y la piel irritada y cárdena. Masaki separó los palillos de madera y se produjo un chasquido agradable. Después colocó el contador entre los dos cuencos de sopa.

—Mira. Éste es un tiempo que tampoco regresa. ¿Te parece que compitamos a ver quién se come antes el *ramen?*

—Deja ya de comportarte como un niño.

—Y tú de decir tonterías. Lo que estoy diciendo es por ti. Deberías comerte el *ramen* así, si lo piensas, para que puedas volver a llenar tu tiempo de la misma manera que antes de tu lesión en la mano. El que se comporta como un niño eres tú.

Shunkichi se quedó callado. Después empezó a sorber los fideos. Estaban malísimos. Ante la aguja del contador le parecía estar observando a una extraña criatura animal. Se dio cuenta, para su disgusto, de que el tiempo de aquel cronómetro era de la misma naturaleza que el de la horrible voz del árbitro que pronunciaba la cuenta atrás cuando había derribado a un rival... De repente, Shunkichi dejó los palillos.

—Ya puedes parar.

Masaki pulsó el cronómetro con una sonrisa taciturna. La aguja retornó a su posición con un movimiento nervioso.

—Estarás cansado, ¿verdad? Piénsalo bien. Tu tiempo de ahora en adelante será así. Se ceñirá en torno a ti como una ondulación constante. Y, además, ya no puedes boxear. Ahora tal vez todavía estés a tiempo. Todavía quedan rescoldos de obstinación y combates en los que participaste y que te hacen seguir buscando. Podrás incluso olvidarte de tomar la decisión de terminar tu carrera en el momento adecuado... Por el momento, así marcha todo... Sin embargo, todavía te queda mucho tiempo por delante. ¿Han pensado en ello? Con el físico que tienes, podrías vivir hasta los ochenta o noventa años. ¿Cómo piensas vivir todo ese tiempo? ¿Tienes intención de pasarte el resto de tu vida mirando los trofeos y álbumes de fotos de tus peleas sobre el estante? Sin embargo, no podrás volver a boxear. Y eso supone un trecho considerable.

Shunkichi estaba a punto de perder los nervios, pero ya había olvidado lo que era enfadarse realmente. Observó aquella montaña de tiempo muerto ante sus ojos, tal como había dicho Masaki, un tiempo como un montón de escombros entre las ruinas de un incendio. Un paisaje inmóvil bajo los fuertes rayos de sol de finales de otoño.

Shunkichi se sintió atenazado por el terror. Ya no estaba seguro de poder vivir en aquel vacío tanto tiempo. Vivir muriendo lentamente. Se necesitaría mucho valor, y aun en el caso de lograrlo, sería ésta una victoria realmente triste. Shunkichi tenía miedo. *Nunca antes se había planteado realmente aquella situación*.

Masaki observaba atentamente a Shunkichi. Tras asegurarse de que habían surtido efecto sus palabras, prosiguió con el mismo tono dramático, oscuro y emotivo.

—Si te soy sincero, he pensado en un método perfecto para el tiempo que te queda, por eso he salido en tu busca. Hazme caso y escucha bien lo que te voy a decir.

A continuación, prosiguió como si tal cosa, como entonando un salmo:

—Nosotros, el pueblo japonés, encarnamos el espíritu verdadero del Gran Japón Imperial, y honramos la paz del soberano y sus súbditos. Debemos transformarnos en una nación moderna, un país que lucha por la libertad, la paz, la

felicidad, la serenidad y la espiritualidad anheladas por las naciones y razas del mundo. Dicha voluntad acaso proceda de nuestro parentesco con la diosa del Sol Amaterasu o bien porque poseemos el valor y el coraje superior de dedicar nuestra vida a seguir al emperador, y por eso nos comprometemos a servirle y seguirle eternamente, aquí en el cielo y la tierra.

Masaki interrumpió sus palabras un momento y Shunkichi exclamó sorprendido:

—Pero ¿qué es lo que estás diciendo?

—Es nuestro ideal. ¿Crees en él?

—Sinceramente, no entiendo de qué estás hablando.

—De acuerdo, entonces te lo explicaré de otra manera. —Masaki, recuperando su anterior tono, dijo—: Se trata de los ideales que nosotros declaramos para la construcción de la nación, planeamos ensalzar la espiritualidad japonesa. Queremos acabar con el comunismo y revisar los postulados del capitalismo, y esperamos que se reescriba la Constitución de este país humillado tras la derrota en la guerra. Queremos demostrar la ilegalidad de los traidores comunistas y promover el rearme para restablecer la paz, la independencia y las fuerzas armadas. Queremos también acabar, con la misma fuerza dirigida contra los traidores comunistas, con la clase dirigente actual, que ha permitido el aumento de la delincuencia y ha llevado a nuestro país a la ruina. Nuestra aspiración es instaurar un nuevo orden nacional que dé prosperidad al pueblo japonés...

—¿Y qué es todo eso?

—Pues eso, un ideal —contestó con calma Masaki.

Shunkichi sintió ganas de empezar a hacer preguntas con un aire de curiosidad infantil.

—¿Crees en todo eso realmente?

—¿Si creo? Bueno, tal vez estaría exagerando si te digo que creo. Pero esa forma de decirlo me provoca cierto «buen talante». No sabría decirte por qué, pero tengo la impresión de que mi cuerpo se funde con cada una de esas palabras. Puede que sean palabras parecidas y cercanas al sentido de la palabra «muerte»... Cuando era líder del grupo de animadores, en más

de una ocasión percibí de repente el impacto que me producía la misma palabra «muerte» y experimentaba un placer especial cuando cantábamos impetuosamente himnos de apoyo. La sensación de la muerte era similar a los escalofríos que se sienten al orinar después de haber estado mucho rato sin poder aliviarse; así soltamos lastre en la experiencia de la muerte.

»Para jóvenes sanos, puede que la muerte sea el ideal más urgente. No es una muerte con condiciones, sino una muerte sin sentido, un asumir por completo la muerte, aceptar su imperativo sin más. Luego se le pueden añadir todos esos simbolismos místericos y solemnes tradicionales que adornan la muerte con palabras de obituario como guirnaldas plateadas para los funerales. Todo eso lo necesitan. Ésas eran sus necesidades. Equivale a los «escuadrones de la muerte» de antes de la guerra. Si estuviésemos en esa época, yo me uniría a ellos con mucha alegría.

—Ya veo que eres todo un extremista de derechas.

—La verdad es que sí. Sin embargo, a nadie le hablo como te estoy hablando a ti. Creo que en ese sentido tú y yo nos parecemos bastante. Es muy posible que tú experimentaras algo similar en el boxeo.

—No lo creo —contestó Shunkichi tratando de resistirse a la extraña y agradable sensación que empezaba a sentir.

—Eso lo dices ahora. Además, tú no eres un tipo al que le guste reflexionar en exceso. ¿Acaso puedes demostrarme que *no fuiste así siempre?*

Tras aquella conversación, siguieron hablando un buen rato. Al final, lo que le gustó a Shunkichi fue que Masaki no tratase de imponer nada de la ideología de su grupo político.

—¿Por qué no importa que yo crea en esa ideología?

—Porque quienes no creen son precisamente los tipos inteligentes. Y yo el que más. Mírame. Soy perfectamente consciente de no tener fe. Sin embargo, observo nítidamente la ideología distanciándome de mí mismo, y cuando la veo usada como instrumento por algunos, obtengo un éxtasis sin igual, y siento más cerca mi muerte y la de los demás. Ésa es la marca de un auténtico activista. Pero eso no es todo, también se necesita dinero. Una vez que se va reconociendo este hecho, al

fin consigues dar con la manera de generar esos recursos económicos.

»Para los jóvenes rebelarse es vivir y, en cambio, mantenerse fieles es morir. Eso ciertamente era un antiguo dicho. Tanto la rebelión como la lealtad son necesarias como un fruto sabroso y dulce. Por ejemplo, los deportistas. Usan toda su energía de oposición en el deporte que practican, y en cuanto a la lealtad, todos la manifiestan hacia sus compañeros veteranos. Es un esquema sencillo, pero los jóvenes se atienen a las reglas... ¿Qué te parece? Uno jura lealtad a unos principios en los que no cree realmente y eso es lo que significa oponerse completamente al «futuro» o la «nueva sociedad».

—Yo creía en el boxeo —dijo Shunkichi con intensidad en la voz.

—Eso lo sé.

—Era mi meta.

—¿Y ahora?

Shunkichi se quedó callado mientras manoseaba los palillos mojados sobre el cuenco de sopa vacío.

La punta de los palillos de cedro tocaba el líquido, y bajo la fina capa de grasa que flotaba en el fondo se adivinaba, sumergido, un diseño en rojo y verde con forma de dragón.

—¿Y ahora? Como poco, el boxeo ha dejado ya de ser tu objetivo, y aun así te empeñas en seguir creyendo en el boxeo. Al menos tienes esa intención... Pero ya te lo he dicho antes, te queda mucho tiempo por delante. O, más bien, te espera por delante el «futuro», eso que tanto detestas... Si la razón de tu vida tiene que ver con algo que ya no es tu objetivo, de acuerdo, pero trata de calcular con exactitud la unidad de medida de un deseo tan ambiguo. Debes estar en una condición ideal para lograr hacer algo que no consideras tu meta.

—Así es —murmuró Shunkichi—. Tal como dices, pero para cualquier cosa que haga, necesito tener un enemigo adecuado.

—Eso enseguida lo encuentras. Hasta ahora, dicho enemigo aparecía ante tus ojos. Ahora tu enemigo ya no está esperándote de inicio ante ti. Ahora tus acciones serán tu rival.

Por eso, cuando actúes, el enemigo enseguida aparecerá ante ti.

—¿Y cuáles fueron tus acciones?

—Pues han sido diversas. ¿Recuerdas cuando el uno de octubre regresó a Japón el delegado plenipotenciario Mastumoto, encargado de negociar con la Unión Soviética? Yo dirigí la manifestación en el aeropuerto de Haneda con el eslogan «No al tratado entre Japón y la Unión Soviética», «Basta de hacerle el juego a los rojos». Uno de los hombres a mi cargo dejó hecho un trapo a un policía, y le hizo morder el polvo a base de bien. Antes de formar parte de nuestro grupo, era un desgraciado *yakuza,* y ahora es un acérrimo nacionalista defensor de la patria.

—Si yo tuviese que dirigir una de esas acciones, ¿contra qué enemigo debería dirigirla ahora?

—Singman Rhee. A continuación, el pusilánime gobierno de Japón, que no sabe hacer una declaración de guerra, y el cobarde ministerio de Exteriores.

Shunkichi, al final, tuvo la impresión de que estaba a un paso de ceder y venderse a sí mismo. «Igual que si se vendiera una parcela llena de *susuki,* estoy a punto de entregarle mi futuro. Me convertiré en alguien que posee la fuerza de no pararse jamás a reflexionar, alguien que jamás abre los ojos ni despierta, alguien que duerme para siempre»: ésa era su vaga impresión.

Masaki supo que su poder de persuasión había calado, suya era la victoria. Le explicó que el jefe de la organización también estaba de acuerdo en pedirle a Shunkichi que se uniese a ellos, y que por él haría una excepción para que desde su mismo ingreso formase parte de los dirigentes y que al día siguiente se reunirían para admitir a nuevos miembros. Masaki se sacó del bolsillo un pergamino escrito en caracteres antiguos en tinta negra, a continuación limpió cuidadosamente la suciedad de la mesa y lo colocó ante Shunkichi.

JURAMENTO:

Al presidente de la Asociación de Lealtad a la grandeza de Japón:

El declarante, habiendo recibido en esta sede el permiso para entrar a formar parte de la Asociación, tras la presentación de un miembro de dicha asociación, jura ante los presentes que respetará hasta la muerte las siguientes directrices:

• Luchar por restaurar el poder imperial de Su Majestad el emperador.

• Rendir obediencia al presidente y colaborar en el orden y la unidad de la Asociación.

• Pertenecer siempre con orgullo a la Asociación sin transgredir jamás su reglamento.

Juro ante nuestra divinidad mantener mi voto. En el remoto caso de traicionar mi juramento, aceptaré cualquier decisión que la Asociación considere adecuada.

Fecha:
Firma:
Firma del miembro garante:

—Tienes que firmar aquí. Puedes usar pluma estilográfica, si quieres —dijo Masaki.

A continuación, sacó una pequeña navaja del bolsillo y le pidió a Shunkichi que sellara el juramento también con sangre.

—¿Qué dedo me corto?

—Qué poco sabes: pues el meñique.

Shunkichi, sin vacilar, rasgó suavemente la yema de su meñique con la reluciente hoja de la navaja. No cortó bien. Volvió a cortar con más fuerza. Del corte blanco en la piel brotó un vívido hilo de sangre y, tal como le había dicho Masaki, un escalofrío de placer le recorrió la médula.

—Cómo se nota que eres boxeador. No te da miedo la sangre.

# Capítulo 9

Fujiko suponía que a esta hora ya habría llegado Seiichiro a la oficina.

La noche anterior, el avión con llegada a las once y media al aeropuerto de Idlewild se retrasó dos horas. Fujiko había acompañado a su marido para ir a recoger al presidente de la Sociedad Metalúrgica Meiji, al que también conocía personalmente. Incluida la tardanza en el control de aduanas, aguardaron hasta tres horas. Nada más salir abriéndose paso entre los demás viajeros, lo metieron apresuradamente en el coche de Seiichiro y consiguieron dejarlo en el hotel ya cerca de las tres de la madrugada. Regresaron a su casa y se acostaron a las cuatro. Pero Seiichiro se levantó a las ocho para ir a la oficina.

La pareja había realquilado el apartamento de un amigo americano, un ingeniero que debería pasar una temporada en Venezuela. Como no quería perder su residencia en un emplazamiento tan conveniente, les propuso mudarse, gracias a lo cual el matrimonio pudo terminar con los más de dos meses de estancia en un hotel. De todos modos, seguía siendo un hogar provisional. Tenían reservada una casa en el agradable barrio de Riverdale, en las afueras, pero tenían que esperar a que la familia de un empleado de una sociedad comercial que en ese momento ocupaba el apartamento regresase a Japón.

... Cuando Fujiko miró el reloj junto a la cabecera, ya era casi mediodía. En la habitación se filtraba una claridad débil como luz de alba, porque la lluvia no cesaba desde el día anterior.

A su lado, en la almohada de Seiichiro, destacaban unas manchas de gomina, aún más oscuras a media luz. Se respiraba el aire cargado de la habitación sin ventilar. Fujiko suspiró y besó la almohada. Luego se levantó y fue a descorrer las

cortinas.

Bajo la lluvia se divisaba la parte trasera de edificios de diversas alturas en la avenida 56 de West Side.

En la avenida principal se alineaban, apiñados, edificios de una altura similar, pero mirando hacia el patio interior de un bloque, se divisaban techos bajos, jardines en los terrados, amplias azoteas en diversos planos de altura, balcones terraza en los áticos y las ventanas traseras de casas antiguas de tejas rojas. Justo bajo la ventana de la tercera planta había una larga y estrecha jardinera, extrañamente el único acceso era por la ventana. Allí el matrimonio había dejado un hatillo de leña para quemar en la chimenea.

En la terraza había dos o tres macetas cuyas flores ya marchitas no dejaban adivinar la especie. En el rincón, una silleta vieja de asiento de anea, desvencijada y volcada en el suelo por la ventolera lluviosa.

Aunque desde arriba no se veía suelo de tierra, tras los edificios asomaban las copas de altos plátanos cuyas anchas hojas amarilleaban ya a comienzos de noviembre y, desprendiéndose, volaban a pegarse húmedamente como papelillos publicitarios sobre el suelo de la terraza y la silleta.

Por las calles no pasaba un alma. Tampoco llegaba hasta aquí el ruido del tráfico. Las ventanas traseras de la casa de tejas rojas estaban cerradas, y sus cortinas blancas echadas sugerían una vivienda desierta.

Fujiko pensó encender la chimenea, así que abrió el postigo de la ventana y alargó la mano por el pretil hasta el manojo de leña hacinado en la balconada, pero se le quitaron las ganas de encender el fuego al tocar las astillas empapadas y frías. Tiritando en camisón, no convenía dejar la ventana abierta. Más valía contemplar tras los cristales la monotonía lluviosa. Así era Nueva York cuando empezaba el invierno.

Hasta ayer apenas se había dado cuenta: sobre el respaldo de la silleta de anea, calada por la lluvia, el mimbre desenlazado colgaba como una enredadera que se balancease bajo el chaparrón, asida al poste de un templete.

«Yo no tendría que estar aquí contemplando aburrida todo esto —pensaba Fujiko aún adormilada—. No he venido hasta

este barrio neoyorquino para estar mirando con desgana esta vista insulsa.»

Luego su pensamiento discurrió a la deriva rememorando la buena estima de que gozaba su marido, tanto en América como en Japón. Seiichiro era perspicaz, y muy trabajador; además, era sociable y no despreciaba a la gente, dominaba el inglés y era el joven empleado más talentoso de la Sociedad Yamakawa. Fujiko no tenía motivo para ponerlo en duda. Según estas ponderaciones, Seiichiro parecería un joven que ostentase anillos de pedida en cada uno de sus dedos.

«De ser así, toda la ristra de anillos de buen gusto se habría desperdiciado. Además, es un hombre que cae demasiado bien a los mayores. Tiene un arte especial para cautivar el corazón marchito de los más entrados en años. A su regreso a Japón, esos ancianos cargados de dinero y poder hablarán de él idolatrándolo: "Ese joven es todo un hombre. No hay otro que le iguale. Que lástima no haber casado a mi hija con un hombre así".»

Después Fujiko se puso a pensar cómo era valorada ella. Nada más llegar a Nueva York, ya algunos la tildaban de mala esposa; algún conocido le había advertido de semejantes comentarios, y pronto ya era habladuría general en la colonia. Ella no tenía la impresión de haberse comportado nunca mal, aunque adivinaba la causa de esa valoración negativa; los empleados de otras empresas no podían reunirse con sus familiares durante el primer año de estancia en el extranjero y tenían que llevar una vida de soledad poco natural, pero ella sí podía estar con su marido. Otros maridos podían vivir un segundo periodo de libertad en sus vidas, pero Seiichiro tenía que habérselas con una mala esposa controladora.

Cuando se vive en el extranjero, si se pretende ignorar tales habladurías, no sólo no se puede apagar el fuego de las maledicencias una vez que han prendido sino que éstas se extienden aún más y cuesta mucho trabajo ir extinguiéndolas de una en una. Pero Fujiko, desde el principio de su estancia, se sintió incapaz de someterse a este sentido común de la colonia japonesa en el extranjero. Ella prefería ignorar esos rumores, sin sentirse culpable ni empeñarse en refutarlos.

... La lluvia caía ininterrumpidamente con igual intensidad, pero como durante el día la calefacción estaba apagada, las ventanas no se empañaban y la lluvia, con su ritmo monótono, aparecía claramente ante los ojos de Fujiko como siguiendo una orden.

Fujiko no dejaba de sorprenderse. Le parecía increíble sentir tal grado de soledad en pleno Nueva York. Si se lo explicara a sus amigos en Japón, nadie la creería. Ella siempre fue una mujer cínica y despreocupada, no le pegaba nada la palabra «soledad».

Una vez a la semana o cada diez días el marido volvía a casa y comían juntos. Él solía avisarla de antemano con una llamada.

Hoy Seiichiro tenía que ir a comer a un restaurante con el presidente de la Sociedad Siderúrgica Meiji. Seiichiro habría advertido educadamente a su invitado: «Permítame advertirle, no conviene dejar demasiada propina. Los japoneses tendemos a pasarnos de generosos y eso, en lugar de quedar bien, está mal visto».

... Fujiko, de repente, soltó una carcajada. Al reírse, se sintió un poco mejor. Fue a la cocina y abrió la nevera. La luz interior de la nevera, parca en provisiones, brilló en la oscuridad de la habitación de un día lluvioso. Esa lucecilla agradable parecía la única indicadora de vida cotidiana en medio de un entorno anónimo.

Con lo que había en la nevera, bastaba para hacerse la comida. Sin embargo, Fujiko pensó que sería mejor ir a comer a deshoras a un pequeño y discreto café, no a un lugar elegante como Rumpelmayer.

Al llegar a la Sexta Avenida, al fondo se veían los árboles de copas amarillentas de Central Park, difusos bajo la lluvia.

Haciendo como la gente de la zona, Fujiko vestía, anticipándose un poco al invierno, un abrigo de cuello de astracán y llevaba un paraguas, transparente, de claro color otoñal. Gracias al paraguas, tenía la impresión de que la lluvia cayese ligeramente sólo sobre ella.

En esa zona, a diferencia de la Quinta Avenida, no había tiendas famosas ni bellos escaparates. En una tienda antigua de

paraguas con rótulos dorados inscritos en semicírculos sobre el cristal del escaparate habían desplegado el toldo de la marquesina. En el extremo, una especie de embudo recogía la lluvia de la canaleta del alero.

Fujiko entró en un café dos esquinas más adelante. Era un local limpio y moderno, con una barra y apenas cuatro o cinco mesas, en el que se podía tomar el desayuno o la comida a cualquier hora.

Por suerte, los asientos de la barra estaban libres. Fujiko pidió a la camarera, algo regordeta y con aspecto de italiana, un *Half grapefruit,* chocolate caliente y un *muffin*. Con la cucharilla sacó la cereza confitada, que nunca le gustó, del pomelo y la dejó sobre el plato.

Frente a la barra había un aparador con dulces. Los días soleados era divertido observar a los viandantes pararse a mirar los dulces, pero hoy las ventanas estaban empañadas debido a la calefacción, y sólo cuando pasaba alguien con una gabardina roja o un taxi amarillo eran sugerentes los reflejos en la ventana.

En cierto momento, una señora mayor y menuda de cuerpo con la espalda encorvada se sentó a la derecha de Fujiko:

—Qué tiempo más frío. Nos espera a partir de ahora un largo invierno que no ha hecho más que empezar —dijo dirigiéndose a la camarera, que permaneció inalterable y se limitó a preguntarle qué quería tomar.

La anciana, en tono mendicante, le dijo:

—¿Podría tomar un café?

Enseguida le trajeron el café. El vapor caliente del café parecía calentar el bigotillo de la anciana. Apretó los labios, pintados de carmín, luego entresacó un poco la punta rígida y seca de su lengua, tiesa como la de un papagayo, y apuró el café de un trago. Llevaba un vestido negro y el pelo castaño adornado con unas horribles plumas.

Acto seguido, se volvió hacia Fujiko. Comenzó a hablarle soltando una retahíla de palabras ininteligibles, como una corriente oscura lamiendo las bases de un puente.

—Disculpe, ¿es usted japonesa? Sí, no me cabe la menor duda. Sé reconocer enseguida a un japonés. *Rashomon* es una

película excelente, ¿verdad? Desde que vi la película, soy una apasionada de Japón. Tengo una gran colección de sellos japoneses, y guardo con mucho aprecio una estatuilla de Buda obsequio de mis amigos. Las estatuas de Buda de Japón son muy graciosas, parecen niños traviesos que regresan a casa llenos de barro...

Fujiko estaba ya cansada de amantes de Japón de este estilo, pero en el caso de esta señora mayor, más que interés, se trataba sólo de una manera de entablar conversación. Su cuerpo estaría lleno de palabras y deseoso de soltarlas. Si Fujiko respondiera educadamente, seguro que afluirían de golpe como una cañería rota. Cuántas personas habría así en Nueva York, desesperadas por encontrar a alguien con quien charlar. Con tal de que la otra parte tuviera a bien charlar al menos durante cinco minutos, no importaba si se trataba de un extranjero, un perro o un leproso.

En ese momento, Fujiko notó la presencia de un joven alto que se sentó a su izquierda. Estaba leyendo el periódico por la sección de espectáculos, y la página derecha rozó el platillo de *muffin* de Fujiko. Ella, expresando con un gesto su malestar, tuvo así ocasión de dar un poco la espalda a la vieja y volverse hacia el otro lado.

—Buenos días, señora Yanagimoto. Yo también voy a desayunar —dijo el hombre.

Era Frank, el vecino del primer piso de su bloque de apartamentos.

Fujiko había hablado en una ocasión con él en el piso donde vivía ahora. Había ido con Seiichiro a hablar sobre el alquiler con el anterior inquilino, el dueño del piso, un ingeniero que tenía previsto viajar a Venezuela. Frank, que era amigo suyo, vino en esa ocasión y estuvo charlando con todos. Era un joven que rondaría los veintisiete o veintiocho años y trabajaba como productor de la serie televisiva de los jueves por la noche de United Television.

Tras la mudanza, se habían saludado al cruzarse por el pasillo o la escalera. A veces una sonrisa como saludo. Sin embargo, desde su primer encuentro, nunca habían hablado tranquilamente. Tampoco se habían intercambiado ninguna

invitación para salir.

Frank era un joven de rostro amplio y luminoso, con un poco de entradas. El pelo castaño y los ojos de color oscuro, de rasgos familiares a los japoneses. Su vestimenta, algo descuidada, diferente al aspecto de los americanos que trabajaban en la oficina de Seiichiro. Cuando sonreía, se le dibujaba un hoyuelo en la cara como estirado por un hilo que le daba un aire de juvenil inocencia muy atractivo.

Frank echó un vistazo a lo que tomaba Fujiko. Pidió lo mismo a excepción del chocolate, en cuyo lugar tomó café. Después, continuó fumando su cigarrillo.

—Tomar el desayuno a la una del mediodía no es que sea especialmente decadente. Sin embargo, no hay nada tan sabroso como el primer cigarrillo antes del desayuno. Esto sí que es saborear la decadencia. —Al decir eso Frank, la anciana sentada a la derecha se levantó y se marchó como si hubiera escuchado alguna obscenidad.

—¿Suele desayunar aquí? —le preguntó él.

—No. Además no suelo desayunar tan tarde —dijo Fujiko pronunciando despacio en inglés.

—Yo suelo trabajar por la noche... De todas maneras, aunque vengo bastante por aquí, es la primera vez que la veo.

En ese momento Fujiko cayó en la cuenta de que no había sido un encuentro fortuito: en realidad, él la había seguido al salir del apartamento. Fujiko sintió calor en la nuca. Fugazmente pensó en la soledad de la vieja de antes, y de ese pensamiento saltó a su cabeza la palabra «prostituta». Le dio por fantasear sobre cómo sería vivir en una ciudad extranjera dedicándose secretamente a la prostitución, aunque poco después se desvanecieron esas ideas de su cabeza. Fujiko cruzó las piernas. Los zapatos mojados por la lluvia le transmitieron una fría sensación de escalofrío bajo las medias.

—Cuando paso por delante de su apartamento, en el que vivía Jimmy antes, a veces, por costumbre, estoy tentado de llamar a la puerta. Cuando estoy a punto de llamar y me doy cuenta de que ya no vive allí, desisto, pero creo que al menos en una ocasión no caí en la cuenta hasta después de dar un toque. En esa ocasión tal vez, escapé escaleras abajo

sintiéndome como esas personas que disfrutan llamando a puertas ajenas como travesura... Es como una especie de sonambulismo. A veces no me puedo controlar. Creo que será mejor que consulte con un psicoanalista antes de seguir molestando llamando a pisos ajenos... No sé, es como si sintiese nostalgia al pasar frente a su puerta.

En realidad, se trataba de una clara forma de excusarse quejándose y seduciendo al mismo tiempo. Fujiko, con la frialdad típica de las mujeres japonesas en el extranjero, dijo:

—En cuanto nos mudemos a nuestro nuevo domicilio y regrese Jimmy, podrá visitar con toda libertad el apartamento de nuevo... ¿Qué periódico es ése? No lo he leído nunca.

—Es un periódico sobre el mundo del espectáculo —contestó Frank con entusiasmo apagado, y extendió la página que leía para mostrársela—. Mire, puede que la jerga del mundo del espectáculo le resulte difícil de leer a un extranjero. ¿Sabe a qué se refiere Gotham? Significa Nueva York.

Fujiko, reconfortada de la anterior soledad, se puso contenta. Como si estuviese leyendo la graduación de un termómetro, cada vez se sentía mejor. Empezaron a hablar sobre las obras de teatro y los musicales que se estaban representando en ese momento en Broadway. En el teatro Imperial se seguía representando *Medias de seda,* un musical basado en la antigua película *Ninotchka*. Fue el primer espectáculo al que asistió Fujiko en Nueva York, el único al que había ido con Seiichiro los dos juntos.

Después había llegado a ver unas veinte obras, pero a Seiichiro no le gustaba demasiado el teatro. Gracias al abundante dinero que le enviaba su padre, ella solía ir al teatro con invitados que estaban de viaje por el país, y después los llevaba de visita a clubes nocturnos donde les esperaba Seiichiro.

A Frank le sorprendió las numerosas obras que había visto Fujiko, y que obtuviese entradas realmente difíciles de adquirir. Le insinuó que gracias a su trabajo él también podía ayudarle a conseguir entradas, y después le estuvo hablando sobre el ambiente de los camerinos de Broadway.

Al hablar de estos temas Frank se expresaba con ímpetu,

frases rápidas y gesticulando mucho.

En los teatros de Broadway los sindicatos tenían mucha fuerza y habían exigido, aunque no fuese necesario, contratar a muchos trabajadores como personal de escenario o tramoyistas; según decía, en las obras con mucho mobiliario y decoración había cinco o seis hombres impuestos por los sindicatos que no tenían más trabajo que mover un poco las mesas y sillas y el resto del tiempo lo pasaban en los camerinos jugando al póquer; eran conocidos como la *royal family*... En Boston, la tarde de la prueba de una comedia recién estrenada hacía unos días, habían aumentado los problemas entre el director y el autor de la obra y, tras el jovial saludo ante el público vitoreando, el telón cayó roto sobre el palco provocando un tumulto con varios heridos.

... El resto de la conversación se desenvolvió cada vez más rápido, con profusión de expresiones dialectales en los diálogos difíciles de captar para Fujiko. Ella, de vez en cuando, como si se acordase de tener que hacerlo, asentía, aunque en realidad no es que entendiese. Lo hacía porque durante estos meses de vida en el extranjero había aprendido a asentir así para que los demás no se percatasen de que no les entendía.

Sus palabras cada vez eran más rápidas. Hacía años habían publicado en la portada de *Leader* una imagen grotesca de unos labios y lengua pronunciando el alfabeto. De entre los finos labios de un joven entraba y salía la lengua como si fuese un reloj de cuco. Un ojo abierto. El otro cerrado. Largas cejas artificiales de color castaño claro... Como gotas de lluvia, las palabras caían ruidosas sobre la cara de Fujiko. Como desprovistas por completo de significado, con fulgor brillante, una rápida sucesión de palabras que, cuando parecían a punto de interrumpirse, salían de nuevo disparadas de sus pupilas hacia el universo como un prestidigitador que extrae cartas del vacío. De nuevo sartas de palabras sonando como cadenillas agitadas en el aire. Apenas sin sentido... En aquella conversación entre humanos, no había fundamentalmente ningún significado, daba lo mismo escuchar que no escuchar, hablar o no hablar. Durante un intervalo, la afluencia de palabras se desbocaba o no, pero al fin todo era un flujo

continuo de palabras.

«Es evidente que es extranjero.» Fujiko estaba cansada ya de ese silencio lleno de ruidosas palabras. A partir de ahora preferiría caminar sola bajo la lluvia.

Fujiko le dijo que tenía que hacer algunas compras en la Quinta Avenida. Frank, a su vez, dijo que tenía una cita después de comer en Madison Street. Sin embargo ninguno de los dos había terminado todavía de comer. Los dos franquearon la puerta hacia el ambiente gélido y durante un rato caminaron entre el gentío y los paraguas extendidos por la Quinta Avenida, tras lo cual se despidieron.

Seiichiro terminó de leer la larga carta de Kyoko. En ella le hablaba del percance de Shunkichi y las lesiones que habían terminado con su carrera como boxeador, y de Natsuo, contaminado por los lodos del misticismo, incapaz de presentar cuadros en exposiciones.

«Vaya cómo están estos dos, cada uno con lo suyo... —pensó para sus adentros Seiichiro chasqueando la lengua—. ¿Por qué se afanan tanto por acabar con sus vidas? Osamu acabó con su vida de verdad, ¡y ahora también pretende lo mismo Natsuo, e incluso Shunkichi!».

Le afectaba especialmente el fracaso de Shunkichi. Aunque Kyoko le había contado los pormenores de aquel percance rápido e inevitable, Seiichiro no podía quitarse de la cabeza la idea de que Shunkichi, en el fondo, había elegido seguir ese camino.

Seiichiro estaba convencido de que las personas buscan su propio sino. Tras la apariencia fortuita de alguna desgracia, se reconoce a veces que los humanos eligen su destino; igual que escogen la ropa que les quede bien, optan por la tragedia más acorde con su estilo de vida. No obstante, esa convicción provenía de alguien que vivía como un espectador al margen de la acción.

La muerte es un fenómeno ordinario; la destrucción, algo inevitable. Como la luz anaranjada del alba, las señales de la destrucción del mundo se reflejaban claramente desde cualquier ventana. A Seiichiro le desagradaba que tanto Osamu como Shunkichi o Natsuo se hubieran precipitado en su

destrucción personal ante aquel panorama. Por supuesto le parecía indispensable una destrucción «personal» del mundo. Cada muerte, tanto a nivel físico como mental, era como pulverizar un ventanal del mundo haciéndolo añicos. Ellos eligieron la vestimenta que mejor les iba... De todos modos, a Seiichiro le disgustaba esa convicción propia. Él era el único que vivía en desacuerdo con su convicción personal. Él sería el único que jamás se apresuraría ni cedería a las prisas, él pensaba vivir desobedeciendo aquella profética y general destrucción del mundo, una vestimenta que parecía uniformar a todo el mundo. Con ese fin, había ideado un criterio emblemático de propia invención. Consistía simplemente en vivir una vida ajena a él mismo.

Pero Seiichiro tenía además otro motivo. Él temía incluso la tonalidad individualmente trágica de las situaciones que Osamu, Shunkichi y Natsuo afrontaron. Repasándolas ahora, comprendió Seiichiro que sus compañeros tuvieran que pagar caras las consecuencias. Precisamente esa afirmación de la individualidad era para Seiichiro algo anticuado como artículo de lujo. Él era el único que vestía un traje austero, obligado a vivir según vidas ajenas. No importaba que fuese totalmente sin sentido, debía hacerlo de esa manera. Se comportaba como el protagonista de una antigua leyenda persa que, para evitar la mirada hiriente del dios de la Muerte, se ocultaba en el caos del mercado.

Seiichiro escondió la carta que acababa de leer y acto seguido dirigió su atención a un ejemplar del *Herald Tribune* que tenía a mano. En grandes caracteres destacaba un titular completamente opuesto al del fin del mundo:

«¡La economía americana en su momento de mayor esplendor!».

América ya había superado la recesión económica de los años 1953-1954; había sido una recuperación más bien moderada, ya que había terminado sin dejar atrás los niveles de catástrofe mundial tras la primera posguerra, pero con una velocidad inesperada había renovado y ampliado los índices económicos y el crédito nacional había podido superar en veinte mil millones de dólares la previsión de trescientos mil

millones de dólares, logrando un récord histórico para la economía.

La repercusión del auge económico de América se extendía a Europa y Asia. En todo el mundo el bienestar alcanzaba sus mayores niveles de segunda posguerra, lo que desmentía las expectativas optimistas de la economía marxista y demostraba la capacidad de los valores del capitalismo de resurgir como un ave fénix.

Los datos estadísticos con sus explicaciones de las páginas económicas del *Herald Tribune* se parecían más bien al boletín universitario sobre los resultados del equipo de fútbol.

El propio Seiichiro conocía bien aquellos datos y sabía que no se basaban en mentiras ni incurrían en exageración. Se encontraba en un país en pleno auge económico, y cuando iba a las oficinas en Wall Street tenía ante los ojos la prueba de que los augurios de los economistas a principios de siglo habían sido traicionados. La amenaza de la inevitabilidad de la historia ya no se cernía sobre las personas como en el pasado, al igual que aquellas antiguas profecías astronómicas.

Sin embargo, todo aquello era precisamente un presagio claro del fin del mundo previsto por Seiichiro. La propia ciudad de Nueva York era al mismo tiempo un lugar de bonanza económica mundial y la capital mundial de la destrucción. Seiichiro la definía como la «tierra original que encarna la realidad única y definitiva». Nueva York moría y renacía sin descanso, todo lo viejo era demolido y en todo momento había obras de construcción en marcha: junto a un grupo de rascacielos acristalados levantaban un edificio moderno de diez plantas que parecía revestido apenas de una capa fina de cristal. La amplia superficie de vidrio verde de otro edificio parecía en su lugar una cartulina inmensa que reflejaba los viejos y numerosos rascacielos de la ciudad con una tonalidad de color profunda y oscura.

Los ecos lejanos del monstruoso apogeo americano llegaban hasta nuestro país nipónico, el llamado *shimaguni,* o país isleño y cerrado. Su impacto afectaba a un grupo de jóvenes con los que Seiichiro había convivido durante algún tiempo: el actor había muerto, el boxeador estaba lesionado y el pintor rondaba

la locura. Aunque fuese una locura lúcida, no cabía duda de que estaban ciertamente fuera de sí. En efecto, aquel grupo de jóvenes había vivido tragedias individuales típicas de su idiosincrasia. Ellos habían muerto individualmente, pero para Seiichiro no acababa ahí el problema. Ellos no estaban más que dejando su vida como un eslabón en la cadena del renacer. ¡Seguro que les aguardaba, más allá de la muerte carnal y más allá de la muerte espiritual, una especie de «resurrección» grotescamente desagradable!

Evocaba todo aquello la mitología antigua del renacer en las primitivas religiones de tipo agrícola sedentario. Era una visión de la vida difundida por todo el mundo y que había adoptado diversas expresiones, no sólo en Nueva York, sino también en Europa, en la China de Mao Tse-Tung o en los jóvenes estados independientes de Asia y África; era ya la única fe de la modernidad, caracterizada por el hecho de que la historia y el pensamiento habían caído presos de un relativismo incontrolable. Un cierto modo de pensar parecía morir, pero resucitaba. Una cierta ideología superaba la muerte y resurgía de un modo nuevo. Unas y otras ideologías sólo pensaban en matarse mutuamente.

Seiichiro lo percibía de esa manera. Aquellos mitos del renacer eran ya, por sí mismos, síntoma del fin del mundo.

Como él vivía precisamente con la convicción del definitivo e inevitable derrumbe del mundo, tenía claro que nunca tendría lugar dicho renacimiento y resurrección.

... Con todo, era innegable que le gustaba la atmósfera patética que impregnaba la ciudad de Nueva York. Una ciudad sobria y gris, siempre ajena al mañana y al porvenir.

Seiichiro suspiró con satisfacción.

«Osamu murió, Shunkichi lesionado de por vida, de Natsuo qué decir... Exacto, no tengo nada que reprocharles. Criticarlos habría sido una forma de ayudarles. Al menos, gracias a nuestro orgullo, hemos estado hasta el final sin ayudarnos mutuamente. Por eso nuestra alianza pervive intacta hoy día.»

—¿Salimos a dar un paseo? —dijo Fujiko repitiendo la propuesta por enésima vez.

Era un inusual día de domingo en el que no tenían que ir a

recoger a ningún invitado ni ocuparse de atenderlo. Fujiko ya se había cambiado de ropa para salir.

Seiichiro plegó el *Herald Tribune* de mala gana. Realmente no se encontraba de humor. Era la viva imagen del típico marido en un día de domingo.

Pero en ese momento, la perspicaz reacción de Fujiko le puso en un compromiso.

—Mira, a ti no te pega mucho hacer el papel de marido leyendo el periódico. —Después prosiguió—: Tú eres el típico hombre que ya conoce de qué va un titular tres días antes de que se publique.

Seiichiro se tranquilizó al escucharla. Fujiko, como siempre, se limitaba a verlo de la forma que a ella le gustaba imaginar a su marido. Dicha conversación para ella tenía un punto de sofisticación.

Seiichiro se mantenía en guardia ante la inclinación de Fujiko por ese exceso de sofisticación en el ámbito familiar. Una de las principales causas de ello era la soledad de Fujiko. Todos los japoneses expatriados de la ciudad eran sus enemigos; además, con los americanos, a causa de su inglés, no podía expresar su inteligencia, por eso no tenía más salida que hablar de esa manera con su marido. Encima, durante el último mes, él no sabía bien cómo lidiar con esas salidas de su mujer. Era como tener que comer en casa las típicas comidas de restaurante.

Seiichiro se levantó para ponerse la corbata. Igual que cuando era soltero, detestaba la ropa típica de los «fines de semana».

—¿No te parece que podrías ponerte algo más informal para un paseo por el parque?

—No, prefiero que me tomen por un noble de alguna familia ilustre del cercano Oriente —respondió Seiichiro.

En una ocasión, antes de que el propietario de la casa, Jimmy, se fuese a Venezuela, el matrimonio había tomado parte en una broma bien realizada por éste. Jimmy los llevó a uno de sus restaurantes favoritos y presentó a la pareja como miembros de la realeza de Oriente. El jefe de camareros se lo creyó y con mucho respeto trataba a Fujiko de «Alteza». En

aquella época, recién llegados a América, todo le resultaba novedoso y divertido a la pareja.

Al enfilar por la Sexta Avenida, caminaban cogidos del brazo, como era habitual en el extranjero. Así le gustaba hacerlo a Fujiko, y en lo que respecta a Seiichiro, siempre era de su agrado seguir costumbres que le eran ajenas. Andando así, más que un matrimonio japonés, la mandíbula prominente de Seiichiro y su mirada penetrante, junto con el óvalo redondo de la cara de Fujiko y sus grandes ojos, les daban el aspecto de una pareja oriental occidentalizada.

Era un día muy frío. Cada día que pasaba se intensificaba más el invierno. A Seiichiro le gustaba el calor artificial de la calefacción en casa, pero Fujiko prefería a toda costa disfrutar respirando el ambiente al aire libre. En Tokio, en cambio, era una mujer que lo que más amaba era la iluminación tenue de los *night-clubs,* pero ahora en Nueva York, tal vez por la soledad en la que vivía, se había convertido en una amante de la naturaleza.

El «amor a la naturaleza» era un síntoma inequívoco de peligro. Seiichiro nunca había dudado de que su mujer lo amaba y sentía atracción física por él, pero le parecía totalmente contrario a su sensibilidad que su mujer, con delirios de soledad, se sintiese así atraída por la naturaleza. Por diversos motivos ajenos a su voluntad, a menudo no estaba a su lado, pero a la vez le disgustaba verla sintiéndose sola. Contrariamente a lo esperado, él siempre aspiraba al conformismo, mientras que ella tendía al individualismo. Antes de casarse, cuando la veía a ella hacer gala de su inteligencia, Seiichiro pensaba que estaba ante una mujer que se convertiría en una «esposa convencional amante de su marido».

Pero en el lecho conyugal ella realmente era sincera. Desde su llegada a Nueva York, en ocasiones había llegado a quitarle protagonismo a su marido. Sin embargo, Seiichiro lo atribuía a la soledad de Fujiko. Aunque a veces pensaba que no era más que una intromisión impúdica de las costumbres americanas en el lecho de un matrimonio japonés.

Como era domingo, a excepción de los restaurantes, la mayoría de los establecimientos estaban cerrados. También era

escasa la gente por la calle. Si se eliminase el perfil nítido de los edificios de piedra de las vistas del cielo nublado de tonos nevados, las calles habrían mostrado un cuadro cobrizo bajo las nubes.

La pareja, cogida del brazo, prosiguió su paseo hacia las arboledas con escarcha de Central Park.

«Pasear es un mal hábito, fomenta la soledad.»

¿No habría nadie dispuesto a colgar un cartel de advertencia semejante a la entrada del parque? Afortunadamente, hacía tanto frío y estaba tan nublado que no se veía a personas solitarias ocupar los bancos de Central Park disfrutando del sol. Hojas caducas alfombraban los árboles de todo el parque.

Entre el ramaje de la copa de los árboles se filtraba el cielo plúmbeo y gélido de Nueva York.

—¿Tal vez te gustaría componer un haiku? —dijo Fujiko en tono irónico.

Seiichiro se sorprendió, ya que por un hábito de la costumbre estaba buscando la manera de dar con la expresión para describir la copa de los árboles otoñales.

—Hay una poeta que con motivo de su viaje a Brasil escribe cada día cincuenta haikus. Debe de ser fantástico poder escribir así.

—Aunque la poesía también puede fomentar la ambición, ¿no crees? —Como siempre, Fujiko amaba la palabra «ambición».

—En el caso de la mujer, no sé si es la palabra adecuada —dijo Seiichiro tratando de mostrar algo de superioridad masculina.

En pleno camino había un grupo de palomas, que parecían haber adquirido el mismo tono invernal del cielo por su colorido. También había algunas personas mayores paseando con sus perros. Dos señoras mayores llevaban dos perros imponentes, y de porte incluso más bello que el de sus dueñas. Las mujeres hablaban ajenas a sus perros, que retozaban y se peleaban. Las dos siguieron como si nada hablando un buen rato. Los perros de vez en cuando dejaban de jugar a pelearse y se abalanzaban sobre las palomas, que salían volando. El campo de visión de Seiichiro y Fujiko se llenó al instante de

palomas. Las plumas, al batir de alas, se esparcieron por el cielo helado como un golpe de cristal fragmentado sobre sus mejillas.

Lo que más les gustaba a los dos de Central Park eran las ardillas. Cuando venían a pasear, compraban bolsas de avellanas sin pelar en los puestos ambulantes. Algunas ardillas se quedaban mirando fijamente a la pareja con una garra apoyada contra el pecho y ladeando el cuello. Otras aferraban una avellana y volvían corriendo con las demás. Sin embargo, las ardillas más listas, desde lejos, a veces rompían la cáscara rápidamente a un metro de distancia y se quedaban un buen rato comiendo ahí mismo aferrando la avellana entre las garras. La vivacidad del movimiento minucioso de los dientes blancos de las ardillas contrastaba con la desidia sugerida por las hojas enrojecidas, el cielo gris y el bosque de tintes melancólicos.

Más allá de las arboledas, se veían las hileras de edificios de Central Park bajo una luz apagada de ciudad lejana y desconocida.

Fujiko no se cansaba de darles avellanas a las ardillas. Seiichiro, en cambio, enseguida se aburría. Recordaba una ocasión en que paseaban en una clara tarde otoñal y de repente, a la sombra del follaje rojo, salió una prostituta negra muy joven que le guiñó un ojo. La mujer negra, a pleno día, llevaba un sombrero rojo, un vestido negro y un bolsito también rojo, y el pelo teñido de rubio chillón; mientras le hacía una mueca con los labios de intenso rojo, se apoyaba con una mano en el tronco de un árbol con las hojas de pardo color rojizo...

—Está nevando —dijo Fujiko levantándose mientras miraba la copa blanquecina de los árboles.

Seiichiro lo puso en duda. Alargó la palma de su mano al aire y no había nieve. Sin embargo, al cabo de un rato vio, unos finos copos de nieve como ceniza que se posaban sobre las mangas de su abrigo para al poco desaparecer.

—Sí, está nevando —volvió a repetir Fujiko. Empezó a moverse con entusiasmo infantil. Seiichiro observaba a su mujer como si contemplara una danza.

Por mucho que se hubiera mentalizado para vivir una vida irreal, aquello superaba con creces sus imaginaciones. Fujiko, al parecer, estaba deseosa de comenzar una batalla de bolas de nieve a pesar de que apenas había empezado a nevar.

«Nosotros somos jóvenes», parecía decir Fujiko con sus gestos corporales. Ciertamente, Seiichiro apenas rondaba los veintitantos. Sin embargo, la juventud en la que pensaba Fujiko era un concepto universal hueco que había traído de Japón y que desde siempre, en algún lugar de su corazón, tenía algo de cierto anhelo por lo dramático de la vida cotidiana. Con el paso de los años, Seiichiro también se habría sentido atraído por la frivolidad de la juventud. Sin embargo, ahora era demasiado joven para eso.

La pareja, que en apariencia parecía alegre y feliz, pasó junto a una pista de patinaje y se encaminó hacia lo alto de una colina donde se ubicaba un pabellón hexagonal parecido a los templos japoneses antiguos. El lugar transmitía calidez, con las luces encendidas tras las ventanas a pleno día bajo la nevada.

Observaron el edificio desde fuera. Los cristales de las ventanas estaban empañados y apenas se veía a numerosas personas en el interior; por otra parte, así no se oían las risas ni rumor de voces, sólo el crujir del ramaje de los árboles rozándose. En la pesada puerta de la entrada se leía: ADMISSION FREE.

Seiichiro abrió la puerta y entró primero. El interior estaba muy caliente debido a la calefacción y era tan denso el humo de los cigarrillos que apenas se veía la cara de la gente. No era un interior muy amplio, pero estaba a rebosar. Había muchas mesas en las que se jugaba al ajedrez o las damas. Al parecer, era un lugar de acceso gratuito para jugar a estos juegos. Alrededor de cada mesa había numerosos grupos de espectadores que observaban el desarrollo del juego fumando cigarrillos o pipas. A lo largo del perímetro hexagonal de la sala, había banquetas para sentarse, aunque quedaban asientos libres. A pesar de todo, apenas se escuchaban voces altas o risas, y nadie parecía prestar especial atención a la pareja de japoneses recién llegada.

Cuando sus ojos se fueron acostumbrando al ambiente, tanto Seiichiro como Fujiko se dieron cuenta de que en el lugar no había más que viejos. Todos con ropas modestas, pelo canoso o calvos. En particular, un viejo absorto en el juego de las damas tenía la frente surcada de profundas y horrorosas arrugas. En toda la sala emanaba un olor peculiar, el olor de la tercera edad. Las arrugas pendían como estalactitas de la mandíbula de un viejo. Entre las arrugas, la piel estaba plagada de manchas propias de la vejez. Los hombres sentados en las banquetas parecían estar ahí sin más objetivo que el de recibir el calor de la calefacción, apenas hablaban, como pajarillos posados sobre un árbol, y los párpados, como de metal medio entornados, y un ligero temblor en el mentón... En aquel ambiente cargado negro y gris, sólo el color rojo y blanco de las piezas de ajedrez y las damas daban colorido al conjunto.

Fujiko siguió a su marido hasta la salida. Nada más franquear la puerta, percibieron de nuevo el frío tiritando. Cuando salió, la pareja tampoco llamó especialmente la atención de nadie. Los viejos sentados en las banquetas los observaron por un momento sin apenas mostrar movimiento en sus pupilas.

—Deben de ser vagabundos, qué lástima —dijo Fujiko acordándose de su acaudalado padre.

—No, son pensionistas. No tienen problemas de subsistencia. Lo que pasa es que están acostumbrados a pasatiempos que no cuesten dinero —le explicó Seiichiro.

Fujiko, tras haber presenciado esa escena, parecía curada de su patológica alegría. Seiichiro también continuó andando en silencio unos instantes. Los dos siguieron caminando sobre la nieve, que caía cada vez con más intensidad; atravesaron un camino hacia la parte este del parque hasta que llegaron a una explanada en la que destacaba bajo la nieve una gran estatua en bronce de un hombre a caballo.

Seiichiro se quedó quieto unos instantes con la boca entreabierta observando la postura trágica del héroe esculpido en bronce.

—¿De qué te extrañas? —dijo Fujiko llena de curiosidad por la media sonrisa esbozada por Seiichiro.

—No es nada, me he acordado de la estatua de Kusunoki Masashige ante el Palacio Imperial de Tokio. Es un monumento que siempre veía durante mis descansos al mediodía.

Fujiko se sorprendió ahora todavía más al ver la sencilla nostalgia de su marido por su patria.

Seiichiro aparcaba su Packard negro y blanco de 1951 en un garaje del centro por veinticinco dólares al mes. Cuando iba a trabajar, utilizaba el metro; el coche sólo lo usaba para acompañar o recoger a alguien en el aeropuerto o para dar una vuelta por las afueras de la ciudad.

El próximo sábado los habían invitado a cenar a casa de Tastuno en Purchase, en el estado de Nueva York, y Seiichiro y su mujer fueron a por el coche al garaje de West Thirtyfifth Street.

Tatsuno Nobihide era el presidente de la Asociación de Japoneses, pero la protagonista de la velada sería su hermana, la esposa de Yamakawa Kizaemon. A la señora le disgustaba permanecer al lado de su marido enfermo, y hacía unos años había venido de viaje a América. Se hospedó con el hermano viudo y desde entonces se quedó a vivir con él. De vez en cuando llegaban noticias sobre el inminente final de Kizaemon. En dicha situación, debería regresar a Japón, pero el marido, pese a su débil condición física, seguía vivo gracias a un maestro de *shiatsu* un tanto sospechoso. La señora hablaba de su marido en Japón como «ese fantasma», y en público solía decir: «Gracias a mí, el fantasma sigue vivo. Si por compasión yo volviese a casa, él se moriría de la sorpresa».

Con todo, la esposa amaba la Sociedad Yamakawa como si de un hijo se tratara. Por ese motivo, de vez en cuando, invitaba a cenar a empleados de la empresa a la residencia de su hermano. Al director de la filial lo invitaba regularmente, mientras que a los demás empleados los invitaba por turnos equitativamente. Esta vez le tocaba a Seiichiro, que se tomó la invitación como si tal cosa.

El trayecto desde el centro de la ciudad a Purchase duraba una hora y media, por lo que no podían retrasarse demasiado. La pareja paró un taxi ante el apartamento y se apresuraron hacia el garaje. El joven y obeso empleado del aparcamiento

les atendió con aire adormilado y un acento cerrado de Brooklyn apenas comprensible. Al rato, por fin trajo el Packard. El coche, sin señal de que le hubiesen limpiado los cristales, estaba tan sucio como cuando lo dejó aquí días atrás en un día de lluvia, y encima se había quedado sin batería. Seiichiro, enfadado, le dijo que inmediatamente arreglase la batería. La pareja, mientras, esperó pasando frío a la intemperie fuera del garaje. El viento del norte soplaba racheado como un torrente a través de los bloques de altos edificios. Fujiko, que bajo el abrigo llevaba el vestido para la cena, se levantó las solapas para protegerse la cara del frío.

—¿Todavía no está? ¿Qué es lo que hace?

—No creo que tarde.

No dejaban de repetir este diálogo mientras esperaban, y entretanto la voz de Fujiko denotaba su creciente enfado.

—¿No sería mejor esperar en algún lugar caliente tomando algo?

—Espera un poco. En cuanto lo arregle, saldremos. No tenemos demasiado tiempo.

—Pues entonces, ¿por qué no le metes prisa?

—Se lo he dicho ya dos veces... pero esto no es Japón.

—Claro, como somos japoneses, nos toma por tontos.

—Eso son victimismos típicos del japonés en el extranjero. En Nueva York casi todo el mundo es extranjero; si se pusiesen a considerar de qué nacionalidad es cada uno, no podrían ni hacer ningún negocio.

—Pues entonces deberías dejar de comportarte con la cortesía característica de los japoneses.

—Basta con comportarse normalmente. Eso es lo que yo estoy haciendo.

—Si mi padre estuviese aquí... Él habría llamado por teléfono a algún empresario americano conocido haciendo ver que despediría inmediatamente a ese gordo gandul.

Seiichiro pensó decirle: «¿Y quién le hará de intérprete?, ¿yo?», pero desistió. Kurasaki Genzo no sabía hablar bien inglés.

Fujiko era consciente de que mencionar a su padre era una afrenta al amor propio de Seiichiro, y él sabía que no se

trataba de un inconsciente afecto de la hija por el padre, sino de algo dicho muy adrede, por lo cual evitó enfadarse. Seiichiro no había aceptado el matrimonio teniendo que reprimir el orgullo, como era habitual en los que tomaban el apellido de su esposa al casarse. Pero sí le sorprendía la maldad de las mujeres con padres poderosos que las empujaba a ofender tanto. Eran otras cosas las que podían herir su amor propio, ya que, tanto mental como sentimentalmente, se sentía lejos de luchas ambiciosas por el prestigio social, y le gustaba creer que al fin todo quedaría reducido a ruinas.

Mientras viviese fiel a un estilo de vida ajeno, no debería establecer ningún vínculo con la forma de ser de los demás. Por extraño e inquietante que fuese, ¡en su corazón podían arraigar «pasiones ajenas» y verse empujado a reaccionar como los demás!

Sin embargo, Seiichiro, admirablemente, logró contener su enfado. Su entrenamiento estoico le era muy útil en situaciones como ésta. Lograba contener decididamente la invasión de emociones ajenas para evitar derrumbarse, y mantener una actitud serena. La filosofía de vida que más útil le resultaba era el estoicismo de representar un papel ajeno tomado de prestado. Exteriormente parecía estar aguantándose con paciencia. Pero la realidad era diferente. Se esforzaba por destruir los estados mentales opuestos a su teoría.

La reparación del coche llevó cerca de una hora. Fujiko, de mal humor, estaba callada, pero en cuanto el coche se puso en marcha, dijo, poniendo su mano helada, a pesar de los guantes, sobre la cara de Seiichiro:

—Enciende enseguida la calefacción. Mira cómo tengo las manos.

Seiichiro apartó la cara y eso exacerbó más el mal humor de Fujiko, que se puso a llorar. El coche salió desde East Fortyfirst Street para después enfilar Roosevelt Drive a lo largo de East River. Cuando la carretera silenciosa avanzaba hacia la parte norte de la isla de Manhattan, Fujiko aún lloraba.

Litigar antes de una fiesta era algo muy americano. Seiichiro, mientras conducía, esperaba que su mujer se fuera calmando. Una vez que cruzasen el puente para entrar al

Bronx, ya habría dejado de llorar, se decía. Después, hasta la llegada a Purchase, tendría tiempo de arreglarse el maquillaje. Sus previsiones se cumplieron con precisa exactitud y el joven marido se sintió reafirmado en su correcta intuición de la vida.

Mientras se arreglaba el maquillaje, al mirarse en el espejo a Fujiko le pareció descubrir su característico rostro de mujer japonesa. Inconscientemente, trataba de recobrar un ánimo acorde con esas facciones y dijo:

—Perdona. No es que me enfadase contigo. Pero es que hacía tanto frío, y me sentía abatida... Es como si de repente hubiera explotado toda la soledad que llevo acumulada dentro.

Después recuperó su habitual cinismo:

—Si me lo propongo, en cualquier momento puedo hacer de esposa que se queja. Además, me gusta mucho tu cara cuando, callado, tratas de no perder la calma. De vez en cuando, mientras lloraba, te miraba por el rabillo del ojo, pero tú ni pestañeabas.

Seiichiro rompió el silencio acordándose de su suegro:

—La señora Yamakawa ha sido siempre la mujer ideal para tu padre, debes causarle una buena impresión.

Purchase era una espléndida población situada en medio de una foresta, con casas ajardinadas en diversos estilos. Aquí vivían personas acaudaladas con unos gustos particulares. El Country Club de la localidad databa de finales del siglo xix.

Tasuno Nobuhide era el primogénito de un vizconde, había llegado a América hacía ya muchos años y nunca había vuelto a Japón. Cuando el actor Hayakawa Sessue trataba de ganar popularidad en Hollywood, él se hizo popular en la sociedad de Boston, se casó con una mujer de una familia de renombre y enseguida se trasladó a Nueva York. No había trabajado en toda su vida. Había sido nombrado presidente de la Asociación de Japoneses, y durante la guerra tuvo que estar en campos de internamiento; sin embargo, con muchos esfuerzos, aumentó su capital desde que llegó a América hasta el día de hoy. En Japón eran inusuales personas de ese estilo, que viviesen sin trabajar. La clave del éxito de Nobuhide había sido lograr vivir según las formas de la antigua nobleza de Japón sin ceder nunca en sus principios.

La señora Yamakawa apreciaba más a su hermano que a su marido. Haberse convertido en la esposa del barón Kizaemon derivaba de una estrategia ideada por Nobuhide antes de su marcha de Japón, de manera que en los inicios de la guerra del Pacífico éste consideraba la Sociedad Yamakawa su propia caja de caudales. Cuando había una solicitud de préstamos extranjeros para las empresas asociadas al *zaibatsu* Yamakawa, Nobuhide no utilizaba su propia influencia, y del resto jamás le interesó poseer ni una acción.

En la mansión de Purchase había diecisiete dormitorios, y la señora Yamakawa había destinado a los huéspedes las estancias en la zona con mejores vistas. La mujer no se preocupaba en absoluto por los años que había vivido manteniéndose gracias a su hermano. Esta clase de gente pensaba en cuestiones económicas teniendo en cuenta periodos de cincuenta años. En el pasado Nobuhide había recibido muchos favores de la Sociedad Yamakawa; por eso ella ahora podía recibir todas las atenciones por el hecho de que el primogénito de Nobuhide, nacido en un matrimonio mixto, era profesor en la Universidad de Harvard, y en un futuro ciertamente la empresa de la familia recibiría beneficios por ello. Además, el hermano era viudo, y para recibir a los huéspedes era necesaria la señora Yamakawa, que hacía las veces de anfitriona. Ella además parecía haber nacido para cumplir dicha función, aunque en Japón apenas habría tenido esa oportunidad.

—Conviene que usemos nuestra pertenencia a la nobleza —fue lo primero que le dijo la mujer al hermano enviudado—. La Sociedad Yamakawa ya no es vendible.

—Eso lo sé de sobra. Ya llevo cuarenta años moviéndome en esa dirección.

—En Japón los títulos nobiliarios son ya como medallas de anticuario, pero aquí debes presentarme ante todos como la baronesa.

—Una mujer tan vital como tú no parecerá una de esas nobles decadentes.

—En cualquier caso, en Japón, por delgadas y ajadas que estén, las mujeres nobles aún gozan de cierto prestigio, no

como las duquesas y condesas italianas, que viven la mayor parte de sus vidas sumidas en la pobreza.

El coche de Seiichiro entró en la plazoleta de acceso a la fabulosa villa de arquitectura antigua. Estaba rodeada de bosques de coníferas, y daba la impresión de que una parte del antiguo Tokio de antes de la guerra renaciese en las afueras de Nueva York en un ambiente de solemne tranquilidad. Salió un mayordomo entrado en años a recibirlos.

Fujiko estaba algo nerviosa. Seiichiro, al darse cuenta, se rio un poco, como era de esperar. En la hija del hombre de negocios de la posguerra el padre había inculcado, mucho más que en Seiichiro, el sentido de autoridad de la antigua familia Yamakawa, razón por la cual Fujiko se veía incapaz de presumir del prestigio de su padre ante su marido porque en esa ocasión todas las atenciones se centrarían en aquella señora anfitriona envuelta en un halo de esplendor legendario que había dominado la vida de su padre.

—¿Se me nota que he llorado? Los ojos enseguida se me enrojecen.

No se fiaba del espejo, y desde que habían llegado a Purchase le preguntaba lo mismo a Seiichiro.

—Llegamos una hora tarde. ¿Qué vamos a hacer? Creo que lo mejor será explicar honestamente lo que ha pasado, ¿no? —le dijo inquieta a Seiichiro. Normalmente Fujiko no se comportaba así, pero en esos momentos estaba asustada y nerviosa como una chica de provincias y se sentía cada vez más admirada de la sencillez de su marido y de su semblante tranquilo y seguro. Cuando el coche cruzaba el umbral de la mansión, dijo con incredulidad infantil:

—¿Es que no estás nervioso?

—¿Por qué tendría que estarlo? A mí, ya de antemano, me consideran un hombre de principios —dijo Seiichiro con naturalidad mientras detenía el coche.

La señora Yamakawa les presentó a los invitados. Entre ellos había una pareja que perteneció a la familia real japonesa, ahora en Nueva York por vacaciones, el director de la Cámara de Comercio japonesa en Nueva York, el cónsul general de

Nueva York, el embajador de Portugal con su esposa, que habían parado en Nueva York en su viaje de regreso a Portugal. Había, además, otros invitados japoneses y otras siete parejas de matrimonios de mediana edad americanos.

Seiichiro observaba con interés a la señora Yamakawa. Debía de estar más cerca de los sesenta que de los cincuenta años, y mostraba sin vergüenza sus canas sin incurrir en vestimentas ridículamente juveniles para su edad. Con todo, en medio de las demás mujeres americanas con labios de profuso maquillaje carmín, ella parecía más juvenil y vital. La altivez del cuello, su bella nariz y su mirada penetrante, aunque no particularmente sonriente, el vestido de noche perfecto sobre sus hombros: en conjunto, parecía imponerse a las personas a su alrededor con un aire de nobleza y autoridad. La piel de su cara ciertamente estaba algo estropeada, hecho que no trataba de disimular, pero la piel de sus hombros descubiertos brillaba espléndida a la luz de los candelabros, con un porte encantador y voluminoso, como los de una mujer de apenas treinta años.

A pesar de tener un rostro diferente y de que pudiesen ser madre e hija, a Seiichiro le daba la impresión de que la baronesa se parecía mucho a Kyoko. En cuanto a condición social, la señora Yamakawa gozaba de mucha más posición que su amiga, era como una Kyoko de dimensión mundial. No sólo en aquella ocasión Seiichiro había tenido esa impresión. Cuando le encargaron para el puesto en la empresa, fue a saludarla acompañado por el director de la filial —Fujiko se abstuvo de acompañarlo porque aún no era oficial su llegada a América—, y ya entonces, a pesar de la brevedad del encuentro, tuvo dicha impresión.

Sin embargo, su carácter decidido y su cordialidad fríamente desinteresada contrastaban mucho con el carácter de Kyoko. Ella vivía retirada a pesar de ser un personaje público. No obstante, a pesar de esas diferencias, desde la primera vez que cruzó el umbral de la mansión Seiichiro tuvo la impresión de que allí se respiraba una atmósfera similar a la de la casa de Kyoko, aunque en la villa americana esa atmósfera estaba ligeramente alterada, resultaba más amplia, más profunda, y dificultaba comprender a las demás personas.

En el rostro de Yamakawa, apenas sonriente, y en sus ojos, que no transmitían excesiva cordialidad, se adivinaba terquedad de carácter. De ahí que fuese bastante imaginable su escaso aprecio por su marido. Ella jamás había olvidado el lujo del pasado.

Seiichiro, mientras hablaba con otros invitados, observaba desde lejos los ojos de la baronesa. En sus ojos brillaba continuamente la capacidad de juicio; juzgaba sin miramientos a las personas, no le importaba la condición social ni riquezas, ella despreciaba claramente a la gente banal.

Entre los invitados había uno que entraba en dicha categoría. Era un intelectual famoso en Japón, regordete y achaparrado, rondaba los cuarenta y estaba de viaje en el extranjero por primera vez; no hablaba ni una palabra de inglés y en cada ciudad a la que iba se pasaba por la Asociación de Japoneses. La señora Yamakawa lo observaba como si estuviera observando un escarabajo gracioso y feo, una especie de escarabajo pelotero.

—Tal como había oído, impone respeto la señora —susurró asustada Fujiko al oído de su marido. La baronesa la miraba como si no fuese más que una chiquilla.

La decoración del salón mezclaba acertadamente el estilo victoriano con elementos orientales, evocando a los invitados japoneses una atmósfera muy familiar desde antiguo. Las repisas de caoba negra casaban bien con los objetos lacados, los diseños de laca con nácar o de *cloisonné* combinaban perfectamente con la porcelana china. Los muebles de pata cabriola estaban colocados ante biombos del periodo Momoyama, y sobre la chimenea, en la que ardía un fuego vivaz, repisas en mármol italiano decoradas con vasijas de cerámica Kutani.

Los invitados aún estaban tomando la copa del aperitivo cuando el cocinero, que el dueño de la casa había hecho venir de Japón antes de la guerra, hizo que los camareros sirvieran bandejas de entrantes, en cada una de las cuales la comida estaba dispuesta de forma que semejase el monte Fuji: santuarios con pórtico, templos, estanques, puentes, grullas, etcétera; todos los platos recibieron el elogio de los presentes.

El director de la filial, tras solicitar permiso a la señora Yamakawa, se acercó con su cámara fotográfica japonesa a Seiichiro y su esposa.

—Dado que hoy es una ocasión especial, propuse a la señora Yamakawa tomarse una fotografía juntos de recuerdo para la señora Yanagimoto...

La anfitriona de la velada se colocó resueltamente junto a los cónyuges y, sin siquiera saludar, se dedicó a posar ante el objetivo. A Seiichiro le pareció que los hombros de la señora Yamakawa estuviesen calientes por los efectos del alcohol. Se tardaba bastante en ajustar el objetivo de la cámara. Además, un invitado americano mostraba insistente interés en la cámara japonesa importunando al ya de por sí nervioso fotógrafo.

—Qué envidia le dará a mi padre cuando vea esta fotografía.

—El señor Kurasaki, ¿verdad? Yo también era bastante joven por entonces —dijo la señora Yamakawa; como era de esperar, mostró una sonrisa radiante y, con una agradable voz, dijo—: Fue en 1927 durante mi primer viaje a India, me acuerdo bien de que él nos acompañaba en nuestro desplazamiento.

—Desde entonces mi padre sueña con usted.

—Serán pesadillas, pobrecillo.

Incluso Seiichiro percibió por encima de los hombros de la señora el apuro de su mujer al otro lado, casi sin atreverse a respirar.

—Créame, sigue fascinado a día de hoy.

—¿Tan profundo le pareció nuestro encuentro?

A continuación la señora Yamakawa, esta vez volviéndose hacia Seiichiro, lo miró con gesto de sorpresa, al estilo de las mujeres latinas. El obturador de la cámara estaba listo y el director reclamó su atención en voz alta, despertando, a su vez, el interés de otros invitados.

—Nos estaremos quietos —dijo ella mirando al objetivo.

Uno de sus dedos con sortija de diamantes tocó la palma de la mano de Seiichiro. No pudo evitar otro comentario más:

—Qué fotógrafo más incompetente.

Con la misma mirada que ponía al observar un insecto

indiferente, fijó la vista ante el director y el objetivo de la cámara fotográfica.

Fujiko, nerviosa, todavía no conseguía tranquilizarse. Era la primera vez que veía a su marido en semejante situación; él estaba sereno, con un tono de voz seguro al hablar con la señora Yamakawa, como si la hubiera conocido en un bar.

Seiichiro, por su parte, tenía motivos para sorprenderse. Cuando dirigía la palabra a la baronesa, le parecía estar hablando con Kyoko y, casi sin darse cuenta, contravenía su regla de no mostrar aspectos de su verdadero carácter más que en casa de su amiga. No era una cuestión de saber estar, le salía de forma natural su predilecto tono despectivo. Se sentía alegre. También le infundía seguridad que su breve pero fluida conversación conectase con la misma frecuencia de comportamiento despectivo de la señora Yamakawa.

«A partir de ahora podré comportarme así con ella —pensó —. Y lo más agradable de todo es que los dos nos reímos de Kurasaki Genzo».

Una vez que la pareja, ya en otra esquina del salón, se había alejado de la señora Yamakawa, Fujiko no tenía la impresión de que se habían reído de su padre. Al principio se sorprendió un poco, pero después recuperó su peculiar alegre cinismo y con tono halagador dijo a su marido:

—La verdad es que tienes valor. Me has sorprendido de verdad.

Sentada ante la chimenea, una señora americana se entretenía con un juguete japonés en forma de bola. Era un juguete producido en Hakone con una difícil estructura de piezas diversas de madera pequeñas y grandes, pero una vez desmontado, no era nada fácil recomponer sus piezas de forma exacta. El objeto llamó la curiosidad de muchos huéspedes interesados en la difícil operación.

Por más que lo intentase, la señora se desesperaba porque había una pieza que no acababa de encajar y otra que sobresalía; al final, con una exclamación, dándose por vencida, lo dejó. Seguidamente, el invitado japonés que había pertenecido a la nobleza con un dedo regordete presionó el huevo y con mucho cuidado lo desmontó por completo y

comenzó a reconstruirlo.

Seiichiro se percató de que su esposa estaba en un rincón alejado del salón y había sido atrapada en una conversación con una señora americana de mediana edad. A su lado también estaba el cónsul general. Desde lejos, Fujiko tenía un aire infantil, y precisamente por ello resultaba bella.

Seiichiro sintió de nuevo en la palma de su mano el tacto frío de un anillo punzante como una espina. Esta vez tuvo la impresión de que el dedo ejercía cierta presión.

—Gracias al huevo, la anfitriona puede tomarse un descanso —le dijo la señora Yamakawa—. Quien ejerce de anfitriona es una persona ideal como ese huevo, complicado, incomprensible, un auténtico misterio y, no obstante, construido con una sola pieza de madera.

—Esos juegos no están hechos para usted, ¿verdad?

—Así es. No me gusta parecer misteriosa.

Mientras tomaba un cóctel, la señora Yamakawa invitó a Seiichiro a acompañarla a un ángulo del salón donde pudiesen hablar los dos solos. Las ramas de arce de hojas enrojecidas colocadas en un vaso de *cloisonné* japonés sobre fondo negro los protegerían de las miradas ajenas.

—¿Practica algún deporte? —le preguntó la señora Yamakawa.

«Ya llegó, el primer malentendido de rigor. Los hombres deportistas generan cierta fascinación, pero en el fondo son considerados simples.»

—Hago deporte de vez en cuando, pero no practico ninguno en particular —contestó Seiichiro cortésmente.

El tono de la baronesa se volvió de repente autoritario, imperativo, insistente pero claro:

—En la ciudad a veces se celebran fiestas secretas mucho más interesantes y no tan aburridas como ésta. Si le apetece venir a una de esas fiestas, podría ser su acompañante.

—Sería un placer.

—Me fío de usted, pero debe mantenerlo en secreto. Le llamaré por teléfono a la empresa para hacerle saber el día. Usaré el nombre falso de Kimura, le aconsejo que mantenga la discreción también en la oficina.

Seiichiro asintió con una sonrisa ingenua y simple. Después, la señora le acarició ligeramente un dedo y se marchó apresuradamente.

Se abrió la puerta corredera del comedor y el mayordomo anunció a los invitados que la cena estaba servida.

El antiguo miembro de la nobleza japonesa permanecía tan absorto en componer las piezas del huevo que no estaba muy por la labor de cenar. El huevo era como el pequeño dominio de un rey del pasado en el que sus dedos regordetes se viesen en dificultades.

—Déjalo ya y vamos a por unos huevos fritos —le dijo la mujer americana de antes posando sus manos con uñas pintadas de rojo sobre sus hombros.

La foto de la velada enseguida estuvo lista y Fujiko se la envió a su padre. Éste le contestó rápidamente. En una carta escrita a pluma, bien diferente a las breves cartas de trabajo que escribía, él comentaba sus impresiones y sueños del pasado, que aún percibía en el presente. Estaba muy alegre de ver a su hija, ya crecida, al lado de la que en un tiempo fue considerada la emperatriz del capitalismo japonés, y en este sentido se sentía obligado a darle las gracias a su marido Seiichiro por haber accedido a trabajar en la Sociedad Yamakawa. Esta demostración de sentimientos anticuados provocó en Fujiko un intenso desprecio por su padre. Le pareció la declaración escrita del dependiente de un comercio. De repente sintió rabia al recordar el miedo que experimentó al conocer por primera vez a la señora Yamakawa a causa de la influencia tan grande que había ejercido sobre su padre.

La frialdad de la mirada de la baronesa fue increíble. De hecho, no le dirigió realmente la palabra en ningún momento. Aquella noche no se preocupó demasiado, pero pasados unos días, cuando llegó la respuesta de su padre, sintió una punzante humillación y mortificación. Tenía la impresión de que la baronesa representaba la desconfianza que todos los japoneses residentes en Nueva York experimentaban hacia ella. Además, la situación desoladora en la que se encontraba se debía a que su padre, con un pretexto especial, la había hecho partir a América junto a su marido. Al darse cuenta de este

detalle de amor paterno, Fujiko sentía cierto rencor por la ingenuidad de los sentimientos de su padre, olvidando que ella expresamente quiso venir con su marido. Sus sentimientos no reconocían a la hija caprichosa que no consideraba el amor paterno y la mentalidad de negocio sino como símbolo barato inseparable del padre.

Tras un año de matrimonio, su estado de ánimo no parecía el más indicado para ejercer el rol de esposa entregada a su marido. Durante el tiempo que Seiichiro viajaba por negocios a Chicago, ella se quedaba completamente sola.

De los siete departamentos de la filial de Nueva York, el de maquinaria, al que pertenecía Seiichiro, era el más activo y el que tenía más clientes. El noventa por ciento de los clientes venidos de Japón eran recibidos por la sección de maquinaria, y en cada ocasión los trabajadores debían repartirse la tarea de ir a recoger a los visitantes a los tres aeropuertos de Nueva York.

En el edificio de estilo antiguo en Wall Street trabajaban un centenar de empleados, entre los cuales cuarenta que pertenecían al grupo del director habían sido enviados desde Japón. El resto había sido contratado en América. Entre ese grupo, algunos eran blancos, y otros americanos de segunda generación. Había también mecanógrafos y taquígrafos.

Seiichiro llegaba a la oficina cada mañana a las nueve y media y trabajaba hasta pasadas las seis. Nada más llegar al despacho, se encontraba con una gran cantidad de telegramas procedentes de Japón acumulados durante la noche. Los leía y se ponía en contacto con los fabricantes. Luego traducía mentalmente al inglés los textos en japonés, se los dictaba al taquígrafo y después enviaba el documento de oferta a la empresa interesada. En estos intercambios había de todo un poco, desde asuntos importantes hasta consultas insignificantes que no había necesidad de preguntar expresamente desde el otro extremo del Pacífico. Ése era su trabajo cotidiano en la oficina.

Los empleados destinados a Nueva York estaban muy ocupados. También Seiichiro, aunque joven, cargaba sobre sus hombros tres veces más trabajo que el realizado en la empresa

matriz de Tokio. Como había poco personal, estaban muy ocupados, las tareas y el área en la que debía interesarse eran muy amplias. Estando en la matriz de Tokio, era raro que se aprobaran documentos según su dictamen, pero desde Nueva York podían aprobarse mandatos con la sola firma de Seiichiro, aunque habrían requerido la firma del jefe del departamento de haber estado en Tokio. Para responder un telegrama recibido de Tokio tampoco debía ir a preguntar el parecer de los varios responsables del departamento.

Le resultaba placentera la impresión de que la mesa de su despacho de repente fuese más amplia. Esto no se traducía en un mayor poder ni en una mayor libertad. Era sólo la sensación tangible de todo cuanto un joven sueña y desea, reconocimiento social, un deseo hecho realidad. A Seiichiro le gustaban las sensaciones que los jóvenes anhelaban a toda costa tocar con sus propias manos y marcar con su impronta. Los jóvenes perciben tales sensaciones cuando realizan dichas ambiciones y creen haber dominado el mundo. Los jóvenes aman la exageración. Morirían a gusto apretando entre sus manos un puñado de tierra como si tuviesen agarrado al mundo entero.

El departamento de maquinaria en aquel momento se encargaba principalmente de maquinaria para la explotación de recursos hidroeléctricos, así como de la importación de nuevas láminas para promover el proyecto de racionalización de la sociedad siderúrgica. De hecho en aquel departamento tomaban forma las tendencias más vanguardistas de la economía japonesa. Por fin dio fruto el proyecto de modernización de la energía eléctrica, que Matsunaga Yasuzaemon abrigaba desde tiempo atrás. Se puso en marcha el plan de un sexenio de desarrollo de los recursos hidroeléctricos a partir de 1995, al unísono con el plan económico de seis años adoptado por el gobierno. Como consecuencia, en un breve plazo de tiempo se habían recibido tantos pedidos de turbinas que éstos habían superado la capacidad de satisfacer las necesidades de la industria mecánica japonesa.

Por otra parte, la marcha del mercado del hierro y el acero

europeo en esos últimos años había hecho renacer la industria siderúrgica japonesa, hasta entonces en una profunda crisis. La producción y la explotación mineras habían aumentado, determinando la posibilidad de invertir en equipo industrial. En el departamento de maquinaria, Seiichiro se ocupaba de la importación de maquinaria de laminado.

Un gran laminado era como una enorme construcción de hierro, y cuando fue a ver un famoso producto de la empresa Meister en la fábrica de Pittsburgh, Seiichiro, en su rol de intermediario, se sintió un ser diminuto. Le parecía ser uno de aquellos mercaderes indios que en los circos se ocupaba de cuidar a los elefantes.

La noticia de que la Empresa Siderúrgica Toa había decidido finalmente comprar maquinaria de laminado había sido comunicada por la filial de Kyushu a la Sociedad Yamakawa matriz de Tokio una semana antes de la fiesta de la señora Yamakawa. El director del departamento de tecnología, también director ejecutivo, junto a dos ingenieros expertos, había comenzado los preparativos para reunir todo lo necesario en América. En casos como ése, en los que era necesario ocuparse de clientes muy importantes, las empresas más competentes con sede en Nueva York colaboraban y se reunían conjuntamente. Sobre la base de un protocolo confeccionado en Japón, cada empresa debía asumir, repartido equitativamente, el encargo de recibir y acompañar a los clientes de visita.

Por eso Seiichiro estaba tan ocupado en su trabajo y en torno a su mesa de despacho reinaba una febril actividad. El director del departamento de tecnología de Toa visitaría las plantas siderúrgicas en cada ciudad, estudiaría las condiciones de funcionamiento del laminado utilizado en cada sede y preguntaría el parecer de los técnicos locales para decidir finalmente si era mejor la marca Meister o la competidora Strasburg. En caso de comprar maquinaria de laminado de Meister, correspondía a Yamakawa ocuparse del contrato; en caso de una adquisición a Strasburg, el contrato sería para la Comercial Nihon.

El planteamiento japonés no siempre era compatible con las

costumbres comerciales americanas, y en ocasiones era ineludible hacer viajes de negociación. Seiichiro, continuamente en contacto con la Comercial Nihon, debía llamar a la empresa siderúrgica de varios estados americanos, acordar una cita, reservar alojamiento y planear un programa claro en base a las condiciones de la empresa interesada. Después, acompañar a los clientes a la ciudad acordada poniendo mucha atención en enseñarles el lugar y el alojamiento en el que hospedarse, ya que influía indirectamente en la valoración del cliente visitante hacia la propia empresa y en lograr un contrato de millones de dólares.

La empresa A.A Steel que utilizaba laminado de Strasburg estaba en Baltimore, y era la Comercial Nihon la que debía encargarse de acompañar al cliente y preocuparse de su estancia. L. Steel, que utilizaba maquinaria de Meister, estaba en Chicago, Seiichiro se había desplazado allí, donde debería trabajar tres días con tres importantes clientes visitantes y el director del departamento de maquinaria.

Acababan de llamar a la puerta.

—¿Quién es?

A continuación, silencio. Ante la puerta no había nadie. Si Fujiko se hubiera levantado a tiempo de abrir, habría oído un rumor de pasos apresurados por la escalera con moqueta.

Estaba claro que no era alguien ajeno al edificio. Si fuese un visitante con una hora fijada para la visita, habría usado el interfono con el nombre de Yanagimoto colocado en la estrecha entrada del edificio. Desde el apartamento Fujiko habría contestado pulsando el botón del interfono, y en el momento en que se hubiese oído un timbre la pesada puerta se habría abierto automáticamente. Sólo mediante este dispositivo instalado en todos los edificios de nivel medio americanos el visitante podría subir por la escalera y llamar directamente a la puerta.

Una llamada tan repentina a la puerta no podía ser más que de otro inquilino del edificio. Además, hoy no era la primera vez. Desde el día en que comieron a deshora, Frank era quien solía llamar a su puerta.

Desde el día siguiente Fujiko supo que era Frank. Por eso no

contestaba y se quedaba en silencio cuando llamaba. Al otro lado de la puerta daba la impresión de que alguien vigilase a escondidas. De repente se escuchaba un rumor de pasos alejándose por la escalera.

Tras repetirse el suceso, un día Fujiko, sin decir nada, abrió de repente la puerta. Volvió a escuchar pasos apresurados bajando por la escalera, nada más.

Volvió a repetirse la situación un día en que ella había vuelto a casa e iba a cambiarse de ropa después de haber acompañado al aeropuerto a su marido, que partía hacia Chicago.

Era el mes de diciembre. Hacía mucho frío en Nueva York, de ese que en Tokio apenas se producía en contadas ocasiones durante el invierno. Las calles estaban cubiertas de hojas marchitas. Una brisa del norte helaba cortante el aire. El cielo tenía un color acuoso. No obstante, pasaba el camión que regaba las calles.

La gran capital del mundo con menos relación con la palabra «felicidad» entraba así en la estación que mejor encajaba con su estilo. Diciembre, de hecho, era el periodo en el que la vida mundana alcanzaba su apogeo, al igual que la soledad. De ambas realidades tan distantes una de otra, Fujiko se encontraba en la segunda y, a su pesar, debía reconocerlo. Era un tipo de mujer que en Tokio sin ningún problema estaba contenta estando sola. En cambio, inexplicablemente, en Nueva York sufría al verse aislada; y en comparación con alguien inmerso en una total soledad, ella era mucho más infeliz porque la soledad no iba con su forma de ser, y le parecía que era víctima de un destino injusto. Fujiko no debería sufrir de soledad. Sin embargo, estaba sola.

Con todo, tampoco en la alta sociedad se era, así como así, feliz sin más. Hasta los ricos capaces de fletar un vuelo transatlántico para encargar una cena traída directamente de un restaurante parisino y disfrutar de una velada de auténtica gastronomía francesa no eran necesariamente felices. En todas las antiguas ciudades europeas, por supuesto, y también en las ciudades de provincias o en pequeñas ciudades americanas, se había erigido en el punto más alto una veleta en forma de gallo

como símbolo de la alegría ciudadana. Nueva York, en cambio, no exhibía dicho símbolo. Aquí tanto los ricos como los pobres vivían aceleradamente con gesto despectivo, como escupiendo ante el rostro de la felicidad. En ese sentido, Nueva York era una ciudad singular y de naturaleza masculina. Siendo mujer, como era Fujiko, sin duda ahí radicaba su soledad.

Fujiko trató de imaginarse que era una joven mujer esperando a su marido en una pequeña casa de algún rincón de Tokio o en la habitación de un apartamento, pero, por más que lo intentase, no se figuraba bien la escena. La casa en la que se encontraba estaba aislada como un barco varado. En derredor, nada más que un mar «foráneo». Por mucha gente que hubiese, se encontraba en una frontera deshabitada. «La claridad de una luz de gas en una tierra de bárbaros».

Los golpes en la puerta ese día fueron repetidos hasta en dos ocasiones. Fujiko permanecía en silencio tras la puerta. La tercera vez llamaron más insistentemente. Fujiko desistió de cambiarse de ropa, se acercó a la puerta y dijo por la rendija:

—¿Quién es?

—Soy Frank. Te paso un papel por debajo de la puerta.

Le dio la impresión de que se arrodillaba torpemente para deslizar el papel bajo la puerta. Decía lo siguiente:

«¿Quieres cenar conmigo esta noche? Si te parece bien, te espero a las seis en la pastelería donde comimos la otra vez».

Fujiko, aunque con cierta desgana, contestó enseguida. Dio una vuelta por la habitación buscando la pluma sin pensar en otra cosa más que en la pluma. Después escribió «ok» y le pasó la nota bajo la puerta.

Al otro lado, Frank emitió un sonido parecido a una exclamación, después lo escuchó silbar, cosa que no había hecho nunca hasta ahora, y finalmente se oyeron unos pasos cortos bajando por las escaleras. Después, silencio.

Fujiko se miró en el espejo. Como de costumbre, en él se reflejaba la silueta de Fujiko sola. En la habitación se percibía la atmósfera de los domicilios provisionales. Sobre la chimenea, la máscara esculpida en madera de un aborigen. Un cubrecama de algodón. Los azulejos blancos en un rincón de la cocina. Nada había cambiado en el apartamento.

«¿Qué es lo que he hecho? Nada. Estaré sola aquí para siempre. No pasará nada.»

Fujiko sentía frío y calor al mismo tiempo. Abstraída, pensaba así. «Debería cortarme un poco el flequillo», pensó mientras se peinaba.

Fujiko nunca le comentó nada a su marido de los repetidos golpes en la puerta de Frank. Tampoco pensaba que fuera nada desleal. No percibía ningún peligro en esos golpes en su puerta, eran como algo inexistente, y de haberle confesado a Seiichiro tal nimiedad, éste la habría considerado una fantasiosa, hecho que le molestaba.

Era sorprendente la tendencia que tenía Seiichiro a considerar que cada pequeño incidente no era más que un desvarío suyo. Era una característica que ella detectó enseguida en él, pero le pareció algo natural en una persona realista y ambiciosa; en realidad, no era más que su forma de pensar.

Cuando ella le confesaba sus preocupaciones más prácticas, él resolvía la cuestión con ligereza tachando sus dudas de simples «desvaríos o imaginaciones». Se negaba a aceptar, tal cual, la realidad que se reflejaba ante los ojos de ella y en la que creía firmemente. Fujiko decía: «Eso es una carroza», pero él detestaba aquellas definiciones categóricas de la realidad. Para él todo cuanto veía podía tener dos dimensiones: en la primera evidentemente se trataba claramente de una carroza, pero desde el segundo punto de vista podía no tratarse de una carroza como tal.

Seiichiro estaba excesivamente acostumbrado a la apariencia tergiversada de las cosas que surgía de la opresión asfixiante de un ambiente y una realidad hechos de ligereza y superficialidad. Cuando veía a japoneses viajando por el extranjero, confusos por la ausencia de elementos familiares y que se sentían desconcertados, le sorprendía mucho que ellos no hubieran dudado o sentido extrañeza jamás ante la realidad cuando estaban en su propio país. Para alguien como él, que consideraba que el buzón rojo en la calle de su camino al trabajo no era más que una existencia impalpable, y que veía como un vago espejismo el conjunto de enormes edificios de

Nueva York, vivir en el extranjero era sencillo.

—Mira, una carroza.

Fujiko dijo eso una noche, hacia la una de la madrugada, a finales de otoño, mientras paseaban por la Quinta Avenida al salir del teatro. Habían decidido bajarse una estación de metro antes de la de su casa.

De repente, sobre la calzada oscura de la noche, surgió una carroza tirada por un caballo gris; no sólo una, se trataba de una hilera de tres carrozas, que finalmente desaparecieron en la fina neblina dejando tras de sí tan sólo el eco de sus pezuñas.

Tras andar una manzana, cuando estaban a punto de doblar la esquina hacia casa, Seiichiro se paró y dijo:

—Pasan cosas o vehículos extraños por la noche.

—Eran carrozas.

Fujiko precisó la respuesta, pero para Seiichiro aquella respuesta no casaba bien con su impresión. En aquella expresión, Seiichiro detectaba el método típicamente femenino de ordenar categóricamente la realidad con el fin de hacerla más comprensible. Seiichiro sentía rechazo por esa manera de ver las cosas. Aunque él también había visto las tres carrozas tiradas por caballos grises, dijo:

—No son más que fantasías tuyas.

... Con la frase «no son más que fantasías tuyas», Seiichiro, ahora volando hacia Chicago, habría observado a su mujer y probablemente habría zanjado de igual manera el tema del papel bajo la puerta. Ésa era la impresión que le daba a Fujiko.

¿Qué podría hacer hasta las seis de la tarde? La elección ideal sería dormir hasta llegada la hora de la cita. Tal vez lo mejor sería que Frank, de repente, la invitase a salir en ese instante.

Por el momento, Fujiko decidió ponerse el camisón, si bien era algo absurdo cambiarse de ropa así, ya que era casi mediodía y nadie le había dicho que lo hiciese. Era una absurda ceremonia para ella misma verse así con ropa de cama. Entre tanto, se le quitaron las ganas de dormir.

Echada sobre la cama, observaba el sucio y viejo techo de estuco. Después miró a un lado: tras la ventana el frío cielo

gris. Se acordó de un libro japonés de introducción al sexo que valoraba los aspectos positivos y negativos de hombres japoneses y extranjeros. Comparaba la habitual prepotencia sexual de los hombres japoneses, causada por la ignorancia en la materia, con la cortesía gentil y madura de los occidentales. Seiichiro, hasta ahora, nunca había sido violento. Vagamente se puso a pensar qué tendría de adicional el tacto suave de la piel blanca y vellosa del hombre occidental o el intenso olor corporal en comparación con las caricias calculadas, equilibradas, atentas o rápidas de su marido.

No se le venían a la cabeza ejemplos de hombres americanos que hubiesen envejecido rápidamente, sabía que solían tender a quedarse más o menos calvos, pero una sonrisa con ese hoyuelo juvenil como la de Frank no le desagradaba en absoluto. Le atraía en concreto la graciosa combinación entre el descaro y la gran timidez, la forma de aproximarse tímida y su tenacidad, pero por encima de todo su visión fantasiosa de la «mujer japonesa». A ella, que gracias a su considerable perspicacia le gustaba sentirse aburrida de su propia individualidad, le habría gustado convertirse en el objeto de una fantasía abstracta, la mujer de los sueños imperceptibles, la personificación de una poesía oriental.

Fujiko, como suelen hacer las mujeres, se hizo esperar llegando con veinte minutos de retraso. Frank esperaba leyendo un ejemplar de la prensa vespertina. Tras intercambiar unas palabras, le dijo que el parte meteorológico preveía nieve por la noche.

La pastelería era sólo un lugar para encontrarse, y Frank le preguntó dónde le gustaría ir a tomar una copa antes de la cena. Él le propuso ir a Oak Room, del Plaza Hotel, que estaba cerca, para después cenar en Le Chante Clair, en la Avenida 49, donde tenía reservada una mesa.

Mientras tomaban la copa antes de cenar, Fujiko se incomodó porque Frank, normalmente muy jovial, no dejaba de hablar de su amigo Jimmy, que estaba en Venezuela. En su primer encuentro en la cafetería, sus sonrisas la rescataron de la soledad, pero la emoción de aquel instante poco a poco se difuminaba.

¡Jimmy! ¡Jimmy! Frank no dejaba de mencionar a su amigo. Jimmy era un tipo excelente, con gesto taciturno, que sabía contar buenos chistes; le gustaban tipos de música y obras de teatro que normalmente no atraían a los ingenieros; desdeñaba a la alta sociedad y, también, a los bohemios; en el trabajo sabía dar el máximo de sí mismo; podía hablar con dulzura de su fallecida madre en Virginia, su tierra natal; era un gran amante de Japón, no un apasionado frívolo, sentía verdadero respeto por Japón; tenía un gran gusto con las corbatas; siempre le regalaba cigarrillos egipcios o turcos, que se repartía con él; cuando bebía con los amigos, imitaba la Estatua de la Libertad; además, parodiaba los discursos del presidente con acento cerrado de Brooklyn, era muy bueno jugando al póker y se le daban muy bien los trucos de magia con las cartas... Oyéndolo hablar, Jimmy parecía un portento, un titán, un ser ideal, una persona de cualidades extraordinarias. Sin embargo, según recordaba Fujiko, aunque ciertamente era gentil, reservado y afectuoso, no destacaba por su talento excepcional, y ni mucho menos tuvo la impresión de que fuese tan extraordinario.

Una de las paredes del restaurante francés Le Chante Clair estaba decorada con un paisaje de la Plaza de la Concordia. Los camareros eran franceses, y la mayoría de clientes hacían sus pedidos en francés. Una vez sentados, Frank ya había puesto punto final a la conversación en torno a Jimmy y empezó a hablar sobre su trabajo. Fujiko fue cayendo en la cuenta de lo fastidioso de su carácter. Si la conversación fuese en japonés, sería insoportable.

Fujiko observó el traje gris oscuro enfundado en el cuerpo y la corbata de tono gris plateado, que podría decirse que era la habitual indumentaria de noche de los hombres neoyorquinos. El cuello juvenil que asomaba por las solapas, la cara joven, el colorido y la expresividad a causa del modesto traje parecían dar más vigor al cabello sobre su cabeza. Comparado con los jóvenes japoneses de su edad, en la piel del americano ya se veían algunas señales de envejecimiento y, bajo los ojos y alrededor de la nariz, líneas sutiles de arrugas.

Fujiko dejó de escuchar el inglés de Frank como si se quitase

los auriculares de la radio. Le molestaba su énfasis al hablar, como si tratara de convencerla de algo... Si lo ignoraba, las palabras ya no hacían blanco en ella, y la expresión jovial del hombre, o el movimiento de su boca, le permitían adoptar una posición contemplativa. «Es un joven americano simple, cortés con las mujeres, alegre —pensó—. En tal caso, puede que tenga algo que va bien con mi carácter. Los jóvenes de su edad japoneses en el lugar de veraneo se comportan todos igual. En ocasiones, las copias son bastante atractivas, pero el original no está nada mal... ¿Cuándo le dará por susurrarme palabras seductoras al oído? ¿Tal vez cuando del entusiasmo pase a la melancolía?... Qué importa. Lo importante es que ya me he librado de la soledad.»

En un momento dado, la soledad venció la altivez de su cuello, ya perdida la dignidad. Con tal de no estar sola, estaba dispuesta a poner su mejor sonrisa a cualquier situación. Fantaseaba con dedicarse en secreto a la prostitución. Y se dejaba llevar por esa fantasía. Sería, tal vez, una prostituta, no como la mayoría, por interés económico, sino para huir de la soledad.

Frank, por fin, empezó a hablar sobre lo que pensaba de ella. Esta vez se esforzó en escucharle y entender muy bien sus palabras en inglés.

—Los americanos siempre elogiamos mucho a las chicas japonesas. Sin embargo, desde que te vi, me di cuenta de que las mujeres japonesas más maduras son muchísimo más atractivas que las más jóvenes. Déjame que te pregunte algo: ¿eres tan prudente porque eres bella o simplemente las mujeres japonesas, dejando a un lado la belleza, de por sí consideráis que hay que comportarse así?

—Nos comportamos así con los extranjeros —dijo Fujiko. En ese momento, cayó en la cuenta del sinsentido de usar el plural en esta conversación. Ella, de hecho, era poco dada al uso de ese plural identitario de la propia nacionalidad.

Fuera hacía mucho frío, pero, mitigado por el calor del alcohol, pasearon por las calles cercanas para ver las decoraciones navideñas. El árbol de Navidad, un abeto blanco de unos veinticinco metros en la Plaza Rockefeller, ya estaba

adornado con cien farolillos y tres mil bolas luminosas. Los dos caminaron hasta la base del árbol entre el gentío de provincias y sus exclamaciones de admiración; más abajo se veía a gente patinando en la pista de hielo.

Fujiko, tras mucho tiempo, volvió a sentirse como una turista de viaje. Con ese humor típico de un viaje de placer, todo resplandecía novedoso y divertido a sus ojos. Le complacía imaginarse que era una exiliada abandonándose a la contemplación del cambio del mundo.

El amarillo brillante de una bufanda alrededor de un patinador, el rojo de un fular: los colores de repente le parecían especialmente vivos. Al ver a un señor de cierta edad patinando con gran dominio, Fujiko soltó una carcajada cuyo eco no sólo se propagó por el recinto de la pista sino que contagió la risa a las demás personas, que se miraban mutuamente; ciertamente era una risa contagiosa.

¡Era bello ver cómo se transformaba cambiando el mundo a su alrededor! Fujiko se volvió con mirada llena de gratitud hacia Frank, pero éste ya no estaba a su lado. Las mangas de su abrigo la abrazaban por la espalda mientras acercando su nariz a su cabello aspiraba su aroma atrevidamente.

Frank llevó a Fujiko a varios *night-clubs* de Greenwich Village que ella casi no conocía. En el Speak Easy, famoso por el ambiente que recordaba la época del prohibicionismo, vieron un *music-hall* algo mediocre, y en el Bon soir asistieron a un espectáculo de comedia.

Sin embargo, en ninguno de los locales a los que la llevaba se podía bailar. Fujiko sabía que en Tokio los chicos llevaban a sus parejas a locales de baile con el fin de poder establecer contacto físico. Frank se limitaba simplemente a tomarla suavemente de la mano por debajo de la mesa.

A Fujiko le atraía el contraste entre la timidez del joven y su cuerpo vigoroso y grande. ¡En cambio los jóvenes japoneses solían ser delgados y demasiado impetuosos! Su mano vellosa y suave le transmitía una impresión de alma dócil, madura, y cierto aire de inocencia infantil. Su sobriedad recatada tenía algo del encanto humilde de un preso.

«¿Este hombre tal vez está dedicando sus pensamientos

piadosos a Dios ahora?».

«Mira que a tu edad ocuparte de estas cosas...», pensó para sí Fujiko, que se sintió en ese momento mayor que aquel joven.

«En lo que va de noche, ha dejado escapar la oportunidad de besarme al menos cinco veces.»

Ella miró el reloj. Ya era la una de la madrugada. Con todo, en Nueva York ésa no era una hora muy tardía.

El diálogo de los comediantes entretenía mucho a Frank, pero a Fujiko las bromas en inglés le resultaban difíciles de captar. Él le explicaba el sentido con palabras fáciles de entender, pero le desagradaba verse obligada a reírse. No había nada menos gracioso que un chiste totalmente incomprensible.

Se acordó de cuánto despreciaba a una señora americana, con la que hizo amistad en Japón, cuando escuchaba por la radio las comedias de las tropas de ocupación y reía a carcajadas; no le gustaría parecerse a ella, y frunció el ceño con disgusto.

En ese momento, Frank comenzó a preguntarle insistentemente en voz alta «¿Estás aburrida?, en ese caso, nos vamos enseguida» o «¿Te encuentras mal?».

Fujiko ladeó el cuello en gesto de negación. Encerrada en sí misma para dar un aire misterioso, siguió con ademán de disgusto y trató de pensar en otras cosas. Encontró un recurso en el espejito que sacó del bolso de mano. Lo que vio reflejado en él era una mujer japonesa cansada por el alcohol y las salidas hasta altas horas de la madrugada. Eran señales de las que los demás no se llegarían a dar cuenta pero que ella detectaba claramente. Se traslucía en sus ojos humedecidos, en las ojeras y en la sombra tenue, pero evidente, de sus mejillas.

«Soy una mujer casada. Llevo un año casada y además quiero a mi marido.»

Fujiko trató de pensar en Seiichiro, ahora en Chicago, llamándolo por su nombre para sus adentros. No sintió ningún remordimiento ni sentido de culpa. Finalmente, se tranquilizó. Estaba segura de que no era amor lo que sentía por el joven americano sentado ante ella.

En ese momento, Fujiko, queriendo volver ya a casa, le dijo con adolescente espontaneidad:

—Me voy.

Fujiko necesitó de muchas y complicadas estrategias mentales antes de encontrarse sola de nuevo en casa. Cuando salieron de Bon soir, había mucha nieve y no resultó fácil encontrar un taxi; después, mientras caminaban sobre la nieve por una zona poco iluminada junto a un edificio de ladrillos rojos, Frank de improviso la besó.

Durante el largo beso, Frank cerraba los ojos y ella los matenía abiertos. Su estado de alerta la hacía mantenerlos abiertos. Frank estaba apoyado en el muro y ella veía la pared del edificio de ladrillos rojos reverberando trazos de luz por la calle a su espalda. Mientras, seguía nevando. Fujiko se fijó en los copos de nieve cayendo sobre las largas y onduladas cejas de Frank. El joven inclinaba la cabeza hacia abajo y su cara quedaba en penumbra. El cabello de Fujiko quedaba oculto en el amplio cuello del abrigo de él, que éste, con un brazo, había levantado. Percibía el roce de la nieve sobre la boca y la nariz. Tenía la impresión de que, más que el beso, era la nieve lo que le cortaba el aliento. Cualquier cosa era preferible a la soledad. En el primer piso del edificio de ladrillos rojos, en la vacía oscuridad de una ventana abierta, era posible que a pesar del frío hubiese alguien incapaz de conciliar el sueño sin dejarla abierta. Fujiko contempló absorta la abertura, en la que se acumulaba la nieve. «Seguro —pensó— que en esa oscuridad hay un hombre que duerme solo, un huraño señor de mediana edad de costumbres saludables...»

... Finalmente, Fujiko cerró los ojos. Fue como si hasta ese instante no se hubiera dado cuenta aún de que Frank la estaba besando.

Antes de casarse, ya había experimentado besarse por simple placer de hacerlo. No obstante, le producía cierto desagrado el beso apasionado y sincero del joven americano. Sus besos eran diferentes al Frank que había conocido hasta este momento. Fujiko empujó el pecho de Frank para apartarlo. Los tacones de sus zapatos volvieron a posarse suavemente sobre el suelo.

Hasta volver a su apartamento, Fujiko se mostró malhumorada puesto que se sentía obligada a defender su

propia dignidad, y, sobre todo, porque esa actitud hosca le parecía más femenina. Frank parecía apurado. Fujiko abrió un poco la puerta de su apartamento y entró; después sólo se asomó un poco por la puerta entreabierta, le dio las buenas noches y enseguida cerró y echó la llave. Durante breves instantes se oyeron pasos silenciosos ante la puerta. Fujiko se quedó escuchando tras la puerta, pero Frank no llamó. Después entró en el baño y abrió el grifo de la bañera. Desde pequeña siempre había preferido darse un baño antes que ponerse a reflexionar sobre la realidad.

El periódico de la mañana llevaba el siguiente titular:

«8 or 9 inches of snow due – Roads will be icy tonight».

Fujiko esperaba con ansia el periódico de la mañana, tanto que bajó hasta el portal a recogerlo. La noche anterior, cansada, se durmió enseguida después del baño y por la mañana se había levantado inesperadamente pronto.

Las cortinas dejaban pasar mucha luz debido a la nevada. Sobre la superficie de la nieve amontonada no paraba de moverse una polvareda que de vez en cuando levantaba una espiral de polvo blanco.

La silla vieja y destartalada continuamente expuesta al viento que barría la nieve tenía sólo el respaldo cubierto de nieve, mientras que en el asiento se veía claramente la rejilla de mimbre. Cada vez que arreciaba la nieve, el color amarillo de la silla parecía vivificarse, y a veces la nieve chocaba como contra un terrón de tierra contra la silla, maltrecha tras la noche y la tormenta.

Fujiko, sin ningún motivo en especial, pensó ir aquella mañana a tomar algo a alguna cafetería pastelería, a algún local donde no se encontrara con Frank, por ejemplo alguno de la cadena Shuleft que había por cada esquina de la ciudad y que solía tener clientela sobre todo femenina, en particular grupos de señoras jubiladas con no mucho dinero, mujeres de mediana edad solteras y taciturnas o ancianas.

También en días de nieve habría alguna mujer mayor que en la entrada se habría afanado en quitarse la nieve del abrigo, habría tomado asiento y en tono mendicante habría dicho: «May I have a cup of coffee?».

Un camarero apuesto, joven y altivo, parco en palabras e indolente, habría dejado la taza bruscamente sobre el platito. Una señora de mediana edad sentada al lado con aire seco y huraño, tras tomar sus dulces, habría tratado por fin de entablar conversación con el guapo camarero:

—Hoy he venido a las once de la mañana, a las dos de la tarde y ahora, se diría que soy la dueña del local.

El atareado camarero no contestaría. La frase de aproximamiento que la mujer había pensado durante todo el día se habría transformado en un soliloquio sin respuesta...

Numerosos paraguas negros agitados por el viento plegados a la entrada. Copos de nieve volando. Los azulejos ligeramente manchados de barro. Botas de lluvia de mujer sucias... «Si no quiero ser como una de esas clientas, sería preferible morirme de hambre aquí sola», pensó Fujiko. Seguramente fuesen exageraciones, pues ella era joven, estaba casada y, además, era japonesa.

Pasó la mañana sin hacer nada más que contemplar la nevada a través de los cristales de la ventana. Tomó una pésima comida compuesta de fruta en almíbar, galletas y café, y después pasó un buen rato maquillándose frente al espejo. Su cara al despertar vista en el espejo le pareció más fea que nunca. Se maquilló concienzudamente, pero no tenía ganas de cambiarse. Decidió quedarse en camisón y bata y permaneció todo el día encerrada en casa de esta guisa. En ese momento le alegró su aspecto de mujer disoluta.

Fujiko se tumbó en el sofá y se puso a hojear revistas, el *Vogue* o *Harper's Bazaar,* que ya tenía muy vistas. Estaba sola en casa y no se movía apenas, tan sólo transmitía movimiento la nieve tras el amplio ventanal. Parecía una vieja película de cine mudo proyectada en una pantalla amarillenta. El ritmo de la tempestad de nieve era monótono pero mecánico y sin armonía; parecía que el sonido de aquella película jamás se escucharía.

Fujiko, aburrida de las revistas de moda, se puso a leer los números de teléfono de una pequeña agenda. Ahí se alineaban los números de sus conocidos en Nueva York. Todos los teléfonos eran de señoras japonesas a las que les gustaba

quedar para comer, tomar el té o ir al cine. Si Fujiko llamase a alguna de estas señoras, ésta le respondería con un tono agradable y nostálgico y enseguida la invitaría a su casa, a ver una película o a cenar juntas, y se despedirían tan contentas... Después, la señora en cuestión habría comentado a las demás del grupo:

—Llevé a la señora Yanagimoto a dar una vuelta, por fin parece que ha bajado la cabeza.

Fujiko se sentía cada vez más sola, en aquella habitación de su apartamento viendo la nieve caer como encerrada en una prisión. Sin embargo, su soledad se parecía más bien a una llama dentro de la habitación, despidiendo un gran calor. Puso sus manos heladas sobre sus mejillas, se levantó y empezó a dar vueltas por la habitación. Al fin se arrodilló junto a la ventana, y aunque no tenía fe en ningún dios, oró repitiendo con toda el alma una y otra vez:

«¡Te lo suplico, ayúdame! Sálvame, haré lo que sea si me salvas de esta situación».

En ese momento se le ocurrió una idea.

«Podría suicidarme tirándome por la ventana». Sin embargo, resultaría en un intento de suicidio porque, aunque se lanzase al vacío en la tempestad de nieve, primero caería rodando sobre la pila de leña enterrada bajo una capa espesa de nieve y después se hundiría en la blanda nieve acumulada sobre la terraza. Con todo, saltar desde la ventana provocaría al menos algo. Tal vez alguien la vería desde la ventana de la fachada posterior del edificio de ladrillos rojos de enfrente. Tal vez sería preferible que todos pudiesen ver su muerte. Las ventanas de la fachada trasera al otro lado del vendaval de nieve tenían las cortinas blancas echadas y la casa parecía desierta. Fujiko tenía la impresión de que tras aquellas cortinas un ojo negro observaba continuamente con gran interés la escena. Una participación altruista en la locura ajena... Fujiko de lo que no se daba cuenta era de que se trataba del ojo de su marido, el más apropiado para compartir tales momentos.

Fujiko levantó decididamente la ventana. De golpe el vendaval de viento la golpeó, cegándola. Respiró hondo. La nieve le había entrado hasta el fondo de la garganta. Tenía la

impresión de que la nieve se derretía al contacto con el fuego que tenía dentro de sí. Dijo en alta voz:

«¡Qué sensación más placentera!».

En ese momento alguien llamó a la puerta. Fujiko apenas prestó atención. De nuevo sonó un golpe dubitativo en la puerta. La tercera llamada fue más insistente. Aunque Seiichiro nunca había golpeado así la puerta de su casa, la insistencia de la llamada le hizo pensar que era su marido, que volvía a casa de improviso. Dejó la ventana abierta, corrió a la entrada y abrió de par en par la puerta.

De pie ante la puerta, Frank, que vestía un jersey rojo. Entró cerrando la puerta tras de sí como si nada. Vio el desorden provocado por la tormenta de nieve colándose por la ventana abierta. La nieve se acumulaba sobre la cama deshecha. En la penumbra de la habitación se distinguía el color puro blanco y ondeante de las sábanas; la nieve había arrasado por completo la habitación, posándose incluso sobre la máscara roja y negra colgada sobre la repisa de la chimenea.

—¡¿Qué haces?!

Frank, como si hubieran desordenado su propia casa, corrió a cerrar rápidamente la ventana y se acercó a Fujiko. Apoyó sus manos sobre los hombros de Fujiko.

—¿Qué ha pasado?

Tomando entre sus grandes manos el rostro de Fujiko, dijo:

—Dime, ¿qué ha pasado? Tienes las mejillas heladas.

Como siempre, Fujiko fue a recoger a Seiichiro de su viaje de trabajo. Seiichiro, algo chapado a la antigua, no le había comentado enseguida a su mujer cómo había ido el negocio, pero pensaba que ella debía de suponer que todo había ido bien, ya fuera por su expresión cansada pero vivaz, ya fuera por las palabras de elogio del director del departamento de maquinaria al despedirse en el aeropuerto: «Hoy no hace falta que pases por la oficina, descansa bien, ya puedes quedarte tranquilo».

El matrimonio no volvió directamente a casa sino que fueron a comer al King of Sea, un restaurante especializado en pescado en la Tercera Avenida al que solían ir. Allí las camareras hervían gambas enormes que traían cogidas de los

bigotes; ellos brindaron con una copa de vino blanco. Seiichiro le preguntó por la gran nevada durante su ausencia. Ella no dijo mucho al respecto. Desde que vivían en Nueva York, Seiichiro estaba acostumbrado a esta forma de hablar de su mujer. En cierto modo, le reconfortaba ver que alguna singular bacteria contra la que no había nada que hacer iba atacando poco a poco a su esposa. «Antes o después, se volverá como yo, y entonces sabrá que contra cualquier virus lo único que cabe es crearse una inmunidad mental; en ese momento, en lugar de una mujer, tendré una amiga.»

Era una expectativa a largo plazo. Seiichiro aborrecía las convicciones burguesas sobre la distancia entre los cónyuges. Para él no era necesario estar codo a codo. Bastaba ser como la rueda de un molino que gira siempre sobre el mismo eje, bastaba que la mujer se acercase y alejase como un transeúnte. En el intervalo tendría lugar el fin del mundo, que se llevaría todo por delante.

—¿Qué has decidido sobre el mantón de visón plateado? —le preguntó Seiichiro con la cara algo enrojecida por el efecto del vino. Fujiko apenas lo miró brevemente y él pensó: «Tiene la mirada de una mujer espía que viene a por mí». Fujiko respondió inesperadamente:

—¿El mantón de visón plateado? Ya no lo quiero.

Sobre el visón había influido algo la cuestión económica. Todo comenzó por el deseo de Fujiko de tener esa prenda. Habría podido hacer como en otras ocasiones y preguntarle al padre, que le habría mandado el dinero para comprarlo a través de algún conocido americano. Ella, sin embargo, deseaba que fuese un regalo de Navidad de Seiichiro, pero debido a su elevado precio, Seiichiro no podría comprarlo con su sueldo. Queriendo satisfacer a toda costa su deseo, se lo confesó todo a su marido: en una palabra, quería que fuese a recoger el dinero enviado por su padre a un amigo y que le comprase el visón como regalo de Navidad.

Cuando Seiichiro la escuchó decir que ya no quería el visón, se dio cuenta de que su esposa se encontraba en una situación muy diferente a la habitual. No era cuestión de preguntarle superficialmente: «Pero, bueno, ¿qué es lo que te pasa?», como

haría cualquier hombre. Simplemente pensó que ya estaría de nuevo fantaseando.

Terminada la comida, la pareja volvió al apartamento. Seiichiro abrió la ventana y trajo leña. El viento frío que sopló en ese momento, la ventana abierta y la vista de su marido de espaldas con la cabeza inclinada le produjeron un escalofrío.

Seiichiro encendió la chimenea. Se le daba bien. Como el conducto de la chimenea debía de estar lleno de nieve, produjo un chasquido apagado. Finalmente, la llama, como liberada, se alargó hacia arriba ondeante. La pareja se sentó ante la chimenea para contemplar el fuego. La alfombra sobre la que apoyaban los pies emanaba un olor familiar.

Cuando observaba el fuego de la chimenea, se sentía transportado a casa de Kyoko. Normalmente, durante su vida neoyorquina, no solía pensar demasiado en Kyoko, pero en cuanto iba de viaje se acordaba de ella. Aquella atracción por el desorden extravagante, aquel libertinaje, aquel desinterés y, al mismo tiempo, la cálida atmósfera de amistad... Un fragmento de todo ese mundo lo veía crepitar Seiichiro en el interior de las llamas de la chimenea. Entonces tenía casi la impresión de que Kyoko le susurraba al oído:

«Has elegido una vida de recluso. Que te hayas metido por tu propia voluntad en la jaula es una prueba de tu animalidad. Sólo a ti se te podía ocurrir una solución así. Eres la única persona en el mundo que sabe de sí mismo que es un animal salvaje».

... De repente, Fujiko empezó a llorar. Ciertamente, las mujeres caprichosas suelen acoger con lágrimas los éxitos cosechados en el trabajo por sus maridos; sin embargo, eso complacía a Seiichiro. A él le gustaba más su mujer cuando lloraba que cuando exhibía su carácter. Le acarició la cabeza, que tenía echada hacia delante, con gesto cínico, como si tocase las teclas de un piano, pero ella lo rechazó bruscamente.

Fujiko no había podido dormir en toda la noche, había esperado el momento de confesárselo todo a su marido, pensando en todos los pretextos posibles para sumergirse en el trágico momento, pero la única idea que le vino a la cabeza

fueron las lágrimas... Lo ocurrido entre ella y Frank no había sido en absoluto agradable. Cuando pensaba en los remordimientos, en la preocupación de la dura confesión, Fujiko tenía la sensación de haber cometido adrede un error para disponer de una horrenda, propicia y extraña ocasión de confesarse.

Seiichiro, sin perder la compostura, se mantuvo en silencio. Si dijera cualquier cosa del tipo «¿Qué te pasa?», transgrediría las reglas impuestas a su propio carácter. Sin embargo, al ver el cabello en la nuca de su desesperada mujer que formaba una sombra temblorosa sobre la espalda expuesta al fuego, tuvo la premonición de que ante sus ojos iba a experimentar algo que cambiaría su vida. No tuvo miedo, pero se preparó para lo que estaba por venir. «No creo en fantasmas ni cosas por el estilo.»

Fujiko empezó a lamentarse tímidamente de la tristeza y la soledad que había sufrido durante su ausencia. A Seiichiro le sorprendió su modestia, poco habitual. Sin saber qué hacer, avivó el fuego de la chimenea. Detestaba cuando la vida se alejaba del ritmo cotidiano para adquirir tintes dramáticos. Para él, en ese caso, se podría hablar de acción «ilegal», y se sentía tentado de reprobar a su mujer por dicha falta de pudor. Como si lo hubiese intuido, Fujiko le dijo balbuceando:

—¿Quieres que me calle? ¿Quieres que deje de hablar?

Al fin llegó la respuesta por parte de él que ella tanto esperaba: «¿Qué es lo que te pasa?». No obstante, la mandíbula robusta y la mirada penetrante de su marido, iluminado por las llamas de la chimenea y en silencio, eran como el gesto tétrico y sin emociones de una estatua. En el mentón tenía un corte producido al afeitarse. De repente tuvo miedo de que Seiichiro lo redujese todo a su propensión por fantasear, de modo que le dijo de golpe:

—Mientras no estabas, hice algo con otro hombre que no debí hacer.

Seiichiro no se sorprendió ante sus palabras. La expresión «otro hombre» le pareció indescriptiblemente cómica. «¡Siempre suelen sucederme incidentes tan banales como éste!»... Era un hecho tan prosaico y que encajaba tanto con él que le parecía haberlo provocado él mismo. Seiichiro, para

salvaguardar su honor, no osó preguntar quién era ese hombre.

Molesta por que no le preguntase como quería, fue más audaz de lo que había previsto:

—¿Imaginas con quién? Dime, ¿con quién piensas que he estado? Pues con Frank —dijo con aire triunfante. La cara que puso Seiichiro al escucharla le pareció remarcablemente estúpida.

Seiichiro, impávido, siguió poniendo cara de tonto. «¡El otro era Frank! ¡Frank interesado en mi mujer...! Ella no sabe nada de él. Absolutamente nada. Frank y Jimmy son pareja desde hace mucho tiempo.»

En ese momento, Seiichiro, ya fuese por compasión o secreta malicia, decidió no decirle jamás nada a su mujer sobre la relación entre Frank y Jimmy. La solución se le ocurrió de repente, y le había ido como anillo al dedo para completar la imagen de la estúpida sociedad en la que creía cotidianamente. Todo cuanto conducía apresuradamente hacia el fin del mundo, la representación estúpida y la farsa de la sociedad, era lo que más le gustaba. Aferraba en su puño la llave de la indiferencia por las personas, es decir, era como un dios en aquel mundo pequeño.

Una persona corriente quizá habría confundido un cómico surco de desavenencia con un profundo abismo. En un instante se acordó de Shunkichi, Osamu y Natsuo. Él no creía lo más mínimo en abismos. Eso era lo único que los diferenciaba. El abismo, el infierno, la tragedia, la catástrofe no eran más que visiones románticas típicas de la juventud; la completa destrucción del mundo que estaba por llegar no tenía nada que ver con todo aquello. Todo representaba una situación cómica repetida en un proceso...

Seiichiro permaneció en silencio mucho tiempo con un rostro indescifrable. Fujiko estaba inquieta por el enfado silencioso de su marido. Tenía la esperanza de que él exprimiese su acostumbrada frialdad para estallar en una ira horrorosa. Sin embargo, por más que esperase, no acababa de dar muestra de dicha ira.

—No veré ya más a Frank. ¿Sería posible mudarnos pronto

al nuevo domicilio aunque sólo fuera un día antes? No quiero empezar con excusas, pero no fue algo que yo buscase. Realmente no dejó de ir detrás de mí. Me sentía tan triste y sola que había decidido suicidarme, y en ese momento llegó Frank para salvarme.

A Seiichiro las palabras de su mujer le sonaban mucho a novela romántica y le resultaban demasiado explícitas. En su confesión de lo sucedido, no pudo evitar caer en la afectación. Encima, la persona que se confiesa se sorprende mucho al comprobar que su afectación no es creíble para su oyente.

Fujiko acercó su cara a la de él, y casi sacudiendo a su marido, dijo:

—¿Por qué pones esa cara? He cometido un crimen o pecado durante tu ausencia.

—¿Un pecado? No deberías usar expresiones tan exageradas.

Seiichiro la observaba mientras confesaba una falta claramente falsa, como si observase a un pez dentro de un acuario. Sabía muy bien que su falta no tenía nada que ver con un gran pecado y le parecía todo una mentira sin más.

—¿Todavía no me crees? ¡Te ríes de mí y piensas que lo que digo no es verdad!

Fujiko se levantó enfadada y, como si fuera un prestidigitador, trajo un cenicero lleno de colillas.

—No es tu tabaco, ¿verdad? ¡Es Benson and Hedges, el tabaco que fuma Frank!

—Qué hombre más descuidado.

Seiichiro, como si le hubieran ofrecido unos bombones, cogió dos o tres colillas y las tiró a la chimenea. Enseguida brotó una llamarada dorada y ondulante.

Viendo cómo manejaba ostentosamente objetos constitutivos de delito, Fujiko no dudó de la honestidad de su propia confesión y se confirmó en su idea del carácter superficial y siempre escéptico de su marido. El montón de colillas constituía un preparativo casero de una mujer que conocía bien el carácter de su marido. Seiichiro seguro que daba importancia a la infidelidad de su mujer y era una persona que dudaba, como pocos, del mundo... Seiichiro veía

cada vez más claramente el contorno de la situación cómica. Era como si viese las llamas de la chimenea parecidas a los números con fuego de los artistas circenses. Fujiko era la domadora de una bestia feroz, con una mano indicaba el círculo y con la otra daba golpes al látigo contra el suelo. ¡Rápido, salta por el fuego! Seiichiro rugía furioso, le bastaba con saltar el círculo.

Era como un animal perezoso y cobarde que contemplara el círculo envuelto en llamas. Cualquiera, debido a un impulso repentino o la rabia, vencería momentáneamente la pusilanimidad y afrontaría la prueba del aro de fuego. Seiichiro mismo pronto había saltado el aro de fuego, aunque solo fuera para no mostrar a los demás sus sentimientos. Pero él, que sonreía, en su corazón en el fondo carecía de ese valor. Daba vueltas alrededor del aro, husmeaba y luego cobardemente, con el rabo entre las piernas, se volvía. De ese modo, con un tono muy austero, le dijo:

—No voy a enfadarme. Lo sucedido ya no tiene remedio. Ahora lo mejor es que no vuelvas a ver más a Frank.

El rostro de Fujiko era pura desesperación.

—¿Por qué no te enfadas? ¿Por qué no me atacas y me perdonas?

Estaba sentada sobre sus piernas plegadas sobre la alfombra a la manera tradicional japonesa, sólo sobre la mitad de su cara se proyectaban las llamas de la chimenea, pero diríase que ardía de cuerpo entero.

—Este tipo de sucesos suelen ocurrir al estar en el extranjero. Lo importante es que ese error no vuelva a repetirse, y que no olvides cuanto antes.

—Pero he sido infiel, ¿por qué no me regañas? ¿Por qué no me pegas?

Resultaba graciosa la mujer haciéndose la víctima dramáticamente, parecía una simple chiquilla.

Fujiko creía que si su marido se hubiera enfadado, censurando o castigando su infidelidad, su reacción habría mitigado, al menos, su soledad. Ni ella misma sabía de dónde surgía esa convicción, pero ciertamente, habiendo sido mimada de pequeña, había puesto tal vez demasiadas expectativas en

este momento de su vida. Como una niña que se enfrentase a la previsión del tiempo sin ningún criterio, había decidido que si el marido la hubiera castigado severamente, no podría volver a sentirse sola, pero, en caso contrario, quedaría en un aislamiento más penoso que el que ya sufría.

En aquel momento su desesperación se transformó en horror. Para superarlo, decidió tender una mano a las tinieblas, y se puso a pensar en cosas prosaicas, en ideas tranquilizantes, simples, resolutivas y cristalinas.

«Me había olvidado. Incluso en momentos así no es más que un ambicioso. Más que de mí, le da horror separarse de mi padre. Cree que no merece la pena recriminarme un desliz así y estropearlo todo. No me cabe duda. Ya lo he entendido todo de principio a fin, es un listillo taimado, ni en un momento como éste se le olvida el papel que le toca interpretar.»

Pensando así, Fujiko proyectaba sobre su marido la peor vulgaridad, sin analizar lo que había dentro de sí y sobre todo sin caer en la cuenta de que el origen de su valerosa confesión era muy probablemente la certeza de que Seiichiro jamás se alejaría de ella, ya fuera por razones económicas o sociales.

Poco a poco, Fujiko se fue calmando. Se secó las lágrimas, sonrió un poco y recuperó el gesto algo cínico de su cara.

—Eres de verdad bueno. Realmente me he dado cuenta de ello.

Fujiko trató a toda costa de mostrarle a su marido un rostro inequívocamente insincero; era la sonrisa de prostituta que había aprendido a mostrar cada vez que salía con Frank.

Seiichiro sabía por qué decidió tan rápidamente no decirle nada a ella sobre la escandalosa relación de pareja entre Frank y Jimmy: había decidido respetar la aventura imaginaria de Fujiko, su culpa inexistente y la confesión de su farsa. Era algo que ella había preparado cuidadosamente y pensándolo muy bien, y a la vista de que Seiichiro no era uno de esos maridos que protestaran por un plato mal cocinado, no tenía ninguna intención de hablar mal de una relación de pareja creada por la mujer. Herirla, romper sus sueños, inducirla a deslizarse hacia una nueva desesperación oscura equivaldría al comienzo de la ruptura de la realidad de vidrio que había construido día

a día hasta hoy. En cualquier caso, debía avanzar hacia delante, hacia la destrucción del mundo.

Respetar los sueños ajenos era un principio importante en su visión de la vida, y para cumplir con esa regla lo esencial era vivir con absoluta insinceridad y falta de seriedad.

Seiichiro retomó un talante suficientemente bueno, simple, franco, de voz clara y de una sinceridad insensible de deportista... revestido de todas estas características, comenzó a interpretar un «papel ajeno» al que estaba tan acostumbrado.

—Lo más importante es nuestra imagen ante los demás —dijo Seiichiro—. Tenemos que mantener en secreto entre tú y yo; esto es para siempre, sin compartirlo con amigos ni íntimos nuestros. Los amigos, cuando lo saben, son los que hacen que ese recuerdo vuelva a formar parte de nuestra vida; por eso, si logramos que sea solo nuestro secreto, llegará a borrarse algún día. Yo hablaré con Frank y le haré reflexionar sobre lo ocurrido. Después, enseguida buscaremos un nuevo apartamento, aunque siempre podemos volver a vivir en un hotel, en la zona residencial debe de haber bastantes, tranquilos y económicos. Aprovecha también la ocasión para dejar a un lado la timidez y reunirte más con el grupo de japonesas de manera positiva, aunque te sean antipáticas. Verás que antes que estar sola preferirás estar en la tempestad de los chismes, que antes o después te parecerán un simple trinar de pajarillos. Todos los hombres vivimos haciendo lo mismo.

—Haré lo que dices —dijo Fujiko.

Seiichiro trató de aparentar cierta tristeza.

—Esta noche estoy muy cansado, pero después de lo que me has contado, no sé si conciliaré el sueño.

Ante un marido tan ejemplar, casi de manual, con el gesto de quien mira desde las alturas hacia abajo, dijo compadeciéndolo y sufriendo por él:

—Soy una esposa lamentable. De entre todas las mujeres casadas japonesas que viven en Nueva York, sin duda yo soy la peor. Pero a partir de mañana pienso cambiar por completo. A partir de ahora haré lo que sea para ser una buena mujer. ¿Quieres que te prepare una sopa de *egg nogg*? Con el estómago

caliente, seguro que dormirás mejor.

—Sí, gracias —dijo Seiichiro tendiéndose sobre la alfombra.

Aunque su actitud había sido excepcional, Seiichiro fue tomando conciencia de la propia herida, y a la mañana siguiente no tardó en escribirle una carta a Kyoko en la que le contaba todo lo sucedido:

«Soy un cornudo, pero no un ejemplo clásico, sino algo particular»...

Sin un motivo en especial, se acordó de la noche a principios de verano, cuando aún estaba soltero, y al salir del trabajo se fue de prostitutas y después se puso a jugar como un niño con las máquinas vendidas por las tropas de ocupación. Era como un intento de recobrar libertad para sí mismo. En todo caso, era hábil para calmar, con expresiones excesivas, las propias emociones.

«En cualquier caso, he cumplido con mi deber ante el engaño.»

Todo se debía al hecho de que guardaba un precioso as bajo la manga. Gracias a ese as, había ganado. De otro modo, no estaría seguro de haber mantenido la calma. Seiichiro deseaba lo que otros ambicionaban, con la única excepción de ser un cornudo.

La casualidad de dicha victoria, de haber acertado en plena diana, le dejaba la sensación de haber cruzado un peligroso puente.

En la oficina recibió la llamada de la señora Yamakawa bajo el falso nombre de Kimura; su voz resonaba con su acostumbrada intensidad.

Le dijo que la fiesta sería el viernes por la noche en un hotel poco conocido al oeste del barrio residencial. Un empresario cubano del azúcar, un tal Romero, había reservado la novena planta del hotel y había invitado a cincuenta personas a la orgía.

Romero estaba prácticamente emparentado con el gobierno de Batista, administraba plantaciones legadas al capitalismo americano, dirigía todos los casinos de La Habana y se encargaba del contrabando de armas para varios grupos revolucionarios antigubernamentales. Eso es lo que la señora

Yamakawa le contó cuando se citó con ella en un bar aquella noche.

La señora Yamakawa, a diferencia de su pose acostumbrada, estaba alegre como una chiquilla, Seiichiro, en cambio, algo inclinado a un sentimentalismo que no iba mucho con él, le confesó la «infidelidad» de su mujer con el mismo tono que usó con Kyoko.

—En Nueva York hay muchas mujeres a las que les gusta seducir a homosexuales; debes dar gracias al cielo por que tu mujer no entre en dicha categoría. La tristeza es lo único que la ha llevado a comportarse así, una especie de suicidio ridículo para llamar la atención. Si tu mujer ha hecho eso, harás bien en divertirte esta noche... Después de eso, no querrás que te explique nada de antemano, ¿verdad? En la fiesta de esta noche habrá muchas mujeres de La Habana de identidad desconocida, tenlo presente, que vienen a América sólo para ganar dinero.

Después la señora Yamakawa, como si se acordase de repente, le preguntó:

—¿Cómo decías que se llamaba el amigo americano de su mujer?

—¿Se refiere a Frank?

—Sí, me refería a Frank. ¿Ya has hablado con él como es debido?

—Sí, a la mañana siguiente fui directamente a su casa y dejé las cosas claras. Me daba las gracias, llorando de alegría, por no haberle contado a mi mujer su secreto, un misterio de hombre. Después le advertí de que si volvía a ponerle una mano encima a mi mujer, se lo diría a ella, y él ha aceptado no volver a verla.

—Una pregunta más: ¿por qué conocías el secreto de Frank?

—Al poco de llegar a América, Jimmy venía por temas profesionales a nuestra oficina y empezó a mostrarse muy cortés conmigo. Una noche fuimos a beber y tras contarme todo sobre su relación con Frank, trató de seducirme. Rechacé, por supuesto, su propuesta, pero me pidió que al menos fuésemos amigos y me quedase en su casa pagando un alquiler.

—Vaya, vaya, entonces le fascinó tu imagen de hombre

oriental. Los homosexuales tienen mucho mejor ojo que las mujeres para captar el *sex appeal* masculino. Las mujeres deberían aprender más de los hombres en ese sentido. El narcicismo interesado y frío las ciega ante el atractivo masculino. Como resultado de dicha ceguera, no logran nada.

A las nueve de la noche llegaron en taxi al hotel. En torno al edificio reinaba una calma absoluta. A lo lejos se vislumbraban las arboledas heladas por la escarcha helada de River Side Park al borde del Hudson. En un pequeño recibidor se escuchaban las risas de una mujer, que parecían proceder del bar.

Mientras esperaban al ascensor, continuaban las risas. No se oía nada más. Un señor entrado en carnes de mediana edad y aspecto de italiano se alejó de la recepción y fue a consultar atentamente un registro sobre una mesa en una esquina. Los indicadores luminosos del ascensor marcaron rápidamente de la planta doce a la séptima. Cuando el ascensor parecía a punto de llegar, subió de nuevo a la planta nueve y se paró.

Llegó un botones con guantes blancos y, mientras pulsaba de nuevo el botón del ascensor, les guiñó un ojo.

—Esta noche hasta el ascensor está borracho —comentó.

La señora Yamakawa llevaba un visón plateado que dejaba un poco descubiertos los hombros y un vestido de satén violeta claro con un sombrero de la misma costura que le daban un aire soberbio bajo las cercanas luces del techo del ascensor. Sus cabellos canosos encajaban con su forma de vestir y no daba la imagen de una persona que se dirigiese a una fiesta de dudosa reputación debido a su porte solemne; más bien parecía que fuese a participar en la ceremonia de botadura de un barco.

Bajaron del ascensor en la novena planta y recorrieron un pasillo. Tras llamar al timbre de una puerta, les recibió con mucha ceremonia un camarero negro entrado en años con esmoquin y corbata blancos. Enseguida oyeron los compases de música latina y percibieron un calor oprimente.

Las luces eran tenues, pero no se apreciaba un ambiente extraño en particular. El señor Romero se acercó a presentarse y saludar a Seiichiro. Era el típico cubano, con bigote, algo gordo, grandes ojos, sociable y alegre, clásico rostro latino, de excesiva gestualidad; al hablar, su mirada parecía elevarse

hasta el techo, nunca miraba directamente. Entre sus dedos vellosos asomaba un anillo de diamante. Vestía una chaqueta cruzada muy ceñida a los hombros, a la moda de su país.

Tal como le sugirió la señora Yamakawa, Romero les presentó a otros invitados con el nombre ficticio de Hanako y Taro, pero el nombre era lo de menos.

—Es una fiesta de personas muy distinguidas, ¿verdad?

—Por el momento aciertas, pero ya verás dentro de un rato. Aquel hombre, con tal de que lo miren todos, está dispuesto a hacer lo que sea. A aquella señora delgada, en cambio, le encanta desnudarse en cuanto puede, y a la otra señora no la conozco. A aquel joven le interesan sobre todo las mujeres mayores de cincuenta años, por no hablar de aquel viejo y gordito banquero brasileño. Pronto verás que los distinguidos invitados son en realidad bestias.

—¿Usted también?

—Quién sabe. A mí sobre todo me encanta presenciar ciertas escenas hilarantes, por eso vengo.

Seiichiro, enseguida, hizo buenas migas con una cubana mestiza. Era de piel morena, hablaba un inglés poco fluido y decía que era bailarina de *cha,* un espectáculo televisivo de La Habana. El color de su piel tenía una luminosidad seca y tenue, que le daba el aire de un espléndido y raro árbol tropical, iluminada la superficie lisa de su piel como con pigmentos dorados. Su cutis era más denso que el de una piel blanca, sin manchas ni vello, y aunque era pequeña de cuerpo, daba la impresión de que en su interior naciese la elasticidad del sol; tenía el pelo largo con rizos oscuros y el rostro exhibía facciones de mujer española, y aunque estaban en la oscuridad, el color blanco de sus ojos lucía luminoso. Bebía una ingente cantidad de alcohol.

La señora Yamakawa hablaba mucho con un joven apuesto de aire excéntrico al que sólo le atraían las mujeres de más de cincuenta años. Seiichiro no era consciente de hasta qué punto era toda una representación, pero el joven, como asustado, mostraba una actitud exageradamente modesta y sonreía a todo cuanto decía ella. El joven juntaba sus rodillas y, bromeando, de vez en cuando daba en el pecho de la señora

con su pesada y tupida cabellera rubia peinada a la moda. Cuando Seiichiro y la señora Yamakawa intercambiaban una mirada, en el rostro de ella se dibujaba una sonrisa de amistad que no daba lugar a dudas, y se sentía tranquilizado como si estuviese en casa de Kyoko.

Una invitada francesa con aire de mujer acaudalada hablaba de una colección de libros eróticos que había adquirido recientemente. Entre los títulos figuraban *Fleurs de chair,* de la vizcondesa de Saint-Luc, o *Le Boudoir d'amaranthe ou les nouveaux plaisirs de l'île de Cythère,* impreso en 1890, y otro clásico de la pornografía francesa, *La vertu de la soeur Agnès,* de Hercule Fourqueuse. La mujer, con unas ojeras que le daban un aire de académica, además hablaba como una intelectual al tratar de la cuestión. Poco después, Seiichiro supo, según le dijo la señora Yamakawa, que era lesbiana.

El ambiente de la fiesta empezaba a cambiar. Las mujeres, sin reparo alguno, empezaron a desnudarse. El ir y venir a una habitación con camas se volvió continuo. También Seiichiro se fue con la cubana a una habitación con dos o tres camas. Estaba a oscuras y flotaba en el ambiente un fuerte aroma a perfume y olor corporal. Seiichiro, llevando de la mano a su acompañante, dio una vuelta buscando una cama vacía, y mientras andaba de vez en cuando entreveía en la oscuridad culos blancos, algunos moviéndose y, otros inmóviles, como inertes.

—¡Rápido, que empieza! ¡Rápido, vengan! ¡Que ya va a empezar!

La frase pronunciada en japonés lo despertó del sopor. Ante la entrada de una habitación se agolpaba un gran número de personas, algunas completamente desnudas y otras vestidas según su propio gusto y abotonadas hasta el cuello, todas concentradas mirando hacia el centro de la habitación. También Seiichiro, a la espalda de la señora Yamakawa, miraba.

Dos velas sin candelabro iluminaban los ojos con una luz intensa, las sostenía en la mano el viejo banquero brasileño, que estaba de pie en medio de la habitación. En torno a la cama había cuatro o cinco mujeres, unas sobre otras, que de

vez en cuando levantaban la cabeza, emergiendo de puntos impensables y apoyando la cara contra sus manos para observar al viejo banquero. El banquero estaba completamente desnudo. La grasa bajo su piel era muy compacta y formaba una flacidez en sus costados y la cintura, y la barriga le sobresalía horrorosamente. La piel blanca, cubierta de una vellosidad rojiza, flotaba sobre su cuerpo. La cabeza calva era iluminada por las velas, pero por debajo de su enorme barriga no destacaba más que la oscuridad.

Los ojos brillantes del brasileño miraban hacia el frente, donde la gente se arremolinaba ante el dintel de la puerta, pero él no miraba a la gente, sino una presencia en un punto sólo visible para él.

En ese momento, el cuerpo gordo y poco agraciado del brasileño empezó a temblar ligeramente mientras estaba de pie. Su carne ondeaba como flácida gelatina. Entonces empezó a mover poco a poco las manos que sujetaban las velas hacia delante. La cera le caía sobre los dedos y las dos llamas a ambos lados fueron desplazándose siempre hacia delante. Las convulsiones del banquero aumentaron, la frente bañada en sudor, las pupilas moviéndose rápidamente mirando las dos llamas a ambos lados. Al fin las dos llamas quedaron ante sus ojos, aunque sus manos inestables las hacían temblar.

... Por fin, el brasileño logró unir las dos llamas ante sus ojos. En ese instante, alcanzó el orgasmo. Los espectadores, al unísono, lanzaron una ridícula exclamación de sorpresa: «¡Oh!»

Seiichiro, por suerte, ya se había vestido y pudo volver con la señora Yamakawa al salón para tomar una copa.

—¿Qué te parece? No había visto cosa más cómica en mi vida.

—Yo tampoco había presenciado nada tan ridículo.

—Puede que éste sea el infierno; pero el infierno tiene su gracia. Tanto que cuesta hasta reírse.

—A usted no le gustan las cosas serias, ¿verdad?

—Piense en ese banquero, seguro que en su oficina está siempre muy serio y formal; pero, cosas del destino, las personas no resisten siempre poniendo la misma cara. Por eso creo que, con tal de ser ridículos, no les importa destruirse. Eso

les hace felices.

—Para el banquero brasileño ese momento era la ocasión propicia para ser él mismo, y con ese objetivo estaba dispuesto a descender al infierno del ridículo.

—Todos somos así —dijo con convencimiento la señora Yamakawa—. No hay excepciones.

Después, como de costumbre, la señora Yamakawa pareció acordarse de golpe de algo.

—Ese banquero me ha recordado una noticia que probablemente ya conoce. Ayer el presidente de Comercial Yamakawa tuvo una hemorragia cerebral y murió. Por supuesto, como es natural, enseguida se ha nombrado a su sucesor: su suegro.

# Capítulo 10

A principios de abril de 1956, de repente se presentó una visita inesperada en casa de Kyoko pasadas las ocho de la tarde, hora en que ya no se invitaba a nadie últimamente. Kyoko estaba ayudando a su hija Masako, ya de diez años, con los deberes. Pero nada más escuchar el nombre del invitado, se puso tan contenta que dejó los deberes a medio hacer y se fue a la entrada. Natsuo acababa de llegar.

El pintor vestía un impecable traje gris de primavera y una corbata juvenil con rayas diagonales de rojo oscuro. Iba bien peinado, y aunque estaba delgado, su cara había recobrado el lustre vivaz juvenil de siempre.

—¡Cuánto tiempo! Y qué cambiado estás. Das la impresión de un joven corriente y maduro de buena familia.

Fue lo que le dijo nada más verlo en el umbral. Sin embargo, la impresión que le produjo a Kyoko distaba de sus escasas expectativas.

Las visitas inesperadas a esa hora de la noche habían sido siempre las de Seiichiro. Por eso cuando escuchó el timbre de la puerta, aunque era casi imposible, Kyoko pensó que tal vez Seiichiro había vuelto de Nueva York sin avisarla.

Masako no paraba de dar vueltas alrededor de Natsuo sin separarse de su lado. Sin embargo, desde hacía dos veranos Masako, que antes le tiraba de los pantalones, lo cogía ya de las mangas.

—Desde la última vez que te vi has crecido mucho —la halagó Natsuo con cariño. Masako le respondió con coquetería infantil.

Aunque ya empezaba a mostrar un cuerpo esbelto de chiquilla, saltaba y brincaba como una niña.

Natsuo, al entrar en el salón, miró a su alrededor y exclamó:

—¡Ha quedado precioso! Parece recién construido.

Las vidrieras por las que se filtraba el agua durante las

tormentas habían sido reforzadas por nuevos y recios marcos de caoba y mostraban un aspecto mucho más sólido que antes. La antigua sillería había sido tapizada de nuevo. El empapelado seguía teniendo el mismo diseño, pero, recién renovado, producía extrañamente una apariencia luminosa y ligera. La marca dejada por los cuadros cambiados de lugar o las manchas que recordaba con nostalgia habían desaparecido por completo, pero sobre todo aquella noche la sala le pareció mucho más resplandeciente, y los cristales de las lámparas, en el pasado polvorientos o sucios de la nicotina del tabaco, ahora relucían nítidos.

Por educación Natsuo no preguntó por el motivo de dicho cambio y Kyoko, por su parte, tampoco se atrevió de momento a dar explicaciones. Natsuo se sentó en el sofá en el que en el pasado se había reclinado tantas veces, aunque ahora no le resultaba familiar.

—Estabas estudiando, ¿verdad? —le dijo Natsuo mientras cogía el cuaderno de matemáticas que había sobre la mesa. Masako, con grandes aspavientos, le apartó la mano del cuaderno; Natsuo apenas había tenido tiempo de ojear rápidamente una hilera de operaciones de álgebra sencillas.

—Sí, estaba haciendo sus deberes —respondió Kyoko en lugar de su hija. La forma de vestir de Kyoko era de un gusto más sobrio que antes; ahora ya no sería fácil que la confundieran con la camarera de un club de noche o una bailarina. Su maquillaje también denotaba una suavidad difícil de definir… Sin embargo, precisamente por ello tenía un aspecto más juvenil.

—¿Cómo están los cerezos del bosque del Kinenkan en esta época?

Kyoko se levantó y descorrió los visillos. Al otro lado de la ventana, gracias al destello lunar, se veía, a lo lejos, el contorno del bosque. Para evitar que su cara se reflejase en el cristal, Natsuo inclinó la cara y contempló las florecientes flores blancas de los imponentes cerezos que elevaban sus copas entre la arboleda lejana. Eran como una pálida neblina difuminada a lo largo del elegante paseo, bajo el nítido cielo nocturno que amparaba el paisaje negro azabache del bosque.

La camarera trajo té y dulces. Masako, por propia iniciativa, cogió una botella de coñac de un mueble bar y dos vasos.

—Sírvete lo que prefieras —dijo Masako.

—Mira qué atenta hospitalidad muestra contigo. Con otros invitados, jamás hace eso —dijo Kyoko riendo. Natsuo pensó que el enfoque educativo de la casa seguía siendo el de siempre.

Después, moviendo la copa de coñac entre sus dos manos, dijo:

—He venido a despedirme, en unos días me marcho de Japón.

—Sei también vino a despedirse del mismo modo hace un tiempo. Esta casa parece una estación terminal o un puerto de partida. Dime, ¿adónde vas?

—Voy a México. Pero no voy con dinero que haya ganado yo —precisó Natsuo con modestia—. Mi padre me envía a estudiar pintura. Incluso a pintores de la escuela japonesa les viene bien trasladarse a un país de fuerte colorido y con mucha luz; me parece que la naturaleza es mejor maestra que cualquier museo. Ha sido idea mía este viaje.

—Entonces has venido a despedirte en un momento idóneo. Si hubieras tardado dos o tres días más, no podríamos despedirnos melancólicamente como hoy tomando una copa.

Natsuo, por primera vez, le preguntó «por qué». Kyoko se lo explicó en breves palabras. Pasado mañana, por fin, su marido volvería a casa a vivir con ellas. Ya estaban hechos todos los preparativos, todos los trámites terminados, y tanto ella como su hija estaban listas para retomar su antigua vida. Los obreros contratados por el marido habían venido a diario y habían terminado las obras de renovación ayer mismo.

—No lo sabía —dijo Natsuo con la voz un poco entrecortada —. Entonces, ya se acabó aquella casa de Kyoko que todos conocimos, ¿verdad?

—Pasado mañana esta ya no volverá a ser la casa de Kyoko. Será la casa de una familia sólida, firme, de tres integrantes, como cualquier otra familia, y ya nadie podrá venir a la hora que quiera. Por la mañana acompañaré a mi marido al trabajo y después llevaré a la niña al colegio, y también comenzaré a

asistir a la Asociación de Progenitores y Docentes, ¿puedes creerlo? Es asombroso que yo me una a esa asociación, ¿no crees?

—Eso es porque tendrás confianza en poder hacerlo.

—¿Confianza? —dijo Kyoko con cierta indiferencia—. No tengo particularmente demasiada confianza. Quizá durante un tiempo, con esas señoras tan aburridas, no lo pase muy bien; pero al final me acostumbraré. He vivido como un velero impulsado por el viento de amores y sueños ajenos, pero ahora hay calma chicha y mi barco con el motor en marcha navega por sí mismo, no tendré necesidad de hacer nada. Además, ya ves, estoy curada del todo.

—Pero tú nunca estuviste enferma, como dices.

—No, te aseguro que mi convalecencia era de otra clase de enfermedad que me aquejaba. Me recuperé de la patología que te hace ver el mundo como algo flácido y sin consistencia, que puede convertirse en cualquier cosa, que es real cuando piensas que existe y desaparece cuando piensas que se extingue. Este mundo tal como es ya está firmemente acoplado. Está bien montado y ajustado, como encajan los cajones de una cómoda construida por un artesano ebanista. Ya puedes empujar o golpearla, que es irrompible. No hay gusano que carcoma ese mueble ni sueño capaz de deshacer este mundo. Por cierto, déjame que te muestre el rostro de la divinidad en la que voy a creer a partir de ahora. En uno de sus ojos, rojos y brillantes, tiene escrita la palabra «obediencia», y en el otro, «paciencia», de su gruesa nariz se eleva un humo que traza los caracteres de «esperanza» en el cielo, sobre la lengua colgante al rojo vivo como tintada de colorante se ve escrita la palabra «felicidad», y del fondo de la garganta sale el letrero de «futuro».

—Bien grotesco es ese dios.

—A partir de ahora, los trescientos sesenta y cinco días del año le presentaré ofrendas orando con devoción. Por grotesco que sea este dios, no me parece mal que tenga un rostro humano. Así, si uno quiere, podría besar ese rostro.

»La vida es una herejía, una herejía soberbia. Yo he optado por creer en ella. Opté por creer en ella. Vivir sin hacer por

vivir, cabalgar en un caballo descabezado llamado presente... Sólo es posible si te sostiene la fe en esa herejía. Pero si pruebas a creer en la herejía, no hay nada que temer. El miedo a la monotonía o al aburrimiento era una enfermedad. Monotonía y aburrimiento, repito. Son como un vino que te embriaga a sorbos lentos, con mucho más vigor que cualquier aventura. No es necesario despertar del sueño. Lo principal es dejarse embriagar lentamente. Si surte ese efecto, no te compliques la vida preguntando por la marca del oloroso.

Natsuo permaneció callado, apabullado ante el largo discurso de Kyoko. Durante un rato se quedó tranquilamente tomando la copa de coñac. Masako fingía estar haciendo los deberes de matemáticas mientras escuchaba atentamente la conversación de los adultos. Le parecía extraña aquella atmósfera casera, en la que ya no se oían las risotadas de tiempo atrás, como si Natsuo se hubiera convertido en un aburrido marido.

Aquella noche no soplaba rumorosa la brisa primaveral. Cada vez que el coñac temblaba en el interior de la copa, el líquido dejaba redondas marcas transparentes similares a nubes. La lengua de Natsuo estaba caliente debido al fuerte licor, y tuvo la sensación de que una palabra fuerte, que nunca más podría ser pronunciada en la casa de Kyoko, fuera a permanecer en su boca. Todas las veces que estuvo aquí en el pasado lo único que hacía era sonreír en silencio.

Contempló a Kyoko: sus labios finos y sus bellas facciones como de mujer china permanecían como siempre, y se le hacía difícil entender que hubiese cambiado tanto. Su cuello erguido y el pecho voluptuoso parecían perfilar su cuerpo con frías líneas académicas bajo una luz tan concentrada. Hasta entonces, Natsuo nunca había percibido el cuerpo de Kyoko con un sentido de realidad tangible como ahora.

Natsuo, para alejar esos pensamientos de su cabeza, comenzó a hablar:

—Finalmente, ni Shun, ni Osamu ni Sei creyeron en la herejía de la que hablas. Sei, en todo caso, sigue ahí, él sigue luchando.

—Sí, se está esforzando. A veces me escribe cartas. Sin

embargo, creo que a su mujer le resultará muy difícil vivir con alguien como él, que desprecia la felicidad.

—Shun se ha afiliado a un partido de derechas. Realmente es muy viril, pero no deja de ser un hombre del montón, sin más, carente de creatividad.

—Y tú, por lo que veo, ya empiezas a hablar como suele hacerlo Sei —dijo Kyoko, sorprendida.

—Es que yo también he recibido diversas influencias hasta hoy.

—Pues yo pensaba que tú eras el menos influenciable de todos.

—No, el menos influenciable sería Osamu. Él descubrió todo a partir de su corporalidad, todo lo resolvió en la destrucción de su propio cuerpo. Él, sin fijarse en las apariencias ni escuchar la voz de nadie, sin testigos, acabó por solucionarlo todo con la destrucción de su propio cuerpo… Todo fue una bala perdida, ¿por qué? Todo fue una bala perdida.

—No deberías ponerte sentimental con eso —dijo Kyoko con un tono bastante severo. Cuando trataba de contener alguna emoción, su rostro afable se contraía, repentinamente tenso, sintiendo miedo.

»Y en cualquier caso, ¿qué me dices de ti? Te has restablecido del todo, eres más hablador y de repente vienes a decirme que te marchas a México. De ahora en adelante tendré que llevar más cuidado porque ya no podré ser tan curiosa como antes, pero como ésta es la última noche, creo que podré permitirme hacerte preguntas. Escuché que últimamente estuviste muy interesado en temas esotéricos. Deja que te pregunte cómo fue tu paso por lo místico….

—¿Quieres que te hable francamente de mí? —dijo Natsuo, esbozando una sonrisa totalmente desinhibida—. Precisamente, desde un principio, había venido hoy con esa intención.

Se incorporó un momento en el sillón, después se echó hacia adelante y, sujetando la copa de coñac entre sus manos, empezó a hablar.

—He superado ya mi crisis en torno al misticismo, pero, si te soy sincero, no sé si me curé de veras o si más bien fueron los

fenómenos esotéricos los que se alejaron de mí. La cuestión es que desde el principio no hubo conexión entre mí y dichos misterios.

»Ya fuese mediante la práctica meditativa con una piedra o el ayuno, no pudieron ejercer una influencia para lograr el control de mi espíritu. Simplemente, de mi corazón se apoderó una sensación de muerte y tinieblas y llegué a no poder ver con claridad la forma del mundo real.

»La atracción por lo esotérico es difícil de explicar. Creo que es muchísimo más fácil explicarle a un abstemio los encantos del alcohol. Lo que fascina en primer lugar del misticismo es que te hace abrigar el sentimiento de vivir en los confines de este mundo cruzando el umbral del más allá. Sería comparable con la sensación que experimenta quien se aventura en una expedición polar o quien conquista por primera vez una cumbre inexplorada, es decir, caminar hasta alejarse lo más posible del mundo habitado y cruzar a la otra orilla del más allá con el mismo cuerpo que sigue existiendo en el más acá. Una vez que tu corazón se deja abrazar por el misterio, con el empuje de un único aliento se puede avanzar hasta los confines del mundo y el espíritu humanos. El panorama que se contempla desde ese mirador es muy especial. Deja uno atrás todo cuanto constituye la realidad humana, que ahora se percibe desde la lejanía como si estuviera contenida en miniatura dentro de una burbuja de cristal resplandeciente. Por otra parte, cuando expandes la mirada hacia delante, surgen ante tus ojos el Vacío y la Nada ilimitados hasta nublársete la vista.

»Yo, como pintor, creía conocer bien esos paisajes de los confines del espíritu. Pero cuando un artista se alza ante ese panorama y consuma su obra de arte plástica, pliega el atril, termina su obra, pone un lienzo nuevo y retorna al mundanal ruido. Pero el místico no se contenta con eso. La tarea más importante de los místicos consiste en establecer comunicación entre este mundo y el más allá, es decir, entre la realidad sustancial y la vacuidad.

»Una vez que una persona ha alcanzado estos confines del mundo y del espíritu, ocurre algo semejante a lo que

experimentan los exploradores y escaladores cuando ponen el pie en ciertos límites de la tierra: se percibe uno naturalmente a sí mismo como representación de todo el género humano. También la convicción del místico es parecida, porque la imagen de lo que es el ser humano, que se revela ante sus ojos cuando se vive en ese lugar, no puede ser otra más que la de uno mismo.

»Soy pintor y por eso no calificaba ese lugar de perspectiva con la palabra "espíritu", sino que me refería a los confines fronterizos de la humanidad. Si existiera lo que llamamos alma o espíritu, no surgiría de la profundidad interior de la persona sino que brotaría como prolongación ilimitada de sus extremidades superiores; los brazos humanos estirados señalarían la parte más externa de su cuerpo confundiéndose con el lejano horizonte en los confines del mundo: ¡alma a la vista! Pero si se perfila su silueta y se yergue ante nosotros su figura, habremos traspasado apenas el umbral más allá de lo humano.

»Yo sólo tenía ojos para la vida fuera de mí, sólo experimentaba la fascinación de la belleza, del bosque, del cielo al atardecer, las flores o los bodegones, jamás me fijaba en lo que había en mi interior. Sin embargo, me sumergí en el misticismo esotérico. Preguntarás por qué; te lo explico. Yo avanzaba orientado hacia todo lo visible en el mundo exterior. Seguía caminando sin desviarme. Era natural que me encontrase cara a cara con lo místico. De tanto caminar alejándome siempre cada vez más y más, descubrí que había alcanzado los confines de lo humano. Al fin en los confines del mundo.

»Aquí místicos e intelectuales se encuentran espalda contra espalda. Los intelectuales llegan hasta aquí y después regresan apresurados al mundo de la gente, a la que observan como si fuesen pequeños modelos de ser humano o algoritmos de fácil solución. Para ellos, la orientación política, los resultados económicos, el descontento, la insatisfacción juvenil, la crisis del arte: todo tiene que ver con la psique humana y puede resolverse expresado con algoritmos; en sus palabras la claridad patente no deja lugar para lo mistérico... Los místicos,

por su parte, se mantienen con determinación de espaldas al mundo humano, renuncian a dilucidarlo; sus palabras, henchidas de enigmas, simplemente lo sugieren.

»Pero ahora, pensándolo bien, yo no soy ni un intelectual ni un místico, soy pintor. Lo mío no es ni el análisis clarificador ni el misterio irresoluble. Una vez llegado al confín de la tierra, no pude darle la espalda al mundo ni fui capaz de regresar con una sonrisa cínica, fría, de intimidad aislada, sintiéndome superior, sólo me ha quedado una impresión continua de pérdida del mundo.

»No pude concentrarme en la contemplación de la piedra esotérica, y a mi alrededor no veía más que terrorífica oscuridad. En el seno de la misma oscuridad y muerte se presentó ante mi vista el rostro de muchos jóvenes arrastrados por una corriente de muerte y tinieblas, destrozados por el sentimiento de la pérdida de este mundo. No era yo el único que se había dejado arrastrar hasta aquí. Había en esa corriente diversas caras. Allí contemplé rostros sangrientos bellísimos, caras heridas y ojos abiertos a la muerte.

»Queriendo a menudo resignarme, sin embargo, pasé todo el invierno aferrado al misticismo esotérico. Visité en numerosas ocasiones al maestro Nakahashi Fusae. Mi cuerpo estaba consumido, pero no era una enfermedad grave, y una sorprendente fuerza vital me mantenía con vida. Aunque tal vez, simplemente, se deba a que soy joven.

»Tras convertirme en adepto al misticismo, prohibí que trajeran flores a mi estudio porque temía que su color y perfume sensual obstaculizasen mi camino.

»Aunque durante el invierno me habitué a dormir muy poco, a principios de primavera, una mañana, me quedé dormido hasta tarde. Tal vez mi relajamiento se debiera al calor inesperado. Me incorporé del sofá cama con sábanas blancas en un rincón del estudio. En ese momento me di cuenta de que al lado de la almohada blanca había un narciso en el suelo.

»Sentí enfado, pero lo reprimí. La flor de narciso junto a la almohada estaba tirada de una forma tan natural que parecía estar esperando sin más mi despertar.

»Ahora, escuchando lo que te cuento, no entenderás mi estado psicológico y seguro que te dan ganas de reírte. Pensándolo ahora, como te pasará a ti, es probable que quien metiese el narciso en mi estudio lo hiciese como una broma o que fuese un gesto afectuoso de algún familiar, pero entonces yo veía de otra manera lo sucedido.

»Mientras la luz de la mañana se filtraba por la ventana, permanecí en medio, levantado sobre la cama, observando inmóvil el narciso junto a la almohada. En el estudio, aislado acústicamente, no se oía nada; por eso podíamos seguir en silencio total en la claridad de la mañana la flor y yo, los dos solos, como mirándonos mutuamente.

»Me dio la impresión de que era un regalo enviado desde el mundo del espíritu, una mañana a principios de primavera, al final de una devoción mística que se prolongaba ya desde el verano anterior; el don recibido consistía en este narciso fresco; ¡era como si la energía invisible de las flores estuviese cristalizada allí y se hubiese materializado en esta flor blanca y pura!

»Durante algún tiempo me había olvidado de lo que es una felicidad desbordante, pero mi largo compromiso no fue en vano. Recogí el tallo protegido por las hojas rígidas y me lo acerqué a los ojos para contemplar la flor abierta.

»La corola tenía una forma regular sin ninguna mancha, algunos pétalos olían como si acabasen de florecer y tenía un contorno nítido, apenas ondulado, señal de que los pétalos habían estado hacía poco plegados estrechamente en el capullo hasta abrirse a la luz del sol; era una estructura perfecta. La flor enseguida trajo a mi mente las pinturas muy realistas de la dinastía Sung, como *Flores y pájaro,* en concreto *El narciso y la codorniz* del emperador Huizong.

»Seguí contemplando el narciso sin cansarme ni un instante. La flor parecía atravesar mi corazón; aquella forma esencial y el contorno claro hacían vibrar mi interior como si fuese un instrumento de cuerda.

Pero poco a poco, no sé por qué, empecé a tener la impresión de que podría haber estado traicionándome a mí mismo. Todo esto que está ocurriéndome ¿se deberá a un

regalo por parte del mundo espiritual? ¿Sería posible que las cosas del mundo espiritual se presenten a nuestra vista con una forma y figura tan perfecta que no deje lugar a dudas? En todo cuanto tienen que ver con la vacuidad, el mundo se tambalea por lo poco fiable de esas imágenes, interpretables de una u otra manera, ¿sería posible que se manifiesten en medio de dicha ambigüedad? Era cierto sin duda que veía un narciso, tanto yo que la observaba como la flor que era observada formábamos parte del mundo tangible. ¿Era eso un aspecto de la realidad? Aun más, aquella flor de narciso ¿era una flor de verdad?

»Mientras pensaba así, de repente experimenté una sensación horrible y tuve la tentación de lanzar la flor de la cama. Me pareció que la flor estaba viva.

»... Me pareció que la flor estaba viva. No era un mero objeto ni una simple forma. El maestro Nakahashi Fusae seguro que habría interpretado lo sucedido diciendo que en aquel momento, a través del blanco puro, habría visto en el centro de la flor, al hacerse traslúcida, su alma. Como él, tras largas pruebas, había tenido la visión de un dragón, a mí se me había aparecido el espíritu de un narciso, habría dicho él.

»Sin embargo, en aquel momento mi corazón todavía estaba muy lejos de ese tipo de reflexiones. Si aquella flor no hubiese sido real, yo, que vivía y existía respirando, tampoco lo habría sido.

»Con el narciso en la mano me levanté de la cama y abrí la ventana, cerrada desde hacía mucho tiempo. Transportada por los primeros rayos de sol de la primavera, llegó una brisa de aromas y sonidos penetrando en mis oídos.

»Como mi casa está sobre una colina, podía ver a lo lejos el globo aerostático publicitario que sobrevolaba unos grandes almacenes y edificios del barrio. Hasta un tren resplandeciendo al pasar por una vía. La fuerza de la brisa mezclaba distintos rumores, y aquella mañana todo me daba la impresión de estar recién lavado.

»No estoy filosofando ni te estoy contando una anécdota sin más. Para la gente del mundo, la realidad consiste en teléfonos sobre mesas, noticias transmitidas por cables de luz y sobres

con la paga, movimientos nacionales que tienen lugar en países lejanos y no vemos ante nuestros ojos, rivalidades políticas... La tendencia es creer que la sociedad está constituida por dichos elementos. Sin embargo, aquella mañana, en cuanto pintor, se creó para mí una realidad nueva, es decir, se recompuso la realidad. Aquello que sostiene la verdad del mundo que habitamos, desde el origen de todo, no es otro sino el narciso.

»Esa flor blanca, delicada, desnuda espiritualmente como el alma, de tallo firme a principios de primavera y protegida por hojas verdes, duras y sólidas, aquel narciso era el centro y núcleo de toda realidad. La tierra gira en torno a esta flor, las aglomeraciones humanas, las ciudades, todo está dispuesto con regularidad alrededor de la flor, cualquier fenómeno que se manifiesta, incluso en la zona más remota, brota del ligero temblor de sus pétalos, que se propaga, y luego regresa y de nuevo se enclaustra silencioso en sus pistilos.

»Miré hacia un puente lejano por el que pasaba un coche que reflejó los rayos de sol matinales. De repente me pareció que desaparecía la distancia con el coche, que parecía ligado a mi existencia por un hilo muy corto, y todo era mérito del narciso.

»Respiré el aire limpio del jardín. Todavía no había reverdecido, pero los árboles helados mostraban ya en sus extremidades tonos rojizos, señal de que habían perdido su rígido contorno invernal; también esto era mérito del narciso.

»¡Es una flor misteriosa! Desde que cogí la flor distraídamente en mis manos, tuve la impresión de que aparecían todas las cosas del mundo, y como propagación de eso, casi en conexión directa, a mí me trajo el saludo matinal. A mi alrededor saludaba todo cuanto compartía conmigo y las flores. Aquella audiencia que tanto tiempo había descuidado, pero de la cual ahora me parecía difícil separarme, comparecía uno tras otro tras el narciso. Los transeúntes, las amas de casa con la bolsa de la compra, los estudiantes, las motocicletas ruidosas, las bicicletas, un camión, los gatos hábiles cruzando la calle, el puente, el globo aerostático publicitario, el perfil irregular de las casas, la calle elevada, la actividad de los

hombres, la ciudad... así, con intensa frescura, aparecía todo ante mis ojos.

»Días después de recuperar mi existencia, en unos dos meses pude ponerme en forma, tal como me ves ahora. Ya no es necesario que me extienda más en explicaciones detalladas. Me he liberado de la vida apartada que llevé hasta entonces, y ya podrás imaginar la alegría de mi familia. He vuelto, incluso, a pintar un poco, y como cualquier joven, me entraron ganas de ver mundo, viajar a países desconocidos. Mi padre me ha apoyado en mis deseos y he decidido trasladarme a México.

—¡Pones cara de incrédula! Sólo he querido contarte mi experiencia real del modo más sencillo.

—Lo de menos es si lo he entendido todo bien —dijo Kyoko con voz alegre—. Lo que es evidente es que te encuentras ahora muy bien.

Lo cierto es que Kyoko había experimentado cierta emoción al escucharle. En su relato había descubierto como una confirmación o garantía para su propia vida de ahora en adelante; también había sentido empatía como nunca antes hacia ese joven de mejillas rojizas que por primera vez hablaba tan elocuentemente, él, que antes apenas decía nada, y sonreía como un adulto.

Kyoko nunca había abandonado su punto de vista femenino, había captado todo con lógica femenina, ésa era su cualidad principal:

—¿Por qué no le ofreces algo más a nuestro invitado? —le dijo a su hija como si tal cosa. Masako, contenta, dejó de lado el cuaderno de matemáticas y fue a servirle un coñac más a Natsuo, que pensó: «¿Hasta cuándo pensará Kyoko dejar aquí a la niña sin mandarla a dormir?».

Natsuo pensó que le gustaría estar ahí para siempre. Le parecía que aquélla era la última noche de libertad, antes de viajar al extranjero y antes de que el marido de Kyoko volviese a casa, y lo percibía con desagrado. Con los ojos algo cegados por el alcohol, miró a su alrededor y le pareció ver a sus amigos de antaño sentados en las cómodas sillas nuevas, que ya no le eran familiares. Allí, quien quería hablar hablaba a sus anchas, quien quería beber bebía y quien quería irse se iba, y

todos se sentían en su propia casa.

Osamu habría llevado una camisa llamativa, sintiéndose prisionero de su belleza, con el aire indolente de alguien que piensa en algo inescrutable y con la cabeza apoyada en la mano sobre el reposabrazos. Shunkichi habría permanecido de pie apoyado en la repisa de la chimenea, siempre en guardia y en una posición perfecta, como si esperase que en cualquier momento apareciese un contrincante, y en su cara marcada de golpes, sus ojos brillantes y alertas. Seiichiro iría con traje y corbata modestos, la corbata desaliñada, y con una borrachera de órdago diría: «El mundo pronto se derrumbará, ¡ese será nuestro punto de partida!».

La emoción que sintió Natsuo enseguida la captó Kyoko.

—Estabas pensando en tus viejos amigos, ¿verdad? —le dijo ella.

—Sí —le respondió él.

Su respuesta lacónica impresionó a Kyoko, de por sí muy sensible para captar sentimientos.

«Tiene la apariencia de un príncipe feliz, un príncipe contento, delgado, con coraje, que ha vivido situaciones tristes y ha logrado contarlo con resolución, pero en realidad no es un príncipe feliz. En una ocasión, no recuerdo cuándo, dijo que nunca fue tan feliz como de niño. ¿Qué pasó con el narciso? ¿Realmente una flor le ha procurado una felicidad superior a la de su infancia? Todavía me queda algo por enseñarle», pensó ella, y tal cual se lo expresó de palabra:

—Haces bien en viajar. En México hay muchas bellas mujeres morenas. Por cierto, ¿has tenido ya tu primera experiencia?

Natsuo, sonrojado, se quedó en silencio. Más que las palabras de Kyoko, le incomodaba el comportamiento de Masako. Aquella niña de diez años de pelo corto, al escuchar a su madre, dejó de repente de mirar el libro de matemáticas, que hasta entonces leía concentrada, y se puso a mirar al joven. Sus ojos brillantes, llenos de curiosidad y cordialidad, derrochaban, como siempre, afecto por Natsuo; parecía ansiosa por conocer su respuesta mientras Kyoko, más madura, observaba su reacción.

Se había levantado una brisa y tras la ventana se arremolinaban hojas amarillentas. A diferencia de antes, ahora los marcos de los ventanales no crujían y en la habitación no se colaba la corriente de aire. Además, como los ventanales estaba bien cerrados, la fuerte iluminación interior daba la impresión de aislar por completo la habitación del exterior.

—Todavía no, ¿verdad? —le dijo Kyoko con voz afectuosa gentil.

—No —respondió Natsuo, sonrojado todavía como antes.

Masako, inesperadamente, se levantó y fue hasta la esquina del salón donde estaba el gramófono. Buscó un disco en el mueble y de puntillas lo colocó sobre la pletina. Natsuo, sorprendido, se puso a contar el número de botones alineados sobre la espalda infantil de la chiquilla.

Se escucharon los compases pausados de una música de baile. La niña, con aire triunfal, como si hubiera realizado alguna gesta, regresó al regazo de su madre. Con un movimiento alegre y vivaz de niña, recogió el libro, el cuaderno y el lápiz y los guardó bajo el brazo.

—¿Ya te vas a la cama? Qué buena niña, dulces sueños —le dijo su madre.

Masako se acercó a Natsuo y, apoyándose sobre los antebrazos de su silla, le dio las buenas noches.

—Ahora tienes que darle un beso en la frente. Lo vio en una película extranjera y desde entonces le gusta que le den las buenas noches así sus invitados preferidos.

Natsuo posó sus labios sobre la frente, ya con un incipiente vello infantil. Su cabello olía a leche. Masako alejó con agilidad su cabeza de sus labios, caminó hacia la puerta, después se giró y lo saludó con la mano.

—Adiós, escríbeme cartas desde México, y pon muchos sellos bonitos, por favor.

Entonces, haciendo girar su espesa melena corta, desapareció tras la puerta.

—¿Por qué has puesto esa cara? —le dijo Kyoko riendo.

—Me dio miedo —Lo dijo en voz muy baja, como oponiéndose a la música de baile, que estaba a alto volumen.

—¿Qué es lo que temes? Le gustas mucho.

—¿Qué quieres decir?

—Eso. Que de todas las personas que vienen a casa, esa niña a quien más quiere es a ti. Seiichiro, probablemente, es el que le cae peor. Por supuesto, la persona a la que más quiere en este mundo es a mi marido, mejor dicho, a su padre; al final, tal como ella quería, él volverá a casa a vivir con nosotras. Desde que lo decidimos así, Masako es generosa y hasta siente lástima por mí.

»Hasta hoy no entendía nada de lo que pasaba por su mente; ahora, en cambio, me parece que la conozco muy bien. Su manera de servirte el coñac, de poner el disco... En una palabra, de hecho te ha dado su consentimiento. Si no fuera así, al oír nuestra conversación habría hecho todo lo posible por interrumpirla, ella es así...

—Pero si Masako tiene apenas diez años.

—¿Qué pasa por tener diez años? Es mi hija —dijo Kyoko indiferente, sus palabras entrañaban una declaración inquietante.

Durante un rato se quedaron en silencio. Después Natsuo retomó la palabra.

—Hace un año, por estas fechas, estábamos todos en Hakone, ¿lo recuerdas?

—En el lago Ashino. Después en el hotel...

—El hotel... Ahora que lo pienso, fue una noche extraña.

—Creo que exageraste al tenerme tanto respeto.

Como si de repente hubiera adquirido ese derecho, con la copa de coñac en la mano se sentó al lado de Natsuo.

—Me dijiste que te sentías desnuda al no llevar pendientes.

Esa noche Kyoko tampoco llevaba pendientes. Natsuo observó la bella forma de sus orejas, la piel de los delicados lóbulos de tonos rosados de los que emanaba el aroma del perfume que Kyoko siempre usaba.

Kyoko acarició el cabello de Natsuo.

—Ahora ya no me tienes tanto respeto, ¿verdad? Está bien. Tú te marchas al extranjero y ya apenas nos veremos, ¿no crees? —dijo Kyoko.

—¡Increíble, chica, nunca me lo habría imaginado, que Kyoko se sincerase conmigo contándome su desliz! Por primera vez oí

de sus labios el relato de lo que había hecho. Pero si es que no me lo puedo creer, mira que liarse con Natsuo... Y encima resulta que Kyoko era la primera mujer con la que lo hacía... Quién sabe si Kyoko quizás no se habría reservado el engaño hasta última hora. ¡Qué historia más absurda! Con qué intención tuvo la idea de aprovecharse de nosotras dos para contar el asuntillo sin que se lo preguntásemos —dijo Mitsuko, exaltada, hablaba como para sí misma. Y para dar la puntilla, concluyó:

»¡Y para más inri, eso pasó anteanoche! Dice que a nuestro Natsuo, emocionado, se le saltaban las lágrimas. Bueno, ya está bien, todo tiene un límite hasta para burlarse de las personas. Se debe de estar riendo de nosotras.

—Estoy segura de que no es mentira —dijo Tamiko con su habitual bondad—. Kyoko nunca miente. Si te lo ha dicho, es porque confía en nosotras. A dos días de que vuelva el marido, lo ha traicionado por primera vez, y si se enterase, sería un problema. El marido es una persona muy rígida, para cerciorarse de que Kyoko no le era infiel llegó a contratar a un detective privado; si esto llegase a oídos de la gente, no le vendría bien, ni mucho menos... Si el marido regresa, es después de averiguar por detectives que ella se ha mantenido fiel de verdad y no solo de cara a la galería.

Mitsuko y Tamiko, al salir de casa de Kyoko, caminaban por una calle estrecha hacia la estación y, agitadas por la conversación, de vez en cuando hacían un alto en el camino para hablar. Mitsuko no conseguía contener un cierto tono de rabia, mientras que Tamiko hablaba con su acostumbrada calma, sosegada y falsa, que enervaba aún más a su amiga.

Iban por una calle sin peatones, y desde detrás de las vallas de mansiones señoriales cerezos florecidos las contemplaban. Aunque apenas soplase brisa, algún que otro pétalo se desprendía, llovía sobre la pareja y se enredaba en sus cabellos. Desde no se sabía bien dónde, llegaron las notas de una sonata, alguien ensaya al piano. Al paso que caminaban, sus dos cuerpos transpiraban. Tamiko últimamente estaba ganando peso y perdiendo forma. Sentía que la naturaleza se portaba peor con ella, pero comía cuanto le apetecía y dormía

lo que le venía en gana, no se atrevía a quejarse directamente contra la naturaleza. Mitsuko, en cambio, había adelgazado. Ya de siempre tendía a una morena delgadez. Ahora se le empezaban a hundir un poco los ojos y mostraba cierta palidez. Pero ella se alegraba de que le sentasen bien los vestidos ajustados.

A fin de cuentas, las dos estaban contentas consigo mismas. Mitsuko prefería vestidos claros poco llamativos. Tamiko se adelantaba un mes a la temporada con el vestido estampado de una pieza.

Y así iban caminando las dos mientras criticaban el pastelito de Kyoko. Lo cierto era que se sentían heridas en su amor propio por otra razón. Hoy, impulsadas como de costumbre por un capricho repentino, las dos se habían presentado de pronto regalito en mano en casa de Kyoko. Esperaban que Kyoko les presentase a dos o tres amiguitos. Pero no sólo no ocurrió eso sino que Kyoko les espetó de repente lo inoportuno del momento. No disponía de mucho tiempo para estar con ellas porque aguardaba el regreso de su marido. De todos modos, las hizo pasar a su casa un rato. Una hora después, antes de que se marcharan, las dejó sorprendidas al contarles, sin que ellas se lo preguntasen, su ligue con Natsuo. No era de extrañar que el camino de vuelta fuera desagradable para las dos. Al despedirlas en el zaguán, Kyoko les agradeció la relación que habían mantenido hasta ese momento, pero dándoles a entender indirectamente que, dada la nueva situación, por el regreso de su marido, la casa de Kyoko ya no sería como antes. Es decir, que no iban a ser igualmente bien recibidas.

A medida que se acercan a la estación, crecía también en el ánimo de Tamiko, normalmente de buen carácter, la indignación contra Kyoko.

—Esta Kyoko se queda tan tranquila, sin inmutarse, al traicionar a sus amistades. Ya decía yo desde antes que ella era una persona fría como el hielo.

—No, mentira, es que tú no tienes ojos para verla como es, estabas encantada con ella enredada en sus maneras... —Así hablaba duramente Mitsuko. Tamiko, aun sin airarse, asentía.

Como solían hacer en esos casos, las dos se pusieron de acuerdo para ir a Ginza a la peluquería, que así se ahogaban fácilmente las penas. Llegaron a la plaza de la estación pero inesperadamente no había taxis. Al otro lado del puente verdeaban los jardines de Meiji Jingugaien. En lo alto del puente que cruzaba las vías del tren se veía a un grupo apelotonado de jóvenes con uniforme caqui. Aglomerados en torno al estandarte, hablaban animados. Bajo la casaca caqui, la camisa y la corbata negras. El ambiente jovial corría parejo con señales de mal agüero.

—¿Será que está pasando la familia imperial y por eso se acumulan los vigilantes? —dijo Tamiko.

A Mitsuko le pareció una sandez esta observación y no hizo caso. Su vista recorrió ese grupo de jóvenes uniformados que semejaba una banda de cuervos. Cuerpos fortachones y rostros bellos. Mitsuko se lamentó de no haberse ido todavía a la cama con ningún chico de uniforme. A todo esto, el grupo empezó a dispersarse. Algunos se dirigieron a la estación. Sólo uno se separó, dirigiéndose a ellas. Tamiko lo reconoció y gritó:

—¡Shunkichi! ¡Shunkichi!

Mitsuko, al darse cuenta de que era Shunkichi, se desilusionó.

Enseguida se hacía ilusiones. Pero en el rostro del Shunkichi uniformado se advertía una dureza pueblerina, su cuerpo había engordado tanto que parecía que fuera a romper el uniforme, se cuadró ante las dos, como si fuera a dar una orden.

—¿A qué se debe ese uniforme?

—Somos del grupo de la lealtad.

—Qué grupo es ése —preguntó Tamiko.

—Mejor que vosotras no lo sepáis.

Shunkichi les dijo que iba a ver a Kyoko, pero Mitsuko y Tamiko le hicieron recapacitar contándole todo. Cuando él se convenció, le preguntaron si quería ir con ellas a Ginza. Él rechazó la propuesta decididamente:

—Yo tengo que ir con mis camaradas.

Siguió los pasos de los jóvenes uniformados que entraban al acceso a los andenes y rápidamente se alejó dejándolas a su espalda.

—¡Qué antipático! —dijo Tamiko—. Podía habernos presentado al menos a un par de amigos, tal vez nos habríamos divertido con ellos.

En ese momento se acercó lentamente un taxi y recogío a las dos llamativas señoritas que, a falta de nada mejor que hacer, se dirigieron a Ginza a la peluquería.

Kyoko regresó pronto de recoger a Masako en el colegio.

Se sentó en medio del salón de espaldas a la puerta. Miró el reloj y de reojo hacia la entrada.

Habían pasado las tres del mediodía, la hora acordada. Arregló muchas veces el reloj, pero parecía que la máquina, acostumbrada al desorden habitual, se acoplase al ambiente retrasándose.

—Ya va siendo la hora, pronto llegará tu padre —repetía una y otra vez Kyoko. Rechinaban sobre la grava de la entrada las ruedas de un coche. Masako dió un salto, pero su madre la detuvo.

»Te lo he dicho ya varias veces. Te esperas aquí. Aquí recibirás a tu padre. Tienes que decirle “bienvenido” cuando llegue.

Éste era el resto de pundonor que le queda a Kyoko. Había de mostrarlo y por eso se había sentado de espaldas a la puerta. Cuando el marido estuviese al llegar, se cercioraría por el ruido de sus pasos, fingiría sorprenderse al volver la cabeza y se levantaría pausadamente a recibirle. No le dio tiempo a poner en escena lo ensayado. La puerta del zaguán se abrió de golpe, el empujón fue tremendamente impetuoso por la entrada de la manada de perros, nada menos que siete perros pastores y mastines alemanes. Ladraban merodeando y un impresionante olor canino inundó el amplio salón.

# Índice

Primera parte

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5

Segunda parte

Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10

Créditos

Edición en formato digital: 2023

Título original: 鏡子の家

Copyright © 1959, The Heirs of Yukio Mishima
All rights reserved
© de la traducción: Emilio Masiá López, 2023
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2023
Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN ebook: 978-84-1148-195-3

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.